

# MADRID

## EN LA NOVELA

### VI

Estudio y selección de  
**Francisco Gutiérrez Carbajo**  
**Julia Barella**



**MADRID EN LA LITERATURA**





# MADRID EN LA NOVELA

## VI



## MADRID EN LA NOVELA VI

Las novelas recogidas en el presente libro desarrollan su acción en el Madrid de los años setenta, ochenta y primeros de la década de los noventa. Se retrata, así, desde el Madrid postdictatorial y predemocrático, pasando por el de la transición y la «movida», hasta llegar prácticamente a nuestros días.

En unos casos los textos se constituyen en testimonios precisos del ritmo que va *adquiriendo la ciudad con el paso de las estaciones* y con el devenir de los distintos acontecimientos sociales y políticos. En otros, la ciudad deja de ser un simple escenario en el que se desarrolla la acción para convertirse en un elemento estructurante más de la *contrucción novelesca*.

Madrid  
crítica  
**HOSTAL**

ISBN 84-451-1366-6



9 788445 113660













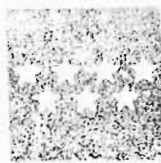
**MADRID  
EN LA  
NOVELA  
VI**





# MADRID EN LA NOVELA VI

Estudio y selección  
FRANCISCO GUTIÉRREZ CARBAJO  
JULIA BARELLA



Comunidad de  
**Madrid**

Consejería de Educación  
SECRETARÍA GENERAL TÉCNICA  
Servicio de Publicaciones  
C/Alcalá, s.º 30-32  
28014 MADRID

**MADRID EN LA LITERATURA**



**Comunidad de Madrid**

Ref. : 0721



Biblioteca Virtual

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN  
Comunidad de Madrid

Cubierta: *Interior Madrileño o la intriga*  
Guillermo Pérez Villalta

Dirección editorial: Agustín Izquierdo

Diseño de la cubierta: María Conejero González Milla

Gestión administrativa: Servicio de Publicaciones de la Consejería de  
Educación y Cultura

Maquetación y preimpresión: Ilustración 10

© Francisco Umbral (Editorial Planeta)

© Juan José Millas

© Fernando Savater

© Juan Madrid

© Soledad Puértolas

© Jorge Martínez Reverte

© Javier Marías

© Andrés Trapiello

© Clara Sánchez

© Javier Memba González

© Ismael Grasa

© Juan Manuel de Prada

© Comunidad de Madrid

Consejería de Educación y Cultura

Secretaría General Técnica, 1997

© Del estudio y la selección, Francisco Gutiérrez Carbajo  
y Julia Barella

© Del prólogo Francisco Gutiérrez Carbajo

---

Tirada: 1.500 ejemplares

Coste Unitario: 816 pesetas

Edición: 10/97

---

Depósito legal: M-39.088-1997

I.S.B.N.: 84-451-1366-6

Imprime: Imprenta de la Comunidad de Madrid



# Presentación

*En la literatura y en el arte en general, el espacio es, junto con el tiempo, uno de los elementos configuradores del mundo. El hombre –y especialmente el escritor– da forma a sus preocupaciones vitales y expresa sus sentimientos a través de dimensiones y objetos espaciales.*

*En la Literatura Española, Madrid es una de las mayores fuentes de inspiración para los artistas y constituye uno de los marcos más recurrentes en los diversos géneros.*

*Nuestra Comunidad, a través de su colección «Madrid en la Literatura», va recorriendo las modalidades literarias en que aparece representada por los escritores más significativos.*

*En «Madrid en la novela», «Madrid en la poesía», «Madrid en el teatro» y «Madrid en la prosa de viaje» conviven Miguel de Cervantes y Mateo Alemán, Góngora y Lope de Vega, Pérez Galdós y Palacio Valdés, Baroja y Valle..., la historia de nuestra literatura, que ha encontrado en Madrid uno de sus universos más acogedores.*

*Los lectores de dentro y de fuera de nuestra Comunidad encontrarán en los textos de esta colección los rasgos de un Madrid que ha sabido combinar, a lo largo del tiempo, lo mejor de la tradición y la renovación.*

GUSTAVO VILLAPALOS SALAS  
Consejero de Educación y Cultura





# *Prólogo*

## *El Madrid de la Transición y la Democracia en la novela española*

En los momentos inmediatamente posteriores a la muerte de Franco nada parecía haber cambiado en el horizonte político español. Había un cierto clima de incredulidad ante la evidencia de los hechos, quizá propiciado por la larga agonía del general. Las fuerzas de la derecha y de la izquierda estaban en un táctico compás de espera. Cuando se producen en Madrid las primeras movilizaciones, el propio presidente del Gobierno, Arias Navarro, confiesa que esperaba esta reacción. Sin embargo, la muerte del franquismo se venía anunciando ya con bastantes años de anterioridad. Como ha explicado con gran tino uno de los autores recopilados en este volumen, Francisco Umbral, hay indicios de que a finales de la década de los sesenta entramos en un período que él denomina tardofranquista.

La sabia decisión de la Corona de sustituir al Jefe del Ejecutivo abrió el camino al «milagro» de la transición. Pero la marcha hacia la racionalidad y el pluralismo democrático no iba a estar exenta de dificultades. La violencia terrorista de ETA y GRAPO por un lado y las facciones conservadoras de la derecha montaraz por otro no estaban dispuestas a facilitar las cosas. El miedo y la amenaza invo-

lucionista están presentes en las novelas que reflejan esta época. Se habla, así, en *Caronte aguarda*, de Fernando Savater, del «atemorizado y represivo Madrid postfranquista», y de cómo en «una tribuna editorial de *El País* se prevenía contra los peligros del terrorismo fascista». En esta novela de Fernando Savater, en la que se alterna el escenario madrileño con el parisino, una mujer asesinada a martillazos pone al descubierto la turbia conspiración a la que se ha aludido. Como puede comprobarse por los fragmentos seleccionados en esta antología, el hermano de la víctima emprende una investigación paralela del caso en el «timorato Madrid posfranquista». Según confesión del propio autor, *Caronte aguarda* es una historia de venganza, una novela de intriga, pero también una parábola sobre las formas que adopta el mal en la sociedad moderna, un cuento cruel de la España post-dictatorial y pre-democrática.

De los actos violentos llevados a cabo estos años por los antidemócratas aparecen también muestras en otras novelas recogidas en esta antología, como *Homenaje a Kid Valencia*, de Javier Momba. En esta narración, Lorito –un amigo íntimo de Kid Valencia– cobra buenos dineros por «reventar» huelgas y propinar palizas a los huelguistas. En la ficha que la policía tiene de este personaje se anotan, entre otras ocupaciones, la de músico, trapero, fresador y «matón para la patronal», función que desempeña «agrediendo a varios líderes sindicalistas».

Los ambientes marginales –ya sean de los barrios periféricos ya del centro del Madrid castizo– propician estos tipos como Lorito y Kid Valencia; como Jerónimo, *El Jero*, de *Madrid 650*, de Francisco Umbral; como Lisardo, Vanesa y Charo, de *Días contados*, de Juan Madrid; como Melero y Varilla, de *La Malandanza*, de Andrés Trapiello, como Zemón, de *De Madrid al Cielo* de Ismael Grasa etc. Todas estas novelas constituyen un retrato fiel del lumpen urbano del Madrid de los ochenta y primeros años de los noventa. La otra cara de la ciudad es la que retrata Terenci Moix –aunque resulta menos verosímil– en *Garras de astracán*. Ambas caras, sin embargo, presentan algunos puntos en común.

Como recuerda el mismo Francisco Umbral, en Madrid perduraban ciertos tipos que no estaban dispuestos a favorecer la convivencia democrática: «En Neguri, calle de Goya, tuve otro incidente de media tarde con los beisbolistas adolescentes del nuevo fascismo madrileño. Y en Claudio Coello, saliendo de la galería de Fernández Brasso de ver unos picasso de libro. Y por los tabernones de Atocha (...) Era no poder andar por Madrid». Y si esto se relata en *Trilogía de Madrid*; en la novela de Fernando Savater, *Ca-*



*ronte aguarda*, se cuenta cómo un militante socialista es herido en el metro de Argüelles por el disparo de un asiduo a los actos de Fuerza Nueva.

Los enemigos –de uno u otro signo– de las libertades no consiguieron que el peligro involucionista cerrase el camino a la transición, ni siquiera en fechas tan señaladas como las de los secuestros de Oriol o Villaescusa o la de la matanza de Atocha. Así lo testimonian por ejemplo, las narraciones de Francisco Umbral: «Hubo una matanza de abogados laboristas en Atocha, y el PCE, tan ruidoso en la clandestinidad, dio una (...) lección de silencio en el entierro de los asesinados. Puso en el corazón de Madrid, entre Colón y el Palacio de Justicia, un bloque inmenso y geométrico de elocuente mutismo popular. Las divisiones acorazadas del silencio inerme y disciplinado tomaron aquella tarde Madrid».

Otro momento delicado, recogido igualmente en la narrativa de esta época, fue la legalización del Partido Comunista. Para el historiador Javier Tusell, el día más crucial en toda la transición española a la democracia sería el Sábado Santo de 1977, momento de la legalización del PCE: «Este hecho en primer lugar legitimaba de manera definitiva la convocatoria electoral del junio siguiente: nadie podría decir en adelante que una porción significativa de la política española había estado ausente de la posibilidad de concurrir a las urnas».

En libros como *Trilogía de Madrid*, de Francisco Umbral y *Aseginato en el Comité Central*, de Manuel Vázquez Montalbán, que por razones de espacio no han podido ser incluidos en esta antología, se rememora esta fecha del 9 de abril de 1977.

Reconocidos todos los partidos políticos y recogiendo las garantías y aspiraciones de la oposición, el Gobierno promulga el Decreto Ley de 18 de mayo de 1977, que establece las bases del régimen electoral y convoca las primeras elecciones libres después de cuarenta años para el 15 de junio de 1977. En la contienda electoral gana la UCD. A estas elecciones legislativas y a las medidas llevadas a cabo por los gobiernos de Suárez se refieren también algunas de las novelas citadas y otras más recientes.

Un paso decisivo en el afianzamiento del sistema democrático es la Constitución de 1978, acontecimiento recogido –así como el papel de la monarquía parlamentaria– en novelas que historian esta época, como la del catedrático de la Universidad de Oxford, Ian Michael, titulada *Golpe de Reyes*. En el libro de este ilustre hispanista, que firma sus obras de ficción con el seudónimo de David Serafín, se explica que la monarquía parlamentaria abre sus salones

y las audiencias se llenan de intelectuales y escritores: «Los Reyes empezaron a recibir en la Zarzuela a intelectuales, profesores, escritores y dramaturgos».

Otra práctica de la democracia, como es la celebración de elecciones sindicales y la «gestión democrática de los ayuntamientos» quedan reflejadas igualmente en obras, como la citada de Vázquez Montalbán.

Si las primeras elecciones municipales se celebraron todavía en un clima de cierta crispación, las segundas transcurren —como testimonia Francisco Umbral— de un modo más sosegado: «Las segundas elecciones municipales, ya con el PSOE en el poder, fueron una romería pacífica y triunfal del socialismo que apenas había leído a Pablo Iglesias».

Con motivo de las elecciones municipales y de determinadas conmemoraciones autonómicas, las instituciones públicas organizan diversos actos lúdicos, que recogen algunas novelas, como *Homenaje a Kid Valencia*, de Javier Memba: «Se celebraba la autonomía. Volvía a ser fiesta en Madrid. El Ayuntamiento y el gobierno local, dada la proximidad de las elecciones, abrieron sus arcas para que todos se divirtieran».

Cuando ya parecía encauzado el proceso democrático se produjo el intento golpista del 23 de febrero de 1981. Tomando el terrorismo como pretexto, las opiniones públicas de algunos militares, ciertos artículos firmados individual o colectivamente como el famoso «Almendros» fueron durante los años 1979 y 1980 insistiendo en los argumentos básicos de la ideología legitimadora del golpismo. Como se puede comprobar por las novelas de la época y por los hechos recogidos ya en la Historia Contemporánea, la extrema derecha, además de crear ese clima de opinión, no abandona el uso directo del terrorismo como instrumento de desestabilización. Esta conexión objetiva entre el terrorismo de extrema derecha y el golpismo procede, según Muñoz Alonso, de su idéntica naturaleza; más aún, «el propio modo de ejecutarse el golpe de Estado del 23 de febrero de 1981 tiene, en su realización concreta, todo el aspecto de un acto terrorista».

Los textos de la época se han hecho eco por un lado de los caracteres esperpénticos y decimonónicos de este triste suceso, y, por otro, de su trascendencia inmediata, gracias a los medios de comunicación: «Tejero, más que el Congreso, asaltó, entre el apellido Núñez y el apellido Encabo, los dos apellidos de Núñez Encabo, que votaba en ese momento. Tejero, digo, más que el Congreso, asaltó la Televisión Española, dio el golpe en cada televisor de España, dejando claro

que la tecnología no es nada, sino una nueva y complicada sucesión de espejos para la eterna épica/mímica del hombre, porque aquello era puro XIX, y pasado por Galdós, ya que ni siquiera parecía de verdad». (Francisco Umbral *Trilogía de Madrid*).

En la novela *Nada que hacer* de Juan Madrid –autor del que se han seleccionado para esta antología fragmentos de una obra más reciente, *Días contados*– se hace también referencia a la intentona golpista de Tejero.

Las tramas negras van desapareciendo poco a poco, aunque todavía el 27 de octubre de 1982, en vísperas de las elecciones que le darían al PSOE la mayoría absoluta, la prensa airea una nueva conjura, con militares y civiles implicados en Madrid y Barcelona. La citada novela de David Serafín, *Golpe de Reyes*, se hace eco de tales acontecimientos.

La narrativa de estos años, con alguna excepción, no se detiene especialmente en la gestión política de los socialistas. Vizcaíno Casas, de forma supuestamente humorística, ha vapuleado a políticos de esa época con libros como *Cien años de honradez* (1984), *Isabel, camisa vieja* (1987) y *El señor de los bonsais* (1991). Vázquez Montalbán, por su parte, presentó por entregas en el diario *El País* la rocambolesca fuga del Ex-Director General de la Guardia Civil, Luis Roldán.

Lo puramente anecdótico, como las aficiones del entonces Vicepresidente del Gobierno, Alfonso Guerra, a la música, es recogido igualmente por otros narradores. Así, en la novela de Rafael Chirbes, *En la lucha final*, los protagonistas asisten, junto a Alfonso Guerra, a un concierto de Mahler: «Tocaban la tercera de Mahler y, en la fila anterior, estaba el vicepresidente del Gobierno. Amalia lo saludó con el gesto y él devolvió el saludo y la llamó por su nombre». Por esta novela desfilan personajes que están en el poder, otros en sus aledaños y otros, como el narrador, que aún no han conseguido las credenciales para pertenecer al grupo cuyas peripecias relata. Todos ellos son buenos ejemplos de una clase social, con bastante protagonismo en esta etapa de gobiernos socialistas, que aspira cada día a subir un escalón más y que tiene un miedo paranoico a perder lo ganado. Sin embargo, se deleitan, de vez en cuando, en recordar con pegajosa nostalgia, aquellos tiempos en los que amaban la literatura y la justicia y soñaban con ser protagonistas en la gloriosa «lucha final».

A estas clases pertenecen también algunos de los personajes que transitan por los escenarios madrileños retratados por Terenci Moix en *Garras de Astracán*. Se relatan aquí acontecimientos fastuosos como los relacionados con el Quinto Centenario. El autor

catalán se convierte en esta novela en un madrileño de adopción al igual que algunos de los tipos que crea: «Tiene Madrid esa virtud o ese defecto: como pocas ciudades, se impone sobre el ser humano, convirtiéndole en elemento indispensable de su propia existencia física. El hombre es a Madrid lo que a sus calles, sus fachadas, sus árboles y sus monumentos. Un madrileño es una parte de un escenario, o acaso un escenario en sí mismo. Y un madrileño de adopción se convierte además en un fanático que no quiere renunciar ni por un instante a esa feroz vitalidad que, siendo de la villa, es ya la savia que ha de nutrirle para siempre. Y tiene tanta fuerza esta ciudad que hasta sus sueños son urbanos».

Una visión de la movida y de otros acontecimientos festivos y culturales de los ochenta la presenta la novela *Bochorno*, de Leopoldo Alas. El escenario madrileño y los personajes (Blas Ibáñez, Mario María Rilke, Matilde Sagan, Jacques Bataille, etc.) son caracterizados con clave lunática, gomaespumosa y almodovariana. Escrita con el punto de mira puesto en los modos expresivos del minimalismo sucio, pasado por el *Laberinto de pasiones*, de Almodóvar, la novela ofrece un mosaico de antihéroes.

Más conseguidos son los personajes que presentan Juan Madrid, Francisco Umbral y otros autores seleccionados en esta antología. Para imprimirle mayor verosimilitud no dudan en reproducir el lenguaje coloquial o de base oral, con abundancia de términos jergales: «...vi cómo le sacaba el ojo con el baldeo, tías, fue demasiado, os lo juro. Se quedó nota, mirándose el ojo en la mano, luego empezó a gritar y se abrió corriendo. No veáis la movida. Había sido tronco mío en la mili, un buen chaval. Y le sacaron un sacai por gusto, sin meterse en nada. Fue una pelea que no veas. Mi tronco no tenía culpa de nada, él estaba a lo suyo, como yo, apoyado en el mostrador hablando con su tronca, y parece que el otro estaba colgado con un mal cuelgue... Yo entré justo cuando tenía el ojo en la mano y la gente gritaba que alucinabas. A una tía le dio un ataque de nervios... ¿Habéis visto alguna vez un ojo fuera?»

La jerga y los giros lingüísticos del lumpen madrileño, que ya Luis Martín Santos supo incorporar con gran maestría a *Tiempo de silencio*, son utilizados con naturalidad y soltura por los autores que retratan el Madrid de estos últimos años: «Yo me iba por las mañanas a Simago y robaba lo que podía, o por las tardes, siempre a las horas de más mogollón, para pasar inadvertida (...) yo siempre me he vestido en Simago, cogía el Metro en Vallecas, hasta donde me iba andando, me bajaba en la avenida del Mediterráneo y me metía en Simago a robar por el gusto de robar, a mí nadie me ha enseña-

do que unas cosas son de unos y otras son de otros, yo creía que todas las cosas son de todos...».

Madrid, en muchos de los fragmentos que aquí aparecen, se presenta como un escenario muy propicio para desarrollar tramas policíacas. No entraremos ahora en la discusión sobre las diferencias entre la novela negra y la novela detectivesca clásica, ni en las definiciones genéricas de novela policíaca, novela criminal o novela de intriga y aventura. Sobre todas estas cuestiones existe ya un abundante material bibliográfico, y, por otra parte, los autores no siempre se reclaman seguidores de una u otras tendencias.

Conviene advertir, sin embargo, lo siguiente:

1<sup>ª</sup>) Algunas de las novelas de Juan Madrid, centradas en la capital del Estado, como *Las apariencias no engañan* han aparecido en colecciones dedicadas exclusivamente al género policíaco.

2<sup>ª</sup>) Otras novelas de este mismo autor, como *Nada que hacer* (1984) o *Días contados* (1993) se incluyen en colecciones de narrativa en general, a pesar de que, tanto temática como formalmente, responden al mismo código que al que se ajusta el libro *Las apariencias no engañan*.

3<sup>ª</sup>) Otras obras, como *Madrid 650*, de Francisco Umbral (1995) y *Homenaje a Kid Valencia* (1990), de Javier Memba, no son estrictamente novelas policíacas, aunque sus asuntos y sobre todo sus escenarios marginales, como los mundos de la prostitución, la droga, el boxeo, la delincuencia, etc., las acercan claramente a las del género.

4<sup>ª</sup>) Más concomitancias con la modalidad detectivesca o policíaca presenta el libro de Fernando Savater, *Caronte aguarda* (1981), obra que ha sido calificada como una novela de aventura e intriga, como un cuento cruel.

5<sup>ª</sup>) También participan de algunos rasgos de este tipo narrativos, la novela de Juan José Millás, *Visión del ahogado* (1977) –seleccionada para esta antología– así como otras de autor, como *Papel mojado* (1993), *El desorden de tu nombre* (1987), *La soledad era esto* (1990) y *Volver a casa* (1990).

6<sup>ª</sup>) En una atmósfera en que ni los asuntos ni los escenarios ni los ambientes policíacos están ausentes se inscriben igualmente las producciones de Antonio Muñoz Molina, *El invierno en Lisboa* (1987), *Beltenebros* (1989) y *Los misterios de Madrid* (1992).

Del escenario madrileño, estas novelas –y sobre todo las más emparentadas con la novela negra americana– prefieren el centro. Calles como Montera, Carmen, Gran Vía, Atocha, etc., donde se combina lo rancio con lo marginal, son transitadas habitualmente

por sus personajes. Aquí se encuentran con sus amigos o sus enemigos, aquí se enfrentan con la policía o cometen sus actos delictivos, aquí viven sus experiencias más placenteras y sus desazones más íntimas. Pero si éstas son las calles más transitadas, no son las únicas: la intriga puede extender sus redes por lugares próximos, como Sol, Alcalá, Toledo, Esparteros, Pontejos, Jardines; por otros más alejados, como Vallecas, Ventas y determinadas zonas de «las afueras»; o bien por otros barrios más acomodados como la Castellana, Goya, Príncipe de Vergara, Núñez de Balboa, o por zonas residenciales de la carretera de la Coruña, Barajas o la Moraleja.

En el otoño de un «Madrid corazonal, comercial y bullucioso», el protagonista de la novela de Francisco Umbral, *Madrid 650*, se confunde con los mendigos que pululan por las calles del centro: «Jerónimo está sentado en la esquina de Carmen/Sol, en la posición del loto, con la cabeza caída, y hasta algunas personas le han echado monedas, al pasar, que, sin proponérselo, ha entrado en el friso de los mendigos, hombres maduros con el equipaje por cabecera, que duermen entre el griterío, y mujeres feas con gabardina amarilla, que duermen en los bancos, con la cabeza caída para atrás, la impedimenta sobre los muslos, como un embarazo, y unas gafitas de alambre. El madrileño echa monedas a los pobres como echa barquillos a las palomas, sin ningún espíritu caritativo, por mera rutina, porque lo ha hecho siempre».

El tugurio en el que trabaja Toni Romano, el protagonista de *Las apariencias no engañan*, de Juan Madrid, se encuentra situado en la calle Jardines, «muy cerca de la Puerta del Sol». Su casa tampoco está muy lejos: «A la salida nos despedimos de los compañeros y Lidia y yo bajamos por Montera hasta la Puerta del Sol. De allí subimos por Esparteros hasta mi casa».

Por esa misma calle Jardines deambulan a la una menos cuarto de la madrugada Melero y Varilla, en *La Malandanza* de Andrés Trapiello, «haciendo eses y dando patadas a cartones y basuras».

Casi a la misma hora y por escenarios bastante próximos merodea Silverio Roca en *Nada que hacer* de Juan Madrid: «Atravesé despacio la Puerta del Sol y comprobé su reloj con el de la torre de la D.G.S.. Las doce y treinta y cinco minutos. Cambió de marcha y subió Carretas despacio. Entró en el aparcamiento subterráneo de la Plaza de Benavente...»

Silverio Roca come con frecuencia en un restaurante de la calle de Cádiz, un callejón que, a pesar de lo exiguo, resulta ruidoso y transitado por los personajes de estas narraciones. La calle de Cádiz permanece inalterada a través de los tiempos y es un buen ejemplo

del «simultaneísmo» o atemporalidad de algunos lugares de Madrid, a los que se han referido Umbral y otros autores: «Si había algo que no había cambiado era el Callejón de Cádiz. Parecía un trozo de pueblo, algo que no tenía nada que ver con el Madrid de ahora. Allí seguían las viejas prostitutas, el suelo mojado, los restaurantes baratos y los bares ruidosos de parroquianos fijos».

Por los bares y pensiones del Callejón de Cádiz beben y comen los personajes de *Homenaje a Kid Valencia*, de Javier Momba: «La calle de Cádiz hace esquina con la calle Espoz y Mina. Hay una tienda de cuchillos y enfrente un bar. La pensión Coimbra estaba cerca de allí».

Todas las calles que afluyen a la Puerta del Sol-Carmen, Carretas, Preciados, Mayor, Arenal...– conocen las andanzas y malandanzas de estos personajes. En la calle Arenal tiene las oficinas la protagonista de *Desde el mirador*, de Clara Sánchez: «Las oficinas ocupaban varias plantas de un edificio del siglo pasado de la calle Arenal, cuyos muros eran tan gruesos que daba la impresión de entrar en una gran cueva». Un restaurante situado en esa calle es frecuentado por los compañeros del trabajo: «En el café de la calle Arenal lanzaron un menú de mediodía, de gran calidad a buen precio. Lamentablemente a unos cuantos empleados de las oficinas les gustó y empezaron a frecuentarlo». El ambiente del café, como el de otros escenarios madrileños, ofrece distinta cara los días festivos que el resto de los días de la semana. A veces, bien por la fuerza de la costumbre, bien por contemplar los espacios a esa distinta luz, los protagonistas repiten, en los sábados o domingos, el mismo recorrido que realizan cualquier otro día: «Era sábado por la tarde y cuando la ciudad se abrió en el horizonte exhibiendo sus edificios grises y rojos, no había decidido adónde dirigirme, y me encontré haciendo el recorrido habitual hacia la calle Arenal. Fui andando hasta allí después de aparcar cerca de la plaza de Oriente. La lluvia había amainado y entré en un café donde me conocían. Pedí una cerveza y una cajetilla de tabaco a pesar de que últimamente no fumaba. De inmediato me fijé en que los camareros no eran los de diario y no sabían que trabajaba casi enfrente y que, con frecuencia, desayunaba y comía donde estaba sentada. La clientela tampoco era la del resto de la semana. Me encontraba, por tanto, en un lugar cualquiera que era la réplica de otro cargado de extraordinaria familiaridad».

Ahora ya no se trata del simultaneísmo o de la negación del tiempo, a los que se ha hecho referencia más arriba, sino de instalar la acción en un «no-tiempo»: «La tarde se paralizó un momento y se separó de mí unos pasos como si se hallase en otra parte y sólo la entreviese».

Por el contrario, las novelas que se sustentan sobre una trama policial concretan más las referencias temporales y los lugares de la acción. No resulta infrecuente que el desarrollo de la intriga aparezca temporal y espacialmente concentrado. La acción de la citada novela *Golpe de Reyes*, de David Serafín, tiene lugar en Madrid en un período de tiempo que comprende desde el 29 de noviembre (primer domingo de adviento) hasta el 6 de enero (Epifanía). Por su parte, la historia de *La interferencia*, de Carlos Aguilar, se comprime entre las 21,15 horas del martes 4 de julio de 1989 y las 14,09 horas del martes siguiente (11 de julio de 1989).

Como en otras novelas comentadas con anterioridad, los lugares cambian de aspecto según los días de la semana: «8 de julio de 1989, 18,51 horas. Recién abierta, la Cervecería Alemana desbordaba ya la clientela. Sábado tarde, mes de julio, no podía ser de otra forma». Sin embargo, un poco más adelante, concretamente a las 12,37 del domingo 9 de julio, Tagalo dice a Alacrán: «La Cervecería Alemana no se anima hasta media tarde».

Gran parte de la trama, que estructura la novela de Aguilar extendiendo sus redes por la zona de Tirso de Molina, Plaza Mayor, Plaza de Santa Ana y calle de las Huertas, muy en boga en los primeros años de la transición. Otras zonas de Madrid muy pateadas por los personajes de *La interferencia* son las de San Bernardo, Quevedo, Cuatro Caminos, Santo Domingo, Callao y la Gran Vía: «Ocupaban un mesa para cuatro personas en el interior de una concurrida cafetería en la Gran Vía».

En la Gran Vía sitúa también Antonio Muñoz Molina los acontecimientos más significativos de *El invierno en Lisboa* ocurridos en la capital de España. Aparte de Madrid, la novela cuenta con otros escenarios, como San Sebastián y Lisboa: «Entre San Sebastián y Madrid su biografía era un espacio en blanco cruzado por el nombre de una sola ciudad, Lisboa, por las fechas y los lugares de grabación de algunos discos».

Al igual que en las novelas ya mencionadas, Muñoz Molina elige el centro del Madrid antiguo para localizar algunas de sus tramas: «Serían las dos de la madrugada cuando salimos a la calle, silenciosos y ateridos, oscilando con una cierta indignidad de bebedores tardíos. Mientras lo acompañaba a su hotel —estaba en la Gran Vía, no muy lejos del Metropolitano— fue explicándome que al fin había logrado vivir únicamente de la música. Se ganaba la vida de una manera irregular y un poco errante, tocando casi siempre en los clubes de Madrid...»



La Gran Vía madrileña combina unas dosis de sordidez y fastuosidad, de desamparo y violencia cruel por un lado y de protección y calor humano por otro, que la hacen especialmente atractiva para ser abordada tanto por la novela como por el cine. Quizás por ello, en las novelas de Muñoz Molina, tan cercanas al mundo cinematográfico, se les conceda especial atención: «En la Gran Vía, junto al resplandor helado de los ventanales de la Telefónica, se apartó un poco de mí para comprar tabaco en un puesto callejero. Cuando lo vi volver, alto y oscilante, las manos hundidas en los bolsillos de su gran abrigo abierto y con las solapas levantadas, entendí que había en él esa intensa sugestión de carácter que tienen siempre los portadores de una historia, como los portadores de un revólver. Pero no estoy haciendo una vana comparación literaria: él tenía una historia y guardaba un revólver».

Muñoz Molina nos está proporcionando en esta última frase, a pesar de las matizaciones, las claves esenciales de esta narración.

Casi al final de la novela se dibuja un escenario semejante: la Gran Vía y el edificio de la Telefónica. En él no faltan las mujeres ateridas por el frío, «con cigarrillos en los labios, con cuantiosos abrigos de solapas subidas hasta la barbilla», los altos letreros luminosos y el viento helado silbando por las oscuras aceras.

Ciertos lugares de Madrid adquieren con los vientos y los fríos invernales una luz y un color especial: «En las mañanas de los domingos invernales hay en ciertos lugares de Madrid una apacible y fría luz que depura como en el vacío la transparencia del aire, una claridad que hace más agudas las aristas blancas de los edificios y en la que los pasos y las voces resuenan como en una ciudad desierta».

En *Beltenebros* se vuelve sobre el frío y el viento de Madrid: «El viento de Madrid era más frío que el de Roma. Breves rachas de llovizna y granizo asolaban los espacios horizontales del aeropuerto. (...) Estaba en Madrid, pero era preciso que no quedara tras de mí ninguna señal de mi llegada». En el taxi que le conduce por la ciudad tiene ocasión de contemplar la estatua blanca de la Cibeles, los «rumorosos árboles del Paseo del Prado», las verjas del Botánico, etc. Más tarde se describirán también los bares de la Gran Vía, la Puerta del Sol y los respiraderos del Metro donde acude la gente a protegerse del frío. El personaje camina por Madrid con inútil premura, huyendo de unos recuerdos que ya nunca le abandonarán: «Caminaba por Madrid como si también se extinguiera lentamente mi vida en un prematuro anochecer, sin gabardina, sin sombrero, con las manos en los bolsillos donde sonaban unas pocas

monedas, recorriendo una larga calle con acacias sin preguntarme dónde desembocaría, perdido entre los vivos, entre las mujeres de vestidos cortos y brillantes que salían de los bares a carcajadas, entre los hombres que caminaban hacia un destino cierto en la noche, no como yo...».

En la capital de España, con sus fuentes y avenidas, sus cafés y sus grandes almacenes, sus hoteles y sus tiendas de sexo, es en donde tiene lugar la novela *Los misterios de Madrid*. El Palace y la fuente de Neptuno, «la más monumental de Madrid después de la Cibeles», las rondas de Valencia y Toledo, la Ribera de Curtidores –«arteria principal del populoso Rastro de Madrid, que tiene su principio en la castiza plazuela de Cascorro y desciende con anchuras y turbiones de gran río tropical...», la plaza de Callao, las delgadas torres de ladrillo de Galerías Preciados y la silueta admirable del Palacio de la Prensa, la Gran Vía, la basílica de Jesús de Medinaceli y el café Central, la calle de Postas y la Plaza Mayor, la calle Montera «con sus aceras pobladas de mujeres escuálidas», la calle Carretas y la plaza de Jacinto Benavente, las calle Fúcar y el bullicio de la calle Huertas...., todo un mundo por donde los personajes realizan una travesía y un aprendizaje, que produce a la vez excitación y miedo.

Y si en *Los misterios de Madrid* no desaparece la presencia de Mágina, lo mismo sucede con *El jinete polaco*, un amplio mosaico de vidas y acontecimientos, que transcurren entre el asesinato de Prim en 1870 y la Guerra del Golfo a principios del año 1991.

Como en *Beltenebros*, atraviesa Madrid, desde el aeropuerto, oyendo ahora en la radio noticias sobre la guerra. Padre e hijo recorren las calles céntricas de la ciudad con una mezcla de precaución y asombro: «Era una mañana de domingo nublada y sin lluvia, y las fachadas de Madrid, oscurecidas por el humo de los coches, tenían la misma grisura monótona del cielo (...) Bajamos a la Plaza de España y mi padre dobló el cuello hacia arriba y se apoyó en mi hombro para admirar la altura de la Torre de Madrid. Me explicó con satisfacción los detalles de su viaje en el Metro, el transbordo en Sol, lo atento que iba a los nombres de las estaciones para no pasarse, el cuidado que tenía al subir y bajar de los trenes, la precaución necesaria de guardar la cartera en un bolsillo interior para que no se la robaran».

El padre se sorprende al ver los olivos de la Plaza de España, aunque los encuentra enfermos por el humo de la gasolina y la proximidad de la gente. Miran las estatuas de don Quijote y Sancho, les llega el viento frío del parque del Oeste y enfilan la calle emblemá-

tica retratada en otras narraciones: «Subimos por la Gran Vía, casi desierta a aquella hora, con tan poco tráfico que parecía desolada y más ancha, ilimitada hacia lo alto, hacia los edificios de Callao y las marquesinas descomunales de los cines».

Por estos lugares del centro histórico y por otros de diversas zonas de la ciudad –Bilbao, Castellana, Barrio de Salamanca, Ventas, Concepción...– viven sus aventuras y desventuras los personajes novelescos de Juan José Millás. Las fábulas de Millás, aparentemente no quieren trascender la cotidianidad; sin embargo, todas están presididas por un intento de indagar en las zonas más profundas de la existencia, en la naturaleza de la ficción y en los límites siempre difusos entre la imaginación y la realidad. A pesar de la voluntad del narrador de que no haya en sus obras «elementos reflexivos explícitos», esa indagación conduce en muchos casos a lo metanarrativo. Tras la intriga, siempre está latente la propia sustantividad de la novela, cuyo proceso constructivo avanza, a medida que se desarrolla el tiempo interno de la narración.

En *El desorden de tu nombre* la intriga viene determinada por los encuentros y desencuentros de Julio Ortega con Laura, una mujer casada por la que siente una extraña atracción. Cada martes y cada jueves, cuando el protagonista sale de la consulta del psicoanalista, se encuentra con esta mujer, en la que poco a poco va descubriendo los rasgos de otra de la que estuvo enamorado. El escenario se traslada ahora a la calle Príncipe de Vergara y al parque de Berlín.

En *La soledad era esto* se declara explícitamente la importancia del espacio madrileño en el desarrollo de la acción y en el comportamiento de los personajes. Éstos llegan a ser una reproducción de la ciudad o del barrio donde habitan: «Realmente un cuerpo es como un barrio: tiene su centro comercial, sus calles principales, y una periferia irregular por la que crece o muere. Yo no soy de aquí, de esta ciudad que denominan Madrid, capital del Estado. Vine a caer en este lugar por los azares de la vida y poco a poco dejé de ser de donde era, que era un sitio con mar y mucho sol que no quiero nombrar porque en el transcurso de la existencia, no sé cuándo dejé de ser de allí».

La presencia de la ciudad es tan intensa que puede engullir a los personajes, y éstos, a su vez, en un proceso de autodefensa, llegan a negar la existencia de la urbe porque puede hacerles perder su propia singularidad y vivir en un continuo extrañamiento: «Lo malo es vivir lejos de una misma, que es como vivo yo desde hace años, desde que me trasladé a esta ciudad que no existe y

que, sin embargo, se llama Madrid. Madrid no existe, pues; es un sueño provocado por una enfermedad, por unas medicinas que tomamos para combatir alguna enfermedad. Todos los que estamos en Madrid no existimos».

A pesar de estas afirmaciones, la ciudad se impone con fuerza y va adquiriendo distintas tonalidades en consonancia con el ritmo de las estaciones: «Vivía en un piso alto de la zona norte de Madrid, desde donde se divisaba un paisaje urbano que parecía cambiar de forma en función de las tonalidades de los meses».

Como en *El desorden de tu nombre*, la zona norte es la que tiene en la novela la presencia más significativa. Por las calles Francisco Silvela, María de Molina, la Castellana..., camina la protagonista guiada por el azar, que es el que dirige los pasos de su vida.

Los grandes almacenes propician por una parte el anonimato de los personajes pero por otra permiten que estos puedan ser vigilados con la más absoluta impunidad: «Paseó sin rumbo fijo hasta Joaquín Costa y desde allí bajó en dirección a la Castellana (...) En el Corte Inglés pude observarla con más detenimiento, pues estos centros comerciales facilitan la tarea de un perseguidor por la posibilidad de diluirse entre la gente y de acercarse a la persona investigada sin despertar sospechas.»

Al lado de estos referentes externos, las narraciones de Millás —por ese propósito de convertirse en metanarraciones— se tornan en dotorreferenciales: es decir, el discurso narrativo abandona con frecuencia lo puramente contextual para ahondar en la naturaleza ficción de la historia que se está contando, en la novela que se está escribiendo a sí misma. Es lo que sucede con *Volver a casa*: «Tendría que empezar a pensar en su próxima novela, *Volver a casa*. Sacó un papel de la cartera, pidió un bolígrafo al camarero y apuntó: «CAPÍTULO UNO: Un sujeto se halla en la habitación de un hotel de Madrid. Acaba de llegar de Barcelona para resolver un asunto familiar. Describir la habitación, etc. El televisor, muy importante».

Madrid, por tanto, sigue estando presente. El protagonista teme enfrentarse a esta ciudad, a la que compara con el gran teatro del mundo en el que cada uno representa su papel: «Madrid era un recipiente admirable de vidas, de destinos que se entrecruzaban formando una amplia red que denominaban colectividad. A éste le había tocado ser cojo; a aquél, pobre; aquel otro parecía ser feliz y esta joven que ahora pasaba rozando su mesa con la falda tenía la excitación de una promesa. Había de todo, incluso mirones como él que parecían ausentes de la trama, pero que tal vez cumplían la función de certificar con la mirada su existencia».

El protagonista realiza un viaje en taxi desde el centro histórico de Madrid, donde estaba su hotel, hasta la zona norte donde residía Laura. Ello le da ocasión para comparar de nuevo el espacio urbano con el propio territorio corporal y analizar sus analogías: «Comparó la evolución de la ciudad en la que había vivido en otro tiempo con su propio territorio corporal y afectivo, y dedujo que las ciudades y los cuerpos poseían una identidad precaria, inestable, pues cuando alcanzaban el punto en el que parecían ser una cosa, un movimiento subterráneo los convertía en otra, aunque en una mutación tan sutil, tan insensible, que podía pasar inadvertida a una mirada perezosa».

Con frecuencia, la ciudad ha sido comparada con el laberinto, ya que, en definitiva, éste constituye el fundamento de cualquier concentración urbana. Millás tampoco puede substraerse a esta metáfora: «En Cibeles cambió de rumbo de forma caprichosa, internándose primero en Alcalá y luego en un conjunto de calles estrechas, laberínticas, que evocaban la disposición de los hilos en una red, y al poco desembocó en la calle del Prado».

Si ya en Millás, la ciudad posee una entidad «precaria», «inestable», en otros novelistas contemporáneos, como Javier Marías, Soledad Puértolas o Clara Sánchez, deja de ser considerada un puro escenario en el que se desarrolla la intriga para convertirse en un elemento estructurante más de la construcción novelesca. El espacio no es tanto un referente externo con perfiles precisos como un elemento abstracto al igual que el tiempo y la acción. Y si el tiempo se condensa y se comprime, el espacio, a su vez, como dice Bajtín, «se intensifica, penetra en el movimiento del tiempo, del argumento de la historia».

En los novelistas mencionados, el espacio, más que descrito, es presentado a través del diálogo de los personajes y de las propias voces narrativas. A partir de Bajtín, como escribe García Berrio, hemos adquirido la evidencia de que la «pintura» realista de la novela, la modalidad más descriptiva de las formas de referencia literaria, es más representación de «voces» y modos de hablar que de descripciones verdaderas.

No interesa a estos escritores dibujar de forma precisa todos los pormenores de los objetos particulares, cuanto resaltar aquellos rasgos generales que caracterizan una clase.

Cuando recurren a topónimos no se detienen en detalles costumbristas ni en los pormenores minimalistas. Se prefiere en todos los casos una meditada oblicuidad. Para describir el aeropuerto en *Piedras preciosas* le bastan a Clara Sánchez sólo unos elementos: la

escalerilla del avión, la sala de espera, las baldosas pulidas y brillantes.

En *No es distinta la noche* los personajes pasan a veces por las calles madrileñas fugazmente: «... se abría paso por la Castellana y se lanzaban por ella a buena velocidad». En otras ocasiones se detienen con más morosidad o efectúan compras en algunas de sus tiendas: «Se situó bajo las abovedadas capotas crema de una lujosa tienda de la calle Velázquez. Y él, uno en millones, estaba en este mundo, en esta ciudad y en esta joyería sentado ante la complaciente sonrisa del encargado». No se ofrece ahora –como en algunas de las narraciones anteriormente comentadas– el centro de la ciudad, opaco y frío sino la luminosidad de los parques: «Le apetecía pasear por el Retiro y condujo el coche hasta allí. Caminó entre los niños, las parejas que se besaban, los bancos de piedra, los quioscos de bebidas y anduvo sobre las hojas y entre los lagos artificiales, las pérgolas, los mimos y los sonidos deslizantes de los patinadores». Estos fragmentos no implican, sin embargo, que la mirada de la autora sea más complaciente con el universo de la ciudad que la de otros narradores anteriormente citados.

Sí hay en la novelística de Clara Sánchez una concentración del espacio y del tiempo, que también encontramos en la de Soledad Puértolas. Puértolas se declara igualmente partidaria de la parquedad descriptiva, de la alusión más que de la explicación detallada, de la elisión más que de la perífrasis. Así lo manifestó ya en la edición de 1984 de *El bandido doblemente armado*: «Por aquel entonces yo buscaba una literatura que sugiriera lo máximo a partir de lo mínimo». Estos presupuestos los ha aplicado en mayor o en menor medida en otras narraciones posteriores. Soledad Puértolas ha reconocido, sin embargo, la importancia de los acontecimientos políticos en el quehacer novelesco: «Es evidente que los escritores a quienes nos ha tocado la transición política en los inicios de nuestra aventura literaria (...) afrontamos la realidad de forma distinta a como lo pudo hacer otra generación, si es que de generaciones hablamos. Querámoslo o no, somos productos del presente, estamos inmersos en él».

En *Todos mienten* se dice, por ejemplo, que el tío Enrique «había llegado a España cuando ya Franco, el gran enemigo de su padre, había muerto». Los personajes de esta novela se mueven fundamentalmente por el barrio madrileño de Salamanca, por Recoletos, Castellana. Blasco de Garay, con breves incursiones al centro histórico de la ciudad, transitando por Cuchilleros y Puerta Cerrada.



En *Queda la noche*, Aurora, la protagonista, vive con sus padres en Madrid pero realiza un largo viaje por Oriente durante el cual se gestan los ingredientes fundamentales de la intriga. Como se ha visto anteriormente en un texto de Millás, los individuos se diluyen en la colectividad de la ciudad: «Había acabado el verano. Madrid volvía a recuperar su ritmo de gran ciudad desbordada, que promete más expectativas de las que es capaz de cumplir. Y, dentro de ese ritmo, las personas pierden un poco el suyo, se diluyen en las tensiones de la ciudad, se adaptan a sus reglas, más o menos fácilmente, con más o menos resistencia».

En la obra narrativa de Javier Marías tampoco encontramos una descripción detallista de la ciudad, en consonancia con su rechazo de la «tradición novelística española, insistentemente realista, costumbrista, castiza, con las excepciones de rigor». Para él, la novela más que reflejar la «realidad», lo que refleja es el «mundo», palabra en la que «cabén muchas más cosas, prácticamente todas, las reales y las irreales». El autor ha confesado también que «escribir novelas es la asunción de una anomalía, y publicarlas, el intento de contagiar esa anomalía». La novela es el modo de representación más ambiguo, «y por tanto el más libre y el más flexible, aquel que admite mayor número de posibilidades y de escamoteos, de arbitrariedades y de incertidumbres, de iluminaciones y ensombrecimientos, de contradicciones y anomalías». Aunque no falten referentes con nombres propios —el narrador de *Corazón tan blanco*, por ejemplo, hará oscilar la acción entre su madrileña casa conyugal y los foros internacionales de Nueva York y Ginebra— la novela más que representación de espacios concretos, lo es de actitudes y de voces.

Frente a esta presentación del «mundo», y frente a la oblicuidad a la que se ha hecho referencia más arriba, algunos narradores de la denominada generación X, intentan poner en práctica los modos expresivos del «realismo sucio».

Entre estos últimos, Ismael Grasa en *De Madrid al cielo* (1995), describe con detallismo los solares abandonados de Méndez Alvaro, y nos lleva a recorrer la calle de Santa Isabel, la glorieta de Carlos Quinto, la cuesta de Claudio Moyano y el parque del Buen Retiro. Nos retrata a los seres desvalidos que duermen la siesta en el parque, al viejo que lleva cuarenta y cinco años vendiendo pipas y que ahora, además, también «vende chicles con azúcar y sin azúcar, chokolatinas, gominolas, gusanitos, y así». La gente se sitúa justo al lado del palacio de Cristal, desde donde puede contemplar ardillas, mirlos, mosquiteros, carboneros, verderones..., aunque lo que más

abundan son gorriones, urracas y palomas. El centro de la ciudad está representado, entre otras calles, por Tirso de Molina, Embajadores, Cabestreros, Magdalena y la plaza del Humilladero.

Esta colección de textos sobre el Madrid de los últimos años –como cualquier otra de este tipo– implica siempre una selección; selección, como todas, discutible.

La ausencia en esta antología de obras importantes publicadas en fechas recientes se debe a que retratan el Madrid de principios de siglo o el de los años que giran sobre la guerra civil y la posguerra, época ya estudiada en el volumen V de esta colección. Ello explica la no inclusión de *La Puerta del Sol*, de Fernando Fernán Gómez, que abarca el período de entreguerras, las agitaciones sociales, el asesinato de Dato, la Dictadura de Primo de Rivera, la guerra civil y los primeros años de la posguerra.

Tomando como referente geográfico–histórico el Madrid de la transición a nuestros días, se imponía elegir a una serie de autores significativos que hubiesen focalizado la ciudad desde distintas perspectivas: desde la más objetivista y fotográfica a la más oblicua y endorreferencial. De esta forma, se presentaría la realidad de un mundo poliédrico, con sus diversas tonalidades y contemplado por distintas miradas.

*Francisco Gutiérrez Carbajo*





## FRANCISCO UMBRAL

(Madrid, 1935)

Madrid 650, Barcelona, Planeta, 1995

*Su infancia y primera juventud transcurren en Valladolid, ciudad en la que, desde muy temprano, colabora en diversas publicaciones. Desde el año 1961 reside en Madrid.*

*Entre su magna obra narrativa podemos destacar los siguientes títulos: Balada de gamberros (1965), Travesía de Madrid (1966), Las vírgenes (1969), Si hubiéramos sabido que el amor era esto (1969), Los europeos (1969), El Giocondo (1970), Memorias de un niño de derechas (1972), Las ninfas (1975), Retrato de un joven malvado (1976), Los amores diurnos (1979), A la sombra de las muchachas rojas (1980), Los helechos arborescentes (1980). La bestia rosa (1981), Las ánimas del purgatorio (1982), Las gigantes (1982), El hijo de Greta Garbo (1982), Pío XII, la escolta mora y un general sin un ojo (1985), La belleza convulsa (1985), Sinfonía borbónica (1987), Un carnívoro cuchillo (1988), Nada en domingo (1988), El día en que violé a Alma Mahler (1988), El fulgor de África (1989), Leyenda del César Visionario (1991), Madrid 650 (1995) etc.*

*De carácter memorialístico son La noche que llegué al Café Gijón (1977), Trilogía de Madrid (1984), Y Tierno Galván ascendió a los cielos (1990), etcétera.*

*Al género del ensayo pertenecen España cañí (1975), Tratado de perversiones (1977), La fábula del falo (1985), El fetichismo (1986), Guía de la postmodernidad (1987) y otras obras sobre escritores*



que le son afines, como Larra, anatomía de un dandy (1965), Lorca, poeta maldito (1968), Miguel Delibes (1970) y Ramón y las vanguardias (1978).

*En 1975 obtuvo el Premio Nadal, por Las ninfas; en 1990, el premio de periodismo Mariano de Cavia; en 1992 el Premio de la Crítica por Leyenda del César Visionario, y en 1996 le fue concedido el Premio Príncipe de Asturias de las Letras.*

*Madrid 650 –la novela elegida para esta antología– tiene su escenario fundamental en el barrio madrileño de la Hueva, situado en «el arrabal de los arrabales». Frente a este mundo poblado por la marginación y el lumpen, las chabolas y el vagón de un tren varado se alza el del centro de la gran urbe, el de los grandes almacenes, el los brillos y oropeles, el de la ciudad adinerada y rutilante. Por un espacio y otro se mueve uno de los reyes del barrio de la Hueva, Jerónimo, El Jero, en torno al cual se articula la narración. Jerónimo es un ladrón de motos y de tumbas, un criminal nato, que controla la vida y las desventuras de los vecinos del barrio. El Jero es capaz de robar motos en el Meliá Castilla y de violar a chicas en los «probadores» de El Corte Inglés.*

*Los personajes de esta novela se mueven por una geografía muy precisa de Madrid pero también presentan analogías con personajes de los universos literarios creados por Francisco de Quevedo o Valle Inclán.*



## MADRID 650

EL VAGON DE FERROCARRIL está en mitad del campo, al este de la ciudad, sin raíles y con alguna rueda de menos, en herrumbroso equilibrio, plantado en la tierra, esbelto y como quemado, largo y solo, sin antes ni después, sin vía ni locomotora. Con el tiempo, sus ruedas han ido hundiéndose en la tierra, por el peso del invento, o bien las espigas salvajes han crecido por encima de las ruedas, hasta hacer del vagón de ferrocarril un elegante y requemado barco/crucero por los mares secos y amarillos de lo que ya es más campo que Madrid.

El vagón de ferrocarril nadie sabe quién lo trajo aquí, ni cómo, ni por qué, pero ahí está, en las afueras del barrio (que a su vez es las afueras de las afueras), con su hermosa longitud de cosa verdadera e incendiada (por el incendio o por el tiempo), con su majestad oscura y, todavía, su último ademán de viaje hacia lo azul del mar, que sólo es el azul del cielo, nublado a días de nubes tendidas o ropa que vuela por los aires.

Durante la mañana, los niños del barrio/desbarrio juegan entrando y saliendo del vagón. Son niños oscuros, mulatos de lo blanco, negros de miseria o de sol, cuarteroncitos de lo negro, blancos de luz o de hambre, con sus ojos peliverdes y europeos, como los de los gatos, con sus vaqueros más viejos que ellos y su cara de crimen infantil.

Los niños, con el viejo vagón, juegan a los trenes, al lejano Oeste, al tranvía (que no han conocido), al galeón español lastrado de oro y a la nave espacial de dos mil uno, que para eso vieron la peli en el barrio, cuando entonces.

Por las tardes, el vagón de ferrocarril, que conserva un aire de vagón de primera, como una vieja y grande dama en un asilo, es

refugio de parejas (él, fresador de Comisiones; ella, solapista para El Corte Inglés) que fornifollan directamente sobre los alabeados asientos de cretona y podredumbre: lo último que pierden las cosas es la línea, aunque estén ya muertas por dentro. Hay hasta intercambio de parejas en las tardes del vagón absurdo, nao varada en los mares secos del secarral donde se deshilvana la ciudad. Sólo al anochecer entran las parejas en el vagón, ellas con prisa y ojos bajos, como si entrasen en una casa de citas; ellos, lentos y altivos, deseando que les vea todo el barrio, como desea/espera siempre el macho.

Por las tardes, en los atardeceres, o sea, las madres no dejan a sus niños subirse al vagón, ni escalar sus escaleras exteriores, que van del pedal al techo, ni acercarse siquiera. Para los niños de este barrio el vagón de ferrocarril, tan accesible de día, es un misterio nocturno, una cosa que rondan de lejos, espionando sombras en la sombra, y, los más audaces, tirando piedras contra las ventanillas (todavía queda algún cristal por romper), ya que la última o primera y más urgente pregunta del niño, sea urbano o suburbano, es siempre la pedrada. Toda pedrada infantil es una pregunta urgente y valiente por el mundo que se le oculta, como toda ballestería no era sino un sistema de preguntas al enemigo. Preguntas que matan, pedradas que sobresaltaban a los amantes entre dos luces, ya sabes, los jodidos niños, los cabrones, que quieren enterarse. Idos los novios y amantes de atardecer (“La que se sube al vagón casará con un cabrón”, dice la inspiración del barrio), acostados los niños y dormidas las piedras muy cerca de las estrellas, al vagón van llegando lentos sacos humanos, vagabundos, bohemios, viejos, borrachos, picados, sólo hombres, que han encontrado en este corto tramo de renfe su hotel nocturno, el reposo del caminante, una camaradería de vino y sueño, la paz de los caminos en un vagón de tren, sin máquina ni raíles, que no lleva a ninguna parte y sólo el tiempo y los niños van desguazando lentamente, delicadamente (así es como trabajan el tiempo y los niños: el tiempo, realmente, tiene manos infantiles y el infinito cuidado con que trabajan esas manos). Jerónimo, aunque no es viejo ni gordo ni se siente acabado, también suele dormir en el tren.

Jerónimo es del barrio de toda la vida. Alto, rubio y adolescente. Unos ojos chinos y una navaja que funciona. En el barrio, en el derramado arrabal que va hacia el cielo o hacia el tiempo, con sus artesas y sus muertos que fuman, a Jerónimo se le quiere de cuando niño y se le teme desde lo de la navaja. Lo de la navaja es largo de contar. Pero Jerónimo, cuando acampa en el barrio, que no es siempre, ni mucho menos, lo hace en el vagón de ferrocarril, lo que

todo el barrio conoce por la renfe. Jerónimo, está mañana, duerme hasta tarde, cuando ya los borrachos, viejos y vagabundos del tren han ido abandonando éste, como un perro que se despioja (cada uno a su tarea: los rollos de cobre; los desenterrados provisionales de la Almudena, que los tienen unos días tomando el aire a ver si se reponen un poco, mientras les encuentran nuevo acomodo, y a quienes siempre hay una muela de estaño o un anillo de boda que trajectar; la caridad pública en los aparcamientos caros de Madrid, buenas noches, señora y señorito, que tengan ustedes buena cena, yo nada necesito, y qué elegante que va la madama, con perdón, hasta que caen cuarenta duros).

Jerónimo, esta mañana, se despierta tarde, tarde por el sol y por el reloj, que son dos cosas que nunca van de acuerdo. No consigue recordar nada de lo ocurrido la noche anterior: fumata de morfa, porro, pico, whisky, hostias, lo que sea, a ver si te vas a quedar zumbadillo, cabrón, que no se es viejo hasta los veinte, estás tierno para la residencia de ancianos Francisco Franco, un general que hubo. Jerónimo se lava la cara y las axilas con colonia nenuco de la que roba en las farmacias cuando va a comprar agujas, y luego sale al exterior, como dándose de puñetazos con el sol de mayo, coge la escalerilla metálica que va del pedal al techo del vagón y se sienta allá arriba, en la postura del loto, a meditar, recordar u olvidar, como tantas mañanas de desmemoria o resacón (a veces la resaca es de sangre).

Jerónimo, camiseta sin mangas, de cuello recto, con tirantes cruzados por detrás, vaquero que se le ha quedado pequeño y botas de puntera, como un rockero antiguo. En su camiseta, cosa rara, no pone nada. Lo de la postura del loto y la meditación trascendental lo aprendió Jerónimo de un bujarrón blanco que iba de hindú y se lo tenía montado por la calle de Alcalá, cerca de Manuel Becerra. O sea, un hinduista con gafas de aparejador, palidez de falta de sodio y actitudes de bailarina babilónica, que sacaba una revista mensual, o lo que fuese, con fotos que eran postales compradas a Bombay por correo y cartas de un sivananda/veneranda que escribía el propio Pascual, que así se llamaba el gurú de Manuel Becerra.

Lo de Pascual el gurú también es para recordarlo despacio, a su caer, si cae, pero Jerónimo no es partidario de recordar: sólo se trabaja el pasado en función del futuro, y la tía de anoche en función de la jai de mañana. En realidad, más que meditación trascendental, lo que Jerónimo hace sentado encima del vagón, muchas mañanas, es mirar las distancias de la nada y no pensar, mirar la

fiesta del sol en las remotas montañas, a las que ha llegado como un excursionista, mirar el trigo salvaje que crece hasta el mar del cielo, hectáreas de libertad y nadie, o mirar Madrid para el otro lado, una masa inmensa, rosa, extendida, interminable, infinita, con su cielo propio, gris y plata y un poco de oro, ese sitio adonde él baja a robar el puesto de un melonero, pegarse un pico, pispar una botella de jotabé o matar a un hombre, según.

Y es cuando *Gilda*, la cabra, la blanca y juvenil cabra de Jerónimo, surge de lo recóndito de la inmensidad, como un ángel caído del cielo en figura de cabra, le saluda alegre con un balido y trepa sabiamente las escaleras que llevan al techo del vagón. *Gilda* se tiente junto a Jerónimo, pone la cabeza entre sus piernas y Jerónimo la rasca y le quita eruditamente las pulgas, mientras la va alimentando con pedazos de pan viejo que se saca de los bolsillos, pelotas de periódico (a la cabra le gusta mucho la celulosa de los periódicos, o la letra impresa, o lo que sea), y flores gordas, literarias y municipales que ha arrancado para ella en el Retiro.

—Espacio, *Gilda*, loca, espacio, amor, *Gilda*...

La cabra (libre, pero respetada por todo el barrio: es la cabra del ominoso Jerónimo) come, bala, se tuerce, duerme a ratos, es feliz pegada a su dueño.

Así se van pasando algunas mañanas.

LA MOTO tiene un manillar alto y grandioso, un parabrisas de plástico, una carrocería cartaginesa y un gran faro central, incontestable, acompañado de otros faros secundarios. La moto es complicada, agresiva y velocísima. ¿Una Harley-Davidson? No. Quizá esa marca se ha quedado anticuada. La moto es lo que a Jerónimo le faltaba para ser Jerónimo, o sea él.

Jerónimo tenía vista una moto en Madrid que era su moto, de la que se había enamorado como de una mujer. La moto estaba en General Yagüe, frente al Melía Castilla, atada a un árbol con una cadena, y seguramente era de un funcionario de las oficinas que había en aquel apartamento. Jerónimo, antes de ser Jerónimo (le faltaba la moto para reconocerse a sí mismo), bajaba a Madrid en el Metro y se sentaba en las escaleras de piedra del Meliá, hasta que le echaba el portero de chistera café.

Jerónimo, por lo que había observado, ya sabía que la moto, fascinante como una sirena o como una mujer vestida de moto, era de un funcionario que la dejaba allí a las ocho de la mañana y la recogía a las tres de la tarde, incluido el bocata de las once y media, por los bares y las hamburguer del barrio.

Aquello era un bebedero de motos donde los viciosos de la moto, que siempre la preferirían al coche, dejaban sus máquinas toda la jornada, o media jornada. Hacia las diez y media de la mañana, cuando los empleados estaban sumidos en las procelas de sus burocracias y el espejismo de sus robots, Jerónimo, despedido de allí por el portero de chistera café, cruzó un día la calle, lentamente, volviéndose para comprobar que el portero no le seguía con la mirada, se sentó en el bordillo de enfrente leyendo el *As/Color*, luego se volvió un poco para trabajar, con la lima que llevaba en la mano, la cadena de la moto, o para forzar el candado (se había sentado muy cerca de la pieza).

La moto ya estaba libre. Jerónimo esperó el momento en que el autocar de Madridvisión aparcó delante del hotel, depositando su mercancía barata de japoneses vestidos de occidentales y yanquis vestidos de gilipollas. Ahora el portero del Meliá Castilla, que era el que lo tenía más fichado en la zona, ya no podía verle, y Jerónimo montó la moto con toda seguridad, le metió la marcha fuerte, arrancó con la cadena y el candado colgando, Capitán Haya arriba, y hasta hoy.

Pero fue un hermoso paseo bordeando la plaza de Castilla y ahondando por Mateo Inurria, permitiéndose el lujo de poner crudos en una gasolinera que hay al final de esta calle, buena moto, jefe, ya usted lo ve, parece como que el funcionario, con cara de alimaña y visera de renault, no se fía mucho, Jerónimo saca del bolsillo del culo del vaquero un fajo de cien mil, lo que antes era novela verde, y el tipo deja de suspiciarse, admira la máquina, llena el depósito (Jerónimo ha advertido que estaba a punto de agotarse), cobra el precio y la propina y le desea al chico buen viaje.

Por los nortes entrevistados de Madrid, enero luce frío y azul, como el espejo roto de la vida.

Viajar en una moto así es como viajar por otro Madrid, más por el cielo que por la tierra, y Jerónimo ve otra ciudad, ya que basta con cambiar el ritmo de la vida para que la vida cambie. Jerónimo da vueltas y vueltas a las carreteras, antes de dirigirse hacia su barrio, el barrio de la Hueva, aunque comprende que quizá la pasma ya le estará buscando (el conserje/café les habrá dado todas las señas), y por fin enfila hacia Vallecas, en un enero claro, libre y distinto.

La moto, como una droga, le ha peraltado a su verdadera personalidad, a su genuina velocidad vital.

Jerónimo llega a la Hueva montado en la moto como un emperador cartaginés montado sobre un león. Los chicos le siguen en

doble friso de polvo y griterío. Cuando Jerónimo para a la sombra del vagón de ferrocarril -renfe-, echando un pie a tierra, los adultos le hacen corro:

–La hostia de moto, Jerónimo.

–Eso es viajar y lo demás es arrastrarse.

–Muy bueno lo tuyo, Jerónimo.

–Caprichosa la máquina.

–O sea, que se ve un gusto.

–Y lo que debe de correr.

–Pero mayormente la potencia. Esta es una máquina para toda la vida.

–Jerónimo seguro que en seguida cambia de vehículo.

–Es un maniático de las máquinas.

–Para lo que le cuestan...

Pero no hay mayores alusiones al origen de la gran moto. Se da por supuesto que Jerónimo se ha subido a ella en una calle de Madrid y ya está. En la Hueva no existe la noción de lo tuyo y lo mío. Todo es de todos y ya está. Mayormente, todo lo de Madrid es de la Hueva, y la Hueva puede bajar a por ello cuando quiera. Y no digamos Jerónimo. Jerónimo deja que los hombres y los niños le soben la moto, toquen los resortes, pongan la mano en el motor para sentir su calor, como si fuese el lomo de un animal vivo.

Los días consecutivos, Jerónimo los dedica a pintar la moto toda de negro, minuciosamente, y le encarga a Blas (Blas sirve para todo y para nada) que le vaya fabricando una matrícula nueva, falsa y verosímil.

Cuando la moto está completamente pintada, Jerónimo la pone a secar al sol. Y cuando está seca, va incrustando en la carrocería pegatinas de hierro, clubes, cosas en inglés, tías en bolas, calaveras, anuncios de pepsi, pegatinas de papel y banderas de países que no existen, y que son los mejores.

La moto, sí, es como el león cartaginés de Jerónimo, el gran jefe de la tribu, y también tiene algo de trono y de dios de la guerra. Jerónimo ya sabe dónde la va a guardar: en el vagón de mercancías que tiene añadido el vagón de la renfe donde él vive: hay una rampa que se baja y se sube y hace la operación muy fácil. Dos o tres veces por semana, Jerónimo hace descender por la rampa de madera su poderosa moto, monta en ella, da un par de vueltas rugientes a la plaza (que no es más que un redondel de polvo), para comprobar el estado de la máquina y el suyo propio, y luego enfila hacia Vallecas/Madrid, quién sabe si va a robar, matar, jugar en las chirlatas, violar niñas de las pastorinas o, sencillamente, coger lo que es suyo.



Cuando vuelve a la Hueva, a veces vuelve como se ha ido, aunque quizá traiga el bolsillo del culo reventón de novela verde. Otras veces trae trofeos ostensibles, como los collares de una anciana al cuello o varios relojes de oro en cada muñeca. Jerónimo tiene compradores para todo esto, y es generoso y patriarcalista con la gente de la Hueva. Hay veces, en fin, en que a Jerónimo no se le oye llegar, sencillamente porque no llega, porque se queda varios días en Madrid –“estará de dormida con alguna”–, o porque, en su infinita sabiduría, para la ruidosa moto medio kilómetro antes de la Hueva y la conduce del manillar, como una cabra, como su cabra la *Gilda*, hasta el vagón de la renfe, por no meter ruido y despertar al personal, si es la madrugada.

Jerónimo es un jefe nato. [...]

Blas, en la mañana sin luz de septiembre, en la mañana fría y ventolera de septiembre, en la mañana tibia y mísera de septiembre, con el agua agonizando en las charcas y el cielo como una buñolería de nubes, Blas, decíamos, pinta y repinta la moto de Jerónimo, que en Madrid parece que la han reconocido los maderos, o al menos han querido hacer una inspección, y hasta han tomado nota de la matrícula.

–Yo es que trabajo en esto de las motos– les ha dicho Jerónimo a los maderos, poniéndose y quitándose las gafas de espejo.

–¿Y qué es esto de las motos?

–O sea, la compraventa.

–Y el robo.

–No tiene usted derecho a hablarme de...

–O te callas o te doy una hostia, macarra de mierda.

Uno de los múltiples talentos de Jerónimo es que sabe cuándo hay que callarse. Millones de coches cruzan Callao en todas direcciones, el Metro retiembla bajo los pies del grupo, los autobuses rojos se paran a abreviar, como paquidermos del mogollón, El Corte Inglés y Galerías les pintan a todos de un rojo feliz, con sus anuncios, septiembre viene del Guadarrama como un escuadrón de amazonas de hielo, a la carga sobre los burgueses abrigados que van al cine, y Jerónimo comprende que ha estado a punto de que le quiten la moto y lo lleven al trullo, la Gran Vía huele a noche de estreno y pastores ateridos en la sierra.

EL PORSCHE ROJO llega a la plaza central de la Hueva, una plaza que no es sino un gran redondel de polvo, y frena con violencia y turbulencia. Los chicos y los perros rodean el pequeño y flechado descapotable, como si al barrio hubiese llegado un platillo volante. Los perros ladran. Del coche se baja una mujer alta, rubia postiza,

morisqueña, vestida caro, pero no elegante, que se queda en pie, con los guantes en la mano, mirando la renfe, lo que para ella sólo es un vagón de tren, tan insólito allá lejos, entre las espigas, como un barco. Luego empieza a andar hacia el barco, tren, cosa, lo que sea.

Jerónimo lo ha visto todo. O lo poco que hay que ver. A Jerónimo le ha despertado el aullido de un motor forzado y lastimero, el frenazo. Jerónimo dormía la siesta. A través del cristal de la gran ventanilla, con sus viejas y hermosas iniciales grabadas, Jerónimo ve, como en una película, el porsche rojo, la joven, bella y agradable mujer, la rueda de niños y de perros. Inmediatamente lo relaciona con lo relacionable: el señorito sesentón, feo, borracho, que vino a clavarse en su navaja y luego hubo que tirar a la calera.

Los niños acompañan a la señorita hacia la renfe. No se sabe bien si la siguen o la guían. Ella entra con dificultad –con la dificultad de sus altos tacones– en la hierba que rodea el tren. Jerónimo vuelve a tumbarse en el asiento y cierra los ojos, recogiendo las últimas y gratas sombras del sueño reciente. Pero en la escalerilla metálica se oyen ya los zapatos de la visitante y el jaleo de los niños, que seguramente la están empujando del culo, con malicia, para ayudarla a subir en vertical, una cosa que cuesta tanto.

La señorita llama con los nudillos al cristal espléndido y orinado de la puerta corredera del departamento de Jerónimo. Jerónimo no contesta a un rito que le parece ridículo. Sin duda, ella le está viendo dormir, o lo que sea. Al fin, la tía abre la puerta y entra:

–Debe usted de tener un sueño muy profundo.

–Cierra la puerta, anda, rica.

Tras un silencio, Jerónimo oye el lamento de la puerta corredera sobre su desengrasado carril.

–No me gusta que me tuteen ni que me den órdenes.

–Pues eres una ridícula, tía. Los hombres damos órdenes a las mujeres.

Ella se quita y se pone un guante. Al fin habla:

–O se levanta usted o me siento yo.

–Antigua, que eres una antigua. ¿A qué cojones has venido aquí?

–Ya lo sabe usted.

Parece que la visitante está dispuesta a insistir en el usted, a guardar las distancias. Jerónimo no responde ni se mueve. De pronto ella se sienta en un transportín, frente a Jerónimo, para verle la cara. Jerónimo, con los ojos cerrados, saca un puro cubano de algún sitio, lo enciende y fuma. Cuando abre sus ojos castaños y achinados, ella sólo los ve a través de una alegoría de humo azul.

–Tienes buenas piernas, oyes.

Ella hace un esfuerzo ridículo para alargarse la bien cortada minifalda.

–Vengo a hablar de algo muy serio.

–Si sigues tirando de la falda, tía, te vas a quedar en bragas.

–Me llamo Juana y mi novio, Tirso, desapareció hace un mes, al llegar justo a este punto.

–Pues si hace un mes, tarde has empezado la investigación. No te doy un puro cubano porque son como pollas. Parecería una ordinariez.

–La policía anda detrás de usted desde que sabe que Tirso desapareció en la Hueva, para siempre.

–¿Te ha dejado herencia, amor?

–Le estoy hablando muy en serio. Jerónimo, me parece que se llama usted.

–Para detective eres demasiado directa, Juana. No sé qué rollo malo me estás contando, ni me importa, pero que venga la pasma y pregunte. Tú no sirves para esto, aunque sin duda le servirías a tu novio para la cama, y a mí me servirías.

–No crea usted, Jerónimo, que a la gente educada nos asusta con su lenguaje. Conocemos todos los lenguajes.

–Por eso lo utilizo, amor, porque sé que es el tuyo.

–Dígame qué pasó con Tirso a partir de este punto, a partir de ese vagón abandonado. Sus huellas terminan aquí.

Jerónimo tira de su puro y vuelve a aureolarse de humo. Mira a la chica a través de la aureola:

–Esto no es un vagón abandonado, amor. Esto es la renfe.

Juana sonrío por primera vez:

–La Renfe. Es ingenioso.

–No te ofrezco un puro, tía exquisita, porque se parece a una polla y queda cochino. ¿O te gustan los puros por eso?

–Es usted un vulgar machista. Me había hablado mejor de usted.

–¿Quién?

–La policía.

–¿Y por qué no viene la policía a visitarme? A ellos si les van estos puros cubanos que a mí me cuestan caros en el mercado negro y el trapicheo del buen tabaco.

–He preferido venir yo delante.

–A ti no tengo nada que decirte, mona. Tú no eres profesional y la pasma sí. Uno sólo se trata con profesionales. Yo soy un profesional de lo mío. Tú no eres profesional de nada, se te ve, ni siquiera profesional del coño. Ni siquiera eres profesional de lo rubio.

Eres teñida. Tú eres una aficionada a todo, mayormente al has y al pico y a toda la mierda que te metes en el cuerpo. No hay más que verte. Ni siquiera eres una profesional del coño. Las profesionales del coño están en la esquina de la Telefónica, en la Gran Vía. Juraría que hasta tocas el violín, como afición.

–Y lo toco, qué pasa –dice ella con voz oscura y secretamente golfa.

–Estaba seguro. Allá tú con tus aficiones de gilipija, pero no vengas a joderme la siesta en plan detective aficionado, con una mierda de porsche, que te lo voy a incendiar antes de que te vayas.

Juana ha sacado un cigarrillo light y fuma en silencio, mirándose la ropa, las rodillas, los zapatos, fingiendo que le importa más su atuendo que las palabras de Jerónimo, pensando, sin duda, una respuesta.

–No me importa su resentimiento de clase, oiga. Tirso llegó hasta aquí y aquí desapareció para siempre. ¿Dónde está su cadáver? Usted es el jefe del barrio, que me he enterado.

–En este barrio no hay jefes, rica. Somos anarquistas. Pero no anarquistas de oro, como tú. Anarquistas de mierda. Y ahora me toca preguntar a mí, Juana, cielo, tía buena, que estás mundial, amor. ¿Por qué llegó Tirso hasta aquí?

–Eso a usted no le importa.

–Me temo que a la pasma sí.

Jerónimo se incorpora lentamente en el diván de lujo reventado de la renfe, con el puro mediado y humeante en la boca, como una cabellera, el humo, que encanece su pelo rubio. Saca otro puro del bolsillo alto de la camisa vaquera y se lo ofrece a Juana:

–Anda, siéntate aquí, a mi lado, y prueba esto. A lo mejor, si nos hacemos amigos me sacas alguna cosa. Para detective no sirves.

Juana tiene la cara firme (una cara blanca de actriz del cine mudo, con ciertos éxtasis teresianos, que pudieran venirle de la droga), pero las manos le tiemblan. Por un momento no sabe qué hacer y luego apaga el cigarrillo en uno de los ceniceros dorados del vagón y toma el puro de Jerónimo. Este le corta la punta al puro, mientras ella lo sostiene entre los dientes, con la boca en o, y luego le prende fuego con un encendedor de oro y plata. Juana se concentra en el humo y de pronto ve el encendedor:

–¡Es el encendedor de Tirso, estás cogido, ahora ya tengo la prueba, cabrón, hijoputa, tú le mataste, voy a contárselo a la policía!...

–A nadie le condenan a nada por robar un encendedor –dice Jerónimo, encendiendo y apagando el chisme, que al parecer le divierte mucho.

—¡Pero es el cuerpo del delito!

—No conoces el lenguaje jurídico. Dices bobadas, Juana. Esto no es el cuerpo del delito ni el cuerpo de nada. Aquí no hay más cuerpo que el tuyo, que por cierto estás a tope, no sé si te lo había dicho. [...]

REDONDEL DE SISLEROS, chirlata populosa en la mañana de Legazpi, a la sombra del matadero muerto, donde hoy se fabrican máscaras para los carnavales. Fiesta silenciosa del naipe y la novela verde a la sombra de los grandes camiones que aquí aparcan. El camionero ha pasado la noche durmiendo con la dama de la pensión, hay camas, agua caliente, desayuno incluido, comida asturiana, y baja en camiseta o en pijama a jugarse la pela y mover la cintura, aunque ya le quede poca. Primero mira su propio camión, por saber qué tal ha dormido, como un marajá miraría su elefante por la mañana. Los camiones y los elefantes duermen de pie, pero parece que van aguantando. Son dos especies a extinguir que no se extinguen nunca. Jerónimo baja algunas mañanas a las chirlatas de Legazpi, por menear unos durandartes y por beber el vino regional que trae esta gente en sus botas y botellas. Hombres que huelen a sueño y kilometraje. Más el perfume de coloniales que les deja la serrana con la que han dormido, cinco mil todo incluido, se hacen mamadas a los habituales. Trasantano, Jerónimo bajaba a Legazpi en la moto, una moto que tenía, una Honda que era la hostia, toda en negro y rojo, pintada por él mismo, con Ana Belén desnuda, sacada de cuando la era del porno, que hubo una era del porno y del destape, según cuentan los viejos de la Hueva, por cuando murió el general que estaba. Jerónimo levantó la Honda en una acera de Capitán Haya, frente al Meliá Castilla, que siempre había en aquella acera aparcamientos de máquinas en batería, Jerónimo se sentaba en las escaleras de piedra del hotel (hasta que le echaba el portero de chistera marrón), para admirar las motos y, mayormente, quedarse con los horarios y costumbres de los dueños. Aquella Honda roja le tenía zumbado, aquella Honda roja me tenía zumbado, yo pensaba pintarle el lomo de negro, si alguna vez fuese mía, y lo fue, tenía que serlo, porque el motociclista era un yupi jovencito y abacial, confianzudo y engordado, facundo y niño, que se pasaba las horas en una oficina de una quinta planta, encima de donde vivía Marisol, o sea Pepa Flores, o sea la famosa, que a veces salía a la compra, a media mañana, con un ama o dueña, con el alma infantil muy envejecida y las grandes tetas caídas. No es que a Jerónimo no le gustasen las tetas un poco caídas, levemente caídas, dulcemente caídas, como un licor de teta derramado, tipo Carmen

Maura por cuando entonces. Pero es que lo de la Marisol era como demasiado. Por entonces es cuando paría todos los meses un hijo de Antonio Gades, luego se separaron, Jerónimo pensó alguna vez en ponerla la navaja a la jai famosa, entre los pechos de miel derramante, y llevársela a vivir con él a la Hueva. Por las buenas. En la Honda. Nunca lo hizo. Comprendió que la miel pisoteada y triste de aquellos senos iba a acabar entristeciéndole la vida. Hay que saber la mujer que se elige, tío, que todas cansan y ninguna se olvida, hay que joderse con el tema. Mientras tanto, el yupi de la moto bajaba a mediodía a comer, a un restaurante ni caro ni barato, en mangas de camisa y con corbata, manguitas por el codo, si sería hortera, el cabrón, y Jerónimo comprendió que la mejor hora venían a ser las once de la mañana, cuando Capitán Haya era un petardeo de coches y motos y una movida de grúas, seguro que el tipo no iba a mirar por la ventana de su despacho para controlar su Honda, atada con una cadena. Antes de que el portero de chistera marrón le echase de la gran escalera del hotel, porque no cantase mucho, un miércoles once de mayo, a las once en punto de la mañana, Jerónimo cruzó la calle golpeándose la culera del pantalón, que siempre coge polvo, se sentó a lo indio al lado de su Honda (ya era suya, de tanto que la amaba: el amor es una introducción al Derecho), abrió lentamente la cadena, dejándola en el suelo, montó la máquina, reculó hasta la calzada y empezó a meterle velocidades a la cosa, se fue lentamente Capitán Haya arriba, hasta la plaza de Castilla, y allí aceleró a muerte por Mateo Inurria, hacia el este, hacia la lejana Hueva.

Viajar por Madrid en moto propia era viajar por otra ciudad, que a uno le resultaba familiar y rara como una ciudad soñada. Jerónimo comprendió que no hay un solo tiempo lineal, igual para todos, que el tiempo y su transcurso cambian si vas a pie, en moto, en autobús, en coche, en Metro, a caballo. Jerónimo se sintió de pronto ascendido a otro tiempo de los tiempos, incluso en la acepción de clima, a otro once de mayo, se sintió viajero por un día inédito y una ciudad conocida y desconocida a la vez.

Jerónimo, aquel once de mayo, no lo olvida, miércoles, supo que tenía alas, que las había tenido siempre, que sólo su tiempo y su espacio le habían impedido desplegarlas. Él era quien volaba, y no la moto, él era quien entraba, con gracia y furia, en un presente desconocido, primaveral y aéreo que no era el viejo, remotísimo presente de la calle a pie, de Capitán Haya, interminable, con el imbécil del hongo marrón cortándole el paso al hotel, al futuro, impidiéndole penetrar en su propia biografía.

Qué gastada Pepa Flores, la Marisol, saliendo con una criada a la compra, el gesto ácido y los pechos rendidos. Qué vieja la vida, incluso en sus mitos, cuando se tiene una Honda para viajar por el futuro, por mañana mismo, y poder apearse en el miércoles que viene, porque el tiempo acude, manantial, a quien viaja con alas de velocidad.

Jerónimo para en una gasolinera de los finales del Paseo de la Habana, a poner gasolina, y, antes de que el gasolinero haya vuelto la cabeza, huye sin pagar.

Redondel de sisleros, chirrata populosa en la mañana de Legazpi, a la sombra del matadero muerto, matado, donde hoy se fabrican máscaras para los carnavales. Fiesta silenciosa del naípe y la novela verde a la sombra de los grandes camiones que aquí aparcan. Los camiones y los elefantes duermen de pie, pero parece que van aguantando. Son dos especies a extinguir que no se extinguen nunca. El camionero ha pasado la noche durmiendo con la dama de la pensión (que también hacen falta ganas), y baja en camiseta o en pijama a jugarse la pela y mover un poco la cintura, aunque ya le queda poca, con tanta fabada de restaurante de puerto de montaña. Jerónimo baja algunas mañanas a las chirlatas de Legazpi porque le gusta coger la caza dormida, o sea, los camioneros ceguerones de sueño y coño, y sacarles la cartera gorda del bolsillo del pijama, que les abulta el corazón. Jerónimo tiene un enemigo en las chirlatas tempraneras de Legazpi, o sea Erasmo. Erasmo se llama así de nombre tal cual (demasiado culto para apodo), pues al parecer hubo un San Erasmo, aparte del reformador religioso y como holandés o así. Erasmo tiene perfil de cuchillo, parla de otro Madrid, que bien pudiera ser del centro, cazadora de cuero y zapatos marrones y blancos, con agujeritos para el sudor, que usa todo el año.

Erasmo es puro Legazpi como Jerónimo es puro Vallecas. Jamás se entenderán. Ambos van a lo mismo, a volcar a los camioneros, hasta que sólo les queda, en el viejo y sobado billettero, la foto de la señora y los niños, o de la santa madre. Erasmo y Jerónimo, si fueran menos agraces, tendrían que ponerse de acuerdo y repartirse la pastizara, pero esto parece imposible entre ellos, tan semejantes que se odian. Erasmo se dedica a todo y no se dedica a nada. Parece que va viviendo de esto de la chirrata y de algún alijo de nieve, nunca se sabe, desde luego, él, esnifar esnifa, eso verdad de la verité, y hasta tiene un camello que se llama Douglas Fairbanks, un muchacho bajito y rizado, sonriente y adicto, bueno y caro, un poco cabezón, que tiene la misma cabeza de los Aribanks, aquella saga de actores de los treinta/cincuenta.

Erasmus y Jerónimo se conocieron en Legazpi, cuando niños, y cuando Legazpi era gran mercado de frutas, uno de los “vientres de Madrid”, cargando mercancía entre las pirámides aztecas de las naranjas y el despilfarro bursátil de las lechugas, dispersas en hojas pisadas, casi como billetes falsos. Pero tampoco entonces fueron amigos, sino enemigos que se disputaban el trabajo y la caja de pomelos valencianos Vicent que había que llevar de un extremo a otro del mercado.

Ahora han vuelto a encontrarse, en las chirлатas matutinas de Legazpi, en el desayuno con café y churros de los camioneros (hay que hacerse amigo de ellos antes de que empiece la partida: hay que proponer la partida como por casualidad, inexpertamente, para que los gigantes de la ruta se confíen). Jerónimo desayuna churros con orujo, en un gran bar que antes miraba para el mercado vivo y ahora no mira a ninguna parte. Erasmus desayuna en el mismo bar, en la misma barra, a la misma hora, y ambos no pueden evitar el cruzarse alguna mirada de complicidad, pero jamás de amistad. Entre uno y otro, la cabrada dormida de los camioneros, el polvo de anoche, el profundo sueño perfumado por las pestilencias coloniales y abastecidas de la meretriz, la cartera hinchada de estos hombres que se ganan la vida perdiéndola en las carreteras de España.

Hay que llevarse esa pastora. Erasmus y Jerónimo tienen un tercero, inocente y niño, que sugiere la chirлата entre dos grandes camiones:

–Se está más fresco y no viene la pasma, como en los bares.

El robo sin testigos. El mus cuerpo a cuerpo, a muerte. Allí lo dejan todo los gigantes de la ruta, mayormente los nuevos. Erasmus mira a Jerónimo como proponiéndole un pacto. Jerónimo le vuelve la espalda de mahón y se va en su Honda rugiente, clamante, veloz, hermosa, violenta, roja y negra (esto de cómo Jerónimo pintó su Honda de negro habrá que explicarlo de seguido). [...]

AUXILIADOR Y SECUNDINA están tranquilos en la vida porque han copado el parking del Palace/Las Cortes. Al Palace va gente de pela que además es extranjera y no tiene noción de la moneda, y encuentra muy pintoresco eso de dar limosna. A las Cortes van políticos muy conocidos que necesitan quedar bien ante el pueblo, y también dan propina.

Auxiliador vino a Madrid a vocear periódicos en la Gran Vía, pero luego se acabó eso de vocear los periódicos de la tarde, porque traían lo mismo que los de la mañana, y Auxiliador pidió un quiosco al Ayuntamiento, pero no se lo dieron. De modo y manera que Auxiliador ha dejado el papel impreso y se dedica directamente a la



limosna, aunque tantos años de cultura periodística le han dado un trato y un conocimiento para identificar al personal. Llama a los políticos y a los cardenales por su nombre, con lo que todos le dan algo, pues que al hombre público le gusta saber que ha llegado al pueblo, incluso el que se cree más exquisito en su misión (sobre todo el que se cree más exquisito en su misión).

Secundina y Auxiliador se turnan en el parking del Palace/Las Cortes (escalera de bajada), y él hace el día, pues que tiene más trato para el ilustre personal de la zona, y ella hace la noche.

Una mujer de noche, madura y pobre, siempre conmueve. Secundina es de la provincia de Madrid, parte norte, de Manzanares del Real, entre la sierra pobre y la sierra rica, pueblo populoso y laberíntico, lleno en verano de madrileños horteras, mandones y satisfechos. Estos madrileños parece que piden mucho champiñón, en los bares. Quizá han creído que el champi es la fruta salvaje del paraíso, de su paraíso quincenal, pero luego van y les dan champiñón de lata.

Secundina, de niña, ni guapa ni fea, jugó a la sombra del castillo medieval del pueblo, y alguna vez estuvo dentro del castillo, viendo escaleras y armaduras, y mayormente la biblioteca, tiras y tiras de libros, la Secundina se preguntaba: ¿y para qué quieren tantos libros en un castillo, que siempre hay algo que hacer?

También lleva la Secundina, sobre sí, la sombra cuadrada y fija de la torre románica de la iglesia, con dos nidos y cuatro cigüeñas allá arriba, el reloj de costadilla, casi puntual, la solemnidad guerrera y antigua, religiosa y geométrica de la hermosísima torre. La Secundina, cuando se adormece en el parking, escaleras bajada peatones, entre cliente y cliente, entresueña la sombra románica y segura de aquella torre, en su infancia salvaje, en su juventud lírica, y lo que lamenta, quizá, sin confesárselo jamás, es que Auxiliador llegase allí un día, vendiendo la Prensa de Madrid, y se le declarase novio.

Secundina se casó en aquella parroquia, dentro de aquella torre cuadrada y esbelta, amiga y militar, bajo las cuatro cigüeñas de los nidos, como hadas madrinas, y fue feliz por un día.

Luego, en Madrid, empezaron los trabajos duros, bien asimilados en la juventud, luego los trabajos blandos, o sea la mendicidad, ya en la madurez, y gracias a Dios que los hijos se les habían muerto todos. Secundina, cuando da una cabezada sobre sí misma, entre aluvión y aluvión de clientes, en la escalera del parking del Palace/Las Cortes (uno de los mejores puestos de Madrid), se sueña siempre en Manzanares del Real, a la sombra de la gran torre románica (que ella no sabía que era románica), jugando al dublé. [...]



Carteles y graffiti

[...] YO ME IBA por las mañanas a Simago y robaba lo que podía, o por las tardes siempre a las horas de más mogollón, para pasar inadvertida, por ejemplo, meterte con tres bragas en el probador, yendo sin braga, y quedarte con la roja puesta, devolviéndole a la dependienta la blanca y la negra, nada, que no me llevo nada, que no me sientan, mañana vuelvo, y en este plan, yo siempre me he vestido en Simago, cogía el Metro en Vallecas, hasta donde me iba andando, me bajaba en la Avenida del Mediterráneo y me metía en Simago a robar por el gusto de robar, a mí nadie me ha enseñado que unas cosas son de unos y otras son de otros, yo creía que todas las cosas eran de todos, de modo y manera que de Simago me llevaba combinaciones, pastillas de jabón, perfumes, cintas para el pelo, pendientes de poco precio y hasta bragas, como ya te he contado, o bañadores, que te metes en el probador con tres y sales con dos (uno ya puesto), nada, que no me molan, ahí se los dejo, y en este plan, claro que yo podría haberme enrollado con un dependiente de Simago y él habría levantado para mí todo lo que hiciese falta, que entre tanto material no se nota, o se apunta en pérdidas y ganancias, ya se sabe que la gente va a Simago a robar, o sea que tienen un apartado por eso, y hasta algunos dependiente y jefes de planta se me insinuaron, pero yo lo que quería era demostrarme a mí misma que valía para eso, para ganarme la vida honradamente, y no mediante el coño, de modo y manera. Juana que yo he bajado mucho a Simago, en el Metro de Vallecas, ya te digo, hasta que me hice conocida, que lo notaba por las caras del personal, y no había nada que hacer, pero durante años yo he vivido de Simago, pastillas de jabón, detergentes en oferta, bragas rojas, tintes para el pelo, sostenes de media luna, leotardos eróticos, como dicen los hombres, cintas hippis para la melena, zapatos rojos y sandalias de verano, en plástiqué, lo que quieras, ahora ya no puedo volver a Simago, porque me cogieron una vez con una braga de seda roja en el capacho, pero me bajo hasta Madrid, en el Metro, y doy el golpe en El Corte Inglés o en Galerías, que para el caso es lo mismo, sólo que mejor, porque no tienen tan fichada a la gente, unos calentapiés o una peineta siempre me traigo de Callao, los hombres, claro que los hombres me dan cosas, aquí en la Hueva, pero a una también le gusta ganarse la vida por sí misma, honradamente.

Juana escucha a María, en la litera de la renfe, después del amor, y se llena de la fascinación y los celos de esa vida salvaje y ladrona que ha llevado María desde niña.

Juana quiere acabar con eso, pero al mismo tiempo teme destruirlo, porque ésa es la realidad de María, su verdad agreste y



escarpada, y su duda nada metódica está entre tomar a María como es o convertirla en una niña bien de Serrano.

María parece que no ha tomado conciencia clara de la situación, y su respuesta es siempre irse a mear, cepillarse el pelo o cortarse las uñas y los callos de los pies. Es lo que tiene la gente, se dice Juana, que responden a las ideas con actos, y eso te desarma. Es lo que primero me fascinó en Jerónimo y ahora en María. Esta gente no vive de ideas, sino de actos. Primero actúan y luego, en todo caso se lo piensan un poco, tampoco demasiado.

María y Juana están en la cama/litera, después del amor, distendidas y habladoras, abandonándose a esos contactos furtivos que ya no vienen urgentes de deseo ni necesidad. María habla y habla. No sabe el daño que le está haciendo a Juana, yo me bajaba a Simago en el Metro de Vallecas y me llevaba tres desodorantes por el precio de uno, y no digamos cuando se puso de moda aquel desodorante para el coño, que yo me los daba todos, Simago es una gozada. Juana, te lo digo yo, que te llevas lo que quieres y como quieres, mayormente las tías, yo creo que nos dejan circular a tantas tías para que piquen los chorvos, en fin, no sé, y Juana se muere de amor por esa cosa morena, aspérrima y selvática que tiene a su lado en la cama/litera. [...]

LA SOMBRA BLANCA y desnuda corre por las extensiones de la Hueva, la mujer joven y esbelta huye de la tribu suburbana, la luna de septiembre, la primera luna de manzana pálida y podrida, y Juana cuenta con el sueño de Jerónimo o la ausencia de Jerónimo, mejor (está en Madrid con su moto, matando gente), y con la ausencia de María, que le promete escaparse en cuanto pueda, diciendo, por ejemplo, que baja a surtirse a Simago, para reunirse con Juana en el Viso, van a ser muy felices ahora que ha muerto el cormorán, que lo pagada todo y le ha dejado a Juana dueña de las cosas. La sombra corre hacia Vallecas, donde espera encontrar un taxi nocturno que la lleve a Madrid. Es un sombra blanca, joven y desnuda bajo la luna mordida y dulce de septiembre.

Juan Gualberto es siempre el último que vuelve a la Hueva, pues trabaja la limosna en la plaza del Conde de Barajas, como ha quedado dicho, y en los Estudios de cine, después de los montajes, siempre organizan alguna cena en el Madrid pintoresco, a la que Juan Gualberto se suma o le suman, añadiendo color al color local.

Finalmente, Juan Gualberto hace el paripé de que duerme en un banco de la plaza, para que los vecinos le quieran más, envuelto en el *Diariodieciséis*, y luego se va a la renfe a dormir como un señor, que Jerónimo se lo permite, y va en un taxi, también como un

señor, que sus ingresos se lo permiten, con la gorra marinera de Carlos Barral ladeada de una manera mucho más madrileña que barcelonesa, durmiendo ya con un ojo, con el ojo tapado.

Juan Gualberto, nada más despedir el taxi, ve la sombra blanca de Juana, a la que se folló un día por orden de Jerónimo, con más éxito que eficiencia, corre hacia ella, le corta el paso, tú huyes, puta, adónde vas, seguro que Jerónimo está en Madrid, eres una soplata y una niña pija, te voy a volver a follar ahora mismo, la derriba sobre la tierra/tierra, la enreda el ligero camisón, la encuentra sin braga y la obliga a aceptar una penetración mediocre y tardía, porque Juana ha echado ya sus cuentas y piensa que, una vez satisfecho Juan Gualberto (que viene algo pedal), será más fácil pedirle que se haga el sordo y la deje huir.

Pero estaban en el miserable polvo cuando una moto fue llenando la noche de argumento, con su rugido, y Jerónimo para junto a ellos, echando pie a tierra y haciéndose cargo de la situación:

–La niña pija, la soplata, se te iba a Madrid a dar el cante, jefe.

Jerónimo pasa por alto que Juan Gualberto, como el vecino más trasnochador de la Hueva, haya cazado a Juana en plena huida, en camisa, Juan Gualberto sujeta a la chica, por fidelidad al jefe y por purgar su polvo sacrílego, Jerónimo habla:

–De modo que le habrás dejado a María tus señas para que se vaya en cuanto pueda y te busque en Madrid. Sois un par de bollacones que oléis mal y tú vas ahora mismo a la calera, por soplata y por puta y por hollerón, tía. Juan Gualberto, ayúdame a arrastarla.

Jerónimo deja la moto en pie, apoyada en su propio estribo, y lo primero amordaza a Juana para que no grite y despierte al barrio. Juan reconoce en la mordaza un golpe de esencia brut que sin duda Jerónimo ha robado en Madrid. Luego, los dos hombres tiran cada uno de un brazo de la chica, que está ya desmayada de terror: sabe que la llevan a la calera.

(Calera: horno industrial o natural donde la cal se mantiene en ebullición como cal viva que puede deshacer, disolver y no dejar huella de los metales y minerales más duros). Llegados al borde de la calera, Jerónimo coge a Juana (ya sin sentido) en brazos, como si la criatura no pesase más que un puñado de hierba:

–Bollerón, bollacón, vas a reunirte con tu cormorán. No me duele él; me duele tu bollo con María, aunque a veces os he espiado para ver cómo os lo hacíais: eso le pone a uno cachondo. He visto cómo le metías por el coño un pepino, de los pocos que salvó el pobre Paco, por el coño, hasta hacerla sangrar. Ahora María es mía y tú vas a confundirte en la masa de cal con tu cormorán y con tantos

hijos de puta. María no es bollaca, tú la has enciado: venís de Madrid a corromper a mi gente. En seguida vas a ser una masa blanda y caliente de nada, adiós, Juana.

Y le da un ligero beso en la frente a la muchacha sin sentido. Juan Gualberto se ha retirado un poco, como sabe hacerlo el pueblo desde siempre, cuando las ocasiones de señores, y se ha quitado la gorra de visera a lo Carlos Barral, por respeto, por devoción o mecánicamente (de seguro que todo a la vez). Jerónimo arroja a Juana a la calera con un ímpetu suave, con una violencia casi dulce, como quien arroja a la amada sobre el lecho de plumas. La luna menguante de principios de septiembre fija la escena con su media luz de plata negra. Juana parece volar, caer sin fin, planear hacia el fondo de la calera, y su camisa de dormir en revuelo muestra sus muslos blancos y andróginos, su sexo negro y morisco, un momento, hasta que viene desde allá abajo el golpe del cuerpo en el líquido, su navegar dormido, su desaparición, el eco de su nada.

—Vamos a brindar por Juana, Juan Gualberto.

Jerónimo se sienta en el suelo y le hace un gesto al otro, que se acerca y se sienta frente a él, los dos a lo moro. Jerónimo saca del bolsillo del culo su petaca de whisky y se la alarga a Juan Gualberto.

—Por esta mujer malvada de la que casi me pude enamorar, Gualberto.

Gualberto se quita y se pone la gorra a lo Carlos Barral, sin saber qué es lo más adecuado para el trance:

—Y qué buen whisky bebes, Jerónimo.

—Cosecha de Madrid, Gualberto. Madrid cosecha muy buen whisky.

—Otro trago, con perdón. La verdad es que era fina y apetecible la señorita.

—Tú lo sabes, Gualberto, que te la follaste bien. Pero a ti te debo el que no estuviese a estas horas en la comisaría de Chamartín dando el cante de todos nosotros. Buena hija de puta. O sea que toma otro trago.

—Gracias, Jerónimo, que hoy no voy a dormir el sueño, sino el whisky, y eso es mejor.

La luna menguante, fija y errática, como el espectro de una manzana mordida por una mujer, explica la escena de los dos hombres que, sentados a la comanche, beben y conversan toda la noche: “Luego tienes que borrar el rastro del cuerpo, Gualberto, antes de dormir.” “Claro, Jerónimo, uno está en todo, y que te dure la petaca, compi”. [...]

CUANDO JERONIMO LLEGA a la Hueva, en una mañana parda de octubre, se encuentra con que María no está en la renfe, hay ausencias y ausencias, la ausencia de María se nota que es definitiva porque ha dejado un vacío mayor que el habitual. Faltan sus ropas, sus intimidades, sus leches hidratantes (recomendación de la difunta Juana), y sólo queda su perfume entre Serrano y proletario, entre chanel y axila trabajada.

Jerónimo, el Jero, vuelve a Madrid en su Honda, sin decir nada a nadie, no tanto por recuperar a María como por impedir que se vaya de la mui y cuente cosas a la pasma.

La moto salta como un caballo por los desmontes que bordean Vallecas, es una cosa que se veía venir, nunca creí en el amor de esa puta, uno trata de redimir al personal y el personal te sale con éstas, la moto coge las vías que van directas a Madrid, avenida del Mediterráneo y todo eso, también, vaya un nombre, qué tendrá que ver esto con el Mediterráneo, pero a una persona sólo se la envenena una vez en la vida, sólo se la seduce una vez en la vida, sólo se la mata una vez en la vida, y la Juana llegó antes que yo, María llevaba dentro el veneno de Juana y se ha ido a Madrid en busca de ese veneno, aparte de que siempre temió acabar como Juana, en la cale-ra, se le notaba en los ojos, se le notaba incluso cuando se corría, estaba espantada, la chica, yo se conoce que le daba un poco de miedo, y Juana le había hablado y hablado de Madrid, la muy choriza se siente en condiciones de hacer una carrera como la de Juana, con los ricos, pero todo eso a mí me da igual, lo que necesito es encontrar a la María antes de que largue, a la pasma o a quien sea, ésa es tonta y en cuanto le den un porro lo cuenta todo, el Jero tiene un plan de actuación, lo primero el barrio de Salamanca, que es de lo que más le ha hablado Juana a la María, vips, multicentros, discotecas, hostias, el corralón del Universal, la penunbra frígida y cara de Pachá, la noche eterna, perpetua, infernal, de Joy Eslava, quizá los cafés del Viaducto, pero no, Juana ha encaminado a María hacia el lujo, no hacia la bohemia, en todo caso, hacia una bohemia de oro, la Honda entra en Madrid por el paseo del Prado, paseo del Prado, chachá, Madrid florido, chachachá, que unió nuestras vidas una eternidad, de eternidad nada/monada, la María se ha largado por su sitio, a Jerónimo le cuesta admitir que, aun no sintiendo a la María muy segura, no se lo esperaba tan pronto, la rueda de los vips, chicas con piernas color flamenco, largas, delgadas y adorables, los periódicos del mundo, los ejecutivos de paño inglés, la batería de las motos que a cada niño le ha comprado papá, Jerónimo deja su moto entre las otras, con el mismo derecho, pero la moto

queda como más auténtica, más trabajada, más guerrera, con sus chapas, sus adherencias y su olor violento y macho, que es el olor de Jerónimo, de modo que los otros, los de la esquina Velázquez/Lista, la miran y la admiran, examinan de espaldas al tipo, comprenden que es de verdad un guerrillero urbano, que no está jugando a eso, como ellos, pero les da lo mismo, y sólo les inquieta un poco el que las niñas de minifalda de Montesinos y braga visible se hayan quedado un poco tiesas con la aparición de aquel marciano.

Pero el Jero busca a una sola.

Así todos los vips de Madrid, los drugstores muertos, las discotecas de la luna, como las ya citadas y otras, y las disco del sol, con mucha luz y mucho tecno/pop. Así las boutiques de Serrano. Velázquez, Goya, Príncipe de Vergara, todo eso, con sus bares de hombres solos, de banqueros bebedores, aristócratas conspirantes y niños bien que van de antiguos y juegan al póker de dados. El Jero tiene la intuición de que María se ha venido a las husmas del Gran Madrid, barrio de Salamanca directamente, nada de Gran Vía, que es cosa de putas de provincias y suecas perdidas sin collar, porque se lo han robado. Nada de Huertas ni Viaducto, mundos de poetas pobres, picados tristes y orgías de litrona. “Eso es que ya no tiene un pase –se dice el Jero–. A ésta le metió Juana el barrio de Salamanca en la cabeza”.

Tras todo un día de rodar por Madrid, Jerónimo mete su Honda en un aparcamiento y se va a Sol a sentarse en el suelo, frente al edificio del reloj. Comunidad de Madrid, antes Dirección General de Seguridad, en cuyas jaulas él estuvo alguna vez, antes Ministerio del Interior o cosa así, o Presidencia del Gobierno o la hostia, el Jero ha bebido mucho, se ha picado algo, en los retretes de los bares mayormente, ha comido poco, porque el Jero es de poco comer, ha fumado mucho marlboro, y algunos puros, la ciudad le da hermosas vueltas ovoidales en la cabeza y ya no sabe si es la mañana de un domingo otoñal y podrido o la tarde de un lunes con sol pobre y árboles milagrosamente verdes, como andan siempre los árboles de Madrid.

Jerónimo está sentado en la esquina de Carmen/Sol, en la posición del loto, con la cabeza caída, y hasta algunas personas le han echado monedas, al pasar, ya que, sin proponérselo, ha entrado en el friso de los mendigos, hombres maduros con el equipaje por cabecera, que duermen entre el griterío, y mujeres feas con gabardina amarilla, que duermen en los bancos, con la cabeza caída para atrás, la impedimenta sobre los muslos, como un embarazo, y unas gafitas de alambre.



El madrileño echa monedas a los pobres como echa barquillos a las palomas, sin ningún espíritu caritativo, por mera rutina, porque lo ha hecho siempre. Unas monedas caen dentro de su casco de motorista, que se ha quitado por comodidad, claro, no por incitar a caridad, y el sonido del metal sobre el metal le despierta, levanta la cabeza, mira el fondo del casco donde se han reunido unas cuantas monedas doradas y de color plata, el casco tiene un interior rojo, hermoso, bello, caro, ¿cómo la gente puede ser tan gilipollas que no repara en que un mendigo no puede tener un casco así?

Si es que dan por dar, porque es la costumbre, antes daban por tranquilizar su alma cristiana y ahora por tranquilizar su conciencia democrática, o ni siquiera eso, es octubre, o un mes parecido a octubre, es otoño en un Madrid corazonal, comercial y bullicioso, Jerónimo no sabe si ha pasado un día o han pasado dos desde la muerte de Juan Gualberto, el tuerto marítimo de la plaza del Conde de Barajas, el amigo de los cómicos, que al final le han matado a polvos, se conoce que tenía algo en el recto, aunque maricón no era, al menos declarado. El Jero mira frente a sí, ve El Corte Inglés y le hace una pingaleta el corazón, María se dedicaba a robar bragas y otras prendas íntimas en Simago de Vallecas, María mientras le sale algo, está robando a tope en El Corte Inglés de Madrid (lo que pasa es que hay muchos), para usar y para vender.

El Jero recoge la calderilla del casco, irónicamente, y se la va dando al friso griego de mendigos de la calle del Carmen, del maduro que duerme sobre su equipaje, como ya se ha dicho, a la madura con impermeable amarillo y gafitas de aro. Luego entra en El Corte Inglés, con el casco en la mano, y recorre todas las plantas, mayormente las femeninas claro, pero María no está, bueno, es igual, mañana seguiré buscando, una tienda por otra, María, recién llegada a Madrid, sin conocer a nadie, tiene que haber empezado por el principio, o sea los robos de ropa en El Corte Inglés.

El Jero no sabe cuántos días han pasado, cuántas noches han pasado, desde que metió la moto en un garaje de las Descalzas o por ahí.

Pero el Jero cree tener la pista segura de María, ladrona de bragas, saca la moto del aparcamiento, come bocatas de calamares frescos sobre la marcha (los mejores en la calle Infantas), y recorre todas las sucursales de la famosa firma en la ciudad. El Jero nota que le reciben con espectacularidad, con animación, con respeto. El dinero

siempre se nota, y el Jero tiene ya una buena pastora o pastizara en su refugio, la renfe, y otros refugios. El Jero es un delincuente que ahorra para el día de mañana, en un Corte Inglés inesperado, cualquiera, descubre a María, inconfundible, de espaldas, cambiando de percha unos vestidos, hola, María, no jodas, Jero, tú aquí, te has ido sin decir palabra, pero pensaba volver, no lo dudo, María, pero te amo y necesitaba verte, ¿cómo me has encontrado?, buscando, o sea, el sentido común, qué ibas a hacer tú en Madrid sino robar bragas en El Corte Inglés, ahora eliges una braga, si quieres seguir viva, te metes en el probador y ya me meteré yo a mi manera, espérame ahí o eres mujer muerta.

El Jero conoce ese Corte Inglés como todos los de Madrid, sabe hasta dónde llevan las escaleras mecánicas, hasta ningún sitio, y ese sitio es su sitio, María, asustada, con mal pulso, elige una braga cualquiera y se va a los probadores, el Jero remolonea por allí, le da un cigarrillo a la dependiente, la pellizca un carrillo y luego le dice:

–Voy a ver cómo le sienta al monstruo de mi señora el monstruo de braga que ha elegido.

Entra en el probador de María y la encuentra desnuda, sólo con una braga roja, gótica, mínima, de encaje, Jerónimo piensa matarla allí mismo, pero hace algo mejor, preciosa la braga, María, te la habrías llevado por el semblante, ahora te la quitas y vamos a follar un poco de pie, aquí en el probador, viéndonos en los espejos, ¿o es que ya no me quieres? María presiente algo malo, pero se quita la braga, sabe que al Jero le gusta la docilidad femenina, es muy machista, como habría dicho la pobre Juana, y ahora estoy en su poder, cómo ha podido encontrarme este cabrón, el Jero deja caer sus pantalones y se beneficia a María sujetándola en alto, por ambos glúteos, en una cópula repetida banalmente por el bastidor de espejos, María llega al orgasmo, no puede remediarlo, y hasta piensa si el Jero estará enamorado de ella y no la va a matar por su huida:

–Sigues follando mejor que nadie, Jero.

–Ponte la braga y vístete. Yo pago la compra. Por un día no tienes que robar. Eres mi chica. ¿O no?

Y en la interrogación estaba todo el terror que inspiraba el Jero.

Jerónimo coge a María de un brazo y la mete en la escalera automática. María huele bien, huele mejor, María huele a Juana, ¿a adónde vamos ahora?, a comprar más cosas, pero el Jero sabe adonde lleva este tramo final de la escalera mecánica, llegan, solos, a un ático/almacén de maniqués destrozados y cartonajes inmensos y sin orden, quítate la braga roja, María, que aquí quiero follarte

otra vez, María se quita la braga, aunque con pocas esperanzas, y le echa a Jero los brazos al cuello, más por terror y desesperación que por deseo.

El cuchillo entra como la picha, la picha entra como el cuchillo ¿qué es lo que ha entrado en el bajo vientre de María?, todo tan lento, tan dulce, tan amoroso, tan final, tan sangriento, el Jero tiene el arte de que sabe matar sin dolor, tira el cadáver de María por la escalera mecánica de bajada al piso anterior, tira la navaja (realmente era una navaja) por el retrete de la planta, se lava las manos y se va despacio, limpio, por la escalera de mármol, la de toda la vida, a tomarse un whisky seco en la cafetería, seguro que le van a ofrecer ballantines, como siempre, pero el Jero prefiere chivas, sólo que chivas no tienen.

El cuerpo muerto, ensangrentado y revuelto de María es descendido por la escalera mecánica hasta la planta anterior, una planta ya comercial, donde María muerta rueda por el impulso del instrumento y queda tendida, jovencísima y cadáver, a los pies de la gente, entre el espanto del personal. Tiene la falda al vuelo y se ve que no lleva braga. Un sexo joven y sangriento al aire. Las madres apartan a sus hijos para que no lo vean. El Jero, o sea Jerónimo, de la Hueva, en la cafetería de los grandes almacenes, degusta su ballantines seco y acaricia en el bolsillo del tejano una braga roja y mínima, de encaje sutilísimo, que María, la pobre, sólo ha utilizado, sólo ha pasado por su coño un cuarto de hora o así. [...]

Madrid está cada vez más cerca. El Jero ha preferido huir a pie (aunque no tenía de qué huir: el miedo ha podido más que él), porque las motos dejan huella, matrícula y ficha.

El Jero, con la luz del amanecer a la espalda, comprende de pronto que está lloviendo, que el otoño llueve torrencialmente sobre él, anulando el nuevo día desde un cielo de plomo y ceniza. El Jero tiene el pelo mojado y desrizado, el Jero tiene la ropa encharcada y los pies calzados con sandalias de agua. El Jero lo aguanta todo. Sabe que no hay más que llegar a Madrid, por la M/30, y coger un taxi. El Jero, naturalmente, tiene sus contactos en la gran ciudad. Ni motos ni hostias. Aquí estoy yo, a cuerpo limpio, sin un clavo. a ver qué hacéis por mí.

Madrid no se diferencia del suburbio como otros días. El sol marca distancias. Ahora, con la lluvia de otoño, todo es gris y perdido. Jerónimo sabe que va a llegar a Madrid en mal día, pero no importa. Madrid es una gran tienda abierta para todos donde no tienes más que llevarte lo que te gusta, y nadie paga. Así es como el

Jero ve Madrid. Con el nuevo pelo, con la nueva ropa (de ejecutivo pobre), con las nuevas gafas, con el nuevo DNI, o sea deneí, el Jero, Jerónimo, sabe que puede levantar de Madrid lo que le dé la gana, o al menos se hace esa ilusión. Madrid es el Gran Bazar de Constantinopla.

Constantinópolis, Constantinópolis, aquella cosa que nos grabábamos en la polla cuando los sesenta, y que sólo era legible en la erección. De momento, Constantinopla, Constantinópolis, Jerónimo, el Jero, camina despacio y descalzo, entre la avena salvaje que le araña el pecho porque nadie la ha segado, hacia ese resplandor rojo y tibio, penetrable y extenso, que es Madrid.

Madrid, 1991-1995.

# JUAN JOSÉ MILLÁS

(Valencia, 1946)

*Visión del ahogado*, Madrid, Alfaguara. 1977.

*Su primera novela Cerbero son las sombras (1974) obtiene el Premio Sésamo de Novela. En 1977 aparece Visión del ahogado, que merece una calurosa recepción por parte de la crítica. Martín Gaité resalta el excelente pulso literario con que el autor alterna las líneas argumentales, Andrés Amorós se sorprende por su coherencia interna, Félix Grande lo compara con Céline, Pavese y Onetti, etc.*

*A esta novela le siguen El jardín vacío (1981), Papel mojado (1983), Letra muerta (1983), El desorden de tu nombre (1988). La soledad era esto (1990), Premio Nadal de Novela, Volver a casa (1991), Tonto, muerto, bastardo e invisible (1994) etc.*

*Merece especial mención el libro de relatos Primavera de luto y otros cuentos, donde al sentido del humor se suma la sabia mezcla de lo fabuloso con lo cotidiano.*

*El mundo narrativo de Visión del ahogado –novela elegida para esta selección– se estructura sobre un núcleo reducido de personajes, que tuvieron relación en el pasado, y que viven una jornada lluviosa y opresiva –en absoluto diferente a la de la víspera o a la del día siguiente– pero que sin embargo se distingue de cualquier otra por el conflicto que les planteará en un futuro no muy lejano.*



*El callejón sin salida que se le ofrece a cada personaje está narrado con un ritmo casi policiaco y con una localización precisa en las calles y barrios de Madrid.*

*Se transita, así, por Argüelles, Atocha, Barceló, Ventas, Quintana, Ciudad Lineal y Pueblo Nuevo; se mantienen larguísimas conversaciones en el «Café Comercial» de la glorieta de Bilbao o se asiste a clase en las tristes academias de la calle de Fuencarral.*



## *VISION DEL AHOGADO*

Y no es que vivir hubiera merecido la pena, sino que ya estábamos vivos y parecía lógico actuar en consecuencia, se iba diciendo Luis, el Vitaminas, mientras bajaba por Alcalá en dirección a Quintana. La fiebre le ponía trascendente y él abusaba de su capacidad retórica para hablarse en un tono que le ayudaba a escapar del miedo, porque le situaba en un lugar donde todo era miedo. Como aquel que se mata para huir de la muerte; un disparate relativo, pues donde todo es muerte la muerte propiamente ya no existe.

A la altura de Federico Gutiérrez se detuvo un instante y observó el cielo: las nubes comenzaban a agruparse y, aunque no había caído una sola gota, olía a lluvia y se presentía la tormenta. Eran los primeros días de un abril extraño por un rigor que no había permitido ni a los más jóvenes aligerar el peso de sus ropas. Cuando alcanzó Emilio Gastesi se detuvo de nuevo para encender un cigarro. Quiso imitar el gusto de ese primer pitillo que se enciende al salir a la calle tras haber asistido a la proyección de una larga película, pero apenas consiguió la belleza del gesto porque tenía la garganta en carne viva. Estas cosas, se dijo, suelen terminar en bronquitis si no se cortan a la altura de la faringe.

Aún no había decidido en qué debía consistir su huida, lo que contribuía con la fiebre a entorpecer sus movimientos y a dilatar ese espacio hético, que una adolescencia novelesca le obligaba a colocar entre los límites de la decisión y el miedo. Por otra parte, no ignoraba que la capacidad de decidir era –más que un atributo intemporal y continuo– la condición penúltima de quien ha forzado su situación personal hasta obligarla a entrar en crisis con el objeto de actuar sobre el propio destino, o sobre su ausencia. De ahí la reflexión del Vitaminas al llegar casi a Virgen del Sagrario: las pocas

veces que he tenido la sensación de ser dueño de mí, de dirigir mi propia suerte, de determinar el acontecer de mis necesidades, o de distribuir las exigencias de mi casualidad, coincidieron siempre con el desarrollo de alguna actividad delictiva, y en consecuencia peligrosa. Delinquía cuando, tras el cubo de cinc de la basura, acechaba un descuido de mi madre para dejar caer –sobre algún desperdicio que amortiguara la caída– el contenido no deseado de una barra de pan que preludiaba la proximidad de la noche. Delinquía también cuando escogía entre la obligación y el deseo, entre el placer voluntario o la polución inconsciente. Pero el delito –me ha costado aprenderlo– no se manifestaba en el hecho de escoger la alternativa prohibida, sino en el descaro de pretender que hubiera alternativa.

Bajó por Virgen del Sagrario dispuesto a hacer como que iba a casa de sus padres para matar el tiempo hasta que abrieran las farmacias. Después, con un supositorio y dos piramidones, llegaría la respuesta adecuada a la persecución de que era objeto. Tragó dolorosamente un poco de saliva mientras intentaba meditar, con un ligero movimiento de labios, sobre la condición de tres basureros que alternativamente se gastaban bromas relativas a su propia miseria económica. Aceleró la marcha para sobrepasarlos, y cuando consiguió algunos metros de ventaja volvió a darle a su oscura huida el aire de un paseo temprano.

Los bidones repletos de basura iban marcando, a su derecha, la distancia entre los portales de las casas. El Vitaminas los observaba fríamente tomando nota de la grasa que barnizaba los depósitos de plástico y contabilizando el número de bolsas que por no haber cabido en el contenedor aparecían diseminadas por la acera o amontonadas junto a un árbol raquítico. Reflexionaba algo sobre el asunto (la calle, primer enemigo del día), y se guardaba la observación para utilizarla en el futuro como argumento de una proposición cuyo desarrollo habría de coincidir con el inventario definitivo de su alma.

Se estremeció a causa de una ligera ráfaga de aire, que estrelló contra su rostro las primeras gotas. Y al restregarse con la mano derecha los ojos y la frente experimentó una extraña sensación olorosa: un aroma semejante al del geranio; algo que guardaba más relación con la memoria que con los sentidos. La fiebre, dijo y devolvió la mano a su refugio, donde al cerrarla ligeramente sobre la navaja automática notó en sus dedos la humedad recogida de la superficie de su cara. Intentó darse placer imaginando variaciones y túneles, calles y voces diferentes –y aun opuestas– que a la manera de un contrapunto



musical combinaban armoniosamente en su memoria: la imagen, por ejemplo, de Jorge al inclinarse delicadamente sobre el zapato izquierdo encajado en una irregularidad de la pared. La notable distancia no había impedido que el Vitaminas apreciara la actitud esquivada de su amigo, refrendada por la evidente demora en la realización del trabajo; actitud que había sofocado su primer impulso de acercamiento aun cuando su presencia en los alrededores de Pueblo Nuevo no había tenido en principio otro sentido.

Por diferentes conductos subterráneos, a los que una lluvia escasa, pero agresiva, ponía al descubierto, llegaba también la voz de Julia o el llanto de su hija. Pero intentaba no engañarse en cuanto a la naturaleza de tales evocaciones, y sabía que estaban determinadas, más que por el placer de reunir pasado, por la necesidad de denunciar las diferencias entre aquel y el presente. Como el niño, que aprovechando la ausencia de sus mayores arranca una lámina del Atlas que un buen día compraran a un vendedor ambulante, y que nadie ha utilizado desde entonces, excepto él, que calca hábilmente el mapa político de Europa, y va luego hasta el cristal de la ventana donde la luz descubre las escasas diferencias entre el original y la copia. De semejante modo Luis, el Vitaminas, superponía tiempos diferentes a la luz de lo que él tomaba como su conciencia crítica, y perseguía aquellas líneas que apartándose del modelo gustaban de transitar por lugares extraños al esquema previamente trazado y clausurado en todos sus aspectos. Pero jamás uno de aquellos trazos le produjo a otro tiempo que no fuera el pasado, ni le remitió a otros sucesos que no estuvieran contenidos ya en su historia de un modo más o menos oculto. En todo caso, como mucho, eran olvidos achacables a la invención del tiempo y no añadían nada, sino que retocaban más bien algunos gestos o actitudes, cuya omisión fue causa de una ligera suspensión —en ningún caso grave— de diversos retazos de la propia historia.

Entre un halo de fiebre, bajo una lluvia estimulante, llega al final de Virgen del Sagrario y decide dar un par de vueltas alrededor del polideportivo Virgen de la Concepción. Oye algo parecido a una sirena y sonríe ligeramente, no porque tal sonido le resulte gracioso, sino por la necesidad de responder de un modo más o menos lógico a cualquier estímulo procedente del exterior. Un poco antes, cuando abandonaba la estación de Pueblo Nuevo en dirección a Quintana, había escuchado esa sirena al tiempo que se cruzaba con un Jeep de la policía armada. Entonces no se había atrevido a sonreír, pero había dicho en voz alta aún recuerdo cuando gozabais de tal impunidad que no necesitabais viajar enrejedados.

Con las manos apoyadas en la reja metálica que rodea el amplio complejo deportivo, husmea el aire, registra la interrupción momentánea de la lluvia, gira la cabeza a izquierda y derecha comprobando con la barbilla la humedad de sus hombros: intenta protegerse a cualquier precio de las acometidas de la realidad. Y esta incapacidad que ahora le impide aceptar como propia la actual experiencia le conduce una y otra vez desordenadamente a ese suceso de la experiencia que es la memoria. Descubre el barrio por cuyos laberintos hubo de destilar una adolescencia inútil. La escasa gente que se cruza con él son los representantes de todo aquello que el Vitaminas no quiso para sí.

Ha olvidado el momento (o tal vez no existió, sino que desde siempre fue portador del germen de una decisión que a través de las propias actitudes y del estudio del acontecer ajeno iba creciendo lentamente, no con el tiempo, no, que el tiempo es un privilegio de clase que ni sucede ni dura, porque durar denota, más que una adecuación entre existir y ser, un trasiego confuso de ambas categorías cuyo enredo conduce finalmente a la renuncia de las dos. Dura, verbigracia, una enfermedad no atendida, un trabajo improvento, o este discurso mío cuyo final espera nadie para ni aplaudirlo ni censurarlo. No fue pues con el tiempo con lo que progresó aquel germen, sino con los residuos –previamente manoseados en busca de un último despojo– de dos o tres categorías abstractas, y con el exceso de una realidad emética que utilizaba sus propios humores en el tratamiento de sus males), ha olvidado el momento, si lo hubo, en el que decidió –como quien tira una moneda al aire apostándolo todo al capricho de la gravedad– escapar a la presión del calco sobre el que actuaba el peso del modelo que habría de poner límite y detalles a toda su existencia. Lo ha olvidado, pero barrunta que hubo de ser una de aquellas tardes de domingo, desmanteladas al atravesar una calle con sol. Solares, vertederos, un ser anónimo –sin sexo apenas– que habitaba tras la ventanilla. El cine y otra vez la calle. Imitación de aquellos gestos definitivos del protagonista. Ejercicios de soledad que cada día hacían más difícil la aceptación del lunes.

Y en el momento límite en que tal aceptación parecía insostenible arroja al aire la moneda, decide que ha de ser singular la trayectoria de su vida. No supo ver entonces que en aquella apuesta él era, no ya el rival y el premio, sino la moneda que tras evolucionar unos segundos al capricho del aire cayera muerta tal vez, o malherida, pero mostrando un costado determinante de un destino del que podría decirse cualquier cosa, excepto que no se hubiera puesto en entredicho.

Huele la atmósfera Luis, el Vitaminas, y por unos segundos recupera la sensación que las tormentas ejercen sobre los adolescentes. Respira hondo a la altura de Virgen de la Consolación, y enciende otro cigarro para examinar las diferencias entre el dolor del humo y de la saliva al atravesar su ruinosa garganta. ¿Tiene Vd. hora, por favor?, pregunta a un señor que sale de Virgen de la Providencia. Y son las nueve y veinte; con lo que en diez minutos abrirán las farmacias. Otra vuelta más al polideportivo y subir por Hermanos de Pablo. Tiene idea de que entrando en esa calle, a mano derecha, hay una farmacia. Lo que aún ignora, mientras se le estabiliza la fiebre y se oscurecen las nubes, es la cara que pondrá para no infundir sospechas al farmacéutico.

Mientras Julia se ocupa de la niña, cuyo llanto había confirmado definitivamente el establecimiento de una nueva jornada, Jorge, bajo una ducha tibia, calcula la porción de placer obtenida a cambio del considerable retraso con el que va a presentarse en la oficina. Prefiere no aceptar que hay cuestiones en las que se empeñan cosas diferentes al tiempo, porque de tal aceptación nacería la sospecha –presentida ya desde hace algunos aniversarios– de que no clausuró nunca el ciclo de su adolescencia, y de que ésta subyacerá a lo largo de toda su vida mientras no salde el débito contraído con las raíces de su juventud. Afortunadamente, los minutos–como todo lo que denota distribución o desarrollo– reclaman el fragmento que completa o inicia la nueva medida con una urgencia tal, que impide cualquier intento de penetración en la propia historia a los sujetos adaptados a la disciplina de un horario.

Después de establecer una relación aproximada entre lo invertido y el beneficio alcanzado, sale de la bañera y rechaza en seguida el impulso de contemplarse en el espejo, porque una capa de vapor depositada en el cristal le impide tan engañosa comunicación con el exterior. Mientras se viste oye la voz de Julia, que mantiene un animado monólogo con la niña. Jorge escucha y decide que algún día tendrá que introducir en una bolsa sus cuatro o cinco objetos personales y marcharse a otro sitio, porque en los escasos meses de convivencia con Julia ha observado que el crecimiento de la cría era tan peligroso –o tan seguro al menos– como el crecimiento de una obsesión o de una idea. No le fue dado adivinar cuando se instaló allí definitivamente que, en vez de Julia, acabaría huyendo de su hija. La niña era entonces para él, más que una criatura dotada de una serie de atributos y de necesidades permanentes, un pretexto (la simulación de una causa), que se podía utilizar con fines hartos diferentes y aun opuestos. Así, unas veces su suelo les había

servido para hacer el amor en un estado de alerta que constituía el principal estímulo del juego, mientras que, en otras, dicho sueño había sido utilizado como principio de una inhibición. Pero gradualmente la niña había modificado su papel hasta trocarse de causa simulada en causa verdadera, modificación que no sólo la utilizaba para determinados usos, sino que la convertía en un sujeto inesperado y actuante, dispuesto a obrar sobre la realidad en la misma medida que Julia o que el propio Jorge.

No ha entregado al olvido aquellos días del verano anterior, cuando las circunstancias hicieron emerger en él los sedimentos de una seguridad, que hacía años, en el transcurso de una borrachera agresiva, había adquirido con respecto a Julia. Y había sido el propio Vitaminas quien, de un modo bastante sospechoso, despertara la voluntad de Jorge. Por aquellos días, los primeros de un julio sofocante, Jorge hacía planes para pasar sus vacaciones en algún sitio alejado, cuando recibió la inesperada visita de su amigo. Hacía casi dos años que éste se había casado con Julia y desde entonces los dos amigos habían ido espaciando sus citas hasta llegar al punto en que ambos, por separado, comprendieron que su amistad había sido un atributo más entre los que caracterizaran su adolescencia, y que por lo tanto estaba destinada a diluirse —al igual que el resto de los atributos— en las aguas de la madurez. En esta renuncia, una de las primeras que llevaron a cabo de un modo consciente, advirtieron un indicio más de su ingreso en el mundo de los adultos.

El cuarto en el que vivía Jorge era una especie de buhardilla mal construida y peor aislada, donde la atmósfera se espesaba y se tupía al aire por el exceso de calor. Parecía imposible desarrollar allí otra actividad que no fuera recrearse en el insomnio o acrecentar la sed. Así opinó el Vitaminas, y Jorge se disculpó con un gesto que no aclaraba si sus últimas aficiones llevaban esa dirección. Decidieron, pues, salir a la calle. Cenamos en algún sitio fresco y charlamos, dijo Luis con expresión de agobio. Jorge se puso una camisa y sugirió a su amigo que fuera bajando mientras él se peinaba un poco. En realidad quería darse tiempo para intuir la clase de trampa que se le venía encima. Se lavó la cara en el ruinoso lavabo y cogió el paquete de tabaco que había en el suelo, junto a la cama. Antes de salir abrió el tragaluz por si al anochecer refrescaba un poco. Cuando llegó al portal, el Vitaminas hacía equilibrios en el bordillo de la acera y se mostraba excepcionalmente jovial y alegre, aunque nervioso. Jorge se puso en guardia.

–¿A dónde vamos?

–Yo invito y tú eliges.

–Bueno, vamos hacia Fuencarral a ver si refresca un poco y nos sentamos en una terraza.

Caminaron en silencio dándose tan sólo ligeras advertencias respecto a un coche no visto por el otro o un semáforo a punto de cerrarse, hasta que atravesaron la Glorieta de Bilbao. El Vitaminas había sugerido entrar en el Comercial, pero Jorge hizo un gesto que colmaba de significado su negativa.

–Ya hace que no nos veíamos –dijo Jorge por acelerar lo que fuese.

–Sí, casi un año.

–¿Cómo va la niña?

–Crece.

No le preguntó por Julia en virtud de un pacto elíptico, aunque aceptado por ambos, contraído en los primeros tiempos de su amistad.

–Estaba pensando, mientras te esperaba en la calle, que tampoco tú has cambiado de barrio.

–Salí la oportunidad del cuarto ese que es muy barato. Además me viene bien vivir tan cerca de mis padres porque muchos días como con ellos. Yo me ahorro la comida, y ellos piensan que es como si no me hubiese ido.

–Claro. ¿Sigues en el banco?

–Mientras tú no me consigas otra cosa. ¿Qué haces ahora?

–Nada en concreto. Trabajé unos meses en una librería, pero lo dejé porque había empezado a odiar hasta las novelas. Ahora, a lo mejor, hago unas encuestas.

–Si necesitas dinero o tal, yo he cobrado hace unos días.

–No, hombre, no, sólo quería que charlásemos un rato.

–Te envidio, Vitaminas.

–¿Qué?

–Que te envidio. ¿Nos sentamos aquí? Yo no podría vivir con esa inseguridad económica. El caso es que siempre sales adelante.

–No creas que es tan fácil. Doy bastantes sablazos; lo que pasa es que procuro respetar a los amigos. Además, ten en cuenta –dijo mientras gesticulaba en busca de un cigarro– que los ingresos de Julia son fijos y eso da mucha tranquilidad.

Jorge se puso colorado al oír el nombre de Julia. El hecho de que su amigo rompiera a tales alturas de la edad el antiguo pacto le parecía por lo menos de mal gusto. Aquel pacto decía no utilizaremos el nombre de Julia en vano: si en alguna ocasión se hiciera ine-

vitabile su uso, nos valdríamos del disimulo o de cualquier otro artificio relativo al engaño para evitar la sospecha de una transgresión, el nerviosismo de entrar en casa ajena, la vergüenza de no haber clausurado lo anterior al destino; es decir, es destino. Se defendió con un largo trago de cerveza, mientras la gente que salía de los cines invadía el ambiente con los brazos morenos y las sonrisas del verano. Pasaban algunas mujeres mientras el Vitaminas encendía el cigarro y atacaba de nuevo eliminando la posibilidad de que todo hubiera sido un error fruto de la irreflexión o del olvido.,

–Por cierto, hablando de Julia, ¿sabes que nos separamos?

–¿Eh?

–Que nos separamos, Julia y yo.

–Ya. No lo sabía.

–Aún no lo sabe nadie.

–...

–¿Qué te parece?

–Nada, qué me va a parecer.

–Verás, es que ella tampoco lo sabe –sonrió ligeramente tratando de imitar el gesto de un seductor que tuviera problemas con la última conquista–, aunque supongo que se lo imagina, porque estas cosas se cuecen despacio.

–¿Qué cosas?

–Hombre, ya sabes; lo que hace que un día uno tenga que enfrentarse a la situación que vive para aceptarla plenamente o para rechazarla plenamente también.

Jorge no escuchó apenas el resto de aquella historia trucada. Hacía tiempo que había concluido que en el fondo de las decisiones importantes no había grandeza ni verdad, sino una puerta falsa que conducía al desengaño. El rosario de justificaciones con el que el Vitaminas intentaba armarse de valor –como el suicida que cuenta su proyecto esperando obtener de quien le escucha el arrojo que a él le falta– llegaba con frecuencia a un punto muerto del que el Vitaminas salía con dificultad porque estaba confundido, y quería al mismo tiempo escapar y dejarse atrapar. En realidad, dijo finalmente, no estoy muy seguro de cuanto te he explicado. Incluso hay ratos en los que me da por pensar que de lo que huyo es del espectáculo del crecimiento de mi hija. Y Jorge presintió que era lo único un poco sincero (no del todo, porque, como más tarde advertiría en su cuarto, entre el sudor y la vigilia espesa, la intención del encuentro falseaba en sus raíces toda su actuación) que se le había escapado a lo largo del discurso.

Ahora, mientras intenta distinguirse al otro lado del vaho –al otro lado de la cerradura– advierte la verdadera dimensión de la



última frase del Vitaminas. Entretanto, hace ya casi un año, una noche del mes de julio, Jorge y el Vitaminas se despiden en la Glorieta de Bilbao. Jorge sabe que está un poco borracho por los cubalibres posteriores a la cena, pero a pesar de que lo sabe, o precisamente por eso, le dice a su amigo: no te preocupes, Vitaminas; abandona tu hogar y tu familia y ve en busca de la tranquilidad que tu espíritu anhela en la seguridad de que a tu mujer y a tu hija no les faltará nada, ya sea en el orden material, ya en el moral, mientras tu amigo Jorge trafague errático y giróvago por estos barrios que tanto saben de nosotros.

Y en el momento mismo de finalizar tal parlamento, Jorge adviene un rastro de satisfacción en el borroso gesto de su amigo. Luego en su cuarto, entre las sábanas húmedas por el sudor y por un vómito no esperado, interpreta la huella de satisfacción que viera al despedirse en la cara del Vitaminas, y comprende que era la expresión de quien se siente descargado de una responsabilidad que jamás sintió suya. Finalmente, en la lucidez que precede al vómito (o que lo provoca), reconoce que lleva varios años preparándose para este momento, porque al pensar en su próximo encuentro con Julia llegan sin ningún titubeo a sus labios las frases del primer encuentro, las actitudes de la segunda escena, las decisiones del tercer acto. Por un momento siente la grandeza de quien se sabe inmerso en una propuesta nacida en las entrañas del propio deseo, pero también acusa el escozor de aquel que entre los pliegues de la dicha descubriera los gérmenes del fraude. [...]

La academia está situada en un antiquísimo edificio de la calle de Fuencarral, muy cerca de Malasaña, donde vivía la familia de Jorge. Luis había hecho allí todos sus estudios con una media beca no oficial, que le fue concedida en virtud de una cierta dependencia económica que unía a su padre con el director del centro. Mientras subían por la derruida escalera, Jorge puso a Luis al corriente de su situación. Le explicaba, deteniéndose en los oscuros descansillos para tomar aire, que había sido expulsado del Instituto San Isidro a mitad de curso y que sus padres no habían encontrado un sitio mejor, o al menos con tanta hambre de alumnos. Me han matriculado hace una semana, pero es la primera vez que vengo. ¿Qué curso haces?, preguntó Luis. –Sexto, me parece, ¿y tú?–. Lo mismo; estaremos juntos. Al entrar en el aula desconchada y rota Jorge se separó del Vitaminas y fue a sentarse solo en un banco retrasado. Intentaba aclarar que el hecho de haber contado a Luis su situación no le ataba a él de ningún modo. Pero Luis no captaba ciertas

aclaraciones y en seguida cometió el primer error al abandonar su sitio habitual, junto a la ventana, para sentarse al lado de Jorge.

La ocasión del segundo error se presentó una hora después, durante la clase de francés, y también Luis la aprovechó. Había sucedido que el apollado profesor de esta materia viendo una cara nueva se creyó en la obligación de llamar la atención sobre ella al resto de los alumnos, “porque los primeros días uno no conoce a nadie y anda como desorientado”. No se preocupe, cortó Jorge, ya conocía al Vitaminas, y señaló a Luis con naturalidad. Todos rieron la gracia, incluso el profesor cuando vio que Luis se equivocaba riéndose también con una sencillez sospechosa.

Aquella clase, en la que se estudiaba el último curso del bachillerato, estaba compuesta por unos quince alumnos de los que solamente dos o tres tenían la edad relacionada con el curso. El resto, entre los que se contaba a Luis, el Vitaminas, y ahora al propio Jorge, tenían todos de dieciocho a veinte años, retraso que por lo general se imputaba al hecho de ser alumnos libres. También había tres chicas que a fuerza de no cambiar de indumentaria y de asistir a cada clase con una regularidad sorprendente participaban más de la condición de los bancos, o de los enseres en general, que de la de alumnas. Y las relaciones que la mayoría masculina mantenía con estas chicas no eran, pues, muy diferentes de las que mantenían con las mesas, las paredes, o ciertos rincones de la academia: a pesar de la amplitud del aula, de que los profesores tuvieran la impresión de dirigirse a una clase numerosísima, siempre había alguien sentado junto a cada una de las chicas. No era cada día el mismo, sino que en virtud de un acuerdo tácito, y con la ayuda de abundantes sobreentendidos habían llegado a establecer un turno rotativo escrupulosamente respetado por todos. Quienes como Luis, el Vitaminas, preferían ser fieles a una chica –con el mismo tiempo de fidelidad que se le guarda a un mueble, a una letrina, o al rincón de los ejercicios solitarios– habían de permanecer más días en su lugar habitual antes de sentarse junto a la chica cuya elección no había sido fruto del cálculo, sino del azar, como el puesto que se ocupa en las trincheras. Los otros disfrutaban de la proximidad de las chicas durante tres días seguidos y al cuarto tenían abundantes ojerás. Cada uno pensaba que su experiencia con las alumnas era única; y esto no sólo por evitar el deterioro de la propia imagen, sino más bien como ejercicio de negación cuya práctica habría de serles necesaria en los años futuros.

Por lo demás, los profesores estaban clasificados en dos grupos: aquellos que como el director tenían en la ropa y en la piel surcos



ennegrecidos, semejantes a los que atravesaban los tableros de las mesas o los marcos de las puertas, seres extraños de sabiduría muerta cuya existencia parecía no tener sentido fuera de aquel desorden de aulas semivacías y turbias; y aquellos otros, jóvenes en su mayoría estudiantes universitarios de las distintas ramas del saber, que no solían durar en la academia más de quince días o un mes, el tiempo justo para reconocerse de algún modo en aquel espejo y huir hacia otros barrios en busca de una imagen más dotada para el disimulo. Se conocía sin embargo el caso de uno de estos últimos, profesor de matemáticas, que al cuarto mes aún permanecía allí, y que había aceptado algunas prendas de vestir, una chaqueta negra y dos pantalones grises, desechadas por el director. A los quince días de utilizarlas su piel había adquirido una enfermedad que se manifestaba en el rostro y en las manos en forma de frecuentes rosetones muy parecidos a los desconchados de las paredes. A partir de este momento los alumnos perdieron cualquier vestigio de interés personal por dicho profesor, porque inconscientemente adivinaban que integrarse en aquel medio significaba caer en la no historia y por lo tanto en una situación en la que las referencias personales carecían de sustancia, como la edad o el parentesco de un cadáver.

En cuanto al director del establecimiento, se trataba de un ser profundamente indeterminado, y había entre los alumnos quien pensaba que su forma humana y sus maneras no eran sino consecuencia de la indumentaria que le comprimía mientras duraban las clases, pero que al quitarse la ropa por la noche su naturaleza incierta se esparcía por los pasillos y las aulas con el placer extraño de la identidad recuperada. Al día siguiente, antes de abrir la academia, se introducía de nuevo en las prendas que moldeaban su materia y fingía dirigir el Centro. Vivía con una hermana, igualmente soltera y gelatinosa, que se encargaba de cobrar los recibos y de la administración en general. La vivienda de ambos estaba situada en un recodo de aquel laberinto derruido, pero el baño y otros servicios eran comunes al negocio y al hogar. Naturalmente, todo el mundo imaginaba que los dos hermanos mantenían unas relaciones incestuosas profundamente ambiguas.

En este medio volvieron a encontrarse Jorge y Luis, el Vitaminas. Durante aquella su primera mañana en la academia Jorge actuó de un modo raro y perfecto, como un actor que sabe ignorar la preservaba torpemente y admiraba en él aquello –la voluntad o la indiferencia– que le hacía capaz de no mirar a nadie, ni siquiera a las chicas. Unas horas más tarde la impaciencia de Jorge descubriría su juego al Vitaminas. Al parecer al final de la última clase Jor-

ge se había decidido por fin a mirar directamente al resto de los alumnos. Luis le había visto observar los perfiles de las chicas con creciente angustia, como si no encontrara a alguien de cuya presencia allí hubiera estado seguro hasta el momento. Finalmente en la calle se había descubierto:

–Oye, Vitaminas, ¿no estudia aquí la chica de la reunión del otro día?

–¿Quién, Julia?

–Sí, la que me parece que estaba contigo.

–No, no. Es una chica del barrio.

–¿Por dónde vives?

–En la Concepción. ¿Vas hacia abajo?

–No, vivo ahí al lado, en Malasaña. ¿Dónde está eso de la Concepción?

–Más allá de Ventas. Hacia la Cruz de los Caídos. Es un barrio en el que todas las calles tienen nombre de vírgenes.

–Qué excitante. ¿Sois novios?

–¿Quiénes, Julia y yo?

–Claro.

–Sí, creo que sí.

Se despidieron hasta la tarde ignorantes de cuanto acababa de sucederles. Tal vez el Vitaminas presentía algo mientras bajaba por Sagasta. Era febrero, y la escasa gabardina apenas le aislaba del frío exterior. Estaba un poco aturdido, como siempre a esa hora, a causa de los gases desprendidos por las deficientes estufas que caldeaban la academia. Mas a pesar del estupor no dejó de anotar en su memoria la favorable posición en la que la casualidad le había situado en lo referente a sus relaciones con el nuevo compañero. Intuía en efecto que para Jorge, desde aquella mañana, la vida se había convertido en una tregua cuyo fin dependía únicamente de él, porque para quebrarla no necesitaría más que pronunciar en vano el nombre de Julia. En cuanto al mote –inevitable ya– mejor no hacerle frente; a fin de cuentas el sarcasmo perdía aire por alguna esquina, porque Luis amaba como pocas cosas su cara de tuberculoso que era, al tiempo que una advertencia –tal vez una amenaza–, la señal evidente de una distinción que hasta el momento había funcionado. Seguramente Jorge ignoraba que quien no se deja motejar hace de su propio nombre el peor de los motes, por cuanto al confiar en él toda posible referencia a su persona admite al mismo tiempo que nada de destacar hay en ella, ni siquiera un ligero estrabismo, una imperceptible cojera o una disposición

original de los dientes; nada, excepto la paz mediocre que se adivina tras los nombres todos. [...]

En los días que siguieron a la llegada de Jorge a la academia, Luis, el Vitaminas, se sentó junto a él como el primer día. Al principio resultaba chocante no verle en su sitio habitual junto a la ventana, pero pronto al transcurrir perezoso de las clases, capaz de dar olvido a la memoria más nostálgica, selló el nuevo orden con tal eficacia que a los pocos días nadie habría recordado su antiguo emplazamiento. Al acabar las clases, y como prolongación de su proximidad durante ellas, solían pasear por los alrededores de la Glorieta de Bilbao y hablaban largamente acerca de las abstracciones de las que se suele hablar a esas edades. Algunas veces, si tenían dinero, entraban en el Comercial, y ante dos vasos de coñac con hielo y agua de seltz –para que el líquido durase más– provocaban algunas confidencias que olvidaban al salir a la calle con la misma naturalidad con la que se sacudían el polvo de una manga al abandonar la pizarra. El sábado al mediodía se despedían hasta el lunes, y era de suponer que el Vitaminas salía con Julia. Jorge jamás hablaba de lo que había hecho durante el domingo. En realidad jamás hablaba de sus actividades fuera de la academia, como si sólo empezase a existir al entrar por Malasaña en la Glorieta de Bilbao en busca de Fuencarral. Por lo demás, se complementaban perfectamente, y abusaban en sus conversaciones del automatismo (un cierto tipo de automatismo subdesarrollado) propio de una adolescencia que –entonces no lo sabían– habría de prolongarse más allá de su juventud hasta convertirse en algo molesto y difícil de sacudirse, como el cadáver de Dios, o como el barrio en que aprenderían a jugar al billar y a manipular las máquinas tragaperras con habilidad notable.

Al poco tiempo de la llegada de Jorge a la academia, se les unió en sus paseos postescolares el Lefa, apodo inventado por Jorge y cuyo origen era tan ambiguo como el ser al que se refería. El padre de este muchacho tenía una farmacia en la calle de la Palma en la que aún se utilizaba el mortero para fabricar determinadas recetas. La verdad es que el Lefa, hasta el momento de ser bautizado con este apodo, apenas tenía nombre; era un muchacho con cara de enfermo crónico de estómago (según él padecía de espasmos de tipo nervioso) que tenía abundantes granos, y que compensaba la escasez de sus intervenciones en las polémicas entre Jorge y el Vitaminas con un conocimiento sorprendente de términos médicos aprendidos en los prospectos de las medicinas. Solía robar en la farmacia de su padre aquellos que más le gustaban, y a veces se los leía a sus

amigos como quien leyera una composición recién escrita. De este modo, y a tenor de los prospectos que caían en sus manos, los tres amigos creyeron padecer sucesivamente un priapismo agudo (además de que les encantaba la palabra, juzgaban que este mal era la consecuencia de una potencia sexual excesiva), un cáncer de pulmón, algunos vértigos causados por el deterioro de los órganos auditivos, y aun otras enfermedades de peores consecuencias que, por prometer la muerte a una edad en la que no se cree en ella, servían de consuelo y de estímulo a una adolescencia gris y mal trajeada. Por lo demás, el Lefa tenía fama de salido (una acentuación del instinto venéreo, que decía él) y de raro: lo primero por su evidente nerviosismo en los días que precedían a su turno junto a las chicas de la academia; y lo segundo, porque jamás se dejaba masturbar por ellas, sino que cuando juzgaba estar a punto, pedía permiso al profesor y se marchaba a masturbarse en el servicio. Jorge, que tardó mucho en pedir la vez por mantener un cierto prestigio originado por su despego, afirmaba que esta actitud era un síntoma de limpieza, pues en su opinión no dejaba de ser una marranada andar todo el día con los calzoncillos sucios.

Hubo de ser precisamente el Lefa quien empujara a Jorge a participar en la rueda de las chicas. Al salir de la academia le explicaba con mirada febril las ventajas del juego utilizando algunos términos médicos, que con frecuencia apenas tenían relación con el asunto del que se trataba, pero que daban al discurso una seriedad científica sin cuyo apoyo, Jorge jamás se habría decidido. Fue preciso esperar –para hacerlo de manera poco ruidosa– a que enfermara un compañero pocos días antes de llegarle el turno. A los enfermos, normalmente, los sustituía el Lefa, pero en aquella ocasión, y después de larguísimas discusiones en el Comercial o en la calle, se decidió que el sustituto sería Jorge. Faltaban dos días en los que su angustia alcanzó límites hasta entonces desconocidos para él. Deseaba con todas sus fuerzas que el compañero enfermo se curara para el día señalado, al mismo tiempo que –apresado por el deseo– buscaba las justificaciones que luego habrían de repetirse, casi en el mismo orden, a lo largo de su adolescencia toda y de su juventud. Finalmente, el compañero enfermo no acudió a la academia la mañana temida, y Jorge –en la segunda hora– aprovechando el pequeño intervalo producido entre clase y clase, cogió sus libros y se fue a sentar junto a la chica que iniciaba la rueda. En la pizarra, como en un sueño, el profesor oscuro hablaba de San Anselmo y parecía entusiasmarse a ratos con algunos aspectos del ontologismo; y mientras sus brazos cubiertos por unas enormes mangas negras

aleteaban al llegar a las diferencias entre el orden lógico y el ontológico, Jorge, con la rodilla, intentaba angustiado establecer un contacto casual con su compañera de banco. En seguida le llegó una respuesta clara y terminante: la chica desplazó su pierna izquierda hasta emparejarla con la derecha de Jorge. Estuvieron un rato golpeándose levemente y rozándose como dos animales torpes, poco dotados para los juegos amatorios. Entretanto, Gaunillóm junto al encerado, escandalizaba a los monjes de su convento al comparar a Dios con la isla de Jauja, donde al decir del profesor se ataba a los perros con longanizas. Pronto empezó el juego de las manos. Jorge habría querido, demasiado joven como era, que las suyas se hubieran encontrado con las de la chica para entablar con el lenguaje de los dedos un cierto tipo de comunicación sentimental que precediera al desastre o al éxtasis. Pero ella no se lo permitió, sino que directamente condujo su mano al centro de operaciones y con esto ha sido propiamente un encuentro; los encuentros no existen más que en la idea de la salvación, y nosotros, por unos años todavía, estamos salvados sin necesidad de recurrir a tales subterfugios. Has de aprender aún que sólo existen acciones paralelas, como cintas continuas que moviéndose en sentidos opuestos con diferente ritmo hacen de vez en cuando coincidir frente a frente dos partes semejantes; tal vez ni eso, tal vez en una de las cintas la solercia ha incrustado un espejo que cree poseer aquello que tan sólo refleja. Finalmente, y ya con los cien táleros de Kant sonando en el encerado, Jorge explora las posibles entradas de la falda de su compañera, y a través de las deterioradas medias y de las bragas rotas y mil veces zurcidas penetra en lo que él imagina como una cloaca, no por una predisposición hacia el sexo, sino por el modo en que se da su relación con él, porque la atención que finge prestar al profesor en la superficie hace precisamente que cuanto sucede bajo el pupitre sea considerado subterráneo y húmedo.

Tal vez las mismas causas que le negaron el consuelo sentimental, o la venganza, que había pensado encontrar en aquel juego, impidieron también que prosperaran los motes que según su costumbre y con fortuna variable puso a cada una de las chicas a los pocos días de su participación en la rueda. No prosperaron en efecto porque todos sabían, menos él, que nombrarlas suponía aceptar en ellas un grado de existencia que estaba muy por encima de lo pactado en el acuerdo secreto bajo cuyas disposiciones se producía el intercambio o el hurto. Además, el nombre tiende siempre a la identificación y por lo tanto individúa también en una medida que tampoco estaba prevista en el acuerdo. Lo cierto es que aquel primer

contacto de Jorge con las chicas estuvo marcado por el fracaso, un cierto tipo de fracaso en cuya concisión ya se advertían la simplicidad de un esquema y la firmeza de una copia. Jorge no quiso ver entonces otros aspectos igualmente palmarios porque de todos ellos parecía emerger una promesa que, por garantizar la aplicación de semejante esquema más allá de los confines del aula rota, actuaba también como pronunciamiento de un destino; y el destino para los de su clase no era precisamente aquello a lo que hay que llegar un día con rostro estúpido o feliz, sino más bien lo que no debe alcanzarse por cuanto significa la abolición impuesta del futuro. Lo extraño o lo fraudulento del negocio en que celaba la firmeza –la ausencia de un golpe de dados– en absoluta coincidencia con la edad de Jorge, menesteroso entonces, más que de otra cosa, de amor, y el amor –cómo ocultarlo– era acceder, llegar, hender tal vez la precisión abominable del destino. [...]

Durante algunos días de aquel verano caluroso y seco Julia y Jorge se vieron con una frecuencia preparatoria y cómplice. Tardaron en tocarse el tiempo que tardaron en hablar de sí mismos. La progresión de sus conversaciones hasta llegar al punto de perder la vergüenza (no el pudor, que el pudor en ellos era como las manos o los ojos: algo con lo que había que morir a menos que la desgracia, tras haber demolido la conciencia, se cebara también en el disfraz) había estado determinada, sobre todo, por el límite de las vacaciones de Jorge.

Como tenía alguna práctica en el ejercicio de tomar por ajeno aquello que más le concernía, no le había sido difícil actuar ante Julia como un ser que careciera de referencias, o que, en todo caso, las suyas nada tuvieran que ver con las habituales. De este modo, los días habían transcurrido sin que él mencionara su forma de ganarse la vida, no porque tuviera intención de ocultar su condición de oficinista, sino porque había llegado a creer que esto en nada se relacionaba con su forma de ser o con sus verdaderas aptitudes. No obstante, acabó imponiéndose el ritmo de los días, y una mañana, ante el calendario, Jorge advirtió con cierta angustia reflexiva la posibilidad de regresar al banco sin que en su relación con Julia se hubiera producido un cambio cualitativo. Entonces perdieron la vergüenza y, consiguientemente, hablaron de sí mismos.

Comenzó Jorge, que era de los dos el que más prisa tenía. Esa noche había subido a casa de Julia por primera vez. Habitualmente, tras ayudarla a superar con el cochecito de la niña el escalón con el que se iniciaba el portal, desaparecía sudando, se perdía en el metro y una vez en su casa, sin refrescarse siquiera, imaginaba

las variantes posibles que podían haberse producido aquella tarde de no ser por su falta de reflejos. Fumaba sin ningún control y se despertaba viejo y torpe a cualquier hora, pero con tal excitación que parecía estar jugándose en aquella historia, si no la vida entera, la juventud y –desde luego– la adolescencia, la adolescencia lastimada de cuyo daño aún no había tomado venganza. Ella le había dicho está la casa hecha un desastre, la cama sin hacer... Los cacharros sin fregar, añadió él y se introdujeron en el portal sonrientes y turbados tras el cochecito de la niña.

Mientras Julia se ocupaba de bañar a su hija, Jorge curiosó por el salón en busca de secretos. Vio algunos libros arrinconados en un mueble; todos estaban firmados por el Vitaminas y tenían escrita la fecha de la compra o del robo. Vio también sobre una mesita baja, que había ante el sofá, un gran cenicero de cristal que enviaba al techo reflejos recogidos de una lámpara de pie. Luego se acercó al ventanal de la terraza y al separar un poco la cortina encontró el observatorio desde el que Julia había espiado sus movimientos. Anochece ya y los escasos transeúntes que pasaban por el Estrecho de Gibraltar iban mirando al suelo, o a la pared, pero ninguno de ellos se aventuraba a levantar la vista por encima de su estatura. Alguien encendió un cigarro, aprovechando este movimiento para mirar a sus espaldas, como si le siguieran; después aceleró el paso y sus hombros se perdieron en el Estrecho como un cuerpo en el mar. Jorge se sentó y esperó pacientemente a que Julia terminara de darle la cena a su hija. Luego esperó aún a que la niña se durmiera y cuando al fin Julia se sentó junto a él, encendió un cigarro y comenzó el trabajo.

–¿Sabes que ya hace algunos días que rondo por aquí? He pasado cien veces por esa callejuela de ahí abajo.

–Me pareció verte un día, pero no estaba segura. La verdad es que tú y yo nos hemos visto muy pocas veces.

–Pero hemos sabido de nosotros a través de tu marido.

–Bueno, Luis casi nunca me hablaba de ti.

–Ni a mí de ti, pero me bastaba con mirarle a la cara.

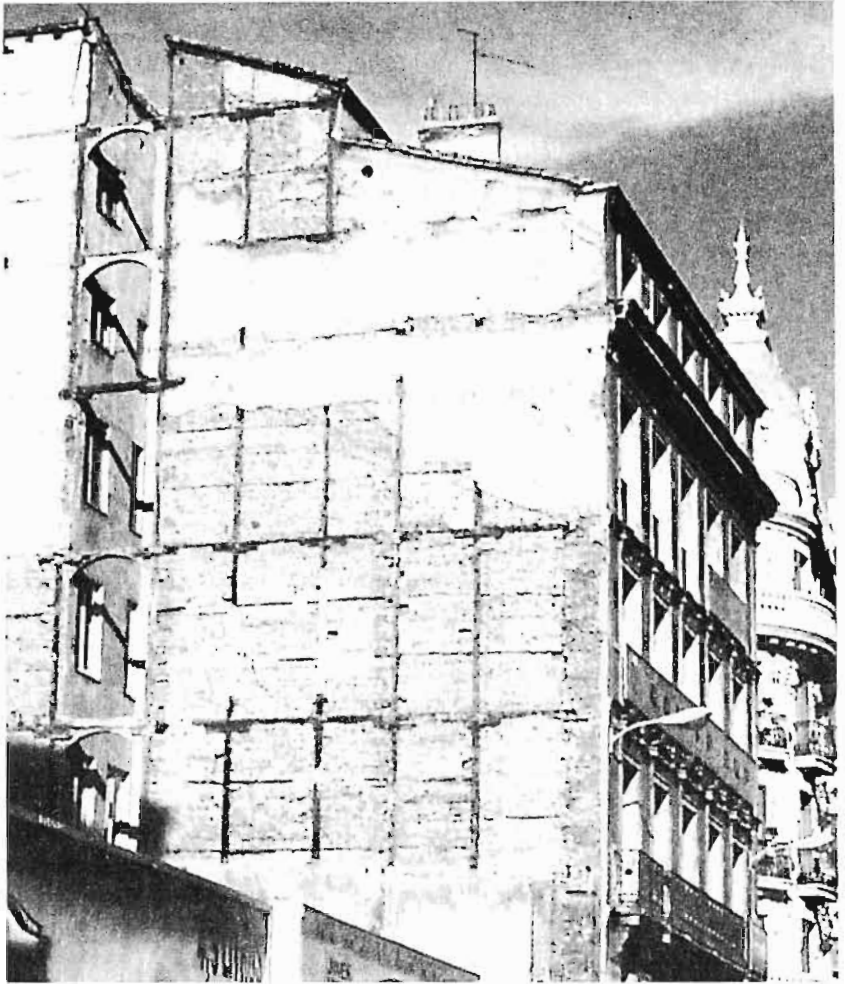
“Ahora”, pensó Jorge, y tras interiorizar el tono dijo:

–No es una causalidad.

–¿Cómo?

–No es una casualidad que nos hayamos visto. Llevo más de diez años persiguiéndote.

Julia enrojeció, pero le miró a los ojos y mantuvo allí la mirada unos instantes. Jorge hizo una mueca largamente ensayada, entre la amargura y el ensueño, y alojó la tensión de sus músculos. Ya está



“La academia está situada en un antiquísimo edificio de la calle Fuencarral, muy cerca de Malasaña...” (J. J. Millas. *Visión del abogado*).





y ha sido fácil. Ahora podría inclinarme y besarla, pero no es preciso. Apagó el cigarro, encendió otro y se puso cómodo.

—¿Te contó tu marido cómo nos encontramos en la academia de la calle Fuencarral?

—Sí. Recuerdo que, a los pocos días de haberte conocido en una fiesta, Luis me dijo que casualmente te habías matriculado allí.

—El curso había empezado hacía algunos meses.

—Sí, lo recuerdo.

—Pero no fue una casualidad.

Del cuarto de la niña llegaron los gemidos de quien se debatía entre la vigilia y el sueño. Ya era de noche y la única lámpara encendida —al otro lado de la mesa— ofrecía una luz baja y contenida por la pantalla de pergamino. Pero Julia no hizo intención de encender más luces, lo que en cierta medida molestó a Jorge porque la oscuridad, si bien prometía, tipificaba la situación, la ajustaba a unos modelos y la obligaba por tanto a tomar una dirección determinada. Hacía calor y se oían algunos ruidos provenientes de las casas vecinas: televisores, cubiertos y, ocasionalmente, un grito o un golpe seco. Jorge sintió deseos de marcharse, pero vio las rodillas de Julia, su cintura, adivinó el resto hundido en la penumbra y dijo tienes los labios secos. Julia fortaleció con un gesto tal afirmación, pero ibas a decirme que no fue una casualidad lo de la academia. Y no lo fue. A los pocos días de haberos conocido en aquella fiesta, donde me mostré más agresivo de lo que soy, pasaba por Fuencarral —yo vivía en Malasaña y así me ha ido— cuando te vi parada ante el portal de la academia. Llevabas un abrigo rojo con cuatro botones enormes. En la mano derecha sujetabas unos libros, en esta posición, y parecías esperar a alguien. A los pocos minutos salió el Vitaminas —perdón, Luis—, salió Luis con sus libros también y os fuisteis juntos Fuencarral arriba. Yo deduje en seguida que estudiabais los dos en la misma academia. Podía haber deducido que allí sólo estudiaba Luis y que tú habías ido a esperarle. Pero el deseo, como diría tu marido, nos hace confundir la realidad. No sé por qué te cuento todo esto (para halagarte, se contestó a sí mismo, y para mirarme luego con orgullo en tu halago); no sé por qué te cuento todo esto Julia, si me parece tan dudosa la recuperación. Julia encendió un cigarro alumbrando su perfil de forma teatral, pero efectiva. Jorge le mandó una sonrisa y tras olerse disimuladamente los sobacos prosiguió el relato con frialdad del que no esperaba nada de su interlocutor, si acaso una ligera agitación provocada por los aspectos más epidérmicos de la historia. Ya ni yo mismo apreció el coraje que tuve, y que no he vuelto a tener nunca, para tomar

aquella misma noche una decisión cuyos efectos, como en seguida verás, fueron desastrosos. Para no fatigarte —no me fatigas—, para no cansarte te diré que me hice expulsar del Instituto en el que recibía una enseñanza poco costosa y, desde el punto de vista de mis padres, tan segura como una oposición al cuerpo de correos (mi padre es funcionario). No te diré, porque eso forma parte de mi caudal secreto de humillaciones, no te diré cómo conseguí la expulsión ni el modo en que fue consumada. Tras la expulsión pasaron algunos días de angustia familiar, de silencios sin salida. Mi padre, entre el rencor y la pena, quería obligarme a entrar de interino en uno de los innumerables cuerpos subalternos frecuentados por él, hasta que yo rompí el silencio. Expresé mi pesar por lo sucedido apoyando mi actitud con algunas lágrimas sinceras, y por fin sugerí la posibilidad de continuar el curso en una academia que había en la calle Fuencarral, a dos pasos de casa, y que no tenía pinta de ser muy cara. Mi padre dijo que si costaba algo ya era muy cara, pero al fin cedió, supongo que rendido por la insistencia pasiva de mi madre. El resto te lo imaginas fácilmente: fui a la academia, pero tú nunca habías estudiado allí. Tu marido me dijo que vivías, como él, en el barrio de Concepción, un barrio en el que las calles tienen nombre de Vírgenes. Para mí, que no me había aventurado nunca más allá de Manuel Becerra, aquello me pareció el extranjero. Cometí además el error de tomar por amigo al Vitaminas. Como verás, un naufragio perfectamente calculado. Pero me consolé, no creas; por eso te lo cuento.

Julia no dice nada. Apaga el cigarro y torciendo ligeramente el cuerpo mira a Jorge quien, por su parte, dirige la mano derecha a la mesita, en dirección al tabaco. Pero antes de darle alcance desvía la mano de su objetivo y la coloca sobre el cuello de Julia. Ella humedece sus labios y asiste, desconcertada, a un movimiento de terror en la mirada de él. Durante algunos segundos permanecen envarados. Por fin Jorge le desabrocha el primer botón de la blusa y le acaricia el pecho por encima del sostén. Ella se desabrocha el resto para no defraudarle; ignora que los caminos del fraude, como los del Señor, son numerosos y desconocidos. Durante algunos minutos evitar el abrazo y el beso, se tocan con la punta de la piel —como quien acaricia a una fiera dormida— intentando convertirse en amantes. Han comprendido al menos que a su edad no pueden ser enamorados.

¿Qué piensa un hombre mojado que viaja en el metro? ¿Forma juicios sobre los rostros en los que detiene su mirada? ¿Recompone el suyo al advertir que alguien le observa? ¿O permanece ajeno

en su rincón musitando una melodía ahogada por los ruidos del tren? Jesús Villar piensa en los teléfonos. Primero se pone el abrigo porque le incomoda llevarlo bajo el brazo, y porque teme hacerle alguna arruga que en colaboración con la humedad deforme alguna zona de la prenda. El peso del abrigo sobre los hombros le hace sentir con más intensidad el agua embebida por la chaqueta que se ha infiltrado ya hasta la camisa. Después piensa en los teléfonos, en lo extraño de su mecanismo y en la inseguridad que prometen. ¿Qué le ha pasado a alguien cuyo teléfono comunica durante horas? ¿Por qué colgó antes de que lo cogieran quien sólo lo dejó sonar dos veces? ¿Habría colgado también en el caso de que contestaran de manera inmediata? Y por último, ¿el pitido que oye quien llama coincide con el timbre de quien recibe la llamada?

Entre tanto las estaciones se suceden, y como tras el traspaso aún debe permanecer en el vagón cuatro paradas antes de llegar a Pueblo Nuevo, intenta sacarle más partido al tema de los teléfonos. No lo consigue, y no por falta de capacidad seguramente, sino porque lo último que pensó en la cafetería acerca de golpear a su mujer en la boca con un cenicero de cristal comienza a volverse contra él en un movimiento de culpa que le hace sentirse un poco miserable. La ternura se le instala de nuevo en un punto que él localiza en la parte posterior de los ojos, justo en el lugar donde supone que ha de estar colocado el mecanismo que se encarga de proyectar imágenes sobre la pantalla de la realidad. (Influido probablemente por la experiencia del cine, piensa que los ojos, más que recibirlo, emiten los espectros que se ordenan en el espacio). Recuerda a su mujer embarazada y su pecho se contrae por la intervención del hijo. Revive la tristeza en que se hundieron tras el aborto, del que también se sintió un poco culpable por permitir que Rosario trabajara en tales condiciones. Y poco a poco se convierte en el hombre manso que esconde su cobardía tras el disfraz de la bondad. Sin embargo, no deja de advertir la existencia de un impulso violento que, más que mitigado, permanece contenido por las últimas oleadas de ternura, y al que le bastara un ligero desplazamiento de ésta para emerger de nuevo con furia. Es más, en determinado momento se muerde el labio inferior con una rabia no fingida y cuya veracidad a él mismo le sorprende.

A él mismo le sorprende. Al salir del andén en Pueblo Nuevo alguien, a quien no conoce, le hace una seña que Jesús Villar elude con la habilidad propia de un especialista en gestos. A pesar de esto, el hombre se dirige a él de manera inequívoca y Jesús Villar, sacando la mano derecha del bolsillo, se detiene dispuesto a hacerle

frente. El hombre, más bajo que él, tiene dificultades para comunicarse. Además sus primeras palabras se diluyen en el ruido del tren y Jesús Villar ha de inclinarse un poco, cortésmente, sin descuidar la guardia. La disimetría del rostro de quien habla se debe al parecer a una parálisis facial que alcanza a la parte derecha de su boca. Con esfuerzo le remite a Jesús Villar la propuesta de darle cobijo bajo el paraguas que muestra ostentosamente, como si el objeto pudiera completar o reforzar el sentido de sus frases. Dice que son vecinos, aunque no aclara el tipo de vecindad, y que por lo tanto han de seguir la misma ruta. Jesús Villar tarda en reaccionar unos segundos. El tipo le recuerda a uno de esos coleccionistas de sellos de los que nunca se sabe a ciencia cierta lo que en realidad coleccionan. Finalmente sonrío y le agradece la invitación, pero es que soy un despistado y tenía que haberme bajado en la siguiente, porque ha de hacer unas compras en Ciudad Lineal: de modo que voy a esperar al otro tren. Gracias, gracias, de todas formas muchas gracias. El hombre se aleja decepcionado y Jesús Villar observa atentamente su manera de caminar. Tiene ademanes de animal prehistórico en plena mutación: se le han atrofiado las patas delanteras. Después espera unos minutos y tras quitarse el abrigo para protegerlo de la lluvia se dirige a la salida.

En el momento de deshacerse del billete usado oye una sirena de un coche de bomberos y comienza a correr para verlo pasar. Sube las escaleras como un loco riéndose interiormente de quienes entre el odio y la curiosidad observan su conducta. Al alcanzar la calle vuelve la vista y ve al camión-cisterna abriéndose paso entre la circulación entorpecida. Espera aún unos instantes bajo la lluvia hasta que el coche de bomberos se aleja lo suficiente como para presumir que el desastre no está cerca, y después, arrojándose a la pared, comienza a caminar hacia Caudillo de España. Antes de alcanzar la esquina recibe un aviso, mas como todavía ignora por dónde ha de completarse la sospecha, se detiene bruscamente apoyando la espalda contra la pared. Frente al bar del Cojo está detenido un autobús al que los coches tratan de sortear en vano. La lluvia cae ahora verticalmente y el suelo está limpio por la persistencia del agua. Jesús Villar gira el rostro hacia su derecha y ve otra vez el bulto que corre pegado a la fachada. No necesita recordar la mirada del hombre, ni su pelo corto, ni la palidez de sus labios al mirar a quien a lo lejos simulaba atarse el cordón de su zapato, para decirse eres tú de nuevo. El vitaminas se acerca a él corriendo y Jesús Villar se aparta ligeramente para darle paso. Siente la tentación de musitar el apodo cuando llega a su altura, pero fascinado como es-

tá por aquella presencia física tantas veces imaginada con rencor se limita a observarle hasta que el portal se lo traga. Mientras le observa rememora –utilizando una técnica cinematográfica– algunos instantes de su vida amorosa envenenados por el espectro del Vitaminas. Después sigue sus pasos, alcanza el portal y se detiene frente a él. Parece que piensa, pero sólo trata de identificar una sombra que al final del pasillo, en el recodo, da la impresión de asomarse con la cautela del que huye. Después espera aún unos instantes y luego se introduce en el portal siguiendo un rastro excesivo de agua cuyos reflejos, por contraste, destacan la suciedad del suelo. Llega al recodo y descubre las escaleras por las que se desciende al vientre del edificio. No ha sentido nunca tanto miedo, excepto durante su infancia, pero al igual que aquél se trata de un miedo activo que conduce a la perdición a quienes lo padecen.

Inicia el descenso tanteando las sombras con las manos hasta alcanzar una especie de rellano en el que, a pesar de lo oscuro, se distinguen, una frente a otra, dos puertas. Bajo la de la izquierda hay una rendija de luz. Jesús Villar pega su oído a la madera y permanece así unos instantes. Mueve los labios, como si murmurase una letanía, mientras que con la punta de sus dedos, tratando de no perder la estabilidad, tantea el quicio para averiguar de qué lado se abre la puerta. Pero no la abre porque de súbito su miedo se transforma en asco. Entonces da la vuelta y ajustando el bulto del abrigo bajo el brazo derecho sube las escaleras, sale al portal, en donde un ratón uniformado le pregunta a quién busca (–lo siento, me he equivocado) y alcanza la calle entre la inseguridad y el alivio.

Un primer impulso le lleva hasta el bordillo de la acera. Cree que va a cruzar, pero el agua despedida por las ruedas de los coches le obliga a volverse. Entonces descubre el ventanuco enrejado que hay a ras del suelo por el que sin duda descargan el carbón destinado a alimentar las calderas. Torpemente reconstruye el itinerario que acaba de seguir tras el Vitaminas, y al fin deduce que debe de pertenecer al cuarto bajo cuya puerta vio una rendija de luz. Se acerca a él un poco olvidado de sí mismo, como envuelto en una acción que apasionadamente le solicitara. Ya no es el miedo lo que le fascina, ni tampoco la posibilidad de perderse, sino la rara precisión con la que se han imbricado los sucesos. Tanta coincidencia sólo puede darse en beneficio de un código cuya lectura podría ser aplazada o falseada, pero inevitable. Así pues, se agacha y mira fijamente al interior. Parece que piensa, pero sólo trata de abrirle un camino a su mirada.

Luego permanece unos instantes de pie, indiferente ya a los efectos de la lluvia. Después se pone en movimiento y penetra en una ca-

bina telefónica situada a pocos metros. Busca la ficha que le sobró en el bar y cuando la encuentra descubre que el teléfono sólo funciona con monedas. Inicia otra expedición por los bolsillos y en seguida descuelga el auricular marcando un número de tres cifras. “Policía”, dice al otro lado tras dejarlo sonar un par de veces. Jesús Villar se toma unos segundos y al fin responde; –Escuche, soy un comunicante anónimo. No me pregunte nada; límitese a tomar nota de la información que, por lo demás, es segura: el atracador de farmacias conocido por Vitaminas se encuentra en estos momentos paseando por los alrededores de la estación de Atocha. Es fácil de reconocer, aunque se ha puesto una barba postiza. [...]

Jorge inició la marcha maldiciendo interiormente a su amigo. Había interpretado sus palabras, si no como una amenaza, sí como una advertencia de que el Vitaminas estaba dispuesto a salvarse a cualquier precio, y de que se salvaría solo, según se desprendía de la decisión de deshacerse de Rosario. Sintió la soledad de quien por un momento piensa que los demás poseen un refugio seguro y advirtió, envidioso, que el Vitaminas, aunque caminaba a su lado, estaba en otro sitio, junto a Julia tal vez, y liberado ya de aquella muerte que por fin empezaba a mostrar algunos ángulos siniestros.

El Vitaminas no volvió a hablar; lo había dicho todo. Caminaba esquivando a la gente, fumando de manera concentrada, haciendo planes seguramente. Jorge, sin embargo, no tenía nada que planificar, excepto el fracaso. Ordenar el fracaso, disponer adecuadamente sus partes y digerirlo luego día a día, al levantarse de la cama, peinándose frente al espejo, al subir al autobús. Ir mordiendo el fracaso y acordarse de Julia con su abrigo rojo hasta que un bulto del tamaño de una rata grande devorara sus entrañas. Y no ser nada nunca, sino el testigo de la felicidad de los otros; un espía de los demás, un especialista en detectar los signos que en los demás anunciaran la podredumbre que se manifestaba en él.

Así miraba Jorge al Vitaminas, atento a cualquier señal que denotara desolación, abatimiento o duda. Así lo miró también al día siguiente, mientras le daba tierra al Lefa y el sol calentaba las puertas de los niños. Era domingo, por la tarde, y esta suma de festividad y entierro se notaba en el doble cuidado con el que los presentes habían elegido sus ropas. Corbatas negras entre los compañeros del difunto, corbatas negras brillantadas por el uso que de ellas hubieran hecho sus padres en anteriores ocasiones. Algunos procuraban desabrocharse descuidadamente el abrigo para mostrar el traje tantas veces planchado. Sólo las chicas –reacias a cambiar de imagen– lle-

vaban, si no las mismas prendas de cada día, sí su equivalente por el modo en que los oscuros tejidos encarcelaban sus cuerpos.

Pero había un cambio que todos advirtieron: el Vitaminas iba con una chica llamada Julia a la que presentó como su novia. Por eso a nadie equivocó el llanto incontenible de Rosario cuando la caja se deslizó hacia abajo entre las cuerdas. Jorge, medio escondido entre los cuerpos, observó la mirada de su amigo clavada en el lateral del ataúd, como si entre las vetas esperara encontrar alguna cosa. Después le vio manipular una parte de su reloj, no con un movimiento nervioso, sino con una actividad despierta dirigida a limpiarlo de algo que se hubiera incrustado en los rebajes de la corona. Después miró a Julia y no reprimió el llanto, aunque mordió las lágrimas conducidas hasta la boca por las arrugas de su gesto. Sabía que era el principio de un largo masticarse y deseó ser otro.

Afuera, las calles vacías daban una sensación de libertad inmediatamente contenida por la desesperación de la tarde. Tarde desesperada de domingo con sol.

En los últimos minutos han vuelto a pasar varios coches de bomberos, todos en dirección a San Blas, aunque también deben de estar trabajando en el barrio de la Concepción, porque se oyen con frecuencia aullidos provenientes de esa zona. La calle está ahora desierta porque la protección de los paraguas resulta insuficiente; sin embargo, el tráfico de coches parece haber aumentado, y Jesús Villar, desde la cabina telefónica, mira el gesto de fastidio o asombro de sus ocupantes. Sonríe. En ocasiones como ésta, cuando no intenta comprenderse, es casi feliz observando los movimientos que se producen a su alrededor. Entretanto repasa el itinerario que ha de seguir el Vitaminas antes de alcanzar el sótano de la casa. En la última llamada que hizo al cero noventa y uno advirtió a la policía que el perseguido, tras quitarse la barba postiza deteriorada por la lluvia, tomó un taxi hasta Cibeles en donde lo abandonó para meterse en el edificio de Correos. En la próxima llamada cogerá el metro, seguramente, y llegará hasta Ventas. Después irá andando hasta El Carmen, y en otro par de llamadas pasará frente a la cabina refugiándose en un portal situado a pocos metros. Finalmente, hará la última llamada telefónica y verá cómo la policía saca al Vitaminas bajo la lluvia y los introduce en un coche negro como ése que se ha detenido en la acera de enfrente.

Sonríe apoyado en el tablero de las guías telefónicas y contempla la calle satisfecho. La humedad de la atmósfera ha tocado su ánimo proporcionándole una mezcla de desesperanza y optimismo que Jesús Villar sabe utilizar para sentirse por encima de todos. Es

probable que después de esta actuación se decida a ejecutar otras de menor riesgo, pero igualmente placenteras. Efectuar multitud de llamadas anónimas y vigilar luego a su receptor. Alguien que odie. Inundarle también de telegramas amenazadores, de cartas que vayan aumentando progresivamente la tensión. Dosificar la amenaza. Escribir insultos eficaces en las paredes de su oficina de seguros, aunque esto sería peligroso. No centrar la acción en un lugar al que se ha de acudir todos los días. Rayar los coches, eso sí. Por las mañanas madrugar un poco más y pasear junto a los coches con un punzón en la mano. También pinchar alguna rueda. Agachándose disimuladamente, como quien se ata un zapato, y perforar la cubierta con un movimiento invisible. Es fácil fabricar también algunas pegatinas del tamaño de la palma de la mano y pegarlas en los asientos del metro. Hijo de puta, zorra. Cosas más originales. Se suena uno la nariz chupando con disimulo la goma de la pegatina oculta en la mano. Después se apoya uno en el asiento con los brazos atrás y listo. Matar también al perro del vecino. Darle trozos de carne con bolas de naftalina dentro. ¿Y su perro? Hace días que no lo veo. Me lo ha envenenado un hijoputa. Cuando le llevamos al veterinario, ya no había nada que hacer y lo sacrificó. Vaya por Dios. Y más adelante, aunque esto exige más preparación y serenidad, incendiar buzones. Una colilla encendida y una gasa empapada en alcohol dentro de un sobre; al consumirse la colilla se enciende una cabeza de fósforo colocada al final y se prende la gasa. Primero mucho humo por la boca de buzón y después llamas furiosas en busca de oxígeno y un montón de gente jodida por cartas que no llegan. Algunas con sobre de avión y todo para el extranjero. Lo del perro hay que hacerlo con cuidado, aunque todos los vecinos le odian. Se puede utilizar carne picada para que la naftalina quede bien envuelta y el animal no desconfíe. También con sosa cáustica que es un producto corrosivo, introduciéndola en bolas de pan. Aunque a los perros no les gusta el pan. Vaya, vaya, siento mucho lo de su perro. ¿Han averiguado quién ha sido? Qué va, pero tiene que ser un hijo puta. Aprovecharé de la ignorancia del animal. Y eso que los perros son muy listos. Es que el mío había perdido el olfato por una enfermedad que tuvo de cachorro. Vaya por Dios. El animal se mea en el ascensor y asusta a los niños. Si no estuviera todo el día en la escalera. No hacerle nada a Rosario. Pobrecilla. Después de todo, lo pasado pasado, y el Vitaminas se va a pudrir en la cárcel, aunque al efectuar la primera llamada pensó que iba a ayudarle. Prohibirla que vuelva a hablar de la academia. A mi hijo le enseñaré cosas de botánica. Comprar una enciclope-



dia. A su madre es distinto; no odiarla, pero tampoco dejarse llevar por arrebatos pasajeros. Mantener una postura equilibrada. Llamo otra vez. Cero noventa y uno. Policía. Soy el comunicante anónimo. El llamado Vitaminas ya no está en el edificio de Correos. Acaba de coger el metro en Banco, línea dos, dirección Ventas. Colgar ahora. No estar nunca más de tres minutos para que no localicen la llamada. Cuando tenga ganas, masturbarme porque en esos momentos siempre hago promesas. Los debo de tener locos.

Ha llegado otro coche negro deteniéndose tras el anterior. Sale un hombre con un impermeable azul, avanza unos pasos, habla a través de la ventanilla con los ocupantes del primero y después se dirige al bar del Cojo. No temer las reacciones de Rosario, no estar en guardia siempre. Sabe fingir una debilidad que no tiene. Es probable que todos estos años haya estado viéndose con el Vitaminas. Si no se han visto, peor; desear demasiado enreda la cabeza. Todos esos coches; algunos estarán asegurados en la empresa. Mañana muchos partes por la lluvia y los compañeros deseando que les cuente. El comisario estuvo muy atento. Al principio un poco de sospecha. Trabajan bien los de la policía. Preguntan de un modo especial, aunque el comisario era un poco torpe. No veía algunas relaciones. Cosas de la vida; resulta que ese tipo estudió en el mismo colegio que mi mujer. Dicen que era bueno estudiando, pero muy suyo. Hablaba solo y esas cosas. Toda la mañana liado de un sitio para otro. El justificante. No decir academia; estudio en el mismo colegio. Todo el mundo en la misma mierda y sin más salida que tragársela. La enciclopedia, a plazos y temática. Descuento. Las alfabéticas se limitan a cumplir el expediente y dicen poco más que los diccionarios comunes. Una buena enciclopedia por temas. Un tomo, como mínimo, de botánica y otro de zoología. A plazos. Aumentar las dotes de observación estudiando las nervaduras de las hojas. Haz y envés. Aún me acuerdo. La tenia o solitaria. Lamelibranquio.

Jesús Villar busca por los bolsillos el justificante. En la cartera de plástico. Lo lee. Uno de los dos coches arranca; al llegar a la primera bocacalle, entorpeciendo la circulación con una maniobra prohibida, cambia de sentido y avanza despacio hacia la cabina. Tragarse la mierda, la de los demás y la de uno; entonces, todos limpios, recién bañados, hablar sentados al sol de cualquier cosa. Trabajar, eso sí, porque es preciso, pero luego del trabajo, no sé, observar o algo así. Ese coche negro estaba en la acera de enfrente. Querrán llamar por teléfono y han dado la vuelta para no mojarse. Llueve mucho, pero llame usted, llame usted. Ahora se para. Bajan

dos hombres con impermeables y se lanzan a la cabina. Sonreír. Le sacan a golpes. Qué hacen. Mi abrigo. Pueden llamar si quieren. Era por no mojarme. Más golpes. Cállate. Al interior del coche. Mi abrigo, por favor; en el suelo de la cabina. Que te calles. Dos tortas. Un tipo a cada lado y delante, junto al conductor, otro de rígidas facciones que se vuelve hacia él sonriendo con un lado de la cara. ¿No tenías que hacer unas compras en Ciudad Lineal? Se trata del mutante. Muy gracioso, muchacho, te gusta joder a la policía. No, le juro que no. Lágrimas. Un golpe y cállate. De gilipollas como tú estamos hasta el moño. La cagaste, siempre acabáis cagándola.

Jesús Villar no despega los labios, pero sigue pidiendo perdón interiormente. Traigan mi abrigo por lo menos. Ya no le miran ni le insultan; están pendientes de las maniobras del otro coche que también ha dado la vuelta colocándose unos metros más atrás. Silencio. Ahora una sirena y otro coche con rótulo de policía que se detiene frente al portal por el que se metió el Vitaminas. La gente se asoma. Salen del bar el inspector Núñez y el Ratón junto con el policía que iba en uno de los coches. Cruzan la calle bajo una lluvia racheada. Limpiaparabrisas. Vosotros no os mováis de aquí, a través de la ventanilla y corriendo al portal. Jesús Villar padre nuestro que estás en los cielos que no pierda el trabajo, que se apiaden de mí. Yo sólo era una broma. Rosario embarazada. Tu padre estuvo en la cárcel. No rayaré los coches ni mataré al perro del vecino si me sueltan. Me soltarán, claro, en cuanto les explique: Es que yo soy un poco raro; me gusta hacer cosas así, pero al final pensaba decirles el paradero del delincuente. Nada que ver con él; lo encontré de casualidad. Voy a tener un hijo y mi mujer está un poco delicada de los nervios, por favor. No me masturbaré tampoco. Dios mío. Prometo que iré al trabajo y nunca haré otra cosa. Por favor, dice al de su costado derecho, por favor, escúcheme un momento. Dale una hostia a éste a ver si deja de darme la paliza. Todo por el abrigo. Te lo voy a coger a ver si dejas de gimotear como un marica.

Jesús Villar reza e imagina maneras de mortificarse en el futuro como penitencia a un perdón que espera obtener cuando todo se aclare.

Hasta el cuarto de calderas llegan también algunos residuos de la agitación nacida en la calle y empujada después hacia el portal en oleadas sucesivas y carentes de ritmo. Pero llegan desprovistos de identidad, como las sobras de una combustión. Así, desde la oscuridad húmeda y desolada no es posible distinguir los pasos de las voces, ni los movimientos de atención de los de miedo. Lo que en principio parece un murmullo se convierte, sin necesidad de pasar por un ruido intermedio, en el eco de una puerta al cerrarse reflejado

en el sótano por el esqueleto metálico del edificio. Una crepitación producida en el interior de la caldera se convierte en un susurro, y de nuevo en un crepitación, antes incluso de que los sentidos se hayan hecho cargo de la primera señal. Los mismos dedos parecen huéspedes y dedos otra vez, herramientas capaces de acariciar el suelo y de transportar con cierta solidez desde allí hasta la boca, donde de nuevo se tornan huéspedes, migas de pan, arena, y otras reliquias de sabor confuso y de naturaleza indescifrable. Después, los pasos parecen pasos, y voces los susurros que precavidamente se descuelgan escalera abajo. La lluvia sigue siendo lluvia; y la humedad que el Vitaminas siente sobre sí, su prolongación.

Una vez establecida la identidad de los ruidos, y su cercanía por tanto, el Vitaminas cae de nuevo en un estado de abandono total. Ya no tose, o lo hace hacia dentro, en un afán por economizar movimientos, por economizar sensaciones. Tiene las piernas y los brazos pegados al tronco, la barbilla en el pecho, y la lengua guardada dentro de la boca, protegida por dos barreras desiguales: una interior, compuesta por una doble hilera de elementos pétreos dispuestos en forma de empalizada; y otra exterior, más blanda y carnosa, aunque recorrida por músculos que la dotan de una notable rigidez. Los ojos permanecen abiertos o cerrados, según sea la intensidad de los temblores que estremecen su cuerpo. Si la embestida es grande, los párpados se buscan y el superior se monta muy ligeramente sobre el de abajo como dos valvas que no ajustaran bien y hubieran de suplir en crispación lo que en exactitud les falta. De cualquier modo, cada uno de los dos globos gira seguro dentro de su órbita, y, si se cierran, no ven, pero cuando permanecen abiertos tampoco, porque el Vitaminas se descuelga ahora por el estrecho patio interior de su fiebre hacia un infierno en el que la memoria es llama y cuerpo atormentado al mismo tiempo. Los sucesos, que a su pesar evoca, se repiten una y otra vez, flamean avivados por un viento abismal que nunca sopla en la misma dirección. La trastienda de la farmacia, el Lefa curándole las uñas destrozadas, un jadeo que precede a la aparición de la academia. Y también instantáneas del rostro de su hija, de su llanto feliz. Después, cenizas, oscuridad, un descanso interrumpido de nuevo por el viento, y él que asciende por las escaleras del metro de Pueblo Nuevo en busca de un refugio, si no seguro, acogedor al menos, como la mano que acaricia la frente del que se va a morir y lo sabe: una tregua. Alguien se acerca a él, le solicita, y el vitaminas saca la navaja. No tiene práctica, ni la necesita; un movimiento del brazo hacia delante, seguido de otro de retirada. Rosario ya no trabaja aquí. Atravesar un descampado para llegar al cine. Una de arriba. El descampado cuando la tarde duda, los



gestos del principal actor. A lo lejos alguien se ata el cordón de un zapato con el pie apoyado en una irregularidad de la pared. Ya han abierto la puerta del cuarto de calderas. Los oídos oyen lo que no escuchan, los ojos miran algo que no ven. Los orificios nasales taponados con dos bolas de algodón bien comprimidas. Han comenzado ya las amenazas. Desde la puerta del cuarto de calderas profieren amenazas y promesas sabiamente alternadas. Pero ahora está tranquilo; el viento parece soplar en una sola dirección y el vitaminas asiste a las escasas ocasiones en las que reconoció su propia voz en él, en las que el gesto de sus labios era su propio gesto, en las que sus olvidos no estaban destinados a alimentar la memoria de otro. Cesan las amenazas de los de la puerta y comienzan los ruegos de Julia. Han encendido la luz del techo. El Vitamins escucha a su mujer y atrapa, con un movimiento rapidísimo de la lengua, un insecto que se había posado en la entrada de la cueva. Después está feliz; es pequeño y pisa la sombra de altos chopos, oye el murmullo de una acequia. Julia, desde la puerta, insiste y ruega, pero el Vitamins responde sin despejar los labios; cállate, cállate, ¿no ves que estoy sufriendo la visión del ahogado?

\* \* \*

Junto a la puerta del bar explotado por el Cojo se agolpaban multitud de paraguas negros bajo los que se protegía un número mayor de espectadores. Casi todos presumían de tener la información más exacta sobre el suceso que acababa de desarrollarse en la acera de enfrente. Pero sólo uno de ellos se atrevía a facilitar detalles en cuya concreción, si no había verdad, había al menos verosimilitud; no proporción entre el suceso y la causa, sino armonía entre los hechos que narra y el nivel de existencia de la realidad que los había cultivado. Su hocico de ratón daba nombres y fechas, reproducía frases escuchadas a la policía y ataba cabos ignorante de que tras él, bajo un paraguas ajeno, se encontraba uno de los personajes de la historia. Jorge escuchaba lo que para los demás era un suceso externo, un alto en el camino, y mientras escuchaba decidía —con la firmeza del que no se da ningún crédito— que volvería a su barrio y que de sus alrededores no saldría sino para ir a trabajar, nunca para buscar amor, ni saldar deudas. Entretanto, el Ratón explicaba a su público que el delincuente, según confesión propia, había ingerido un tubo de pastillas y que estaba en que se iba a morir, en que se ahogaba. Pero un médico ha dicho que se va a joder, que un lavado de estómago y listo.



# FERNANDO SAVATER

(San Sebastián, 1947)

*Caronte aguarda*, Madrid, Cátedra, 1981.

*Profesor universitario, filósofo y polemista, es uno de los creadores más originales y renovadores de la literatura y del ensayo en el panorama cultural español. Es catedrático de Filosofía en la Universidad Complutense de Madrid, ciudad en la que reside actualmente.*

*Entre su obra ensayística destacan: Ensayo sobre Cioran (1974), La infancia recuperada (1976), Panfleto contra el todo (1978), La tarea del héroe (1981, Premio Nacional de Ensayo), Invitación a la ética (1982), El contenido de la felicidad (1986), Humanismo impenitente (1990), La escuela de Platón (1991) y Diccionario de filosofía (1995).*

*Es también autor de obras dramáticas, como Juliano en Eleusis (1981) y Vente a Sinapia (1983).*

*En el campo de la narrativa ha escrito obras como Caronte aguarda (1981), Diario de Job (1983) y El dialecto de la vida (1985).*

*Hemos seleccionado para esta antología diversos fragmentos de Caronte aguarda, que gozó de una gran popularidad y fue traducida a diversas lenguas. La novela se sustenta sobre una estructura policial y se desarrolla en la España de la transición política. El escenario madrileño –aunque no aparezcan nombres de calles, avenidas o plazas– tiene una gran importancia. El que lleva a cabo la investigación del asesinato es un apacible y escéptico profesor*



*no numerario de la Complutense, que reside en el timorato Madrid post-franquista. De aquí se traslada a París, donde asiste a un desafío telepático en el hipódromo de Longchamp, que concluye en una pesadilla sangrienta. Más tarde prosigue su aventura en Avignon, arriesgando su vida entre las ruinas malditas del Marqués de Sade, para finalmente volver a Madrid y enfrentarse con su verdadero enemigo.*



# CARONTE AGUARDA

## CAPÍTULO VII

### EL APÁTRIDA

Cuando abrió la puerta de su compartimento y salió al estremecido pasillo del “*Puerta del Sol*”, la mayoría de los restantes usuarios de las literas ya estaban desperezándose allí, en la dolorosamente reconquistada vertical. Eran poco más de las nueve de la mañana y el paisaje crecientemente urbanizado, en el que predominaban los verdes grasos y dorados del otoño maduro, pero no agresivo, anunciaba la cercanía de París. Amador buscó con la mirada a una rubita fogosa en la que se había fijado al salir de *Chamartín*. No representaba ni veinte años, defendida por su pálida cabellera larga y lacia; vestía algo así como un salto de cama de astronauta en pseudo-metal plateado, todo lo ajustado que aconsejan las estrecheces de una cápsula espacial, y se sostenía sobre unas botas ominosamente escarlatas de asilada perpetua en fragores de discoteca. Se despidió de su amigo –un vigoroso mulato, o afgano o cosa semejante– justo en la parcela de andén que dominaba la ventanilla por la que Amador exhalaba pensativamente el aroma de su Romeo y Julieta; y fue una auténtica ración doble como despedida, de bocas incansablemente activas, rodillas abriéndose estimulante paso entre muslos apretados y vaivén entusiasta de caderas. La meditación vívidamente coloreada sobre tan cariñosa separación ocupó buena parte de la vela nocturna de Amador y le distrajo de pensamientos más inquietantes. Ya era razón suficiente para estarle agradecido a la chica, que no carecía además de otros motivos de interés. Ama-

dor la vio salir lentamente de su compartimento, sin que la noche le hubiera infligido otra degradación que ciertas arrugas en la rutilante chapa de su equipo de vuelo. Pero el tren ya llegaba a su final de trayecto y les acogía el toldo metálico de la estación de Austerlitz. El pasillo quedó bloqueado por las maletas penosamente arrastradas y los grandes paquetes abrazados con fatiga fervorosa. Amador sólo llevaba una amplia bolsa de viaje en la que había incluido lo más palpablemente imprescindible, con dos añadidos menos convencionales: el primer tomo de una excelente versión bilingüe y anotada de la *Divina Comedia* y un cuchillo de submarinista. Esta última incorporación se debía a un gesto repentino e incalculable: se trataba de un arma imponente, de hoja ancha y dentada, encajada en su funda hermética de caucho verde, y la razón más verosímil de que formase parte del equipaje es que era el único elemento agresivo/defensivo que Amador poseía, residuo venerado de un vago interés por la pesca que nunca encontró su ocasión adecuada. Prefería no indagar demasiado profundamente en su fuero interno qué sombra fiera o qué temor todavía sin bulto había decidido en último término ese exceso de equipaje.

Una vez en el andén, Amador buscó de nuevo a su grata compañera de viaje entre el ajetreo de los recién llegados, para dispararle una postrera salutación ocular. Allí estaba, recién bajadita del vagón: un joven de aspecto formal, que vestía uniforme de las Fuerzas Aéreas francesas, acudió ansioso a recibirla y Amador tuvo ocasión de disfrutar de un *remake* de la sabrosa despedida de Madrid pero en no menos entusiasta versión gala. No cabe duda de que la niña sabía hacerse querer allá donde fuese...

Amador tomó el metro hasta la plaza Maubert y desde allí callejeó un poco por el barrio Latino antes de dar con la casa que buscaba. Era un edificio más viejo que antiguo porque, pese a no datar de mucho más allá de 1890, parecía casi ruinoso junto a los orgullosos recuerdos del siglo XVII y del XVIII que se codeaban con él en su misma manzana. Tras haber hecho sonar el timbre que abría el portal, Amador se encontró en un vestíbulo estrecho y húmedo, cuya oscuridad le dejó paralizado durante un rato hasta que sus ojos se fueron acomodando al cambio de luz. Buscó en los buzones de correo —había varios abiertos y, claro está, vacíos, otros carecían de nombre o lo tenían semiborrado, ilegible— hasta leer en uno de ellos “Popescu, 3<sup>a</sup> A”, escrito con apresurada letra de imprenta en bolígrafo azul. El ascensor era una innovación desconocida o superflua para los proyectistas de aquel inmueble y los tramos de escaleras entre piso y piso eran empinados, retorcidos y oscuros, lo



que convirtió el ascenso de Amador en una escalada más trabajosa de lo que hubiera previsto. Se felicitó a sí mismo por no llevar más que una no demasiado gravosa bolsa de viaje por todo equipaje. Mientras subía con ritmo cauto los desiguales escalones, se iba preguntando qué haría si el señor Aquiles Popescu no estuviese en casa, lo cual era perfectamente posible. En el sobre que le había dado Santisteban se especificaba que el personaje carecía de teléfono, luego lo más probable es que Amador tuviese que volver a bajar lo subido y debiera instalarse con su fardo en el portal para esperar a... ¡alguien cuyo rostro y aspecto físico desconocía completamente! Aunque en esos casos se acierta siempre, pensó Amador para animarse; además, era un problema realmente nimio comparado con los que tendría que afrontar enseguida.

Llamó a la puerta del tercer piso, en la que había pegado con celo un papel escrito por la misma mano, con el mismo bolígrafo y la misma leyenda que el del buzón. Desde dentro, una voz gritó en francés “¡espere, por favor!” con tono animado; tras pocos minutos, sonó una breve carcajada, seguida de cloqueos y murmullos de regocijo, mientras unos pasos se acercaban a la puerta. La persona que le abrió seguía todavía riendo, de modo que Amador también sonrió sin darse cuenta cuando preguntó:

—¿El señor Aquiles Popescu?

Pero, tras una breve ojeada, el hombre ya se volvía con pasos vivos hacia las habitaciones interiores de la casa.

—Pase, pase usted, por favor. ¡Tiene gracia, ese viejo idiota! *And now to kill!*... ¡y se queda tan fresco! ¿Que me va a matar a mí? ¿Con que ya no tengo salida, eh? *And now to kill!*... ¡Ja! Y se queda tan orondo... Pero ya veremos quién mata a quién...

—¿Alguien le amenaza de muerte? —preguntó Amador, sin dejar de sonreír. El otro se detuvo en el estrecho pasillo y se dio la vuelta para dirigirse a Amador, golpeándose el pecho con el índice. Tendría algo más de sesenta años, revuelto pelo grisáceo y gafas redondas de cerco dorado; era un poco cargado de hombros, lo que le hacía parecer más bajo de lo que su estatura real autorizaba. Su rostro resplandecía con malicioso alborozo.

—¡Sí, señor, eso parece! Boris cree que me tiene en sus manos y prepara el golpe fatal... *And now to kill!* —exclamó, con voz lúgubre y hueca—. Nunca escarmienta, ese Boris. Pero no se asuste usted, joven, que la sangre no llegará al río. A propósito, usted no es francés, ¿verdad? Español, claro. Pase usted, pase.

Desembocaron a los pocos pasos en un gabinete de proporciones menos reducidas y mejor aspecto en general de lo que el por-

tal y la escalera de la casa permitían esperar. Había libros por todas partes y viejas fotografías bélicas; en una de ellas, entrevista al pasar, Amador distinguió a Hitler imponiendo la cruz de hierro a un joven vestido con un uniforme oscuro que no parecía del ejército alemán. En el centro de la habitación había una mesa grande de comedor, sobre la que se veía un tablero de ajedrez con unas pocas piezas dispuestas como para un final de partida y junto a él un aparato algo mayor que una calculadora de bolsillo, pero del mismo aspecto. En la ventanilla negra de la máquina, se encendían y apagaban letras rojas que amenazaban con su *And now to kill!*, junto a la cifra de un movimiento de ajedrez. Popescu exultó:

—¡Ahí tiene usted a Boris el Temerario!

Hizo un gesto con la mano como pidiendo un momento de atención, dirigió una rápida ojeada al tablero y luego pulsó veloz pero cuidadosamente varias teclas de la computadora. La pantallita oscura borró su amenazador ultimátum y comenzó a parpadear, perpleja. Popescu le dedicó una burlona reverencia y luego guiñó un ojo a Amador:

—Bueno, creo que con eso le hemos dado entretenimiento para un rato. Cometí a propósito dos o tres pequeños errores para levantarle la moral, pero ese arrebató triunfalista me ha convencido de que hay que bajarle los humos. Ahora no le quedan más de tres o cuatro movimientos y seguro que se tomará su tiempo para decidir cada uno de ellos. Podemos charlar tranquilamente. Usted me dirá qué es lo que quiere de Aquiles Popescu.

Ahora hablaba en un castellano perfecto, aunque de “r” algo gangosa; no vacilaba en la elección de las palabras ni en la construcción de la frase. Amador le tendió la carta de Miguel Santisteban y el otro la examinó sin abrirla, como si se tratara de un raro documento de hace siglos que pudiera desintegrarse caso de ser manipulado sin las debidas precauciones. Por fin se decidió a rasgar el sobre y, durante un rato que a su visitante le resultó demasiado largo, dedicó toda su atención al contenido de la misiva cuyo texto por lo que se veía al trasluz, no eran más que siete u ocho líneas. Por fin suspiró, dejó el papel sobre la mesa y preguntó:

—Aquí no me dice qué es lo que usted desea. Explíquemelo con toda confianza, porque desde ahora estoy a su servicio dentro de mis modestas posibilidades. Le debo varios favores importantes a Miguel.

Amador había estudiado casi obsesivamente las posibles formas de abordar la cuestión y tenía varios registros preparados según el

recibimiento que se le hiciera, pero en aquel momento todos se le embarullaron en la cabeza. Su planteamiento fue de lo más abrupto:

–Vengo en busca de dos hombres, Francisco Valdespín y Manuel Linares. Deben haber llegado de España hace poco y, según creo, se esconden de la policía, aunque no estoy seguro de que se haya solicitado su extradición. Se ha dicho que mataron a una mujer en Madrid, por razones políticas. Sobre esto es acerca de lo que quisiera hablar con ellos.

–Y, si me lo permite, ¿qué interés tiene usted en el asunto, señor Blanco?

–Soy el hermano de la mujer asesinada. Realizo investigaciones por mi cuenta y no creo que ellos tengan nada que ver con el asunto, pero quisiera quedarme totalmente convencido de su inocencia para poder seguir mis pesquisas en otra dirección.

Aquiles Popescu formuló un “¡ah!” casi inaudible y se inclinó respetuosamente. En aquel momento, Boris lanzó un pitido y dictaminó una respuesta al contraataque de su oponente. Popescu frunció un momento el ceño, pero luego sonrió y volvió a teclear rápidamente su jugada: la computadora retornó a su reflexivo parpadeo.

–¿Quiere usted beber algo? Acepte usted, por favor, mi batalla con Boris me ha dejado seco... Tengo un Sancerre bastante pasable, ya lo verá.

Abandonó la habitación y se le oyó rebuscar en lo que debía ser la cocina. Volvió con una botella de vino blanco y dos vasos, pero salió otra vez inmediatamente para buscar un salchichón de excelente aspecto y algo de pan de molde.

–Es de Lyon, muy bueno, ya lo verá usted. Estoy seguro de que no ha desayunado usted todavía. En esos trenes se muere uno de hambre... ¿O ha venido usted en avión? No, en tren, en tren, claro está...

Llenó las copas y cortó con precisión unas cuantas rodajas de embutido. Entonces Amador descubrió que buena parte del vacío que sentía en el estómago no era angustia sino hambre; el vino fresco entraba con suavidad y todo empezó a parecer más fácil.

–¿Fuma usted? –dijo Popescu, tendiéndole un paquete de Gauloises con filtro. Y como Amador le respondió que sólo fumaba cigarrillos puros, mientras comenzaba a rebuscar en sus bolsillos para encontrarlos, su anfitrión se levantó vivamente, haciéndole gestos negativos con la mano-. ¡Deje usted, que aquí tengo algo mejor! Ya lo verá... Me los trae directamente un amigo de Ginebra y me salen un poco más baratos de lo normal.

Le tendió una caja de “Chateau Margaux” de Davidoff, frente a la que Amador no disimuló una mueca golosa. Popescu rió encantado, como un prestidigitador que acabase de realizar un truco estupendo.

—¿Qué le parecen? Veo que es usted un entendido... Muy bien. Tengo un amigo que no prueba los Davidoff porque está convencido de que ese personaje es un invento de Fidel Castro para vender más cara su mercancía... Pero a mí me encantan. Son “Hoyo de Monterrey” de la mejor calidad, aunque reconozco que un poco disparatados de precio.

—Creo que el *rapport qualité-prix*, como dicen los franceses, no está del todo desequilibrado —dictaminó Amador, mientras aspiraba una vivificante bocanada suave como el aroma de la miel.

—¡Exactamente, es lo que yo le digo! Entiendo el ascetismo, pero no los lujos de segunda calidad... Por cierto, señor Blanco, nuestro común amigo Miguel no me dice en su carta a qué se dedica usted.

—Soy profesor de lógica en la Universidad de Madrid.

—¡Lógica! ¡Pero eso es magnífico! Será usted sin duda un excelente jugador de ajedrez...

Amador le informó humildemente de que el mate del pastor era la triquiñuela ajedrecística de más envergadura que había logrado dominar, pese a haberse interesado en varias ocasiones por el juego-ciencia.

—Sí, es curioso, pero he encontrado otros casos similares. Matemáticos, programadores de computadora, gente que uno hubiera considerado excelentemente dotada por su capacidad de abstracción y combinatoria, pero que fracasaban miserablemente ante el tablero. Y es que en ajedrez hay algo más que lógica: intuición, genio... Ahí tiene usted al pobre Boris; es sumamente coherente, pero incapaz de improvisar. Toda jugada que se desvía mínimamente de lo obvio le desconcierta, limitación que acaba por serle fatal. El problema de la lógica es que su abuso deja desarmado ante el absurdo, que es el ingrediente más abundante en el mundo. ¿no cree usted?

—La verdad es que no sé si el absurdo es un ingrediente del mundo o sólo una especia con la que se ha sazonado el plato, que es fundamentalmente lógico o, si prefiere usted, matemático.

—¡Bravo! Ese es un punto de vista interesante: el absurdo como sal de la tierra. Bien visto, sí señor. Pero yo voy más lejos: creo que sólo quien lleva caos dentro de sí, podrá dar a luz una estrella danzarina...

—Eso dijo Zaratustra y su opinión no es despreciable.

—No lo es, no señor —corroboró riendo Popescu. Se frotó las manos con deleite—. En último término, Nietzsche siempre tiene razón... la tuvo incluso en perderla cuando su obra estaba concluida. ¡Ah, qué satisfacción poder hablar de filosofía con alguien! Es un placer que me está vedado con la mayor parte de la gente que conozco...

Se puso serio bruscamente y pareció algo compungido por su arrebató.

—Pero usted, naturalmente, no está aquí para hablar de filosofía. Perdóneme, sólo quería que se relajara un poco. Le notaba a usted demasiado tenso cuando llegó... Usted desea que yo le ponga en contacto con esos dos hombres. Bien, nada más fácil; ayer mismo estuve cenando con ellos.

Alzó otra vez la mano en su característico gesto de calma cuando vio que Amador depositaba sobre la mesa bruscamente el vaso de vino que se había llevado a los labios, para inclinarse ansioso hacia él.

—Pero antes, si no le importa, me gustaría que reflexionásemos juntos sobre un par de cosas. Para empezar: ¿cómo va a presentarse usted a esos señores?

Amador se revolvió en su asiento con desazón: tenía esa parte de su misión tan confusa que hubiera preferido dejarla a la improvisación del momento.

—Les diré sencillamente la verdad, tal como se la he dicho a usted.

—¿La verdad y sólo la verdad? Pues no se lo aconsejo—.

Boris volvió a interrumpirles con su pitido de alarma. En esta ocasión, Popescu se limitó a mirar brevemente la jugada de la máquina, asintió con la cabeza y tecleó fulminantemente su respuesta. Luego, se volvió otra vez hacia Amador.

—No se lo aconsejo, no. En estos casos es preferible dar un cierto rodeo para llegar antes... Ya recordará usted el dictamen de Nietzsche: todo lo que es profundo, ama la máscara. Si esos señores saben que es usted el hermano de esa chica asesinada y que se presenta aquí para interrogarles, sin más... su reacción puede no ser todo lo positiva que usted espera o desea.

—Pero yo no soy un policía ni un soplón. Si son inocentes, imagino que tendrán interés en acabar con la campaña calumniosa iniciada contra ellos. Si son culpables, no deben temer nada de mí. Los ajustes de cuentas políticos no me interesan ni me conciernen; mi hermana habrá sido una damnificada más por la violenta locura de querer enmendar el mundo y, para mí, el caso quedará cerrado.

Popescu le miró con penetrante fijeza, tratando de averiguar si era tan ingenuamente sincero como pretendía.

—Permítame otra impertinencia: ¿cuál es el tipo de criminal que busca usted, por el que se sentiría interesado y... preocupado, como usted dice? ¿Un amante despechado, quizá? ¿Una rival celosa?

—Por ejemplo, algo así —repuso Amador, con cierto envaramiento—. En cualquier caso, lo que me interesa es la verdad, sea cual fuere.

—Claro, claro, pero es curioso... —el viejo adoptó un aire soñador, como si tratase de recordar una melodía que se le escapaba—. Los afanes políticos de su hermana no le atañen a usted, en cambio sus amores sí. Por lo visto cree usted que lo erótico y lo político son cosas muy distintas, algo así como que lo uno sale de dentro y lo otro le viene a uno de fuera, ¿no? Y yo podría decirle que se equivoca usted, que todas las pasiones son ramas del mismo árbol, de ese foco energético central llamado voluntad de poder... El amor y el odio, el deseo de corregir el mundo y el de destruirlo, la codicia y el desprendimiento, el vértigo de la vida y el de la muerte... Lo mismo que impulsó a un hombre a dar muerte a su hermana la arrojaba a ella quizá entre los brazos de ese mismo hombre; y no otra cosa le empuja a usted a intentar descubrir al asesino y le exigirá mañana castigarle...

—No quiero castigar, sino saber.

—¡Saber la verdad! Pero la verdad es un ídolo que exige víctimas, no lo olvide usted. Vuelvo a divagar, discúlpeme. Tengo tan pocas ocasiones de hablar seriamente con alguien... Pero vamos a lo nuestro. Me parece que hay otra hipótesis posible, que usted quizá no se ha planteado. La de que esos dos hombres sean verdaderamente los asesinos, pero por razones no estrictamente políticas.

—No entiendo qué otras razones puede haber...

—Cientos. Miles. Todas las que usted quiera. Salvo la pereza y el miedo al castigo, casi todos los flujos y reflujos del corazón humano pueden llevar hasta el crimen. E incluso el miedo al castigo empujará a matar para cubrir otro asesinato anterior a punto de ser descubierto. Le propongo a usted, como hipótesis, una combinación de miedo y codicia como móviles directos del asesinato de su hermana. Aunque quizá considere usted tales motivos como “políticos” también, y no seré yo quien le lleve la contraria...

Amador se concentró dolorosamente, hasta parecerse más que nunca al *David* de Bernini, a punto de disparar y dispararse.

—Creo que sabe usted algo más de lo que me dice...

–Puede ser... –dijo riendo el otro–. Después de todo, tiene usted que reconocer que nuestra amistad no es tan antigua como para autorizar todavía la plena confianza. Quizá no puedo decirle ahora todo lo que supongo... porque lo que sé, en el sentido fuerte de saber que usted le concede a esa palabra, no es prácticamente nada. Pero voy a decirle lo que yo haría en su lugar...

En ese momento, sonó otra vez la señal de que Boris había realizado su jugada. Con un gruñido de satisfacción. Popescu pulsó su movimiento y, tras un instante de desconcierto parpadeante, Boris admitió con nobleza: *I loose*.

–Se acabó, ya lo ve usted. ¡Este suele ser el fin de los fanfarrones! Esta máquina, amigo mío, tiene tres niveles de juego, cada uno algo más elevado que el anterior. El primero le permite competir con un principiante, el segundo con un jugador discreto y con el tercero es capaz de afrontar a un luchador sólido, como yo mismo. Pero la capacidad de su nivel más alto es perfectamente determinable, no guarda sorpresas. Si se enfrenta al bueno de Boris en su mejor forma contra un computador con programas de juego más avanzados, perderá *siempre*. ¿Comprende usted? Siempre. En cambio, el jugador más mediano de ajedrez guarda en todo momento posibilidades de innovación imprevisibles: su techo es incalculable, a diferencia del de Boris, que en cambio, *de facto*, conoce muchas más combinaciones que él.

–Por favor... –dijo Amador, con impaciencia.

–Moraleja: cada uno debemos jugar siempre a nuestro nivel más alto, pero sin olvidar que somos capaces de algo nuevo cuando todo lo que sabemos o nos atrevemos a intentar fracasa. Y esa novedad puede ser maravillosa y genial, pero también terrible... y no menos genial. Se echó a reír y Amador comenzó a pensar que el vino le estaba afectando un poco. Pero mientras reía, sus ojos seguían fríos.

–Esos hombres viven cerca de aquí, pero no van a permanecer en París mucho tiempo, prosiguió Popescu. Mañana vendrán por esta casa, a mediodía, para tomar una copa de despedida conmigo. Usted puede estar aquí. Le presentaré como un compañero recién llegado de España, un teórico de mérito que se dirige hacia Italia para participar en una importante reunión internacional. Después... después, usted verá. No conozco todavía la graduación de su nivel de juego, pero estoy seguro de que deberá confiar en capacidades suyas que por el momento ni siquiera sospecha. ¿Qué le parece?

Amador guardó silencio durante unos momentos, mientras clavaba tercamente sus ojos en el humillado Boris: *I loose*. ¿Quién había

de perder en la partida para la que ahora se estaban disponiendo misteriosamente los trebejos? Y, antes de nada, ¿qué habría de ganar este súbito aliado que parecía dispuesto a guiarle en la apertura?

–Me está usted aconsejando que engañe a sus amigos...

–Le estoy diciendo lo que yo haría en su lugar... amigo mío.

–Gracias, pero... ¿por qué se pone usted de mi lado?

–¿De su lado? ¿Qué le hace suponer tal cosa? ¿Por qué debería yo tener un bando en esta cuestión? Mire, a las once, si le parece. Charlaremos un poco de cuestiones elevadas, ¿eh? Una conversación filosófica puede ser tan estimulante como una buena partida de ajedrez. Quizá pueda aclararle un poco cuál es “mi lado” y nada me extrañaría si resulta que es muy parecido al suyo. Hablaremos de la fidelidad y también del orgullo... aunque quién sabe hacia dónde derivaremos. Quién sabe. Ojalá los otros no lleguen demasiado pronto y nos obliguen a interrumpir nuestro diálogo para discutir de negocios.

Se levantó para acompañar a Amador hasta la puerta y luego se empeñó en bajar con él al portal. Cuando se enteró de que no tenía aún alojamiento, le recomendó un hotelito modesto y muy cercano en el Quai de la Tournelle, con excelentes vistas a la espalda de Notre-Dame. Cuando se despidieron, Amador comentó...

–Aquiles Popescu... Es usted rumano, ¿verdad?

–Lo fui, hace demasiado tiempo. Ahora soy apátrida, que me parece la condición más adecuada para el hombre moderno. Hay que ser absolutamente modernos, ¿verdad? Lo rumano es para mi recuerdo y asombro, ni siquiera nostalgia. Hace tanto tiempo... ¿Ha oído hablar usted de la Legión Negra? Pero basta, basta. Será mañana cuando charlaremos sobre la fidelidad. Disfrute usted de esta hermosa tarde de otoño en París.



## CAPÍTULO VIII

### DOBLES PAREJAS

El lomo espinoso de Notre-Dame, visto desde atrás, podría haber sido el del último dragón de la prehistoria abandonando para siempre el pantano en que nació. Amador recorrió desganadamente los puestos de *bouquinistes* sin sentirse atraído por nada. Tampoco había disfrutado gran cosa con el *steak-frites* y el “Beaujolais” nuevo todavía no había llegado. Incluso el “Por Larrañaga” le pareció algo hirsuto, estropajoso, con ácido gusto a tinta, quizá por comparación con el demasiado próximo y demasiado delicioso “Chateau-Margaux”. Se sentía alterado, como si el ímpetu que le había hecho venir hasta París y le facilitaba hace unas horas sus inhabituales movimientos se hubiera desvanecido. Era indudable que todo iba muy bien, diabólicamente bien, y que mañana estaría sentado frente a los asesinos de su hermana... ¿o no serían? En su fuero interno, Amador cada vez estaba más convencido de que ellos eran los ejecutores materiales del crimen. Los tenía allí delante, en bandeja. Y ahora, ¿qué? Le hacía la impresión de que su iniciativa había dado paso demasiado prontamente a los manejos de otro, ese “otro” que le había convertido en otro también a él mismo, al inventarle una personalidad ficticia y comenzar a enredarle poco a poco en un doble juego que le hacía sentirse anticipadamente incómodo. Si le hubieran dejado presentarse como quien en realidad era, con el ligero escudo de respetabilidad que le brindaba su dolor de hermano, la neutralidad de su apoliticismo, etcétera... él se hubiera sentido más seguro de sí mismo, aunque esta sinceridad hubiese dificultado su misión en algunos aspectos o incluso le hubiera puesto en peligro. Pero ahora se veía forzado a tomar el camino de la mano izquierda. Su disfraz –si es que podía llamarlo “suyo”, pese a que era el invento y casi la orden de otro– le precipitaba en una tenebrosidad para la que no se sentía preparado, señalándole con los estigmas de una personalidad que le exponía más que protegerle y una afiliación política que le obligaba a camaraderías alarmantes. Por otra parte, la estrategia del apátrida parecía conveniente, aunque arriesgada; en todo caso, Amador no encontraba razones ni convicción moral para rechazarla sin perder una complicidad que, por el momento, parecía ser la mejor baza con que contaba. Pero ¿y si Popescu jugase de forma aún más hífida de lo que parecía? Podía haber prevenido a los dos perseguidos de la ver-



dadera identidad de Amador, de tal modo que éstos le recibirían mañana con la hostilidad y precaución que despierta el impostor, en lugar de aceptarle con la relativa neutralidad y desarmante sorpresa que su verdadera nombradía hubiera propiciado. Popescu sabía quién era en realidad, pero aún más: como su propuesta de doblez no había sido dignamente rechazada, ahora sabía que Amador era capaz de engaño. Y ¿cuántos engaños podían suponerse a quien acaba de revelarse como propenso a engañar?

A la mañana siguiente, sin embargo, todo se le presentó bajo una luz más favorable. Un ligero viento, fresco y tonificante, dispó las sombras siniestras que se agolpan desde hace siglos y siglos en las orillas de ese río demasiado civilizado. Los *bouquinistes* habían cerrado sus pequeños negocios, pues era domingo. Notre-Dame llamaba a sus fieles con rotundo clangor, pero los sibaritas del incienso se reservaban para más tarde, pues en la misa de mediodía tendrían oportunidad de escuchar el órgano magistral de Pierre Cochereau. Los viejos fantasmas honraban con su ausencia el vigor auroral de la jornada. Pese a haber dormido mal, Amador se encontraba lúcido y despejado como el sonido solitario de un gong de bronce. Desayunó con apetito combativo: café con leche, *baguettes* con mantequilla y mermelada, un huevo duro y jugo de naranja. Tras esta colación volvió a su hotel, pues debía resolver la incorporación a su persona del cuchillo de buceo. Por un lado, su volumen lo convertía en un engorro y su accidental descubrimiento reforzaría las peores sospechas que se hubieran formado acerca de sus verdaderas intenciones. Pero para Amador había comenzado a convertirse en una especie de fetiche de su amenazada autonomía, una promesa de energía que le era anímicamente imprescindible: ese potente acero era un secreto que no compartiría con Aquiles Popescu y debía llevarlo siempre encima como su oculta e irreductible determinación. Tras varias pruebas, resultó que la mejor forma de transportar el arma era en la cintura, bajo la camisa, sujeta al muslo por una correa en la parte baja de la funda, semejante a la que llevaban las de los pistoleros del Oeste. De este modo el cuchillo era mucho más inaccesible que bajo la pernera del pantalón o en la espalda, entre el cinturón y la camisa, pero resultaba mejor disimulado. Así fortificado por el más antiguo de los tónicos, la posesión de un arma, Amador deambuló a buen paso por las calles festivas, bañadas por el dulce titilar sensual de las parisinas recién levantadas de la cama, tras una noche en la que muy desafortunada o muy torpe sería la que no hubiese hallado amoroso contento.

Cuando llegó a casa del ex-rumano, le encontró tan acogedor y dicharachero como el día anterior. Vestía pantalones de pana y un grueso jersey de punto, lo que le conquistaba un aire *sorbonnard*, algo así como si se tratase de un veterano profesor de sociología que preparase su “Diez años después del Gran Mayo” o un psicoanalista especializado en rápidos y verbalmente esotéricos análisis didácticos. En seguida se encontraron ambos compartiendo la fresca botella de “Sancerre”, con sus “Davidoff” perfumando acogedoramente el gabinete tapizado de libros. Popescu era un conversador exigente y elegantemente retórico; dejaba caer en tono casual o inspirado, pero siempre como improvisando, opiniones sagaces muy bien formuladas, que evidentemente había pensado o leído mucho antes y que debía haber repetido con delectación docenas de veces. Prefería lo paradójico a lo irrefutable y le gustaba aromatizar con una punta de misterio, que jamás aclaraba, sus observaciones más generales, como si cada una de sus frases tuviera como sombra otra que nunca se formulaba y que hubiera sido imprescindible para entenderla plenamente. Por supuesto, le gustaba más ser oído que contestado, pero agradecía vivamente cualquier interpelación que le diese pie para nuevos ejercicios de erudición o análisis. Era un poco demasiado “místico” para el gusto de Amador, que tenía cierta reserva profesional contra los *diletantes* de la inteligencia especulativa, pero eso no impedía que apreciase las exquisiteces de una charla en bastante insólita situación y compañía.

—Cuando ayer me contaba usted su caso y tanteaba cuál podía ser mi disposición, le noté extrañado por mi actitud general y quizá incluso por el tono algo... abstracto que suelo dar a mis opiniones. Parecía usted decirse: “he aquí un fascista insólito” —sonrió pícaramente, mientras descartaba con un gesto el posible movimiento de protesta que Amador no había hecho ni pensado hacer—, un fascista demasiado educado y reflexivo, demasiado poco... bruto, por decirlo todo. Y, sin embargo, de mi fascismo no puede dudarse. ¿Le he enseñado la foto en la que me está imponiendo la Cruz de Hierro el propio Hitler? Eran otros tiempo, claro; y no añadiré que mejores ni más felices, porque no lo creo así. He reflexionado mucho desde entonces —aunque también entonces era ya muy reflexivo, no crea— y me he reforzado en la opción esencial que hice en los días de la Legión Negra. Es más: creo que los experimentos del pasado no han sido más que tanteos desafortunados y que el fascismo cuajado y maduro es cosa del futuro, del muy próximo futuro. ¿Ha notado usted la creciente fascinación popular por él que registra el cine, el único arte vivo de nuestra época? Fascinación apa-

rentemente negativa, cierto, pero muy significativa para quien no se deje confundir por las apariencias o los tópicos bienpensantes. Proliferan las películas en que los nazis se ven asociados a orgías sexuales, prostíbulos ultra-sofisticados, travestismo y toda forma masturbatoriamente soñada de desenfreno. ¡Nazis con tentadoras medias negras y liguero, en pose de Marlene Dietrich! Algunos de mis amigos creen que esto es una campaña difamatoria organizada por los grandes productores, que son todos judíos, para hundirnos aún más en el descrédito y la abyección. ¡Qué error! En realidad, los nazis ocupan en las películas el lugar que el reprimido espectador se reservaría para sí mismo; la orgía sexual y la orgía política se asocian porque ambas son condenadas por la moral vigente y, a causa de esto, infinitamente deseables. El inconsciente es fascista, de eso no cabe la menor duda. Los nazis aparecen unidos a la exuberancia erótica, la fantasía, la suspensión de la cotidianidad y la rutina, la abolición de la fastidiosa respetabilidad izquierdista... No podía desearse mejor propaganda. El fascista como el gran señor libertino de Sade, esto es, como el auténtico y radical cumplidor del ateísmo ilustrado... ¡Franceses, un esfuerzo más todavía para llegar al fascismo! ¡Ah, pero de esto le hablaría mejor, si gustase de hablar, Borja Largaespada, uno de los dos señores con los que usted tiene cita, que es un apasionado verdaderamente fanático del divino marqués!

—Pero ¿hasta qué punto coincide esa imagen romántica, satánicamente liberadora, con la realidad del fascismo o de la ideología explícita de los fascistas que es, según me parece, ultraconservadora?

—Cuidado, los verdaderos fascistas no son conservadores. O, si prefiere usted, los tópicos conservadores y reaccionarios son la ganga desdeñable del fascismo. Ya le digo que soy un fascista insólito: el patriotismo nacionalista, los mitos del honor o de la sangre, la exaltación de la familia, del militarismo, la defensa de la religión... ¿voy a suscribir yo semejantes antiguallas? No, señor. Ya le dije que quiero ser absolutamente moderno; no sólo moderno, sino futurista, si me permite usted este retorno a los orígenes. Quizá tengamos que hacer ciertas concesiones a potenciales aliados retrógrados, pero nuestra verdad no es esa. Me atrevo a hablarle tan francamente porque sé que es un hombre sin prejuicios; si estuvieran presentes algunos de nuestros camaradas... bueno, sería bastante más cauto.

—Y entonces, su verdad...

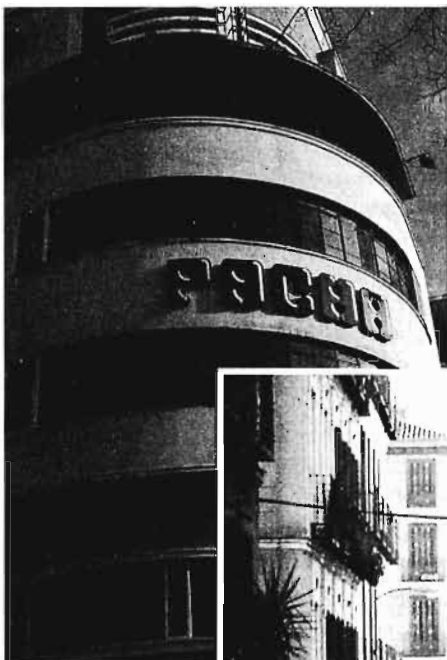
—¿Me pide usted un concentrado de lo esencial del fascismo en pocas palabras? —la pregunta era retórica, porque, se lo pidieran

o no, se le veía decidido a acuñar tal breviario— pues aquí lo tiene usted: el fascismo pretende la conquista absoluta y permanente del poder político; el fascista se elige a sí mismo para el poder y rechaza cualquier otro tipo de sufragio, digamos “democrático”; el poder es violencia, se conquista con violencia y se conserva con violencia; la jerarquía y la disciplina son los fundamentos de cualquier tipo de sociedad fuerte y difundir el respeto a esas dos virtudes debe ser la principal misión de la educación popular. Ahí tiene usted; se trata de esto, ni más ni menos. Un nuevo concepto de soberanía, que responda a la quiebra de las monarquías tradicionales y al caos decadente de las democracias populistas, cuya supuesta libertad suspira constantemente por verdaderos señores... Es un programa lúcido y revolucionario, aunque esencialmente minoritario, antipopular; pero sería un error creer que lo antipopular es conservador, cuando precisamente el más pacato sentido común es llamado desde hace un siglo “socialismo” y el humanitarismo democrático busca mucho más la estabilidad que la transformación social. Subversivos sólo lo somos nosotros y los bolcheviques, aunque últimamente también éstos parecen haberse sosegado casi del todo...

—Pero, permítame usted una duda que es una objeción... o quizá viceversa. Le hablo como hombre que no siente la más mínima pasión política, que incluso deplora la complejidad social que nos impone vivir bajo un Estado, dominados por especialistas en autoridad... ¿No sería preferible debilitar lo más posible las atribuciones de los gobernantes, convertir sus cargos en algo tan controlado y limitado que cada vez hubiera menos gente con deseos de ocuparlos? Por decirlo de otro modo: ¿por qué una persona sensata, como usted o como yo, capaz de gozar las gratificaciones de la cultura, debe perseguir algo tan ciego y casi obsceno como el poder político?

Aquiles Popescu consultó su reloj y después se enjuagó la boca con un buche de vino.

—Si, señor, esa es la pregunta fundamental. No sé si voy a tener tiempo para contestarle a usted, porque nuestros amigos van a llegar de un momento a otro. Pero lo intentaré... Nada de razones altruistas, ¿eh?, nada de que uno busca el poder para mejor servir a la comunidad, liberar a los explotados o engrandecer la patria. ¡Lucidez y sinceridad, aprovechando que todavía estamos solos! Según creo, y estoy casi seguro de no equivocarme, perdóneme la inmodestia, un hombre, cualquier hombre, capaz de reflexión, de creación, de gozar con la vida... un verdadero hombre, como usted o como yo, no un autómatas o un esclavo mortecino, ya me entiende usted, puede tener una o va-



Discoteca Pachá (antiguo cine Barceló,  
1930, edificio de Luis Gutiérrez Soto)



Plaza del 2 de mayo



rias de estas tres razones –siempre tres, ¿se da cuenta?, la cifra mágica del pensamiento occidental, Hegel ¡ay!– una o varias de estas tres razones para desear el poder político. Vamos a ver. La primera razón, perfectamente sana, aunque limitada, es la codicia: uno desea el poder por los beneficios que reporta, comodidades, lujos... Teniendo el poder se sitúa uno en la mejor posición a la hora del reparto de los bienes de este mundo y esto no es desdeñable... El segundo motivo es el puro y viril afán de mando. Hay naturalezas imperiosas que desean modelar el mundo a imagen y semejanza de su voluntad; la política como obra de arte total, recuerde usted a Nietzsche. La tercera razón me parece la más sutil, la propia de los corazones más complejos. Usted, que no se siente atraído probablemente por ninguna de las dos primeras razones, debe sentirse conmovido por ésta, pues todo individuo que se quiere tal, y no partícula o emanación, ama su independencia. El tercer motivo para ambicionar el poder es, sencillamente, el deseo de no ser mandado: sólo llegando a ser dueño puede uno emanciparse verdaderamente de los amos. No hay libertad más que en la cúspide y por eso los que queremos ser libres luchamos por subir...

Amador se sintió como vacío ante aquella exaltación que no compartía. Quería comunicar el mensaje opuesto de su pereza y de su cordura, pero le faltaba la retórica adecuada.

–Ni siquiera esa última razón me atrae decisivamente, aunque es la que mejor entiendo. Verse obligado a manejar me parece una de las formas de ser manejado... Temo ser obediente por naturaleza: no me siento esclavizado doblegándome ante las leyes de la física o de la lógica, ni tampoco bajo códigos civiles que me son tan ajenos como ellas y a los que considero más o menos igual de inevitables. Obedecer en lo general deja más tiempo libre para lo que de veras nos atañe...

–¡No, no, no puede usted pensar realmente eso! Lo general impregna todas las facetas de su vida, determina incluso su más recóndita intimidad. Para que nuestra fuerza pueda alcanzar su máximo, hay que convertir nuestra subjetividad en objetividad vigente para los demás, es decir, legislar, dominar...

–Sin embargo, reconocerá usted que hay otros tipos de fuerza. Rimbaud, por ejemplo, llamó “fuertes” a las rosas...

El apátrida lanzó una carcajada conciliadora y se palmeó el muslo con deleite.

–¡Cierto! A ver... *Tel qu'un dieux aux énormes yeux bleus et aux formes de neige, la mer et le ciel attirent aux terrasses de marbre la foule des jeunes et fortes roses...* ¡Pero estas rosas jóvenes y fuertes no tienen nada que ver con los lirios del campo

que proponía como ejemplo aquel judío, se lo aseguro! Me trae usted aquí un aliado, no se engañe. ¿Ha pensado en las similitudes verdaderamente notables entre Rimbaud y Nietzsche? Ambos mezcla de místicos y positivistas, fascinados y espantados por la Ciudad moderna, adoradores del genio y de la fuerza que no se pliega ante el rebaño... Profundamente anticristianos ambos: *Christ a souillé mes haleines, Il me bonda jusqu'a la gorge de dégoûts!* y esto se escribía quince años antes del "Anticristo", ¿qué le parece? Pero hasta sus biografías son paralelas: los dos conocieron a un gran hombre que encarnó para ellos el genio creador y que luego les defraudó, los dos soportaron el peso de una madre tradicional, amada y repelida, y de una hermana demasiado emprendedora que manipuló sus obras aparecidas póstumamente... ambos vivieron sus últimos años en el silencio, perdido el uno en el desierto y el otro en la locura...

Siguieron conversando con erudición caprichosa durante un rato. Amador se sentía como adormecido por la inocente y cómplice pedantería de la charla.

De pronto, llamaron a la puerta. Popescu se levantó con una sonrisa, las cejas arqueadas le daban un aire de inquieta simpatía y susurró a Amador una palabra de ánimo. ¡Suerte! En efecto, llegaba por fin el momento de la suerte. Amador había estado durante toda una hora milagrosamente despreocupado de su problema, quizá no tanto por el interés de la charla en sí misma como por el magnetismo del apátrida, cuyo aplomo y contundencia expresiva era capaz de ganarle la postrera atención de un condenado a muerte... Sí, esa era la imagen adecuada, por inquietante o melodramática que sonase: Popescu le había anestesiado con sus teorías del mismo modo que el confesor emboba al reo con sus edificantes doctrinas para que no advierta la proximidad de la hora fatal. Y ahora el verdugo llamaba a la puerta... Era como despertar de un engañoso sueño de cordialidad y controversia amistosa; ahora se encontraba encerrado con tres hombres capaces de todo, en cuyas ideologías la violencia mortal no ocupaba un lugar de reprobación o espanto, sino todo lo contrario; hombres capaces de matar y que ya habían matado, entre los cuales él iba a desempeñar un falso papel que, caso de descubrirse, le señalaría como espía o delator... ¡y uno de ellos sabía ya cuál era su auténtica personalidad y conocía sus designios! Todo el abrumador absurdo de sus planes se le reveló súbitamente, su falta de habilidad y preparación para lides guerrilleras de ese orden, el candor con que se había puesto en manos de quien tan fácilmente podía perderle... Y lo peor es que ni siquiera sabía





exactamente qué es lo que se proponía hacer. Ahora se daba cuenta de que las preguntas que él podía plantear, la “verdad” que pretendía descubrir, pertenecían al orden plácido de los acontecimientos a que estaba acostumbrado pero no al mundo atroz que afrontaba en aquel momento. No carecía tanto de respuestas como de madurez conveniente en las preguntas, lo mismo que el niño de cuatro años que descubre a sus padres enlazados en el acto amoroso no puede esperar contestación adecuada al asombro que le conmueve más allá de lo que sabe expresar.

Apuró su vaso de un trago y se puso en pie, sintiéndose casi como si fuera a echar a correr. Oyó abrirse la puerta y voces que intercambiaban saludos; luego, varias frases en un tono de voz que se le antojó demasiado bajo y risas. Amador permaneció tenso y expectante frente a la puerta que daba al pasillo por el que múltiples pasos se acercaban rápidamente, tal como el torero debe esperar arrodillado frente a toriles la fiera a la que se dispone a recibir a porta gayola.

Los tres miuras hicieron su entrada inmediatamente. El que abrió plaza era alto, huesudo, con el pelo de un rubio pajizo y la cara desagradablemente pálida; detrás venía otro rechoncho, algo calvo y gesticulante; Aquiles Popescu cerraba la marcha.

—Mirad —dijo el apátrida— éste es el camarada Ángel Jiménez, que está de paso para Milán. Va a una reunión muy interesante que se celebrará allí dentro de una semana. Aquí tienes a los dos amigos de que te hablé, Ángel: Borja Largaespada —el rubio le tendió una mano larga y helada como el remo de una piragua esquimal— y Manolo Linares.

—¿Qué cuentas, hombre? —trompeteó el gordito calvo, mientras se le echaba encima como si quisiera cachearle— ¿Conocías París? ¿Te gusta? ¡Qué mujeres, eh! Aunque como las de España, ni hablar. Para mujeres, Sevilla. Y luego está el vino. No digo que el “Buñolén” ese sea malo, pero compararlo con la manzanilla... ¡quita ya! A mí lo que más me gusta de París son las catedrales... ¡Chiquiyo, qué catedrales tiene París! Etc., etc.

Se sentaron en torno a la mesa y Popescu trajo otra botella de “Sanerre”, más vasos y el justamente alabado salchichón lionés. El andaluz continuó su recetario turístico, aplicado esta vez a Italia con motivo del supuesto viaje de Amador. No había estado en Milán, pero conocía Nápoles, que debía estar cerca; hombre, si pasaba por Nápoles podía ir a una casa de niñas cuya dirección iba a darle y preguntar por una tal Marujita, que era del Puerto de Santa María... le atendería bien. Hizo varias preguntas a Amador sobre la reunión a la que se en-

caminaba, sobre su profesión (se le repuso cautamente que era “abogado”) y finalmente se fue desanimando poco a poco ante lo lacónico de las contestaciones que obtenía. Entre tanto, Largaespada no abría los labios más que para soltar de vez en cuando una risita chirriante, mientras miraba fijamente a Amador. Tenía ojos muy claros, globulares y saltones, como los de... sí, como los de un pulpo. Amador recordó, con caprichosa inoportunidad erudita, las disquisiciones de Bergson sobre la pareja evolución del ojo humano y el de ciertos moluscos. Esta peligrosa extravagancia del *élan vital* que ahora afrontaba no le inspiraba ninguna consideración elogiosa para con la madre Naturaleza. La mirada que fijaba en Amador no era particularmente escrutadora ni suspicaz, más bien vacía de todo lo que fuese una especie de desdén infinito y agresivo por lo que de humano pudiera haber en el desconocido que tenía delante. Juguetecía con un par de libros que había colocado sobre la mesa junto a su copa.

—¿Has encontrado algo bueno, Borja? —se interesó amablemente Popescu.

—Na, lo de siempre, ya sabe usted, señor Aquiles... —intervino Linares antes de que el interpelado pudiera meter baza—. El marqués para arriba y el marqués para abajo... No había más que un puestecillo abierto de esos junto al río y para allá se ha ido. Como si no hubiera cosas mejores para ponerse cachondo que los tostones de ese tío, que ni siquiera tienen fotos, además...

—Qué quieres, a mí en cambio me cargan tus platillos volantes y tus telepatías sin hilos... cosa de gustos —arguyó gélidamente el admirador de Sade. Popescu comenzó a hojear los libros; uno era *Aline et Valcour* y el otro una sobria y bonita edición del *Diálogo de un sacerdote con un moribundo*, título que produjo un sobresalto a Amador al recordarle su angustiosa meditación de poco antes.

—Me parece —dijo con lentitud Amador, mientras palmeaba suavemente el grueso volumen de *Aline et Valcour*— que la historia de Sanville y Leonora es uno de los mayores logros de Sade. Es muy gracioso leerla como introducción a las lucubraciones de ciertos antropólogos modernos...

—No la he leído todavía. *Aline et Valcour* es la última novela de Sade que me queda por conocer... —Largaespada se dirigió a él con un pálido interés, levemente curioso—. Veo que has leído bastante al marqués, amigo...

—Lo he leído, sí, aunque reconozco que me cansa bastante. La lectura de los místicos suele ser monótona, sobre todo cuando no renuncian a razonar sus iluminaciones...

Ojos de Pulpo asintió gravemente, mientras señalaba a Amador con su dedo largo y oscilante como si quisiera recomendarle para un diploma.

—Un místico, eso es. Esa es la verdad de Sade —levantó la voz para acallar la risita obscena de Linares—. Era un gran santo, un santo que pisoteó las supersticiones mujeriles de los curas y demostró que toda verdadera santidad ha de ser cruel...

Calló de golpe, como alarmado por haberse dejado llevar por un entusiasmo demasiado íntimo para ser exhibido sin peligro. La coraza de su apatía hostil se cerró con un chasquido casi audible. Entonces intervino Popescu, que llevaba un rato silencioso, como agazapado en un sonriente acecho:

—Ángel os puede contar cosas de Madrid, del revuelo que ha producido la publicación de vuestros nombres en esa revista y todo lo demás —miró plácidamente a Amador, al que las palmas de las manos comenzaron de pronto a sudarle—. Parece que han hecho mucho ruido en torno a la muerte de esa chica...

—Bueno, en realidad lo de la chica casi ha sido lo de menos —puntualizó Amador, en tono neutro—. El verdadero jaleo se ha centrado en el periodista: que si el derecho al secreto profesional, que si la independencia de la prensa como salvaguardia de la libertad de expresión... Se ha convertido en una especie de mártir ese tipo, seguro que ahora saca un libro contando su vida o algo así.

—No me extrañaría nada. Cara dura no le falta, no, —gruñó Largaespada—. Y, cruzando una rápida mirada con el andaluz, puso de nuevo en funcionamiento la chicharra de su risa.

Un poco alegre ya por el Sancerre, al que se había entregado con tanto fervor como si de manzanilla de Sanlúcar se tratase, Linares soltó el trapo de las carcajadas.

—¡Sí, menudo pájaro está hecho ese tipo! ¡Ya lo creo que va a sacar tajada de todo esto! ¡Puñeteros periodistas, hay que ver lo zorros que son! ¡No te digo...! —le dio el hipo y se cerró la boca con una gruesa rodaja de salchichón.

—Y entonces, la chica... —Amador logró sonreír con un atisbo de complicidad. Fue contestado secamente por Largaespada.

—Era una fulana comunista... una puta. Basura.

—¡Qué jodío el cabrón! —seguía berreando Manolo Linares, en plena verbena— ¡Qué jodío! Y que se calla y no dice cómo sabe lo que sabe, ¿eh? ¡Enseguidita lo va a decir! ¿Verdad, Borja? Corriendo lo cuenta, el muy zorro...

Y se reían los dos, cada uno en su registro, como si glosaran las hazañas de un niño travieso pero simpático. Ante aquella hilaridad

extemporánea, que le asombraba, Amador recordó lo que le contó Nora acerca del estado de ánimo de Laura poco antes de que la mataran; parecía *divertida* por lo que había descubierto... ¿Qué chiste atroz subyacía en todo aquel asunto?

La reunión llegaba a su fin. Al día siguiente, partían los dos para Avignon, donde iban a pasar tres o cuatro días antes de marchar a Marsella y embarcarse hacia... misterio. Esa tarde, Linares pensaba ir al hipódromo de Longchamp, pues resultó ser un gran aficionado a las apuestas hípcas:

–Las cojo todas, chiquiyo... ¿No ves que soy telépata?

Amador pensó que sería más fácil y natural acompañar a éste que a Largaespada, que no soltaba prenda sobre sus próximos pasos.

–Si tienes tanto ojo como dices, me gustaría ir contigo. No me vendría mal ganar unos francos...

–Eso está hecho... Esta noche, putas y champán, ya lo verás...

Se despidieron cordialmente en la puerta. Aquiles Popescu pasó cariñosamente un brazo sobre los hombros de Amador y, al bajarlo, pareció dejar caer algo en el bolsillo de su chaqueta.

–Me ha encantado conocerte, de verdad –dijo el apátrida–. Si alguna vez quieres que volvamos a charlar de cosas serias, ya sabes dónde me tienes.

–Quizás al volver de Milán pase a verle... –repuso vagamente Amador, pues se suponía que al día siguiente cogía el tren para Italia.

Salieron a la calle. Borja Largaespada se fue por su lado y el andaluz cogió del brazo a Amador, que no pudo evitar un pequeño estremecimiento de repulsión.

–Por aquí cerca hay un chiringuito donde podemos tomar un bocado y una botellita del “Buñolén” ese –le dijo, acercándole la boca de aliento espeso a la oreja y rociándole con proyectiles de salivilla vinosa–, tenemos tiempo antes de coger el autobús de Longchamp.

En los lavabos del restaurante, Amador buscó en el bolsillo de su chaqueta y encontró un pedacito de papel que decía:

“41, rue des Papel, 2<sup>a</sup> Avignon. ¡Ánimo y suerte!”

Volvió a la mesa en el momento en que Linares se echaba al coleteo un copazo de “Beaujolais” y afrontaba su *choucroute*.

–Te digo que estos franceses no saben comer...

## CAPÍTULO IX

### CABALLOS Y SANGRE

Durante el almuerzo, Amador recibió una completísima información sobre las opiniones que merecían a Linares los franceses, los alemanes, los judíos, los rusos y los americanos, ninguna de las cuales destacaba por su imparcialidad ni por su penetración; también fue ampliamente informado de las preferencias sexuales del susodicho –indiscutiblemente vulgares– y se le infligieron numerosos ejemplos de las proezas lúbricas de que era capaz. Más tarde, pasó a comentarle sus poderes parapsicológicos, tema que le producía una exaltación aún mayor si cabe que el anterior.

–Soy psíquico, ¿sabes? Hay psíquicos y no psíquicos, pero yo soy de lo más psíquico. Una cosa bárbara, oye. Me pasa desde pequeño. En el colegio, adivinaba las preguntas que iba a poner el maestro antes de que abriera la boca. Si me concentraba, lograba adivinarlas el día antes; ¡los demás chicos me daban dinero para que se las dijera, figúrate! Es muy fácil, cuando uno es psíquico. Y si quiero te adivino lo que estás pensando ¡A ver, piensa algo, que te lo voy a adivinar!

Amador le miró con tal expresión que aun sin especiales dones telepáticos podría descubrirse lo que estaba pasándole por la cabeza. Linares se echó a reír, se atragantó y liquidó el resto del vino para limpiarse el gañote.

–¿No me crees, eh? ¡Piensas que todo es un cuento o que estoy majarón perdido! Ya verás, ya verás... Y no creas que sólo adivino ideas, no. También puedo sentir lo que el otro está sintiendo, como si me pasara a mí. Cuando mi padre se estaba muriendo, yo lo notaba todo, así, en las tripas y en la garganta, como si me quemaran por dentro. Y también puedo sentir lo que les pasa a las tías cuando se corren. ¡Cosa fina, chiquiyo! No te puedes ni imaginar cómo lo pasan las muy guarras... ¡y para eso tanto hacerse las estrechas y las mártires! Además, puedo lograr que el otro sienta lo que me pasa a mí. Oye, y sin querer, de pura fuerza psíquica que tengo. ¡A veces le paso a Borja la jaqueca en las mañanas de resaca!

Amador no se atrevió a mencionar para nada el tema que le interesaba. Dada la forma en que bebía el facha –se tomó tres o cuatro calvados durante el breve trayecto que recorrieron hasta la parada del autobús y otros tantos en Porte Maillot, antes de subirse en el segundo bus, que les dejó en el hipódromo– calculó que al final de

la jornada sería mucho más fácil encauzar su verborrea hacia donde él quería. De momento, no le quedaba otro remedio que soportarle y comprobar hasta qué punto la telepatía le era útil en los pronósticos hípicas. ¿Cómo se las arreglaría para entrar en contacto psíquico con los caballos? Amador le lanzó una feroz mirada de reojo: quizá hablase con los jacos antes de cada carrera, como hacía la mula Francis en una vieja película que recordaba de su niñez. En cualquier caso, sería un diálogo de tú a tú...

Como no había pisado un hipódromo en su vida, Amador sintió la ligera expectación de cualquier debut al entrar en el suntuoso recinto de Longchamp. ¡Qué manera tan insólita de iniciarse en el deporte de los reyes, en aquella compañía canallesca y en esas circunstancias! Pero la verdad es que su entusiasmo por este tipo de entretenimiento era sumamente limitado y tampoco lo habría aumentado excesivamente un aderezo más amistoso. Tal como señaló en ocasión semejante un magnate oriental, ya se sabe que hay caballos que corren más que otros y no veía qué entusiasmo puede despertar la reiterada comprobación de una peculiaridad zoológica tan ampliamente admitida. Pese a estas restricciones, Amador no dejó de admirar las instalaciones de esa Meca parisina de los turfistas, que tiene mucho de ministerio y algo de lonja de contratación. La estatua de un hermoso caballo preside el parterre ante la entrada principal: ninguno de los dos españoles supo –ni probablemente le hubiera interesado saberlo– que se trata del monumento a “Gladiateur”, héroe de la cría francesa y primer ganador continental de la Triple Corona británica. Pasaron junto a los alados pies de bronce del perpetuado campeón para lanzar una mirada a la pista: las frondosidades ya declinantes, pero aún espléndidas, del Bois de Boulogne, se abalanzaban sobre los flancos de la ancha carretera verde como espectadores demasiado entusiastas.

–Ven, no perdamos tiempo –Linares arrastró inmisericordemente a Amador, tirándole de una manga con su habitual delicadeza–. Tengo que ver a los caballos antes de la carrera.

El *paddock* impresionante, con su amplio anillo sombreado por grandes árboles y sus escalonadas repisas para cientos de espectadores, no deslumbró demasiado a Amador, que nunca había visto otro en su vida, ni al telépata andaluz, que iba a lo suyo. Bajaron hasta ponerse lo más cerca posible de los animales porque, según informó a su acompañante el excitado psíquico, eso favorecía la toma de contacto con el aura de los participantes. A pesar del fresco de la tarde –la temperatura había descendido después de mediodía hasta hacerse casi invernal–, Linares suda-

ba copiosamente, sin duda por el exceso de alcohol embaulado. Se pasó un pañuelo a cuadros azules y rojos por la calva, mientras miraba al cielo con gesto aprensivo:

—A ver si tenemos suerte y no llueve... ¡la lluvia nos puede joder la faena!

Por lo visto el agua suele enmohecer los fusibles a este tipo de circuitos ultrafísicos o, al menos ésa era la doctrina de Linares. En torno a ellos, japoneses de risa fácil se ayudaban unos a otros a descifrar el programa; ejecutivos jóvenes, de cabello estudiadamente largo y bien lavado —hay que ser joven pero maduro, original pero no extravagante, agresivo pero responsable y respetuoso—, comentaban con aplomo petulante la *chance* de cada potro con bellezas milagrosamente bien maquilladas que asentían distraídas; varios ingleses, escarlatas y bulliciosos, señalaban palmoteando la entrada al recinto de algún célebre jinete venido de las islas. Los caballos deambulaban con su paso alerta y como reflexivo, parecidos a monjes girando en su claustro románico y acumulando fuerzas para afrontar a mundo, demonio y carne. En el centro del anillo, señores panzudos vestidos con traje “Príncipe de Gales” y sombrero flexible daban las últimas instrucciones a los *jockeys*, que escuchaban con los brazos cruzados y los pies en posición de descanso. Tienen algo de niños hospicianos y algo de brujos —pensó Amador— y los caballos muestran un no se qué de famélico que parece antinatural, insano, como si fuesen fruto de una perversión de bichos normales. Linares observaba su paso con las manos en las sienes y expresión reconcentrada:

—Eso es... eso es... lo noto... ya viene... ¡No, éste no!... Vamos... tampoco... ¿pero qué coño pasa?... ¡no y no!... Me parece... claro... ahora sí... ¡ahora sí!... Ese es, el número cinco.

Amador consultó muy circunspecto el programa que había adquirido a la entrada del hipódromo, para hacer como todo el mundo.

—Se trata de un tal “Samaritain II”, montado por...

—Y eso a mí, ¿qué coño me importa? ¡Como si quiere llamarse Frascuelo! ¡Te digo que es el que va a ganar y sanseacabó! Vamos corriendo a apostar, no vayan a cerrarnos las taquillas.

Amador le siguió con un suspiro, aunque empezaba a sentir un poco de curiosidad por cómo acabaría todo aquel abracadabra. Como llegaban tarde y Linares se empeñaba en empujar para ganar algún puesto en la cola de apostantes que esperaban su turno, pronto se vieron rodeados por un zumbido de hostilidad típicamente parisino. Pero el andaluz lo desdeñó con obstinada ferocidad y pidió su apuesta en un francés realmente ajerezado. En la pantalla de di-

videndos podía verse que, después de todo, el cinco era uno de los caballos a los que se concedía mayor probabilidad en la carrera, y Amador se arriesgó también a jugarle unos francos. El absurdo tiene su cotización incluso para un profesor de lógica y Amador recordaba su charla e ese respecto con Popescu.

Se situaron en la tribuna y Linares consiguió a empellones una posición en la que el gentío, de una estatura estadísticamente más aventajada que la suya, no le dificultase demasiado la visión de la pista. Amador apenas logró enterarse de la carrera. Tenía sus dudas sobre si los caballos habrían tomado la salida ya, cuando el griterío del público se lo reveló a cincuenta metros de la meta; uno marchaba dos o tres cuerpos destacado del resto del pelotón y con esa ventaja cruzó victoriosamente el poste de llegada. No le dio tiempo a ver el número del triunfador, pero los mugidos delirantes de su compatriota le informaron sobradamente: “Samaritain” había dispuesto sin dificultad de sus rivales, ganando juntamente la carrera y un éxito para la mántica telepática.

—Y ahora, ¿qué me dices?, ¿eh? ¿Tengo vista psíquica o no? Pues esto puedo repetirlo todas las veces que me dé la gana, de modo que...

Amador le hizo notar cortésmente que el triunfo del caballo no había sido precisamente una sorpresa y que sus ganancias no iban a pasar de discretas. El otro se mostró escocido:

—¡Y qué culpa tengo yo de que gane un favorito! ¿No te parece bastante que acierte el ganador para que encima me pidas que sea el más raro de la carrera?

El enfurruñamiento le duró hasta que cobraron; después, corrió hacia el bar a invertir sus beneficios, alegre como un jilguerillo gordo y calvo. Se pimpló dos copazos de coñac de buena marca, mientras Amador se contentaba con un café; luego, con cierta vacilación y hondo pesar de corazón, ofreció al adivino un “Romeo y Julieta” como el que proveía para sí mismo.

—¡Hombre, un purito me vendrá al pelo! Gracias, chiquiyo. Oye, pago yo, ¿eh? Eso ni se discute. Estáte quieto, que me enfado. La próxima ronda la pagas tú, que todavía vamos a tener que celebrar muchos cobros, ya lo verás... Y ahora, a ver los caballos.

La ceremonia nigromántica volvió a repetirse casi sin alteraciones. La carrera que se preparaba tenía muchos más participantes que la anterior y las preferencias del público, por lo que pudo constatar Amador, estaban muy repartidas. Tras concentrarse durante un rato desesperantemente largo, puntuado de exabruptos y blasfemias contra la inspiración que se resistía, Linares optó por un jamelgo de aspecto imponente.



—Pero Manolo, si lleva las cuatro patas vendadas...

—¿Vendadas? ¿Y cómo sabes tú que eso son vendas? A lo mejor es que le han puesto una especie de calcetines o algo así... Además, ¿qué coño te importa que vaya así o asao? Lo único que cuenta es que va a ganar.

Como Amador había previsto, el lisiado no contaba con partidarios en las taquillas de apuestas. Pagaban cien a uno, quizá más. Se lo hizo notar a Linares, cuya convicción no flaqueó lo más mínimo y, además, se mostró encantado por el buen pellizco que iban a coger. Con más ánimo experimental que afán de lucro, también Amador invirtió una cantidad en el predestinado animalucho, aunque más reducida que la gastada en la carrera anterior. Para distinguirlo mejor, se fijaron en que el jinete de su predilecto llevaba chaquetilla azul oscuro y gorra amarilla. Durante el transcurso de la carrera, Amador hubiera sido incapaz de señalar a su caballo entre los veintitantos de la prueba, pero cuando se fueron acercando a la meta pudo distinguir con nitidez que era uno de los cuatro o cinco que luchaban por el primer puesto. Corriendo no tenía mucho mejor aspecto que en el *paddock*, pero una especie de rabia íntima le hacía estirar con más tesón que velocidad o elegancia sus martirizadas extremidades; por dos veces pareció que cedía definitivamente en su esfuerzo y otras tantas volvió a recuperar el terreno perdido, bien estimulado por su jinete; ganó por medio cuerpo.

Linares chorreaba triunfalismo de manera casi indecente. ¡Ahora sí que no podía decirse que el caballo fuese favorito! Con que vendado, ¿eh? Pues no había resultado malo el cojo... y así hasta la náusea. Cobró una suma verdaderamente considerable e incluso Amador que había jugado poco, se encontró bruscamente en posesión de un bonito puñado de francos. En la ceremonia etílica de celebración —que le correspondió costear a Amador— el telépata se entregó al coñac con tal ahínco que les cerraron las taquillas antes de poder jugar en la carrera siguiente. Aprovechó este reposo forzado para instruir a su escéptico acompañante en los rudimentos de su prodigioso don:

—El secreto está en el aura, ¿sabes? El jaco que va a ganar tiene un aura resplandeciente, más viva y constantemente intensa, mientras que los demás la tienen pálida y por lo general intermitente, como los semáforos. Lo importante es no confundir el aura del caballo con la del jinete, por eso hay que verlos antes de que los monten; aunque un jinete tenga aura de ganador, si el bicho es malo no tiene nada que hacer. Ya ves, al principio perdía mucho dinero por equivocarme en cosas así... Y también puede uno confundirse

cuando hay dos o tres caballos con auras de brillo parecido, aunque eso suele pasar pocas veces.

La siguiente prueba era la más importante del programa y tanto los potros como los jinetes eran de mayor calidad. Pero no por eso modificó lo más mínimo Linares su comprobado método: se concentró mientras transcurrían ante él los hermosos animales y finalmente señaló a uno de ellos, el número siete, como indiscutible futuro ganador de la carrera. Las colas de las taquillas de apuestas eran muy largas, pues estaba jugando más gente que en ocasiones anteriores; siguiendo su heterodoxo sistema de codazos y empujones, Linares consiguió situarse en una posición más ventajosa que Amador, quien aceptó educadamente el puesto que le correspondía, y quedaron separados por varios apostantes. Delante de Amador iba una rubia más bien llenita, con una expresión ingenua pero picante tras sus gafas redondas de aro metálico; al llegar a la ventanilla solicitó, con fuerte acento británico, un boleto de ganador al caballo número tres. Amador lanzó una rápida ojeada al panel de dividendos: ni el número siete ni el número tres estaban entre los principales favoritos de la carrera. Le sacudió un ramalazo rebelde: ¿a quién iba él a hacer caso, al monstruo psíquico y psicótico o a aquella linda inglesita? Apostó treinta francos al tres, que resultó ser un potro venido de las islas, de nombre “Never Say Die”, montado por el también británico Lester Piggott. Por supuesto, no comentó esta opción insurgente con el telépata cuando ocupó un puesto a su lado en la tribuna para presenciar el desfile hacia la salida de los participantes. Al pasar el número siete, Linares dio un berrido de reconocimiento mientras se lo señalaba, pero Amador estaba buscando al suyo: al fin lo divisó y en un instante se le grabaron los colores rojo y negro de la chaquetilla, así como el duro perfil aguileño del *jockey*.

Como en esta vida la práctica lo logra casi todo, Amador había conseguido ya percibir el desarrollo de las últimas carreras con aceptable nitidez, pese a su carencia de prismáticos y la considerable distancia que les separaba de la zona de la pista en que se disputaban los dos primeros tercios de la prueba. En esta ocasión, los participantes adoptaron un paso tan vivo desde la misma salida que pronto el pelotón comenzó a estirarse y luego a fragmentarse en grupitos sucesivos. Los tres caballos de cabeza mantenían un ritmo endiablado, intentando poner tal distancia entre ellos y sus rivales que fuese imposible enjuagarla en los últimos metros. Cuando entraron en la recta final, uno de los tres líderes se despegó de sus compañeros y se disparó en solitario hacia la

meta: se trataba del número siete, cuya presencia en tan privilegiada posición arrancó clamores de victoria a Linares. Amador barrió con la vista la verde llanura tras el escapado, presa de una cierta rabia desalentada y también de algo muy parecido al temor: “¿Será posible que este cabrito...?” Pero luego –parece increíble que algo tan fugaz pudiese durar tanto– vio aparecer una chaquetilla roja y negra que llegaba desde atrás y rebasaba a los más inmediatos del siete. Después de una paciente espera, quién sabe si excesiva, “Never Say Die” pasaba al ataque. El jinete, de estatura algo más elevada que la de sus colegas, iba como arrodillado sobre la silla, mientras manejaba la fusta con diabólica rapidez y energía: daba la impresión de ir tirando del animal hacia delante, así como el barón de la Castaña se sacó a sí mismo del pantano levantándose por los cabellos. La distancia entre perseguidor y perseguido se reducía sensiblemente a cada tranco; el *jockey* del siete hacía esfuerzos frenéticos por mantener la primacía e incluso lanzó una azorada mirada por encima del hombro para comprobar cuál era todavía su ventaja. Con los puños apretados y todo el cuerpo flechado hacia delante, como esforzándose también por alcanzar algo que se le iba, Amador se oyó con sorpresa gritar: “¡Vamos, hala con él!” De pronto le pareció que todo dependía de que el potro inglés lograra batir a su profetizado enemigo, y en ese “todo” se incluían desafíos y esperanzas, la convicción fulminante y trágica de que lo que no debe ser derrotado no puede serlo, el espanto ante lo ineluctable –que siempre nos es adverso– y el júbilo inmaculado de la suerte, para la que cualquier logro es posible. Un último ímpetu y el revuelo inmisericorde de los látigos: los caballos lo dieron todo, tendiendo sus cuellos atléticos en un anhelo que debe parecerse al colmo del espanto o al orgasmo. Cruzaron la meta emparejados, pero la cabeza del número tres había estado indiscutiblemente por delante.

Linares, que había coreado los gritos de ánimo de Amador creyéndolos destinados al siete, lanzó un reniego y volvió el rostro purpúreo hacia su compañero:

–¡Hemos perdido, me cago en su puta madre! Pero si no puede ser... ¿Has visto también tú ganar al tres?

–Pues sí, yo creo que ha ganado por una cabeza. Y me alegro, porque le había jugado treinta francos.

El telépata boqueó de pasmo:

–¿Qué tú le has jugado al tres? ¿Y por qué coño...?

–Ya ves, una corazonada. Anda, acompáñame a cobrar, que te invito a una copa.

Y dando media vuelta, se dirigió hacia la ventanilla de cobros con paso alborozado, mientras una tonificante brisa interior limpiaba su pecho de nubes y telarañas parapsicológicas.

El frustrado adivino se consoló de su tropiezo con una rápida sucesión de copas de coñac, costeadas por un Amador de sonrisa enigmática y bonachona. Linares le miraba con asombro, lo que en un tipo como aquel se exteriorizaba como desagradable mezcla de grosería y desconfianza. Afortunadamente pronto tuvo ocasión de olvidar su revés, porque en la última carrera volvió a acertar un ganador inusitado que le proporcionó un sabroso dividendo. La profusión alcohólica que siguió a esta confirmación definitiva de sus dotes y que se prolongó hasta el cierre de los bares del hipódromo completó su instalación en una pegajosa euforia. Con su brazo derecho pasado por los hombros de Amador, lo que le obligaba a ir prácticamente colgado de él, entonó a voz en cuello marchosos fragmentos musicales de la añorada patria; su repertorio abarcaba desde el *Que viva España* hasta el *Cara al sol*, pasando por una variante obscena de *Mi carro* que por su estúpida zafiedad bien pudiera ser una improvisación del momento.

—Escucha, Angelito, tú y yo somos amigos, ¿eh?, amigos de verdad, sí señor. Escúchame —a cada “escucha” le aporreaba el pecho con su índice gordezuelo y poco limpio—, amigo, voy a decirte lo que vamos a hacer ahora. Nos vamos a cenar como buenos amigos, tú y yo, a un sitio estupendo que yo me sé, y nos hinchamos de marisco, aunque aquí los langostinos no tienen ni comparación con los de Sanlúcar, y champán, qué te parece, bien de marisco y muchísimo champán. Y después...

La segunda parte del plan incluía todo tipo de refocilamientos rijosos, en los que Linares volvió a proclamarse experto durante una larga sesión de autobombo que se prolongó tanto como su trayecto en taxi desde Longchamp hasta el centro de la ciudad. Amador calculó que el ritmo etílico que llevaba aquel patán le pondría fuera de combate mucho antes de poder realizar sus sueños lascivos y se dispuso a soportarle resignadamente entre tanto, a la espera de que se presentase la ocasión de sonsacarle lo que deseaba saber. El restaurante al que se dirigieron era una de las muchas marisquerías para turistas que abundan en los alrededores de la Gare du Nord. Se instalaron en un veladorecito no carente de gracia, rodeados por un recargado marco de grandes espejos y ostentosos dorados. Linares hizo un pedido pantagruélico, en el que se incluían todos los *fruits de mer* imaginables, bullabesa, lubina y cuanto se le ocurrió vociferar a un *maître* de sonrisa piadosa y despectiva. Luego em-

pezó a dar cuenta del *champagne* a una velocidad digna de figurar en el *Anuario Guinness* de marcas mundiales. Su carácter se hizo tan empalagosamente amable que Amador, por reacción, se fue abismando en un odio cada vez menos disimulado; por lo demás, la conversación fue una repetición del monólogo que padeció durante el almuerzo, pero proclamado ahora en un tono de voz mucho más alto y con un embarullamiento de situaciones notoriamente mayor. Cuando descorcharon la tercera botella de *brut*, Amador creyó llegado el momento de llevar la conversación hacia el tema del asesinato, pero todas las insinuaciones que se permitió cayeron en el más absoluto de los vacíos: el mínimo cerebro del facha, anegado en diversos alcoholes, estaba todo él concentrado en la repetición indefinida de unas cuantas obsesiones privadas, fundamentalmente centradas en tres temas: xenofobia, lujuria y telepatía.

Acabadas las tres botellas –de las que llevaba en su estómago más de dos y media– el andaluz pidió un doble de coñac y comenzó a planear el itinerario de su expedición a Pigalle. Amador le contemplaba con la desesperación que debieron sentir los asesinos de Rasputín cuando le veían refocilarse con los manjares envenenados en lugar de morir como era debido. Las dos horas siguientes no le dejaron más que un recuerdo brumoso y una vaga sensación de náusea; aunque había bebido poco, se sentía completamente mareado, quizá por rebote sugestivo de su anhelo sin palabras de ver derribarse por fin a aquel indestructible borracho. Debieron entrar en tres o cuatro locales de *striptease*, todos ellos decorados como barracas de un circo demente y apestando a una hedionda combinación de sudor y pachulí; en uno de ellos les sirvieron una botella de *champagne* caliente y una empleada de la casa, de edad mediana y cierta alegría vengativa en el rostro, se empeñó en sumergir el pezón de su pecho desnudo –decorado con estrellitas de purpurina– en la copa de Amador; en otro, un negro americano con corte de pelo militar se puso a orinar con prodigalidad en las copas de sus tres compañeras de mesa, conducta que motivó una enérgica reacción de los camareros y dos o tres interesantes consideraciones antropológicas de Linares sobre los hábitos de las razas inferiores. El último fue un local particularmente oscuro, en el que una pareja de travestís evolucionaba lánguidamente, cubriendo y revelando la zona menos ambigua de su cuerpo, entre nubes de humo rosado. Después de beberse su coñac y el de Amador que había rechazado firmemente aquel corrosivo matarratas, Linares fue arrastrado por una gorda emprendedora hacia las entrañas del local, de donde retornó a la media hora en un estado indescriptible, babeante, des-

harrapado y aullando que le habían robado la cartera. La repelente matrona le seguía de cerca con los michelines apareciendo por todos los descosidos o desabrochados de su zurcido traje de noche y pegando unos gritos cavernosos no menos perentorios. El disminuido telépata se volvió para darle una bofetada pero recibió un certero rodillazo en el bajo vientre: auténtico trabajo de profesional. Linares, por fin, se vino abajo: comenzó a vomitar copiosa y violentamente, dando bandazos de loco por entre las mesas para que nadie se quedara sin su parte, hasta derrumbarse al tropezar con la pequeña plataforma del escenario, poniendo en fuga a los travestís. Dos o tres indignados voluntarios lo echaron a las tinieblas exteriores, donde Amador recogió sus restos sin experimentar por él nada más caritativo que repugnancia y maligna satisfacción.

Después de cierta brega, porque, pese a su lamentable extremo de incoherencia y abatimiento, Linares no renunciaba a la venganza contra sus expoliadores, Amador consiguió introducirle en un taxi. El siguiente problema fue hacerle decir su dirección ya que se empeñaba en repetir la de Madrid, mientras afirmaba que él no quería ir a ningún sitio en aquella ciudad de ladrones; más tarde reconoció que no se acordaba de nada y que como le habían robado la cartera –nuevo acceso de furia, cortado enérgicamente por Amador– no tenía ningún papel encima en el que consultar cuál era su domicilio. De todas formas, vivía cerca de Saint-Michel y si el taxista les dejaba allí, creía poder orientarse más o menos, en cuanto se despejase un poco. Hecha esta optimista declaración, se quedó dormido y cuando llegaron a Saint-Michel costó casi diez minutos reanimarle lo indispensable como para que se sostuviera de pie. Tomaron un café en la “Boule d’or”, que todavía estaba abierto, y comenzaron a vagar entre tropezones y arcadas por las calles adyacentes: cada veinte metros, Linares sentía unas bascas que le retorcían las tripas y tenía que apoyar sudando la frente contra la pared. “Me ha sentado mal el café”, murmuraba débilmente. Por fin encontraron dos o tres pistas ciertas de que se aproximaban al portal del facha; si no habían dado cincuenta vueltas a la manzana, es que no habían dado ninguna. Llamaron al timbre de entrada y subieron trabajosa y accidentadamente por una escalera tenebrosa. Por fortuna, Linares lo había perdido todo menos la llave del apartamento y entraron en un piso desnudo, con muebles viejos y fotos en las paredes, un lugar de paso para gente de paso. Después de dos o tres vociferaciones estentóreas de Linares, estuvieron ciertos de que Largaespada no había regresado todavía de su ronda nocturna. Estaban solos en la guarida de las alimañas.

Linares, despatarrado en una silla, apoyó la turbia cabeza en la mesa y se la abrazó con las manos, en un gesto de mimosa protección. Amador vagó por los cuartos más cercanos de la vieja casa, tropezó con la cocina y se incautó de una botella de coñac barato y dos vasos no muy limpios, que aclaró largo rato en el grifo de la fregadera. Cuando hubo tomado los primeros sorbos de licor, el andaluz pareció recuperarse un poco y comenzó a despotricar:

—La culpa de todo la tienen las mujeres, ¡maldita sea el alma de mi madre! Todas son unas putas, unas sucias ladronas arrastradas... ¡Hay que rajarlas a todas y hacer chorizos con ellas! El único trato que entienden es una patada en los ovarios de vez en cuando... ¡o un buen martillazo en la sesera!

Amador le llenó otra vez el vaso, sin despegar los labios.

—¡Golfas del demonio, que sólo buscan desplumar a los hombres y robarles la leche y los cuartos! No aguantan cuando un hombre de verdad se les acerca, todas quieren tratar con maricones comunistas a los que puedan manejar como les da la gana. ¡Pero al hijo de mi madre no lo camela ninguna furcia apestosa! ¡Que no y que no! Sé muy bien como tratarlas... ¡sí, señor! La de Madrid era una guarra de éstas, ¿sabes? Allí despatarrada en su cama, con olor a coño por todas partes, creyéndose la dueña de todas las pichas del mundo, permitiéndose todavía elegir quién debía darle gusto... ¡para ti me abro y para ti no! Nosotros le enseñamos cómo se porta el que tiene lo que hay que tener... ¡Y que Dios me la machaque si mañana no le demuestro a esa zorra barata lo que cuesta quitarle la cartera a un tío con pelotas de verdad! ¡Me cago en mi alma! ¡Que se quede ciega mi hija si...!

Levantó los ojos nublados y encontró los de Amador fijos en los suyos, como dos lanzas de fuego.

—Tengo razón, ¿no? ¿Qué piensas...? —y luego, enderezándose súbitamente como si hubiera visto un bicho venenoso que se le acercase corriendo por la mesa, gritó—: ¡Pero tú lo que quieres es matarme...! ¡Sí, lo noto, lo noto, maldita sea tu...! ¿Por qué quieres matarme?

Amador seguía mirándole, con las palmas de las manos apoyadas sobre la mesa. El otro se levantó sin dejar de chillar —“¡Quieres matarme, pero quieres matarme!”— y se tambaleó hacia la puerta que daba a las habitaciones interiores del piso. En ese momento, Amador se hurgó rabiosamente bajo la camisa y sacó el cuchillo. ¿Había sabido siempre lo que iba a hacer, más allá de sus proyectos exteriorizados de indagación serena y civilizada de la verdad? ¿O era el cuchillo el que se había impuesto por fin, después de tantas horas pe-

gado a su muslo, insinuándosele bajo la piel, subyugando sus músculos y sus sueños? El telépatha había adivinado su designio aún antes de que Amador tomase conciencia inequívoca de él: su acierto había quizá acelerado la puesta en práctica de una decisión adoptada hace mucho, pero de la que nadie quería hacerse responsable. Amador llegó en dos zancadas a la puerta y lanzó una ojeada por el pasillo oscuro hacia habitaciones muy próximas, invisibles. En las tinieblas de uno de los cuartos, alguien rebuscaba en algún cajón, entre hipos y jadeos de espanto. El perseguidor cruzó casi sin ruido el pasillo y pegó la espalda a la pared: dentro, en la negrura de la habitación, había ahora pleno silencio, aunque por un instante creyó oír algo así como un sofocado estertor. De pronto, a Amador se le hizo imperioso encender la luz; la llave debía estar allí cerca, al alcance de la mano, probablemente a la izquierda de la puerta... ¿Por qué a la izquierda? Sí, a la izquierda, estaba seguro, algo dentro de él se lo decía... *Algo dentro de él.* En el interior ardiente de su cabeza resonaba la orden una y otra vez, con insistencia obsesiva: “¡Enciende la luz, hijo de perra! ¡Anda, enciéndela ya! El interruptor está a la izquierda de la puerta... a la izquierda... a la izquierda.” Amador se sintió desfallecido de náusea y horror: la bestia que tenía allí acorralada se defendía lanzándole su arma más peculiar e insólita, como el calamar arroja su tinta a los ojos voraces del depredador que le acosa. Encender la luz, cruzar el vano de la puerta hacia ese interruptor situado a la izquierda, aquello debía encerrar ciertamente un peligro mortal; era lo único que en ningún caso debía hacer. Se quitó la chaqueta y la arrojó bruscamente al interior del cuarto, hacia la izquierda de la puerta; en el mismo momento, él se precipitó agachado hacia la derecha, decidido a acabar de una vez aquel acecho insoportable. Sonó un disparo y la bala chasqueó contra la jamba izquierda de la puerta, a la altura del pecho de un hombre; pero la luz permanecía apagada, no fue más que un tiro a ciegas. Linares estaba acurrucado en un rincón, atrincherado tras una silla y la cama. El fogonazo reveló por un instante su cabeza calva en la que se arremolinaban unos cuantos pelos sudorosos: tenía los ojos y la boca muy abiertos, en demanda desesperada de aire y de luz. Amador saltó contra él sin precauciones, rápido y preciso, como si fuera indestructible o las pistolas no tuvieran más que una bala. Y el otro no volvió a disparar, sino que se encogió al verle caer sobre él y lanzó un chillido de pánico impotente.

La primera puñalada se la asestó en la espalda y con tanta fuerza que se hizo daño en la muñeca. Luego, como Linares se-



guía chillando, le volcó la cabeza hacia atrás, tapándole la boca con la mano, y le hundió la ancha y dentada hoja en el pecho. Se apoyó encima con todo el peso de su cuerpo. Bajo la mano sentía algo húmedo y espasmódico, que pugnaba por morder, mientras los ojos increíblemente dilatados le miraban con súplica, con pasmo, con espanto, con odio, le miraban y quizá sólo veían a través de él la perpetua ceguera que se les aproximaba. Y entonces el telépata hizo su último número: le regaló su muerte. Amador sintió una opresión asfixiante en su pecho, una carga intolerable que le partía en dos: ya nunca podría volver a conseguir aire para sus pulmones destrozados, ahora cada jadeo hacía circular por su tráquea burbujas de lava. La sensación era tan vívida y espantosa que estuvo a punto de aflojar su presa, creyendo por un momento que Linares había conseguido asestarle un golpe mortal con algún arma oculta. En cierto sentido, así había sido; pero sólo en cierto sentido... De pronto, el dolor desapareció o dejó de importar: algo como el quejido nocturno de un niño agitado por una pesadilla ocupó su lugar, algo solitario y sin consuelo, increíblemente desamparado, tierno y repugnante a la vez. Se hizo más y más intenso, para luego comenzar a debilitarse, como si resbalara por una pendiente hacia un hondón lejano. Amador lo sentía dentro de sí mismo y, a la vez, lo leía en aquellos ojos que iban ya familiarizándose con los fantasmas. Luego todo cesó, el dolor y la queja, el miedo y la súplica; una serenidad pálida y callada se impuso definitivamente.



# JUAN MADRID

(Málaga, 1947)

*Días contados*, Madrid, Alfaguara, 1993

*Empezó su carrera universitaria en la Universidad Complutense y la finalizó en Salamanca en 1972, licenciándose en Historia Contemporánea.*

*De su obra narrativa son especialmente significativas las siguientes novelas: Un beso de amigo (1980), Las apariencias no engañan (1982), Viejos amores (1983), Nada que hacer (1984), Regalo de la casa (1986) y Días contados (1993).*

*Entre sus libros de relatos cortos sobresalen Un trabajo fácil (1984), Cuentos del asfalto (1987), Hotel Paraíso (1987) y Jungla (1988). Aunque el escenario madrileño es el espacio por donde se mueven la mayoría de los personajes de las obras citadas, algunos de los incluidos en el último libro de relatos llevan títulos tan significativos como Ola de frío en Madrid o Metro de Tirso de Molina.*

*Su primera novela, Un beso de amigo, nos relata ya las revueltas sociales por las que atravesaba el barrio madrileño de Malasaña y la corrupción de un grupo de poderosos financieros, que, obsesionados por un proyecto inmobiliario de gran envergadura, les hacen la vida imposible a todos los parroquianos.*

*En Días contados, –sin salirnos del ámbito de Madrid– el escenario se puede trasladar desde la glorieta de San Bernardo al Parque del Oeste, desde un chalé en Miraflores de la Sierra a la cárcel de Carabanchel. Madrid, que en el año siguiente al que se desa-*

*rolla la acción de la novela, va a ser Capital Europea de la Cultura, quiere lavar su imagen. En esta ciudad, sin embargo, siguen estando presentes los lugares sórdidos, los personajes continúan pululando por las calles de San Lorenzo y del Tesoro, por la Plaza del Marqués de Santa Ana y por el Paseo de la Castellana..., pero también se nos ofrece un Madrid lleno de galerías de arte, un Madrid que disfruta con las películas de Almodóvar, un Madrid envuelto en la movida, un Madrid que lee revistas como La Luna de Madrid y Madrid me mata.*





## *DIAS CONTADOS*

Más tarde, Ugarte se marchó a trabajar y Antonio invitó a sus vecinas a tortilla de patatas y cebolla en El Maragato, un lugar fresco y tranquilo en el que se podía comer barato y bien.

Después se sentaron en la terraza del quiosco de Paco a tomar café.

Un muchacho alto y desgarbado, con una cazadora de plástico azul, se acercó. Antonio lo recordaba de haberlo visto otras veces en la Plaza.

Besó a Vanesa en los labios y se sentó con ellos. Dijo que se llamaba Lisardo.

–Todo ese edificio es de mi padre –dijo Lisardo, echándose hacia atrás en la silla y señalando la casa de enfrente–. Lo ha comprado entero. Cuando esté hecho una mierda el Ayuntamiento lo declarará en ruinas y entonces mi padre lo reformará de arriba abajo, hará apartamentos y los venderá a veinte millones cada uno. Pero hay que esperar a que se mueran los viejos que viven allí, ¿sabéis? Sus familias recibirán una casa nueva y unas cuentas perrillas –soltó una carcajada–. Es un negocio redondo, tíos. Mi padre es un lince.

–¿Por qué no hacemos una fiesta mañana para celebrar que tenemos una casa chachi, eh tíos? ¿Qué os parece? –sugirió Vanesa–. Podemos comprar caballo y bebidas, ¿no?

–Tú estás invitado, Antonio –dijo Charo.  
–Yo llevaré güisqui –respondió Antonio.  
–Llévate la tele, tío –intervino Vanesa–. Si te llevas la tele te de-  
jo que me hagas fotos. ¿Vale?  
–Eh, hablando de fiestas, tías –dijo Lisardo–. Os he buscado  
una para el sábado que viene.  
–¡Una fiesta, vivaaa! ¡Y bailaremos, qué bien!  
–Es un tío podrido de parné, amigo de mi padre. Habrá de todo,  
comida, bebida y música para bailar, un alucine. Pero tendréis que  
ir tres tías. Vosotras dos y otra más. Acordaos, el sábado, sobre las  
doce o así.  
Vanesa palmeó de alegría.  
–¿Y cuánto nos van a dar? –preguntó Charo.  
–Veinte papeles a cada una. Ah, tenéis que llevar también cinco  
gramos de coca. Pero nada de caballo. Esa gente pasa de caballo.  
Vanesa besó a Charo en la mejilla.  
–¿Has oído, Charo? Veinte talegos, veinte taleguitos, es dabuti.  
Con lo que me aburría.  
–Eh, tronquis, a mí me tenéis que dar una comisión. Cinco ta-  
legos entre las dos. Para eso os la he buscado.  
–¿Cinco talegos? De eso nada, monada. Dos cada una y vas que  
chutas –dijo Charo.  
–Uno cada una –añadió Vanesa.  
–Venga, dos o os vais a tomar por el culo y aviso a otras. A mí no  
me jodáis –dijo Lisardo.  
–Bueno, vale, tío... dos cada una, pero cuando cobremos. Oye  
–se volvió a Vanesa–, podríamos llamar a Rosa. Es muy maja y sa-  
be alternar. ¿Qué te parece?  
–Muy bien –respondió Vanesa–. A lo mejor encontramos gente  
guay en la fiesta. Vamos a tener que comprarnos ropa.  
–Tenemos que hablar también con el Ibraín para nos venda la  
coca. Cinco gramos de golpe es mucho.  
–Eh, Charo, hablando de Ibraín, que se me olvidaba. Lo he vis-  
to hace un rato y me ha dicho que ha estado con Alfredo. Lo han  
trasladado ya a Carabanchel y le han concedido el Tercer Grado.  
Charo agarró a Vanesa por los hombros.  
–¿Qué? ¿Qué dices? ¿Han trasladado a Alfredo?  
–Sí, hija, sí. Ya está en Carabanchel.  
–¿Has oído, Antonio? ¡Mi marido va a venir, a venir a verme!  
–También me ha dicho el Ibraín que Alfredo ha mandado re-  
cuerdos para ti.  
–¿Sí? ¿Qué ha dicho? ¡Vanesa, por favor, dímelo!

–Que tiene ganas de follarte.

–Y yo, también. Me muero de ganas.

Charo abrazó a su amiga y se puso a reír y llorar al mismo tiempo. Estuvieron un buen rato así. Luego, Vanesa dijo que invitaba a los cafés y a un chupito de anís dulce porque estaba muy contenta con lo de la fiesta y la nueva casa. Además, esa misma mañana se había sacado quince papeles de tres taxistas en la glorieta de San Bernardo, en la parada que hay frente al bar Iberia. Con el dinero había comprado caballo y pastillas y aún le había sobrado algo.

Contó que se había subido a un taxi y le había propuesto al taxista mamársela. El taxista le dijo que sí y la llevó al Parque del Oeste. Luego, regresó a la parada y le buscó dos amigos.

–Todos se han corrido muy rápido, me he lavado la boca con Odamina y ya está. Uno me llevó hasta la Rosaleda, pero por el camino se iba tocando el nabo y yo pensaba: “tócate, tócate... así tardaré menos” –se palmeó las rodillas con una ataque de risa–. El muy cabrón no me quería llevar de vuelta. Se pasó todo el camino metiéndome mano y diciendo que cinco mil era muy caro para una mamada tan rápida. Y es lo que yo digo, ¿que culpa tengo yo? ¡Ja, ja, ja!

Vanesa lloraba de risa. Se limpió las lágrimas, sacó del bolsillo del pantalón un puñado de pastillas rojas y blancas.

–Tomad, las acabo de comprar. Venga, son para vosotros. El caballo es para después.

Cada uno cogió dos o tres. Antonio se tragó dos rojas y una blanca. Charo las estuvo royendo como si fueran caramelos. Luego, le dijo a Vanesa:

–Cuéntale a éste lo que te ocurrió con aquel tío que quería que le mearas encima. Anda, cuéntaselo.

–¿Sabes por qué estoy en la calle? –interrumpió Lisardo–. En la calle está la gente más guay, los más legales. Yo soy como un pirata moderno, un corsario, tío, un aventurero. Y la voy a palmar enseñada. Soy un yonqui de verdad.

–No empecéis a hablar de la muerte –dijo Charo–. Me pongo nerviosa.

–Era un julai de pasta, con un buga de lujo, no me acuerdo de la marca... me parece que Volvo, o algo así –dijo Vanesa–. Sólo quería que le meara encima.

–Son los bugas más seguros del mundo. Pero me gustan más los Aston Martin –dijo Lisardo.

–Deja que te lo cuente, da mucha risa –añadió Charo.

Las tardes aún eran cálidas en la terraza del quiosco de Paco. Familias enteras bebían horchata y refrescos. Un músico ambulante

cantó *Only you* acompañado de una armónica. Parecía americano o inglés y llevaba el cabello rubio, largo y atado con una coleta. Vanesa dijo que era muy guapo.

Más tarde, Jesús, el fotógrafo ambulante del barrio, pasó por allí y preguntó si querían que les hiciese una foto de recuerdo. Al parecer, Antonio lo conocía del curso de fotografía que había hecho años atrás.

Cuando se marchó, Antonio dijo que era un buen chico y que debía de ganar bastante con las fotos.

—Cuando ande mal de pasta voy a hacer lo mismo —dijo Antonio, de broma—. Nos haremos socios.

Lisardo se había sentado en otra mesa para charlar con unos conocidos. Era una pareja joven, muy bien vestida. La chica parecía sana y tostada por el sol. Charo dijo que se notaba mucho que estaban enamorados el uno del otro. Que eso nunca se podía disimular.

—Es como una corriente —manifestó Vanesa—. Electricidad.

—Con mi Alfredo pasaba lo mismo. Cuando estaba con él, aunque hubiese mucha gente, era como si estuviésemos solos en una habitación. Ahora estará en el chabolo pensando en mí y yo, pues pienso en él y es como estar juntos.

—El amor, vaya mierda —dijo Antonio—. Eso está bien para los que todavía creen que existe. Lo único que la gente quiere es un poco de compañía.

—Bueno, el amor es una cosa y el sexo, otra. Cuando mi Alfredo me ponía la mano encima, me corría. Era la hostia. Yo sí que creo en el amor —añadió Charo.

—¡Me da el muermooo! —gritó Vanesa.

—Los animales se ponen cachondos cuando huelen el flujo de las hembras y entonces follan. No se complican la vida —insistió Antonio.

—Pues conmigo tú no vas a follar —le dijo Charo.

En la mesa cercana, Lisardo y la pareja se marcharon sin despedirse. Vanesa pateó el suelo con fuerza.

—¿Te has fijado el gilipollas, Charo? Quiere que yo le suplique. Pues va de ala —se volvió a Antonio—. Tú esconde la cámara, joder. Que nos estás poniendo en un compromiso.

—Hija, Vanesa, si no hace nada.

—Nada, nada... ya. A mí, ni una foto. Ya lo sabes. Si quieres hacerme un retrato, regálame la televisión. Hasta que no me la regales, no hay tu tía.

Antonio se metió la pequeña Leica en el bolsillo del pantalón.



–Mira, Vanesa, parece que va empalmado. Como aquel tío, ¿te acuerdas? Le llamaban el Pitufu. Se abría la bragueta en la puerta de la escuela y ensañaba el nabo. Lo tenía pintado de azul. El nabo azul, fíjate tú. Nunca he visto un nabo más grande en mi vida. Ni el de Alfredo.

–Lo cogieron, me parece. Y le dieron una paliza. Patadas en los cojones. Me lo contó Pili –dijo Vanesa.

–Fue la Asociación de Padres de Alumnos. Se reunieron dos o tres padres fueron para el Pitufu y casi lo matan a palos. Le reventaron un testículo, me dijeron. Lo llevaron al hospital. ¿Tú has conocido al Pitufu, Antonio?

–No he conocido a nadie que tuviera el nabo azul –contestó Antonio.

–Si nosotras te contásemos... Nos han pasado unas cosas... ¿Verdad, Charo? Nuestra vida ha sido la hostia en bote. ¿Te acuerdas de aquel julai, el que decía que era Jesucristo?

Charo se echó a reír.

–Se enamoró de Vanesa. Decía que era una virgen antigua. Se quería casar con ella. Vaya menda, madre mía.

–Le olía la boca a tortilla de ratas, el guarro. Sólo le gustaba que le metiera el dedo en el culo –añadió Vanesa.

–Fue nada más salir del Refor. ¿Te acuerdas? Vivíamos en Tirso de Molina con Pili. Allí fue cuando conocí a Alfredo.

–Lo pasábamos de puta madre –suspiró Vanesa.

Lisardo se acercó y Vanesa se hizo la distraída.

–Hey, tío, paga una merienda, ¿vale? Invítanos a pasteles y me dejo hacer fotos –dijo Lisardo.

–Aquí en la Plaza, nadie quiere sacarse fotos –dijo Charo-. Es mejor que escondas la cámara. La gente se puede mosquear.

Lisardo señaló a un hombre que leía el periódico, sentado en un banco, al otro lado de la Plaza. Era alto, de tez casi chocolate, con una barba en forma de candado que le cerraba la boca.

–No es moro –dijo Vanesa-. Es iraní.

Vanesa salió corriendo. Charo intentó sujetarla.

–¡Espera!– gritó.

Pero Vanesa se había acercado al sujeto y le hablaba muy cerca. Charo se retorció las manos.

–Esto está lleno de policías. Si te ven hablar con Ibraín, te enfilan y te joden.

Lisardo miró a izquierda y derecha, nervioso.

–Vamos a tomar pasteles de una puta vez. Huelo a madera. La Plaza se ha llenado de maderos últimamente, me cago en la leche.

Vanesa regresó y cogió a Charo del brazo.

–Ya está todo listo. Ibraín vendrá a casa y tratará con nosotros lo de los cinco gramos.

–Hija, ten cuidado –Charo bajó la voz–. Hay maderos por todas partes.

–Me gustaría hacerte una foto mientras te pinchas. ¿Tienes huevos de hacerlo aquí, en la Plaza? –le dijo Antonio a Lisardo.

–Tú págate unos pastelitos y verás los huevos que tengo yo, tío.

–¿En la vena del cuello?

–Donde quieras, julai [...]

En el bar de Rosa, el repartidor de cervezas terminó de beberse el vaso de agua y siguió contando su historia:

–...vi cómo le sacaba el ojo con el baldeo, tías, fue demasiado, os lo juro. Se quedó nota, mirándose el ojo en la mano, luego empezó a gritar y se abrió corriendo. No veáis la movida. Había sido tronco mío en la mili, un buen chaval. Y le sacaron un sacai por gusto, sin meterse en nada. Fue una pelea que no veas. Mi tronco no tenía culpa de nada, él estaba a lo suyo, como yo, apoyado en el mostrador hablando con su tronca, y parece que el otro estaba colgado con un mal cuelgue... Yo entré justo cuando tenía el ojo en la mano y la gente gritaba que alucinabas. A una tía le dio un ataque de nervios... ¿Habéis visto alguna vez un ojo fuera?

–No –respondió Antonio.

–Es como un huevo frito. Y le cuelga un hilillo, como un moco largo... Fue impresionante. Ocurrió en un sitio al que llaman Niobe, me parece. Está por la avenida de Daroca. Hay gente que tiene mal cuelgue, ¿verdad? Luego vino la madera y todo, pero yo me abrí.

Rosa terminó de guardar cervezas, cerró la nevera y se puso a limpiar el mostrador. Se dirigió al repartidor y al hablar mostró unas encías con sólo unos cuantos dientes, muy negros, en los costados.

–¿Quieres más agua?

–No, me voy a marchar. Mañana lo mismo, seis cajas, ¿no?

–Sí, seis.

El repartidor se marchó y entonces dijo Vanesa:

–Guapa, más que guapa, tenemos otra fiesta el sábado. Ya está todo listo. Nos van a soltar veinte papeles, fijo. Ya he hablado con Ibraín para cinco gramos de pintura blanca que tenemos que llevar.

–Es una fiesta de gente bien –intervino Charo–. Ibraín me ha dicho que nos tendrá cinco gramitos. A los tíos de la fiesta se lo vamos

a cobrar a quince, ¿eh?, ¿qué te parece? Oye, ¿te has enterado? Va a venir mi marido. Ya está en Carabanchel, lo han traído en cunda desde Nanclares. Lo ha dicho el Ibraín –Charo palmeó de alegría–. La fiesta la montan amigos del padre de Lisardo, tíos con mucha pasta. Gente Bien.

–¡Lo vais a pasar de puta madre, titis! Los amigos de mi padre son la hostia. Ya veréis. Seguro que ligáis las tres –le pellizcó las nalgas a Vanesa. Ésta dio un respingo y dijo:

–La Charo y yo nos vamos a comprar una crema para que nos deje el cuerpo de seda. ¿Quieres que te compremos también a ti, Rosa?

–No, dejadme a mí de cremitas. Entonces, ¿a qué hora tenemos que estar allí?

–Sobre las once o las doce –interrumpió Charo–. Pero conviene que vayamos las tres juntas, ¿no? Lisardo todavía no sabe la dirección.

–Se me ha olvidado, pero es un chalé en Miraflores, os daré luego la dirección, tías... Hey, Rosa, maja, me tienes que apoquinar una comisioncita, ¿eh? Estas dos también me la van a dar.

–¿Cuánto? –preguntó Rosa.

–Tres talegos.

–Un talego y vas que ardes, Lisardo

–Dos.

–Uno y medio.

–Está bien.

–Y luego nos marchamos también las tres juntas, cuando termine. Que no pase como otras veces que la Vanesa se quiere quedar –insistió Charo.

Vanesa le dio un codazo a su amiga.

–Hija, si me divierto, ¿qué?

–Lo único que necesito saber es la hora de entrar y la dirección. Yo me marcharé cuando me dé la gana. Me da igual lo que hagáis vosotras.

–Ponte guapa, ¿eh? –le dijo Charo.

–¡Venga, Rosi, birras! Invita éste –Lisardo señaló a Antonio, que hizo una reverencia exagerada–, que para eso nos saca fotos.

Rosa se dio la vuelta y fue a por las cervezas. Charo se pegó al oído de Antonio y le susurró:

–Otro día te voy a contar la historia de Rosa. Estuvo casada con el Ibraín... bueno, casada no, pero fue su mujer –bajó un poco más la voz–. La Rosa tiene más cojones que nadie. Una noche se peleó con un tío aquí mismo y le pinchó tres veces en la barriga, lo quería matar... Estuvo a punto.

Pascual le hizo señas a su hermano para que se callara y le dijo:  
–Ya está otra vez haciendo ruido. ¿No la oyes?

Antonio prestó atención. Sólo escuchó el rumor lejano del tráfico que lograba filtrarse a través de los cristales de los grandes ventanales dobles.

–Lo hace a propósito. Un día la voy a... –Pascual hizo el gesto de cortarse el cuello–. Quiere volverme loco. Como si yo no tuviera suficientes problemas.

Antonio siguió atento. Pascual bajó la voz y se adelantó en la mesa.

–Se pone a rascar el suelo con la uña, hace ruidos extraños. Sabe que me saca de quicio y lo hace a propósito. Un día la voy a matar, no me deja trabajar. Me provoca, ¿entiendes? Está deseando que folle con ella, que suba a su casa y me la tire. Se llama Esmeralda y es viuda, probablemente envenenó a su marido, la cabrona, así se le pudra la sangre. Es un poco gorda, pero está muy buena, vamos, que tiene un polvo.

–Pues sube y títatela. Déjate de coñas.

–Al principio no sabía de dónde venía el ruido, ¿entiendes? Pero poco a poco me fui dando cuenta de que era ella quien lo hacía. Es una cerda gorda, casi siempre vestida de negro, que se pasa el puto día yendo al lavabo. Su cuarto de baño está justo encima de esta mesa –Pascual señaló el techo con la mano y prosiguió–. Voy a tener que cambiar el despacho de sitio.

Antonio se removió en la silla. El efecto de las pastillas persistía todavía: calambres por el cuerpo, pupilas dilatadas y la cabeza como hueca y sonora. Pero el cansancio había desaparecido. Estaba atento y despierto.

–...y lo peor es que la muy asquerosa me sonríe cuando me ve en el ascensor, como si dijera: “ahí te vas a joder, cabrón, porque voy a seguir molestándote, no te voy a dejar trabajar”, y yo le digo: adiós, Esmeralda, usted siga bien, pero pienso: ojalá te caigas y reventes, guarra.

–¿Has visto las fotos? –preguntó Antonio–. Algunas están bastante bien. La del concejal, sobre todo. Y ésa de las punkis en la puerta de Pentagrama. Creo que podemos utilizar esa foto como portada, si te parece bien.

Antonio señaló una de las diapositivas que estaban sobre la mesa, frente a Pascual. Éste le dio un manotazo.

–¡Quita de ahí, coño! ¿Me vas a decir tú ahora la portada? ¿Te crees tú que no sé nada de fotografía?

Empezó a barajar las diapositivas.

–Tú de eso no te tienes que preocupar. La edición del libro es cosa nuestra.

–He hecho fotos de bares, cafés y de casi todos los restaurantes –Antonio intentó que el dolor de cabeza que se le estaba formando en las sienes no se trasluciera en sus gestos ni en sus palabras–. Me parece que el libro está terminado. ¿Cuándo vas a pagarme? He tenido gastos de laboratorio y de material.

–Veinticinco mil. Te puedo dar a cuenta, veinticinco.

–¿Por todas? Quiero decir, ¿me vas a dar veinticinco mil pesetas por más de cuarenta diapositivas? Con eso no pago ni el papel.

–Te dije que ahorraras gastos. Aunque seas mi hermano esto es una empresa. No puedo hacer excepciones contigo.

–Espera un momento, Pascual, no puedes pagarme veinticinco mil por todas las diapositivas. Veinticinco es el precio de una de ellas. Voy a perder dinero.

–Vamos a hacer una cosa, verás –Pascual se pasó la mano por la boca. Ya te valoraré las fotos después. De momento te adelanto veinticinco y ya haremos cuentas. ¿De acuerdo? Entre nosotros no puede haber problemas. ¿Qué tal el concejal? ¿Se te ha dado bien?

–Enchufé el magnetofón y le hice las preguntas. No fue difícil.

–Mira, he decidido... bueno, hemos decidido aumentar un poco el libro. La idea de meter unas cuantas entrevistas ha gustado bastante. Le va a dar categoría al libro. Tú conoces bastante bien el ambiente y no te será difícil hacer tres o cuatro entrevistas más.

–¿Y cuántas fotos?

–Tú no te preocupes por eso. Ya te diré las que nos harán falta en cada caso. Eso es cosa del enmaquetador. Pero no nos hagamos un lío, ahora estamos con las entrevistas, que tienen que quedar de cine. Te recuerdo que es para la Comunidad. Nada de cutrerío, ni de mierda. Madrid va a ser el año que viene la Capital Europea de la Cultura y quieren imagen. Para eso nos subvencionan.

–Ya lo sé, no soy tonto, Pascual.

–Si nos sale bien el libro, nos subvencionarán otros. Ya sabes que tengo amigos en la Consejería de Cultura. Hay muchos proyectos... Y tú estás en ellos, Antonio. Vas a tener trabajo. Para este año, por lo menos.

Pascual levantó la cabeza y prestó atención, como si escuchara otra vez los ruidos en el piso de arriba.

Antonio trató también de escuchar, pero hasta sus oídos no llegó nada. A través de los vastos ventanales del despacho de su hermano se distinguían a lo lejos las moles oscuras de los rascacielos.



“He hecho fotos de bares, cafés y de casi todos los restaurantes”  
(J. Madrid, *días contados*)

—¡Ah!, Sepúlveda es imprescindible —exclamó de pronto—. Una entrevista con él es fundamental. Creo que Emma y tú lo conocéis, ¿no? Una Guía de la Movida sin una entrevista a José Sepúlveda sería un absurdo.

—José Sepúlveda es el cineasta de moda, Pascual. Es difícil acercarse a él. Todo el mundo le quiere hacer entrevistas. Quizá esté en Los Angeles o en Nueva York. No sé si podré.

—Pero tú lo conoces, ¿no? Siempre me has contado tus andanzas con él cuando el rollo ese de Rock Kola.

—Éramos muchos, no sé si se acordará de mí. De momento le puedo hacer una entrevista a Belén Zárrega.

—¿Belén Zárrega? ¿Quién es ésa?

—La musa de la movida. Tuvo una galería famosa, Tres por tres, y se casó con Gonzalo Huete. Es muy amiga de Emma.

—¿Se casó con Gonzalo Huete? ¿El de las constructoras Huete?

—Sí, el hijo.

—Son millonarios.

—Eso parece.

—Vale, pues está muy bien. Pero búscate a otro, por ejemplo, a Luis Dávila, el dueño de la Luna. He ido allí algunas veces a tomar copas y es amiguete, un tío muy simpático... aunque hace lo menos seis meses que no salgo de noche. Tenemos trabajo hasta el gorro. Y, luego, la tía guarra esa de arriba que no me deja en paz un momento. De todas maneras, el más importante de todos es Sepúlveda, que es un tío listo, un águila. Se está haciendo rico. Mira, con esa Belén, Dávila y, sobre todo, Sepúlveda, terminaremos la Guía de la Movida.

—Me dijiste que el libro iba a ser fácil. Y ahora me vienes con que hacen falta no sé cuantas entrevistas más.

—La Guía de la Movida es una chorrada, pero hay que hacerla bien, no me jodas, Antonio. Tienen pensado regalársela a los turistas de lujo, a la gente importante que venga al Madrid 92. Así que no jodas y ponte a hacer las entrevistas que te faltan.

—Hablaré con Emma. A lo mejor me puede organizar una entrevista con Sepúlveda.

—Sí, habla con Emma. Necesitamos una entrevista con ese tío. Ha sido el inventor de la movida. Hay que sacarlo en el libro.

—No te garantizo nada, Pascual. Y recuerda que soy fotógrafo, no periodista. ¿Cuándo me vas a dar el dinero? Estoy sin blanca.

Pascual comenzó a reírse abriendo mucho la boca, mostrando sus dientes blancos y perfectos y una lengua grande y pastosa. Al reír cerraba los ojos y arrugaba la cara, como si tuviera un dolor insoportable en el estómago.

La risa terminó de repente.

—Sin blanca... Como si eso fuera algo raro. Nadie tiene dinero. Estamos en crisis.

Metió la mano en la chaqueta y sacó una cartera grande, de piel. Contó cinco billetes de cinco mil y se los entregó.

—Luego hacemos cuentas. Ahora vamos a ver lo que le has hecho al concejal.

Accionó la puesta en marcha del magnetofón y se escuchó la voz rasposa y un poco ronca de Gerardo Madrazo, Concejal del Distrito Centro.

“...Aquí mi amigo Rufino también tiene que salir en la entrevista. Aquí salimos todos. Rufino es el Presidente de la Asociación de Vecinos del barrio. Y sabe mucho del tema...”

“Tengo una tienda ahí, en la calle del Pez. Pero yo no salgo, Gerardo, que no.”

“¿Cuál es la problemática de este barrio, señor concejal?”

“¡Vaya, me alegro de que me hayas hecho esa pregunta! Este distrito ha estado abandonado de la mano de Dios, era como la selva... aquí cada uno hacía lo que quería, los bares cerraban cuando les daba la gana, los camellos se paseaban como Pepe por su casa, las putas... quiero decir, las prostitutas escandalizaban a los niños de los colegios... Aquí venían todos los mangantes de Madrid y...”

“¿Qué opina sobre la movida de Madrid, señor concejal?”

“¿La movida?... Bueno, sí... yo creo en la movida, yo soy un castizo de Madrid, yo me he criado en estas calles, bueno, en calles parecidas a éstas y a mí me gusta la alegría sana... pero sana, ¿eh?, que es diferente. A mí, todo lo que sea alegría, cachondeo, bares, pues muy bien... Lo que no trago son los drogadictos y los gamberros, eso sí que no. Ya hemos cerrado cuatro bares por incumplir las ordenanzas y hemos creado un puesto de Policía Municipal ahí, en la calle de la Ballesta, que es una calle, como todo el mundo sabe, de alta peligrosidad...”

“Ésta es la ciudad más divertida de Europa en estos momentos, señor concejal. ¿Es también la más peligrosa? ¿Hay inseguridad ciudadana?”

“¿Puedo hablar? Perdón, ¿puedo hablar?... Lo único que yo digo es que me han atracado la tienda treinta y tres veces en diez años, o sea, desde 1980, y que este año, ni una vez. Por algo será, ¿no? Vamos, digo yo.”

“Eso es lo que yo pienso sobre la inseguridad ciudadana, porque este tema es prioritario en el Ayuntamiento, prioritario. Vamos a acabar con la inseguridad ciudadana.”



“¿Qué le diría usted a la juventud que viene a su barrio a divertirse, señor concejal?”

“Bueno, yo les diría que se diviertan, que para eso son jóvenes, pero que se diviertan de forma sana, sin drogas... Las drogas son un veneno... un veneno mortal... Y que no armen follón por las noches, porque hay mucho vecino honrado y trabajador que madruga y tiene que currar al otro día, como todos. Yo digo que...”

Un hombre abrió la puerta del despacho y asomó la cabeza. Preguntó:

–¿Te falta mucho, Pascual? –era Germán Ripoll, abogado de la editorial–. Tenemos una cita con el comité de empresa, te lo recuerdo. Y antes tenemos que hablar –pareció darse cuenta de la presencia de Antonio–. ¿Qué tal con las fotos? ¿Te defiendes?

–Todo va bien –contestó Antonio.

Pascual detuvo el magnetofón.

–Ya hemos terminado –respondió y se puso en pie. Se dirigió a su hermano–. Consigue a Sepúlveda. Y el sábado por la mañana te pasas por aquí. ¡Ah!, y dale recuerdos a Emma. A ver si cenamos un día de éstos.

Antonio se fue y Germán Ripoll entró en el despacho. Encendió un cigarrillo y se detuvo frente a uno de los ventanales.

–¿Están ya preparados los del comité? –preguntó Pascual.

–Tranquilo... tú déjamelos a mí, yo los sé torear. Yo seré el malo y tú el bueno. Les diré que la empresa no está dispuesta a subir más del tres por ciento... y tú, luego, les dices que con un poco de suerte podrías conseguir el cuatro o el cuatro y medio, incluso el cinco. ¿De acuerdo? A mí no me importa pasar por un cabrón. Se supone que los abogados somos unos cabrones. Pero tú eres el director y conviene que piensen que eres cojonudo.

Pascual contempló el cigarrillo recién encendido del abogado. Éste se acercó a la mesa y lo aplastó en el cenicero.

–Me parece que esta vez van a la huelga y eso va a dañar la imagen de la empresa con los publicitarios y la competencia. Por no hablar de los tíos de la Comunidad.

–Deja que hagan huelga, ya tengo pensado lo que vamos a hacer, les saldrá el tiro por la culata.

–Son once, no lo olvides, Germán. ¿Tú sabes la pasta que significa once indemnizaciones por despido improcedente? Además, nos vamos a quedar sin gente.

–Las próximas contrataciones a seis meses, renovables. Nada de contratos indefinidos. Eso es del pasado. La gente con contrato por seis meses no hace huelga. Déjame actuar a mí. No creo que los

once secundan la huelga, si es que la convocan. Y si lo hacen, se llevarán una sorpresa.

—¿Entonces?

—De momento, les dices lo que te he dicho del cuatro o el cuatro y medio... No, espera... Diles que puedes aumentar, que te has enfrentado al Consejo de Administración, que eres un currante como ellos y que les comprendes, que cobran poco, que es necesario un aumento, pero no menciones ninguna cantidad. Dales cuerda, ¿entiendes?

Pascual se arregló los puños de la camisa y se ajustó la corbata.

—¿Crees que ésta es la primera vez que he tenido que torear con una huelga, Germán?

—No, hombre, no —le dio unos golpecitos en el hombro—. Te digo todo esto para coordinarnos, ¿entiendes? Pura estrategia. Oye, recuerda que el sábado tenemos la entrevista en casa, ¿eh? Comeremos con los americanos y luego firmaremos la constitución de la sociedad. Y por la noche, la fiesta.

—Bueno, de momento vamos a torear con esa gente —dijo, y se volvió a Germán Ripoll—. Tengo ganas de joder a estos tíos [...]

En la Plaza la oscuridad era metálica. Amanecería enseguida, pero las sombras aún persistían, prendidas entre las copas de los árboles y la luz que derramaban las farolas.

Las calles de los alrededores se habían llenado de alborotadores que salían de los bares rumbo a otros lugares o a sus casas. Quizá fueran al Maravillas, que continuaba abierto, o al Lady Pepa, en la calle de San Lorenzo. Era el final de la noche, ese momento frágil en el que todo el mundo busca compañía, algo a que aferrarse.

Se rompió una botella y se escucharon risas.

—La sangre me da asco —dijo Bárbara—. Es que no puedo aguantar ningún acto de violencia.

Antonio buscó su mano y se la apretó.

—¿Nos tomaremos una copita en tu casa, verdad?

—Vale, yo tengo vibraciones contigo. ¿No te pasa a ti también?

—Sí, eso... vibraciones. Además eres muy guapa. ¿Follaremos, verdad?

—Claro, me apetece bastante. Tienes un buen rollo.

—Tú también te enrollas muy bien.

—Tenemos que hablar bastante de la ropa que me pondré para el *book*, ¿eh? Quiero que salgan muy bien.

—Saldrán muy bien, ya verás.

–Desde el principio me di cuenta de que Ugarte y yo no teníamos buenas vibraciones. Es muy sencillo, todo es cuestión de vibraciones, ¿entiendes? O se tienen buenas vibraciones o no se tienen. Con-tigo tengo buenas vibraciones.

–Vas a dar muy bien en las fotos, Bárbara. Eres muy fotogénica.

–Soy actriz. Simplemente me meto en el cuerpo y en el alma del personaje y lo hago mío. Ahora estoy ensayando con Fue... no, con Fo... espera, no me acuerdo. Es italiano.

–Darío Fo –respondió Antonio.

–Eso –contestó ella–. Así se llama.

Un hombre se pinchaba escondido en un portal. Llevaba el ca-bello a lo afro y en la oreja le brillaba un pendiente. Otro hombre, de aspecto más joven, preparaba un pico, alentando la cucharilla. Una botella de cerveza de a litro descansaba a sus pies.

Una moto arrancó y la chica que iba detrás gritó:

–¡Hostiaaa!

Bárbara vivía en la calle del Tesoro, cerca de la Plaza del Mar-qués de Santa Ana, en una buhardilla pequeña y aseada como una ratonera.

Nada más entrar encendió un quemador de pachulí y puso una casete de meditación zen. Dijo que era la brisa del campo agitando las ramas de los árboles y el trino de los pájaros al despertar el día.

Se sentaron en el suelo cada uno con un vaso de vino dulce entre las manos. Era la única bebida que había en la casa.

Una de las paredes estaba ocupada por un tapiz azul, tachona-do por estrellitas de papel plateado, cuidadosamente recortadas y pegadas. Había también signos cabalísticos y esotéricos. Una gran foto de un sujeto con túnica blanca y grandes melenas presidía una especie de hornacina, colocada en un rincón.

Bárbara dijo que se trataba de Mhisane Kudú, un verdadero apóstol, un santo indio que le traía buena suerte.

Bárbara le lanzó un beso al retrato desde el suelo.

–Él orienta mi vida –dijo ella–. Cuando me mira sé que me en-vía buenos efluvios.

Antonio no escuchaba nada concreto del casete. Parecía un ru-mor intenso que crecía y disminuía a intervalos, como el tráfico en la lejanía, y de vez en cuando, silbidos agudos.

Estuvieron así un buen rato. Al cabo del tiempo, dijo Antonio:

–Ayer por la tarde estuve en la comisaría... Había un hombre he-rido, llorando, con una herida en la cabeza, le salía sangre. A su lado estaba un muchacho como de unos catorce años, que sería su hijo. Creo que le habían quitado la cartera. El chico estaba avergonzado de

ver a su padre llorar. Se miraba los zapatos y se retorció las manos. Luego, le dio el mono a otro tío, fue la hostia, ¿sabes? Me hubiera gustado poderle sacar una foto, pero está prohibido, claro. El tío del mono temblaba como un azogado, echaba saliva y ponía los ojos en blanco. En esos casos le dan Metadona, ¿no?

—¿En el Gobi? ¿Has estado en el Gobi?

—Sí, y me preguntaron por un tal Ibraín, un camello muy importante. Me dijeron si sabía su verdadero nombre, pero como no tengo antecedentes, pues me dejaron salir enseguida. Nunca había estado en una comisaría. Mi hermano Pascual sí, cuando era estudiante. En la comisaría había también bastantes putas y unos cuantos negros.

Antonio besó a Bárbara en la boca. Ella se dejó besar, pero sin poner nada de su parte. Se separó y señaló la luz que se filtraba por entre las cortinas de la única ventana.

—¡Oh, ha llegado la hora mágica! ¿Quieres que nos desnudemos?

—Bueno —contestó Antonio—. De acuerdo, está bien.

Ella se puso en pie y rápidamente se quitó la ropa. Tenía un cuerpo delgado y compacto, con escoceduras rojas en las ingles. Se había afeitado el vello del sexo hasta dejar una tira central que parecía un brochazo negro.

Bárbara comenzó a bailar. Seguía la música del casete con los brazos sobre la cabeza y los ojos cerrados. Antonio contempló sus diminutos pechos. Le recordaron dos huevos fritos.

—Bu, bu, buuu —exclamaba ella, mientras daba vueltas por la habitación.

Antonio sentía frío y no terminó de desnudarse. Tenía los pantalones por las rodillas. Se los volvió a subir y se los abrochó. Fue hacia ella y la abrazó. Ella se enfadó.

—¡Eh! —exclamó—. ¿Qué haces? Se trata de una danza sagrada en honor de la diosa Shiva. Una danza hindú. No debes interrumpirla.

—Vamos a follar, ya es de día.

Bárbara lo apartó de un empujón.

—Todavía no estoy lista, ¿entiendes? Tengo que despertar a mi Karma. La diosa entrará en mí, me poseerá. Entonces estaré lista para el amor, pero hasta entonces, no. No tengas prisa, ¿vale?

Siguió danzando y Antonio se sentó otra vez en el suelo. Ella continuaba moviéndose por el pequeño cuarto exclamando: “Bu, bu, buuu”.

Antonio intentó masturbarse. Probó varias veces sin conseguirlo. Pero se cansó y se subió la cremallera de los pantalones.

La cinta terminó y ella puso otra.

–Los rumores del Ganges. Ya verás, es fantástico. Te transporta exactamente allí.

–¿Todavía no te ha entrada esa Shiva o como se llame? ¿Te falta mucho? –Antonio miró su reloj–. ¿Cuándo vas a querer follar?

–Lo corporal, sin lo espiritual no puede funcionar. Esto es lo malo de esta civilización, ¿comprendes? Hacemos cosas sin el alma, sólo con el cuerpo. Por eso entran enfermedades, dolencias. Se corta el fluido.

Siguió danzando. Del casete surgió el rumor de olas golpeando una orilla. Al menos, eso creyó oír Antonio. [...]

Belén Zárraga abarcó la habitación tapizada de blanco con las dos manos y torció la cabeza ligeramente a la izquierda.

–En realidad yo no vivo aquí, es mi refugio de soltera. Vamos, que lo utilizo para desintoxicarme del matrimonio. No he querido desprenderme de mi pisito.

–Es muy bonito –corroboró Emma–. De verdad, me encanta.

–Está hecho un asco. Tengo la misma asistenta de siempre. Es una colombiana narco que no da ni golpe. Yo creo que lo utiliza para sus trapicheos. Pero a mí no me importa, hija. Soy la mar de tonta, ¿qué quieres? Yo soy así, no sirvo para mandar. Las asistentas se ríen de mí.

–¿Sigues con la galería, Belén?

–Claro, hija. Qué quieres. Yo no valgo para ama de casa. Además, a Gonzalo le encanta... Mira, yo paso de estar en casa todo el día con los brazos cruzados, no sirvo. Ya ves, hija.

Emma se dio la vuelta. El salón era divino, decorado para que relajara, quizá con demasiados cuadros. Podía parecer un poco sobrecargado, pero nada hortera. Belén debió de gastarse un dineral en decorarlo.

Cuando le telefoneó para decirle que su ex le quería hacer una entrevista, Emma le dijo que le encantaría volver a verla, hacía mucho tiempo que no se veían. Podía ser una buena ocasión para charlar un poco, mientras llegaba su ex. ¿Lo recordaba? El fotógrafo.

–¿A qué sitio vas ahora a tomar copas, Belén? –preguntó Emma–. Ya no se te ve por ninguna parte.

–Salgo poco, la verdad es que ahora es todo un coñazo... Todo lleno de horteras de Móstoles y Fuenlabrada... Ahora me dedico más a recibir en casa... a Gonzalo le encanta... ¿Quieres tomar algo? –miró a Emma con las cejas alzadas, esperando respuesta–. Yo no bebo nada, pero si quieres te puedo preparar un zumo, aunque

te aviso que soy malísima para todo lo de la casa. Pero si quieres, sírvete un giisqui.

Emma soltó una carcajada.

–Gracias, tampoco bebo. Estoy haciendo un cursillo de interpretación y me lo tienen prohibido.

–¡Ah, bueno!... lo que te decía, hija. No salgo nada, nada de nada. Está todo hecho una porquería, lleno de horterazos de todas partes. Nos reunimos en casa con amigos, muy pocos y muy escogidos, y ya está... Voy al gimnasio todos los días y bebo poquísimo, muy poco –se retocó el pelo–. Ese empeño de su ex en hacer un reportaje sobre la movida de Madrid es un poco raro, ¿no?, como fuera de lugar... no sé... un poco...

–Bueno –dijo Emma–, es un encargo de mi cuñado Pascual. Está haciendo una serie de Guías de Madrid para la Capitalidad Europea de la Cultura y todo eso. Una de ellas es sobre la movida. Un poco hortera, pero ya ves, mi pobre Antonio está sin trabajo y un poco depre. Ya sabes cómo anda la prensa. De todas maneras yo siempre he pensado que ya no existe eso de la movida. Estoy de acuerdo contigo. Hay mucha crisis.

–Claro, hija, la verdadera movida duró sólo unos cuantos años. Puede decirse que empezó después de febrero del ochenta y uno, cuando se acabó el golpe de Tejero, y tuvo su punto en el ochenta y dos y en el ochenta y tres... y, si acaso, un poco más, pero ya está... Madrid se llenó de galerías de arte, de revistas como *La Luna de Madrid* y *Madrid me mata* ... Era también la época de los fotógrafos y de los animadores culturales, fíjate tú... bueno, y de los pinchadiscos. El PSOE copó todos los Ayuntamientos y las Diputaciones en las elecciones del ochenta y dos y se dedicaron a dar dinero y subvenciones a tutiplén... Cualquiera que tenía una idea iba a un Ayuntamiento socialista o a una Diputación y le prestaban dinero a fondo perdido. En realidad la cosa empezó ya a la muerte de Franco, pero en los años ochenta y dos y ochenta y tres... Qué quieres, hija, España se puso de moda en todo el mundo... Bueno, sobre todo Madrid... A mí me han hecho entrevistas de casi todos lados... Alemania, Francia, Italia, Nueva York... A propósito de Nueva York. Íbamos a comprarnos ropa y discos a cada instante... a ver exposiciones, conciertos. La cultura americana nos flipó. Ahora es un asco, todo el mundo va a las rebajas de Nueva York a comprarse gangas y esas cosas... ¡Puaff! El aeropuerto de Barajas está siempre lleno de horterazos que van a pasar cinco días de rebajas en Nueva York.

–¿Te acuerdas de la fiesta de presentación de *La Luna* en el Hotel Palace, Belén? –le preguntó Emma–. Fue el acabóse.

El cuerpo menudo de Belén Zárraga se agitó por un súbito ataque de risa que acabó al momento. Se echó la corta melenita rubia hacia atrás y cerró la boca con fuerza.

—No me lo recuerdes, por favor.

—Las chicas íbamos al váter de hombres, ésa era la consigna general. Y no veas cómo flipaban los tíos... Todo el mundo esnifaba y nosotras meábamos de pie, para joder a los tíos. Era... bueno, fue la caraba, vamos.

—Lo que pudo pasar allí —rememoró Belén—. Recuerdo que los directivos del Palace quisieron poner una denuncia al equipo de *La Luna de Madrid* por los destrozos de sus salones. Pero cuando se enteraron de que la reseña de la fiesta había salido en todos los periódicos de España y del extranjero, pues se echaron hacia atrás, ¿no?... Se le hizo una publicidad al Hotel Palace que no veas.

—En aquella época terminábamos las noches desayunando en el Palace o en el Ritz, ¿verdad, Belén? ¿Te acuerdas?

—Ésa era la costumbre. La verdad es que sólo se vive una vez. No me arrepiento para nada, pero para nada, de aquel tiempo loco. Te lo juro.

—La movida se hacía sobre todo en verano, en las terrazas de la Castellana.

—Íbamos un grupo de gente que casi siempre éramos los mismos. Estábamos... espera... Alaska, Almodovar, Sepúlveda y unos cuantos de la radio, pinchadiscos, Miguelito Bosé, esa presentadora de la tele y gente guapa... Gente guapa que venía y se sentaba con nosotros, ¿no?... Ya te digo, sobre todo en las terrazas de la Castellana. Entonces nos divertíamos mirando a la gente que pululaba por ahí... Me acuerdo que inventamos un nombre... pero, aguarda un momento, es importante decir que fuimos nosotros los que empezamos a revalorizar la canción española, las coplas, ¿no? Esto que ahora está de moda.

—¿Qué palabra era ésa con la que llamábamos a la gente, Belén? —preguntó Emma—. No me acuerdo.

—¿La palabra? ¡Ah, sí! Era gualdrapa —Belén Zárraga soltó otra de sus risas cantarinas. Terminó con un movimiento de mano, acomodándose la melena—. Gualdrapa... que quería decir hortera o algo así... Aquél es un gualdrapa, decíamos, o aquélla es una gualdrapa de espanto... Nos dedicábamos a cotillear. Fueron unos años magníficos.

—¡Sí, sí, gualdrapa, eso es!

—Yo creo que fue el comienzo de la libertad en todos los órdenes, sobre todo libertad sexual, ludismo, marcha a tope, alegría de vivir y...

Belén Zárraga consultó su Jacques Petrie de oro.

—...Oye, hija, ¿dónde está tu ex? Yo soy una mujer de negocios, eh... Y tengo muchas cosas que hacer. Lleva media hora de retraso.

—Debe ser el tráfico, Belén. Pero él viene, seguro.

—Bueno, mira, pues lo siento. Pero yo me tengo que marchar. Dile que me llame otro día o me llamas tú.

—¿No te puedes quedar un poquito más?

—Imposible.

—Bueno, yo quería hablar con mi ex. Otra vez será.

—Claro, otra vez.

—Vale, a ver si nos vemos, hija. Ya te llamaré.

—Eso, y me cuentas cómo te va con los hombres.

—Fatal, todos están casados o son gays.

—Le dejaremos una nota en la puerta y ya está. ¿Te llevo a alguna parte?

—Gracias, he traído el coche. Voy a Cardenal Cisneros, Al Centro Piamonte. El curso de interpretación, ¿sabes?

—Venga, vámonos ya. Mi marido va a creer que estoy ligando.[...]

—Son tuyas, ¿no? Entonces serán buenas.

Antonio llevaba en la mano una carpeta abierta, llena de fotos en blanco y negro.

—Mira esto nada más, por favor. Es una idea que tengo para un libro. No tiene nada que ver con las guías de Madrid. Creo que te gustará, Pascual. Son fotos de gente curiosa, de yonquis. Me he enrollado con ellos y me han dejado fotografiarlos. Esta gente tiene los días contados, Pascual, en cualquier momento la pueden palmar.

Antonio le tendió la primera foto a su hermano. Este la sostuvo frente a sus ojos.

Antonio continuó hablando:

—Es un yonqui ¿Lo ves? Se está pinchando en un banco público, a la luz del día. Fíjate en sus ojos ansiosos, en el rictus de la boca. Detrás pasa la gente como si nada. Ya se han acostumbrado, ¿te das cuenta? He revelado treinta fotos. Una muestra de lo que tengo. Pero no creas que sólo tengo yonquis. Estas dos chicas bailan medio desnudas. Fíjate.

Pascual seguía en la puerta del despacho. Al fondo, Germán Ripoll cambiaba papeles de sitio, sentado tras una enorme mesa.

Antonio le mostró otra foto. Charo se masturbaba en la bañera.

—¿Qué te parece? Está a punto de correrse. ¿Lo ves? Es impresionante la sensación de soledad.

Pascual esbozó una sonrisa cansada.



–Por lo menos te lo has pasado bien.

Antonio también sonrió. Le entregó otra foto.

Vanesa, sentada en el retrete, leía un tebeo con las bragas en los tobillos. Sobre su cabeza alguien había escrito con rotulador: “Cagar tranquilos, cagar contentos, pero cabrones, cagar dentro.” La frase se le atribuía a Ugarte, pero también podría haber sido a Lisardo o de otro cualquiera. A sus pies había ropa sucia tirada de cualquier manera, tebeos y, en primer término, una jeringuilla recién usada, con manchas de sangre. A la derecha, el lavabo desportillado y sucio. Sobre los grifos del lavabo se apoyaba un pequeño espejo sobre el que Vanesa había pegado una foto de Richard Gere, recortada de una revista del corazón.

Los muslos y las piernas de Vanesa eran un contrapunto de perfección ante tanta ruina y suciedad.

Antonio se situó detrás de su hermano, que miraba ahora la foto de Vanesa y Charo, dormidas y abrazadas.

La foto estaba tomada desde arriba. Las piernas se entrelazaban y la cabeza de Vanesa descansaba en el pecho desnudo de Charo. La mano se apoyaba blandamente en el estómago mientras las dos dormían con los rostros plácidos.

Pascual se dio la vuelta y le gritó a Germán Ripoll:

–¡Ven un momento, mira lo que me ha traído mi hermanito!

Germán Ripoll avanzó hacia la puerta, mientras consultaba su reloj.

–No podemos entretenernos más, Pascual. Dentro de... vamos, de unas horas, tenemos que comer con los americanos y aún no hemos tratado todo. Aún nos quedan unas cuantas cosas por resolver –se dirigió a Antonio–: Mira, lo mejor es que quedéis en otro momento y discutáis esto más despacio, ¿no?

Pascual le tendió a Ripoll la foto de Charo. Éste la miró distraídamente.

–¿Qué es lo que pretendes con estas fotos, Antonio? Nosotros no editamos este tipo de libros.

Nos hemos especializado en libros de otro estilo. Guías, ¿entiendes?

–En Francia, el año pasado, el libro de Desnoux, *París, gente que va y viene*, fue un *best-seller*. Y eran sólo veinte fotografías de París... vagabundos, clochards... Se vendieron casi doscientos mil ejemplares en tres meses. Y en Estados Unidos, John Coplans ha batido todos los récords de venta con sus fotografías en blanco y negro.

–Esto no es Francia ni Estados Unidos –replicó Ripoll, y volvió a consultar su reloj–. Pascual, te lo digo en serio, vamos a terminar lo nuestro de una vez. A las dos vienen los americanos.

—¿Por qué no empezamos una colección de libros sobre la vida en la gran ciudad? Estoy convencido de que se venderían muy bien.

Pascual seguía ojeando las fotos.

—Pero bueno, ¿tú qué has traído aquí? Tías en pelotas que se hacen pajas, tíos drogándose..., cutrerío, mierda... Eso es lo que has traído.

—He traído la vida, Pascual. La verdadera vida, lo que está pasando en los barrios de Madrid al final de esta década prodigiosa. ¿Es que no te das cuenta? Después de que vuestro Franco muriera, después de la democracia, esto es lo que queda. Chicas podridas por la droga que tienen que prostituirse para sobrevivir, gente que no sabe qué hacer ni adónde ir, atrapados en sus sueños vanos. Personas que morirán enseguida. Esas fotos son un documento espeluznante del final de una época, Pascual. La nuestra. Nuestro tiempo.

—¿La vida? ¿Nuestra época? ¿Y a quién coño le interesa la vida y esas zarandajas? ¿Tú sabes lo que estás diciendo? Estas fotos dan ganas de vomitar, hay demasiada droga, demasiado pus, demasiada mierda... La gente quiere olvidarse de que todo eso existe. Quiere algo más bonito, no sé, más artístico, más elegante.

—Estas fotos son la verdad. Están centradas en Malasaña, pero pueden ser de cualquier barrio, de cualquier ciudad. Son la expresión de nuestra época, de nuestro tiempo... el final de la década de los años ochenta. En España nunca se ha hecho un libro como éste. Es una mirada al subterráneo, a lo que hay debajo de nosotros.

—¿Mirada al subterráneo? —Pascual, de pronto, pareció divertirse—. Si fueran treinta fotos exclusivas de Isabel Preysler o de Alicia Koplowitz, haríamos un libro. Te lo contrataba en este momento. Pero estas fotos... Estas fotos te dejan el ánimo por los suelos, deprimen nada más mirarlas. Lo siento, Antonio, creo que no nos interesa.

Ripoll señaló una de Lisardo.

—¿Qué es esto? —se la quitó a Pascual y se la mostró a Antonio—. ¿Qué significa esta porquería?

Antonio la cogió y la observó en silencio unos instantes. Después dijo:

—Acojonante, ¿no?

Lisardo se pinchaba la vena del cuello en un banco de la Plaza. Se veía cómo le brotaba la sangre de la pequeña herida. Sus ojos aparecían desorbitados por la angustia.

—Es Lisardo —dijo Ripoll.

–Uno más de los que vegetan en el barrio –confirmó Antonio–. Un chorizo.

Pascual adelantó la cabeza.

–¿Lisardo? ¿Quién?

–El niño de López–Huizinga –respondió Ripoll–. Se llama también Lisardo, como su padre. Es cliente mío en un asunto de rehabilitación de pisos antiguos. Me parece que te he hablado de él. Esta noche lo conocerás en la fiesta.

Pascual tomó la foto y la miró.

–¿Éste es su hijo? No puede creerlo. Es un yonqui, se está pinchando. ¿Sabe su padre eso?

Ripoll escogió cuatro fotos de entre todas las que había traído Antonio.

–Estas fotos no pueden editarse. De ninguna manera. Haz lo que quieras con ellas, pero nada de editarlas.

–Me ha dejado fotografiarlo –dijo Antonio–. Él mismo me ha dado permiso.

–El señor López–Huizinga es mi cliente y no voy a permitir que la imagen de su hijo aparezca en ningún sitio. Y menos drogándose. ¿Entendido?

Germán Ripoll rompió cuidadosamente las cuatro fotos y guardó los trozos de cartulina en el bolsillo de su chaqueta.

–Si veo publicadas estas fotos, te pondré una denuncia por utilización indebida de imagen, Antonio. Habló en serio. ¿Lo has entendido?

Antonio asintió en silencio. Pascual lo tomó del brazo y caminaron por la desierta oficina.

–Piénsatelo –le dijo Antonio–. Estoy seguro de que el libro sería un éxito. No tienes por qué darme adelanto. No quiero ningún dinero de anticipo. El libro te saldrá muy barato, yo haría los pies de fotos, que serían como pequeños cuentos, unos bosquejos de las terribles historias que encierra cada foto.

–Tú entenderás de fotos, no lo niego, pero yo entiendo de vender libros y te digo que nadie paga dinero por ver la mierda y la miseria de otros. Eso ya no interesa. En los años setenta, no te digo que no, pero ahora... eso se ha terminado. La gente que tiene dinero para comprar libros, y, más aún, libros de fotos, no quiere que le revuelvan las tripas. Todo eso existe, no lo pongo en duda, pero no vende. Por lo tanto, es como si no existiera.

–Escucha, Pascual, yo me he centrado en Malasaña, pero es lo mismo en cualquier parte, en cualquier ciudad. Da igual qué barrio de Madrid... Lavapiés, San Blas, El Pozo del Tío Raimundo,

Vallecas... Mi libro puede ser el comienzo de una colección sobre la vida urbana. No sólo de Madrid, esto mismo se puede fotografiar en París, en Marsella, en Berlín, en Londres... en Nueva York, en Sevilla. ¿Es que no te das cuenta? Debajo de la prosperidad del lujo, de la abundancia, hay otro mundo, un mundo sórdido y explotado, sin horizontes.

—Parece que a ti no te gusta nada más que esa mierda de drogadictos y putas, ¿no? Pues hay otras cosas en la vida... Otras miradas, como dirías tú.

Antonio le interrumpió.

—Sí, sí, estoy de acuerdo... hay otras cosas... Si quieres puedo sacar a los progres, a los modernos que van a pasar una noche de copas, a los nuevos profesionales que están ganando dinero a espaldas, a los policías, a... toda esa gente, ¿entiendes? Directores de cine, escritores, periodistas... Puedo contraponerlos con los drogadictos, los camellos... Sí, creo que es mejor... ¿Qué te parece, Pascual? Este libro es muy importante para mí.

Pascual le puso la mano en el hombro.

—Eres mi hermano, Antonio. Debo tener confianza contigo. No eres una persona cualquiera que viene a la editorial. No eres un fotógrafo cualquiera. Eres mi hermano y te digo una cosa, sigue con las guías de Madrid. Vas a tener trabajo para rato. Pero olvídate de esas tonterías de libros del subterráneo y otras miradas. Si quieres un consejo, haz fotos más artísticas, con más poesía, más cultura, no sé... Hazlas y podemos hablar de un libro, si quieres.

Pascual abrió la puerta.

—Nunca te he pedido nada. Has sido el hijo preferido de nuestros padres, lo has tenido todo, todo, y ahora me niegas un favor.

La ira deformó el rostro de Pascual. Cogió a su hermano de las solapas de la chaqueta.

—¡Preferido! —gritó—. ¿El hijo preferido? ¡Tú estás loco, desgraciado!

—¡Suéltame, he dicho que me sueltes!

Antonio empujó a su hermano con fuerza contra la puerta. Produjo un ruido sordo al chocar contra ella.

—¡Cómo puedes decir eso de hijo preferido, imbécil! ¡Desagradecido!

—Vamos a calmarnos... venga, vamos a calmarnos —dijo Antonio—. Pero no me vuelvas a tocar.

—Hijo preferido... Y me dices eso a mí... Tú que no has dado golpe en la vida, que te suspendían en todas, que no has terminado ninguna carrera. Mientras tú andabas de drogas y cachondeo con

tus amiguetes modernos, yo luchaba contra el franquismo... Sí, mírame, yo... yo me jodía currando, haciendo cosas que no me gustaban, que me jodían, ¿te enteras, listo?

Respiró hondo varias veces.

–No sabes el trabajo que me ha costado a mí ser, como tú dices, el niño preferido de papá. Ni siquiera sabes lo que le pasaba a papá mientras tú decías que ibas a ser artista. No me jodas más, Antonio. Bueno, y perdona, tío. Estoy estresado... me he pasado... ¿Me disculpas?

–Discúlpame tú a mí, no tengo derecho a exigirte que edites un libro que no te gusta.

–Soy yo el que te pide disculpas –esbozó una sonrisa cansada–. Te quiero mucho, eres mi hermano. ¿Dejamos la discusión para otro día? Ahora tengo que volver con Germán. ¿De acuerdo?

–Siempre has sido igual, siempre pospones una conversación importante para luego. No cambias, Pascual.

–Estoy en mitad de una reunión que es importante para mí. Tú no eres el único que tiene cosas importantes que discutir. Lo único que te pido es que volvamos a hablar de esto en otra ocasión. ¿De acuerdo?

–Pascual, por favor, piénsalo. Necesito hacer este libro. Un libro sobre Malasaña.

–Nadie va ya a Malasaña. ¿Tú crees que a la gente le gusta ese cutrerío?, tú no estás bien de la cabeza. Te has quedado parado en esos jodidos años de la movida. Te lo has llegado a creer.[...]

En la bañera de Antonio el agua estaba muy caliente y enrojecía la piel de las dos chicas.

–Oye, mira –dijo Vanesa–, mañana domingo podemos ir las dos a un Vips y nos compramos cosas, después nos marchamos a Marruecos. Vamos a tener mucha pasta, tía.

–Lo vamos a pasar pipa. Antonio ya ha estado muchas veces en Marruecos.

–No me jodas tía. Las dos solas es mejor. Antonio es un muermo. ¿Qué pinta Antonio con nosotras, eh, dí? También yo puedo decir que se venga Lisardo, ¿no?

–No es lo mismo, hija. Lisardo no se enrolla con Marruecos.

–Los tíos lo joden todo, Charo. Es mejor nosotras solas. Además, vamos a tener bastante dinero. ¿Para qué vamos a necesitar a los tíos?, vamos, me parece a mí.

–Oye. ¿Cuánto sacaremos con las papelinas que nos ha dado Rafa? Era un caballo estupendo. Si lo cortamos podemos sacar... Bueno, no me puedo hacer una idea... un mogollón de pasta, eso sí.

–Me gustaría ver la cara que va a poner Ibraín. ¿Te lo figuras, Charo?

–No quiero figurármelo, qué quieres que te diga. Me da miedo... Si se interesa... Bueno, mejor no lo pienso.

Vanesa se encogió de hombros. Se puso un poco del champú de Antonio en la cabeza y se frotó los cabellos. La espuma desbordó y se escurrió por la frente y el rostro.

–No se va a enterar, Rafa no va a ser tan tonto como para decírselo. Además, ¿a ti qué te importa? El Ibraín es un cabrón... va a lo suyo, como todos. Todo el mundo va según sus propios intereses, ¿no? Pues eso, que se joda el Ibraín –Vanesa se limpió la espuma con el dorso de la mano y continuó–. Hija, si sale bien lo de vender el caballo, nos forramos. Nos podemos montar en el dólar. ¿No te hace ilusión? Vamos a ser unas chicas ricas, ¡ja, ja, ja!, millonarias a modo.

–Hija, no creo que dé para tanto.

–Pero me da ilusión, ¿qué quieres? De ilusión también se vive.

–¿Ilusión? Pues déjame que te diga una cosa que te va a dejar de piedra. Antonio y yo vamos a vivir juntos –el rostro se le abrió con una sonrisa–. ¿A que no te lo esperabas?

Vanesa se quedó inmóvil, los ojos fijos en su amiga.

–¿Se va a ir contigo? –repitió.

–Sí, él y yo. Ya es mi marido.

–¿Fue anoche?

–Sí, anoche.

–¿Te lo ha dicho él?

–Sí, dice que le gusto mucho. Y es cariñoso conmigo y a mí me gusta también.

–¿Y Alfredo?

–¿Alfredo? Pues mira, ya lo ves. Alfredo no me quiere, pasa de mí. ¿Sabes lo que me ha dicho Antonio? Que quiere empezar conmigo una nueva vida.

–¿Eso te ha dicho? ¿Una nueva vida? ¿Y yo qué? ¿No has pensado en mí? ¿Qué hago yo ahora? ¿Con quién me voy, con Lisardo? ¡No jodas que incomodas! El Lisardo no vale para vivir juntos, no vale para esas cosas. Y no te digo nada Ugarte. Para qué hablar de Ugarte. Ese imbécil.

–A lo mejor encuentras a alguien en la fiesta, Vanesa.

–Sí, para que se la mame. Para eso encuentro yo a muchos tíos.

Vanesa se mordió los labios y comenzó a llorar. Charo se la quedó mirando sin saber qué hacer.

–Lo ... lo sabía... Sabía que algún día te irías con un tío, que me dejarías. Habíamos jurado que nunca nos separaríamos y mira...

–Vanesa, Vanesa, por favor... Escucha, escúchame... Le dije a Antonio que se viniera con las dos, te lo juro. Se lo dije. Pero él sólo quiere estar conmigo –Charo le apretó el hombro a su amiga–. ¿Me oyes? Dice que no puede estar con las dos.

–Entonces nos separamos, ¿verdad?

–Vanesa, Vanesa... ¿Tú qué harías? Antonio es fotógrafo, es mayor y no está mal. ¿Te acuerdas cómo se portó cuando vino Rafa? ¿Eh, te acuerdas? Es un tío legal. Podremos tener una casa... Yo siempre he soñado con vivir en un sitio fijo... –Charo se quedó pensativa, chapoteando en el agua–. Esto no me va a pasar todos los días. Dice que le he traído suerte.

Vanesa dejó de llorar poco a poco. Se sonó los mocos y le dijo a Charo:

–Eres tonta. Ese tío nunca vivirá contigo.

–No voy a ir a la fiesta, Vanesa. Se lo he prometido. Él ya es mi marido. Si a él no le gusta que vaya a la fiesta, pues no voy. No iré a la fiesta.

–De puta madre, tía. Muy bien. ¿Y qué hacemos ahora? La fiesta es esta noche. ¿Mandamos a tomar por el culo las veinte mil pasetas?

–Puedes avisar a cualquiera. A Pili, por ejemplo. Pili es muy mona.

–No es lo mismo.

–Voy a vivir con Antonio en esta casa.

–Eso no te lo crees tú ni borracha.

–Vanesa, he pensado en ti, de verdad. Le he dicho que después, cuando estemos situados, vendrías con nosotros a pasar temporadas. Tú eres mi mejor amiga, más que una hermana.

–¿Te acuerdas en el Refor? ¿Te acuerdas? Por la noche, mientras las demás dormían, yo me iba a tu cama y nos poníamos a hablar. Nos juramos que nunca nos separaríamos, que siempre estaríamos juntas.

Charo comenzó a llorar. Se le saltaron las lágrimas. Lloró un buen rato. Luego se mojó la cara con el agua caliente, cubierta de espuma, y se calmó.

–Es que... es que me da por acordarme de mi casa, de mi hermana Encarnita, de madre, de padre... Hace tres años que no sé nada de ellos y me dan ganas de tener una casa y... y... bueno, llevar a Antonio a que conozca a madre y a padre. A lo mejor vienen a Madrid. Quiero que sigas siendo mi amiga, Vanesa. Júrame que serás siempre mi amiga.

Vanesa se encogió de hombros.

- Por mí...
- No te enfades conmigo, por favor.
- Claro, entonces por eso me decías que Antonio se iba a venir a Marruecos. Podías habérmelo dicho antes.
- Me lo dijo esta mañana, en el desayuno. Tú estaba durmiendo, no te enteraste.
- El mosquito muerta.
- Venga, Vanesa. Dentro de poco le cogerás cariño. Ya verás.
- Todavía no me lo creo, qué quieres que te diga. No te veo viendo con ese foteró.
- Siempre tendrás una habitación en nuestra casa, Vanesa. Una habitación preciosa.
- Charo se adelantó y abrazó a su amiga con fuerza.
- Quiero tener una niña. Le pondré Vanesa, te lo juro.
- Vanesa rompió a llorar otra vez en los brazos de su amiga. Lloraba con suavidad, apenas una agitación en el hombro de Charo.
- No llores, por favor, bonita. Hoy es uno de los días más felices de mi vida.
- Se separaron y permanecieron en silencio un buen rato, echándose espuma y frotándose mutuamente el cuerpo.
- Después, Vanesa se estiró en la bañera y ronroneó de gusto.
- Anda, cuéntame algo, una historia bien bonita.
- ¿Cuál?
- No sé. Una que sea bien bonita. Con mucho amor, ¿vale?
- Ahora no me sé ninguna.
- Tú siempre te sabes alguna.
- ¿Te cuento cuando mi madre conoció a mi padre?
- Esa no es una historia de amor, ni de nada. No jodas.
- Hija, pues mi madre nos la contaba y le hacía mucha ilusión. Ya ves. ¿Quieres que te cuente cómo será la próxima casa de Antonio y mía?
- Esa historia tampoco me la cuentas.
- Bueno, te puedo contar la historia de una tempestad que le ocurrió a mi padre cuando estaba embarcado en un petrolero de El Ferrol. ¿Te la cuento?
- ¿Hay amor?
- Hija, no. Pero no me sé otra. Hay aventura, eso sí.
- De pronto, Charo se quedó tensa.
- ¿Qué ha sido eso, Vanesa?
- Vanesa aguzó el oído.
- Parece que están llamando a nuestra puerta.
- ¿Será la madera? –preguntó Charo en voz baja.



–Vienen a por nosotras. ¡Ay, Dios mío!  
–¿Crees que nos habrá engañado Rafa?  
–No me metas miedo, por favor, Vanesa, bonita. Me estoy asustando mucho.

Alguien gritaba al tiempo que pateaba la puerta. Era la voz de un hombre que llamaba a Charo.

–¡Alfredo! –gritó Charo–. ¡Me parece que es Alfredo!

–¿Qué dices?

–¡Es Alfredo! Escucha, escucha...

Charo se puso en pie, chorreando agua, y salió de la bañera. Se dirigió a la puerta y la abrió.

–¡Espera! –chilló Vanesa.

Charo asomó la cabeza fuera.

Alfredo pateaba la puerta de la buhardilla de al lado. Tenía el rostro congestionado por la ira.

–¡Alfredo! –le llamó Charo–. ¡Alfredo!

Alfredo se volvió y dejó de patear. Cruzó los brazos sobre el pecho y dijo:

–¿Qué coño haces? ¿Es que eres sorda tía?

Charo gritó de alegría y se dirigió a él, desnuda, con los brazos abiertos, el agua manchando el suelo.



# SOLEDAD PUÉRTOLAS

(Zaragoza, 1947)

*Todos mienten*, Barcelona, Anagrama, 1988.

*Realizó sus estudios universitarios en Zaragoza y reside en Pozuelo de Alarcón (Madrid).*

*En el ámbito narrativo destacan sus novelas El bandido doblemente armado (Premio Sésamo de novela 1979), Burdeos (1980), Todos mienten (1988), Queda la noche (1989), Premio Planeta, Días del arenal (1992) y Si al atardecer llegara un mensajero (1995).*

*A estas narraciones hay que añadir los volúmenes de relatos Una enfermedad moral (1983) y La corriente del golfo (1993), y dos relatos para un público juvenil: La sombra de una noche (1986) y El recorrido de los animales (1988). Sus libros han sido traducidos al francés, portugués, inglés, alemán e italiano.*

*La vida oculta (1993), que ganó el XXI Premio Anagrama de Ensayo, obtuvo una excelente acogida por parte de los lectores y de la crítica.*

*Los fragmentos seleccionados para esta antología pertenecen a Todos mienten. Esta novela, sobre el trasfondo frívolo de Madrid –dibujado con trazos ágiles y no precisamente compasivos– relata el paso de la adolescencia a la madurez de un joven que ha crecido en dos ambientes casi opuestos: el confortable del hogar de su madre y el convencional de la casa de sus abuelos paternos.*



## *TODOS MIENTEN*

[...]

La familia Arroyo, la familia paterna, de la que quedaban escasos miembros, había sido el modelo de la familia extensa y unida. Había vivido siempre y todavía vivía en un enorme piso de la calle Castelló, a tres manzanas del Retiro. Mis abuelos vivían en la puerta del centro —era el principal: en realidad, un tercer piso— y en lado de la izquierda habían vivido los padres de la abuela. Los pisos se comunicaban entre sí por medio de una puerta que se acabó tapiando porque cuando el piso se quedó vacío, se alquiló. lo que a nosotros nos parecía un lamentable error. Aquella parte de la casa, que contaba con una gran galería soleada, se evocaba siempre con nostalgia. La abuela hablaba de sus padres como de dos ancianos simples y encantadores, a los que había que cuidar, y que nunca habían causado el menor problema.

La abuela Josefa había llevado siempre la carga de los dos hogares y lo había hecho de buen humor. Tenía una cara roja, resplandeciente. La vida le había concedido comodidad y seguridad, pero no la había mantenido al margen de las desgracias. Había librado una batalla continua contra la muerte, la enfermedad y la locura, que había crecido a su alrededor sin que ella pudiera evitarlo. Pero cuando echaba la vista atrás, encontraba motivos para mantener la calma y la confianza. Había habido penalidades y malos episodios, pero parecía pensar que lo terrible y doloroso era una cara inevitable de la moneda y que la otra seguía mereciendo la pena. No sé si era resignación estoica o cristiana, porque, aunque había querido que estudiásemos en un colegio religioso y asistía a misa y rezaba el rosario diariamente, nunca trató de evangelizarnos. Creía en Dios y en la justicia divina fer-

vientemente, pero además, su naturaleza la empujaba hacia la vida, la fortaleza.

Así como ella estaba siempre en casa, pendiente de los miles de detalles que, en su opinión, la convertían en un hogar, el abuelo Félix era conocido en todo el barrio porque le gustaba mucho la calle. Era ingeniero industrial y estaba al frente de una de las dependencias del Ministerio de Industria, a la que se dirigía andando, golpeando suavemente los adoquines de la calle con su bastón. Era amable con todo el mundo, pero, sobre todo, ingenioso. Llevaba caramelos en el bolsillo, que nos daba a nosotros o a cualquier otro niño que se encontrara y tomaba el pelo a todas las personas a quienes amablemente saludaba. Delgado, moreno, con bigote, tocado con sombrero de fieltro en invierno y de paja en verano, años después de su muerte, sus conocidos todavía contaban anécdotas de él y movían la cabeza añorando esos tiempos felices de pascos despreocupados y bromas inocentes.

El hermano mayor de mi padre, que se llamaba Félix, como el abuelo, y que también era ingeniero, en julio de 1936 se alistó con los requetés. Se lo llevaron al frente con los zapatos nuevos, recién comprados, y la abuela todavía se lamentaba, no se sabe si porque suponía que no le habían dado unas botas y los zapatos nuevos le dolerían o porque imaginaba los zapatos tirados, abandonados en cualquier parte. Antes del año les comunicaron su muerte. Siempre que se hablaba de él, los abuelos se quedaban callados, porque no se sabía lo que hubiera podido ser.

Después de Félix venía Dolores —el mismo nombre de mi madre—, y nosotros tampoco la habíamos llegado a conocer. Tenía una salud frágil y dedicaba su tiempo a hacer obras de caridad. Por las fotos veíamos que era delgada y morena, parecida al abuelo. Se murió poco antes que mi padre, de tuberculosis, como él. El abuelo, desde aquella muerte, iba todos los sábados al cementerio —andando, en un paseo más largo que el habitual— con un ramo de flores.

Sin embargo, conocí, aunque no lo bastante, no todo lo que mi curiosidad hubiera deseado, al tío José María. Vivía con los abuelos y nunca tuvo una ocupación. Le gustaba recordar sus tiempos de estudiante, en Zaragoza —lo habían llevado allí porque se pensó que sería más fácil aprobar los cursos de medicina, pero no creo que terminara la carrera: todo el tiempo que hubiera debido dedicar a los estudios lo había empleado en beber—. De él nos hablaba Modesta, la criada de los abuelos. Por ella sabíamos que seguía bebiendo. Todas las noches, el sereno le ayudaba a subir las escale-

ras y entre Modesta y él lo acostaban. Los abuelos nunca se enteraron de que tenían un hijo borracho.

Pasaba muy poco tiempo en casa. Algunas veces nos cruzábamos con él en la calle, muy cerca del portal, cuando regresaba a su casa para la cena y nosotros volvíamos a la nuestra. Como el abuelo, nos daba caramelos y nos acariciaba la cabeza, confundía nuestros nombres, aunque era seguro que los conocía muy bien, y se reía de ello. Lo veíamos un poco más los domingos. Nos interrogaba mientras comíamos, quería saber cuál era la capital de Pakistán o las obras más famosas de Shakespeare, pero no prestaba atención a las respuestas y más de una vez comprobé que daba por válida una equivocada si uno la decía en tono decidido. Pero eran ésas las cosas de las que se le ocurría hablar con nosotros. Se levantaba en seguida de comer, antes del postre —no le gustaban los dulces, que nosotros esperábamos con ansiedad—, y se iba a tomar café al casino. Siempre que se despedía, siempre que regresaba, se inclinaba hacia la abuela y depositaba un beso sobre su frente. Aquel beso me asombraba. El tío José María parecía bastante mayor y en aquel momento se convertía en un niño, más aún que nosotros, que, arreglados con nuestra mejor ropa, bien peinados y lavados, nos sentábamos algo tiesos en las sillas almohadilladas del comedor. Su vida nocturna que, según sabíamos por Modesta, acababa en ruidos apagados por las escaleras, se desvanecía a la luz de aquellos almuerzos en el alegre comedor de los abuelos.

Al tío José María le seguía el tío Joaquín. Tenía fama de haber heredado el ingenio de su padre, pero cuando venía a comer a casa de los abuelos —estaba casado con una mujer que nos impresionaba mucho, no sólo porque era muy guapa sino porque tenía una casi irreal mirada de mártir— se comportaba con mucha gravedad. Luego supe que sólo cuando bebía (y bebía mucho; acaso más que su hermano), perdía esa actitud seria, sin duda resultado de una enfermiza timidez. A lo largo de la vida, se fue desvelando el secreto que parecía querer guardar ante sus padres. A pesar de que los tiempos no admitían el menor escándalo, la mujer cuyos ojos tanto nos habían impresionado, abrumada, contó al fin a sus hermanos que desde la primera noche de bodas su matrimonio había sido un infierno. Nuestro tío bebía antes de acostarse y, exasperado por no poder realizar con su mujer, de quien estaba profundamente enamorado, un acto que con otras siempre le había resultado sumamente fácil, se ponía fuera de sí, la insultaba y la pegaba. Se arregló una separación (no legal) y, a partir de entonces, el tío Joaquín pasaba largas temporadas en un hospital.

Cuando salía de él, vivía en casa de los abuelos. Todavía era joven. Tenía en sus ojos una terrible expresión de vacío. Como el tío José María y como el abuelo en los tiempos de nuestra niñez, llevaba siempre caramelos en el bolsillo y en cuanto nos veía aparecer por la puerta, nos los enseñaba como si fuera eso todo lo que pudiéramos desear. Tal vez se lo había visto hacer a su padre y siempre le había gustado. Éramos ya bastante mayores, pero cogíamos los caramelos y le dábamos las gracias. Luego, nos preguntaba por nuestra madre y tarareaba “María Dolores”.

—Preguntadle a José —decía—. Él la cantaba mejor que yo.

Durante las temporadas que pasaba en casa de los abuelos, el tío Joaquín era un loco apacible. Hablaba mucho de su hermano y fue él quien nos describió la casa cuando el piso de la izquierda estaba habitado por sus abuelos y sobre todo nos describió la galería soleada donde los dos ancianos pasaban las primeras horas de la tarde.

—José y yo —decía— íbamos a verles antes de salir de casa. Estaban siempre rezando. José, que sabía donde guardaba el dinero la abuela, cogía un billete de quinientas pesetas, ¡de quinientas pesetas!, figuraos, una barbaridad, y lo metía en el misal de la abuela. Entonces, cuando pasábamos a verles, le pedía dinero. La abuela decía que no podía, que no tenía dinero, que lo sentía mucho. Y José respondía: pero abuela, mira en el misal, que me parece que Dios ha puesto dinero en el misal. La abuela miraba el misal, encontraba las quinientas pesetas y se las daba.

El tío Joaquín, cuando nos contaba estas cosas y otras parecidas, nos miraba triunfalmente, orgulloso de su hermano y de la bondad o credulidad de su abuela.

Y si pasaba la nuestra por ahí, sonreía benignamente, como si ella no hubiera escuchado o no diera crédito a aquellas historias.

—No hables tanto —decía sin el menor tono de reproche, pero por hablar un poco ella también, por demostrar que no estaba ahí sin más—. Luego te cansas.

No era cierto. El tío Joaquín no se cansaba más porque hablara. Era lo único que le gustaba hacer en aquellas temporadas en que volvía a casa de sus padres. Tenía que darse cuenta de que todo a su alrededor había cambiado: nosotros habíamos crecido, su hermano José María apenas paraba en la casa, pero él ya no podía seguirle. Todo era enormemente distinto y lo veíamos en el reflejo dolorido de sus ojos, pero se aferraba a lo que ya no podía cambiar, a sus recuerdos inmutables. El éxito de su hermano menor, nuestro padre, la belleza de mi madre, a quien hacía tantos años que no veía —y lo decía sin culpar a nadie, como



si fuera natural que estas cosas pasaran—, los paseos del abuelo a lo largo de la calle Castelló camino del Retiro y del cementerio, la infinita paciencia de su madre y la inocencia de los abuelos, cuyas vidas se deslizaban suavemente, bajo el sol de la tarde de la galería, rezando, musitando, y dejándose engañar por sus adorados nietos.

Después del tío Joaquín, venían, muy seguidos, Mercedes y Guillermo. Mercedes era exactamente igual a mi abuelo. Cuando yo la conocí era ya monja de clausura, pero pasaba, como el tío Joaquín y no sé por qué razones, largas temporadas en casa. Tenía el mismo buen humor del abuelo. Se diría que no veía las dificultades.

Guillermo fue mi padre. Su afición al teatro, a la literatura, a la vida bohemia, nunca les gustó a los abuelos, pero, una vez que él tomó ese camino con decisión, hicieron como si no se enteraban. Me mostraban orgullosos sus fotografías enmarcadas. Yo trataba de leer en sus ojos. Miraba hacia la derecha, un poco hacia abajo. El pelo, bien peinado hacia atrás, dejaba muy despejada su amplia frente. Por mucho que lo mirara nunca llegaba a adivinar qué era lo que estaba pensando. Su temprana boda —sin finalizar sus estudios, que nunca se terminaron— y su temprana muerte fueron unos de los muchos golpes que los abuelos tuvieron que sufrir. Pero tenían por lema no quejarse y todavía les quedaba tiempo para bromear con nosotros, únicos depositarios de su apellido, sobre las pequeñas anécdotas de la vida, la nuestra.

Considerada desde mi casa, la casa de la abuela parecía poblada de felices fantasmas. Con ellos me encontraba domingo tras domingo. Mientras avanzaban los meses, los años, se sucedían exámenes, premios, veranos, vacaciones, ellos seguían habitando alrededor de la abuela. Como debía sucederle al tío Joaquín, para mí eran la historia, lo inmutable, frente al mundo, que se estaba haciendo. Curiosamente, la casa de mis abuelos, habitada por esos personajes que se movían errática y misteriosamente, siempre presentó el orden para mí. En ella se formulaban los mismos principios que trataban de inculcarnos en el colegio —ese colegio que pagaban nuestros abuelos y al que habían asistido de niños nuestros tíos y nuestro padre—. Por debajo, había corrientes confusas, pero en la superficie imperaba la calma: el rostro sonriente y lleno, algo arrebolado, de la abuela. En cambio, en nuestra casa, no se sabía bien qué valores imperaban. No se hablaba de principios. ¿De qué hablábamos con nuestra madre? Tal vez yo no hablaba con ella. Es-

cuchaba las conversaciones con sus amigas, repararan o no repararan en mí. Unas veces, me hacían mucho caso, otras, parecía no existir para ellas.[...]

[...] El tío Enrique de México era el hermano mayor y cuando mi madre vino a España él se quedó porque tenía un buen empleo y el proyecto de casarse en seguida. Todo esto lo supe mucho después. Sólo entonces, cuando fueron desapareciendo los enigmas que envolvían el pasado de mi madre, fui plenamente consciente de ellos. Y de todos modos, y aunque obtuve cuantos datos y explicaciones quise pedir, como no fue aclarado a tiempo, el pasado de mi madre permaneció envuelto en la bruma y prevaleció la impresión que tantas veces había podido expresar a sus amigas: “Está sola. No tiene a nadie.” Como si mi madre hubiera salido de la nada.

Cuando vino el tío Enrique de México para instalarse en España, mi madre volvió a llorar. Lloraba de pena y de alegría, porque la recuperación de su hermano le traía el recuerdo de sus padres, perdidos tanto tiempo atrás.

“¿Pero de verdad no os acordabais de él?”, nos preguntaba.

Muy remotamente. Había venido después de la muerte de nuestro padre, con el propósito, lo supimos luego, de llevarnos a todos a Ciudad de México. Pero recibió la negativa de nuestra madre, que lo único que repartía aquí y allá eran negativas.

En su primer viaje el tío Enrique era más bien pobre. Había reunido Dios sabe cómo el dinero necesario para nuestro viaje y ese dinero fue devuelto a la bolsa del ahorro familiar. La bolsa se fue incrementando. El negocio de los abuelos había ido dando algún dinero y al fin el tío Enrique tomó la decisión de venderlo y abrió unos pequeños almacenes. Ya no eran pequeños. El tío Enrique tenía socios norteamericanos –griegos, dijo– y ahora venía a España, convertido en un hombre rico, y se escandalizaba de nuestra pobreza. Estaba en deuda con nosotros, decía, porque a nuestra manera –silenciosa, una manera de omisión–, habíamos contribuido a ese paulatino incremento de los ahorros familiares que le habían permitido concebir más grandes negocios.

Reñía a mi madre, como casi todo el mundo lo hacía, por una razón o por otra. Él la reñía por haber ocultado sus necesidades.

–Pero si vivimos muy bien–replicaba ella–. No necesitamos nada.

El tío Enrique contemplaba con una mirada de censura el cuarto de estar, sin duda la parte más lujosa de la casa, y yo no podía por me-

nos que pensar en lo que diría si conociera nuestros cuartos o la cocina. Rogué que no se le ocurriera, sobre todo, eso: entrar en la cocina.

–No entiendo por qué no nos dijiste nada –dijo pensativo, como si a este lado del océano hubiera habido una conspiración de silencio para ocultar nuestro estado miserable.

Nuestra madre alegaba que entre la pensión, las rentas que nos pasaba generosamente nuestra abuela paterna y los derechos de las dos obras teatrales de nuestro padre, que, como un golpe de suerte, habían sido llevadas al cine, teníamos para vivir con toda comodidad. Porque además, la abuela Josefa nos pagaba los estudios a Federico y a mí, y eso era como un regalo.

–¡Un regalo! –repetió, no sé si más maravillado que indignado el tío Enrique.

–Y tú, ¿qué piensas? –me espetó, sin saber que en aquella casa de mujeres nadie me preguntaba mi opinión–. ¿Qué estudias? –siguió. Se llevó las manos a la cabeza cuando supo que acababa de matricularme en una carrera de letras.

–Pero, ¿qué es lo que piensas ser? –preguntó, extrañado.

–Escritor –contesté, sin mirar a mi madre, porque nunca había confesado públicamente mi vocación.

–Mariconadas –dijo tajantemente, sin considerar que mi padre había sido escritor y que al fin y al cabo esa hermana desvalida a quien tanto quería había estado casada con él.

–Depende –contesté–, maricones hay en todas partes.

Federico se rió, no tanto porque le hubieran hecho gracia mis palabras como porque le gustaba reírse en los momentos tensos. Miré al tío Enrique con displicencia, como se mira a un intruso. Como había luchado mucho y era triunfador, inesperadamente, se echó a reír, golpeó el hombro de Federico y dijo, cabeceando afirmativamente.

–Ya lo creo que los hay.

Luego se dirigió a mi madre:

–Dolores –declaró–, has educado a tus hijos como si fueran chicas. Pero son chicos. –Su voz sonaba rotunda–. Estoy absolutamente convencido.

A esas alturas de la conversación, yo había comprendido que el tío Enrique era un contrincante difícil. Nadie me había preparado para lidiar con él, de forma que no quise hacer ninguna observación.

“¿De qué es exactamente de lo estás convencido?”, tenía ganas de decirle, pero me callé, no por consideración a mi madre, sino porque no había adquirido la necesaria capacidad de réplica que

confieren los años. El tío Enrique jugaba con esa ventaja y con la que le daba saber que no había sido conseguida fácilmente. Se sentía en el derecho de opinar y aconsejar, porque, sobre todo, era riquísimo y siempre había pensado que el dinero es el máximo bien que se pueda obtener en la vida.

Y ésa era, seguramente, la educación femenina que nos había dado nuestra madre: el dinero no se encontraba en el primer lugar de la escala de valores. Había educado a un músico (que tocaba la flauta travesera, ni más ni menos) y a un escritor, si es que éramos un músico y un escritor. Oficios completamente inútiles, poco productivos, que simplemente producían perplejidad a nuestro triunfador tío Enrique.

—Mañana te pasaré a recoger para almorzar —dijo el tío Enrique a mi madre cuando se despidió, dejándonos asombrados, porque aquella frase presuponía una vida activa completamente ajena a la que llevaba nuestra madre.

La repentina materialización del “tío Enrique de México”, ante nuestros ojos había sido como un golpe y todavía no sabíamos cuáles iban a ser sus efectos. Durante un rato, nos quedamos silenciosos. No estábamos acostumbrados a tantas empresas, a tantos planes. No estábamos acostumbrados a la presencia de un hombre en nuestra casa, un hombre, además dominante, dispuesto a ejercer algún tipo de influencia sobre nuestras vidas. Mi madre nos miraba desconcertada. Por lo menos flotaban dos preguntas en el aire: ¿se sometería a su influencia? La segunda era más difícil y planteaba dilemas más profundos: ¿se habría equivocado al educarnos? Mi recién iniciada carrera de letras y las aficiones musicales de Federico no parecían los caminos más adecuados para lograr un lugar importante en el mundo. Tal vez había llegado el momento de detenerse a pensar.

Eso fue al menos lo que leí en sus ojos en el silencio que siguió a la despedida de nuestro tío. Y tal vez algo de nostalgia por aquella vida remota que su hermano había traído repentinamente a casa y de la que ella nunca hablaba. Porque, a diferencia de la abuela Josefa, a quien tanto le gustaba hablar del pasado y que nos había contado una y otra vez la historia frustrada de cada uno de sus hijos —no había historia que para la abuela no fuese frustrada, pero eso no parecía dramático; le permitía sentir piedad—, mi madre nunca hablaba del pasado. La vida anterior al encuentro con nuestro padre parecía no contar.



Pero el tío Enrique había mencionado a sus padres. Después de abrazar a nuestra madre y observarnos a nosotros, había hablado de ellos, casi como si estuvieran allí y en un par de frases supimos que ése había sido el sueño del abuelo: regresar a España. Bien, pues ya estaban los dos aquí, a este lado del mar. Los abuelos se alegrarían si los pudiesen ver.

El tío Enrique empleaba un lenguaje muy directo, un poco infantil, tal vez lo hacía intencionadamente, tal vez era una de esas personas que creen que a las mujeres y a los jóvenes hay que hablarles de forma muy sencilla. Más tarde comprobé que hablaba siempre así y que en cierto modo era porque él era sencillo.

—También papá era un intelectual —dijo en un momento dado. Mamá asintió. ¿Nos había dicho alguna vez eso de su padre?

—El abuelo era un intelectual —dije, repitiendo las palabras del tío Enrique, cuando nos quedamos a solas con mi madre.

—Se pasaba el día leyendo —contestó (y por su tono comprendí que no era en su padre en quien estaba pensando)—. Periódicos, revistas, libros. Todo lo que se refiriera a España. Decía de sí mismo que era un intelectual frustrado. Es curioso que Enrique haya salido así —añadió, sorprendida—. Papá vivía un poco en las nubes. En cambio, él siempre tuvo una mente muy práctica.

Como si fuera eso lo que ella requiriera en aquel momento, nos miró interrogante.

—Tal vez debiéramos cambiarnos de casa —dijo.

La mirada reprobatoria que su hermano había paseado por nuestra casa la había afectado. Contempló la habitación como si la viera por primera vez. Era inútil que discutiéramos con ella. La irrupción de su hermano había supuesto una conmoción. Encendió un cigarrillo y contempló el humo que ascendía lentamente hacia el techo.

—Nunca he pensado seriamente en vuestro futuro —declaró, con un matiz de perplejidad en el fondo de su voz—. Nunca he pensado en el futuro.

—Ha debido de tener un complejo de Edipo tremendo —me dijo Federico por el pasillo, algo después.

Se había comprado las Obras Completas de Freud y quería ser psicoanalista. Cada año quería ser una cosa y cada cosa parecía la definitiva. Durante unos meses nos trataba de adoctrinar. Ahora lo sabía todo sobre los complejos de Edipo. Por supuesto, todos lo teníamos aunque nuestro caso era muy especial, porque, como papá había muerto tan joven y apenas lo recordábamos, nos habíamos encontrado con el Edipo aparentemente resuelto. Eso había sido

nuestra coartada y era nuestro trauma recóndito, del que sería difícil librarnos.

—¿No te has preguntado nunca cómo hubiera sido nuestra vida si no hubiera muerto papá? —me preguntó, tumbado sobre su cama, sin desvestirse—. ¿Qué clase de padre hubiera sido? Tú no lo valoras mucho como escritor. —Me miró fijamente, porque quería ser penetrante y despiadado—. Y no parece que tuviera muchas cualidades musicales. Simplemente, lo hemos suprimido y hasta cierto punto mamá nos ha ayudado mucho. Cuando habla de él emplea un tono irreal, como si dudara de que hubiera existido. A fin de cuentas, no llegaron a vivir muchos años juntos. Se casó con él porque le recordaba al abuelo y a sus aspiraciones de escritor —no se detenía ante nada—, pero ha prevalecido el recuerdo del abuelo. Todo lo que ella es, es su padre —concluyó, un poco tembloroso, pero satisfecho de sus capacidades analíticas.

Como no le contesté (estaba ordenando mis libros y sólo le miraba de vez en cuando), siguió:

—Ha utilizado el recuerdo de papá como excusa para mantenerse al margen de todo, para vivir al día. Pero es que es incapaz de vivir de otra manera. Es perfectamente inmadura. No puede hacer planes.

—Todas las mujeres son inmaduras —le dije, al fin, volviéndome hacia él, dispuesto a acabar con esa conversación—, y casi todos los hombres también. No hace falta leer a Freud para llegar a esas conclusiones y no creas que todo queda perfectamente explicado sólo con Freud.

Me irritaba el tono de superioridad de Federico. Pero yo había pensado en todo eso muchas veces. Nuestra madre no nos había transmitido con claridad una admiración incondicional hacia nuestro padre, aunque hablara mucho de sus éxitos. Pero me resistía a juzgar la vida de mi madre, tal vez porque me sentía más implicado que Federico. Al fin y al cabo, nuestro padre había sido escritor, no músico.

Entretanto, el tío Enrique pensaba por nosotros. Desde el mismo día en que sacó a mi madre a la calle para almorzar, la incluyó en sus proyectos. Quería buscar un piso para su familia y un piso para nosotros (quería sacarnos de nuestro piso de la calle Blasco de Garay), en la misma casa, en una buena casa. En un par de meses, para la primavera, llegaría el resto de la familia: su mujer y sus dos hijos.

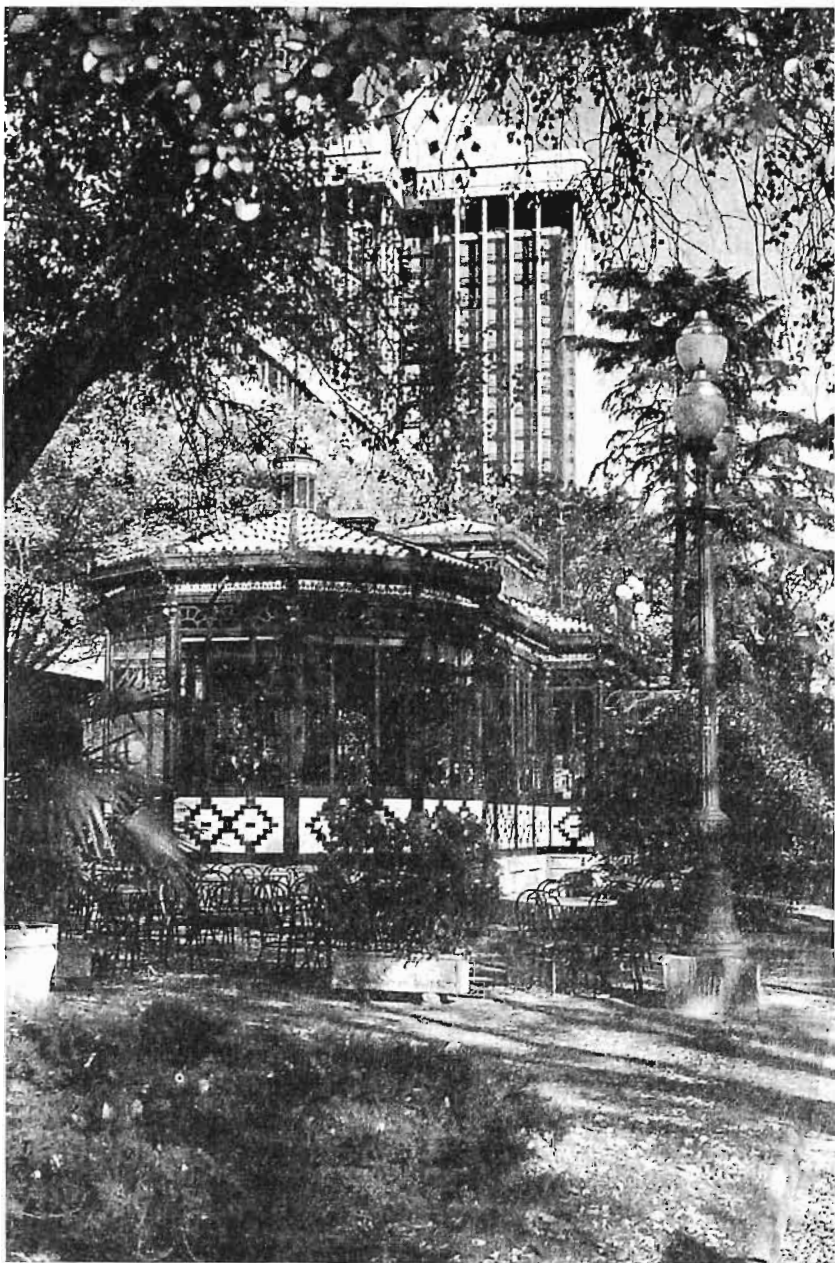


Nuestra madre empezó a pasar la mayor parte del día fuera de casa. Entre visita y visita a los pisos, almorzaban, entraban en una tienda, y compraban algo. Siempre estaban comprando cosas. Mi madre regresaba cargada de paquetes y bolsas de cartón brillante. Al tío Enrique le entusiasmaba ir de compras, porque él mismo era un comerciante. Disfrutaba de ese momento cumbre del intercambio: cuando el comprador escoge y paga y el dependiente envuelve y cobra. Como era generoso, empujaba a mi madre hacia el interior de las tiendas más lujosas, cuyos escaparates apenas se atrevía a mirar tímidamente. Nunca había sufrido por no tener todos esos objetos buenos y caros que se exhibían con tanta elegancia. No tenía inclinaciones consumistas, pero el tío Enrique la lanzó. Rondaba los cuarenta años y, como sucede con toda persona obcecada, su aire era enigmático y joven. En las tiendas estaban encantados con ella, la obligaban a probarse, a llevarse, a completar, bajo la mirada de aprobación de su hermano, que parecía un amante entusiasmado.

Tuvimos que cambiar nuestra opinión sobre el tío Enrique, no por los regalos a nuestra madre, que nos producían cierta inquietud, aunque ella estaba mejorando, sino porque, a pesar de su fuerte componente pragmático, materialista y despreciativo hacia todo lo que no significase ganar dinero, era tremendamente simpático. Y consiguió una cosa, que jamás había sucedido en nuestra casa: la impregnó de un aire de familia. Le extrañaba todo cuanto hacíamos o decíamos, pero nos aceptaba abiertamente, sin ninguna suspicacia: éramos los hijos de su hermana. La familia era para él algo sagrado, indiscutible. A última hora de la tarde, estaba siempre allí, entre nosotros, ¿en qué otra parte podía estar? Y, si no tenía una cena de negocios, se adaptaba a nuestra nada ordenada costumbre de ir a la nevera y prepararnos cada uno lo que más nos apeteciera con lo poco o mucho que allí encontrásemos. A él le divertía, porque le divertía todo lo que supusiera bullicio familiar. Por lo demás, eso era lo que hacían los gringos, decía, de todos modos asombrado: se preparaban ellos mismos la comida. No sólo las mujeres, ¡los hombres!

—Esto es la revolución, pero hay que adaptarse, hay que adaptarse a los nuevos tiempos —decía, satisfecho de los tiempos y de su propia capacidad de adaptación.

Y eso fue lo que nos lo hizo cercano: su capacidad de adaptación. Había triunfado gracias a su tesón y a la suerte (decía con frecuencia), no le importaba confesar su vasta ignorancia y no se escandalizaba de nada. Era un hombre del presente y estaba con-



Conocida terraza madrileña de Recoletos



vencido de que todos lo eran o, al menos, de que lo eran los que triunfaban, los que merecían la pena. No sabía lo que era el resentimiento. Había llegado a España cuando ya Franco, el gran enemigo de su padre, había muerto, y jamás se refería a él, como si nunca hubiera existido. Consiguió la nacionalidad española y disfrutaba al decir España y español, como si alguien le hubiera privado de hacerlo durante mucho tiempo. Esa era, posiblemente, la herencia del abuelo, plasmada en él en esa para nosotros sorprendente satisfacción que le daba la adquisición de nuestra ciudadanía.

La primavera se acercaba y su familia, su mujer y sus dos hijos –Bárbara y Hércules, más pequeños que nosotros– pronto se encontrarían en Madrid, instalados en el piso que el tío Enrique había comprado (sin lograr convencer a mi madre de que se trasladase a su lado) en pleno barrio de Salamanca, porque había oído decir a su padre que allí era donde vivían los ricos, los de toda la vida. Nada de la Castellana, nada del Madrid viejo, no de un chalé en las afueras.

Había venido a casa a tomar café, en una de aquellas visitas inesperadas que acabaron haciéndose habituales. Se dejó caer sobre el sillón y dijo, cosa rara en él, que estaba muy cansado.

–En realidad, estoy preocupado.

Yo había cerrado los ojos, pero ante semejante frase los abrí y vi, en efecto, a un tío Enrique abatido, triste. Me miró.

–Sobrino –dijo–, la vida no es lo que parece. Bueno, tú lo sabes, tú que quieres ser escritor.

Debí de devolverle una mirada de asombro, porque hizo un gesto en el aire y siguió:

–¿Qué creías?, ¿que los empresarios no tenemos sensibilidad? Ya sé lo que pensáis los intelectuales, ya sé. Que huimos de nuestra conciencia, que somos unos brutos, pero hay algo aquí dentro. ¿sabes? –se golpeó el pecho a la altura del corazón–, algo que ningún hombre de verdad puede controlar.

Fue mi madre quien reaccionó:

–Pero, ¿qué te pasa? –preguntó, un poco sobresaltada.

–Estoy en una situación difícil –dijo él.

Costaba pensar que el tío Enrique estuviera en una situación difícil.

–Las mujeres –siguió– son como chicos más educados.

Mi madre me miró, no sé si como mujer o como madre que no había sabido educarme. De todos modos, no era el momento de pensar en nosotros. Era el tío Enrique quien tenía un problema.

El problema se llamaba Chichita. El tío Enrique nos había hablado mucho de ella, e imagino que sobre todo en aquellas visitas a tantos pisos a las que le había acompañado mi madre, no habría parado de hablar si le gustaría este cuarto, esa orientación, esta distribución. Deseaba sorprenderla y la temía. Chichita –María de la Concepción– era una mujer fabulosa –ése era uno de los adjetivos que más utilizaba–, había dicho el tío Enrique muchas veces. Pero ahora nos dijo otra cosa:

–Los chicos no son míos.

El tío Enrique mordisqueó su gran puro, dio lentas chupadas. Nosotros permanecemos callados.

–Los quiero como si fueran míos, claro está. Los he reconocido y ellos no sospechan nada. Todo eso pasó, por supuesto. Fueron malos momentos para todos. Hay que olvidarlo, pero a veces...–se interrumpió, miró a mi madre, me miró a mí–. No sé cómo se va a encontrar Chichita aquí. Es una mujer que... –suspiró, sin saber cómo completar la frase–. Supongo que ha estado muy mimada. El caso es que me preocupa. En su última carta he notado algo raro. Como si no quisiera venir. Es una mujer muy insegura. Necesita muchos apoyos. No sé si soy capaz de darle todo lo que necesita.

El tío Enrique se pasó la mano por la frente.

–Tal vez sean cosas mías, pero quería decíroslo. Me gusta que lo sepáis. Sois mi familia.

Tras esa importante declaración, y sin esperar muchos comentarios de nosotros, que nos habíamos quedado sin habla, se despidió.

–¡Vaya adquisición! –comentó por la noche Federico, levemente compadecido de nuestro tío, pero, sobre todo, curioso: se le presentaban buenas perspectivas para sus análisis.

Lo cierto era que, conforme la venida de su familia se aproximaba, nuestro tío se iba mostrando más apagado. Los negocios iban bien, nos tranquilizaba (porque al verle preocupado, le preguntábamos), las cosas marchaban todavía mejor de lo que había esperado, pero su ánimo había decaído.

–Es posible que sea el efecto de la primavera –dijo mi madre–, pero creo que es por ella: le tiene miedo.

Sin embargo, el tío Enrique, puede que para ahuyentar sus temores, hablaba mucho de la primavera. Su padre le había hablado con entusiasmo de la luz de Madrid. Ante nosotros se mostró aquella faceta sensible de nuestro tío, capaz de recrearse en cosas tan etéreas y cambiantes como la luz de la primavera. [...]

[...] Tras la partida de Federico, me quedé solo en la casa. Quería terminar la tesis ese verano. Trabajaba por las noches. Antes de ponerme a trabajar, me gustaba dar una vuelta. Cenaba, unas veces en casa, otras en un restaurante, e iba después a tomar un café a una de las terrazas de Recoletos. Allí estaba siempre alguien conocido. En un momento dado, me sentía con la necesaria capacidad de concentración para volver a casa y trabajar. Pensaba tomarme unas vacaciones en las últimas semanas del verano, si las cosas habían ido bien.

En una de las terrazas de Recoletos, una noche calurosa de agosto, tuve mi primer encuentro con Chicho Montano, el compañero de colegio de quien Federico me había dado hacía tiempo algunas noticias y recuerdos efusivos, como si hubiéramos mantenido una estrecha amistad. Desde que habíamos dejado el colegio había perdido todo contacto con él. Mi mente había retenido sin gran interés sus actividades en Marbella. Cuando lo vi frente a mí, tardé en reconocerle y, una vez que lo reconocí, apenas podía recordar qué me había dicho Federico de él. Habían pasado casi cinco años desde aquel mediodía de verano en el que dejamos el colegio para siempre.

Yo miraba a la chica que, envuelta en un llamativo vestido rojo, avanzaba entre las mesas como si se tratara de un pase de modelos. Lo curioso fue que se detuvo frente a mí, como si me conociera, aunque no hallé en su rostro ninguna expresión que indicara ese conocimiento. Entonces surgió la voz de Chicho. Era el chico que la acompañaba (aunque, por un instante, lo miré sin saber quién era).

—¡No me digas que eres tú! —exclamó, como quien es objeto de una agradable sorpresa—. Acabo de ver a Federico en Marbella. Ayer mismo. Hablamos de ti. Me dijo que te habías quedado en Madrid. ¡Qué casualidad! Encontrarte hoy mismo, ¿no? ¿Sales mucho? ¿Vienes mucho por aquí?

Hablaba y sonreía al mismo tiempo. Recordé que eso era lo que en el colegio le había hecho singular: su fantástica, imperturbable sonrisa, sus espléndidos dientes blancos. Apoyó sus manos bronceadas en la silla de hierro que quedaba junto a él y me preguntó, mirándome fijamente, con el brillo de una emoción inusitada en sus ojos, qué había sido de mi vida en aquellos años, si había acabado la carrera, si me había casado, si pensaba hacerlo.

—Ya te habrá contado Federico —dijo después, sin dejar de sonreír, ahora con un matiz de orgullo, de diversión—. Estoy en el mundo de la moda. Me han ido bien las cosas. He trabajado mucho, pero ya estoy en camino de conseguir algo. He empezado en Marbella, pero ahora tengo un proyecto mucho mejor. ¿Te acuerdas de la tien-

da de mi padre? Aquella tienda pequeña, con el escaparate lleno de cosas —explicó inútilmente: estaba perfectamente clara en mi memoria; la habíamos mirado cientos de veces—. Te lo digo sin miedo. Atento. Va a convertirse en la tienda de moda.

Me miró, convencido y ufano, y echó una rápida ojeada a la chica del traje rojo, que asintió con un gesto de cansancio, como si fuera la enésima vez que asentía a una afirmación semejante.

Chicho tomó el barrote de la silla entre sus manos y la silla se balanceó. Su mirada se hizo más íntima.

—No ha sido nada fácil —dijo—. No puedes imaginar lo mal que lo he pasado. Ya sabes que nunca me gustó estudiar y, francamente, no se me ocurría qué hacer con mi vida. He llegado a estar tan mal, tan desanimado, que no podía ni levantarme de la cama. “Montano, ¿por qué te levantas hoy?”, me preguntaba cada mañana. Y no encontraba el motivo. Pero lo he superado —dijo, con un tono rotundo y apretando más sus manos alrededor del barrote de la silla—. Fue abajo, en Marbella. Un día estaba paseando y me iba fijando en la gente que se cruzaba conmigo. A la izquierda, estaba el mar, a la derecha, las tiendas de recuerdos, de ropa, los bares, todo eso. Fue como una visión. Ese era mi sitio. Yo tenía que estar allí. Era mi mundo. Lo vi tan claro que inmediatamente alquilé un local. Un local muy pequeño, pero todo empezó a deslizarse como sobre ruedas. A veces ni me lo creo. Y lo de la tienda en Madrid va a ser un bombazo, ya verás. Ahora me despierto muy pronto por las mañanas y me pregunto: “Montano, ¿qué hay que hacer hoy?” No lo pienso dos veces. Me levanto de un salto, hago unos minutos de gimnasia y me tomo un buen desayuno: a la inglesa, quiero decir. Hay que empezar el día así. Zumo de naranja y huevo pasado por agua. Café bien caliente y tostadas. Entonces empiezan las ideas, las llamadas, el ajetreo.

Montano. Así le llamaban en el colegio (como sucedía con todos los demás: nos llamaban por el apellido) y así se llamaba ahora a sí mismo, en aquel diálogo íntimo que al parecer tenía lugar cada mañana. Acaso le costaba reconocerse en esta nueva etapa de su vida.

—Ven a verme un día a la tienda. La abrimos el uno de septiembre.

—Estoy cansadísima, Chicho —dijo la chica—. No hemos parado en todo el día —sacó un pañuelo del bolso y se lo pasó con displicencia por la nariz.

—Es verdad —reconoció Chicho—. No hemos parado. ¡Pero qué estúpido soy!, ¿es que no os he presentado? No me funciona bien la cabeza —y dijo formalmente—: Javier Arroyo, Leonor Vilas.

La chica extendió su mano. Busqué sus ojos: seguía aburrida, cansada. Se quería ir de allí. En cuanto fuimos presentados, se fueron. Los miré un momento en su nuevo desfile entre las mesas. Cansados y satisfechos.

Pedí otro café y me fui a casa. En esa soledad, me sentí bien. La vida desfilaba ante mis ojos. Mi madre se había marchado con su pretendiente. Chicho Montano, aquel casi despreciado compañero de colegio, había remontado su depresión y acariciaba un futuro brillante. Federico seguía en su vorágine de amistades y proyectos. Yo tenía mucho que hacer, pero, no sé por qué, fui a la biblioteca y busqué el libro encuadernado en piel que encerraba las obras de mi padre. Recordé al personaje de quien Matilde me había hablado una vez: el que, como el rey Midas, convertía en oro todo lo que tocaba. Salía en casi todas sus obras, pero en una de ellas un poco más. La encontré en seguida. La leí de un tirón y, sorprendentemente, me gustó. El autor no se había permitido más que un poco de filosofía y de nostalgia. El personaje, que era un poderoso magnate, intervenía en un par de ocasiones, forzando hacia el bien la vida del protagonista, más débil de lo que un protagonista de un obra de mi padre solía ser. En una de esas ocasiones le decía: “No es fácil para mí darte este consejo y no puedo pedirte que me obedezcas a ciegas, así que tendrás que confiar en tu instinto”. Acto seguido, le decía que abandonara a la mujer que amaba o creía amar. Eso era lo de menos, eso empezaba a dejar de interesarme (aunque aquella noche, todo me interesó), pero, por alguna inexplicable razón, la frase me traspasó. La repetí varias veces, como si hubiera en ella alguna clave. Tal vez me impresionaba por la forma en que el personaje parecía, con ella, disculparse de su intervención o por la forma en que yo me imaginaba al vacilante protagonista mientras la escuchaba, sorprendido, un poco agradecido, y, finalmente, buscando con esfuerzo su instinto a través de aquella enmarañada situación que le había tocado vivir. [...]

En mi oficina de la calle Orellana, una mañana de otoño, surgió ante mis ojos, sin previo aviso, Chicho Montano y me dijo eso que suele decir la gente que espera algo de ti:

–Pasaba por aquí, me acordé de que trabajabas en este lugar y he decidido visitarte. Para charlar un rato.

Estaba enterado de mis actividades a través de Bárbara. Le dedicó unos vagos elogios y acto seguido confesó, en un tono alto, como si quisiera dejar las cosas muy claras cuanto antes:

–Sabrás que las cosas me han ido mal. Supongo que te enteraste de lo de Shirley. Se fue cuando terminó el rodaje. Se ha casado con Sid Laroy, el cantante. Vive en Londres y tiene una niña. La voy a ver de vez en cuando. Lo de la moda se acabó, por el momento.

Se me quedó mirando, como si esperase que yo le dijera: “Sí, las cosas te han ido mal.”

El caso es que no lo parecía. Sentado frente a mi mesa, mantenía su aspecto impecable. Refulgían sus dientes blancos. Sus manos perfectamente cuidadas se movían en el aire, orgullosas de su limpieza y sus proporciones, y se posaban brevemente sobre su corbata, su pañuelo (de los mismos colores pero no exactamente igual), la fina lana de su traje. No tendría trabajo ni dinero, pero el poco que tuviera estaba allí, cubriendo y protegiendo su cuerpo.

Me dijo que le parecía bien que me hubiera metido en el mundo de los negocios, era en él donde estaba la vida, donde sucedían las cosas y donde se movía la gente interesante. (Por diferentes caminos, había llegado a las mismas conclusiones que Federico.)

–¿Recuerdas el juego de la pirámide? –me preguntó entonces y algo me dijo de nuevo que Chicho buscaba algo de mí.

–Me hablaron de él. Conozco a un par de personas que casi enloquecieron por su causa. Estaban obsesionadas.

Chicho se rió.

–Se puede decir que yo soy el culpable –declaró con satisfacción–. Fui yo quien lo introdujo en España. Hacía furor en Londres cuando fui a visitar a Shirley. Se me encendió una bombilla en la cabeza: había que ponerlo de moda aquí. Era un negocio seguro. Cuando me propongo algo, lo consigo –me lanzó una mirada luminosa y retadora–. En cuanto veo algo con claridad, me lanzo. Todo lo que necesito es ver claro. Sabía que tenía que salir bien. El momento no podía ser más propicio. Mira –me enseñó sus manos limpias y finas, que movió en el aire, aunque no se trataba de que yo admirara sus manos–, hoy la gente quiere dos cosas: divertirse y ganar dinero. Rápidamente, dinero para gastarlo. No porque lo quieran gastar, quieren ganarlo. El dinero se ha desvalorizado: tan pronto entra por una puerta, ya está saliendo por otra. Hay una explosión del consumo, eso está claro. El dinero arde en las manos. Pero se trabajan muchas horas para conseguirlo, se destroza uno. De ahí el éxito del juego. Está garantizado. Es el riesgo por el riesgo, la gratuidad de la ganancia y la pérdida. Eso es lo bueno. No hay que esforzarse para obtenerlo. Es pura apuesta. Lo de menos es el futuro de ese dinero. Lo de más es la excitación, ese momento en que sabes que has gana-

do. –Le brillaban los ojos y sobre sus rodillas caía un rayo de sol, lo que parecía apropiado–. Los juegos han proliferado –siguió–. Hay mucha competencia. Hay que pensar en algo muy sofisticado, que cubra muchas áreas, que sea una verdadera respuesta a las necesidades del hombre moderno –su tono adquirió los matices y toda la falsedad del vendedor–, pero creo que ya he dado con la idea. De momento, no se lo he dicho a nadie: es algo que puede mover mucho dinero y hay que ser cauto, muy cauto. –Me miró, esta vez pensativo, hasta preocupado.

–Entonces, ¿has dejado la moda definitivamente? –le pregunté.

Hizo un gesto de rechazo, como si esa posibilidad le ofendiera.

–No podría dejarla –replicó con un punto de melancolía–. He tenido que estar un poco apartado en los últimos años, pero la llevo aquí –señaló con su dedo índice el corazón– y en cuanto ponga en marcha este proyecto volveré a ella. Soy hombre de grandes fidelidades. –Sus ojos risueños buscaron mi complicidad–. Sé lo que quiero: una tienda en la que se pueda encontrar de todo: desde una taza de café hasta un par de calcetines. Quiero asegurar al cliente la calidad y la originalidad. No se encontrará con otra persona que lleve la misma prenda. Tengo la vista echada a un par de locales interesantes. Y he hecho ya algunos contactos.

Hubo un silencio.

–Shirley me quita demasiado tiempo –dijo, pensativo–. Me quita energías. Apártate de las mujeres complicadas –declaró, entre confidencial y previsor y hasta un poco orgulloso–. Sobre todo, si son guapas. Así es Shirley: cuando está deprimida, me llama y yo voy como un perfecto estúpido. ¿Cómo se las arregla para convencerme? Ni yo mismo lo sé, pero el caso es que voy, una y otra vez, y me quedo a su lado hasta que las cosas se arreglan. Soy un amigo fiel, así me llama. –Pero no parecía torturado. Sus ojos seguían sonriendo–. ¿Merece la pena vivir sin una gran pasión? –preguntó al aire, porque no era a mí a quien se dirigía; como de costumbre, preguntaba retóricamente, para poder contestarse a sí mismo, pero con un fondo de sinceridad, de convicción, como un mal personaje de teatro.– No hay nada que llene tanto como una mujer –fue la respuesta que se dio–. Ni siquiera la moda. En el fondo, ¿qué más me da cómo vistan los demás? Y no te digo sus comentarios: me ponen enfermo. En cierto modo, el vestido, en cuanto cumple su función, es decir, en cuanto lo lleva una persona, deja de interesarme. Es aquí –se llevó uno de sus delgados dedos a la frente– donde ocurre lo verdaderamente interesante. Con excepciones, claro. Hay personas que... –Dejó la frase en el aire.

La conversación parecía haber llegado a un punto muerto y miré hacia la ventana. Al otro lado de la calle, el edificio crecía: obreiros con mono azul iban y venían entre las vigas y el hormigón.

—Voy a pedirte un favor —dijo Chicho—. Estás metido en un buen negocio. Me interesan tus contactos. —Parecía gustarle esa palabra—. Estoy buscando algo de lo que tú encuentras: uno de esos pisos antiguos. Algo que, por supuesto, no te sirva a ti. No te preocupes, no soy un competidor. —Me tendió su tarjeta—. Avísame si surge algo.

Se levantó y lo acompañé hasta la puerta.

—Estás muy bien instalado —dijo desde allí, echando una última mirada hacia el interior—. Perfecto —dictaminó.

Me quedé pensando en aquella visita. ¿Qué era lo que buscaba Chicho? ¿Un piso, en realidad? ¿No era más fácil ir a una agencia? ¿Por qué buscar mi ayuda? Mi amistad con Chicho no justificaba esa visita improvisada del pasaba por aquí. ¿Qué era lo que le hacía acordarse ahora de mí, cuando no lo había hecho antes? No me había reclutado como cliente en su anterior aventura del juego de la pirámide. Presentí que había algo tras aquella visita de Chicho y que a pesar de la inocencia y sinceridad con que hablaba de sí mismo, de sus pasiones y desánimos, escondía algo que tarde o temprano saldría a la luz.

De todos modos, me olvidé de él. Sobre todo, de su encargo. Había aparecido en mi oficina una mañana de marzo y era verano cuando me llamó. Parecía muy agitado. Pudiera ser que me llamase desde una cabina telefónica. Se oía mal.

—¿No tienes noticias para mí? —me preguntó después de los saludos de rigor.

Por un momento me sentí desconcertado. Era como si hubiese alguna clave entre nosotros.

—¿Qué noticias? —llegué a preguntarle.

—Lo del piso —me aclaró—. ¿no te ha surgido nada?

Me habían surgido muchas cosas. De hecho, ahora tenía una entre manos.

—Si quieres, puedes acompañarme a ver un piso —le ofrecí, para compensar mi olvido—. Iba a salir a verlo ahora mismo.

—Espérame —dijo—. En seguida estoy en tu oficina —y colgó.

Apareció en seguida, como había anunciado. No pude por menos que pensar que me había llamado desde la cabina de la esquina. Llevaba un traje de lino color tabaco, una camisa azul y una corbata clara. Tenía un aire de galán italiano a medio retirar.

Cogimos un taxi y fuimos hablando del calor que se nos echaba encima. “Esta ciudad incómoda —dijo—, no sé por qué nos empeña-



mos en vivir aquí”. El taxista asintió: “Todos se quejan y ninguno se marcha.” “Y todos cogen el coche”, añadió.

Nos quedamos en la esquina de Cuchilleros con Puerta Cerrada. Chicho parecía satisfecho. Le gustaba ese barrio. Era popular, dijo, tenía el sabor del pasado. El portal no era ninguna maravilla, pero tenía arreglo. El ascensor, moderno y espantoso. El piso que estaba en venta era el cuarto, una buhardilla. “Perfecto”, iba diciendo Chicho. Ni siquiera se desalentó cuando entramos. Un hombre joven y amable (no era el propietario, sino un amigo, nos informó) nos estaba esperando. Apretó nuestras manos efusivamente.

—No se asusten por el calor. Hay que poner aire acondicionado, de lo contrario es un infierno. Pero ya todo el mundo pone aire acondicionado en sus casas. Hay que instalarlo en las ventanas del patio, para no estropear la fachada. Ahora tienen cuidado con esas cosas.

Nos fue mostrando lo poco que había que ver. Las paredes habían sido empapeladas sucesivas veces. La cocina, de la que sólo quedaban un par de armarios de formica, mostraba en el suelo y en las paredes los marcos de suciedad donde habían estado empotrados otros muebles. El cuarto de baño estaba completo, pero no se ganaba nada. Había que cambiarlo todo, quitar, pintar, comprar: un trabajo a fondo, con la imprescindible instalación del aire acondicionado, y luego se podía empezar a pensar que aquello era habitable. Me dije “Para ti, si lo quieres.” Mis clientes pedían cosas mejores. Pero el hombre y Chicho hablaron largamente, convencidos los dos de que aquello podía quedar muy bien con muy poco esfuerzo.

—Perfecto para un hombre solo —dijo el hombre, sin sospechar que estaba empleando el adjetivo favorito de Chicho.

—Perfecto —repitió él.

Me guardé muy bien de expresar mi opinión.

En la calle, Chicho se despidió satisfecho. De repente, tenía prisa.

—Te llamaré por la tarde —dijo.

No me dio tiempo de decirle que podía hacer la negociación cuándo y cómo quisiera. Yo no iba a quedarme con la buhardilla y no era un intermediario. Se lo diría en cuanto me llamara.

Pero no me llamó. Tal vez lo había pensado mejor. No dejaba de ser extraño, de todos modos: las prisas, la urgencia de verme, el hecho de que acudiera a mí para algo que podía procurarse perfectamente por su cuenta.

La policía me llamó por la mañana. Me dijo que Chicho estaba en el hospital. Le habían dado una soberbia paliza. Por fortuna,

no había una fractura seria, pero apenas había parte de su cuerpo que no hubiera sido marcada. Sabían que yo había estado con él a última hora de la mañana y me pidieron que no saliera de casa porque iban a venir a interrogarme. Tardaron en venir y cuando llegaron no se excusaron por la tardanza ni yo protesté. Todos admitíamos que en cuestión de formas sociales podían hacer lo que quisieran.

–Vamos a hacerle unas preguntas rutinarias –anunció uno.

Así, tuve que ir recitando mi nombre completo, mi profesión, de qué conocía a Chicho Montano, qué negocios me traía con él. No les hablé de la decisiva importancia de Chicho en la difusión en España del famoso juego de la pirámide. Lo tenían que saber, si sabían cosas de Chicho. Pero sí comenté sus actividades más inocentes y conocidas: la moda, el idilio con la estupenda actriz. Se centraron en lo del piso. Querían saberlo todo sobre la buhardilla que visitamos juntos. De quién era, para qué la quería, qué había hecho Chicho allí. Una y otra vez les dije que yo me dedicaba a eso: a arreglar, modernizar pisos antiguos y que Chicho, un viejo amigo, era un posible cliente. Me miraban con desconfianza, con escepticismo, como si yo estuviera encubriendo a Chicho.

Uno de los policías dijo, refiriéndose a Chicho:

–No quiere hacer la denuncia. Así son: los apalean y luego no quieren hablar.

Se fueron taciturnos. Y me dejaron con la convicción de que nuestra visita a la buhardilla tenía que ver con aquella paliza.

Entre los recados que me esperaban en la oficina, había uno algo sospechoso. Un tal Jeremías Bosch había telefoneado y al saber que no estaba había pedido que le dieran la dirección de la buhardilla que había visitado el día anterior. Dijo que era amigo mío y mi secretaria se la dio. Al fin y al cabo, no era un secreto de Estado y aunque para mí aquella llamada resultaba extraña, para mi secretaria no. No había por qué ocultar a nadie el emplazamiento de aquella buhardilla. De forma que ese Jeremías, quienquiera que fuese, tenía curiosidad por visitar la buhardilla que tanto había gustado a Chicho. Y a mí me entró curiosidad por conocer a Jeremías.

Hice llamar al hospital y supe que Chicho descansaba plácidamente. No tenía nada que perder si me acercaba de nuevo al piso y ya no tenía ganas de trabajar, así que más o menos a la misma hora que el día anterior y con el mismo calor cogí un taxi y me bajé de él en la esquina de Cuchilleros con Puerta Cerrada. En la buhardilla estaba el mismo hombre que tan solícitamente nos la había mostra-

do, sin pasar por alto los inconvenientes. Me miró con sorpresa: durante la visita anterior, había comprendido que a mí no me interesaba.

—Pero a mi amigo sí —le aclaré. Me había pedido que indagara sobre el estado de las tuberías, la cubierta, esas cosas que no se preguntan la primera vez—. ¿Han venido más compradores? —dejé caer.

Hacia un rato había estado un hombre y lo había mirado todo con mucho interés. Casi con demasiado interés. Se trataba de un hombre de baja estatura, muy bien vestido, hasta perfumado, y se había quedado allí un buen rato, inspeccionando el piso, incluso tocando las cosas, dijo mi interlocutor. ¿No había dicho su nombre? No lo recordaba.

Daba igual. Yo empezaba a tener una teoría sobre las actividades de Chicho. Me había utilizado. Aquel piso, como cualquier otro al que le hubiera llevado, era una pista. Debía de haber dejado en alguna parte —¡algo!—. Y eso era lo que había ido a buscar Jeremías Bosch. Ahí estaba la paliza descomunal para demostrar que tantas precauciones estaban justificadas. Quienquiera que hubiera cubierto de golpes a Chicho había llegado tarde. Era una buena jugada y Chicho, a pesar de todo, había salido vencedor si, como era lógico, su cómplice Jeremías había encontrado lo que Chicho había escondido en aquella asfixiante buhardilla.

De esta interpretación se deducía que mi antiguo y ligeramente menospreciado compañero del colegio Chicho Montano me había implicado en sus arriesgados y turbios asuntos con toda tranquilidad, mientras entre sonrisa y sonrisa dejaba caer como fatigados suspiros pedazos de su filosofía de la vida. Llamé de nuevo al hospital para saber si mejoraba —lo hacía— y no quise hablar con él.

Fue después del verano, una tarde de octubre, cuando irrumpí en mi despacho una mujer. Dijo a Esther que se trataba de un asunto personal y Esther carraspeó al abrir la puerta y dejarla pasar. Me dijo sin preámbulos que venía de parte de Chicho Montano, “tu amigo Chicho Montano”, puntualizó. Hubiera querido protestar, pero la chica había sido muy bien escogida. Era buena mensajera: uno no quería ponerle ninguna clase de pegas. Intuí de golpe quién era: la chica del traje rojo, Leonor, que Chicho me había presentado en nuestro primer lejano encuentro. Se comportaba como si yo supiera perfectamente quién era.

—Ha tenido muchos problemas —dijo con cierta languidez, y yo asentí—. Teme que pienses mal de él, quiere excusarse. No se atreve a venir aquí porque le siguen. Pero está preocupado. Ya sabes cómo es Chicho, para él es muy importante la amistad.

En resumen: me esperaba en la cafetería de enfrente y Leonor no tenía otra misión que llevarme hasta él. Parecía muy novelesco, pero ya había empezado a aceptar que todo lo que se relacionaba con Chicho era así.

Y, efectivamente, allí estaba Chicho, en aquella tarde otoñal, sentado ante una mesa de la cafetería, con gafas oscuras, pelo largo y barba de una semana, vestido con ropa amplia, a medio camino entre el mendigo y el cantante de rock de hace diez años. Nada que ver con su habitual atildamiento. Sólo sus manos pequeñas, morenas y delgadas seguían siendo pulcras y perfectas. Tal vez como precaución o por otros sentimientos confusos, no me tendió una de aquellas manos, pero a través del cristal oscuro de sus gafas me llegó el fulgor de sus ojos. ¿Se disculpaba? Me senté.

—No sé qué habrás pensado de mí —dijo—. Como poco, que soy traficante, ¿no? —Él se lo decía todo: como poco—. Como puedes suponer, no lo soy. —Se rió, en demostración de una infinita paciencia hacia los malos pensamientos de los demás—. De lo contrario, no te hubiera metido en esto. Reconozco que te utilicé un poco, mejor dicho, utilicé tu profesión, tu trabajo. No es lo mismo, ¿no? Ya te dije que estaba dándole vueltas a un juego, algo más complicado que el de la pirámide, un juego de verdad, como los de la infancia, una especie de escondite. Quise hacer una prueba y pensé en uno de tus pisos, uno que no te interesara a ti, para no implicarte, porque al fin y al cabo todos los juegos son turbios. —Sonrió—. Dejé escondido dinero en la buhardilla y una persona tenía que ir a encontrarlo. Primero tenía que saber en qué piso estaba, luego ir y afrontar el riesgo de cogerlo. Te parecerá una estupidez, pero es así. A la gente rica le gusta jugar, ya te lo dije.

Por supuesto, no me lo creí, ni entonces ni nunca, pero era un gran mentiroso y no dejaba de ser admirable la naturalidad con que exponía las cosas más inverosímiles.

—Te asombraría saber el éxito que está teniendo el juego y la gente conocida que participa en él. Funciona un poco como el de la pirámide: una especie de cadena, muy enrevesada. Naturalmente, lo llevo con la máxima discreción.

Bien. No podía discutir con él.

—He estado de viaje —me informó—. De vez en cuando hay que salir de este ambiente. Por higiene. Es algo que te recomiendo —añadió, sin preguntar si yo lo hacía—. Abre la mente. Todas las ideas importantes que he tenido han surgido viajando. Imagínate en una ciudad como Delhi, solo, en una habitación de un hotel de

lujo, cruzándote por los pasillos con turistas de todas clases, con toda esa gente –se debía referir a los indios– viviendo su vida a la misma puerta del hotel. Es algo que te conmociona, que pone en marcha tu cerebro. Los olores, los colores, los gestos: todo es distinto y tú estás ahí y debes aprovecharlo al máximo. Vivimos un momento excepcional –declaró–. Todo está a nuestro alcance. El problema es cómo disfrutarlo. Cómo sacar partido a todo esto. Hay que pensar algo. –Sacudió la cabeza, como si la agitación de tanta idea le abrumara–. –Estoy pasando por un momento difícil –confesó después–. Pero son los momentos que merecen la pena. En realidad, no he debido volver –a España, supuse–, es peligroso. Pero es aquí donde me interesa estar. Aquí pueden ocurrir cosas y a mí me interesa lo que ocurra aquí. Eso también lo aprendes al viajar. Si no vuelves y no intentas algo, todo lo que has visto no sirve de nada. Soy una persona práctica –me lanzó una mirada penetrante a través de sus gafas oscuras– y por muchas pegadas que tenga este país es aquí donde yo puedo rendir al máximo. –Otra de sus palabras preferidas.

Seguramente tenía razón.

–Te portaste bien conmigo y sentía ganas de decírtelo –siguió.

Leonor, que había permanecido callada, se levantó y se dirigió hacia el cuarto de baño.

–¿Has visto? –me preguntó Chicho–. He vuelto con ella. Me ha costado comprenderlo, pero es la mujer ideal. Acepta lo que soy. –Me miraba asombrado–. En fin, me tengo que ir. No sé cuánto tiempo me quedaré en Madrid, es posible que me vaya al sur un día de estos. Allí estaré más seguro. Pero no quería dejar de verte. La policía me dejó en paz –dijo finalmente, ya algo remoto.

–No tenía mucho que decirles –observé.

Se levantó y dijo:

–Leonor saldrá después.

Otra vez precauciones, complicaciones: ésa era su vida, su juego. Estábamos frente a la puerta. La abrió y me invitó a que yo pasara primero.

–¿Y lo de la paliza? –le pregunté–. ¿Por qué te pegaron? ¿Cómo encaja eso?

Se encogió de hombros.

–Esa es otra historia. –Sonrió levemente.

Nada más cruzar el umbral me dijo adiós.

Todo era raro en él, ese perfecto mentiroso que acaso creía en sus propias mentiras. En mitad de la calle, me asaltó el deseo de buscar a Leonor, que se había quedado en la cafetería, y hablar con

ella. Tal vez seguirla. Me volví, algo alterado, porque la idea de la persecución me enfermaba. Pero Leonor ya no estaba en la cafetería. Me senté a la barra y pedí una copa, mientras mi cabeza se llenaba de sospechas y extrañas hipótesis, sin saber qué pensar de ese ser fantasioso, preguntándome si sería capaz de hacer una verdadera maldad.



# JORGE MARTÍNEZ REVERTE

(Madrid, 1948)

*Demasiado para Gálvez*, Madrid, Debate, 1979.

*Estudió Ciencias Físicas en la Universidad Complutense, carrera que abandonó para dedicarse al periodismo. Ha trabajado en numerosos medios de comunicación, ha dirigido la revista teórica Zona abierta y en la actualidad colabora en diversas publicaciones nacionales y extranjeras.*

*En su obra narrativa destacan los siguientes títulos: Demasiado para Gálvez (1979), El mensajero (1982), El último día (1981), Gálvez en Euzkadi (1983), Sinfonía bárbara (1983), El último café (1983), Lord Paco (1985) y Los dioses debajo de la lluvia (1986).*

*La novela policiaca española, con antecedentes tan importantes como Mario Lacruz y Francisco García Pavón, tiene en Manuel Vázquez Montalbán al principal consolidador del género en nuestros días. En esta misma línea se inscriben otros novelistas como Juan Madrid, Andreu Martín y Jorge Martínez Reverte.*

*Si Vázquez Montalbán es el creador del detective Carvalho, Jorge Martínez Reverte lo es del periodista Gálvez, que aclara una estafa inmobiliaria en Demasiado para Gálvez y es perseguido por ETA en Gálvez en Euzkadi.*

*Demasiado para Gálvez -algunos de cuyos fragmentos se han seleccionado para esta antología- es, según confesión del propio autor, una novela de periodistas, policías y ladrones. Una novela por la que pasan continuamente -pero con orden- cosas de la vida cotidiana: estafas de miles de millones, muertos hasta en número*

*de seis y voladuras sorprendentes. La víctima, sin embargo, es siempre Gálvez, que recibe los golpes físicos de los mafiosos y los golpes morales de los indeseables de sus patronos, simétricos chantajistas que se contrapesan con los míticos estafadores de Serfico.*

*La mayor parte de la novela se desarrolla en Madrid en una etapa muy precisa. El desenlace de la acción coincide con la voladura del coche de Carrero Blanco. Con anterioridad hemos presenciado, entre otras cosas, casos de corrupción e intentos de sobornos, así como persecuciones por los vagones, andenes y pasillos de las estaciones de Metro de Sol, Santo Domingo, San Bernardo, Quevedo y Cuatro Caminos.*







## DEMASIADO PARA GALVEZ

Hay pocos lugares más incómodos que la antesala de un despacho de abogados laboralistas en época de convenios. El de *Piraña* no era una excepción. El humo de los cigarrillos provocaba el llanto de forma instantánea. Los clientes, recién salidos de sus trabajos, exhalaban un ácido olor a sudor que se acentuaba por la enorme cantidad de cuerpos que se arracimaban en los escasos sillones puestos a su disposición. La escena contrastaba con el silencio que presidía la amplia estancia, infrecuente en reuniones tan numerosas.

Tuve suerte. A las siete menos cuarto el *Piraña* me dio paso a su cubículo entre parcas muestras de afecto. Tenía el aspecto más adecuado para el ejercicio de su profesión: altura mediana, casi igualada por su prominente barriga (“no soy gordo, sino bajo de tórax”, era otra de las muestras de su ingenio particular). Pero su cuerpo pasaba desapercibido a causa de su cabeza. Llevaba grandes barbas que se desparramaban alrededor de la cara, y la frente le nacía un poco antes de llegar a la coronilla (“no soy calvo, peino raya ancha”). Hubiera tenido un aire profético si no fuera por las gafas, que le daban otro más acorde con la figura de un profesor de sociología afinado en Ibiza. Su voz estaba fuera de los cánones humanos. Parecía más bien la de un león ronco que intentara imitar el ladrido de un perro. Cuando se ceñía la toga y comenzaba a rebatir los argumentos de la parte contraria (los abogados de empresa), los magistrados palidecían y en la sala se producían momentos de pánico. Si Samuel Bronston le hubiera conocido, habría hecho una película sobre el juicio final, juicio que, por otra parte, el *Piraña* no



hubiera dudado en aceptar por muy mal que lo tuviera el cliente de turno.

—Así que has dejado que te echaran —me dijo—. Espero que no hayas firmado nada, porque si lo has hecho te largas ahora mismo por esa puerta y no te vuelvo a hablar.

Le hice un panorama de la situación, urgido por las frecuentes miradas que echaba a su reloj de pulsera, tranquilizando sus sospechas sobre mi inutilidad a la hora de negociar con la empresa. Tomó algunas notas mientras yo hablaba. Cuando acabé, me dijo:

—Necesito saber si quieres que te echen o no. Lo mejor es que yo hable con el abogado de la empresa e intente negociar. Tú me dirás si negocio de readmisión o dinero.

—Dinero. No quiero volver con esa cuadrilla.

—Vamos a intentar una cosa: llamar ahora mismo. Creo que el Ortiz ese era compañero mío del Pilar. A ver qué me dice.

—Pero tú has estado en todas las mafias, Eduardo —exclamé—. Yo ya sabía lo de que habías sido demócrata-cristiano, del Felipe y que ahora estás en donde estás —esto último lo dije con tono discreto—, pero lo de haber estado en el Pilar supera todas las posibilidades imaginables.

—Ya estamos con las persecuciones —rugió moviéndose en la silla—. Tú me contarás qué delito es haber estudiado en el Pilar. A lo mejor tu colegio era más caro y más pijo, pero a ti no te mira nadie. Si no quieres, no llamo a Ortiz.

No era el momento más adecuado para reírse, pero no lo pude evitar. Estaba auténticamente indignado con mis observaciones. Contribuí a serenar los ánimos dándole carnaza:

—No te enfades, hombre, que yo fui de Acción Católica, y ya me ves ahora. La única diferencia es que tú serás ministro. Yo me alegro mucho —esquivé la reglamentación de trabajo en químicas, edición en rústica—, porque cuando tú seas ministro, si es que no has vuelto a cambiar de partido, tendremos la reconciliación —las dos siguientes reglamentaciones no las pude identificar— o, incluso, la democracia política y social.

Paré mi disertación porque se había levantado a buscar municiones. Le tranquilicé con un gesto de rendición y le pedí que llamara a Ortiz si hacía el favor. Un tipo que por su rostro curtido debía pertenecer a la construcción, se asomó y preguntó discretamente:

—Eduardo, que si pasa algo... —me dirigió de paso una mirada cargada de advertencias.

—No, gracias, Julián. Todo va bien, es un compañero de viaje —repuso con gesto malvado el *Piraña*.

Cuando el piquete de la construcción abandonó el despacho, marqué el teléfono de *Novedades* y le entregué el auricular a Eduardo. Preguntó por Ortiz, pero no estaba en la revista. Con gesto de superioridad buscó en su agenda y marcó un número sin decirme a quién pertenecía.

—Quería hablar con el señor Ortiz Echezarreta —dijo al invisible personaje que había cogido el teléfono—. De parte de Eduardo San José. —Se dirigió a mí tapando la bocina con la mano— lo de Echezarreta hay que procurar pronunciarlo de modo que suene bien la *ch*, porque, como es de derechas...

Es un espectáculo digno de ser observado con detenimiento lo bien que se entienden entre sí. Da lo mismo el partido en que militen, o que se estén dando los tiros unos contra otros. Hay algo que les identifica y les hace sentirse hermanados, aunque no se soporten. Ortiz se debió poner al teléfono, porque Pedro comenzó a hablar al aparato:

—Miguel, viejo pirata —daba vergüenza oír esas cosas—, que tengo aquí a una víctima del capitalismo y al parecer tú has sido su brazo armado en esta ocasión. Sí, de la revista, se llama Gálvez. No te hagas el loco porque le tengo aquí delante y me ha dicho que tú le diste la puntilla. Bueno, déjate de rollos y vamos a lo que hay que ir. Que no me importa lo que ha pasado, no te esfuerces. Mañana nos vemos para comer. Bueno, pero ve preparando la chequera, porque no tenéis salvación en un juicio. ¿Qué? Pero si tú no sabes nada de derecho laboral. Anda, hasta mañana.

Colgó con una cierta tristeza. No todos los días habla uno con un trozo de su infancia, aunque sea el trozo más detestable.

—Menos mal que no quieres la readmisión, chico —me dijo tras hacer una pausa melancólica—. No te la concederían aunque eso les costara la cárcel. Te has conseguido unos cuantos amigos más. Mañana comeremos juntos. No creo que haya problemas con nada. Echaré las cuentas de lo que te corresponde, contando dos meses de indemnización por año, y lo multiplicaré por tres para que ellos lo multipliquen sólo por dos. ¿Te parece?

Asentí. Eché unas cuentas rápidas: eso podía proporcionarme medio millón de pesetas. Con esa cantidad podría buscar empleo muy tranquilamente. Pero quedaba algo por resolver:

—Te voy a pedir otro favor, Eduardo. Se trata de que me busques algún contacto con gente de Serfico. Durante algún tiempo tú has tenido que ver con el ramo. Es muy difícil que encuentren algo que me sirva, pero tampoco te costará mucho intentarlo. Después del follón que han montado, no pienso dejar la investigación. Voy a terminar el reportaje, y ya encontraré alguien a quien vendérselo.

—No sé si servirá de algo, pero mañana intentaré sonsacar a Ortiz. Yo, en tu lugar, lo dejaría por una temporada. No me has contado en detalle lo de Málaga, pero si hay un muerto y tú no tienes el apoyo de nadie, ni siquiera de la revista, puedes ser una víctima muy fácil. Si está metido algún pez gordo y entras de forma aislada en el lío, puedes estar seguro de que las vas a pasar muy mal, Julio. Espérate a mañana que yo hable con este imbécil de Ortiz. Después te llamaré por teléfono y entonces te ayudaré en lo que pueda. Creo que hay en Serfico un par de camaradas. Lo que pasa es que, como siempre, no se enterarán de nada aparte de los coeficientes y los trienios. Es muy difícil que un empleado de estos tinglados pueda llegar a saber cosas sustanciales sobre su funcionamiento. Y ahora, vete a tomar por donde más te guste, que tengo mucho trabajo.

Había estado demasiado tiempo dentro. Cuando salí muchos pares de ojos fatigados me echaron miradas insolidarias. Me encogí dentro del abrigo y me fui de la casa procurando no rozar a nadie y emitiendo sonidos de cortesía apenas audibles.

Fui andando hasta la glorieta de Bilbao. Tenía hambre, así que doblé a Fuencarral y entré en una tasca donde tenían calamares y cerveza. Pedí un bocadillo al camarero, quien respondió con un grito a la cocina:

—Bocata calamata marchando.

Me retiré a un extremo de la barra con una caña de cerveza en la mano, donde los próximos pedidos del camarero no me dejaron los tímpanos destrozados. Probé a llamar por teléfono. Afortunadamente tenía una ficha. Maribel lo cogió. Tomé su dirección y quedé en pasar a buscarla antes de las diez para cenar y tomar una copa. Mientras el bocadillo marchaba me dediqué a observar la calle. Este tramo de Fuencarral siempre estaba reventando de gente. Seis cines de estreno en poco más de doscientos metros no eran para menos. Me sobresalté. Entre la riada de gente que pasaba delante del bar mirando envidiosa los bocadillos, me pareció reconocer una cara. Esa barba y esa nariz no se prodigaban mucho, y menos aún juntas. Pero tampoco estaba seguro de haber reconocido al *Charro*. Salí a la puerta de un salto. No pude verle. Seguramente era un producto de mi imaginación. Había bebido mucho coñac por la tarde, y luego me había dejado los ojos en el despacho de San José. Me acodé de nuevo en la barra con el estómago algo levantado y una sensación de intranquilidad que me llegaba hasta las piernas.

Tomé con parsimonia el bocadillo y la cerveza. Pagué y no pude esperar más. Me dirigí a buen paso hacia la entrada del metro.

A esas horas era inútil soñar con un taxi. Había una cola muy larga. Me coloqué civilizadamente detrás de una señora con abrigo de pieles. Mantenía la mirada fija en las dos entradas que conflúan en las taquillas. No me había equivocado. Era el *Charro*, e iba con dos tipos nuevos con el mismo aire miserable que caracterizaba a todo lo que le rodeaba. Me refugié detrás del abrigo de pieles. La señora apretó el bolso al ver mis movimientos. Sonreía para tranquilizarla sin perder de vista a los tres tipos, que me buscaban entre la gente levantando las cabezas. Por fin uno me localizó. Señaló mi posición a sus dos acompañantes y los tres vinieron hacia mí. No tuve otra opción. Aparté a la señora, que gritó, y salté por encima de las puertas de entrada apoyándome en los hombros de los dos empleados que picaban los billetes. Mis tres perseguidores intentaron imitar el ejemplo, pero con desventajas. Tropezaron con un montón de gente antes de poder dar el salto. Para entonces los empleados estaban ya preparados. El *Charro* y el más fornido de sus dos cómplices lograron vencer su resistencia, pero el tercero fue atrapado por los empleados, ayudados por varios ciudadanos llenos de conciencia cívica. Salí como un desesperado intentando mantener la ventaja que les había cogido. Fui hacia el andén de la dirección a Portazgo. El tren estaba parado. Corrí y entré en el vagón de cabeza. El semáforo se puso verde, pero el tipo de las puertas se estaba entreteniéndolo con el conductor. Los segundos se hacían siglos. Le di un golpecito en el hombro y le señalé el disco. Nunca me han mostrado tanto desprecio con una mirada. Se subió y después de pitar le dio al cierre. Comencé a suspirar, pero en vano: abrió galantemente las puertas de nuevo cuando vio que mis dos amigos corrían para tomar el tren. Entraron dos vagones más atrás.

Me escondí detrás de un grupo de personas, sin ver qué hacían los dos matones. Pensé en llamar en mi ayuda a los empleados del tren, pero significaban una protección escasa, además de haberme ganado ya su enemistad. Bajarme en la siguiente parada era una locura, porque nunca había nadie y sería imposible perderlos de vista. No tendría más remedio que aguantar hasta la estación de José Antonio para intentar darles el quiebro. Mientras tanto, tenía que evitar que me vieran.

En Tribunal, me coloqué al lado del ayudante del conductor para poder observar en el espejo la acción del *Charro* y el otro. Salieron del vagón, uno por la puerta delantera y otro por la última. Iban a registrar los siguientes coches. El pánico me invadió. Estuve a punto de bajarme. El ayudante resolvió mis dudas dándome un codazo en el estómago al meterse para cerrar las



puertas. Acompañó su sucio golpe con un “perdón” más cabreante que el propio golpe.

Me apoyé sobre la pared intentando recuperar el aliento. Me iba a hacer falta en un par de minutos. Por fin, llegamos a José Antonio. Salí del vagón, junto con un montón de gente, por la segunda puerta. Vi cómo los otros dos salían de los suyos respectivos. Cuando la riada de salida cesó, comenzó la de entrada. Me oculté sólo a medias para que me pudiera ver el *Charro*. Lo consiguió en el último momento. Se metió en mi mismo vagón, pero por la última puerta, al tiempo que avisaba a su compañero con un gesto de la mano. El pito de cierre volvía a sonar. Me bajé bruscamente. Estaban atentos e hicieron lo mismo. Las puertas ya se estaban corriendo, y completé la maniobra a la perfección entrando de nuevo en el vagón. Sostuve la puerta arriesgándome a suscitar la ira de los demás viajeros para poder comprobar el éxito de la maniobra. Había salido perfectamente. Los dos tipos estaban fuera del tren y ya se había puesto en marcha con todas las puertas cerradas. Recé porque no hubiera ningún adolescente de esos que pasan las tardes sujetando puertas mientras mascan pepitas de girasol. Me estaba felicitando por la perfección de mi táctica cuando ellos saltaron a una de las plataformas que hay entre los vagones. Lo único que había ganado era un poco de espacio. Estaban casi al final del tren.

Tenía que inventar algo rápidamente. No iban a tardar más de dos estaciones en agarrarme, una vez descubierto el modo de burlar todas mis posibles astucias con las puertas, poco adecuadas para el tipo de trenes existentes en el metro de Madrid. Me reí de las películas con sus maravillosos trucos. Sólo servían para despistar a policías con pocas ganas de mancharse el uniforme, no para tíos que se ganaban la vida en cada salto y no sumaban trienios.

En cualquier caso algo era evidente: tenía que abandonar ese tren si quería salvarme. La siguiente estación era Sol. Podía muy bien salir directamente a base de piernas hasta la Dirección General de Seguridad. Allí habría suficientes policías como para que los tipos se olvidaran de mí por un tiempo. ¿Y luego? Esperarían a que saliera, simplemente. Además, ¿qué le iba a decir a la policía? No me iban a acompañar a casa. Y si lo hacían iba a ser peor. Pensé que no tenían aún mi dirección. Me habían seguido desde la revista, porque si no, habría sido más fácil agarrarme a la salida de casa por la mañana. Por ejemplo, en el autobús. No podía permitir que localizaran mi domicilio. Me alegré de que no estuviera a mi nombre, igual que el teléfono. La clandestinitis que me había dominado durante unos cuantos años tenía alguna ventaja.

Decidí cambiar de línea. A pie corría demasiados riesgos en distancias largas. Además, si bajaba en Sol sería muy fácil para ellos darme una puñalada entre el tumulto de gente sin que nadie lo advirtiera. Me situé al lado de un grupo de monjas y juré en silencio contra la maldita costumbre que tienen las religiosas de ser muy bajitas. Las puertas del tren se abrieron. Las monjas salieron y yo lo hice detrás de ellas. Me puse a andar interponiendo su presencia entre los matones y yo. Mantuve las piernas dobladas para no destacar mi cabeza. Las monjas me miraron con indignación, pero su sentido innato de la discreción les impidió hacer nada contra mi presencia. Levantaron altivas sus caras y anduvieron dignas hacia la puerta que señalaba correspondencia con Cuatro Caminos y Ventas. Para la más jovencita de las monjas, la situación se hacía insufrible. Le hice gestos de que mantuviera silencio y rogué con las manos que no me descubriera. Me asomé un poco por encima de mis involuntarias protectoras. Los dos tipos andaban como locos mirando por las ventanillas del tren tratando de localizarme.

Todo marchaba a la perfección hasta que un oficinista que salía harto de hacer horas extras tronó a mi lado:

—Supongo que no estará usted molestando a las hermanas. Si no se va, le voy a romper la crisma.

Tomé nota de su cara por si alguna vez me lo encontraba colgando de un precipicio. Me incorporé y salí corriendo. Los riñones me lo agradecieron. El *Charro* y su amigo, también. Eran ágiles. Afortunadamente perdieron unos segundos deshaciendo el grupo que formaban las monjas y el oficinista. Este pagó el primer plazo de mi venganza comiéndose un par de escalones por un empujón de mis perseguidores.

Corrí como un desesperado. La providencia se había aliado conmigo. El tren estaba a punto de salir en dirección a Cuatro Caminos cuando llegué al andén. La providencia también estaba aliada con el *Charro* y el otro. Llegaron a tiempo para entrar en un vagón detrás del mío. Esta vez no podría engañarles con viejos trucos. Tenía que pensar algo y rápido. Más aún cuando no podía contar con que la suerte me siguiera acompañando. Por piernas no les ganaría, y los dos posibles cambios de línea que quedaban, Opera y San Bernardo, no eran muy propicias para escapar. Opera por la longitud de sus pasillos. San Bernardo, porque no la conocía bien. En Noviciado había correspondencia con el Suburbano, pero optar por esa salida era casi tanto como condenarme a muerte. Si cogía el Suburbano no haría más que darme ventajas por la soledad en que nos encontraríamos. Por el momento, sólo podría ir cambiando de vagón para evitar que me cogieran.

Dos estaciones después, en Santo Domingo, me encontraba en el primer vagón, apoyado en la esquina contraria a la del abrepuestas. Un grupo de soldados me rodeaba, gastando bromas y dándose ánimos unos a otros para abordar a una jovencita. El *Charro* y su compinche se encontraban apoyados al lado de la puerta de salida esperando la mejor oportunidad para ajustarme las cuentas. No tenía escapatoria. Para abandonar el vagón debería pasar por delante de ellos, y eso sería el fin para mí. Esta vez no les podría coger desprevenidos.

Al *Charro* le chispeaban los ojos mientras me observaba. Seguramente estaba gozando por anticipado el momento en que me hundiría la navaja en la carne. De cuando en cuando, cruzaban sus miradas y una sonrisa apenas perceptible dilataba sus labios. Luego, volvían de nuevo sus ojos hacia mí sin perder uno solo de mis movimientos. En San Bernardo el vagón quedó lleno a rebosar, lo que sólo me favorecería a mí. Mi única oportunidad estaba en que el vagón llegara repleto a la estación de Cuatro Caminos. La línea se prestaba muy bien a mis propósitos. En Quevedo subió mucha más gente. La longitud de la línea hasta mi destino era tan prolongada que subía mucha gente aunque sólo quedara una estación. Probablemente se trata del trayecto más largo de Madrid entre dos estaciones. A mí se me hizo una eternidad. Cuando llegamos, el tren se detuvo para dejar pasar al que emprendía la salida en dirección contraria.

Comencé a sudar. En pocos segundos se decidiría todo. El tren penetró lentamente en la estación. Noté cómo tensaban los músculos los dos tipos, esperándome. Me imaginaba sus manos acudiendo prestas por sus armas. Faltaban sólo unos metros para que el tren se detuviera. Por fin llegó al final. Cada uno de ellos se puso a un lado de la puerta. No hicieron caso del cambio de lugar del abrepuestas. Cuando llegó a mi lado y abrió la puerta de la derecha, salí como una exhalación. Oí al *Charro*, gritar de rabia. Escapé como alma que lleva al diablo. Esta vez la ventaja era grande. El vagón iba abarrotado y tenían por delante a mucha gente subiendo las escaleras. Me había salido bien. Cuatro Caminos es una de las pocas estaciones donde el metro acaba abriendo las puertas por la derecha y ellos, en buena lógica, no lo podían saber viniendo de fuera.

Había ganado la partida, pero no dejé de correr hasta haber doblado Raimundo Fernández Villaverde. Tomé un taxi y le dije al conductor con gestos que siguiera hacia adelante. Tardé unos minutos en poder indicarle la dirección de Maribel. Las piernas me temblaban de forma incontenible. Sudaba copiosamente. Cuando el taxi se detuvo en la calle Costa Rica, le pagué con moneda suelta



que tuve que recoger del suelo un par de veces, porque las manos me temblaban. Le di dinero de más, pero no esperé el cambio. Debía ser veterano en la profesión, porque no se inmutó ni me hizo ningún comentario sobre mi estado. Abrí la puerta y logré con dificultades que las piernas me sostuvieran. Seguramente había gastado dos años de reserva de adrenalina. Entré en el portal de Maribel. Me senté en las escaleras y respiré profundamente unas cuantas veces. Estaba muy asustado. Como nunca lo había estado.

Mi expresión demudada alarmó a Maribel. Después de abrirme, me condujo hasta un salón con paredes llenas de baratijas y muebles falsamente rústicos. Aperos de labranza y muñecas de porcelana se disputaban los muros con una multitud de juguetes de hojalata, soldados romanos, algún que otro Herodes, fotos color sepia y estampitas de santos y vírgenes.

Un individuo de unos treinta y cinco años, con poblada barba y ropas descuidadas, ensayaba a la guitarra repetidamente el mismo acorde, tumbado en un sofá. A sus pies, sentada y ligeramente reclinada sobre una mesa baja, una mujer de unos veinticinco o treinta años se afanaba con una cuchilla sobre un objeto que no pude identificar.

Maribel me hizo sentar en una butaca de mimbre después de proceder a una escueta presentación (“aquí un amigo, aquí otros dos”), y salió disparada para servirme algo de beber. Le pedí lo más fuerte que hubiera en la casa. Me arrepentí de haber hecho una petición tan ambigua. Tuve que rechazar una botella de triple seco, dos clases diferentes de ponche, un estomacal Bonet y un par de mejunjes raros, uno de ellos a base de yema de huevo y otro de menta y chocolate. Por fin conseguí que trajera una botella de coñac nacional. Tomé dos copas seguidas sin apenas respirar. Era un coñac con cualidades indudables: al acabar con las papilas gustativas mediante abrasión, hacía imposible darse cuenta de que no era coñac, así que daba el pego.

Al cabo de un rato ya estaba en condiciones de hablar con seres humanos. Maribel se había sentado frente a mí y esperaba pacientemente que me recuperara para interrogarme. No era mi intención conseguir efectos teatrales, pero no pude evitar un cierto tono dramático:

—Me han intentado matar de nuevo. Los mismos de la otra vez. Me siguieron a la salida de la revista, pero conseguí despistarles en el metro.

Mientras Maribel igualaba con presteza mi color pálido, los otros dos miembros del auditorio permanecieron insensibles a mis

palabras. Se miraron entre sí y levantaron las cejas en un gesto indefinible. Maribel reaccionó:

–Hay que llamar a la policía –dijo, levantándose en busca del teléfono.

Ahora sí reaccionaron:

–De eso nada –intervino la chica–. Si quieres llamar a la poli, lo haces desde otra parte. Aquí nadie ha intentado matar a nadie. Somos inocentes. Ambos rieron a coro la declaración de inocencia. Tranqualicé a Maribel y a sus amigos diciéndoles que no tenía sentido llamar a la policía:

–Al fin y al cabo, no los van a coger. La policía no puede hacer nada contra esos tíos aquí en Madrid. Yo soy quien tiene que tener cuidado de que no me vuelvan a encontrar tan fácil. Además, no creo que después de lo de hoy hagan más tentativas por una temporada, porque ellos habrán hecho el mismo razonamiento al respecto: pensarán que les he denunciado para que me protejan, y esperarán.

–Lo único malo de tu razonamiento es que sólo sabremos si es acertado o no cuando haya terminado todo –terció Maribel–. Hay que pensar algo para evitar que vuelvan a tener otra oportunidad. Yo sigo pensando que lo de la policía no es mala idea.

La amiga de Maribel acabó su labor sobre la mesa. Envolvió el objeto que rascaba en un trozo de papel de plata y juntó el resto con tabaco. Luego procedió cuidadosamente a liar un pitillo con una máquina cuadrada de hojalata. El rito se interrumpió momentáneamente por la falta de algo. Miró a su alrededor en busca de inspiración y al fin preguntó al vacío:

–¿Tenéis alguno un billete de metro? Para el filtro.

Yo me eché mano al bolsillo con gesto decidido, hasta que me acordé de mi poco ortodoxa forma de colarme. No podría volver por la estación de Bilbao en unos cuantos meses.

El tipo de las barbas –que resultó llamarse Ulises– se incorporó con esfuerzo de su cómoda postura. Dejó a un lado la guitarra, privándonos de la compañía del do mayor por un rato, y registró sus pantalones. Él tuvo más suerte. Seguramente llevaba una vida menos agitada que yo.

–Si te vale uno de Nueva Numancia, toma –dijo alargando despectivo el trocito de cartón–. Yo me voy a vestir, mientras lo encendéis. A las once y media o doce tengo que empezar a trabajar.

Se dirigió hacia el pasillo, mientras la chica encajaba el filtro en el porro y se disponía a encenderlo. Llevado por la cortesía no pude dejar de intervenir:

–Debe ser duro eso de trabajar de noche –dije, alzando la voz para que me oyera Ulises, tomándole por sereno o algo similar.

Maribel y su amiga se encogieron de hombros al tiempo que daban un par de pitadas cada una. Un intenso olor invadió el cuarto. Mi observación cayó por lo demás en el vacío. Maribel me pasó el porro. Lo tomé con aire conoedor. En una guía *underground* inglesa había leído cómo hacerlo. Aunque no fumaba, me decidí. Liberé las vías respiratorias y absorbí el humo hasta el estómago. Segundo y medio después se lo había echado a la cara a las dos acompañado de un aliño de coñac y toses. Guardé la compostura como pude y pasé el cigarrillo a Nana –que así se hacía llamar–. Haciendo gala de un inmenso tacto, ninguna comentó nada sobre mis habilidades para con el humo. Se miraron cómplices, pero no dijeron nada.

Por el pasillo se oyó venir a Ulises reclamando su parte en el festín. Cuando entró en la sala, pude advertir que no era sereno. Lo deduje por el uniforme negro de corte medieval que lucía. De los hombros le colgaban numerosas cintas de colores. El conjunto se coronaba con un sombrero de pico también negro, colocado bajo su sobaco derecho.

La cortesía seguía perdiéndome. Volví a la carga dispuesto a obligar a los presentes a reconocer que era un chico simpático.

–Qué bonita tradición la de la tuna. Es una lástima que se vaya perdiendo por culpa de esta civilización industrial. Yo cuando estaba en la universidad pensé hacerme tuno alguna vez, pero no sé por qué no me decidí. Me alegro de que haya gente animada.

Ulises, más atento al porro que a mí, se abalanzó sobre él para dar una chupada. Aspiró profundamente sosteniendo el sombrero bajo el sobaco. Mantuvo un buen rato el humo en los pulmones hasta que lo soltó despacio. Tomó una nueva bocanada y lo pasó a Maribel. Me miró como sopesando mis palabras. Se sentó nuevamente al lado de la guitarra, y, por fin, soltó de nuevo el humo. Chascó los labios y puso cara de no importarle el tiempo. La voz le fluyó lentamente, afectada, para dar respuesta a mis frases:

–Yo es que soy muy bohemio. Los hay que gustan de estar ocho horas colocando tornillos o escribiendo oficios a máquina. Sin ir más lejos, tengo un hermano que es militar. Está de sargento en unas oficinas. Él dice que va a llegar lejos. Pero yo le digo que, por muy lejos que llegue, si no hay guerra se va a aburrir siempre. Yo, en cambio, no llevo una vida estable. Yo soy de los que opinan que uno debe vivir al día para evitar el aburrimiento. El hombre humano tiene su mayor enemigo en el aburrimiento. Por eso, Nana y

yo llevamos la vida que llevamos. Mi hermano quería que yo entrara en el ejército, que él me ayudaría, pero a mí nadie me saca de donde estoy. No soy hombre de rutinas.

Un silencio estremecedor siguió a sus palabras. Yo no sabía dónde meterme. Maribel me suplicó con los ojos que guardara silencio. Nana, por su parte, miraba extasiada a Ulises, quien tomó su guitarra de nuevo para machacar el do mayor. El porro seguía circulando cercana ya su extinción, esquivando mi presencia sin haberme consultado. Posiblemente se debió a los nervios, pero la terminé de hacer:

—¿Y tú eres igual de bohemia? —le pregunté a Nana.

—Somos el uno para el otro. Trabajo de secretaria, pero cuando dejo la oficina, todo cambia. Me vuelvo otra mujer. Ulises me ha hecho ver muchas cosas.

Volvió a mirarle extasiada. Mientras, el porro moría en los dedos amarillos de Ulises, vengándose con un mordisco caliente, y la guitarra cayendo al suelo sustituyó a su amo en el grito de dolor. Aquello rompió el hechizo y me dio de paso un pretexto para alejarme hacia el teléfono. Era una buena hora para llamar a Requejo. Al menos eso pensaba yo.

Pedí una guía a Nana. Maribel tapó diplomáticamente la ignorancia de que me hacían objeto sus dos anfitriones y me la entregó. No fue difícil encontrar el teléfono de Requejo. Recordé la imagen de Luengo afirmando doctoralmente que un periodista avezado y una guía de teléfonos forman un dúo incontenible. Nunca supe por qué uno de los miembros de la pareja tenía que ser periodista. Una tía mía solía entretenerse buscando teléfonos de conocidos en la guía de Murcia. Claro que la de Murcia es más pequeña que la de Madrid. Por otra parte, el hacerle una observación similar al director de *Novedades* había estado a punto de costarme el empleo con unos meses de antelación.

El teléfono sonó dos veces antes de que nadie lo descolgara. Una respiración fatigosa se oía tenue por el auricular. Sin embargo, no respondía ninguna voz. Me tuve que decidir a hablar:

—Requejo, soy un amigo tuyo. En una ocasión nos presentó otro amigo común, el señor Llanos. Fuimos juntos al cine. ¿Me recuerda?

Pensé que el misterio telefónico le convencería para contestarme. El truco surtió efecto, pero tuve que prolongar el paripé; Requejo prosiguió el juego haciéndome una prueba:

—Quizá consiga recordarle. Dígame algo para refrescarme la memoria —hizo una pausa teatral antes de proseguir—. ¿Sabe usted si quedaban entradas para la sesión de las cinco?

Era un loco. Me ponía en un auténtico aprieto sólo por disfrutar del misterio. Era capaz de negarse a verme si no le daba una respuesta satisfactoria. Tenía dos opciones con un cincuenta por ciento de probabilidades cada una. Estuve a punto de optar por el “no”, pero decidí ser más cauto al recordar nuestra conversación de entonces:

–A un amigo mío le hicieron la misma pregunta, y sólo pudo responder que lo preguntasen en taquilla.

–Ah. Le recuerdo. Dígame qué quiere de mí. No está el horno para bollos. Últimamente no puedo ir mucho al cine.

–Necesito verlo –dije, perdiendo algo el aire clandestino de la conversación aun a riesgo de decepcionarle–. Es un asunto de interés mutuo relacionado con la industria cinematográfica.

Lo último fue un útil añadido a la excesiva franqueza de la petición. Hacer concesiones no siempre da resultados (acababa de comprobarlo con la tuna), pero aquella vez marchó todo a las mil maravillas.

–Le espero esta noche en la guarida –respondió, y colgó el teléfono de forma inmediata.

Pedí el coche a Maribel. No opuso reparos. Se lo tendría que devolver al día siguiente a primera hora de la mañana. Quedamos en discutir de nuevo lo de mi seguridad cuando se lo devolviera. Comprobé que no tenía chicle en la boca y la besé. Gasté inútilmente unas palabras en despedirme de los otros dos habitantes de la casa. Cuando estaba cerrando la puerta, Ulises gritó desde el salón que le esperara. Me pidió que si iba hacia Cibeles le dejara en el Gijón. No pude negarme. Por el camino me dio una charla interminable sobre la libertad. La culpa fue sólo mía.

Aparqué despreocupadamente muy cerca del portal de Requejo. A esas horas había huecos por todas partes. Cuando llegué al edificio, una fuerza invisible abrió la pesada puerta de hierro, que giró sin hacer el más mínimo ruido. Pegado a la pared el gigante me hizo señas de que pasara. Seguía jugando a los misterios.

Subimos a la casa en silencio. Era un tipo de costumbres. Como no llevaba gabardina pasamos por el vestíbulo sin hacer ningún alto. Sus familiares nos contemplaron desde las paredes con lo que me pareció un aire somnoliento. Me llevó de nuevo hasta el despacho. Se acomodó y sirvió dos copas de coñac, sin preguntarme si deseaba tomarla. No opuse resistencia, pese a mantener viva en el recuerdo una experiencia anterior en condiciones similares.

–Usted me dirá, joven –dijo por fin después de haber completado cuidadosamente el rito de probar el primer trago de coñac–.

No sé si se da cuenta de lo delicado de las actuales circunstancias para que nos veamos. Le supongo al corriente de la muerte de José Luque, así que espero que el motivo de su visita esté plenamente justificado.

Acompañó su parlamento con una espléndida variedad de movimientos de cejas. Parecían autónomas respecto del resto de su cuerpo. Si hubiera sido posible abstraerse del movimiento, su expresión habría parecido la de la esfinge.

—Necesito su ayuda para proseguir con la investigación sobre Serfico —acallé con las manos su intento de protesta—. Ya sé que usted me dio los datos precisos para poder llevar a cabo un trabajo. Pero la situación ha cambiado de manera radical. En primer lugar, por la muerte de Luque que, como usted y yo sabemos, está relacionada con Serfico. En segundo lugar, porque han intentado matarme dos veces por alguna causa que desconozco. Supongo que se trata de los mismos asesinos que acabaron con Luque. He perdido el apoyo de mi revista, pero ya no puedo dejar de investigar el asunto. La única manera de librarme de los que me buscan es acabar cuanto antes con todo esto. Si publico el trabajo sobre Serfico sabrán exactamente cuáles son mis datos sobre su negocio. Y ya para entonces no tendrán ningún interés en eliminarme, porque no podrán evitar nada y aumentarán los riesgos haciéndolo. Usted puede agilizarme la información, y eso puede salvarme la vida. Además, se me ocurre que esto también le reportaría a usted algún beneficio. Si me quieren matar a mí es porque creen que sé más de lo que realmente sé. Complete usted el razonamiento incorporando un nuevo actor que sabe mucho y se lo cuenta a alguien de fuera. Supongamos que sospechan de usted.

Le había dado un panorama estremecedor de su futuro. Ahora podría esperar tranquilamente bebiendo mi copa a que Requejo se derrumbara y me comenzara a entregar documentos. A primera vista, sin embargo, el tío pareció encajar muy bien la tormenta:

—No equivoque el tono, joven —me empezaba a poner nervioso lo de “joven”—. La mejor forma de convencerme no es ni asustándome ni chantajeándome. Sé perfectamente los riesgos que asumí cuando le conté cosas sobre Serfico, y esos riesgos no han aumentado ahora porque Luque haya muerto o porque a usted le hayan querido eliminar del mapa, simplemente se han manifestado. Si está usted de acuerdo en que no soy tonto, podemos seguir hablando. Si no, a lo peor le estampo contra esa pared.

Acompañó la última frase con un gesto hacia el muro de su izquierda. Volví a medir el tamaño de sus manos. A simple vista,

parecía capaz de cumplir sus amenazas. Además tenía razón. Me disculpé como pude:

—No trataba de chantajearle, Requejo —la forma de colocar el apellido, intentando dar un aire cortés a mi parlamento, surtió el efecto contrario, convirtiendo su nombre en una exclamación grosera—. Solamente pretendía hacerle notar que tenemos una comunidad de intereses, y que, en consecuencia, deberíamos proceder a trabajar juntos lo mejor posible.

El tipo siguió sin hacer otros gestos que los que sus cejas realizaban por su cuenta. Con horror observé que le había enternecido. Eso significaba que recomenzaría la ronda de coñac. No podía dejar de beber con él en aquel momento tan delicado. Me la llenó. Por fin habló:

—Usted me cae bien, joven —otra vez—. Por eso le sigo aguantando, a pesar de sus impertinencias. Sigue sin darse cuenta de su situación. No tenemos ninguna comunidad de intereses mientras yo no lo decida. Usted corre peligro, y yo corro peligro. Pero nuestros riesgos son de naturaleza diversa. Yo estaría en la misma situación en cualquier caso, le dé o no más información, se publique o no se publique el artículo. Usted, sin embargo, necesita que la situación se resuelva para poder respirar tranquilo o, incluso, para poder simplemente respirar —esto me pareció una grosería innecesaria—. Por otra parte, a una persona tan aguda como usted no se le debería escapar que, si alguien puede resultar perjudicado con que nos veamos, ese alguien soy yo, porque sería la prueba definitiva de que he colaborado para denunciar a la empresa. Ahora, inténtelo de nuevo.

En vista de que no se derrumbaba en pedazos, decidí hacer algo mejor: intentar que él recogiera los míos. Ahora el trago de coñac fue voluntario. Me pasó por la garganta casi sin dejar señales. La debía tener ya curtida. Seguí su consejo y lo intenté de nuevo:

—Está bien. Necesito su ayuda por dos razones. La primera, porque tengo miedo, y no hay nadie ni nada que me pueda proteger mientras no desaparezca el motivo que les guía contra mí. La segunda razón es que me siento muy mal cuando me echan de un empleo por haber hecho el trabajo que me ordenaron. Quiero acabar esto y dejar bien claro que los de *Novedades* se negaron a publicarlo por razones que aún no entiendo.

Ahora sí pareció que había conseguido convencerle. El tipo tenía los ojillos brillantes de satisfacción. Sonrió tristemente pese a todo. Quizás no sabía hacerlo de otra manera.

—Entonces usted me está pidiendo que le socorra —dijo con sorna—. Yo nunca he podido negarme a ayudar a quien estaba en mala

situación. Lo que sucede es que pocas veces he estado en la posición más adecuada para hacerlo. Ahora mismo tampoco sé si lo podré hacer, a no ser colocándome yo mismo ante el pelotón de ejecución. De todas maneras la situación ha cambiado algo, y esto podría usted aprovecharlo: creo que en el último consejo de ministros del viernes se concedieron unas cuantas obras para viviendas de protección oficial. Si usted se esmera en buscar los datos, podrá comprobar que la filial de Serficio ha sido agraciada con una concesión. Para esto no me necesita a mí. Lo del Banco Castellano de Finanzas ha experimentado algunos cambios. Parece que los avales de García Mata empiezan a dar resultados, pero yo sigo sin poder ofrecerle documentos, porque eso sería como suicidarme. La protección que me ofrece mi apellido tiene un límite. Ellos sólo me matarían si no tuvieran más remedio, pero esa puede ser una cuestión demasiado sujeta a opiniones personales y a estados de ánimo: si se sienten acorralados, aunque no lo estén realmente, van a actuar como si lo estuvieran. Por otra parte, debo decirle que cada vez cuentan menos conmigo.

Un deje de tristeza le asomó a la voz al reconocer su escasa importancia para sus enemigos. Su apellido, que era el de su hermano el general, le servía para tener alguna fuente de ingresos, para ser protegido de acciones gangsteriles, pero no para darle importancia. Iba a volcar de nuevo la botella. Me apresuré a evitarlo levantándome bruscamente y haciendo una propuesta:

—Requejo, yo estoy hambriento —el coñac se me estaba subiendo en exceso y eso delataba una necesidad imperiosa de llenar el estómago—. Le propongo que tomemos algo por ahí mientras hablamos. No creo que esta noche nos busquen a ninguno de los dos.

No se hizo rogar. Al poco rato, salimos de su casa con dirección al *drugstore* de Fuencarral. Le había parecido una excelente idea, porque aún no conocía el sitio, pero había leído bastantes cosas en los periódicos sobre el ambiente perverso que se respiraba en su interior.

—Me han dicho que hay maricas —comentó con un deje de escándalo morboso en la voz—. Yo no tengo nada contra ellos. Bastante desgracia tienen ya. Mientras lo hagan en privado no se les debería perseguir. En Inglaterra dicen que les van a dejar casarse. Eso me parece excesivo. Se puede ser permisivo, pero dar pie legal a situaciones anómalas no me parece una política correcta desde ningún punto de vista, ni moral ni estético me atrevería a decir.

Se había hinchado como una pelota el tipo. No estaba nada mal. Ahora era la boca la que ostentaba un aire impertinente. Esperaba



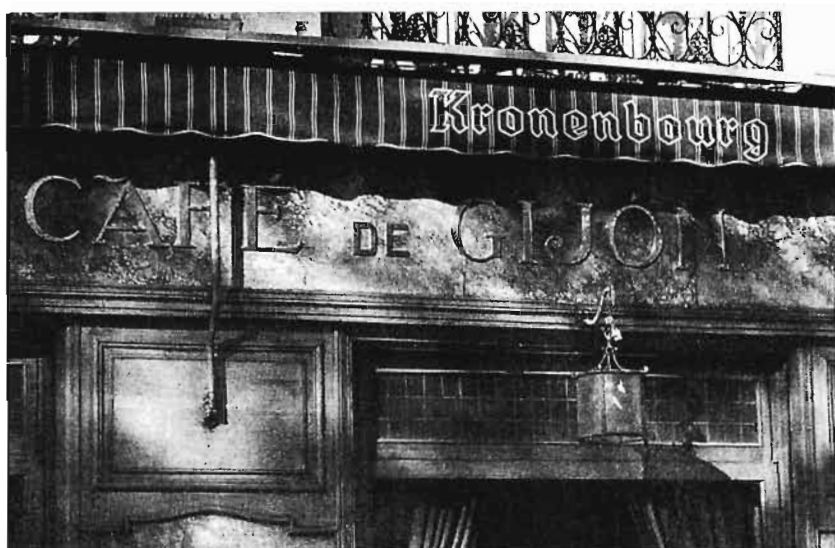
de mí una reacción. Fui incapaz de decir algo más inteligente que “hum”, lo que no debió satisfacerle, pero al menos me sacó del apuro. Recé para que no continuara por ese camino.

—Yo soy un hombre de mi tiempo —siguió feliz con su charla—, y no me gusta que se controle a la gente como antes. Le voy a decir más —un gesto de audacia le asomó al rostro—: creo que el Régimen debería evolucionar hacia formas más abiertas. Cuando desaparezca, porque tiene que desaparecer, querámoslo o no, no va a haber sustituto a su altura. Las Cortes tendrán que desempeñar entonces un papel protagonista en la esfera política. Si no es así, vamos a tener que ofrecer de nuevo la vida por la patria, porque este país se volverá ingobernable por falta de respeto hacia las instituciones.

Tuve que sacar a flote mi colección completa de gruñidos inclassificables, que sirvieron para hacerle pensar que le escuchaba sin darme a mí mismo la sensación de colaborar con el enemigo. No acabaría nunca:

—Esto a mi hermano le parece el colmo del atrevimiento. Afirma que ni él ni ningún hombre de honor lo aceptarían. Yo le digo, ¿a que no sabe usted qué le digo? Pues fíjese lo que le digo: que habría que permitir la existencia de un partido socialista moderado. Yo me apuntaría a eso. He viajado, amigo mío —no era mucho mejor esto que lo de joven, pero algo avanzaba—, conozco muchos países, y le debo reconocer que aquellos donde mejor se vive son los gobernados por los socialistas moderados, como Suecia. Es cierto que la gente allí se aburre, que hay un libertinaje difícilmente aceptable para un español, pero yo pienso que eso es una cuestión racial, no política.

Habíamos llegado. Aparqué el coche en segunda fila para evitar que me pudiera seguir exponiendo nuevas teorías sociales. Protestó algo por la forma en que abandonábamos el coche, pero me siguió resignadamente hasta el interior del establecimiento. Desde su altura, Requejo divisó un lugar en la cafetería. Nos sentamos. A él le tocó un *puff* bajo que hacía que sus piernas se colocaran en una forma obscena, propia de una consulta de ginecología. Observé para mis adentros que podía apoyar las orejas en las rodillas. Al poco rato se agotó de la postura y me obligó a hacerle sitio en el asiento corrido donde yo estaba. Cada vez que pasaba por delante alguien con aire equívoco me ganaba un codazo en el costado. La primera vez le miré y me sonrió al tiempo que hacía un gesto con la cabeza señalando a una pareja de individuos con aspecto afeminado.



Café emblemático  
y hostales madrileños



Logré entretener sus afanes voyeuristas dándole la carta. Poco después encargábamos al camarero un par de sándwiches y dos cervezas. Los tipos de aire afeminado seguían por allí, llamando la atención de Requejo, obstinado en proporcionarme una paliza con el codo. Me juré no volver a sacar de su casa a tal individuo. No sólo era peligroso, sino que me estaba haciendo pasar más vergüenza ajena de la que había experimentado en toda mi vida.

Pedimos unos cafés, y Requejo se empeñó en que nos sirvieran dos copas más de coñac. Tuvo el buen sentido de no continuar con el Napoleón. Me sometió después a una auténtica tortura mental, mientras yo hacía todo lo que estaba en mi mano para controlarle y marcharme a dormir. Por esa noche había quedado claro que no iba a decirme más cosas sobre Serfico. Me sentía como el aprendiz de brujo que ya no puede controlar lo que ha invocado.

Cuando salimos del local encontramos en la puerta a la pareja que le tenía encandilado. Intenté desviarle de sus evidentes intenciones, pero no lo conseguí. Se dirigió hacia ellos y les dijo:

–Adiós, bonitas.

Estuvo muy ingenioso. Una vez hecho, se volvió a mí y me proporcionó un par de golpes en la espalda mientras se reía como una hiena, celebrando su propio ingenio. Antes de llegar al coche los dos tipos nos alcanzaron. Estuve a punto de hacérmelo encima. Llevaban pistola los dos. Uno de ellos sacó una chapa del bolsillo trasero del pantalón al tiempo que se identificaba como policía:

–Apoyad las manos en el coche, y abríos de piernas –nos dijo por todo saludo mientras su compañero nos apuntaba.

Requejo, muy seguro de sí, les habló:

–Soy militar retirado.

El que nos había enseñado la chapa le empujó con el caño de la pistola. La situación se la escapaba de las manos a mi cómplice. Obedeció ante tan convincente argumento. Esperé a que nos registraran como en los telefilmes. No lo hicieron. Unos segundos después, Requejo y yo nos retorcíamos por el suelo después de haber recibido sendas patadas en los testículos. A Requejo, además, le habían tirado un escupitajo encima.

Con voz entrecortada dijo que les denunciaría. Yo no tenía ya ánimos ni para gruñir. Por lo bajo me estaba cagando diez mil veces en su padre.

No habían tenido intenciones de dejarnos mutilados para siempre. Pudimos levantarnos con trabajo y meternos en el coche. Inicié el camino de la casa de Requejo, pero insistió en tomar una copa antes para recuperarse. Aunque me pareció razonable, estallé:

–De acuerdo. Pero no vuelva a hacer ninguna. Les tengo mucho aprecio a mis cojones.

No respondió a mis reproches y se mantuvo silencioso, con aire culpable. Me indicó que bajara por la calle de Colón. Me dejó guiar por él hasta llegar a la del Pez. Dejamos el coche allí en un hueco. Andando nos acercamos a la calle del Barco. Le advertí que sólo una copa. Asintió resignado y entró en un lugar con un sugestivo nombre chino: Kalen Town. Me obligó a leer el nombre en voz alta para que me apercibiera de la intención con la que estaba cargado el cartel. Era un maldito signo: parecía estar recuperando la euforia.

Fuimos directos a la barra. No era un sitio ni mejor ni peor que otros. Cuatro chicas pertenecientes a cuatro generaciones diferentes se esforzaban en conseguir que un par de borrachos y un gentil ejecutivo consumieran alguna copa más. Tres de ellas vieron en nosotros a los hombres que podrían alterar el rumbo de su existencia, o al menos soltar algún dinero. Los borrachos se quedaron solos mientras una rubia oxigenada se quedaba con el ejecutivo.

Tuve que reconocer que éste era su terreno. Las tres estaban al poco rato realizando un concurso de obscenidades con Requejo. Yo me encontraba al borde del K.O. El día había sido especialmente agotador, y la ración de coñac estaba empezando a superar los límites tolerables para mi volumen sanguíneo. Entre grandes muestras de hilaridad pedí una botella de tónica, mientras mi acompañante se largaba una nueva copa de coñac. Las invité a todas a tomar algo. Pagó por adelantado mostrando un buen manojo de billetes que hizo poner los ojos redondos a nuestras conquistas.

Me empecé a sentir muy solo con mi tónica. Una de las chicas, que debía tener unos veinte años más que yo, se apiadó de mi situación. Se quedó sonriente frente a mí, volcándose ligeramente sobre la barra para que yo pudiera gozar de la exuberante vista de sus pechos. No dijo nada, simplemente se quedó mirándome con la sonrisa en los labios. Me sentí obligado a decir algo. Lo hice tartamudeando y con los colores subidos a las mejillas:

–Qué bonitos ojos tienes.

Era el momento más oportuno para intervenir, porque se había hecho un silencio. Todos los presentes escucharon incrédulos mi frase. Al unísono se echaron a reír las chicas, Requejo y el ejecutivo. Yo no fui capaz de reaccionar. Mi *partenaire* me contestó entre hipos:

—Es para verte mejor.

La juerga siguió. El ejecutivo completó la gracia imitando el aullido del lobo. Sin saberlo, me ofreció la posibilidad de reconstruir mi autoconsideración. Me volví hacia él y le amenacé:

—Si vuelve a hacer un solo ruido que me moleste, o el más ligero comentario, le rompo la boca en cuatrocientos cachos, monín.

El tipo se quedó lívido y mostró una cierta prisa por marcharse. Sacó unos cuantos billetes del bolsillo y, dejándolos sobre la barra, emprendió la huida. Al pasar a mi lado intentó recuperar algo de terreno:

—Porque no quiero escándalos, que si no...

Requejo me hizo un signo pacificador y le dejé ir. Aproveché la coyuntura para retirarme a una esquina de la barra y apoyarme en la pared para dormir. Me quedé roque. Supongo que no sería por más de una hora. Me despertó una tremenda algarabía. Los borrachos ya no estaban y el local se encontraba cerrado. Requejo bailaba con una de las chicas mientras las demás daban palmas. De cuando en cuando, daba un trago a la copa que conservaba en una mano o introducía por alguno de los generosos escotes un billete. La mano que lo introducía quedaba unos instantes percibiendo la tersura de la piel. Inmediatamente, la danza, poco sujeta a ninguna regla que yo conociera, se iniciaba de nuevo. La más joven de las chicas, apercibiéndose de mi despertar, se sentó a mi lado:

—Tu amigo es muy simpático —me dijo—. Tú también debes ser simpático, pero parece tímido. Ven a bailar.

Le dije que no con gestos. Lo único que quería era irme a dormir, pero me parecía una tarea imposible de realizar por falta de solidaridad. La chica insistía en hacerse amiga mía, y yo realmente no tenía nada en contra de que lo intentara: me dijo que hacía Filosofía y Letras y que era de Soria. Lo segundo debía ser verdad. No fui educado, no estaba en condiciones a esas horas y con todo ese alcohol en el cuerpo. Requejo, por el contrario, parecía estar pasando la noche de su vida. Antes de conseguir que se arrastrara conmigo hacia su casa hizo un *striptease*, logró que una de nuestras anfitrionas hiciera otro, y dio unos buenos sobos a todos los traseros presentes, excluido el mío.

A las cinco de la mañana le acompañaba a su cama, dificultosamente apoyado sobre mi hombro, mientras él murmuraba incesantemente: “qué noche, qué noche”. Le dejé caer sobre su inmensa cama de matrimonio, cubierta con dosel. Aún tuvo fuerzas para pedirme que esperara. Se levantó con dificultad y abrió una caja metálica empotrada en la pared. Sacó un paquetito y me lo entregó:

—Gálvez, es usted un amigo.

Se dejó caer y comenzó a roncar de forma inmediata. Yo me metí el paquete en el bolsillo y me marché a casa. Antes de tumbarme en la cama me di una buena ducha. Cuando salí, preparé café y decidí no dormir hasta después de haber devuelto el coche a Maribel.

El paso de Maribel por el dormitorio había sido mágico. Todo estaba bastante ordenado. Estiré las sábanas y me tumbé en la cama con el café cuidadosamente colocado sobre un posavasos para no manchar la mesilla. Me puse un pijama limpio y me dispuse a abrir el misterioso paquete de Requejo.

Casi se me cae el café. Casi me caigo de la cama. El corazón comenzó a botarme en el pecho. Era un hombre de suerte al fin y al cabo. Delante de mí tenía los papeles suficientes como para mostrar un escándalo que haría conmoverse a medio país. No era Matesa, pero tampoco quedaba muy lejos. Sobre todo me interesaba poder dar en las narices a los de *Novedades*. Si no había caso Serfico, tendrían que llamarlo de otra manera. Era una auténtica bomba.

En un primer momento, no me detuve a analizar el contenido de cada uno de los documentos que tenía delante. Su apariencia, sin embargo, era muy prometedora. Tomé tiempo para respirar profundamente. Le dediqué unos pensamientos afectuosos a Requejo antes de proseguir la tarea de evaluar todo lo que tenía entre manos. La conciencia no me dejó hacerlo. Requejo me había dado el paquete en momentos muy especiales. Estaba borracho y no sabía lo que hacía. No era un tipo con el que yo pasaría una semana en yate, pero había sido honesto. Era una de las pocas personas que se estaban portando limpiamente en el juego que todos estábamos desarrollando.

Lancé un “bah” destinado a aligerar el peso de mi conciencia, pero nadie le hizo caso. No podía dejar que al tipo se lo cargaran por un acto realizado irreflexivamente. ¡Pero el material era tanto y de tanta calidad! Decidí llamarle un par de horas más tarde, cuando hubiera dormido algo. Era la única postura que me dejaría dormir durante los próximos meses. Mientras llegaba la hora de hacer la llamada, pensé que tampoco hacía mal a nadie ojeando lo que tenía entre las manos.

En un primer documento estaba contenido un informe confidencial de García Mata al consejo de administración de Serfico. Los términos eran muy técnicos, pero el sentido final de las cifras expuestas y de las consideraciones indicaban bien a las claras que el edificio se iba abajo y que nadie podía escabullirse sin más. Los que

quisieran salir con bien, deberían echar un cable para apuntalar todo el montaje. La otra posibilidad era la cárcel o el escándalo.

El segundo de los documentos especificaba las acciones emprendidas por el consejo de administración (por su ejecutiva), para conseguir apoyos. El tono empleado en este informe expresaba muy bien algo que Requejo me había dado a entender: por una vez se informaba a las marionetas bien pagadas del consejo para que movieran sus traseros en busca de influencia política con la mayor rapidez. El cinismo de García Mata era tal, que se permitiría el lujo de hacer retórica sobre la gran obra que no debería irse abajo o sobre el capitán que no abandona el barco cuando se hunde. Resultaba vergonzoso incluso leerlo.

Unos apéndices llenos de números daban idea de la situación financiera, expuesta muy en detalle, de todas y cada una de las empresas del *holding*. No se podía pedir más, desde luego. Con una información así, se había acabado Serfico, se había acabado el uso de matones. Me dio miedo seguir pensando en las cosas que podrían acabarse. El asunto afectaba a gente situada tan en lo alto que podría acabarse mucho más fácilmente un desconocido periodista que ni siquiera había trabajado lo suficiente como para obtener los datos por sí mismo. Era una hora perfecta para la autocrítica. Sin haber dormido, con un par de incidentes violentos en el cuerpo y mucho alcohol que destilar, iba derecho a la condena; así que decidí aplazar el solitario juicio. El sueño me iba venciendo poco a poco.

Las tres horas siguientes las pasé durmiendo. Al despertar, consideré que había llegado el momento de sacar a Requejo de sus dulces sueños. Sonó veinte veces antes de que lo cogiera. Dijo un “sí” ahogado por un bostezo. Cuando me identifiqué no mostró entusiasmo. Le planteé el tema de golpe:

–Requejo, ayer me dio usted unos documentos. ¿Está usted seguro de que deben seguir en mi poder?

–Mire joven –repuso acentuando lo de siempre–, cuando yo hago algo no me suelo echar para atrás. No importa que estuviera borracho, fue fruto de una decisión que me costó unas horas tomar: las que pasamos juntos. Dios, qué noche...

Y colgó.

Mi conciencia quedó tranquila. Requejo ya era mayorcito para saber lo que hacía con su vida. Yo quedé un poco menos tranquilo respecto a su destino. No sé por qué le había tomado un cierto afecto a ese reaccionario de mierda.

Llamé a Maribel y le comuniqué que pasaría a devolverle el coche en media hora. Cuarenta minutos más tarde se dedicaba a

untarme tostadas con mantequilla en la cocina de su amiga e intentaba convencerme de que abandonara Madrid y me largara durante un par de meses. Ella me buscaría algo de dinero para aguantar.

Era escena conmovedora. La mantequilla y las ofertas desinteresadas de dinero siempre me han calado hondo. Sobre todo la mantequilla ya untada, porque suele costar mucho trabajo hacerlo. Rechacé la oferta de dinero si la condición era irme. Me llamó cínicco, pero no quedó convincente porque lo hacía con cara de haber dormido bien y con un camisón de tela gorda debajo de una chaqueta de punto. Qué asquerosidad: sólo recordaba situaciones similares durante los primeros meses de matrimonio con Ana. Y luego había pasado lo que había pasado. Cuando se lo comenté a Maribel reaccionó de la peor manera posible: mojó en su café la tostada que acababa de untar y se la comió. Iba mejorando. Con Ana me había costado años conseguir reacciones parecidas.

—Dime qué vas a hacer ya que no te marchas.

—Bueno —contesté—, pienso en primer lugar entrevistarme con Unzúa. Voy a darle una nueva oportunidad, aunque esta vez las mejores cartas están de mi parte. Tengo datos muy fidedignos sobre todo el montaje de Serficc. Pienso que Unzúa se comerá sus palabras y se dará cuenta de las imbecilidades que puede cometer esa marioneta que ha puesto de director de la revista. Si no se pliega a mis condiciones, lo llevaré a la competencia y se mencionará que la publicación de estos datos ha sido obstaculizada por la prensa progresista.

Quedamos en que no volvería a pisar la casa, no fuera que me siguieran hasta allí. Por su parte, hice prometer a Maribel que andaría con cien ojos. Que Iznajar la hubiera podido reconocer me causaba bastante intranquilidad, aunque ella parecía considerarle un tipo inofensivo. Nos despedimos. Un beso prolongado. Cuando quise echar las manos, abrió la puerta y me echó a mí.

Volví a llamar al timbre. Me abrió con cara resignada. No le había dado tiempo a separarse de la puerta y ya estaba molestando, dijo más o menos. Le pregunté si podía usar el teléfono. Me dio paso a la habitación del tuno y de Nana. Haciendo un difícil equilibrio por encima de sus cuerpos, marqué el número de *Novedades*. No sé por qué razón Unzúa aceptó rápidamente que habláramos. Le dije que no podía acercarme a la revista. Imaginé la cara del *Charro* y me dieron escalofríos. Una hora después nos veríamos en una cafetería de la calle Serrano.

No perdí tiempo y me fui a casa en un taxi para buscar mi coche. Compré el periódico y lo fui leyendo durante el trayecto. El tema



Luque no había vuelto a despertar ningún interés en la prensa. Lo habían hecho muy bien Iznájar y sus amos. Cuando llegué a la puerta de la casa pagué al taxista. Le dejé dos pesetas que sobraban. Sin volverse, me dijo:

–Gracias. Con esto podré comprarme la licencia. Le di un duro más y se largó después de escupir por la ventanilla.

Me costó arrancar. Los días estaban siendo buenos, pero fríos. Paco salió de su confortable caseta en la portería para animarme:

–Es raro que no arranque a la primera. Con lo duros que son estos coches.

Corté la palanca del aire, apreté el embrague a fondo y lo intentó de nuevo. Esta vez arrancó echando un buen montón de humo y aceite a la cara de Paco. Comenzó a toser. Se lo tenía mercedo:

–Un día me explicará usted cuánto le pagan los de Seat por mantenerme convencido de que no venda este trasto –le dije mientras arrancaba.

Tardé un rato en aparcar. En la calle de Ayala encontré un hueco delante de una iglesia. Supuse que no llamarían a la grúa. Me instalé en el café y esperé a Unzúa acabando con fruición la lectura de un reportaje sobre las formas de curar la obesidad. Poco a poco me fui escurriendo hacia el Nirvana. Una voz me sacó del trineo que me conducía y me devolvió al mundo de la carne y el café con leche. Eran José Félix de Unzúa y su traje de rayita blanca.

Les dije a ambos que se sentaran. Pedimos un café para él y una tónica para mí (ya llevaba un montón de cafeína en el cuerpo), y nos dispusimos a escuchar las mutuas razones. Me tocaba a mí abrir el fuego. Lo deduje porque mi supuesto interlocutor permanecía sonriendo y en silencio.

–Espero que sepas que no te he llamado para pedirte empleo –asintió y pude seguir hablando–. Se trata de algo más importante. Tengo los documentos que prueban todo lo que sospechaba sobre el tema de Serfico. Están en quiebra y les va a salvar el apoyo oficial, debido a que dentro de la sociedad figuran demasiados nombres. Están en mi poder los balances reales de las sociedades de García Mata, y un par de notas de éste a los miembros del consejo de administración en las que se explican perfectamente las condiciones en que se encuentran todos ellos. Me gustaría saber qué opinas al respecto y también si te interesaría publicar un trabajo sobre el tema.

No había perdido su sonrisa. Me miraba desde un par de escalones más arriba. Sorbió su café manteniendo replegado el dedo

meñique, lo que me producía una cierta admiración, porque eso requiere entrenamiento y buena cuna. Con voz mansa, me habló:

—Julio, todo lo que me estás contando lo sé. Ayer tuve un par de entrevistas que me permitieron contrastar que tienes todas las razones en tu mano. Cuando te despedí sin embargo, no lo hice porque pensara que mentías, sino porque no puedo permitir que se quiebre el principio de autoridad en la revista, por muy mal que suene tal principio. Ahora vamos a lo otro. He pensado hacerte una oferta: te compro el reportaje por la cifra que tú escribas. La única condición es que el momento de su publicación será decidido por mí.

Era una bonita oferta. Sólo tenía un defecto: que me seguía dejando un regusto en la boca muy poco agradable. Era una impresión de que mi papel en toda la historia era el de una marioneta cuyos palos manejaban siempre personas diferentes porque se les ocurrían, pero que seguía siendo una marioneta después de todo.

—Me parece bien. Pero querría saber antes por qué no se va a publicar de forma inmediata el trabajo. No es demasiado pedir.

—Mira Julio —utilizaba muchas veces mi nombre, como los del Opus cuando intentan captarle a uno—, no confundas las cosas. Yo no he dicho que no se vaya a publicar de inmediato. Lo que he dicho es que aún no sé cuándo se publicará. Lo mismo sale en el próximo número que sale dentro de tres meses. Mi propuesta es que me vendas las horas de trabajo que has gastado en ese reportaje. Y es ciertamente generosa, porque la mayor parte de esas horas ya te las ha pagado la revista dentro de tu sueldo. Además, a la oferta te añado la posibilidad de una buena indemnización. Ortiz negociará este mediodía con tu abogado.

—Puedo saber entonces de qué dependerá el momento de la publicación —me sentía cerril mientras hacía la propuesta—. No es tampoco mucho pedir por mi parte que me digas los factores que condicionarán la publicación.

Suspiró como un padre agotando su paciencia. En los últimos días había conseguido provocar con demasiada frecuencia esta acción en mis interlocutores. Volvió a recoger el meñique —le salía todas las veces bien— para tomar el café y se resignó a hablar un poco más de tiempo conmigo.

—Mira. Sé que te han intentado matar. Sé también que un trabajo como éste es algo que puede calar muy hondo en un periodista, que conociste a Luque, sé todo lo que sientes, o casi todo. Pero creo que te falta algo de perspectiva. Para ti este asunto se ha convertido en una obsesión, en el centro del universo. Yo no puedo permitirme un sentimiento similar porque soy responsable

de una revista que se ocupa de todos los aspectos de la vida: desde la política a la vida privada, pasando por la economía y el funcionamiento de la política internacional. Estoy obligado a mantener una perspectiva general y a aquilatar cada paso que doy. Publicar un determinado informe puede ser oportuno o puede no serlo, en función de un montón de factores.

Hizo una pausa prolongada y teatral para ordenar sus ideas. Continuó en seguida mientras yo luchaba por evitar un bostezo y mantener una expresión irónica:

—Te adelantaré, de todos modos, algo: el momento no es el más propicio. Nos jugamos la revista si se publica. Hay una tensión política salvaje en el país y en el gobierno predominan las posturas de dureza. Hemos hecho nuestra encuesta privada. Si publicamos algo sobre Serfico pasarán dos cosas: la primera, que nos secuestrarán el número; la segunda, que nos harán trizas.

Era el pretexto perfecto. La razón política siempre encubría cualquier jugada de repliegue. Unas veces era cierto, otras no. Le lancé un golpe bajo:

—Supongo que la razón política estará también detrás de la inserción de una página de publicidad de Serfico en el último número.

Sé que si hubiera podido me habría partido la cara en aquel momento. El *Charro* me miraba mejor cuando iba detrás de mí. Los ojos le echaron chispas. Se contuvo, como su clase exigía, y habló:

—No vengo aquí a que me juzgues. Entiende eso. Tampoco te debo ninguna explicación a ti —un silbido acompañaba sus palabras, estaba realmente irritado— ni a nadie. Te estoy haciendo un favor sólo con hablar contigo, pero mi paciencia tiene un límite. Si no quieres vendernos el reportaje, ve haciéndote a la idea de que no lo vas a publicar en ningún otro lado, como no sea en la prensa clandestina, y ahí da lo mismo lo que digas, porque no se lo va a creer nadie.

Se levantó y se fue después de haberme perdonado la vida. Ya quisiera yo que todo el mundo me la perdonara, pero no sabía cómo conseguirlo. El muy cerdo me había dejado los cafés a mi cuenta. Los pagué. Lo que es justo es justo.

Me quedaba sólo una cosa por hacer después de haber pagado: ir a dormir. Por ese día ya había cumplido. Por la tarde tendría que ver a mi abogado y hacer el primer intento de publicación.

Di unos golpecitos afectuosos en las espaldas de los documentos cedidos por Requejo y nos fuimos todos juntos a dormir.

Al llegar a casa, Paco estaba muy sonriente. Me esperaba con los brazos en jarras dispuesto a gastarme una broma o darme una noticia. Se me erizaron los cabellos porque la última vez que había puesto esa expresión fue cuando me dejé el grifo del lavabo abierto y se inundó toda la casa. Al llegar a su lado, me dio la espléndida nueva:

—No me había dicho usted que se compraba un lavaplatos. Nada más irse vinieron a instalarlo. Volverán esta tarde a terminar de hacerlo.

Quedó con cara extrañada cuando le dejé con un palmo de narices y salí escaleras arriba. Abrí la puerta de la casa. El espectáculo no ofrecía dudas: todo estaba patas arriba. Los cajones abiertos, los libros por el suelo, las ropas desperdigadas, los muebles corridos. No tenían tiempo sobrado para hacer un registro discreto, así que optaron por la vía salvaje.

Me quedé de una pieza contemplando el destrozo. Apareció un poco después jadeando por el esfuerzo de seguir mi ejemplo escaleras arriba.

—No lo entiendo, don Julio. Yo estuve aquí con ellos todo el rato, hasta que se fueron, y cerré la puerta con llave al salir.

No hice ningún comentario. Miré en la cocina. Había un aparato lavavajillas usado y seguramente inútil colocado en el centro. No se habían molestado mucho en guardar las apariencias. Seguramente uno de ellos había permanecido en la casa mientras los demás hacían el paripé con Paco. Le pregunté:

—¿Cuántos vinieron, Paco?

—Pues vinieron tres. Uno de ellos bajó después para cambiar la camioneta de sitio. Yo acompañé a los otros abajo cuando terminaron. Le puedo jurar que no tocaron nada. Deben haber sido otros. Tenían aspecto de gente seria; si no, no les habría dejado pasar.

Le tranquilicé con un gesto. Recordé los papeles del estudio. Los tipos habían andado listos. El resumen hecho para mi uso sobre el desarrollo de la historia no estaba. Ahora sabían casi todo respecto a los datos que obraban en mi poder. Solamente desconocían que Requejo me había dado los últimos documentos. Mientras recogía sin ningún sistema los libros del suelo, comencé a hacer un balance de la situación. No era nada alentador. En el informe no había hecho constar el nombre de Requejo ni la existencia de Maribel. Pese a todo, no les sería difícil deducir quién era mi informante (eso pensaba yo al menos), y Maribel seguiría en peligro mientras no supiéramos la implicación de Iznájar. Esta vez sí que había preparado una buena base de mi gran ingenio. Tenía que advertir a ambos.

Para colmo, habían descubierto mi domicilio. Tenía que marcharme de allí y pronto. Decidí que lo de pronto no era ninguna tontería. Al fin y al cabo, sólo tenía una vida. Envolví unas mudas, las metí en una bolsa, y salí de casa zumbando. Le dejé a Paco el encargo de que contratara a alguien para que limpiara la casa. Yo ya volvería. Me iba de viaje. Me miró estupefacto mientras me marchaba.

Desde un teléfono público, llamé a Maribel. No estaba. Eduardo San José tampoco. Requejo comunicaba de forma incesante. Pilar contestó a mis llamadas en la revista. Le pedí que no dejara ver con quién hablaba. Sus respuestas debieron resultar muy sospechosas para todo el que anduviera cerca. Sólo le faltó llamarme algo como xj-9 para que todo el mundo se quedará intrigado.

–Correcto. Comprendo. Continúa –decía con voz seca.

Le pregunté si me podía dejar un refugio temporal.

–No sé lo que pensará Diego. ¿Por qué no me llamas después? Por ejemplo a las tres, cuando haya acabado.

Le dije que probablemente lo haría. Probé con Requejo otra vez. Inútil. Subí al coche y me dirigí a la calle de Recoletos. Un tremendo atasco de tráfico convirtió el empeño en poco menos que una bazaña. Poco antes de las doce logré aterrizar delante del portal de Requejo. Había más gente allí. Un enorme revuelo, con ambulancia y coche de policía incluidos. Avancé el coche unos metros y lo dejé en doble fila. Descendí y me acerqué al portal.

Me abrí paso a codazos entre la gente. No se lo tomaron a bien, pero logré pasar al fin y al cabo. Una robusta señora de mediana edad, ataviada con una elegante bata de boatín y chinelas coronadas por la efigie de una mariposa, explicaba a los presentes su versión de los hechos:

–Unos melenudos de esos. Debían ser de la ETA, o comunistas, qué más da. Han llegado y se han puesto a hablar con mi hermana que es portera aquí. Le han dicho que estaban esperando a una señora para llevarse unas chatarras en la camioneta. Mi hermana, que otra cosa no, pero es muy fiel, no les dejaba pasar. Así que la han convencido de que subiera con ellos para que estuviera tranquila. Y en esas, al llegar al piso de un señor que era militar la han dado un traquío que la han dejado un chichón enorme. Luego se han metido en casa del señor ese y le han puesto como un colador al pobrecito a navajazos. Y no era un señor que estuviera metido en política. Muy formal él, siempre...

No tuve necesidad de escuchar más. Me di la vuelta antes de que la policía comenzara a disolver aquello. En mi coche dos municipales

comenzaban a extender un boletín de denuncia por aparcamiento indebido. Subí al asiento y arranqué sin darles ninguna explicación. Estaba algo aturdido. Uno de ellos silbó dos veces con un pito metálico, mientras el otro tomaba nota. Mi matrícula no iba a formar parte de las preferidas por el cuerpo en los próximos días. Conduje sin rumbo durante un buen rato. Pensaba sólo en lo que tenía delante en cada momento. Un cuarto de hora después pude por fin reaccionar. Me detuve en un lugar permitido para no continuar enturbiando mis relaciones con los cuerpos separados de la sociedad civil.

Las manos me temblaban ostensiblemente. Tomé un pitillo de una cajetilla abandonada hacía tiempo por alguien en el coche. No sabía fumar, pero necesitaba algo para calmar los nervios. La caja de los truenos se había abierto del todo. El problema a resolver parecía simple: se trataba solamente de evitar que me mataran.

Observé con paciencia cómo el humo acompañaba la muerte del cigarrillo. Poco a poco la perplejidad me fue abandonando y los hechos se manifestaron en toda su crudeza: Requejo había muerto. Era el tercer hombre que moría violentamente desde que había comenzado la investigación. No pude evitar la impresión de que la muerte iba tras de mí segando las vidas de aquellos a quienes me acercaba. Me había convertido en una especie de mensajero anunciador de su presencia. Sólo que el papel de mensajero podía trocarse en el de víctima en cualquier momento. Ir a la policía no tenía sentido: no había datos que probaran o relacionaran la participación de García Mata en las muertes de Luque y Requejo. Tampoco iba a ganar mucho denunciando a los asesinos, porque no podía proporcionar ningún dato suplementario sobre los mismos. Sólo lograría perder más tiempo si iba a denunciarlos. La única salida parecía ser la publicación de los datos sobre Serfico. A partir de eso García Mata no tendría nada que ganar matando a más gente. Mientras, hacer todo lo posible por alargar la distancia entre los asesinos, Maribel y yo.

Me dirigí hacia las oficinas de *Punto Uno*, la competencia más directa de *Novedades*. Alguna vez –no llegué nunca a saber en base a qué razones– me habían ofrecido trabajo. Supuso que la mera mención de la negativa de Unzúa a publicar los datos sobre el caso bastaría para hacerlo más atractivo a los ojos de Honorio Cabezas, director del semanario. Mientras conducía, tentaba de cuando en cuando el pequeño bulto de papeles que guardaba en la chaqueta. Dedicué unos cuantos pensamientos piadosos a la memoria de Requejo. Le veía bailando su *striptease* en el club nocturno. O, más

tarde, diciéndome de forma continua “qué noche, qué noche”. Bien mirado, le había proporcionado una buena despedida. El tipo había disfrutado de la vida unas horas antes de que se le acabara. La profesionalidad demostrada por el *Charro*, me hizo pensar que después de todo, Requejo había tenido una buena muerte. Un día antes, la muerte le habría agarrado con su mediocridad y las persianas bajadas. Esta mañana se habría despedido de la vida con una sonrisa. Cerré su recuerdo imaginando su cuerpo agonizante y diciendo entre estertores “qué noche, qué noche”. Demasiado bonito para ser verdad. Lo más probable es que hubiera gritado de miedo.

La redacción de *Punto Uno* estaba en el barrio de Generalísimo. Aparqué en un lateral agradeciendo la existencia de un hueco. Una furgoneta propiedad de una tienda de electrodomésticos me asustó. Pude calmarme al ver que los datos escritos en su costado coincidían con los de la tienda de al lado de la revista. Tanteé de nuevo los papeles y entré en el edificio.

Honorio Cabezas, el director, me recibiría en seguida, según me comunicó la chica que atendía a las visitas. Desde la sala de espera pude comprobar que la redacción hervía de actividad, como en día de cierre. Llené de aire los pulmones y lo eché despacio. Repetí la operación otras cuatro o cinco veces, hasta que comprobé que me encontraba calmado. Mientras esperaba, ojeé unas revistas. Aquello parecía un museo de antigüedades. Poner revistas de la semana en curso les habría hecho perder ventas, probablemente.

La recepcionista interrumpió mis cavilaciones sobre la economía de los semanarios indicándome que Cabezas me recibiría en ese momento. Me levanté y le juré a Requejo hacer todo lo posible por molestar a sus asesinos.





# JAVIER MARÍAS

(Madrid, 1951)

*Corazón tan blanco*, Barcelona, Anagrama, 1992.

*Es licenciado en Filosofía y Letras y ha sido profesor en Inglaterra (Universidad de Oxford) y Estados Unidos, así como en la Universidad Complutense de Madrid, ciudad en que reside habitualmente.*

*Entre sus muchas traducciones cabe destacar Tristram Shandy, de Sterne, por la que recibió el Premio Nacional de Traducción en 1979.*

*De sus ensayos, han tenido una especial repercusión Pasiones pasadas (1991) y Vidas escritas (1992), en el último de los cuales recrea magistralmente las vidas de Sterne, Turgeniev, Conrad, Joyce, Rilke, Nabokov..., así, hasta veinte genios de la literatura universal.*

*Sus relatos han sido recogidos en libros, como Mientras ellas duermen (1990), Cuando fui mortal (1996) y No más amores (1997).*

*Entre sus novelas –traducidas en Francia, Reino Unido, Alemania, Holanda, Italia, Portugal y Grecia– cabe citar Los dominios del lobo (1971), Travesía del horizonte (1972), El monarca del tiempo (1978), El siglo (1983), El hombre sentimental (1986), Premio Herralde de Novela, Todas las almas (1989), Mañana en la batalla piensa en mí y Corazón tan blanco (1992), que hemos elegido para esta selección.*



*El narrador de Corazón tan blanco, traductor e intérprete de profesión (acostumbrado por ello a escuchar y a interpretarlo todo, hasta los gestos, hasta lo que no se dice), verá desencadenarse una doble acción: la del pasado misterioso y amenazante, que va insinuándose y contándose a su pesar, y la del presente inestable y amenazado, que lo hará oscilar entre su madrileña casa conyugal y los foros internacionales de Nueva York y Ginebra.*

*Madrid –ciudad en la que, según se dice en la novela, «no va nunca el dinero de mano a mano»– tiene una presencia destacada en la obra, así como alguna de sus principales instituciones culturales como el Museo del Prado. Ello no es óbice para que también aparezcan en el libro el Getty Museum o la Walters Art Gallery.*



## CORAZÓN TAN BLANCO

[...]

Ayer oí sonar un organillo extrañamente desde la calle, ya no quedan apenas, un vestigio del pasado. Alcé la vista al instante como en la infancia, sonaba demasiado fuerte y me impedía el trabajo, su sonido era demasiado evocador para que pudiera concentrarme en nada. Me levanté y me asomé a la ventana para ver quién lo tocaba, pero ni el músico ni el instrumento entraban en mi campo visual, estaban más allá de la esquina, los ocultaba el edificio de enfrente que no me priva de luz, es un edificio bajo. Los ocultaba sin duda por poco, ya que en cambio sí veía en la esquina misma a una mujer de mediana edad, con trenza gitana pero vestida sin folclorismos (vestida de calle), que me daba el perfil y sostenía en la mano un platillo diminuto de plástico, casi un posavasos, no podría recibir muchas monedas sin tener que vaciarlo, pasar su contenido al bolsillo o a alguna bolsa para dejarlo libre de nuevo, no enteramente vacío sino con algunas monedas, dinero llama a dinero. Escuché un buen rato, primero un chotis, luego algo andaluz irreconocible, después un pasodoble y entonces salí a la terraza para ver si desde las plantas divisaba al organillero, salí a sabiendas de que no sería así, pues si bien la terraza –salida como toda terraza– me acercaba un poco a la calle, quedaba en cambio justo a la derecha de mi ventana, esto es, ofrecía aún menos visión de lo que estaba más allá de la esquina, oculto, yo miraba hacia mi izquierda. No pasaban muchos transeúntes, de modo que la mujer con trenza agitaba una y otra vez en vano el platillo de plástico haciendo resonar unas pocas monedas, echadas acaso por ella misma, dinero llama a dinero. Volví a mi mesa e intenté abstraerme de la murga, pero no pude, así que me puse una chaqueta y bajé a la calle dispuesto a interrumpir la música. Atravesé la calzada y por fin vi al



Pero esto son conjeturas e hipótesis, mientras que hay veces en que la vida de los otros, de otro (la configuración de una vida, su continuación, no unos meros pasos), depende de nuestras decisiones y vacilaciones, de nuestra cobardía o arrojo, de nuestras palabras y de nuestras manos, también a veces de que tengamos dinero y ellos no lo tengan. Cerca de la casa de Ranz, es decir, cerca de la casa en que yo habité durante mi infancia y adolescencia, hay una papelería. En esa papelería empezó a despachar muy pronto, a los trece o catorce años, una niña casi de mi edad, un poco más joven, la hija del dueño. Es un establecimiento anticuado y modesto, uno de esos lugares que el progreso olvida y deja de lado para realzar sus logros totalitarios, apenas renovado durante tantos años, algo en los últimos, con la muerte del padre han mejorado, se han modernizado un poco y ganarán más dinero. Entonces, a mis quince o catorce años, sin duda ganaban muy poco y por eso trabajaba la niña, por las tardes al menos en aquella época. Esa niña era preciosa, a mí me gustaba mucho, iba a la papelería casi a diario para mirarla, en vez de comprar cuanto necesitaba de golpe, un día compraba un lápiz y otro día un cuaderno, la goma de borrar una tarde para volver a la siguiente por un tintero. Inventaba mis necesidades, se me fueron demasiadas pagas en aquella papelería. También remoloneaba al irme y silboteaba mientras esperaba a ser atendido, como hacen los chicos de mi edad de entonces, procuraba que me atendiera ella (vigilaba cuándo quedaba libre para abrir la boca) y no el padre o la madre, me entretenía más de la cuenta y me duraba el contento la noche entera si recibía una sonrisa o mirada amable o al menos interpretable, pero sobre todo me iba contento pensando en el futuro abstracto, todo estaba aplazado, ella estaba allí una tarde tras otra, siempre localizable, y no había motivo para que el futuro se hiciera concreto y dejara de ser futuro. Mi edad de entonces fue siendo otra, y también la de la chica, que creció y siguió siendo preciosa durante varios años, también ahora por las mañanas, a partir de los dieciséis o así estaba allí todo el día, despachaba continuamente, mientras yo iba a la universidad ella ya no estudiaba. No le hablaba cuando íbamos al colegio y seguí sin hablarle más tarde, primero no me atrevía y luego se había pasado el tiempo, es lo malo del futuro abstracto cuando se queda en eso: aunque la miraba, andaba ocupado en otras cosas y en el variable presente, ya no iba tanto por la papelería. Nunca le dirigí la palabra más que para pedirle papel y lápices, carpetas y gomas y darle las gracias. No sé cómo es, por tanto, cuál es su carácter ni qué gustos tiene, si su conversación es grata ni su humor bueno o malo, lo que

piensa sobre ningún asunto, si se ríe ni cómo besa. Sólo sé que la amaba a los quince años como se suele amar entonces o aún se ama lo no iniciado, esto es, en la idea de que será para siempre. Pero además de eso me atrevo a decir que su manera de mirar y de sonreír (su manera de entonces) merecían ser amadas para siempre, y eso ya no dependía de mis quince años, sino que lo digo ahora. Se llamaba y se llama Nieves. Ahora han pasado otros quince o más desde que ya no vivo en la casa de Ranz, pero a veces, cuando voy o he ido a visitarlo, o a recogerlo para salir a comer los dos juntos a La Trainera o a otro restaurante más lejano, antes de subir a su casa he entrado en la papelería por la costumbre no del todo perdida de comprar allí algo, y siempre, a lo largo de estos años, me he ido encontrando a aquella niña que ya no era niña, la he visto a sus veintitrés, y a sus veintiséis, y a sus veintinueve, y a los treinta y tres o cuatro que tendrá ahora. Poco antes de casarme con Luisa la vi un día, es una mujer aún joven, lo es necesariamente porque supe su edad desde siempre, aproximadamente, y era poco inferior a la mía. Lo es necesariamente pero no lo parece, ya no es preciosa y no sé por qué no, ya que está todavía en edad de serlo. Seguramente lleva demasiados años metida mañana y tarde en esa papelería (aunque no la noche ni los domingos ni los sábados desde el mediodía, pero no basta), despachando su material a niños que ya no la ven como a su igual ni como a su amada, sino como a una señora desde hace tiempo. Ninguno de esos niños la admirará ya sin duda, tal vez no la admire nadie, ni siquiera yo que ya no soy niño, o acaso un marido que será del barrio y llevará demasiados años metido en otro establecimiento mañana y tarde, vendiendo medicamentos o cambiando ruedas. Lo ignoro, quizá tampoco haya marido. Lo único que sé es que esa mujer joven que ya no parece joven lleva demasiado tiempo vistiéndose de parecida forma, con jerseys y blusas de cuello redondo, con faldas plisadas y blanquecinas medias, demasiado tiempo subiéndose a una escalera para buscar una cinta de máquina con sus quebradas uñas manchadas de tinta, su esbelta figura levemente acolchada, sus pechos que yo vi crecer cada vez más abiertos, la mirada tediosa y las ojeras crecientes, los párpados abultados por el poco sueño invadiendo sus ojos que fueron preciosos; o puede que abultados sólo por lo que han tenido delante desde la infancia. Aquella vez que allí estuve y la vi, poco antes de mi proyectada boda, antes de subir a recoger a mi padre para ir los dos a almorzar entre risas, tuve un pensamiento vano del que más bien me avergüenzo y que sin embargo no he podido apartar del todo, o mejor dicho, me vuelve de vez en cuando como algo olvidado

hombre atezado con un sombrero viejo y un bigotito blanco muy recortado, un hombre de piel curtida y expresión amable, con sus ojos rasgados y sonrientes, un poco ensoñados o absortos mientras le daba al manubrio con la mano derecha y marcaba el ritmo sobre el pavimento con el pie contrario, el izquierdo, ambos pies calzados con zapatos de rejilla de empeine blanco y marrón el resto, invadiéndolos los pantalones algo anchos y largos. Estaba tocando un pasodoble en la esquina de mi casa. Saqué un billete de bolsillo y con él en el mano le dije:

—Le doy esto si va a la esquina de más arriba. Yo vivo ahí y estoy trabajando en casa. Con la música no hay quien pueda. ¿De acuerdo?

El hombre amplió la sonrisa y asintió con la cabeza, con la que a su vez le hizo una seña a la mujer de la trenza, aunque esto no hacía falta: ella se había acercado con el platillo semivacío en cuanto había visto el billete en mi mano. Lo extendió y yo dejé en él el papel verde, que no permaneció allí más que un segundo, el platillo de nuevo casi vacío y el billete en un bolsillo. En Madrid no va nunca el dinero de mano a mano.

—Gracias —dije—. Pero váyanse a la otra esquina, ¿eh?

El hombre atezado asintió de nuevo y yo crucé otra vez a mi casa. Al llegar a mi habitación en el quinto piso miré por la ventana con un tic de desconfianza, ya que, aunque la música era todavía audible, sonaba ya más débil, lejana, y no me impediría concentrarme. Pero aun así me asomé para comprobar con mis propios ojos que habían despejado mi esquina. ‘Sí, señor, en seguida’, había dicho obediente la mujer gitana, y habían cumplido.

Hoy me doy cuenta de dos cosas: la primera y menos importante es que no debí insistirles una vez aceptado el dinero y el trato, no debí repetir ‘Pero váyanse a la otra esquina, ¿eh?’, poniendo de antemano en duda su cumplimiento de lo acordado (lo peor fue ese ‘¿eh?’ ofensivo). La segunda resulta más grave, y es que, por tener dinero, decidí los movimientos de dos personas ayer por la mañana. Yo no quería que permanecieran en una esquina (mi esquina) y los mandé a otra que ellos no habían elegido; habían elegido la mía, quizá por casualidad pero quizá por algún motivo, tal vez tenían motivo para estar en la mía y no en la otra, y sin embargo a mí eso no me preocupó ni me interesé por averiguarlo, y sin más los hice desplazarse una manzana, allí donde no habían decidido pararse por voluntad propia. No los obligué, bien es cierto, fue una transacción o un pacto, a mí me compensaba gastar un billete para trabajar en paz (ganaría más billetes mientras trabajaba) y para ellos

no sería vital estar en mi esquina, sin duda preferían irse a la de más arriba y quedarse con mi billete a seguir en la mía sin el billete, por eso aceptaron y se desplazaron. Se puede incluso pensar que fue un dinero fácil, habrían tardado horas en reunir esa cantidad a base de monedas sueltas de los transeúntes tacaños que apenas pasaban. No es grave, es un incidente mínimo, insignificante, sin perjuicio para nadie, es más, en el que todas las partes salimos ganando. Y sin embargo sí me parece grave que yo pudiera decidir, *porque* tenía dinero y no me suponía ningún problema gastarlo, dónde debía tocar su organillo el hombre atezado y dónde extender su plato la mujer con trenza. Compré sus pasos, compré su emplazamiento en la mañana de ayer, compré también su voluntad un instante. Podría habérselo pedido por favor, haberle expuesto la situación y haber dejado que él decidiera, también ellos estaban trabajando. Me pareció más seguro ofrecerle dinero y ponerle una condición para llevárselo: ‘Le doy esto si se va’, le dije, ‘si se va a la esquina de más arriba.’ Luego le di explicaciones, pero en realidad sobraban, podía no haberlo hecho tras ofrecerle el dinero, para él era mucho y para mí no era nada, estaba seguro de que lo tomaría, el resultado habría sido el mismo si en vez de mencionar a continuación mi trabajo, como hice, le hubiera dicho: ‘Porque me da la gana de que se vaya.’ Así era de hecho aunque no se lo hubiera dicho, lo mandé a la otra esquina porque me dio la gana. Era un organillero agradable, de los que ya no quedan, un vestigio del pasado y de mi infancia, debería haberle tenido más respeto. Lo malo es que él probablemente habría preferido también que las cosas fueran como fueron y no como ahora pienso que pudieron ser, es decir, habría preferido mi billete a mi respeto. Podría haberle pedido por favor que se desplazara tras explicarle el caso, y haberle dado el billete luego si se mostraba complaciente y comprensivo, una propina en vez de un soborno, ‘por las molestias’ en vez de ‘lárguese’: pero entre ambas cosas no hay diferencia, en ambas hay en sí de por medio, poco importa que sea explícito o vaya implícito, que venga después o antes. En cierto sentido lo que hice fue lo más claro y lo más limpio, sin hipocresías ni falsos sentimientos, nos compensaba a los dos, eso es todo. Pero aun así lo compré y decidí sus pasos, y en la otra esquina a la que lo mandé tal vez lo arrolló un camión de reparto que perdió la dirección a esa altura e invadió la acera, no lo habría atropellado si el hombre atezado hubiera permanecido en la primera esquina que había elegido. No más chotis: el sombrero caído y el bigotito ensangrentado. También pudo ser al revés, y entonces es de suponer que le salvé la vida al echarlo.

mil veces y recordado otras tantas y a lo que no obstante nos da siempre pereza poner remedio, y así preferimos que siga olvidado y recordado a partes iguales o en alternancia para no olvidarlo definitivamente. Pensé que esa niña, Nieves, sería distinta y mejor si yo la hubiera amado no sólo de lejos, si pasada la adolescencia le hubiera hablado y la hubiera tratado y ella hubiera querido besarme, lo cual no podré saber nunca, si habría querido. Ya sé que no sé nada de ella, sin duda le faltan inquietud y ambición y curiosidad, pero estoy seguro al menos de un par de cosas: de que no vestiría como viste ahora y habría salido de la papelería, yo me habría encargado. Puede que fuera aún preciosa y pareciera joven, es mucho decir, pero la mera posibilidad de que así hubiera sido es ya suficiente para indignarme, no conmigo mismo por no haberle hablado más que de lápices, sino con el simple hecho, o posibilidad otra vez, de que la edad visible y el aspecto de una persona puedan depender de quién se le fue acercando, y de tener dinero. El dinero hace que la papelería se venda sin vacilación y haya más dinero, el dinero reduce el miedo y compra vestidos nuevos cada temporada, el dinero permite que una sonrisa y una mirada sean amadas como merecen y se perpetúen durante más tiempo del que les corresponde. Otras personas en la situación de Nieves no seguirían allí, habrían logrado salir del futuro abstracto tan confortable y de lo abierto que va cerrando; pero no hablo de gente hipotética, sino de aquella niña cuya figura nunca concreta protegió las noches de mis quince años. Por eso mi pensamiento vano no fue exactamente una presuntuosa variante patética de los cuentos de príncipes y campesinas, de profesores y floristas, de caballeros y coristas, aunque algo tuviera de presumido, quizá vino provocado por mi boda inminente y porque me sentí traidor y superior y salvado por un instante, superior y traidor a Nieves y salvado de ser como ella. No pensé en mí mismo, sino en su vida configurada, en su continuación, creyéndome capacitado por un segundo para haberla cambiado, incluso aún a tiempo de hacerlo, del mismo o parecido modo que ayer por la mañana cambié el emplazamiento y los pasos del organillero agradable de mi pasado y de la mujer con trenza. Sé que la niña de la papelería habría visto otras cosas y otros países fuera del mes de agosto, sé que habría tenido trato con personas distintas de las que trate y conozca, sé que habría dispuesto de más dinero y no se habría enterrado bajo virutas y briznas de caucho. Y lo que no sé es cómo me atreví a pensar todo esto, cómo me atrevo aún hoy a no haber ahuyentado definitivamente ese pensamiento vano y le permito que vuelva, cómo di por supuesto que una vida conmigo habría





sido mejor para ella, mejor en conjunto. Jamás hay conjunto, pienso, y quién sería ella, pensé, sin reconocerme que yo tampoco sería el mismo y que quizá pasara mis días en la papelería con ella.

—¿Tienes repuestos para esta pluma?

Eso fue lo que le pregunté, sacando de mi bolsillo una pluma alemana que había comprado en Bruselas y que me gusta mucho porque la plumilla es negra y mate.

—A ver —dijo ella, y abrió la pluma y miró el cartucho casi vacío—. Me parece que no, pero espera, voy a mirar en las cajas de arriba.

Yo sabía que esos cartuchos no los tendría, y pensé que ella debería haber sabido que no los tenía. Sin embargo arrastró la vieja escalera y la colocó en su lado del mostrador a mi izquierda, y pesadamente, como si tuviera veinte años más de los que tenía (pero llevaba ese tiempo arriba y abajo), fue subiendo peldaños hasta quedarse en el quinto y rebuscar desde él en varias cajas de cartón que no nos servirían. La vi de espaldas, con sus zapatos bajos y su falda a cuadros de colegiala anticuada, sus caderas ensanchadas y la tira de su sostén algo floja transparentándosele bajo la blusa; y con su bonita nuca, lo único inalterado. Miraba en las cajas y sostenía en la mano mi pluma abierta para ver el cartucho y poder compararlo, la sostenía con mucho cuidado. De haber estado a su altura en aquel momento le habría puesto una mano en el hombro o acariciado esa nuca, afectuosamente.

Es difícil imaginar que yo pasara allí mis días, yo siempre he tenido dinero y curiosidad, curiosidad y dinero, incluso cuando no dispongo de grandes cantidades y trabajo para ganármelo, como ahora y desde que salí de la casa de Ranz hace ya tanto tiempo, aunque ahora trabaje sólo seis meses al año. Quien sabe que lo va a tener ya lo tiene en buena medida, la gente se lo adelanta, sé que dispondré de mucho cuando mi padre muera y que entonces podré no trabajar apenas si no quiero, lo tuve de niño para comprar muchos lápices y heredé ya una parte a la muerte de mi madre, y una parte menor ya antes, a la de mi abuela, si bien no eran ellas quienes lo habían ganado, las muertes hacen ricos a los que no lo eran ni podrían serlo jamás por sí solos, a las viudas e hijas, o quizá queda a veces sólo una papelería que encadena a la hija y no soluciona nada.

Ranz vivió siempre bien y por tanto también su hijo, sin grandes excesos o con sólo aquellos que su profesión le brindaba y aun aconsejaba. El exceso o fortuna de mi padre consiste en cuadros y alguna escultura, sobre todo en cuadros y numerosos dibujos. Ahora

Pero esto son conjeturas e hipótesis, mientras que hay veces en que la vida de los otros, de otro (la configuración de una vida, su continuación, no unos meros pasos), depende de nuestras decisiones y vacilaciones, de nuestra cobardía o arrojo, de nuestras palabras y de nuestras manos, también a veces de que tengamos dinero y ellos no lo tengan. Cerca de la casa de Ranz, es decir, cerca de la casa en que yo habité durante mi infancia y adolescencia, hay una papelería. En esa papelería empezó a despachar muy pronto, a los trece o catorce años, una niña casi de mi edad, un poco más joven, la hija del dueño. Es un establecimiento anticuado y modesto, uno de esos lugares que el progreso olvida y deja de lado para realzar sus logros totalitarios, apenas renovado durante tantos años, algo en los últimos, con la muerte del padre han mejorado, se han modernizado un poco y ganarán más dinero. Entonces, a mis quince o catorce años, sin duda ganaban muy poco y por eso trabajaba la niña, por las tardes al menos en aquella época. Esa niña era preciosa, a mí me gustaba mucho, iba a la papelería casi a diario para mirarla, en vez de comprar cuanto necesitaba de golpe, un día compraba un lápiz y otro día un cuaderno, la goma de borrar una tarde para volver a la siguiente por un tintero. Inventaba mis necesidades, se me fueron demasiadas pagas en aquella papelería. También remoloneaba al irme y silboteaba mientras esperaba a ser atendido, como hacen los chicos de mi edad de entonces, procuraba que me atendiera ella (vigilaba cuándo quedaba libre para abrir la boca) y no el padre o la madre, me entretenía más de la cuenta y me duraba el contento la noche entera si recibía una sonrisa o mirada amable o al menos interpretable, pero sobre todo me iba contento pensando en el futuro abstracto, todo estaba aplazado, ella estaba allí una tarde tras otra, siempre localizable, y no había motivo para que el futuro se hiciera concreto y dejara de ser futuro. Mi edad de entonces fue siendo otra, y también la de la chica, que creció y siguió siendo preciosa durante varios años, también ahora por las mañanas, a partir de los dieciséis o así estaba allí todo el día, despachaba continuamente, mientras yo iba a la universidad ella ya no estudiaba. No le hablaba cuando íbamos al colegio y seguí sin hablarle más tarde, primero no me atrevía y luego se había pasado el tiempo, es lo malo del futuro abstracto cuando se queda en eso: aunque la miraba, andaba ocupado en otras cosas y en el variable presente, ya no iba tanto por la papelería. Nunca le dirigí la palabra más que para pedirle papel y lápices, carpetas y gomas y darle las gracias. No sé cómo es, por tanto, cuál es su carácter ni qué gustos tiene, si su conversación es grata ni su humor bueno o malo, lo que



piensa sobre ningún asunto, si se ríe ni cómo besa. Sólo sé que la amaba a los quince años como se suele amar entonces o aún se ama lo no iniciado, esto es, en la idea de que será para siempre. Pero además de eso me atrevo a decir que su manera de mirar y de sonreír (su manera de entonces) merecían ser amadas para siempre, y eso ya no dependía de mis quince años, sino que lo digo ahora. Se llamaba y se llama Nieves. Ahora han pasado otros quince o más desde que ya no vivo en la casa de Ranz, pero a veces, cuando voy o he ido a visitarlo, o a recogerlo para salir a comer los dos juntos a La Trainera o a otro restaurante más lejano, antes de subir a su casa he entrado en la papelería por la costumbre no del todo perdida de comprar allí algo, y siempre, a lo largo de estos años, me he ido encontrando a aquella niña que ya no era niña, la he visto a sus veintitrés, y a sus veintiséis, y a sus veintinueve, y a los treinta y tres o cuatro que tendrá ahora. Poco antes de casarme con Luisa la vi un día, es una mujer aún joven, lo es necesariamente porque supe su edad desde siempre, aproximadamente, y era poco inferior a la mía. Lo es necesariamente pero no lo parece, ya no es preciosa y no sé por qué no, ya que está todavía en edad de serlo. Seguramente lleva demasiados años metida mañana y tarde en esa papelería (aunque no la noche ni los domingos ni los sábados desde el mediodía, pero no basta), despachando su material a niños que ya no la ven como a su igual ni como a su amada, sino como a una señora desde hace tiempo. Ninguno de esos niños la admirará ya sin duda, tal vez no la admire nadie, ni siquiera yo que ya no soy niño, o acaso un marido que será del barrio y llevará demasiados años metido en otro establecimiento mañana y tarde, vendiendo medicamentos o cambiando ruedas. Lo ignoro, quizá tampoco haya marido. Lo único que sé es que esa mujer joven que ya no parece joven lleva demasiado tiempo vistiéndose de parecida forma, con jerseys y blusas de cuello redondo, con faldas plisadas y blanquecinas medias, demasiado tiempo subiéndose a una escalera para buscar una cinta de máquina con sus quebradas uñas manchadas de tinta, su esbelta figura levemente acolchada, sus pechos que yo vi crecer cada vez más abiertos, la mirada tediosa y las ojeras crecientes, los párpados abultados por el poco sueño invadiendo sus ojos que fueron preciosos; o puede que abultados sólo por lo que han tenido delante desde la infancia. Aquella vez que allí estuve y la vi, poco antes de mi proyectada boda, antes de subir a recoger a mi padre para ir los dos a almorzar entre risas, tuve un pensamiento vano del que más bien me avergüenzo y que sin embargo no he podido apartar del todo, o mejor dicho, me vuelve de vez en cuando como algo olvidado

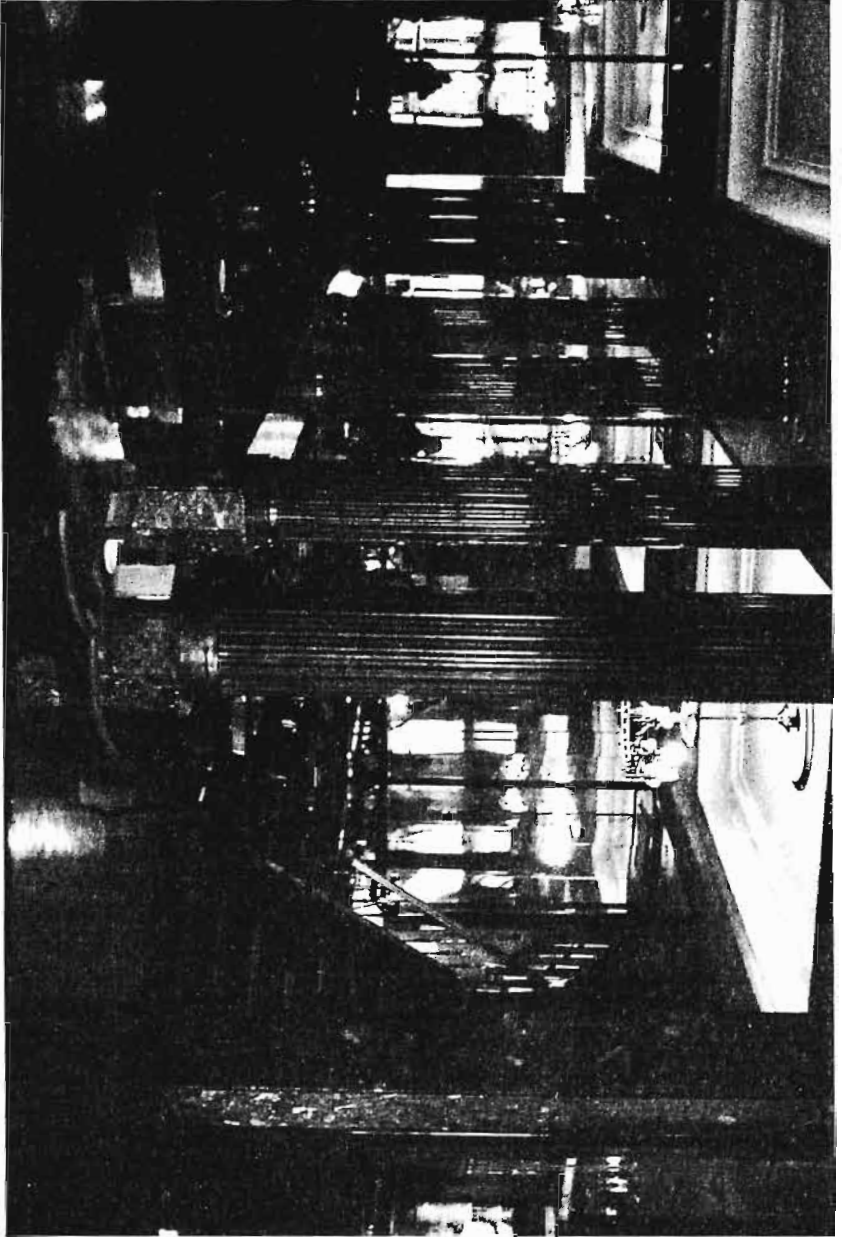


está retirado, pero durante muchos años (años de Franco y también luego) fue uno de los expertos de plantilla del Museo del Prado, nunca director ni subdirector, nunca alguien visible, aparentemente un funcionario que pasaba todas las mañanas en una oficina, sin que por ejemplo su hijo tuviera nunca una idea clara de cómo las ocupaba, al menos de niño. Después fui sabiendo, mi padre se pasaba los días encerrado efectivamente en un despacho al lado de las obras maestras y no tan maestras de la pintura que tanto le apasionaban. Mañanas enteras en la vecindad de cuadros extraordinarios, a ciegas, sin poder asomarse a verlos, o a ver cómo los miraban los visitantes. Examinaba, catalogaba, describía, descatalogaba, investigaba, dictaminaba, inventariaba, telefoneaba, vendía y compraba. Pero no siempre estaba allí, también él ha viajado mucho a cargo de instituciones y de individuos que poco a poco se fueron enterando de sus virtudes y lo contrataban para emitir opiniones y hacer peritajes, fea palabra pero es la que emplean los que los hacen. Al cabo del tiempo era consejero de varios museos norteamericanos, entre ellos el Getty de Malibú, el Walters de Baltimore y el Gardner de Boston, también consejero de algunas fundaciones o delictivos bancos sudamericanos y de coleccionistas particulares, gente demasiado rica para venir por Madrid y por casa, era él quien se desplazaba a Londres o Zurich, Chicago o Montevideo o La Haya, daba su opinión, favorecía o desaconsejaba la venta o la compra, se llevaba un porcentaje o un aguinaldo, regresaba. A lo largo de los años fue haciendo cada vez más dinero, no sólo por los porcentajes y por su sueldo de experto en el Prado (no gran cosa), sino por su corrupción paulatina y ligera: la verdad es que ante mí no ha tenido nunca empacho en reconocer sus prácticas semifraudulentas, es más, se ha jactado de ellas en la medida en que todo sutil engaño a los precavidos y poderosos es en parte digno de aplauso si además queda impune y no es descubierto, es decir, si se ignora no ya el autor, sino el engaño mismo. La corrupción no es tampoco muy grave en este campo, consiste simplemente en pasar a representar los intereses del vendedor, sin que se note ni sepa, en lugar de los del comprador, que es normalmente quien contrata al experto (y además puede ser vendedor un día). El Getty Museum o la Walters Art Gallery que pagaban a mi padre eran informados sobre la autoría y estado y conservación de un cuadro cuya adquisición estudiaban. Mi padre informaba con veracidad en principio, pero ocultaba algún dato que, de haberse tenido en cuenta, habría disminuido notablemente su valor y su precio, por ejemplo que al lienzo en cuestión le faltaban varios centímetros que alguien cortó a lo largo de los



siglos para que cupiera en el gabinete de uno de sus dueños, o bien que un par de figuras muy secundarias del fondo estaban retocadas sobre el original, por no decir rehechas. Llegar a un acuerdo con el vendedor para silenciar estos detalles puede suponer un porcentaje doble sobre un precio más alto, bastante dinero para el silenciador y aún más para el vendedor; y el experto, si más adelante ve descubierto su fallo, siempre puede decir que se trató de eso, un fallo, ningún experto es del todo infalible, antes al contrario, es inevitable que alguna vez se equivoquen en algún aspecto, basta con que acierten en muchos otros para conservar su prestigio, y así los errores pueden administrarse. Mi padre, no me cabe duda, tiene buen ojo y aún mejor mano (hay que tocar la pintura para saber, es imprescindible, a veces incluso lamerla un poco sin causarles perjuicio), y en países como España eso ha sido impagable durante muchísimos años, cuando se desconocían o no podían costearse los análisis químicos (tampoco infalibles, dicho sea de paso) y el crédito de los expertos dependía sólo del énfasis y convencimiento con que emitieran sus veredictos. Las colecciones privadas españolas (también las públicas, pero menos) están llenas de falsos, y sus propietarios se llevan grandes disgustos cuando hoy en día deciden venderlas y las encomiendan por fin a una casa de subastas seria. Ha habido señoras que se han desmayado in situ al enterarse de que su pequeño divino Greco de toda la vida era un pequeño Greco divino falso. Ha habido caballeros ancianos que han hecho amago de abrirse las venas al recibir la noticia, sin vuelta de hoja, de que su querida tabla flamenca de toda la vida era una tabla flamenca querida y falsa. Por las oficinas de las casas de subastas han rodado perlas auténticas y se han roto bastones de maderas nobles, los objetos cortantes están en vitrinas desde que se rajó a un empleado y no se extraña nadie ante las camisas de fuerza y las ambulancias. Los loqueros son bien recibidos.

Durante decenios los peritajes en España los ha hecho cualquiera con suficiente vanidad, desfachatez o arrojo; un anticuario, un librero, un crítico de exposiciones, una guía del Prado de las que van con letrado, un bedel, el expendedor de postales o la asistente, todo el mundo opinaba y emitía su dictamen y todos los dictámenes iban a misa, no más unos que otros. Alguien que en verdad supiera era impagable, como lo es aún hoy en todas partes del mundo, pero más aquí y entonces. Y mi padre sabía, aún sabe más que la mayoría. Con todo, yo he tenido la duda de si entre sus corrupciones ligeras no ha habido alguna más grave y de la que no se ha jactado nunca. El experto, aparte de las ya mencionadas, tiene



Uno de los cafés de Madrid retratados en estas novelas (1997)

otras dos o tres maneras de enriquecerse. La primera es legal, y consiste en comprar para sí mismo a quien no sabe o está en apuros (por ejemplo durante y después de una guerra, en esos períodos se entregan obras maestras por un pasaporte o por un tocino). Durante años y años Ranz ha ido comprando también para su casa, no sólo para quien lo contrataba: a anticuarios, a librereros, a críticos de exposiciones, a guías del Prado de las que van con letrero, a bedeles, a expendedores de postales e incluso a asistentes, a todo tipo de gente, les ha comprado maravillas por cuatro cuartos: con el dinero que le pagaban en Malibú, Boston y Baltimore invertía en arte para sí mismo, o mejor dicho, no invertía o si acaso lo hacía para sus descendientes, ya seré yo quien venda. Mi padre posee joyas que no le costaron nada y de algunas de las cuales nada se sabe. En la Kunsthalle de Bremen, en Alemania, desaparecieron una pintura y dieciséis dibujos de Dürero en 1945, cuenta la historia que se esfumaron durante los bombardeos o que se los llevaron los rusos, más bien esto último. Entre esos dibujos había uno titulado *Cabeza de mujer con los ojos cerrados*, otro llamado *Retrato de Caterina Cornaro* y un tercero conocido como *Tres tilos*. Yo no afirmo ni niego nada, pero en la colección de dibujos de Ranz hay tres que juraría que son de Dürero (pero no soy nadie para decirlo, y él siempre se ríe cuando le pregunto, no me contesta), y en uno de ellos se ve una cabeza de mujer con los ojos cerrados, en otro me da el corazón que está el vivo retrato de Caterina Cornaro y lo que veo en el último son tres tilos, aunque no entiendo mucho de árboles. Esto es sólo un ejemplo. Habida cuenta de los tan variables precios del mercado del arte, no sé lo que valdrá el conjunto de su colección (mi padre también se ríe cuando le pregunto, y me contesta: 'Ya lo sabrás el día que no tengas más remedio que averiguarlo. Esto cada día cambia, como el precio del oro'), pero es posible que no necesite desprenderme más que de una o dos piezas, cuando él muera y vender o no sea asunto mío, para dejar de traducir y viajar si ya no quiero seguir haciéndolo.

De los mejores cuadros que Ranz ha tenido siempre a la vista en casa (a la vista no tantos), a las amistades y visitas les ha dicho invariablemente que se trataba de copias (con alguna excepción razonable: Boudin, Martín Rico y otros semejantes), excelentes copias de Custardoy padre y alguna más reciente de Custardoy hijo. La segunda manera que de hacerse rico tiene un experto es poner sus conocimientos no al servicio de la interpretación, sino de la acción, esto es: asesorar y guiar a un falsario para que sus obras sean lo más perfectas posible. Es de suponer que el experto que aconseje

a un falsificador se abstendrá de informar a nadie sobre esas falsificaciones, las realizadas bajo su supervisión y criterio. Pero en cambio es probable que el falsificador le dé un porcentaje de lo obtenido por la venta de uno de esos cuadros asesorados a algún particular o museo o banco tras el visto bueno de otros expertos, como también es probable que el primer experto sí se preste a informar sobre las falsificaciones instruidas por ese otro. Uno de los mejores amigos de Ranz fue Custardoy padre y ahora lo es Custardoy hijo, ambos copistas magníficos de casi cualquier cuadro de cualquier época, aunque sus mejores imitaciones, aquellas en que original y copia podían ser confundidos, eran de los pintores franceses del XVIII, no muy apreciados durante mucho tiempo (y que por tanto nadie se molestaba en falsificar) y hoy en día sobremanera, en parte por la revalorización decidida por los propios expertos en recientes décadas. En la casa de Ranz hay dos copias extraordinarias de un pequeño Watteau y un Chardin mínimo, la primera de Custardoy padre y la segunda de Custardoy hijo, a quien se la encargó hace sólo tres años, o eso dijo. Custardoy padre tuvo algunos problemas y sustos poco antes de su muerte, hace ya más de diez años: llegó a ser detenido y soltado al poco tiempo sin que se lo procesara: sin duda mi padre hizo llamadas desde su despacho del Prado a personas que tras la muerte de Franco no habían perdido enteramente su influencia.

Pero por buenas cantidades que Ranz fuera ganando e incrementando a través de Malibú, Boston y Baltimore, de Zürich, Montevideo y La Haya, a través de sus favores particulares y sus aún más privados servicios a los vendedores, a través incluso de sus posibles consejos a Custardoy el viejo y quizá ahora ocasionalmente al joven, su fortuna y su exceso consisten, como ya he dicho, en su colección personal de dibujos y cuadros y alguna escultura, aunque no sé todavía ni sabré de momento a cuánto ascienden tal fortuna y tal exceso (espero que a su muerte deje un informe de experto exacto). Él nunca ha querido deshacerse de nada, de ninguna de sus supuestas copias ni de sus seguros auténticos, y en eso hay que reconocer, más allá de sus corrupciones ligeras, la sinceridad de su vocación y su pasión genuina por la pintura. Si bien se mira, regalarnos el Boudin y el Martín Rico enanos por nuestra boda debió de costarle sangre, aunque en casa los siga viendo. Cuando trabajaba en el Prado recuerdo su pánico a cualquier accidente o pérdida, a cualquier deterioro y al más mínimo desperfecto, así como a los guardianes y vigilantes del museo, a los que, según decía, habría que pagar maravillosamente y procurar tener muy contentos, ya



que de ellos dependía no sólo la seguridad y el cuidado, sino la propia existencia de las pinturas. *Las Meninas*, decía, existen gracias a la benevolencia o perdón cotidiano de los guardianes, que podrían destruirlas en cualquier momento si lo quisieran, por eso hay que mantenerlos orgullosos y alegres y en estado psíquico satisfactorio. Él, con diversos pretextos (no era su tarea, no lo era de nadie), se encargaba de saber cómo les iba la vida a esos vigilantes, si estaban tranquilos o por el contrario alterados, si los agobiaban las deudas o se defendían, si sus mujeres o sus maridos (el personal es mixto) los trataban bien o los brutalizaban, si sus hijos eran motivo de dicha o pequeños psicópatas que los sacaban de quicio, siempre interesándose y velando por ellos para salvaguardar las obras de los maestros, protegerlas de sus posibles iras o arrebatos de resentimiento. Mi padre era bien consciente de que un hombre o una mujer que pasa sus días encerrado en una sala viendo siempre las mismas pinturas, horas y horas cada mañana y algunas tardes sentado en una sillita sin hacer otra cosa que vigilar a los visitantes y mirar las telas (prohibido hasta hacer crucigramas), podía enloquecer y propiciar amenazas o desarrollar un odio mortal hacia esos cuadros. Por esa razón se ocupaba personalmente, durante sus años metido en el Prado, de cambiar cada mes el emplazamiento de los guardianes, para que al menos fueran viendo los mismos lienzos sólo durante treinta días y su odio se amortiguara, o bien cambiara de destinatarios antes de que fuera demasiado tarde. La otra cosa de la que era bien consciente era esta: aunque ese guardián sufriera castigo y fuera a parar a la cárcel, si el guardián decidía una mañana destruir *Las Meninas*, *Las Meninas* quedarían tan destruidas como los Durero de Bremen si los destruyeron los bombardeos, ya que no habría vigilante para impedir el destrozo si fuera el propio vigilante el que destrozara, con todo el tiempo del mundo para llevar a cabo su fechoría y nadie que lo parara salvo sí mismo. Sería irreversible, no habría manera de recuperarlas.

En una ocasión salió de su despacho casi a la hora de cerrar, cuando la mayoría de los visitantes habían salido, y encontró a un viejo guardián llamado Mateu (llevaba allí veinticinco años) jugando con un mechero no recargable y el borde de un Rembrandt, concretamente el borde inferior izquierdo del titulado *Artemisa*, de 1634, el único Rembrandt seguro del Museo del Prado, en el que la susodicha Artemisa, con rasgos muy parecidos a los de Saskia, mujer y frecuente modelo del pintor genio, mira de soslayo una enrevesada copa que le ofrece una sirvienta joven arrodillada y casi de espaldas. La escena se ha interpretado de dos formas,

como Artemisa, reina de Halicarnaso, en el momento de ir a beber la copa con las cenizas de Mausolo, su marido muerto para quien hizo erigir un sepulcro que fue una de las siete maravillas del mundo antiguo (de ahí *mausoleo*), o como Sofonisba, hija del cartaginés Asdrúbal, que para no caer viva en manos de Escipión y los suyos, que la reclamaban formalmente, pidió a su nuevo esposo Masinisa una copa con veneno como regalo de boda, copa que según la historia le fue procurada por mor de la fidelidad en peligro, y eso que Sofonisba no había sido sólo suya y había estado casada ya antes con otro, el jefe Sifax de los masesilianos, a quien de hecho acababa de robársela el segundo y saqueador marido (susodicho Masinisa) durante la confusa toma de Cirta, hoy Constantina en Argelia. Así, es difícil saber ante el cuadro si en honor de Mausolo va a beber Artemisa maritales cenizas o marital veneno Sofonisba por culpa de Masinisa; aunque por la expresión soslayada de ambas más parece que uno u otra fueran a ingerir, no sin vacilaciones, alguna pócima adulterina. Sea como sea, al fondo hay una cabeza de vieja que observa la copa más que a la sirvienta o a la propia Artemisa (de ser Sofonisba, es posible que la vieja le haya puesto el veneno), no se la ve bien del todo, el fondo es una penumbra demasiado misteriosa o está demasiado sucio, y la figura de Sofonisba es tan luminosa y abultada tanto que hace a la vieja aún más dudosa.

En aquella época no había alarmas de incendio automáticas en el Prado, pero sí extintores. Mi padre desenganchó uno que estaba a mano con cierto esfuerzo, y aunque no sabía usarlo, con él malamente oculto a la espalda (tremendo peso de color conspicuo), se aproximó lentamente a Mateu, que ya había achicharrado una esquina del marco y pasaba ahora la llama muy cerca del lienzo, arriba y abajo y de punta a punta, como si quisiera iluminarlo todo, la sirvienta y la vieja y Artemisa y la copa, también una mesa camilla sobre la que hay unos pliegos escritos (la reclamación formal de Escipión acaso) y sobre la que Sofonisba apoya su mano izquierda más bien rolliza.

‘¿Qué hay, Mateu?’, le dijo mi padre con calma. ‘¿Viendo mejor el cuadro?’

Mateu no se volvió, conocía a la perfección la voz de Ranz y sabía que todos los días, a la salida, se daba una vuelta al azar por algunas salas para comprobar que seguían intactas.

‘No’, respondió en tono muy natural y desapasionado. ‘Estoy pensando en quemarlo.’

Mi padre, contaba, podría haberle dado un golpe en el brazo y haber hecho caer el mechero al suelo, ya inofensivo, y luego haberlo

alejado de una hábil patada. Pero tenía las manos ocupadas por el extintor a la espalda, y además la sola posibilidad de fallar y aumentar el enfado del guardián Mateu le hizo desistir de probar la suerte. Pensó que quizá era mejor entretenerlo sin que aplicara la llama (ardiendo sustancias bituminosas) hasta que al mechero no recargable se le acabara la carga, pero eso podía durar demasiado si por desgracia el encendedor estaba recién comprado. También pensó en pedir auxilio a voces, alguien aparecería, sería reducido Mateu y el fuego no se propagaría a otros cuadros, pero en ese caso adiós al único Rembrandt seguro de mano de Rembrandt del Prado, adiós a Sofonisba y adiós a Artemisa, e incluso a Mausolo y a Masinisa y a Saskia y a Sifax. Volvió a preguntarle.

‘Pero hombre, Mateu, ¿tan poco le gusta?’

‘Estoy harto de esa gorda’, contestó Mateu. Mateu no aguanta a Sofonisba. ‘No me gusta esa gorda con perlas’, insistió (y es verdad que Artemisa está gorda y lleva perlas al cuello y sobre la frente en el Rembrandt). ‘Parece más guapa la criadita que le sirve la copa, pero no hay manera de verle bien la cara.’

Mi padre no pudo evitar dar una respuesta burlona, es decir, sorprendida y lógica:

‘Ya’, dijo, ‘fue pintado así, claro, la gorda de frente y la sirvienta de espaldas.’

El pirómano Mateu apagaba de vez en cuando el mechero durante unos segundos, pero no lo apartaba del lienzo, y al cabo de esos segundos volvía a encenderlo y a calentar el Rembrandt. A Ranz no lo miraba.

‘Eso es lo malo’, dijo, ‘que fue pintado así para siempre y ahora nos quedamos sin saber lo que pasa, ve usted, señor Ranz, no hay forma de verle la cara a la chica ni de saber qué pinta la vieja del fondo, lo único que se ve es a la gorda con sus dos collares que no acaba nunca de coger la copa. A ver si se la bebe de una puta vez y puedo ver a la chica si se da la vuelta.’

Mateu, un hombre acostumbrado a lo que es la pintura, un hombre de sesenta años que llevaba veinticinco en el Prado, de pronto quería que siguiera la escena de un Rembrandt que no entendía (nadie lo entiende, entre Artemisa y Sofonisba hay un mundo de distancia, la distancia entre beberse a un muerto y beber la muerte, entre aumentar la vida y morirse, entre dilatarla y matarse). Era absurdo, pero Ranz todavía no renunció a razonarle:

‘Pero comprenda que eso no es posible, Mateu’, le dijo, ‘las tres están pintadas, ¿no lo ve usted?, pintadas. Usted ha visto mucho

cine, esto no es una película. Comprenda que no hay manera de verlas de otro modo, esto es un cuadro. Un cuadro.’

‘Por eso me lo cargo’, dijo Mateu, de nuevo con el mechero encendido acariciando la tela.

‘Además’, añadió mi padre intentando distraerlo y por un prurito de exactitud (es pedante mi padre), ‘lo de la frente no es un collar, sino una diadema, aunque sea también de perlas.’

Pero a esto Mateu no hizo caso. Se sopló mecánicamente unas motas del uniforme.

El extintor sujetado a pulso le estaba destrozando a Ranz las muñecas, así que renunció a ocultarlo y pasó a sostenerlo entre sus brazos como un bebé, su color carmín bien visible. El vigilante Mateu reparó en el aparato.

‘Oiga oiga, pero qué hace con eso’, le reprochó a mi padre. ‘¿No sabe que está prohibido desmontarlos?’

Mateu se había vuelto por fin al oír el estruendo provocado por el torpe manejo del extintor, que en su trayecto de la espalda a los brazos dio contra el suelo haciendo saltar astillas, pero mi padre no se atrevió a valerse de aquel momento de alarma. Le dio que pensar, sin embargo.

‘No se preocupe, Mateu’, le dijo, ‘me lo llevo porque hay que arreglarlo, este no marcha.’ Y aprovechó para dejarlo en el suelo con gran alivio. Sacó el pañuelo de seda color cereza que llevaba como ornamento en el bolsillo de la chaqueta y se secó la frente, un pañuelo de tacto y color agradables, era de adorno más que de uso, hacía juego con el extintor.

‘Le digo que me lo cargo’, repitió Mateu, y le tiró un amago con el encendedor a Saskia.

‘El cuadro tiene mucho valor, Mateu. Millones vale’, le dijo Ranz probando a ver si la mención del dinero le hacía recobrar el juicio.

Pero el guardián seguía jugando con el mechero, encendiéndolo y apagándolo y encendiéndolo, se decidió a chamuscar más el marco, un marco muy bueno, antiguo.

‘Encima eso’, contestó despectivo. ‘Encima esa mierda de gorda vale millones, hay que joderse.’

El buen marco ennegrecido. Mi padre pensó en mencionarle ahora la cárcel, pero lo descartó al instante. Pensó un momento, pensó otro momento y por fin cambió de táctica. De pronto recogió el extintor del suelo y le dijo:

‘Tiene usted razón, Mateu, le doy la razón. Pero no lo quemé porque se podrían incendiar otros cuadros. Déjeme hacer a mí. Me

lo voy a cargar con el extintor este, que pesa lo suyo. A la gorda le va a caer un buen peso encima y se va a ir a la mierda.’

Y Ranz alzó el extintor y lo sostuvo en alto con las dos manos como un levantador de pesas, dispuesto a arrojarlo con gran violencia contra Sofonisba y contra Artemisa.

Fue entonces cuando Mateu se puso serio.

‘Oiga, oiga’, le dijo Mateu serio, ‘pero qué va a hacer usted, que así va a dañar el cuadro.’

‘Lo machaco’, dijo Ranz.

Hubo un momento de vacilación, mi padre con los brazos en vilo soportando el extintor tan rojo, Mateu con el mechero en la mano aún encendido, en vilo la llama que vacilaba. Miró a mi padre, miró al cuadro. Ranz no podía aguantar más el peso. Entonces Mateu apagó el mechero, se lo echó al bolsillo, abrió los brazos como un luchador y le dijo conminatorio:

–‘Quieto ahí, quieto, ¿eh? No me obligue.’

Mateu no fue despedido porque mi padre no informó de aquel episodio, tampoco lo denunció a él el guardián por haber querido pulverizar el Rembrandt con un extintor averiado. Nadie más notó la quemazón del marco (si acaso algún visitante indiscreto al que se recomendó no hacer preguntas y el sustituto sobornado), y al poco fue cambiado por uno muy parecido, aunque no era antiguo. Según Ranz, si Mateu había sido un vigilante celoso durante veinticinco años, no tenía por qué no seguirlo siendo tras un ataque pasajero de saña. Es más, achacaba su acción y atentado a la falta de acción y atentados, y veía una prueba de su fiabilidad en el hecho de que al ver el cuadro de su ojeriza amenazado por otro individuo que además era un superior, había prevalecido su sentido de la responsabilidad custodia sobre su sincero deseo de abrasar a Artemisa. Fue inmediatamente trasladado a otra sala, de primitivos, cuyas figuras son menos rotundas y es más difícil que irriten (y algunos son palinsquemáticos, es decir, cuentan en la misma superficie o espacio sus historias completas). Por lo demás, mi padre se limitó a interesarse aún más por su vida, a darle ánimos ante la vejez que encaraba y a no quitarle ojo durante las fiestas que dos veces al año, en día de cierre, se organizaban para todo el personal del museo, preferentemente en la sala grande de los Velázquez. Todos los empleados con sus respectivas familias, desde el director (que sólo hacía acto de presencia un minuto y daba una mano floja) hasta las mujeres de la limpieza (que eran las que más alborotaban y más disfrutaban porque debían quedarse luego a barrer los estragos), se reunían para beber y comer y departir y bailotear (departir es un

decir) en una suerte de verbena bianual concebida por mi propio padre según el modelo o razonamiento carnavalesco para mantener contentos a los vigilantes y permitir que se desahogaran y perdieran la compostura allí donde los demás días debían guardarla. Él mismo cuidaba de que la comida y bebida que se les servía fueran tales que sus manchas no pudieran arruinar ni dañar las pinturas, y de ese modo se consentían muchos atropellos y excesos: yo he visto de niño gaseosa sobre *Las Meninas* y merengues sobre *La rendición de Breda*.



Durante muchos años, de niño y también luego, de adolescente y muy joven, cuando aún miraba con ojos dubitativos a la chica de la papelería, supe sólo que mi padre había estado casado con la hermana mayor de mi madre antes que con mi madre, con Teresa Aguilera antes que con su hermana Juana, las dos niñas a las que se refería a veces mi abuela cuando contaba anécdotas del pasado, o más bien decía sólo ‘las niñas’ para diferenciarlas de sus hermanos, a los que en cambio llamaba ‘los muchachos’. No es solamente que los hijos tarden mucho en interesarse por quiénes fueron sus padres antes de conocerlos (por lo general ese interés se produce cuando esos hijos se acercan a la edad que tenían los padres cuando en efecto los conocieron, o cuando a su vez tienen hijos y entonces se recuerdan de niños a través de ellos y se preguntan perplejos por las tutelares figuras con que ahora se corresponden), sino que los padres se acostumbran a no despertar curiosidad alguna y a callar sobre sí mismos ante sus vástagos, a silenciar quiénes fueron o acaso lo olvidan. Casi todo el mundo se avergüenza de su juventud, no es muy cierto que se añore como se dice, más bien se relega o rehúye y con facilidad o esfuerzo se confina el origen a la esfera de los malos sueños, o de las novelas, o de lo que no ha existido. La juventud se oculta. la juventud es secreta para quienes ya no nos conocen jóvenes.

Ranz y mi madre nunca ocultaron el matrimonio de Ranz con quien habría sido mi tía Teresa de haber vivido (o no lo habría sido), un matrimonio brevísimo de cuya disolución sólo supe que la había causado la temprana muerte, pero en cambio no supe (no lo pregunté tampoco) el porqué de esa muerte durante muchos años, y durante muchos más creí saberlo en esencia y se me engañaba, cuando por fin pregunté se me dio una respuesta falsa, que es otra de las cosas a las que se acostumbran los padres, a mentir a los niños sobre su juventud olvidada. Se me habló de la enfermedad y eso fue todo, se me habló de una enfermedad durante muchos años, y resulta difícil poner en duda lo que se sabe desde la infancia, se tarda en recelar de ello. La idea que por consiguiente tuve siempre de ese matrimonio tan breve fue la de un error comprensible a los ojos de un niño o de un adolescente que prefiere pensar en la inevitabilidad de sus padres unidos para justificar su existencia y creer por tanto en su propia inevitabilidad y justicia (me refiero a los niños perezosos, normales, a los que no van al colegio si tienen un poco de fiebre y no han de trabajar repartiendo cajas con una bicicleta por las mañanas). La idea fue vaga en todo caso, y el error explicable consistía en que Ranz podía haber creído querer a una her-

mana, la hermana mayor, cuando en realidad quería a la otra, la hermana menor, demasiado menor acaso en el momento de conocer él a ambas para que mi padre la tomara en serio. Tal vez me fue así contado, pudiera ser, por mi madre o más bien mi abuela, no lo recuerdo, una respuesta breve y quizá embustera a una infantil pregunta, desde luego Ranz nunca me habló de estas cosas. También era fácil que en la imaginación del niño apareciera otro factor, este piadosos: la consolación del viudo, sustituir a la hermana, paliar la desesperación del marido, ocupar el lugar de la muerta. Mi madre podía haberse casado con mi padre un poco por pena, para que no se quedara solo; o bien no, podía haberlo querido secretamente desde el principio y haber deseado secretamente la desaparición del obstáculo, de su hermana Teresa. O ya que se producía, haberse alegrado de la desaparición al menos en un aspecto. Ranz nunca había contado nada. Hace algunos años, siendo ya adulto, yo intenté preguntarle y me trató como si aún fuera niño. ‘Qué te importa todo eso’, me dijo, y cambió de tema. Al insistir yo (estábamos en La Dorada) se levantó para ir al lavabo y me dijo zumbón con su mejor sonrisa: ‘Escucha, no me apetece hablar del pasado remoto, es de mal gusto y le hace recordar a uno los años que tiene. Si vas a seguir, es mejor que para cuando vuelva hayas abandonado la mesa. Quiero comer tranquilo y en el día de hoy, no en uno de hace cuarenta años.’ Como si estuviéramos en casa y yo fuera un niño pequeño al que se pudiera mandar a su cuarto, me dijo que me largara, ni siquiera consideró la posibilidad de enfadarse y ser él quien se marchara del restaurante.

Lo cierto es que casi nadie hablaba nunca de Teresa Aguilera, y ese *casi* ha venido sobrando desde la muerte de mi abuela cubana, la única que a veces la mencionaba, como sin querer o poder evitarlo, aunque en su casa, Teresa estaba bien presente y visible en forma de retrato póstumo al óleo hecho a partir de una fotografía. Y en la mía, esto es, en la de mi padre, estaba y está la foto que en blanco y negro sirvió de modelo, hacia la que Ranz y Juana lanzaban de tarde en tarde una mirada de paso. El rostro de Teresa es un rostro confiado y grave en esa fotografía, una mujer guapa con las cejas agudas de un solo trazo y un hoyuelo poco hondo en la barbilla –una muesca, una sombra–, el pelo oscuro recogido en la nuca y la raya en medio favoreciendo lo que se llamaba un pico de viuda, el cuello largo, la boca grande y de mujer (pero muy distinta de la de mi padre y la mía), los ojos también oscuros están muy abiertos y miran sin recelo hacia el objetivo, lleva pendientes discretos, quizá de nácar, y los labios pintados pese a su juventud extrema, como por edu-



cación se llevaban en la época en que ella fue joven o estuvo viva. Tiene la piel muy pálida, enlazadas las manos, los brazos apoyados sobre una mesa, acaso la del comedor más que una de trabajo, aunque no se ve lo bastante para saberlo y el fondo está difuminado, quizá es una foto de estudio. Lleva una blusa de manga corta, posiblemente era primavera o verano, tendrá veinte años, puede que menos, puede que aún no conociera a Ranz o que acabara de conocerlo. Estaba soltera. Hay algo en ella que ahora me recuerda a Luisa, pese a haber visto esa foto durante tantos años antes de que Luisa existiera, todos los de mi vida menos los dos últimos. Puede deberse a que uno ve un poco por todas partes a la persona a quien quiere y con quien convive. Pero ambas tienen una expresión de confianza. Teresa en su retrato y Luisa en persona continuamente, como si no temieran nada y nada pudieran amenazarlas nunca, a Luisa al menos mientras está despierta, cuando está dormida su rostro es más vulnerable y su cuerpo parece más en peligro. Luisa es tan confiada que la primera noche que pasamos juntos soñó, me dijo, con onzas de oro. Se desveló en mitad de la noche por mi presencia, me miró un poco extrañada, me acarició la mejilla con las uñas y dijo: ‘Estaba soñando con onzas de oro. Eran como uñas, y muy brillantes’, sólo alguien muy inocente puede soñar con eso y sobre todo contarlo. Teresa Aguilera podría haber soñado con esas onzas tan relucientes en su noche de bodas, he pensado al mirar su retrato en casa de Ranz después de haber conocido a Luisa y haber dormido con ella. No sé cuándo le hicieron la foto a Teresa y seguramente nadie lo supo nunca a ciencia cierta: es de muy pequeño tamaño, está en un marco de madera, sobre un estante, y desde que ella murió nadie la habrá mirado más que de tarde en tarde, como se miran las vasijas o los adornos e incluso los cuadros que hay en las casas, dejan de observarse con atención y con complacencia una vez que forman parte del paisaje diario. Desde que murió mi madre también está allí su foto, en casa de Ranz, más grande, y además está colgado un retrato no póstumo que le hizo Custardoy el viejo cuando yo era niño. Mi madre, Juana, es más alegre, aunque las dos hermanas se parecen algo, el cuello y el corte de cara y la barbilla son idénticos. Mi madre sonrío en su foto y sonrío en el cuadro, en ambos es ya mayor que su hermana mayor en su foto pequeña, en realidad mayor de lo que lo fue nunca Teresa, que en virtud de su muerte pasó a ser la menor sin duda, hasta yo soy mayor que ella, las muertes prontas rejuvenecen. Mi madre sonrío casi como reía: reía fácilmente, como mi abuela; las dos, ya lo he dicho, reían juntas a carcajadas a veces.

Pero yo no supe hasta hace unos meses que mi imposible tía Teresa se había matado al poco de regresar de su viaje de novios con mi propio padre, y fue Custardoy el joven quien me lo dijo. Es tres años mayor que yo y lo conozco desde la infancia, cuando tres son muchos años, aunque entonces rehuía su trato lo más posible y lo he tolerado tan sólo de adulto. La amistad o negocio de nuestros padres nos unía a veces, aunque él siempre estuvo más cerca de los mayores, más interesado en su mundo, como con impaciencia por formar parte de él y actuar libremente, yo lo recuerdo como un chico avejentado o un adulto frustrado, como un hombre condenado a permanecer demasiado tiempo en un incongruente cuerpo de niño, obligado a una inútil espera que lo desquiciaba. No es que participara en las conversaciones de los mayores, pues carecía de pedantería —sólo escuchaba—, era más bien una tensión sombría que lo dominaba, impropia de un chico, que le hacía estar siempre alerta y mirando por las ventanas, como quien mira el mundo que transcurre rápido ante sus ojos y al que aún no le está permitido subirse, como el preso que sabe que nadie espera ni se abstiene de nada porque él esté ausente y que con el mundo que corre se está yendo también su tiempo; y esto también lo saben los que se mueren. Daba siempre la sensación de estarse perdiendo algo y ser dolorosamente consciente de ello, uno de esos individuos que quisieran vivir a la vez varias vidas, multiplicarse y no circunscribirse a ser sólo ellos mismos: a los que la unidad espanta. Cuando venía a casa y debía esperar en mi compañía a que se cumpliera la visita de su padre al mío, se acercaba al balcón y me daba la espalda durante quince y veinte minutos y media hora, haciendo caso omiso de los juegos variados que ingenuamente yo le proponía. Pero a pesar de su inmovilidad no había contemplación ni sosiego en su figura erguida, ni en sus manos huesudas que tras apartar los visillos se aferraban a ellos como el cautivo aún reciente se acostumbra al tacto de los barrotes porque no les da crédito todavía. Yo jugaba a sus espaldas procurando no llamar su atención demasiado, intimidado en mi propio cuarto, sin apenas mirar su nuca rapada, menos aún sus ojos de hombre que codiciaban el exterior y ansiaban ver y actuar libremente. Algo lograba Custardoy de esto último, al menos en la medida en que su padre le fue enseñando el oficio desde muy temprano, de copista y puede que de falsificador de cuadros, y le remuneraba algunos trabajos que iba encomendándole en su taller pictórico. Por eso Custardoy el joven tenía más dinero que los chicos de su edad, disponía de una autonomía infrecuente, se iba ganando poco a poco su vida; se interesaba por la calle y no por el co-

legio, a los trece años ya iba de putas y yo siempre le tuve un poco de miedo, tanto por los tres años que me llevaba y que le permitían vencerme invariablemente en nuestras riñas ocasionales, cuando su tensión se ensombrecía tanto que acababa estallando, como por su carácter, obscuro y bronco, pero frío hasta en las peleas. Cuando luchaba conmigo, y por mucha resistencia que le opusiera antes de rendirme, yo notaba que en él no había acaloramiento ni enfado, sólo violencia fría y voluntad de sometimiento. Aunque lo visité algunas veces en el taller de su padre que es suyo ahora, nunca lo he visto pintando, ni sus propios cuadros que carecen de éxito ni sus copias perfectas que le dan dinero junto con los retratos de encargo, de excelente técnica pero convencionales; tantas horas quieto, encerrado, sosteniendo pinceles, instalado en la minuciosidad y mirando un lienzo, tal vez sean la explicación de su tensión permanente y su afán de desdoblamiento. Desde chico no se ha recatado en contar sus andanzas, sobre todo sexuales (de él lo aprendí casi todo en mi adolescencia y aun antes), y a veces me pregunto si la afición que le ha tomado mi padre en los últimos años, desde la muerte de Custardoy el viejo, no tendrá que ver con esos relatos. Los hombres inquietos, cuanto más viejos más quieren seguir viviendo, y si sus facultades no se lo permiten con plenitud, entonces buscan la compañía de quienes son capaces de narrarles la existencia que ya no está a su alcance y les prolongan la vida vicariamente. Mi padre querrá escucharle. Sé de prostitutas que han salido espantadas tras pasar una noche con Custardoy hijo y ni siquiera han querido contar lo que había ocurrido, incluso si eran dos las que se había llevado a la cama y por tanto habían podido darse ánimos y consolarse, pues ya desde muy joven el deseo de Custardoy de ser múltiple le hacía insuficiente una sola persona y una de sus predilecciones han sido los pares desde muy antiguo. Con los años Custardoy se ha hecho más discreto y, que yo sepa, tampoco él cuenta por qué provoca el espanto, pero quizá sí en privado a mi padre, para él una especie de padrino. Mi padre querrá escucharle. Lo cierto es que hace ya años que se ven con frecuencia, una vez a la semana Custardoy visita a Ranz o se van a cenar juntos y acaso luego a un local anticuado, o se acompañan a hacer recados y a visitar a terceros, a mí por ejemplo o incluso a Luisa en mi ausencia, alguna vez a la nuera nueva. Custardoy debe divertir a mi padre. En la actualidad, cerca ya de los cuarenta, luce en su nuca que fue rapada una breve coleta de piratería o taurina, y sus patillas resultan un poco largas para estos tiempos, llamativas en todo caso porque son rizadas y mucha más oscuras que su pelo rubiáceo y liso, quizá las



luz, coleta y patillas, para no desentonar en su medio arcaicamente bohemio de pintores noctámbulos, aunque al mismo tiempo se viste de forma clásica y excesivamente correcta –corbata siempre–, aspira a ser elegante en su indumentaria. Lleva bigote durante algunos meses y luego se lo afeita otra temporada, una irresoluble duda o quizá su manera de parecer más de uno. Con la edad, su rostro ha adquirido plenamente lo que apuntaba desde la niñez y más aún desde la adolescencia: su rostro es como su carácter, obsceno y bronco y frío, de frente amplia o con entradas y nariz levemente ganchuda y dientes largos que le iluminan la cara cuando sonríe de modo afable pero no cálido, con unos ojos muy negros y enormes y algo separados sin apenas pestañas, y esa carencia y esa separación hacen insostenible su mirada obscena sobre las mujeres a las que conquista o compra y sobre los hombres con que rivaliza, sobre el mundo que ya transcurre con él bien incorporado, formando parte de su paso más raudo.

Fue él quien hace unos meses o casi un año, al poco de mi regreso de La Habana y México y Nueva Orleans y Miami tras mi viaje de bodas, me contó lo que había ocurrido en realidad con mi tía Teresa hace casi cuarenta años. Iba yo a ver a mi padre a su casa, a saludarle tras el regreso y comentarle mi viaje, cuando me encontré en el portal con Custardoy el joven, su silueta delgada parada al atardecer.

–No está –me dijo–, ha tenido que salir. –Y elevó los ojos para referirse a Ranz.– Me pidió que te esperara unos minutos para decirte. Le llamó por teléfono un americano y salió disparado, no sé quién de algún museo, te llamará él esta noche o mañana. Vámonos tú y yo a tomar algo.

Custardoy el joven me cogió del brazo y echamos a andar. Noté su mano fría y férrea cuyo asimiento conocía bien desde niño, había sido un chico y ahora era un hombre de extremada fuerza, la fuerza del nervio y la concentración. La última vez que lo había visto había sido unas semanas antes, el día de mi boda ya tan lejana a la que había sido invitado por Ranz, no por mí, él invitó a varias personas, no tenía por qué oponerme, ni a eso ni a Custardoy. Entonces no había tenido tiempo de hablar con él, se había limitado a felicitarme al llegar al Casino con su sonrisa amable de ligera sorna, luego lo había visto de lejos durante la fiesta mirando ávidamente a su alrededor, en realidad una presencia familiar. Miraba siempre ávidamente, a las mujeres y a algunos hombres –a los hombres tímidos–, dondequiera que se encontrara, sus ojos asían como sus manos. Aquel día no llevaba bigote y ahora, unas semanas después,

lo tenía ya casi crecido, no del todo aún, se lo había dejado durante mi viaje con Luisa. En el Balmoral pidió una cerveza, nunca bebía otra cosa y por eso su delgadez empezaba a abandonarle en la tripa (pero la corbata se la tapaba siempre). Durante un rato me habló de dinero, luego de mi padre, al que veía bien, luego otra vez del dinero que estaba ganando, como si lo último que le interesara fuera mi nuevo estado civil, no me preguntaba, por el viaje tampoco ni por mi trabajo o mis futuros desplazamientos a Ginebra o Londres o incluso Bruselas, él no podía saberlos, tenía que preguntar, no lo hacía. Ya que mi padre había salido, yo quería volver a casa a encontrarme con Luisa y tal vez ir al cine, nunca he tenido mucho que decirme con Custardoy. Mi padre habría salido porque le habría llamado alguien de Malibú o de Boston o Baltimore, ya no le llamaban apenas aunque su ojo y sus conocimientos seguían siendo los mismos de siempre o aun superiores, rara vez se consulta a los viejos o sólo para lo muy importante, alguien estaría de paso en Madrid y no tendría con quién cenar, él habría pensado que lo requerían para un dictamen, algún cuadro desenterrado, algún negocio en Madrid. Hice además de que debía marcharme, pero entonces Custardoy me volvió a poner la mano en el brazo –su mano era como un peso– y así me retuvo.

–Quédate un poco más –me dijo–. Todavía no me has contado nada de tu mujer tan guapa.

–A ti todas te parecen guapas. No tengo mucho que contar.

Custardoy encendía y apagaba un mechero. Sonreía con su dentadura larga y miraba la llama aparecer y desaparecer. De momento no me miraba a mí, o sólo de refilón con uno de sus separados ojos que se desviaban para controlar el local.

–Algo tendrá, digo yo, para que te hayas casado al cabo de tantos años, no eres ningún niño. Te tendrá que enloquecer. La gente sólo se casa cuando no tiene más remedio, por pánico o porque anda desesperada o para no perder a alguien a quien no soporta perder. Siempre hay mucha chaladura en lo que parece más convencional. Vamos, cuéntame cuál es la tuya. Cuéntame qué te hace la niña.

Custardoy era vulgar y un poco infantil, como si su interminable espera de la edad viril durante su niñez le hubiera dejado algo de esa niñez asociada para siempre a su edad viril. Hablaba con demasiada desenvoltura, aunque conmigo se dominaba un poco, quiero decir que rebajaba la frecuencia y el tono de sus descuidados o brutales vocablos, conmigo a solas, quiero decir. A otro amigo le habría pedido sin más que le describiera el chumino de su mujer o

incluso el parrús y le contara qué tal quilaba, palabras difíciles de traducir que por suerte no se pronuncian nunca en los organismos internacionales; yo merecía algún circunloquio.

–Tendrías que pagarme –le dije yo para convertir su comentario en una broma.

–Venga, te pago, ¿cuánto quieres? A ver, otro whisky para empezar.

–No quiero otro whisky, ni siquiera este. Déjame en paz.

Custardoy se había echado la mano al bolsillo, uno de esos hombres que llevan los billetes sueltos en el bolsillo del pantalón, también yo, a decir verdad.

–¿No quieres hablar de eso? Muy respetable, no quieres hablar de eso. A tu salud y a la de tu niña. –Y bebió un trago corto de su cerveza. Oteó alrededor mientras se secaba los labios con los propios labios, había dos mujeres de unos treinta años hablando en la barra, una de ellas, la que estaba de frente (pero quizá las dos), enseñaba los muslos queriendo o sin querer. Eran muslos demasiado bronceados para la primavera, falsamente mulatos, bronceado de piscina y cremas en el mejor de los casos. Custardoy fijó ahora en mí sus ojos desprovistos de ornamentación, o de protección. Añadió: En todo caso espero que te vaya mejor que a tu padre, y no quiero ser cenizo, toco madera. Vaya carrera la suya, ni Barbazul, menos mal que no ha seguido, está ya un poco mayor el hombre.

–Tampoco es para tanto –dije yo. Había pensado de inmediato en mi tía Teresa y en mi madre Juana, ambas muertas, Custardoy estaba refiriéndose a ellas, uniéndolas en su muerte con exageración o con mala fe. ‘Ni Barbazul’, había dicho. ‘Cenizo’, había dicho. Ni barbazul. Nadie se acuerda de Barbazul.

–¿Ah, no? –dijo–. Bueno, la cosa medio se paró con tu madre, si se descuida no existes tú. Pero mira, también a ella la ha sobrevivido, no hay quien pueda con él. Que en paz descanse, ¿eh? –añadió con respeto burlesco. Hablaba de Ranz con estima, tal vez con admiración.

Miré hacia las mujeres, que no nos hacían ningún caso, estaban enfrascadas en su charla (sin duda relación de episodios), de la que de vez en cuando llegaba una frase suelta pronunciada en más alta voz. (‘Pero eso es superfuerte’, oí que decía con sincero asombro la que nos daba la espalda, la otra enseñaba sus muslos con desenfado y desde otro ángulo se le podría ver el pico de las bragas, supuse, sus superfuertes muslos morenos me hicieron pensar en Miriam, la mujer de La Habana de unos días atrás. Es decir, recordar su imagen y pensar que en otro momento debía pensar en ella. Sólo

unos días atrás, quizá Guillermo, como nosotros, había regresado ya también).

—Eso es un azar, nadie sabe el orden de la muerte, podía haber sido él, como también nos puede enterrar a nosotros. Mi madre vivió bastantes años.

Custardoy hijo encendió por fin un cigarrillo y dejó el mechero sobre la mesa, renunció a la llama y aspiró de la brasa. De vez en cuando se volvía un poco para mirar a las treintañeras sentadas ante la barra y echaba el humo en su dirección, yo esperaba que no se le ocurriera levantarse y dirigirles la palabra, era algo que hacía a menudo y con gran soltura y en ocasiones sin que mediara una sola mirada previa, una sola correspondida o cruzada con la mujer a la que de pronto hablaba. Era como si supiera desde el primer momento quién quería ser abordado y con qué propósito, en un local o en una fiesta o incluso en la calle, o quizá era él quien hacía surgir la disposición y el propósito. Me pregunté a quién habría abordado en mi fiesta del Casino, apenas lo vi. Me volvió a mirar a mí de frente con sus ojos desagradables a los que sin embargo estaba tan acostumbrado.

—Como tú quieras, un azar. Pero tres veces es mucho azar.

—¿Tres veces?

Esa fue la primera vez en mi vida que oí aludir a la mujer extranjera con la que yo no guardo parentesco y de la que ahora sé algo pero no lo bastante, nunca sabré demasiado, hay personas que han estado en el mundo durante muchos años y de las que nadie recuerda nada, como si a la postre no hubieran estado, y esa primera vez ni siquiera sabía que se aludía a ella o a quién se aludía, aún no sabía de su existencia ('tres veces es mucho azar'). Al principio quise creer que era un error o un lapsus, y Custardoy, al principio, lo hizo pasar por tal, quizá había previsto hablarme sólo de mi tía Teresa o quizá no había previsto nada, contarme lo que en aquellos días de presentimientos desastrosos y primeros pasos matrimoniales yo habría preferido seguir sin saber, aunque es difícil saber si uno quería saber o seguir ignorando algo una vez que ya lo sabe.

—Quiero decir dos —dijo Custardoy con prisa, quizá era todo impensado y sin mala intención, si bien era improbable que no hubiera alguna, regular o buena, Custardoy no es hombre meditativo pero sí intencionado. Sonrió asimismo con prisa (sus largos dientes conferían a su rostro agudo cordialidad o casi) al tiempo que lanzaba más humo hacía las mujeres: la que estaba de espaldas, sin darse cuenta de su procedencia, lo apartó de sí con la mano irritada como a un mosquito. Custardoy añadió sin pausa—: Oye, y que quede claro que no tengo nada contra tu padre, todo lo contrario,

lo sabes muy bien. Pero que se te mate una de ellas justo después de la boda no parece cosa de azar. Eso no puede estar nunca en el orden de la muerte que tú dices.

—¿Que se te mate?

Custardoy se mordió los labios en un gesto demasiado expresivo para ser espontáneo. A continuación llamó al camarero agitando dos dedos y aprovechó para mirar con salacidad hacia las mujeres, que seguían sin prestarnos ninguna atención (aunque una de ellas se la había prestado ya a nuestro humo como se le presta a un mosquito. La que estaba de frente dijo en voz muy alta y risueña: ‘Bueno bueno bueno, es que me asquea’. Lo dijo encantada, estuvo a punto de palmearse los muslos mulatos). Custardoy, en cambio, estaba tan atento a ellas como a su conversación conmigo, siempre desdoblado, siempre deseando ser más de uno y encontrarse allí donde no se hallara. Creí que iba a levantarse y le insistí para impedirsele: ‘¿Qué dices que se te mate?’ Pero se limitó a pedirle al camarero otra cerveza.

—Otra cerveza. No me digas que no lo sabes.

—De qué me hablas.

Custardoy se acarició el bigote aún escaso y se centró la coleta breve con un ademán inevitablemente femenino. No sé por qué llevaba esa coleta ridícula y mal lavada, parecía un artesano o un patán dieciochesco. Sopló la cerveza. A sus casi cuarenta años se plegaba a las modas, tenía ímpetu. O quizá en su caso era influjo de la pintura.

—Demasiada espuma —dijo—. Tiene hostias —añadió—, que tú no sepas nada, tiene hostias cómo las familias callan ante los hijos, quién sabe lo que sabrás tú de la mía que yo en cambio no tengo ni puta idea.

—No sé —dije yo con prisa.

Volvió a jugar con la llama, había apagado su cigarrillo, mal, olía.

—Me parece que he metido la pata. Ranz se va a cabrear. No sabía que no sabías cómo murió la hermana de tu madre.

—De enfermedad, me han dicho siempre. Nunca he preguntado mucho. A ver, qué es lo que sabes.

—A lo mejor no es verdad. Hace la tira de años que me lo contó mi padre.

—¿Qué te contó?

Custardoy sorbió dos veces por la nariz. Durante aquel rato no se había ido al cuarto de baño a meterse una raya, pero sorbió como si de allí volviera. Encendió y apagó la llama.

—No le digas a Ranz que te lo he dicho, ¿de acuerdo? No quisiera que por esto me pusiera la proa. A lo mejor yo recuerdo mal, o entendí mal.



No respondí, sabía que me lo contaría aunque no le hiciera esa promesa.

—¿Qué es lo que recuerdas? ¿Qué entendiste?

Custardoy encendió un cigarrillo nuevo. Sus remilgos eran falsos: tuvo humor para darle dos caladas y arrojar un nubarrón de humo sin tragar en dirección a las treintañeras (ese humo, mucho más abundante y lento en su viaje que si se ha tragado). La que nos daba la espalda se volvió un instante, muy mecánicamente, y sopló de lado para apartarlo. También ella enseñaba los muslos, no habían visitado aún la piscina. Su ojo había caído ya sobre Custardoy, aunque sólo fuera unos segundos, los que su compañera tardó en decirle con seguridad y desdén por la persona de quien hablaba: ‘Lo tengo loquito pero no me gusta su cara, y está forrado, ¿tú que harías?’

—Que tu tía se pegó un tiro al poco de regresar de su viaje de novios con Ranz. Eso sí lo sabías, que se casó con él.

—Sí, lo sé.

—Entró en el cuarto de baño, se puso frente al espejo, se abrió la blusa, se quitó el sostén y se buscó el corazón con la punta de la pistola de su propio padre, que estaba en el comedor con parte de la familia y con invitados. Eso es lo que recuerdo que me contó mi padre.

—¿En casa de mis abuelos?

—Eso tengo entendido.

—¿Mi padre estaba allí?

—No en el momento, llegó poco después, creo.

—¿Por qué se mató?

Custardoy sorbió por la nariz, quizá un leve resfriado de primavera, aunque siguiera las modas no era hombre para padecer la fiebre del heno, esa cursilería. Negó con la cabeza.

—Eso ni idea, y tampoco creo que lo supiera mi padre, o no me lo dijo. Si alguien lo sabe es el tuyo, pero a lo mejor ni siquiera, no es fácil saber por qué se mata la gente, ni los más próximos, todo el mundo está trastornado, todo el mundo las pasa putas, a veces sin causa y casi siempre en secreto, la gente vuelve la cara contra la almohada y espera al día siguiente. De pronto no esperan. Nunca he hablado con Ranz de este asunto [...]



# ANDRÉS TRAPIELLO

(Manzaneda de Torío, León, 1952)

*La malandanza*, Barcelona, Planeta, 1996

Poeta, novelista, editor y crítico literario, Andrés Trapiello es una de las voces más sólidas de la literatura española actual. En su producción poética destacan *Junto al agua* (1980), *Las tradiciones* (1982), *La vida fácil* (1985), *El mismo libro* (1989), *Fuera del mundo* (1990) y *Las tradiciones (poesía reunida, 1991)*.

En su narrativa son especialmente significativas las novelas *La tinta simpática* (1988), *El buque fantasma* (1992) y *La malandanza* (1996), libro del que se han seleccionado diversos fragmentos para esta antología.

En ellos vemos a Melero y a Varilla, en una de esas noches de agosto «en un Madrid despoblado y sin aire», deambular por la calle Jardines, oyendo a los lejos algunos coches que bajan por la Gran Vía. «Esa noche Varilla, en el último local donde habían estado en la calle de la Victoria, le había comentado a Melero que la vida que llevaban era absurda». Dos o tres años antes, Melero proponía siempre ir a los clubes de Valverde y del Barco, o a los antros baratos de San Onofre y Montera, porque allí lo conocía todo el mundo.

La geografía de la marginalidad del centro de Madrid, que recorren nuestros personajes, se extiende por la Plaza Vázquez de Mella, la Puerta del Sol y la calle Carretas. También caminan por



*Atocha y Cibeles, por las calles de Alcalá, Caballero de Gracia y María de Molina, circulan por la carretera de la Coruña y por la M-30, y son capaces –si se lo proponen– de anegar un coche en el lago de la Casa de Campo.*

*En un universo donde la privacidad cuenta muy poco, donde los conflictos más íntimos se viven en plena calle, no es raro encontrar a una pareja de jóvenes haciendo el amor en un coche aparcado en la Cuesta de la Vega y contemplando los hermosos amaneceres de Madrid.*



# LA MALANDANZA

1996

Era una de esas noches de agosto, en un Madrid despoblado y sin aire, de calles tenebrosas y ecos sombríos, una de esas noches en que lo fácil era parecer culpable de algo, o sospechoso al menos.

Hoy, 1996, las costumbres han cambiado y las noches, más o menos insípidas y en regla, son una prolongación del día, por donde la gente entra, pasa y sale con despreocupación. En la época en que transcurren los hechos que aquí se narran, las noches sólo las pisaban dos clases de gentes, inmiscibles y ajenas entre sí, hostiles y desconfiadas. A un lado estaban unos y al otro, todos los demás; a un lado, la realidad, al otro, el deseo. Aquí la vida, y allí, el orden, dos cosas que parecían antagónicas. Quizá por esa razón aquellas noches eran algo todavía vacío, a la espera del primero que llegase para tomar posesión de ellas.

Melero y Varilla venían por Jardines a la una menos cuarto de la madrugada haciendo eses y dando patadas a cartones y basuras. El estrépito era grande y retumbaba en las paredes negras. Habían bebido mucho y parecían contentos, pero no tanto como para no sentir una ligera murria, esa tristeza apenas perceptible que podría recordar el légameo de un río, inapreciable hasta que alguien pone el pie encima y lo revuelve todo.

De pronto, Melero se arrancó a cantar. Le gustaba hacerlo cuando bebía. Presumía de voz. Un verdadero tenor lírico, una voz con cuerpo y empaque. Le siguió Varilla, quien sumó a la melodía de su amigo una estudiada vehemencia. Lo hacían como dos actores

de zarzuela. Se veía que habían ensayado esa función cientos de veces. El dúo salió de sus gargantas de una manera convincente y segura, sin desafines, incluso respetaban los *piano* y *pianissimo*, para desembocar con ímpetu en los *forte*.

Melero y Varilla vivían, como suele decirse, una mala racha en una mala época, aunque en realidad para alguien como Melero y su amigo Varilla lo de menos era la época, y las rachas son siempre las mismas. No hay una sola ola que sea mejor cuando va que cuando viene. Ni al revés.

La serenidad de la noche era total. Se oían, a lo lejos, algunos coches que bajaban por Gran Vía, pero en Jardines el silencio era completo.

Un hombre salió al balcón en pijama, alarmado por los cánticos, y les mandó callar. Melero dijo, vete a la mierda, irritado de que hubieran interrumpido aquella creación artística, y siguieron cantando.

Ellos mismos parecían los primeros sorprendidos de que sus voces sonasen tan acopladas. Se miraron con el rabillo del ojo, como los cantantes de zarzuela, se sonrieron y se demoraron en una nota, recreándose, como quien dice, en la suerte.

Llevaban unas barbas mal rapadas, como de tres días, y en el caso de Melero, velludo de nacimiento, los pelos no eran largos, pero sí rebultados y en permanente desorden.

Podríamos dedicarnos a esto, Varilla, dijo Melero al acabar la pieza. Sí, respondió aquél. Respiraron hondo. Por las narices, con la satisfacción de los montañistas al poner el pie en la cumbre. Era una respiración en la que había algo inefable. Nostalgia tal vez de las vidas que no llevaban, que nunca podrían llevar. Seríamos famosos, dijo Melero, tendríamos fans, mujeres de todas las clases, y follaríamos gratis, a conveniencia. Desencogió los hombros con abatimiento y resignación. Seguían siendo felices, pero de nuevo asomó aquella profunda tristeza en el río de sus vidas, como si no pudiesen vadearlo sin poner los pies en ese lecho barroso.

En la calle Jardines tenía lugar por entonces un asesinato al año, más o menos, dependiendo de los años y de los asesinos. Eso la gente no lo sabía. Varilla y su amigo Melero tampoco. En realidad ni los vecinos de Jardines podían sospecharlo siquiera, porque aquella era entonces una de las calles más anormales de Madrid, y también porque hasta los muertos, en esos años inciertos, procuraban llamar poco la atención.

Animados por el buen resultado de su primera interpretación, decidieron prolongar el repertorio. Siguieron cantando con inagotable resuello, entusiasmo y seriedad, calle abajo.



Pese a ver que se alejaban, o precisamente por ello, el del balcón levantó el puño amenazándolos; es una vergüenza, dijo, cuándo se ha visto esto antes, jamás ha habido esta falta de respeto, sinvergüenzas, peludos, desgraciados, añadió, y aseguró que llamaría a la policía.

Entonces Varilla y Melero, que pensaban irse, volvieron sobre sus pasos a rondarle otro poco, mira ese, dijeron, ¿por qué nos ha llamado peludos?, y lo rociaron con otro par de cabronazo, capullo.

Jardines siempre ha sido una calle oscura a la manera del siglo XIX, donde la obscuridad era superior a la oscuridad; incluso a pleno sol es una calle sombría, malsana, llena de efluvios atufantes y oclusivos, con unas casas sombrías y viejas, en cuyos portales los rastros pestilentes del azufre para ahuyentar a los perros son periódicamente visibles.

Terminaron aquella canción. Se trataba de una ranchera:

*entre copa y copa se apagó mi vida...*

El del balcón desapareció dentro de la casa. De otra ventana se desbordó una voz de mujer que exigía silencio. Los vanos de toda la calle, salvo el balcón de aquel tipo que los había insultado, permanecían a oscuras. Era difícil adivinar de dónde procedía aquel grito desconcertado. Había también algunas casas que parecían abandonadas, en ruinas, a merced de las ratas, colonizadas por las cucarachas, de éstas en que se cuelan los mendigos y los locos que se escapan de los manicomios. También hacía calor. Mucho calor desde hacía un mes por culpa, según los telediarios, de una nube de polvo africano que había venido a instalarse de manera permanente sobre Madrid.

A consecuencia de ello el cielo tenía un aspecto fuliginoso e irreal.

A Varilla le gustaba fijarse en los colores de las cosas, era su oficio, y dijo que el cielo fosforescente de Madrid le parecía en ese momento del color de las rosas del desierto.

Melero nunca había visto una rosa del desierto. Varilla le dijo que eran de piedra. Entonces Melero añadió, como el corazón de las mujeres.

Ese era uno de los temas preferidos entre los dos, más bien de Melero. Siempre terminaba hablando de mujeres.

Melero tenía treinta y muchos años, estaba soltero y vivía por Chamberí, en una pensión, a esas alturas, de la calle Virtudes, lo cual le servía para hacer el chistecito.

Melero se enamoraba con frecuencia, quizá una vez por semana, pero los suyos eran unos amores desesperados y trágicos, fugaces y sin correspondencia. Y ésa era otra de las razones por las que

bebía, y por lo mismo podía sostenerse que lo hacía de una manera trágica y desesperada.

En cierta ocasión incluso había recurrido a la sección “La media naranja” que publicaba el periódico *El Caso*. Esto, por ejemplo, jamás se lo confesó a su amigo Varilla. Por timidez también, y por vergüenza, y porque nunca había sacado nada en limpio de los escasos contactos que la sección le proporcionó.

Melero se había quedado mirando el cielo, que tenía, en efecto, ese color sucio de las rosas secas. Se sentaron en el bordillo. Había, en lo alto, un farol que destilaba su poca luz hepática, y un poco más allá el reducido luminoso de un relojero de portal. El del balcón volvió a salir. Estaba a unos veinte metros. Los observaba, acodado en la barandilla de hierro, sin hacer nada. Melero le preparó un corte de mangas. El otro no se movió.

Cuando Melero salía cada noche de casa era, pues, en el fondo, con el firme propósito de acabar con aquella situación de soledad y desasistimiento.

No siempre lo acompañaba Varilla. Muchas veces salía solo, pero frecuentaba los mismos lugares, los mismos bares nocturnos, las mismas whiskerías, tugurios y barras americanas, y esa rutina le parecía ya una forma de compañía, y se conformaba.

Si uno no fuera tan feo, se lamentó Melero de golpe, sería otra cosa. Varilla resopló, dijo, joder Melero, no empieces; no me vengas con eso otra vez.

Dio Varilla entonces muestras de desesperación.

Melero tenía amigos, el propio Varilla, que sostenían que el origen de todo su conflicto con las mujeres, y por extensión con la vida, no era tanto su fealdad como estar acomplejado por ella, a lo que aquél siempre respondía lo mismo, que era difícil no sentirse acomplejado si se tenía aquella cara.

Bea, la mujer de Varilla, por ejemplo, le decía en cambio que era un animal, tierno, si se quiere, pero un poco bruto y astroso, y que las mujeres no lo querían por eso, por acémila, pero no por feo, porque lo mismo ella que Varilla no le encontraban en absoluto feo, quizá porque se habían acostumbrado a él y sabían que era una buena persona. Y sí, podía ser una buena persona, pero las mujeres nunca esperaban para cerciorarse, y se iban de su lado.

Varilla sacó una cajetilla y ofreció a su amigo. Al lado había un embalaje de cartón con basuras en las que seguramente había metido mano un perro o un pobre. El resplandor del fósforo creó de pronto un halo de misterio. El del balcón se movió. Varilla se volvió para mirarlo, tú qué miras, desgraciado, le dijo. Luego guardó



silencio. No hubo agresividad en aquella frase, era nada más que un tono, el tono madrileño, la manera de no interrumpir aquella comunicación que habían empezado entre él y ellos dos.

Tenía Varilla los brazos apoyados en las rodillas y la mirada perdida en el punto más negro de una alcantarilla próxima. En el fondo brillaron los dos ojos de una rata, observadores y universales. No es vida ésta, Melero, dijo de pronto con inusitada seriedad, y arrojó una peladura de patata al sumidero. Los ojos retrocedieron y se apagaron. Sin ruido. Cayeron a lo oscuro.

Melero le devolvió el golpe, le dijo, otra vez no, Varilla, no empieces.

Esa noche Varilla, en el último local donde habían estado, en la calle de la Victoria, le había comentado a Melero que la vida que llevaban era absurda.

No podemos salir todos los días hasta las cuatro de la madrugada. ¿Qué se nos ha perdido a nosotros en la calle a esta hora?, le había preguntado, y Melero le había dado la razón, aunque él sí sabía qué perseguía y fatigaba hasta las cuatro de la madrugada e incluso más tarde.

Varilla, al contrario que su amigo, estaba casado y salía muchas noches, la mayoría de las cuales llegaba borracho. En todo ese conjunto, no sólo en lo de estar casado, sino en tener que salir muchas noches y llegar borracho (y si no se bebe, ¿qué se puede hacer?, preguntaba), encontraba también Varilla una buena razón para beber.

A su mujer, a Bea, cosa rara, eso no le importaba en absoluto, con tal de que los hijos no lo viesen llegar en el estado en que solía hacerlo.

Bea era telefonista y muchas noches estaba de guardia. Entonces Varilla se quedaba en casa y no salía, hacía bien su papel de padre, pegaba cromos de fútbol con su hijo, y tenía en brazos a su hija pequeña, y los chicos lo querían. Era un buen padre, por eso su mujer lo compensaba con aquellas salidas, generalmente acompañando a Melero. También lo dejaba, porque se decía, los hombres son así, quieren cuerda larga, y yo, ¿adónde iría sola?

Tendríamos que hacer una cosa gorda, algo sonado, le sugirió Varilla.

El del balcón, casi sin levantar la voz, dijo, a confesarse a la iglesia. Era un tono casi amistoso ya. Melero repitió, desgraciado, requeté, y siguieron hablando, sin darse importancia entre sí, como feroces alimañas que se hubiesen descubierto inofensivas.

Cuando veía que no podía poner remedio al curso de su vida, Varilla quería extremarla. Era de los que seguían el principio de

que cuando uno se siente mal, es preferible sentirse un poco peor, para salir de eso, de los que pensaban que un dolor de muelas se ataja con un infarto o un cáncer.

Algo extraordinario, concluyó, una enfermedad.

El verano, el calor, el cielo de color rosa viejo, hacía triste la noche, propicia para las confidencias y las resoluciones extremas. El calor les pesaba en la cabeza, les hundía las sienas y los olores de las mondas les mareaban un poco.

Quería sentirse joven, como cuando de chico iban montados los dos en la plataforma entre los vagones del metro y gritaban a pleno pulmón en medio de los túneles, o cuando se metieron en la jaula de los monos de la Casa de Fieras, para júbilo de los visitantes.

Hacía dos o tres años, cuando llegaban a esa hora de la una o las dos, Melero proponía siempre ir a los clubes de Valverde y de Barco, o a los antros baratos de San Onofre y Montero, porque allí lo conocía todo el mundo. Sin embargo, había dejado de frecuentar esos lugares después de que algunas penurias lo rechazaran, no sólo por feo, sino también, y así le constaba, por lo que Melero calificaba como “su pequeño problema”. No, le decían, Melero, entiéndelo, eres una buena persona y no tienes la culpa, pero no puede ser, y se ofrecían para esto o lo otro, pero se negaban al servicio completo. En muchos de esos clubes Melero incluso ya no conocía a las chicas, porque cuando se deja de ir a uno de esos locales por dos años, uno ya no conoce a nadie, cambian los dueños, las chicas, hasta los clientes. Menos las bebidas, que son de garrafa y estraperlo, cambia todo. La luz y el alcohol, en cambio, son siempre los mismos, opalescentes e inquietantes.

Melero se sentía sentimental esa noche, y le dijo a Varilla, vamos al Niarco's. Le había cobrado afición. Había estado hacía poco y había conocido allí a una chica que no le puso reparo alguno. Y lo mismo: el hábito le hacía compañía.

Las cuestiones sexuales a Melero lo tenían moralmente postrado, reducido, contra la pared. Se miraba en el espejo, se revisaba el rostro y se daba lástima, pero no podía hacer nada.

Vamos, en marcha, dijo Varilla: pero no se movieron. Espera, dijo, Melero, tengo que contarte algo; he leído un libro sobre eso. Eso qué, preguntó su amigo. Un libro extranjero, respondió Melero, sobre sexo. Ah, contestó Varilla, a quien la charla aburría. No me convence, dijo Melero.

A Melero no lo convencía nada, en el amor no lo conformaba casi nada porque ninguno de los casos que le ponían de ejemplo se parecía exactamente al suyo, en los libros de sexo nunca se trataba de las personas como él, con su problema.



Varilla había desconectado, Melero prolijeaba por los más pintorescos cerros de Úbeda y provincia, pero aquél ya no oía.

No me refiero a las mujeres, Melero, dijo Varilla sin venir a cuento.

Pensaba en lo suyo. Hacer no para la galería sino para nosotros, saber que aún podemos algo, que no estamos muertos. ¿Tú robarías un coche?, le preguntó.

Melero miró a su amigo con una expresión de incredulidad y desafío, olvidó sus cuitas de origen sexual, y se mostró de acuerdo.

Decidieron, pues, robar un coche y hundirlo luego en el lago de la Casa de Campo, un buen coche de algún chupatintas cabrón.

Eso les sacudió los barruntos de humor sombrío que se venían encima y les aligeró *La circulación sanguínea*, que decía un curandero del pueblo de Melero. Se levantó de un salto Varilla, tendió la mano a su amigo y lo ayudó a incorporarse. El del balcón no les quitaba ojo.

En vista de la decisión tomada, se pusieron otra vez al cante como dos energúmenos. Se colocaron en medio de la calle.

Por un extremo vieron llegar, entre sombras, al camión cisterna que venía regando. Se apartaron y lo dejaron pasar.

El riego no atenuó el calor sino que lo hizo más desagradable, húmedo y pegajoso. No fue preciso ni siquiera interrumpir el bolero. Ahora era un bolero. Tampoco se recataban en los agudos. Al contrario. En los agudos se detenían, levantaban la cara y braceaban como gloriosas comparsas.

Fue entonces, al llegar a la calle de Peligros, cuando oyeron que por detrás se acercaba un coche, lo supieron por el zumbido y porque vieron delante de ellos, contra la pared, el reflejo resbaladizo de los faros. Ni siquiera se tomaron la molestia de volver la cabeza, se subieron a la acera, como habían hecho con el camión cisterna, y siguieron cantando. Era ya la última. Siempre reservaban ésa para el final, era su canción insignia, su carta de ajuste.

Rodaba despacio y los neumáticos chasqueaban sobre el asfalto mojado.

Los del coche vieron a Varilla y Melero, y dijeron: vamos por ellos.

El del balcón se asomó un poco más. Apenas podía verlos, pero oía bien sus voces.

Siempre actuaban así, decían, vamos por ellos, y los acorrallaban. No hablaban. No fumaban, sino que mascaban chicle. Ellos olían bien, como si acabaran de afeitarse y se hubiesen puesto una camisa limpia antes de salir, elegían por las trazas, y entonces hacían todo lo demás, sin mayores remordimientos.

El coche, un Morris nuevo, negro, los alcanzó y se puso a su paso. La calle era estrecha y quedaban tres o cuatro coches aparcados, montados sobre el bordillo. Varilla y Melero se miraron entonces y bastó esa mirada para que los dos llegaran a la misma conclusión, porque se conocían bien y tenían ya una cierta experiencia de la vida.

Fue como si pensarán a la vez: estos son de la bofia. No pasa nada. No pueden hacernos nada. Esto ya no es lo que era antes. Jodeos. Aunque nunca se sabe. Por eso seguimos teniendo miedo. Vamos a seguir cantando. No tenemos por qué tener miedo, pero lo tenemos. Ellos no saben nada de nosotros, en cambio nosotros sí sabemos todo de ellos. Eso tendría que hacernos fuertes, pero es precisamente lo que nos hace débiles. Hay que joderse. De eso sí tenemos miedo, y nos hace daño. Hace daño sentirse débiles. Pensemos en lo que tenemos delante. Estos hijos de puta están cabreados. Se les nota. Están buscando camorra, necesitan desfogarse. ¿Por qué los policías siempre están rabiosos? ¿Por qué tiene que pagar alguien por ello? No tenemos la culpa de que las cosas hayan cambiado. No pueden hacer nada contra nosotros, y lo saben. Han cambiado las cosas, lo queráis o no. ¿O no han cambiado? Tienen ganas de salir del coche. ¿Qué pintas llevamos? ¿Parecemos comunistas? ¿No? Pues entonces. Tranquilos. Vamos bien. Ninguno de los dos tenemos barbas, ninguno de los dos llevamos pelo largo; ¿por qué nos habrá llamado ese mamón peludos? Tampoco tenemos gafas ninguno de los dos. ¡Dios! Lo siento, Varilla, yo tengo gafas. No te preocupes Melero, esas gafas son una mierda, son horribles. Nunca me había fijado en tus gafas. ¿Cómo quieres que las tías se pongan cachondas contigo con esas gafas, Melero? Joder, sí que eres feo, Melero, eres endémico, y estuvo a punto de soltar una carcajada. Como te rías, pensó Melero, te doy una hostia. ¿Has visto cómo nos miran? Y se pusieron serios. Sonríe, Melero, sonríe, Varilla. Si descubrieran que tenemos miedo, y tuviéramos miedo, lo descubrirían, porque son como los perros que olfatean de lejos el miedo. Varilla, sigue cantando, Melero. Vamos bien. Vamos bien, estamos limpios. Todo está en orden. ¿Por qué están mirándonos, por qué están tan furiosos? Ni siquiera llevamos una china. ¿Que todavía te quedaba un poco? ¡Mierda! ¿Dónde la llevas, Varilla? No pasa nada, sonríe, Melero. Ellos no saben nada de nosotros y nosotros lo sabemos todo de ellos. Canta, Melero, canta, Varilla.

Eso fue lo que Melero y Varilla se dijeron en una mirada que apenas duró dos segundos. Todo se lo dijeron con el rabillo del ojo, como los actores de zarzuela.

Melero pensó que todo eso les estaba pasando quizá por haber deseado robar un coche, creía que alguien había adivinado sus más ocultos pensamientos y que ahora pagaban por ello, pues siempre se culpabilizaba de todo, tal y como había leído en el libro de sexo que le ocurría a la gente con problemas.

Los del Morris los miraban sin decir nada, muy serios. Titubeaban. Buscaban a dos que podían ser esos u otros.

En su papel Varilla extremó aún más el grado étlico y en un golpe de audacia llegó a apoyarse en el capó, para declamar esas últimas notas, lo que hizo abriendo desmesuradamente los brazos y levantando la voz:

*suave que me estás matando,  
que estás acabando con mi corazón...*

Pararon el coche y se bajaron tres.

Los empujaron contra la pared. Melero notó que le hundían las costillas del porrazo. Eh, eh, protestó Varilla, suave todo. Pero volvieron a empujarle contra un coche.

¿Vosotros creéis que se puede ir a la una de la madrugada pegando gritos por la calle?, fue lo que dijo uno gordo, como un tonel de gordo, pelirrojo, ancho de cara y llano de cogote, un pescuezo lleno de rodetes con unos pelos duros de punta. Sudaba mucho y se fregoteaba la cara con el pañuelo grande y blanco de los malos de las películas.

Empezaron así, por empezar de alguna manera aquella conversación.

El del balcón gritó, duro con ellos, no dejéis uno vivo.

A callar, le respondió uno, chitón. Se encendieron dos o tres ventanas más. En otras, aún ténebres, o sea, fúnebres y tenebrosas, aparecía una sombra que inspeccionaba lo que ocurría en la calle, sombras con la humildad, el sigilo y la discreción de la misma pobreza.

Fue entonces cuando Varilla, que era un hombre de recursos, dijo aquello de que mi amigo ha aprobado anteayer en Valdemoro el examen para brigada, y lo estamos celebrando.

Melero pensó, Varilla, tú eres gilipollas, tú estás loco, y vio cómo otro preguntaba si el guardia civil que había aprobado era él en persona.

Melero asintió con la cabeza y puso cara de brigada idiota, oligofrénico.

Los del coche se miraron unos a otros sin saber qué hacer, y el gordo fue quien dijo, joder, haberlo dicho, y le dio a Melero sonoras palmadas en la espalda, y dijo entonces lo de hostias, qué tajada

lleváis. Al volante iba una chica. Por contraste con el gordo era una criatura frágil y menuda, pese a tener una boca grande, con los labios pintados de rojo, el rojo violento de los tulipanes rojos. Llevaba unos guantes negros, un vestido sin mangas y guantes. Guantes en verano, con aquel calor. Se echó de pronto el pelo hacia atrás y Melero vio una axila perfectamente depilada. Resultaba de una blancura obscena. Vamos, dijo ella. Chicos, portaos bien, dijo también, enhorabuena. Y miró a Melero, juntó los labios, aquellos labios rojos y grandes, puso en ellos los dedos y sopló a continuación sobre las yemas, lanzando el beso al aire, como hacían las madrinas de guerra.

Los he tenido de corbata, fue lo que dijo Melero cuando el coche se hubo alejado. Varilla, ¿tú estás loco?, lo sacudió en el hombro. ¿Cómo se te ocurrió lo de la guardia civil? Y añadió también, ¿te fijaste en la tía cómo estaba? ¿Te fijaste en las piernas, cómo se le había subido el vestido? Qué tetas. ¿Te fijaste que se le veía todo? ¿Te fijaste en las cadenas y las estacas?

Eres un obseso, Melero, dijo, pero Varilla se había quedado serio, y dijo que aquellos cabrones no eran policías, que los policías piden la documentación, y esos no habían pedido nada, y que la policía no lleva cadenas ni bates de béisbol.

Melero pensaba sobre todo en la axila de la joven y en aquella boca roja.

Se tranquilizaron a base de referirse uno al otro aquella escena diez veces. Les temblaban un poco las piernas, las rodillas en concreto. A los dos. Luego les entró la risa floja, de los nervios.

Se acordaban de lo del brigada, y se desternillaban de risa, y se cuadraban los dos uno delante del otro y hacían el saludo militar, se torcían como marionetas flojas, y que cómo era posible que se hubieran tragado aquello de ser guardia civil con las gafas que llevaba, que tenían cristales como culos de botella, y más risas, y volvían a decir, a sus órdenes mi brigada, se cuadraban y luego decían, cabrones, y que os follen por el culo, y lanzaban cortes de manga en dirección a donde había desaparecido el coche, y decían los dos, toma, toma, toma.

Y se volvieron hacia el del balcón, que aún seguía allí, y le hicieron también una docena de cortes de manga, toma, toma, toma, hijoputa, hasta que lograron echarlo de su propio balcón, lo acoquinaron, lo metieron en casa, y reían, y al reír parecían partirse por la mitad, porque se doblaban en dos por la misma bisagra del estómago.

Cuando hubieron reído ya todo lo que tenían que reír, sacaron el costo que les quedaba, volvieron a sentarse en el bordillo y

allí mismo Varilla empezó a desmigarlo y a liar un porro, junto a un portal destartalado y viejo, del que habían arrancado los llamadores.

Las ventanas que quedaban iluminadas se oscurecieron de nuevo y la gente que se asomaba a ellas se retiró a dormir. De nuevo se hizo un silencio inconsútil, que es como se dice también lo de un silencio sin costuras, de una pieza, hermético e ilimitado.

Oyeron que venía alguien, oyeron sus pisadas en la calle estrecha, pasos huecos como los que salen en las novelas.

Se pusieron de pie y se acercaron al portal, en busca de sombra, de amparo. Date prisa, dijo Melero, viene alguien. Varilla, que tenía tendencia al sarcasmo, dijo que una calle como aquélla estaba muy bien, porque era una calle tranquila, y le preguntó a Melero si sabía el nombre, para recomendarla alguna vez a los amigos, pero Melero tampoco sabía que aquélla era la calle Jardines porque estaban muy borrachos para saberlo.

Venía hacia ellos, en efecto, una sombra.

Era un hombre. El extraño se bajó de la acera cuando pasó a su lado y caminó por mitad de la calle. Al poco rato volvía a ser la misma sombra perdiéndose en la noche, como también se dice en las novelas.

Varilla concentró de nuevo toda su atención en la delicada operación de envolver su picadura en el papel de fumar, mientras Melero, que le había hecho un filtro, se lo tendía. ¿Te das cuenta? Ese tipo tenía miedo de nosotros. ¿Viste cómo se bajó de la acera y se puso a andar por el medio de la calle? Debió de descubrirnos cuando ya no podía dar marcha atrás. Es curioso, porque cuando lo tienes tú, no hueles el miedo, pero en cambio cuando lo tiene otro lo jumeas de lejos.

Seguramente, siguió diciendo Melero, ése no dio media vuelta cuando nos vio para no parecer cobarde, para no parecérsele a él mismo sobre todo, por decencia torera. Olé, le gritó de lejos entonces, cuando se dio cuenta de lo que acababa de decir.

¿Quién no quiere parecer cobarde?, preguntó Varilla distraído. El tipo que ha pasado por aquí ahora, dijo Melero. Y, en cambio, en este momento irá feliz por haber sabido vencer su miedo, añadió. No creo, dijo entonces Varilla. Y pobre tipo. ¿Por qué pobre? dijo de nuevo Melero. A mí me pasa a menudo que voy por la noche y veo a alguien en una calle oscura, y me cago. ¿Y por qué te metes por las calles oscuras, si tienes miedo?, le preguntó Varilla. No lo entiendo. Además, si alguien da miedo en un callejón oscuro, eres tú, Melero. Y Varilla se rió de su broma cruel, pero a Melero no le importaban

aquellas burlas, porque sabía que viniendo de su amigo no eran crueles. No lo sé, dijo muy serio Melero. Yo no elijo las calles por donde voy, y no sé en qué calle estamos. ¡Qué complicado eres, Melero! No me extraña que las tías salgan corriendo en cuanto abres la boca.

Melero pensó en las palabras de su amigo, y guardó silencio. Ahora sí. Era evidente que lo habían puesto triste. Ya no cantaban. Ninguno tenía ganas de ello.

Dejaron la calle Jardines atrás.

Iban a buen paso. A esa hora no quedaba en los alrededores de la Gran Vía más que un cortejo de putas desportilladas, con las medias rotas y bolsitos de charol, los restos del naufragio de la noche, gentes descabaladas, biografías incompletas, historias borrosas que bailaban sin gobierno en el oleaje caprichoso de la madrugada, por decirlo también con un lenguaje literario.

Se metieron en un chigre mejicano en el que daban tequilas margaritas, bebieron dos cada uno, y luego salieron con el propósito de retirarse cada uno a su casa.

Ninguno de los dos volvió a hacer referencia a robar el coche y hundirlo en el lago de la Casa de Campo. Era evidente que posponían la machada para otra ocasión. Tampoco hacían ya esos al andar. Iban más borrachos, pero marchaban derechos. Marchaban en silencio, uno junto al otro.

Detrás de la Telefónica se les acercó un tipo pidiendo fuego, un hombre vestido a lo Gatsby de Móstoles, con un traje bueno, pasado de moda, con chaleco y pantalones un algo acampanados, demasiado zurrado todo él por el maltrato. Un poco más allá, en la esquina con Gran Vía, miraban la escena dos putas de Solana, con el vientre hinchado, apoyadas en la pared y con los brazos cruzados. Al lado de las cortesanas había un guiñapo humano, un viejo esquelético con una gorra de marino hamburgués, y uno tullido, que vendía tabaco, por junto y a granel.

¿Te has fijado en el que te ha pedido fuego? Era Amed Durán, le dijo Melero muy contento de que en su vida gris se hubiese cruzado de pronto, de modo tan inesperado, una luminaria como Amed Durán, aunque fuese un astro que hubiera dejado de brillar hacía ya algún tiempo.

Para Varilla, en cambio, aquel no era Amed Durán y no se parecía en nada a él, pero Melero insistió y juró que conocía de sobra a Amed Durán de encontrárselo en los puticlubes, aquella elegancia suya de parecer un beduino, un tuareg. Entonces Varilla preguntó que cómo leches sabía tanto de moros, y luego no sabía lo de las



rosas del desierto. Melero pensó que Varilla decía aquello para quitarle a él esa ilusión, pero aún porfió y le aseguró a su amigo que había leído en el *Marca* que lo llamaban eso de tuareg, y que Amed llevaba una vida de disipación y golfería, y por eso había engordado y no se lo identificaba bien, pero que era Durán, desde luego, con uno de sus famosos trajes, la manera de andar, sin dejar caer los brazos nunca, sin perder el equilibrio, echando la cabeza hacia atrás, sin mover las caderas, sin levantar los pies...

A Varilla, de pronto, se le cambió el semblante. ¿Estás seguro?, dijo a su amigo. ¿De que es Amed Durán?, preguntó Melero. Por supuesto. Guardaron silencio y de pronto Varilla estalló. Fue lo mismo que pólvora o fósforo, un fogonazo. ¡Melero, ésa es la gran película! ¿Qué película? Joder, Melero, la mía. Tienes que presentármelo, dijo Varilla. Imagino ya las carteleras: *Campeón*, veo los cartelones en la Gran Vía, de cinco metros, un hombre acabado junto a la barra de un bar de putas. Será un éxito. Y Varilla desplegaba los brazos en el cielo para hacerse una idea cabal del efecto que producirían cartelones y luminarias, como Walter Matthau hacía con sus primeras planas en la de Billy Wilder. Tienes que presentármelo. Vamos detrás. *Campeón*, con Amed Durán y... ¿A quién ponemos de jicha? Vamos. Ahora mismo. Así es como nacen las leyendas en el cine. Así se contará en los libros de cine, haremos historia: cómo nos lo cruzamos una noche, cómo es el azar el que escribe los mejores guiones, cómo detrás de todo está el Destino. Hablaba de esa manera ampulosa a sabiendas, como si leyera un verdadero guión, para estar a tono con la excelencia de tales olimpos. Vamos, dijo después.

No lo he tratado mucho, se disculpó entonces Melero, a quien la sola idea de perseguir al boxeador y abordarlo lo descompuso y paralizó. Conocía a Varilla borracho y supo que sería capaz de hacer una cosa así, salir corriendo detrás de Amed y decirle, eh, mira, somos... Vamos, insistió Varilla. Melero, paralizado por el pánico, desgranó unas cuantas disculpas, sólo te he dicho que le he visto alguna vez en el Hernani, dijo, en el Golden Gate y sitios de esos, agachó la cabeza y guardó silencio.

Bueno, se resignó Varilla, pero soy un tío grande, Melero, y sin anunciarlo, empezó a tararear una canción y a llevar el ritmo tocando los titos. Esta vez sin teatro, sin gestos, sin letra incluso, como para sí mismo. Era una alegría de salón o de cámara. Si hubiera sabido bailar claqué, se habría puesto a ello; si se hubiese puesto a llover, habría hecho la escena de Gene Kelly en *Cantando bajo la lluvia*. Melero, en cierto modo, también era feliz, no sólo por

haber abandonado la idea de salir tras Amed Durán; también por ver a su amigo feliz.

Llegaron a la plaza Vázquez de Mella.

Creo que me ha puesto cachondo, saltó Melero de pronto, en medio de aquel clima euforizante, y porque eso era algo de lo que tarde o temprano terminaba hablando. Varilla preguntó entonces, de una manera distraída, si había sido el famoso Lawrence de Arabia, y Melero dijo que qué gracioso, que no, primero dijo que tu puta madre y luego que la guerrillera, la de los guantes negros y el vestido sin manga y la axila depilada, con aquella piel transparente y blanca, la chica de los labios rojos. Y Melero, que era casi feliz, sintió de nuevo la tristeza, porque sabía que llegaría como cada noche a su casa y recurriría de una manera melancólica a una de esas masturbaciones mecánicas que ya no le deparaban ninguna sorpresa, sino más bien hastío y desconsuelo. Le avergonzaba el sexo, lo culpabilizaba el sexo, la suciedad, la lubricidad sin objeto, que se decía en uno de aquellos libros extranjeros en los que buscaban remedio a tanto desasosiego, remedio a su deseo obturado. En eso le daba igual, porque no sabía lo que era una cosa ni la otra. Él sólo habría hablado de amor. ¿A quién haría entrega de tanto amor como apenas podía contener su corazón?

Llegaron al Niarco's. No había casi nadie. Les dio tiempo a beberse dos whiskies cada uno y a hablar con las chicas. Se estaba bien, pero cuando consideraron que habían alcanzado el punto étlico anterior al encuentro de Jardines, salieron a la calle. Empezaron a andar.

Madrid estaba vacío. Ni siquiera circulaban coches. Todo parecía paralizado, hasta el extremo de que cruzaron la Gran Vía por donde mejor les vino a mano, sin atender semáforos ni pasos de peatones. Hicieron un corte transversal y se metieron por una calle torcida y mal iluminada, en dirección a Sol.

Entonces fue cuando vieron que venía un coche hacia ellos. Aún estaría a unos treinta metros.

Los que iban dentro se bajaron, pararon a dos que iban en ese momento por la calle, y se pusieron a hablar con ellos.

Eran los de antes, Varilla y Melero lo supieron por el gordo, porque de lejos se veía sobre todo el gordo y a los otros dos igual, pero sobre todo al gordales, con aquel pañuelo blanco en la mano, grande como una servilleta.

Me parece que a aquellos dos los están untando, fue lo que dijo Melero. Se quedaron un rato indecisos, a resguardo, esperando ver en qué paraba aquello. Luego Varilla dijo, vamos allá.



Calles del casco antiguo de Madrid (1997)



Estás loco, Varilla, dijo su amigo, ¿estás gilipollas o qué? Yo me voy de aquí, dijo Melero, vamos, añadió, y fue cuando hizo ademán de dar media vuelta.

Varilla lo sujetó por la manga y advirtió que si no se daban prisa, iban a matarlos.

Los sicarios del gordinflón estaban propinando una paliza salvaje a aquellas dos formas que se retorcían sobre sus propios estómagos, pero, curiosamente, no decían nada, no gritaban. Era como una paliza convenida, algo anunciado, algo dispuesto por un destino que nadie podía sustraerse, de manera que lo acataban con dignidad, como si alguien hubiese bajado el sonido a aquella película. Así lo pensó Varilla, por deformación profesional, todo bajo una campana de cristal, como los gritos de un ahogado.

La calle estaba vacía y oscura. La chica, la chica de la boca roja, había subido el coche a la acera. Luego vieron cómo salía corriendo alguien y cómo a ese alguien lo derribaba la puerta del coche abierta de golpe y cómo salió la chica, que con los brazos cruzados miraba a sus amigos hacer el trabajo. Era como si la escena, a fuerza de haberla visto, le resultase tediosa, reposición de una película vieja.

Antes de que Varilla y Melero llegaran a donde estaban, aquellos dos desgraciados ya habían caído al suelo por los golpes y buscaban sobre la acera la posición fetal, y metían entre los brazos la cabeza.

Varilla al principio iba a paso normal, como si necesitara hacerse una composición de lugar de lo que estaba pasando. Pero poco a poco comprendió que no tenía tiempo para pensar, y empezó a andar más deprisa. Melero lo seguía y le decía, vamos Varilla, que se maten, no me gusta nada todo esto, tú viste las cadenas en el coche.

A cinco o seis metros de donde estaban, Varilla inició un pequeño trote, levantó el brazo y se lanzó hacia delante de medio lado. Parecía un caballero de justa. Su figura, su estampa, no resultaba, sin embargo, tan gallarda como la de un Percival, sino grotesca, el trotecillo picado de reborde cochinerero, avanzando de lado, protegiéndose el flanco y con un brazo por delante, levantándolo por encima incluso de su cabeza, no delataba precisamente un modelo de donosura. Entonces oyeron por primera vez los alaridos y los gritos de las víctimas y los insultos de los matones. De lejos parecía que todo sucedía en silencio, pero en cuanto estuvieron encima aquello adquirió su verdadero significado de irracionalidad y delirio.

Los sicarios empezaban ya a reírse, porque estaban terminando el trabajo, y también les empezaba a entrar la risa floja de ver a aquellos dos como a dos caracoles que quisieran meterse dentro del cascarón, pero sin cascarón, triturado bajo sus botas como una cáscara de huevo, ya no eran más que masa invertebrada y pegajosa.

Uno de los sicarios tenía un parche en un ojo, era todo él un cromo, casi de sesenta años. Él y el otro obedecían al gordo, que no tendría treinta.

Vieron llegar a Varilla de aquella guisa ridícula. Detrás venía Melero. Los vieron aproximarse, no ya con sorpresa sino con incredulidad, pero no se pusieron nerviosos, porque los reconocieron, sabían que a un guardia civil de Valdemoro podían explicársele las cosas y las entendería, incluso el gordo les iba a sugerir que les echasen una mano, si querían, porque nunca venía mal.

El puño de Varilla buscó el careto del jefe y chocó con él de una manera salvaje, fue un puñetazo en mitad de la cara, se la hundió entera, toda aquella bola de manteca se quedó abollada. El gordo se puso a sangrar como un berraco y a pedir a gritos a la chica la pistola, que le diera la pistola que estaba dentro y que se iba a follar al brigada de mierda, y que qué mierda de brigada era ése. Pero debió de confundirlo con el otro, porque el brigada era Melero.

Entonces llegó éste, y la chica que quería abrir la puerta del coche y buscar la pistola que le pedía el gordo, no pudo hacerlo porque se encontró con que la sujetaban por detrás.

Melero pensó que no soltaría a la chica, pero los otros, los que propinaban la paliza a aquellos pobres tipos se habían vuelto hacia Varilla y gritaban que lo iban a matar.

Mientras Melero tenía sujeta por detrás a la chica, notó sus nalgas duras, el vestido de verano, sin mangas, y aquel culo como dos pomelos. Era una chica menuda, como las delimitadas y contundentes líneas de un comic, con los guantes negros y el vestido negro sin mangas y los labios rojos, y entonces Melero pensó que en medio de todo era una suerte que de la pelea le hubiese tocado a él esa parte. La tenía sujeta por las muñecas, de manera que tocaba aquel cuero negro fino, de tafilete bueno que olía a cuero, seguramente como las tapicerías de su Morris nuevo. Fue cuando vio que los sicarios se lanzaban contra Varilla, mientras el gordo no hacía más que doblarse una y otra vez y decir que le habían roto el tabique de la nariz.

Melero entonces se llevó a la chica a dos o tres pasos del coche, la arrastró y le dijo que si se acercaba al coche le iba a soltar una hostia, y la chica pataleaba y quería volverse hacia él y arañarlo,

pero no podía porque Melero era un hombre feo pero fuerte, de manera que la agarró de una manera violenta y convincente de los pelos, como para levantarla del suelo, la volvió hacia él y le pegó con la mano abierta, y dijo a continuación que lo sentía, casi en voz baja. Reconoció que lo sentía, porque era la primera vez que pegaba a alguien de esa manera, y le pareció que había que decir algo así, porque aquella pelea no tenía nada que ver con él, se la habían encontrado ya hecha, y aunque hubiera dicho lo de la hostia, él jamás había pronunciado una palabra malsonante delante de una mujer, a un tío sí, pero a una mujer jamás, ni siquiera a las putas con que iba, y las putas lo querían por eso, porque en eso Melero era un hombre antiguo y caballeroso. Era feo con aquellas gafas de montura negra, anticuada, y los cristales gordos, pero no era brutal con las tías, como sostenía Bea, sino un verdadero caballero, habría podido encarnar el mito del monstruo de Frankenstein, el monstruo que arranca una flor a la orilla del río y tembloroso de amor, tembloroso de emoción, se la ofrece a una niña de cabellos de oro, incluso a una niña de pelo negro, con los labios rojos y un vestido sin mangas.

El gordinflón se lamentaba y sangraba encorvado sobre el suelo para no mancharse la ropa, mientras los otros habían empezado a sacudir a Varilla.

Melero tiró de espaldas a la chica de los labios rojos y se lanzó contra los sicarios. Era un hombre apocado o un loco, sin término medio. Hasta la acción solía ser un cobarde, pero en la acción podía transformarse en un demente, en un furioso. No se sabía de qué dependía eso. Ni el propio Melero tenía una teoría al respecto. Al primero que se cruzó en su camino le soltó una patada en medio de la espalda, no supo cómo lo hizo, uno de esos golpes que había visto en *Kung Fu*, una verdadera coz en las vértebras, y sonó el golpe como si hubiera sacudido un saco de almendras, al tiempo que sus gafas salían despedidas. Pero de eso ni se dio cuenta al principio.

Fue entonces cuando el gordo ordenó, vámonos de aquí, cabrones, nos la vais a pagar, os vamos a matar a todos, y en ese momento vio Melero que la chica, la chica de los labios rojos, salía del coche con una pistola.

Las pistolas de las películas, incluso las de las novelas, son de una manera, y las pistolas que salen a relucir a las tres y media de la madrugada tienen poco que ver con ellas, apenas si brillan, son insignificantes, son mucho más pequeñas, no se sabe muy bien qué son, las de las novelas son frías y en cambio las que salen en la realidad son un trozo de hierro caliente, porque tienen la temperatura



de la mano que las empuña, la mano llena de sudor, la mano con fiebre: en las películas son ligeras, se las lanzan unos a otros, alegremente, y las cogen en el aire, como confites, y en cambio en la realidad pesan como pesa la culpa, como pesa el mundo. En las películas con pistolas todo el mundo mira la pistola, en cambio en la realidad no se mira más que a la persona que sostiene esa pistola, porque entonces el que está frente a una pistola que le apunta trata de adivinar qué va a hacer con ella la persona que la tiene entre las manos. Quiere saberlo, porque sabe, porque comprende de golpe que la vida vale muy poco, que dos segundos valen más que toda la vida, y que es inútil desear estar lejos, porque los pies se clavan al suelo y la tierra tira de uno y con una fuerza de gravedad tres veces superior a la normal, como si la tierra reclamase lo suyo, el tributo de un cuerpo, el tributo de la sangre sobre el asfalto.

Eso fue lo que sintió Melero. Oyó a la chica de los labios rojos que lo llamaba cabrón, que le decía hijo de puta, brigada de mierda, te voy a follar. La vio con los brazos desnudos y los guantes negros. Fue entonces cuando echó en falta las gafas, porque lo vio todo borroso. Estaba despeinada. Sostenía la pistola con las dos manos, en eso sí como en las películas, y flexionaba las piernas como en un ejercicio de tiro, y al flexionar las piernas el vestido se le pegaba al cuerpo y desnudaba las rodillas, que eran un poco flacas.

Era evidente que la chica de los labios rojos tenía problemas con el arma porque la sacudía, pero no lograba dispararla.

Melero pudo desoír la voz de la tierra, quizá porque no veía bien, porque lo de la pistola no era más que una sombra posible, dio dos pasos hacia ella y volvió a golpear a la muchacha con la mano abierta, a golpearla y a decirle, no me jodas, pero no enfadado, ni colérico, sino como quien no quiere perder la paciencia, pues a pesar de que había querido matarlo, Melero no tenía conciencia demasiado clara de lo que estaba pasando, quizá porque lamentaba haberla sacudido más fuerte de lo que hubiese querido, de lo estrictamente necesario para mantener a raya a una chica tan delicada.

Entretanto, uno de los dos sicarios ayudaba a meterse en el coche al gordinflón, quien a su vez se tapaba la cara con el pañuelo lleno de sangre y repetía que le habían roto el tabique de la nariz. Sólo sabía decir eso, me han roto el tabique, me han roto el tabique, hasta el extremo de que uno de ellos, el del parche en el ojo, el viejo, le gritó, cállate de una vez, dijo, ya lo hemos oído. El otro se había puesto al volante, y el que había ayudado a meter al gordo en el coche, el del parche, el tipo acecinado y fibroso, volvió en busca de la muchacha.

Melero la tenía de nuevo sujeta por la espalda. Volvió a notar sus nalgas. Pataleaba y metía los codos hacia atrás. Hizo recuento Melero y llegó a la conclusión de que jamás había tenido en sus brazos una mujer tan bonita como aquella. Al menos, gratis. Pensó que podía tocarle las tetas, y lo hizo, y le acopló por detrás una pierna, entre las dos nalgas duras como pomelos. Quería saber qué se sentía en un caso como ése, y si violar a una mujer sería cosa posible, si eso le excitaba; lo pensó, pero no pudo pensar que lo pensaba, porque la chica le mordía el brazo y decía que lo iba a matar de un tiro, todavía con la pistola encasquillada en la mano.

El sicario llegó hasta donde estaban los dos forcejeando, y ayudó a la muchacha. Tiraba de ella, y Melero, a su vez, no quería soltarla. Lo hacía de una manera irracional, con la obstinación de esos perros que enloquecen con la liebre entre los dientes, y la agitan y sacuden cuando la presa ya no tiene vida. De la misma manera Melero pensó que la chica de los labios rojos ya no tenía ningún interés para él, pero no la soltaba.

La muchacha de los labios rojos sabía de qué se trataba, sólo ella sabía qué había hecho Melero con sus pechos, qué había hecho entre sus nalgas, porque ella, que además había sido golpeada y humillada, en cuanto se vio libre de las manos de Melero, se volvió hacia él, lo llamó macarra de mierda y cerdo repugnante, me das asco. Eso exactamente.

En cuanto la chica subió al coche, desaparecieron.

En el suelo quedaron dos cuerpos desmadejados, un chico joven y una chica. La chica tenía un ojo hinchado, no podía abrirlo, todo él en medio de un hematoma rojizo, y sangraba por un oído. La sangre se le pegaba al pelo, pero decía que no le dolía el oído sino el hombro.

El chico estaba como muerto en el suelo, no se podía mover. Fueron a sentarlo en la acera, pero entonces la chica dijo que no lo movieran, que ella era médico y que era mejor dejarlo así, y que había que llamar a la policía. Antes que a una ambulancia, a la policía. Entonces fue Varilla quien dijo, una mierda de policía, pero la chica sostenía que había que denunciar aquellos atropellos, que había que acudir a los periódicos para que sacaran sus fotografías, y mostrar los hematomas y dar testimonio de la barbarie, que los fascistas siempre se amparaban en la vergüenza, en el miedo, en la impunidad del silencio. Varilla no dijo nada, y tampoco Melero, pero los dos se conocían lo suficiente como para saber que jamás irían a una comisaría de policía. Entonces la chica guardó silencio y ni siquiera dijo que le dolía el hombro.



El joven estaba tendido de medio lado, con las manos entre las piernas, como si durmiera. Tenía una barba negra, larga, montañesa. Al lado había un zapato suelto, de alguien que lo había perdido en la pelea.

De pronto el joven se movió y la chica le preguntó si se encontraba bien. El chico tenía los ojos cerrados y dijo que sí con la cabeza, y él solo se incorporó y se quedó sentado, con las piernas estiradas y abiertas en uve sobre la acera, con la flojera de los muñecos de trapo.

Varilla y Melero dijeron que podían llevarlos a alguna parte, y preguntaron dónde vivían. El chico despegó los ojos, parecía atontado, y la chica se puso a llorar como una estúpida, con un ataque de nervios.

Varilla y Melero se miraron, hicieron un gesto vago, resoplaron y levantaron las cejas, como diciendo, uf, lo que faltaba, un poco hartos de seguir allí.

Varilla quiso saber dónde estaban y le preguntó a Melero si sabía qué calle era aquella, pero Melero seguía pensando en las palabras de la muchacha de los labios rojos, y estaba triste, y aquella belleza lo hería aún más, porque no comprendía cómo algo que le hacía daño encerraba para él un misterio morboso. Dijo Melero que no sabía, lo dijo como un trámite, para seguir pensando en lo que estaba pensando, en la razón por la cual aquella chica había tenido que insultarlo de aquella manera, cómo había sabido que aquello era lo que más daño podía hacerle, por qué las mujeres conocen de una manera innata el modo de destruir el corazón de un hombre.

Varilla ayudó a la pareja a ponerse de pie. Eran más jóvenes que ellos, quizá treinta años, no treinta menos, sino treinta a secas, o por ahí. Si acaso. Fue él quien dijo que no pasaba nada, que todo estaba bien, que se iban a ir, que allí mismo iban a tomar un taxi, y gracias por todo.

En ese momento pasó uno, con el lucero verde, y lo pararon. Los ayudaron a meterse en él, en el taxi no en el lucero, y mientras la chica, de una manera atropellada, les daba las gracias por última vez, Melero y Varilla oyeron que el chico pedía al taxista que les llevara a la comisaría más próxima.

Qué empeño, pensó Melero. Luego, cuando se fueron Melero le dijo a Varilla que por qué se había metido en aquello, y que lo mejor era que se fuesen de allí porque iban a volver en cualquier momento, y que tenían que buscar las gafas, pero al mismo tiempo que decían los dos que sí, que había que largarse de allí, porque los

otros iban a volver, Melero se sentaba en el suelo y sostenía entre las manos la pistola de la chica.

Van a volver sobre todo por la pistola, dijo como para sí. Varilla dijo que qué pistola, y cuando la vio, estuvo de acuerdo, hay que irse, pero no la tires, dámela a mí.

Tú estás loco, Varilla, fue lo que dijo, para qué quieres tú una pistola, pero se la tendió diciendo que estaba estropeada. Encasquillada, corrigió Varilla. No he hecho la mili, se disculpó Melero. Y Varilla dijo, sí, por las gafas, a lo cual Melero dijo, no empecemos, pero los dos estaban tristes para gastarse bromas.

Encontraron las gafas con los cristales enteros. De milagro, dijo Varilla. Sí, contestó Melero, habrá que dar gracias, y se sorprendió de que, en medio de todo, encontrar las gafas intactas le proporcionaba una alegría modesta. Me acabo de ahorrar mil duros de gafas. ole morena.

Se fueron de allí a buen paso, mirando hacia atrás de rato en rato.

Desde la mili no había tenido Varilla una pistola en las manos. No era una pistola como las del ejército. En aquella pistola había crimen, secretos, venganza o, como suele leerse en las noveluchas de kiosco, infamia e ignominia, la ignominia de una infamia o la infamia de una ignominia, quién sabe.

Vamos a una gasolinera, la atracamos, nos llevamos un coche y lo hundimos en la Casa de Campo, dijo Varilla con media sonrisa. Sostenía la pistola como quien tiene una herramienta de aplicaciones desconocidas.

Melero sabía que Varilla no hablaba en serio y también sonrió de una manera triste. Entre unas cosas y otras eran las cinco de la mañana. ¿Cómo habían llegado a las cinco? No lo sabían bien. Había en su mirada tanta desolación como en el cielo de Madrid. Estaba clareando. La rosa del desierto había despertado y sus pétalos secos caían sobre las casas tristes y viejas de aquella calle.

Un diafragma 2.8, pensó Varilla. Melero dijo que el cielo se había puesto color tenca. Varilla, que era de ciudad, no sabía en cambio qué era una tenca. Melero le explicó que era un pez oscuro y misterioso. Y añadió entonces que también como el corazón de las mujeres.

Según se mirase, todo conducía a las mujeres.

Al salir de la calle aquella, Varilla levantó la cabeza para buscar la placa municipal donde vendría el nombre, pero no encontraron rótulo alguno.

Lo supieron más tarde, por los periódicos, días después.

Llegaron a Sol. Había una animación inusual para la hora. Era casi de día. Caminaban deprisa. Seguía haciendo calor, pero el aire templado olía a churros fríos. Hicieron tiempo en un bar de Carretas, uno de esos bares en que se bebe cazalla a las cinco de la mañana.

A las seis fueron al metro.

Melero había recibido un golpe en la sien y le dolía la cabeza. Los efectos de la borrachera se les habían pasado como por ensalmo.

Dijo Varilla a Melero que se fuera con él a su casa, que llegarían antes de que se despertaran los niños, dormirían un poco e irían juntos al trabajo, que empezaba a las diez.

Melero no dijo nada, que era la manera que tenía de decir sí a su amigo, y repitió la frase que Varilla le había dicho a él hacía unas horas, antes de que el cielo de Madrid fuese una rosa de piedra para terminar siendo un pez oscuro en el légamo. El légamo sobre el que ellos dos caminaban desde hacía tantos años.

Le dijo, Varilla, esta vida que hacemos no tiene ningún sentido, y es una mierda.

Varilla le dijo entonces, no es para tanto, no dramatices, Melero. Y Melero asintió, sin convencimiento, sí, dijo, la verdad, no es para tanto. [...]

[...] Después del incidente de la calle Jardines subieron al coche y salieron de allí precipitadamente en dirección Cibeles y Atocha.

Todos llevaban lo suyo, todos pedían venganza, todos tenían sed de sangre, se sentían humillados y vejados. La chica de los labios rojos no hacía más que gritar, furiosa, era la que más gritaba, decía, voy a arrancarle el hígado a ese hijo de puta, y juraba sentirse sucia, que quería lavarse, que la había sobado por todas partes. Me ha tocado las tetas, Charli, gritaba, me ha metido mano. Charli, mávalo, vete a matarlo, hay que volver, sois unos maricones llenos de miedo, vamos y lo freímos. Todos gritaban, todos pedían sangre, todos se cagaban en la puta madre que parió a los hijos de puta que había en España, donde ya no podían estar tranquilas las hijas, las madres, las niñas, las mujeres, porque cualquier bastardo podía follarlas en cualquier esquina, a la vista de todo el mundo, ante la indiferencia de la policía, ante la inhibición de los jueces, ante el cinismo de los políticos. Ya nadie estaba tranquilo, gritaban, habían vuelto los tiempos de la República, había vuelto el tiempo de las pistolas.

Todo eso lo oyó un pobre que estaba tendido en un banco en la misma calle de Alcalá esquina con Caballero de Gracia. Lo despertaron

los gritos de aquellos jóvenes parados en un semáforo, con las ventanillas bajadas del coche, gritando todos como locos, sin oírse, sin escucharse, me los voy a follar vivos, decía Charli, te lo juro Bego, o sea, te lo juro, les voy a meter un tiro en el culo a esos dos maricones. Vamos, Charli, vuelve, vamos a pegarles un tiro.

Fue entonces cuando alguien preguntó por la pistola. Dámela, que voy a abrirles la cabeza de un balazo, gritó. Pero la pistola no apareció.

Pararon el coche, descendieron de él y buscaron la pistola. Hicieron todo eso junto al semáforo, delante del mendigo, por eso el mendigo lo oyó todo.

Ni siquiera bajaban ya coches por Alcalá ni por Gran Vía. El calor pesaba, el calor ponía su pie sobre las sienes ardientes y enloquecidas de aquellos furiosos, el calor había cuajado la sangre y la había secado sobre unos rostros que espantaba verlos.

Y cuando Charli dijo, no aparece la pistola, Bego, qué has hecho con ella, se fijó en el pobre mendigo y le dijo, cabrón, qué miras, qué hostias miras, largo de aquí, desgraciado, o te pego una patada en el culo, le dijo y el pobre hombre los miró con expresión de embotamiento e imbecilidad irredenta, se levantó y se fue, se fue porque supo que era cierto lo que decían, que eran capaces de matarlo allí mismo; el pobre hombre, uno de esos pobres de la calle que no leen los periódicos, supo de pronto que si moría ni siquiera sería noticia, ni siquiera dos líneas en las páginas de sucesos, y se alejó de allí, se metió por Caballero de Gracia arriba, por esa calle de decorosa riqueza provinciana.

Cuando el lunes siguiente Melero y Varilla estaban hablando del caso en un bar de la calle de la Cruz, entró precisamente ese mendigo y les pidió limosna, y antes de que le echaran a la calle, Varilla le dio un duro, un duro a alguien que sabía cosas que Varilla ni sospechaba, cosas que ya le afectaban de alguna manera y por las que habría pagado mucho más, pero le dio el duro y entonces Melero le dijo, te damos todos los días, joder, pídele también a otros.

Y el mendigo los miró con su cara de idiota sin sospechar tampoco que su vida y la de Melero y Varilla estaban irremediablemente unidas para siempre.

Sigue, Varilla, pidió Melero, qué más dice el periódico.

Y Varilla resumió lo que veía en él. Que uno de aquellos gilipollas, el que conducía, Charli, no se dio cuenta y se tragó el medianil de la autopista.

Iban deprisa, iban a mucha velocidad, a mucha pastilla, dijeron luego, el coche de un bandazo se fue al otro extremo y describió dos

vertiginosas zetas sobre la carretera, y cuando parecía que Charli podía controlarlo, cuando el coche se desplazaba como a cámara lenta, cuando estaban pensando, gracias a que son las cinco de la mañana, gracias a que no hay nadie vamos a salir al fin, cuando parecía que todo se iba a quedar en un susto, el coche dio un pequeño brinco, un gracioso volatín, y salió despedido en una vuelta de campana, y otra y otra, como a cámara lenta, sí, como suceden las cosas en los sueños y en los anuncios de la Dirección General de Tráfico, saltó la mediana y se colocó en el otro lado.

Todo lo vio un taxista que venía. Pensó, estos se matan, están borrachos, y pensó que venían cargados porque era la madrugada del viernes al sábado, y no quiso decir luego las vueltas de campana que dieron, cuatro, seis, no sabía. Así lo declaró al periodista, el mismo que había informado de la paliza y que no habría informado de lo del accidente si no se hubiesen sabido luego más cosas, si no le hubiese telefonado la propia doctora Mantecón al periódico para decirle, ven, los que nos quisieron matar están en el Primero de Octubre.

El accidente, desde luego, había sido terrible, pero todos salieron ilesos, todos menos la chica de los labios rojos, que, viendo el estado en que quedó el coche, el amasijo de hierros y los cristales rotos, dos puertas arrancadas y el capó arrugado como una bola de papel, era un milagro que no se hubiesen matado todos en el acto, dijo el taxista primero a la policía y luego, tres semanas después, a los periodistas.

También es mala suerte que haya sido precisamente la chica, dijo Melero, con lo buena que estaba.

Varilla dijo entonces, joder Melero, pareces anormal, nos quisieron matar y tú le tienes lástima. Lástima no, dijo Melero, sino que es una desgracia que una cosa tan bonita se estropee para toda la vida, y tan joven. Era una niña, Varilla, tú no la viste como yo, tenía la carne dura como una pera verde, no creo que tenga ni veinte años. Esa niña es una hijaputa y te quiso matar, replicó su amigo. Eso sí, admitió Melero, y guardó silencio sin estar demasiado convencido de sus sentimientos hacia quien había querido meterle un tiro en la cabeza.

Varilla siguió leyendo. El taxista, terne y templado, ordenó, hay que llevarla inmediatamente al hospital, y a ti también, y miraba al gordo, creyendo que aquello de la nariz acababa de hacérselo en el accidente. El gordo no dijo nada, estaba callado, y los otros dos, Charli y el tuerto, lo mismo.

Al principio, el taxista pensó que estaban así sin reaccionar a causa del shock, pero en realidad los tres pensaban, la hemos jodido,

la hemos hecho buena, porque aquella chica tenía veintiún años y era la novia de uno de los esbirros, de Charli, era su chica, pero no tenía que estar a las cinco de la mañana con él, o al menos no tenía que saberse que estaba con él.

Y la cosa se complicaba aún más porque los padres de la escuadrista no sabían nada, sabían que era novia del tal Charli, claro, porque conocían a Charli y a los padres de Charli, todos se conocían, las familias se conocían desde la guerra (que habían ganado, naturalmente), incluso antes ya se conocían, pero no sabían nada de aquellas escapadas nocturnas (para eso la habían ganado hacía más de cuarenta años, para estar tranquilos), creían que Bego pasaba la noche en casa de una amiga, eso pensaban los muy ingenuos, que estaría estudiando con su amiga, tomando leche con colacao y comiendo caramelos de naranja para no dormirse, preparando los exámenes de septiembre.

Ni siquiera sabían que su hija se pintaba los labios de rojo. En el mismo portal. Lo hacía en el portal, en el espejo del portal, abría el bolso, sacaba la barra de labios y se pintaba, delante incluso del portero, que la miraba hacer sin atreverse a decir nada, lo hacía delante de él con ese desprecio innato que tienen algunos para con los subalternos, y lo contrario hacía de vuelta en ese mismo espejo se limpiaba de carmín los labios, antes de entrar en casa, cuando venía de follar con Charli, y así desde hacía siete años, desde que tenía catorce, al principio no con Charli, con éste sólo desde hacía tres años, entre misa y misa.

La sacaron del coche sin sentido, con las piernas rotas, y la dejaron tendida en la carretera. Tenía la cara manchada de sangre. Dijo Charli, Begoña se ha matado. Fue lo primero que dijo después de unos minutos en que no pudo articular palabra. Y así, poco a poco, cada vez más alto, cada vez más fuerte, terminó por gritar, joder, joder, joder, y todo él se tambaleó, como si le acometiera un temblor de epilepsia, y el gordo, que había dejado de sudar, trataba de consolarlo, tranquilo, Charli, tranquilo, y se acordaba de Dios, porque decía desconsolado, Dios mío, Dios mío, como pidiendo ayuda a Cristo Rey, que los despertara de aquel mal sueño en sus camas de sábanas limpias.

A la chica le caía la sangre de la cabeza, manaba por la sien, por debajo del pelo, poco a poco, como una fuente que no fuera a agotarse nunca, pero no se veía la herida, una sangre roja y viva como sus labios, pero después del accidente el rojo de los labios se había quedado, en cambio, sin vida, un rojo blanco, un carmín lívido y sin hálito, labios que ya sólo eran lirios blancos un poco marchitos.

El taxista vio a Begoña, la niña de los ojos muertos y los labios rojos, estaba tendida en el asfalto y dijo, voy a avisar, no la mováis.

En el hospital le cosieron la cabeza, su linda cabecita morena, en cuanto llegó, tuvieron que cortarle el pelo, trasquilárselo, tije-retazos furiosos y de urgencia, le lavaron la cara y al lavarle la cara la esponja se llevó el rojo de los labios, de manera que quedó una cara limpia, de niña, de criatura bellísima que duerme bajo las aguas de un estanque y abre un poco la boca porque está muerta y de ella rebosa el agua como de un estanque muerto y a la vez de un manantial inagotable. A la media hora, pues, Begoña no era más que una niña de veintiún años con una cara de porcelana y las piernas escayoladas hasta la pelvis, una criatura virginal cuyos ojos tardaron en abrirse veintiún días.

Fue Esther, la doctora Mantecón, quien la descubrió en la cama, dormida, el mismo lunes, dos días después de la agresión.

Se dijo, conozco a esta chica. Pero no sabía de qué ni de dónde. Quizá porque todos somos distintos con los ojos cerrados, somos el muerto que ignoramos despiertos. Dijo al periodista, no la reconocí entonces porque estaba dormida, porque tenía la cabeza vendada, y porque aquí habría sido el último lugar de la tierra donde habría pensado encontrarla.

Entonces Varilla interrumpió la lectura del periódico, donde venía todo eso, y dijo a Melero que él habría sabido descubrirla, era su profesión, debajo de aquellos ojos muertos habría descubierto los ojos vivos de la chica de los labios rojos, y Melero le dijo, bueno, vale, sigue.

Ese día también, el lunes, el primer día en que fue a trabajar. Esther estaba un poco aturdida, porque sus fotos se habían publicado el domingo y las había visto todo el mundo, de manera que el lunes la gente la paraba por los pasillos y le brindaba su solidaridad, no tenía la cabeza muy centrada, todo el mundo le preguntaba qué había pasado, y ella, por ser amable, lo contaba una y mil veces, con las mismas palabras, lo mismo que ya sabían todos por los periódicos.

Incluso el director del hospital, que, como era de suponer, había declarado que no era conveniente mezclar la política con la vida profesional, les telefoneó en persona el domingo para animarlos a que se tomaran el tiempo que precisasen, que contaran con la baja, y que no apareciesen por el hospital, que allí todos estaban a su servicio.

Sin embargo, el doctor Fraile y la doctora Mantecón pensaron, viejo cabrón franquista, tú no quieres que vayamos, no quieres

vernos en el hospital, no quieres publicidad, quieres que todo esté tranquilo, pero te vas a joder, de manera que así, con todos los hematomas bien visibles, le dijeron muy educadamente, gracias por tu llamada, gracias por todo, don Fulano, pero no es necesario, nosotros vamos a ir a trabajar el lunes, estamos perfectamente, y qué maravilla contar con un colectivo como el nuestro, con compañeros como vosotros.

El periódico había relacionado la paliza de los médicos con la huelga que pretendían llevar a cabo los residentes y contratados. En realidad, lo relacionó todo el mundo. Ese era el conflicto. Tendría o no que ver, pero esos eran los hechos, como se declaraba en jerga periodística, y nadie supo que había sido una casualidad, nadie lo habría creído, y, desde luego, ni Esther ni Luis lo habrían creído, porque los comunistas jamás han creído en coincidencias, los comunistas no creen en el azar, todo tiene su porqué, y, si no, hay que buscar uno, el conveniente, el justo, el adecuado a la mecánica y dialéctica de la historia, de modo que para ellos aquello había sido una represalia, porque estaban rodeados de colegas fachas, médicos franquistas de bigotito delator (el director mismo era uno de éstos) o doctorcitos de mierda, recién licenciados, con sus Morris, con sus MG, con sus Mini, sus Lacoste, sus relojes de oro, sus medallitas de oro, su olor a tabaco rubio a whisky Chivas, aquellos que llevaban a la consulta la bolsa de deportes con el mango de la raqueta asomando y a las enfermeras detrás de una puerta para manosearlas debajo de las batas, y dejar en su cuello aquel olor suyo a tabaco rubio y whisky Chivas, y llevarse de ellas aquel olor salvaje y salado de flujo y lágrimas.

De manera que Esther y Luis se pasaron el día entero recogiendo muestras de solidaridad, recibiendo periodistas, incluso de televisión, paseando orgullosos los estigmas de su pasión, de sus convicciones, de su fe, como ellos decían, en el Estado Español, o mejor aún, en la República Española, porque era seguro que volvería la República Española, no tardaría en ser restaurada quitándose de en medio al pelele Juan Carlos, Juan Carlos I el Breve (bueno el epíteto, ¿quién se lo puso?, ¿fue Santiago?) al rey títere, a aquel Borbón palurdo de lengua gorda que dijo “indiosincracia” el día de su coronación (¿o en los funerales del otro, el que le regaló el trono?), el mismo que no era capaz de saltar un esdrújulo en sus discursos, como un viejo penco, aquel lacayo de la gran patronal y los oligopolios de Estado designado directamente por Franco y mantenido por sus alevines, todo eso a la mierda, y así daban ellos testimonio de la lucha con sus heridas de guerra, de sus vindicaciones.





Sin embargo, a la doctora Mantecón no se le fue de la cabeza aquella cara, por más que se pasó todo el día hablando con unos y con otros, la cara preciosa de aquella niña de la habitación 221 que tardó veintiún días, como sus veintiún años, en abrir los ojos, los preciosos ojos verdes, un domingo, a última hora de la tarde, abrió los ojos como se abren las flores, en silencio, sin antes ni después, y dijo lo primero, mamá, con aquella boca perfecta, un poco lívida, asustada todavía, la niña de expresión dulce, dulce como sólo se puede ser a los veintiún años.

Ese día estaba la doctora Mantecón de guardia en la planta, y un celador le pasó aviso, la chica de la 221 ha abierto los ojos, ha salido del coma, vete a verla, y fue a verla, estuvo con ella, habló cuatro palabras con ella, ya se había olvidado incluso de que aquella cara no le era desconocida; con su voz preciosa, áspera, rota, flor también doliente, le dijo, hola doctora, gracias por todo, con cuánta educación, con qué seductora inocencia, labios puros que besaban, sin carmín, el aire puro de la vida. Pero sólo un poco antes de irse a casa, en la hora de las visitas, la doctora cayó en la cuenta, de pronto, como si algo por dentro hubiese partido las tinieblas en dos y dejado paso a un chorro de luz. Fue cuando descubrió al lado de la accidentada a uno de los sicarios, a Charli. Sólo entonces pudo relacionarlo todo, se dijo, no puede ser, no puede ser. Y según contó luego, no supo si fue alegría o terror lo que sintió, sino sólo la paralizadora cercanía de la verdad.

Allí estaba el niño que la había tirado al suelo, también le tocó las tetas a ella, también le manoseó el culo delante de aquella chica, mientras ésta, con los brazos cruzados, le decía, joder Charli, maricón, te estás pasando, pero se reía, y luego él también le dijo, voy a follarte por puta roja, allí estaba, junto a la cama de su novia, y Charli vio a la joven doctora, la reconoció de inmediato, no tuvo que hacer ningún esfuerzo porque estaba har-to, estaba, decía él, hasta los cojones de que apareciera un día sí y otro también la puta foto de aquella tía en los periódicos, con sus chirlos, con sus hematomas delatores, que iba siendo hora de empezar a pensar en hacer algo con los periódicos, y se quedó también pálido como los labios de la dulce Begoña, y tembló, y todo él quedó desconcertado y medroso, y quiso borrar todo de su cabeza, sabía que aquel encuentro podía pasar, pero ya no podían remediarlo, se dijo, no me acuerdo de nada, no pasó nada, porque en cuanto vio a la joven doctora Mantecón comprendió que no pueden vivir en una misma persona la degradación y la tranquilidad, y escapó por la única puerta que hay en tales

casos: el olvido. Dijo, no la conozco, no sé quién es, no he visto esa cara en mi vida, yo no sé nada, y fue cobarde, pero tampoco supo que la cobardía era precisamente eso, ni que de todas las huidas la del olvido es la más vituperable, si podemos por una vez echar mano al glosario de lujo con esta palabra.

Sin embargo Esther no renunció, no fue necesario siquiera aferrarse a un recuerdo, él solo impuso el presente de manera dolorosa, cada uno de los segundos de aquella secuencia atroz se le presentó de golpe, supo quién era ella y quién era aquel miserable, porque empezó a temblar, a estremecerse de miedo, de modo diferente de como temblaba su torturador, se puso a temblar de frío, porque miedo y frío son una misma cosa, y salió corriendo a buscar a su novio, al joven doctor Fraile, de guardia también, en otra planta, para decirle, Luis, están aquí, los he visto, son ellos, y ella, que había llorado ya cuando les dieron la paliza, volvió a hacerlo de una manera desdichada, con sacudidas nerviosas, se le agarrotaron los músculos, lo que al final la dejó exhausta y, luego, desmadejada. En cuanto se recompuso algo, Luis y Esther llamaron al periodista que les había hecho el reportaje. Qué hacemos, preguntaron. No se fiaban de la policía.

Luego pusieron la denuncia.

Naturalmente, los acusados lo negaron todo.

Dijeron, aquella noche la pasamos en casa de Charli, pregunten allí, toda la noche jugando al póquer, y nos bañamos incluso en la piscina, dijeron, por la noche nos bañamos porque hacía mucho calor, nadie había olvidado todavía el calor de aquel verano, incluso rieron, qué disparate, confundirnos a nosotros, y declararon que después fueron a llevar a la chica a su casa, y entonces ocurrió todo.

Le preguntaron cómo era que si la chica vivía en la calle María de Molina y venían todos de la carretera de La Coruña, se habían metido en la M-30, y entonces el gordo, que era quien más recursos tenía, arguyó, porque antes queríamos ir a ver amanecer en el Cerro de los Ángeles, a las faldas del Cristo. Pero no se conformó, porque incluso contraatacó: ¿y cómo, si habíamos pegado a dos médicos del Primero de Octubre, a las cuatro íbamos a consentir que trajesen a la accidentada a ese hospital a las cinco, aunque fuese el más cercano?

Se reconstruyeron los hechos, los médicos acusaron al gordo, dijeron, uno de los desconocidos que vinieron en ayuda nuestra le rompió la nariz. Pero el gordo negó, dijo, me rompí la nariz en el accidente.

No habían visto a los médicos aquellos en su vida, juraron, no sabían de qué los acusaban, era todo un infundio, una calumnia, incluso exigían una reparación moral y pensaban poner una demanda judicial contra el periódico, ese periódico de mierda, porque se había atentado contra su honor, y todas esas zarandajas.

Así que pusieron la denuncia, y también ellos encontraron un periódico que los amparó; siempre hay un periódico cerca que niega lo que se dice en otro, de la competencia, en este caso uno que durante cuarenta años había adulado al Caudillo, y ahora hacía mojar la péñola a sus estilistas para firmar frases como la de “en un Estado de Derecho la presunción de inocencia es el pilar...”, o ésta, mucho mejor: “Nuestro periódico, que siempre se destacó en la defensa de los derechos humanos y las libertades democráticas, incluso en épocas no cómodas de nuestra historia reciente...”

La policía, viendo el donaire con que se desenvolvían Bego, Charli y los demás, y escuchada la declaración de los padres de todos ellos, empezando por los de Begoña, que ratificaron la de su hija, y que sí, que habían pasado la noche en casa de Charli, que se acordaban perfectamente, en vista de todo eso, levantaron los cargos, dieron carpetazo al asunto y pidieron perdón incluso. ¡La policía pidiendo perdón!, lo sentimos, y los miraron como hace el mozo de cuadra al señorito, solicitando benevolencia para su exceso de celo y venia para abandonar la escena, al tiempo que aprovecharon para despacharse a gusto con los médicos y sus abogados (también jóvenes y llenos de barbas, qué casualidad): ¿no sostuvieron en la primera declaración que no se acordaban cómo eran, ni cuántos, que no podían describirlos bien? Entonces, dijeron, ¿en qué coño quedamos? Así los despidieron, aire y a no acusar a la ligera.

Mientras tanto Begoña continuó en el hospital, y el periódico que había orquestado toda aquella campaña no quiso dar el brazo a torcer, y preparó su segundo, su tercero, su cuarto reportaje.

Dos de aquellos periódicos se enzarzaron incluso en su propia guerra. El primero puso en el caso a cuatro reporteros que debían seguir la pista a las bandas fascistas. Convencidos de la culpabilidad de aquellos pijos, pisaban el terreno, no obstante, con pies de plomo. Aquel se convirtió en un asunto que estaba irritando a demasiada gente, militares, ex-procuradores franquistas, banqueros, parientes próximos y lejanos... Lo que se jugaban era mucho: los abogados de Luis y Esther persistían en acusarlos de intento de asesinato, con toda clase de agravantes. Las penas no eran, desde luego, grano de anís.

En aquella evolución de la noticias, pues, Melero y Varilla, a quienes se denominaba como “la pieza clave”, pasaron a formar parte primordial de las investigaciones, y tanto periodistas como policías, aunque estos últimos no era seguro, buscaban una pista que condujese a ellos. No hay que recordar que infructuosamente hasta el momento. Se habían evaporado.

Aunque aquel día de la paliza Melero arrastrara a su amigo a La Perla en busca de una chica, primero, luego al Niarcho’s en pos de otra, la Dory, ésta, como venía ocurriéndole con tantas no quiso repetir con él, y entonces fue cuando empezó Melero a frecuentar a la Vicky.

Melero se encontraba a gusto con ella, al tiempo que Varilla vio la ocasión de venerar la peana por el santo, y pensó que iba a ser una buena manera de acercarse a Amed esa de hacerse también amigo de la chica, y alternar con ella.

Como Vicky los veía todo el día con periódicos, les dijo, majos, vosotros sois periodistas, ¿no estaréis haciendo un reportaje?

Y de repente Vicky cayó en la cuenta, tuvo la sospecha, la intuición, recordó al Morros y a su primo, y dijo, ¿no vendréis detrás de Amed, no querréis gastarle una putada, no vais a contar nada de él, de que si va a este sitio o al otro, que si bebe o deja de beber, que si ha hecho o dejado de hacer, o que si sale con ésta o la de más allá?

Era la perra a la que un raposo quería robarle los cachorros, no ya su propiedad, sino su misma sangre, antes de que Varilla ni Melero hubieran abierto la boca siquiera.

Melero le mostró las manos vacías de voltios muertos, porque las manos más tristes y en perpetuo sobresalto son las de un electricista, y observó, ¿te parecen a ti manos de periodista?, ¿tengo yo cara de chupatintas?, le dijo, y eso tranquilizó a la mujer, que se volvió y se fue, dejándolos con aquellos periódicos en que siempre estaban enfrascados.

A Melero le enterneció en especial un párrafo, aquel en que se leía: “Deben saber quienes de manera tan ejemplar y con irreprochable coraje, defendieron a personas indefensas del ataque salvaje y fascista de una banda de incontrolados enloquecidos, que no sólo defendían a dos seres humanos anónimos sino, encarnada en ellos, la idea misma de libertad, contando no sólo con la simpatía de todos aquellos empeñados en llevar adelante este hermoso y pacífico proyecto de democratización, sino también, llegado el caso, con todo el apoyo moral y jurídico, sin el cual...”, y así, cincuenta líneas más sin un punto para meter la respiración, por lo cual tampoco habría sido raro que alguno se hubiese asfixiado en el camino.

Pasada la emoción, Melero dijo, ¿y qué significa todo eso?

Varilla le explicó, Melero, están pidiendo que demos la cara, que nos presentemos y reconozcamos a esos mierdas.

Eso era en efecto lo que pedía el editorial, y lo pedían los dos médicos agredidos. La sociedad lo reclamaba. ¿Y la Historia? También lo pedía la Historia. Los médicos lanzaron sus mensajes con la misma ilusión que ponen los naufragos en las botellas vacías. Decían, queremos hacer saber a los que nos defendieron, si leen estas líneas, que hace un mes tal vez salvaron nuestras vidas, pero que hoy pueden salvar la democracia.

Joder, Varilla, ¿eso dice?, preguntó Melero. Eso mismo, contestó su amigo. Melero pensó en la chica de los labios rojos, se rasgó el cogote y luego agregó, Vari, conmigo que no cuenten. No hay más remedio, Melero, le rebatió aquél, en realidad, dijo, no tenemos más cojones que ir, vamos a la comisaría, e hizo un ademán de levantarse, dejar la copa como estaba y salir en busca de la primera comisaría. Pero Melero no lo dejó terminar, y zanjó aquella discusión: yo no.

Mira un poco más allá, Vari, tienen una huelga, los esperan, van a darles un par de hostias y aparecemos nosotros, y ahora somos nosotros los que tenemos que salvar la democracia. Y una mierda, insistió, es su huelga y es su problema. ¿Te resuelven a ti los problemas? Cuando te quedas sin trabajo entre película y película, ¿viene nadie a echarte una mano? Pues entonces. Una cosa es salvar a dos panolis de la paliza de unos hijoputas, y otra bien diferente salvar la democracia. A la democracia que le den por el culo. Yo he sido toda mi puta vida (y decía mi puta vida por lo mismo que decía mi puta madre) un demócrata, con Franco o sin él, porque los pobres no pueden ser otra cosa. Ahora que no me vengan con gaitas.

Todo el mundo, sin embargo, Varilla y Melero incluidos, todos, qué equivocados andaban. Habían sucedido las cosas de modo har-to más sencillo, ni siquiera había política de por medio, política tal y como la entendían unos y otros.

La tarde de los hechos, para usar la jerga policial, es decir, la tarde del viernes, había quedado el gordo, de nombre Gustavo, Gus, con dos amigos suyos y la novia de uno de ellos, para hostiar rojos. Doroteo, llamado Teo, el del parche, Carlos, llamado Charli, y Begoña, llamada Bego.

Vamos a hostiar a unos cuantos rojos. Eso dijeron. Tampoco era la primera vez. Era un deporte. Ya habían despellejado rojos en Argüelles, en Moncloa, en Claudio Coello. Vamos a untar a ese par de rojos, dijeron en cuanto vieron a dos que salían de un recital de

un puto cantautor rojo. Míralos, qué monos, como cucarachas dijeron al verlos salir del teatro Albéniz, detrás de Sol. Y eso hicieron, escogieron a dos y los siguieron. Estos se metieron luego en un café. Un café también de rojos. Pero los otros sabían esperar, metidos en su Morris nuevo, eran pacientes cazadores en el ojeo. Podían haber sido otros. No pegaban a mujeres solas. Mujeres y hombres juntos sí, y hombres solos, también, pero mujeres solas no. Eso era una canallada. Eran gilipollas, llevaban el carnet de rojos en la jeta, ¿por qué se dejaban aquellas barbas? ¿Por qué se ponían aquellas gafitas a lo Trotski? No eran más que unos provocadores. Se estaban envalentonando. Aquello había que atajarlo.

Era emocionante, los excitaban, se cagaban de miedo. Sin decirles nada ya se habían cagado de miedo, les temblaba la voz, se les doblaban las rodillas en cuanto veían a los escuadristas. No eran fascistas. Se meaban de risa cuando los llamaban fascistas. Eso estaba bien para Blas Piñar, Girón y compañía. Buenos chicos, pero blandos. Ellos eran escuadristas. A veces Begoña intervenía, pero muchas se quedaba al margen, le habría jodido mancharse los guantes. Los había comprado en Londres. Los llevaba puestos siempre que salía. A los tíos los acojonaba verla con los guantes negros. Un día a uno, ¿os acordáis?, un tío maricón, lo agarré por los huevos y se los retorcí; qué risa, decían luego, se cagó por la pata abajo, todo el paquete, y Begoña, la dulce niña de los labios rojos, volvía a cerrar el puño en el aire, y lo hacía girar como si arrancara una cabeza de ajos de su ristra, así, y rememoraba aquel día en que le reventó un testículo a Marcel Flores Enciso, que presentó denuncia correspondiente, sin mayores consecuencias, porque fue ésa una noticia que tampoco tuvo la suerte de aparecer en los periódicos, ya que aquel hombre ni siquiera era médico, no era más que camarero, alguien que volvía a casa a las tres de la madrugada, camarero de un bar de progres, con su barbita y sus gafitas de montura dorada y sus bucles angelicales de color panoja cayéndole sobre los hombros, y su pacífico fular de tela india que se le enroscaba al cuello, testigo de todas sus noches de amor.

Eso era lo que hacían los sábados por la noche, o los viernes, mejor, el día en que Begoña decía a su madre, me voy a estudiar a casa de Ana, volveré tarde, y en realidad se perdía en su ronda nocturna, y terminaba siempre con su novio, Charli, follando en el coche, en la Cuesta de la Vega, viendo amanecer, los hermosos amaneceres de Madrid, en silencio los dos, antes de volver a su casa, o en el Cerro de los Ángeles, también de madrugada, esperando la imagen simbólica de la salida del sol, no donde el Cristo, sino un

poco antes, por respeto, a veces solos, a veces con Javi y la novia de éste, otros dos escuadristas a los que sin embargo no era fácil arrancar de la autoridad paterna por las noches, y follaban los cuatro en el mismo coche, cada cual a su aire, no lejos de aquel Cristo que tanto había padecido con la apostasía de Rusia.

Aunque de todo eso no hablaran en el periódico, con lo publicado Varilla tuvo suficiente para decir, una película, Melero, eso sí que es una película, y no las que tú y yo hacemos.

A la semana fueron asesinados en el País Vasco dos guardias civiles, y al día siguiente otros fachas entraron en un bar de la calle Isaac Peral y pegaron a todo el mundo, dieron los gritos de rigor y se largaron.

Hacía una semana habían apaleado a uno en el Retiro. Le habían abierto la cabeza con barras de hierro, y se debatía entre la muerte y la vida, declaraba el periódico y repitieron los médicos: hay que poner fin a todo esto, hay que pararlo. Era el momento.

Vamos, insistía Varilla, tenemos que ir.

No encontró Varilla la manera de convencer a su amigo. ¿Más manos? Es verdad lo que dicen en el periódico, es importante que las cosas no sean como antes. Es importante, sí, pero tú y yo hemos hecho más que ninguno, que todos esos periodistas. Nosotros nos hemos jugado la vida, a mí casi me pegan un tiro, casi nos matan, y piden ahora que demos la cara. No. Ya hemos cumplido. No me fío. Esos siempre están a tiempo de rematar la faena.

Pasaron los días y siguieron porfiando los dos amigos, pero todo quedó definitivamente decidido cuando Melero leyó la descripción que de él hacían los periódicos, a partir de las declaraciones de la doctora, porque en aquel momento el doctor no estaba para fijarse en nada: “Uno delgado, decían, de pequeña estatura y musculoso, y otro de complexión atlética (eso le gustó, en cambio), con gafas de muchas dioptrías y cara granulenta.” Fue cuando Melero dijo: va a ir su padre a denunciarlos.

Pero Varilla no dio el brazo a torcer. Por fin, para quitárselo de encima, a Melero se le ocurrió el argumento milagroso: si vamos es como si renunciáramos a entrar en televisión. Eso, adiós. Varilla, que no había pensado en esa posibilidad, dijo, joder, no había caído. Tienes razón. Y no volvieron a tocar el asunto.

Estaba convencido Melero de que en España todo seguía conectado y que bastaba que en una parte se produjera un cortocircuito, para que no hubiese luego manera de restablecer fluido.

El hecho era que habían convocado unas plazas de electricistas, carpinteros, cámaras, ayudantes de producción y realización.

y ellos dos habían echado una solicitud para entrar en televisión como eléctrico uno y ayudante de realización el otro. El cine, Varilla, le había dicho Melero con la desolación que proporcionan siempre las causas perdidas, ya no da para más. Si tú sales ahora en los periódicos y denuncias a esos fachas, despídete de todo, Varilla, nos quedamos sin cine, nos quedamos sin televisión y nos quedaremos sin nada. Esos siguen siendo todos los mismos, todos falangistas. Están todos en el somatén, hazme caso.

Y de eso era justamente de lo que hablaban cuando Vicky se acercó a ellos y les dijo, qué solos estáis, qué serios, parece mentira, majos. Y pidió dos gin tonics más y un whisky para ella, y empezaron a hablar para no pensar en nada.

No, no se iban a presentar. Lo sentían, lo sentían mucho. Melero habría querido ver a la chica de los labios rojos, cómo sería a la luz del día, cómo la afectaría una acusación de intento de asesinato, cómo ella sería entonces la víctima del pánico, del terror, de la desesperación. Era muy raro, porque pensaba cosas contrarias al mismo tiempo.

Esa noche bebieron mucho, y Melero le preguntó en voz baja a Vicky que si se iban juntos, mientras Varilla decía una y otra vez que estaba hasta los mismísimos, y empezó, ya borracho, a contarle a la chica los tiempos gloriosos en que había trabajado en el rodaje de *Campanadas a medianoche*, y que aquello eran tiempos para gigantes, y que ya nadie sabía qué eran los gigantes ni la madre que los parió.

Un poco más allá había un individuo oscuro, con las piernas torcidas sobre el taburete, que oía sin querer la conversación, se volvió y dijo con la lengua pastosa de los borrachos: yo he sido un gigante. Fue entonces cuando Varilla se percató y dijo, joder, si tú eres Amed, ¿no te habías ido?, y Amed se encogió de hombros.

Bebieron Varilla y Amed por los viejos tiempos, por los tiempos gloriosos, por las camaradas a medianoche y las campanadas del ring, brindaron porque los tiempos heroicos habían dejado de existir y sólo quedaban tiempos oscuros, malolientes y angostos, como aquella puerta del fondo, que cubría un guñapo a modo de cortina, tras la que se perdieron camino del tercer piso Vicky y Melero para veinte minutos, a mil quinientas[...]



# CLARA SÁNCHEZ

(Guadalajara, 1955)

*Desde el mirador*, Madrid, Alfaguara, 1996.

*Es Licenciada en Filología Hispánica por la Universidad Complutense y ha impartido cursos en diversas universidades.*

*Entre sus novelas destacan* Piedras preciosas (1989), No es distinta la noche (1990), El Palacio Varado (1993) y Desde el mirador (1996):

*Ha colaborado en los libros colectivos* Madres e hijas, Cuentos de Cines, y *Aquel verano, aquel amor*.

*Entre sus relatos merecen citarse* Terciopelo negro, Largo atardecer, La noche amaericana, Cien monedas de oro, Volver a casa, El verano se acaba...

*La novelística de esta autora, según la crítica, «está impregnada de expresividad, emoción y sabiduría».*

*Desde el mirador es un paseo necesario de la protagonista por la desolación para saber quién es entre los demás y para llegar a la aceptación de la vida y al profundo deseo de vivirla tal como es. Este itinerario o recorrido interior se corresponde a veces con un recorrido exterior por diversos lugares de Madrid, como la glorieta del Atocha, la calle Arenal o la Plaza de Oriente.*



## *DESDE EL MIRADOR*

[...]

¿Quién soy yo? Es una pregunta que debería haberme hecho hace tiempo. A veces la rutina le borra a uno los límites y sobre todo el amor, que te crea la ilusión momentánea de que eres el otro, de que puedes pensar con su cabeza y sentir con su corazón. Sus preocupaciones pasan a ser tuyas y sus odios también. Se produce mucha confusión de identidad en la dimensión del amor y lo más difícil, cuando poco a poco sales de ella, es volver a restablecer los límites naturales.

Estoy segura de que uno de los mayores riesgos psicológicos y emocionales que corremos los seres humanos consiste en mezclar nuestra persona con otra persona y entrar así en la extraña dimensión. Estamos dotados para hacerlo y lo desencadenamos como un juego y a cualquier edad, y nadie lo ve peligroso. Sin embargo, a algunos les resulta difícil regresar, y otros ni siquiera regresan. Pero todos deseamos probarlo.

Necesito ratos de felicidad para vivir. Me vuelven cuerda y útil. La simple felicidad de un momento de armonía y equilibrio, de pensamiento sin ataduras, de libertad. Tal vez la felicidad sea superior al amor.

Y ¿quién era Mario? Nunca podré describirlo con claridad. Todo lo que conozco de él está en relación conmigo. Tampoco me interesa fuera de mí. Sólo sé con certeza lo que puede saber cualquiera: es de mi misma edad, es corresponsal de un periódico y tiene prisa.

Un mediodía lluvioso de este mismo invierno me dejé llevar por la debilidad y le pedí:

“Quédate conmigo.”

Me dijo:



“Me quedaría, pero necesito estar en el mundo. Lo comprendes, ¿verdad?”

“Lo comprendo. Aunque algún día esto habrá terminado y no lo habremos tenido del todo.”

Me estrechó contra sí y dijo: “No pienses tonterías”, al tiempo que recogía del suelo su bolsa de viaje y se la echaba al hombro junto con la gabardina. Ya estaba en el mundo.

Entre el agua que corría por el cristal de la ventana, vi su coche alejarse y alejarse. Fue entonces cuando pensé que tal vez lo que había entre nosotros sólo lo ponía yo y también que otro día se marcharía para siempre y que yo no movería un dedo, ni diría una palabra, ni me quedaría contemplando cómo se iba. Mi hija estaba en el cine. Día tras día su vida se iba llenando de planes cotidianos, de amigos, de nuevos gustos y de sus propios ratos de felicidad con el correspondiente sol y la correspondiente oscuridad. Pensé que hasta ahora había crecido mirándonos y en lo que habríamos dejado nosotros en sus ojos.

Le escribí una nota, cogí la gabardina, como había hecho Mario un rato antes, y después el coche y me interné en la carretera entre trombas de agua. Oía sus sacudidas en el capó. Era una temeridad circular sin necesidad con semejante aguacero, pero también tenía la agradable sensación de escapar y de tener mucho espacio por donde hacerlo. El campo se sucedía encharcado en los tramos en que podía verse y de vez en vez alguna gota me caía en el brazo, fría, directamente desde las nubes. Era sábado por la tarde y cuando la ciudad se abrió en el horizonte exhibiendo sus edificios grises y rojos, no había decidido adónde dirigirme, y me encontré haciendo el recorrido habitual hacia la calle Arenal.

Fui andando hasta allí después de aparcar cerca de la Plaza de Oriente. La lluvia había amainado y entré en un café donde me conocían. Pedí una cerveza y una cajetilla de tabaco a pesar de que últimamente no fumaba. De inmediato me fijé en que los camareros no eran los de diario y no sabían que trabajaba casi enfrente y que, con frecuencia, desayunaba y comía donde estaba sentada. La clientela tampoco era la del resto de la semana. Me encontraba, por tanto, en un lugar cualquiera que era la réplica de otro cargado de extraordinaria familiaridad. La tarde se paralizó un momento y se separó de mí unos pasos como si se hallase en otra parte y sólo la entreviese. Por eso creo que busqué una excusa para salir de allí, cruzar la calle y subir a las oficinas.

Al abrir el portal, entré en un vago y conocido olor a humedad y en las sombras incompletas de vidas de ocho horas al día. Como

siempre, el patio interior se quedó a la izquierda, esperando que alguien se desviara del camino a los ascensores y lo visitase.

Aunque no me gustaran, las oficinas estaban en mi forma de vivir y subí las escaleras y las recorrí despacio.

Al pasar por el despacho de Gamboa, oí su respiración junto a ruido de papeles. Estaba sentado tras la mesa con las gafas puestas. Era la primera vez que lo veía sin traje, en su lugar llevaba pantalones vaqueros y una camisa corriente que le daba un aspecto más informal que el ordinario. Los dos nos precipitamos a justificar nuestra presencia. Él dijo clara y llanamente que algunos días festivos prefería meterse en las oficinas al aburrimiento de quedarse en su casa. “Vivo solo, ¿sabes?”

Se trataba de una situación atípica puesto que él nunca había bordeado mi vida privada ni yo la suya. Por mi parte expliqué que había subido a recoger un libro. “Debe de ser muy importante”, añadió él. “Sí, mucho, quería leerlo este fin de semana”, contesté yo. E interrumpiendo el orden esperado en una conversación no me preguntó por el título. Me marché enseguida porque, tras tanto tiempo de una relación estricta y exclusivamente profesional con Gamboa, no deseaba en absoluto entrar en lo personal.

Los días eran cortos, y cuando pasé de nuevo por su despacho hacia la salida, la luz estaba encendida y él miraba absorto por la ventana.

Volví a cruzar la calle. El café me pareció más animado. Mi mesa anterior estaba ocupada y me senté en otra que no daba al exterior. Me pedí una cerveza y una ensalada. Comí y bebí despacio y llamé a casa una vez por teléfono, pero salió mi propia voz en el contestador y colgué. La calle medio iluminada se veía al fondo y estuve un rato atenta para ver pasar a Gamboa. No lo vi. Me di cuenta de que no había llegado a abrir el libro y al rato me levanté y salí. Se habían encendido definitivamente los escaparates y los anuncios y caminé despacio hacia la Plaza de Oriente.

Me sentí extrañamente aliviada al verme en el coche. Había dejado de llover y el firmamento estaba estrellado. La carretera se hundía en la profunda humedad de la noche y, por un instante, la libertad, no la mía, ni siquiera la humana, sino la del universo, me acogía en su seno pacífico, oscuro y azulado.

El domingo amaneció sin sol y con el cielo cubierto de nubes, el aire era gris y estaba quieto. Si el alma se pudiera ver, la mía aquella mañana hubiera sido así. Estoy convencida de que cuando uno está relajado o cansado el alma continúa actuando y pensando. Ella sabía lo que ocurría por encima de los pequeños ratos de felicidad y no olvidaba incluso en los pequeños ratos de olvido. Mientras leía aquel li-

bro que me llevaría al menos otra semana terminar, el alma reflexionaba sobre la preocupación, o sea, sobre el hecho de tener una piedra en medio del cerebro que no deja fluir el agua con naturalidad. Una piedra que obstruye sólo significa que impide. Una preocupación en el centro del día impide la libre circulación del aire y de la luz. La preocupación por Mario hacía que a veces me perdiera cielo azul y rostros que pasaban y la asombrosa y liberadora monotonía.

Por la tarde llovió un rato mientras seguía enfrascada en la lectura. Mi hija entró corriendo de la calle y abrió y cerró armarios y cajones, se quejó en voz alta por algo que no encontraba y finalmente se aproximó a mí y me preguntó si había llamado Mario.

Cuando despejé, salí a dar un paseo por los alrededores. De los canalones y de las hojas de los árboles caían gotas de lluvia retenidas. Se respiraba bien, el aire frío y húmedo entraba y salía, con cierto placer, por los pulmones. Este día estaba tan perfectamente hecho como el anterior, y el siguiente estaría tan perfectamente hecho como éste. Entonces me concentré en el contacto del aire con las paredes de los bronquios y casi me dolieron.

Al invierno lluvioso, que duró tan sólo unos días, le siguió otro más seco con intermitentes y pequeñas heladas. En conjunto fue un invierno melancólico en el que la gente parecía dejarse entristecer suavemente. Después del trabajo me agradaba callejear antes de recoger el coche para regresar a casa, o bien conducía hasta los bulevares y me tomaba una cerveza en algún sitio cuidando de no pensar con la cabeza sino con los ojos porque los ojos se encargaban de todo, y yo podía despreocuparme de mi propia imaginación.

Las ausencias de Mario eran cada vez más largas. Y empezó a enviar telegramas en lugar de llamar por teléfono. Fue la época en que comprendí que supondría un esfuerzo titánico traerlo de nuevo a esta casa de las afueras de Madrid con un pequeño jardín del que sobresalía la copa desmesurada de un árbol, un lugar inconcreto, casi de paso, desde el que se oía el tráfico de una autopista. Me estaba dando cuenta de que esta casa desde la que yo veía el mundo no estaba en el mundo. Y pensé: que se vaya.

También fue la época en que lo que no sabía sobre él comenzó a cobrar mucha más importancia que lo que sabía, y desapareció por completo la ilusión de un horizonte despejado.

Era una mañana helada, y oí el golpe de una bolsa al caer en el suelo del vestíbulo. Lo registré como uno de los sonidos de Mario. Dentro de la confusión general tenía una cosa clara y era que

este Mario que yo veía últimamente estaba en lugar del verdadero Mario. Por eso no recuerdo la atmósfera del encuentro ni mucho menos los detalles. Sólo esto: manchas marrones en el jersey y en los pantalones. Le pregunté si eran de sangre y me contestó que sí. También tenía sangre seca en la cara. Creo que el frío siempre ha sido una constante en mi cuerpo, como si el más mínimo calor tuviera que venirme de fuera. Y a través de este frío, veo algo más: a mi padre que regresa de un viaje y me encuentra en la calle. Miro atarida cómo camina hacia mí. Llevo un jersey de lana azul añil, y el aire cala el punto del jersey y me llega al pecho, atraviesa los huesos, se mete en los pulmones y en el corazón. Tengo la misma edad que ahora mi hija. Observo que mi padre lleva en la camisa blanca y en la corbata oscura unas gotas que parecen de sangre, y que me sonrío forzosamente. Con un brazo me coge por los hombros. Colgando de la otra mano, lleva la cartera. Nos dirigimos a casa. Era la época en que aún no había entrado en juego la operación de recordar.

Seguí a Mario al cuarto de baño y pregunté:

“¿Qué ha ocurrido?”

El contestó con una sonrisa forzada, y eso me llamó la atención.

“Un accidente. Nada de importancia. Aquí hace demasiado calor, ¿no te parece?”

Estaba dispuesto a no aclararme nada.

“¿Cómo que no tiene importancia? ¿Y la sangre?”

“¿Qué sangre?”

“La de la cara y el jersey”, dije con debilidad, desconfiando de lo que había visto.

Puso su brazo alrededor de mi cuello y me besó.

“La sangre es muy aparatosa. Te cortas en un dedo y da la impresión de que te han acuchillado.”

Y me preguntó por nuestra hija, que todavía dormía. Anduvo hasta el vestíbulo seguido por mí, puso la bolsa en la mesa, tiró de la cremallera de un lado a otro y sacó un regalo. Luego se dirigió hacia los dormitorios con paso sigiloso, y yo me pregunté ¿para qué saber? ¿Sirve siempre todo lo que se sabe? El que yo conociera la realidad no cambiaría la realidad, en cambio sí podría enturbiar este día perfecto en sí mismo, del que no habría otro igual para ninguno de los tres ni para nadie en el mundo.

Se quedó una semana y cuando se marchó volví con mayor intensidad al lejano sonido de la autopista, al trabajo en las oficinas, a los paseos por Madrid y a la atención de la rutina, que acaba teniendo la forma de uno mismo.

En el café de la calle Arenal lanzaron un menú de mediodía, de gran calidad, a buen precio. Lamentablemente a unos cuantos empleados de las oficinas les gustó y empezaron a frecuentarlo. Uno de aquellos días, al entrar, vi sentado a Gamboa y no pude rehuirlo. Me quité el abrigo negro de paño y lo colgué en el perchero frente a mí, junto al tres cuartos de piel marrón de Gamboa. Hablamos del frío y de que tal vez nevase. Le comenté que la mesa que él había escogido era mi preferida porque estaba pegada al ventanal y se podía ver un buen tramo de calle. Ahora, con los codos apoyados en el mantel blanco, veía algún que otro rayo de sol debilitado dorando el mediodía. Entonces Gamboa, sorprendentemente, pronunció las siguientes palabras: “También era la mesa preferida de Cati. No sé si la recordarás. Hace trece años que abandonó inesperadamente las oficinas sin cobrar siquiera la liquidación”. Yo miraba el abrigo de paño, donde me reconocía. Sabía que en los bolsillos había dos entradas de cine cortadas, billetes de autobús y monedas sueltas. Él, a su vez, había clavado la vista en la transparencia fría y soleada. Le respondí: “La recuerdo perfectamente. Fue la persona con la que más me he relacionado en las oficinas”.

“Ya”, dijo él con los ojos vagamente pensativos.

“En comparación con nosotros, trabajó aquí muy poco tiempo”, aduje de inmediato sin saber a qué parte de la conversación me dirigía.

“Lo suficiente”, dijo lentamente, como un barco que se separa del muelle donde esperaba yo, nuestra conversación y el calor de dentro rodeado del frío de fuera.

A continuación yo debía preguntar por el sentido de estas últimas palabras, pero no lo hice, en su lugar le conté que una tarde de su ya lejano último invierno con nosotros, traje a Cati a este café y nos sentamos en esta misma mesa. Le dije además que siempre me animaba a “vernors lejos de aquí”, según expresión suya, y que, por eso, en el verano del mismo año pasamos juntas las vacaciones en la Costa del Sol.

Aunque hablar de lo ocurrido años atrás suponía más que nada convertir la vida en historia, sentí la leve aprensión de que Gamboa se me tornara próximo y dejara de ser una incógnita para mí. Por el contrario, en la situación actual, de morir él cualquier día, yo no perdería su imagen ni tampoco un ser querido.

Durante el segundo plato me interrogó sobre el mencionado veraneo. La calle se había calmado. Había perdido la lozanía de la mañana y se empezaba a cargar del peso de la tarde. Le dije que en el transcurso de aquellas semanas de playa ella podía saber los pasos que yo daba a lo largo del día y no al revés, que de pronto desaparecía varios días y nunca explicaba dónde había estado y que tal comportamiento podía volver loco a cualquiera.



Gamboa hizo ademán de despojarse de la chaqueta del traje, negro, que era su color más usado en invierno, y se detuvo. Me fijé en que apenas había tocado el pescado. “En algunas de aquellas escapadas fue a verme a mí”, dijo.

Digamos que fue una sorpresa vieja que ya no pertenecía a lo vivido ni al presente. Este tipo de novedades casi siempre decepciona. Gamboa continuó informándome de que Cati había repartido las vacaciones entre él y yo, pero que seguramente algunas de las salidas no las conocíamos ninguno de los dos, y añadió: “Nunca he pensado en ella con la razón, sino más bien con el desasosiego. Era enigmática o desconcertante, no sé”. Me concentré de muy buen grado en el pastel de hojaldre, e intuí, sin ningún afán de intuir, que en realidad la vida de Cati no tenía ningún misterio.

Gamboa tampoco tocó el pastel, que para mí era el mayor atractivo del menú, y no pude por menos de preguntarle si se lo iba a comer. Pareció salir de un sueño y me alargó el plato con una mano blanca y delicada. “Me enamoré de ella –confesó–. Y no ha vuelto a ocurrirme más”.

Gamboa sí había tenido un verdadero secreto, el secreto de su deseo.

Cati había dudado ante la petición de él de compartir su gran piso antiguo, no lejos de la calle Arenal. “Vivo solo”, dijo. Pero Cati, antes de comunicarle su decisión, se marchó sin dejar rastro. No obstante, él indagó mucho y todas las pistas la situaron en Brasil. “Querría saber por qué se fue de esa manera”, dijo Gamboa con un halo de abatimiento y después se pasó los dedos por el escaso pelo rubio.

“Creo que no existe ningún porqué”, dije yo, y nos levantamos. Me puse el abrigo y al cruzar la calle metí las manos en los bolsillos para comprobar si había dos entradas, billetes de autobús y monedas sueltas.[...]

[...] Por fin hubo una llamada de Mario. Me telefoneó a las oficinas casi a la hora de comer. Era lunes. Su voz sonaba lejana y débil. Parecía llegar de algún remoto lugar de mi cabeza en vez de algún remoto país del mundo. Le pregunté dónde estaba y me contestó que en un pueblecito cerca de Argel. Le conté la conversación con su periódico y su voz, medio inexistente, dijo algo que no entendí, después la levantó un poco más: “He perdido el pasaporte y no puedo salir del país”. “Espera –le rogué–, ¿qué les digo a los del periódico si vuelven a llamar?”. “No digas nada. Tú no sabes nada”, respondió. Y hubo un momento de silencio tras el que se interesó por su hija. Dijo que se acordaba mucho de ella. No dijo que se acordase de mí. Quise saber

si se encontraba bien y me respondió afirmativamente, que no me preocupara por él. Luego le interrogué por el pueblecito, y lo describió con casas blancas, mar de agua clara y, a menudo, una fuerte brisa. Casi cerré los ojos para poder captar mejor sus palabras, pero se fueron deshaciendo hasta que no hubo nada y colgué.

Fui a comer al café de la calle Arenal. Reconocí a algunos compañeros del trabajo, que me hicieron un sitio en su mesa. Hubiera deseado comer sola y no hablé prácticamente nada. Prefería concentrarme en la playa de Argel, en las casitas blancas, el oleaje verde y el cielo azul. Me producía una gran sensación de paz. No quise pensar en el pasaporte extraviado. Los líos de Mario me agrandaban el conocido agujero en el estómago por donde se me escapaba algo esencial y por donde entraba otro tipo de líquido que el cuerpo y la cabeza rechazaban. Aquel pueblecito me pareció un buen pensamiento.

Por la tarde le conté a mi hija desde dónde había llamado su padre. Lo buscó en el mapa y después lo dibujó.

El resto de la semana estuve muy ocupada. Mi madre me llamó una o dos veces a las oficinas. Me dijo con la voz más ronca de lo normal: “No me encuentro bien”. No presté atención a lo que oía y apenas la dejé terminar de hablar. Le expliqué que tenía mucho trabajo, que Mario estaba de viaje. “Me ha llamado del norte de África”, le dije. Tenía que ocuparme yo sola de la casa, de los estudios de la niña, de sus problemas. “No tengo ningún apoyo porque Mario siempre está fuera”, le dije también. Además no le iba muy bien en el periódico. Mi madre escuchaba callada y luego me dijo que esperaba que todo se me solucionara. No eran palabras banales dichas por decir. Eran la expresión del deseo profundo de que todo se solucionara. Cuando pronunciaba estas palabras estaba queriendo que me fuera bien. Tras ellas hubo un breve silencio como si también esperase algo para sí misma. No se lo di. Me despedí con prisa y con cierta frivolidad y con cierto egoísmo, que no voy a olvidar. Ella, sin embargo, dijo adiós con este nuevo tono de voz, que ahora tenía, que se introducía por el oído al cerebro y del cerebro al dolor.

Ni a mi madre ni a nadie le dije que me estaba desvaneciendo en el aire de Mario, del mismo modo que Gamboa existía desvanecido en el de Cati. Es increíble la poca cosa que se puede llegar a significar en relación con otro y al contrario, lo demasiado importante y engañosamente imprescindible. Parece inevitable esta pregunta: ¿qué he perdido en

todos estos años? Y esta otra: ¿qué he ganado?, cuando, pensándolo bien, ni ganar ni perder son palabras que tengan mucho sentido.

Al salir de las oficinas vi a una pareja de jóvenes que se abrazaba y se besaba. No quería mirarlos, pero los miré e intenté interpretar sus sentimientos con los míos: lo que hacían lo sentían con tanta facilidad que no parecía importante. Y no lo era. Porque seguramente no necesitaban pensar en su intensidad y apenas perdería como un recuerdo agradable. No siempre se medita en lo que se está sintiendo, nada más que en los casos en que no se ha tenido o se ha perdido o se ha buscado. Si pensaba tanto en Mario era porque lo que yo hacía no lo sentía como la pareja de jóvenes, sino con la tremenda dificultad de la incertidumbre y del presente vivido.

Sin duda yo tenía la culpa de mi situación por la tendencia a hacer permanente lo que toco. Lo había hecho permanente a él en mi vida y llevaba sola esta tarea a cuestas. El amor empezaba a cansarme.

Por eso, cuando a la semana siguiente Mario volvió a telefonear, no expresé alegría ni interés. Le dejé hablar. Todavía estaba en Argel a la espera de que le resolvieran el papeleo. “En estos sitios todo va muy lento”, dijo, y me pareció que Mario, que era tan intranquilo e impaciente, estaba muy sosegado. Me preguntó por el periódico. Le dije que no habían vuelto a llamar. Detuve en la punta de la lengua la pregunta de si él se había puesto en contacto con ellos. No quería interesarme. Y, en lugar de interesarme por su cosas, le dije: “Mi madre no está bien de salud”. Me lo imaginaba con el mar verde a su espalda y la brisa abombándole la camisa blanca de manga corta, que le gustaba llevar en verano. “¿Qué le ocurre?”, me preguntó. Y le contesté que no lo sabíamos con certeza. “Siempre que me llama me dice que no se encuentra bien”, añadí. Me dio su número de teléfono en Argel, pero yo no tenía nada a mano con que escribir y no tomé nota. Nos despedimos y colgué fingiendo, conmigo misma, un gran desinterés.

Empecé a sentirme insegura, quiero decir, con una nueva inseguridad, como si me rondara una sombra. Ahora creo que presentía el abismo al que se aproximaba mi madre. Fue una época confusa. Después, el sufrimiento todo lo volvió nítido. Y pensé: “He aquí la verdad”.

La verdad consistía en lo que no podía parecer otra cosa distinta a lo que era porque se percibía con total certidumbre, con una

lucidez insoportable y porque esto que se veía y se sabía no era pensado sólo con la cabeza sino con cada músculo del cuerpo y cada hueso y cada vena. La verdad era real hasta el límite de lo real.

Cuando has sentido la verdad, ya nada te puede engañar porque no llamas engaño a cualquier cosa.

Antes de la crisis de mi madre, lloraba algunas noches. Me acostaba y no podía dormir. Sentía la ausencia de Mario, pensaba que no tenía su compañía e inmediatamente al pensamiento de Mario se superponía el de mi madre, como si continuara siendo la madre de mi infancia que todo lo veía, lo sabía y lo comprendía. Me ponía en sus manos irreales (puesto que era improbable que me pusiera en las reales, o sea, que me sincerara con ella). Esta imagen de mi madre, que cubría todas las imágenes y toda la noche negra, ya no era joven. Era fuerte, por ser anterior a mí misma, y a la vez débil por su delgadez y sus ojos hundidos. Era permanente en mi vida y a la vez no consistente como si la noche la disolviera a ella o a mí. La noche uniformadora me impedía distinguir. La noche era un desierto, no tenía límites. Y la soledad era un desierto o una noche. En ese espacio desmesurado no veía a nadie más que a mí. Y entonces le pedía a la madre fuerte que lo iluminase y pudiese distinguir también a otros.

Sin querer, sin proponérmelo, se ha abierto paso la sensación de soledad. Pensar en este asunto me da pánico. Estar solo puede ser un alivio. Sentirse solo tiene que ver con la desesperación. Es un estado infernal. Se podría hacer una buena estadística con la soledad de los ancianos, de las amas de casa, de los niños o de cualquiera.

En la estadística a mi madre se la clasificaría como ama de casa. Cuando yo tenía seis años la oía canturrear mientras hacía las camas. El sol entraba sin obstáculos en las habitaciones. Entonces la luz radiante y su voz se mezclaban en mi cabeza y me entraban enormes deseos de aprovechar el día.

La colada en verano se hacía fuera de la casa. El sol se estrella contra las montañas de ropa y los brazos desnudos de dos mujeres que también canturreaban en la gran pila del lavadero. Durante toda la mañana se oía el chapoteo del agua en medio del calor.

En invierno, siempre me dolía un oído con unas punzadas tan agudas que me hacían llorar. Por la noche, la fuerte luz de la cocina penetraba por el oído enfermo como un cuchillo.

Entonces vivíamos en una casa de campo grande con muchos sitios donde estar uno a solas si quería. De la mañana a la noche veía flores del tipo margaritas y amapolas, y oía diferentes clases de pájaros. Ningún niño de seis años puede tener nada mejor. Cuando recuerdo aquella época no puedo evitar pensar en mí porque en-

tonces aprendí a ver lo que ahora me devuelve un bienestar intemporal. Pero, en realidad, en quien quiero pensar es en mi madre porque no estoy segura de que parte de mi sentimiento de soledad de ahora no corresponda a su soledad de entonces.

No era una campesina. No le gustaba el campo. Lo que le gustaba era hablar con la gente, y allí vivíamos bastante aislados. Tal vez era demasiado joven para estar ya casada y tener hijos. Pero probablemente no lo sabía. No sabía qué le ocurría. No recuerdo con exactitud en qué fecha dejó de canturrear, aunque fue antes de marcharnos a la ciudad. En el campo debimos de vivir unos dos o tres años, de los que no le agrada hablar. Mientras yo era feliz, ella era desgraciada. Seguramente allí empezó a sentirse sola. Y uno, a pesar de que sea un niño, acaba dándose cuenta. Acaba percibiendo el gesto de aislamiento.

En la ciudad vivíamos en un piso céntrico y se puede decir que grande. Mi padre comenzó a viajar. Casi toda la semana la pasaba fuera. El colegio estaba cerca. Yo tenía ocho años. Una tarde, al salir de clase, en lugar de marcharme a mi casa, me fui a la de un compañero. Las horas volaron hasta que me di cuenta de que se había hecho de noche. Regresé corriendo, orientándome como podía porque la oscuridad borraba la fisonomía de las calles, y la luz de las farolas las dibujaba de otra manera. Me daba la impresión de que llevaba corriendo varios días y que nunca iba a encontrar mi casa, aunque lo más terrible era mi madre esperándome. Sudaba bajo un jersey de manga larga. No era ni invierno ni verano.

Por fin vi el número treinta con su enorme puerta negra de madera. Me crucé con la hija mayor del portero, que a veces nos cuidaba, y no me dijo nada. Eso era tranquilizador. Seguí corriendo escalera arriba, con el corazón en la garganta y llamé al timbre. Y no hubo tragedia. Mi madre, con aire ausente, me hizo entrar. Estaba seria o triste, pero no me dijo nada. No entendí si era una forma de castigo, si en realidad no se había llegado a preocupar, ella que se preocupaba por todo. O si, sencillamente, estaba cansada, harta de preocuparse, de esperar y de “estar sola con tres niños pequeños”, como ha repetido a lo largo de los años.

Se le podría reprochar que no hiciera más amistades, que no fuera más sociable y que mi casa no estuviera siempre llena de visitas y ella más entretenida. Se le podría reprochar que no endulzara su situación de alguna manera. Creo que yo se lo he reprochado toda la vida. Su situación, endurecida por la claridad de su aceptación, la abocaba a la soledad. Y la soledad puede que opte por entrar en uno cuando uno ya se ha acostumbrado a estar solo.

De todos modos, mi madre tenía familia, amigas, y mi padre, en la época en que viajaba, venía a casa los fines de semana, y cuando vivíamos en el campo estaba siempre y cuando dejó de moverse también. Sin embargo, la aceptación de estar solo va creando cerco de aislamiento y mirada de aislamiento y se es capaz de traspasar el umbral de la soledad aun rodeado de gente. Así la veo la mayoría de las veces que pienso en ella. De todas sus formas de estar en la vida, ésta fue la que primero seleccionó mi entendimiento.

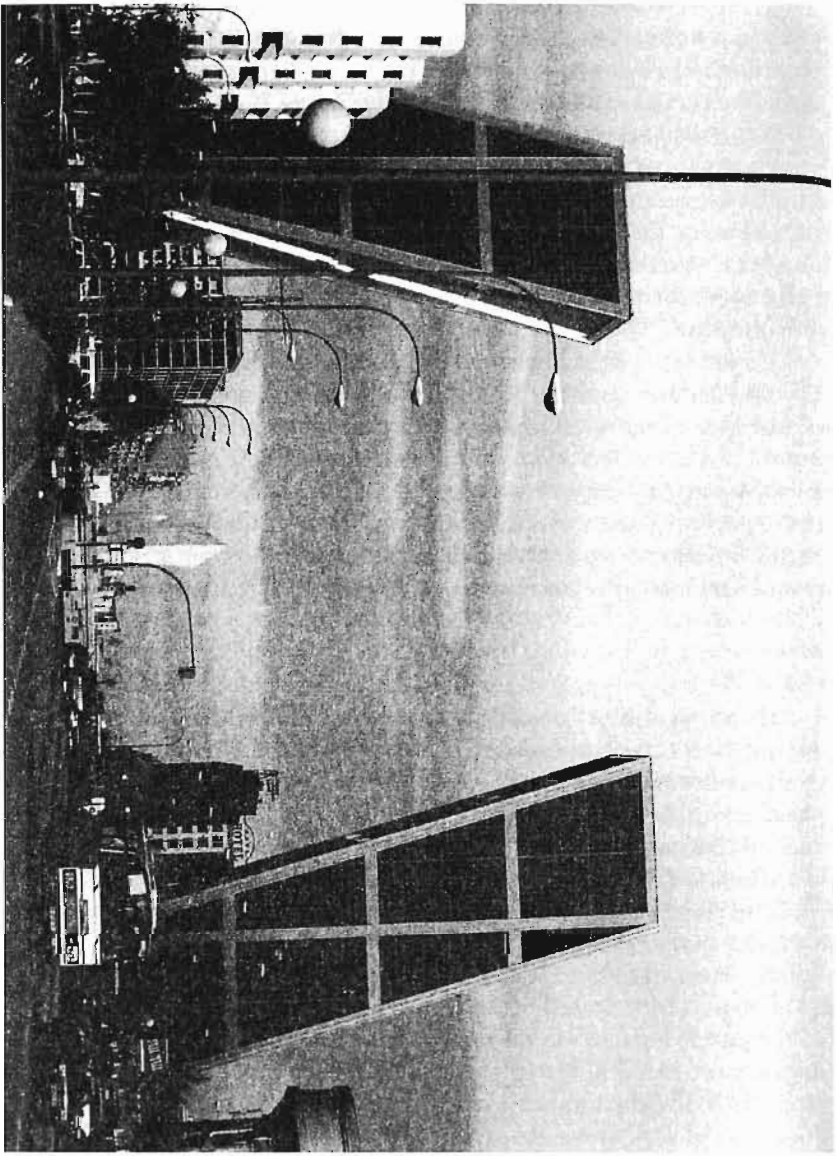
Serían alrededor de las ocho de una tarde de verano. Mi madre tendría unos cuarenta años y creo que cosía. Esta era una postura muy habitual en ella: atenta a algo entre las manos. Llevaba un vestido oscuro que le enmarcaba, sobre las rodillas, las piernas largas y cruzadas. Era más alta de lo que yo soy a su edad de entonces cuando probablemente sintió, como yo ahora, que toda la vida iba a ser igual a aquel instante y que podía esperar. Mientras que a su espalda, por las ranuras de las persianas echadas, llegaba luz hasta el pelo castaño, vivía la intensa ilusión del momento eterno en que incluso uno puede permitirse el lujo de no ser feliz. Seguramente no era capaz de imaginarse dentro de diez años si no era así. Tendría la certeza de que al cabo de un mes continuaría siendo así y, al transcurrir éste, que después de otro mes también sería así.

Busco en su intensa ilusión la mía, en su espera, la mía. Ella es el gran libro en que se habla de mí.

Estábamos en la salita de un cuarto piso desde donde se veía la larga calle bordeada de comercios y algunas acacias, que conducía al metro. Nos cubría un cielo de ciudad por donde cruzaban pájaros pequeños. En algunos callejones había paredes mugrientas y viejas que han permanecido tan inmutables en mí como las flores del campo en verano.

Salvo algún paréntesis de vacaciones, cada uno de los días de mi corta edad había estado dentro de cada uno de los días de mi madre, hasta la apoteosis de aquella tarde en que, al mirarla, me concentré en su pelo iluminado por un rayo que venía desde algún lejano lugar atravesando el cielo, y me pareció que ella, igualmente lejana, atravesaba mi vida. Luego sonó el timbre de la puerta, y alzó el rostro, que yo no había dejado de ver casi nunca.

Entró mi padre y se miraron y se hablaron componiendo su propia vida, de la que no sé nada, apartada de la mía, de la que ahora ellos tampoco saben nada. Tal vez ocurrió algo más aquella tarde y por eso la recuerdo o acaso se tratase de esta poca cosa que recuerdo.



Modernas construcciones en la Plaza de Castilla (1997)

Puede ser que alguno de mis hermanos también se encontrara allí y que conserve su propia visión de lo que digo. Si fuera posible cambiar impresiones y coincidir en la exactitud de algún detalle de aquellas remotas etapas, la gran soledad de la memoria desaparecería momentáneamente.

Casi nunca me he referido a mis hermanos y no lo hago porque no tengo mucho que decir sobre ellos. Crecíamos juntos, observábamos juntos y cada uno de nosotros veía el conjunto de todos los demás. Los sentía mis iguales, los planetas con los que giraba en el mismo sistema y que me hacían pertenecer a un juego más amplio.

En este juego mi hermana crecía blanca, rubia y con gran sentido del humor y mi hermano desarrollaba mayor estatura y serenidad que ninguno. La tarde a la que me acabo de referir se fue quedando atrás, en tanto que nos encaminábamos al punto actual.

Mis padres empezaron a quedarse solos los dos. Son una entre los millones de parejas con hijos que han tenido compañía durante mucho tiempo, que han estado rodeados de seres de quienes ocuparse y que les distraían de la pesada carga de sí mismos.

Hubo algo en esta sofocante primavera, casi prematuro verano, que me hizo bambolearme en el tiempo. La memoria se abría con pasmosa facilidad, sin querer, y entonces toda la mente la ocupaba este piso en que mi madre de cuarenta años esperaba vestida con un tono oscuro que le favorecía, y si me dejaba llevar retrocedía aún más y veía a la madre joven, más delgada, más alta, más clara. También la ocupaba el sol de enero llenando la mañana de un sábado en que regresaba del colegio a la verdadera vida, porque el colegio nunca me hizo sentir nada.

Estas habitaciones y lo que vi a través de sus ventanas y lo que contenían los armarios o los cajones me procuraron tiempo denso y negro, un tiempo al que no se accede fácilmente y que se conservaba dentro de éste más semejante al agua, que se escapa. En él se encontraba el aire ajeno de otras vidas que rozaron la mía y dejaron algo familiar en ella. Nada malo me podía ocurrir cuando estaba en ese otro tiempo en que nada malo me ocurrió. Después pensaba en mi hija, en que tal vez por dejadez no le estaba proporcionando un espacio adecuado para el que más tarde será su tiempo pasado. Hasta ese momento no me había dado cuenta de que el tiempo, además de quedarse en los cuerpos, también se quedaba en las cosas y



que cualquier cosa por la que haya pasado nuestro tiempo lo conservaba. Mi madre, sin proponérselo, acertó con lo que me puso en el camino.

Era domingo por la mañana y vagabundeaba con todo esto en la cabeza por el pequeño jardín de mi casa, que respiraba y se regeneraba con vida propia. Me reconfortaba saber que durante muchos siglos más los insectos seguirían zumbando en el aire brillante de los domingos y que quizá mi eternidad consista en haberlo visto y saberlo. Luego, por un segundo, esta idea la cruzó otra, la de abandonar este sitio. Aunque fugaz, fue una nueva y espontánea posibilidad. Regresar del todo a la ciudad, no verla sólo como el lugar de tránsito y de paseo que continuamente hay que dejar. Quizá supondría regresar al mundo definitivamente, pero también supondría perderlo porque no tendría perspectiva. Ya no existiría un Madrid redondo, rojo y gris, clavado al final de la autopista, en el que me internaba siempre con extrañeza porque éramos extraños todos los que accedíamos a él desde el espacio vago del exterior.

Un día convencí a Mario de que debíamos marcharnos del apartamento, situado en la parte antigua de la ciudad, para instalarnos en una casita con jardín en una nueva zona de urbanizaciones a las afueras, donde además de chalets había zocos y una autopista. Durante la construcción, la visitamos varias veces en sábados o domingos por la mañana. Formábamos parte de una cadena de coches que, con el intermitente a la izquierda, nos separábamos de la carretera y nos adentrábamos en una gran mancha gris en cuyos bordes se agolpaban hierbajos y espigas espontáneas.

Los montones de arena, el cemento en bruto y las grandes tuberías, todavía sin cubrir bajo los pies, nos retaban a imaginar. Entonces nos precipitábamos hacia el chalet piloto y allí, entre miradas llenas de ansiedad, cada uno de nosotros trataba de retener y de poseer el aspecto final. Por eso circulábamos muy lentamente, en grupos, de una a otra habitación. También nos deteníamos largo rato ante unos paneles que exhibían las casas ya recubiertas de ladrillo y cristal y calles nuevas y alegres con grandes árboles y figuras desdibujadas de mujeres, hombres y niños yendo y viniendo que podríamos ser los que mirábamos.

Cuando por fin unos cuantos salíamos afuera, nos fijábamos absortos en el aire y el sol que pasaban por el pavimento a medio terminar y las fachadas desoladas, y poníamos grandes árboles donde no había ninguno y suaves luces de anochecer tras las ventanas de los salones. Después nos adentrábamos en nuestros respectivos muros y paredes y los ojos trasladaban allí lo visto en el chalet pi-

loto. Aquí la cocina, aquí el baño, aquí la mesa de comedor, aquí unas estanterías. Regresábamos al apartamento con aire puro en los pulmones y una rara mezcla de fantasía y realidad en la cabeza.

Hasta que llegó un momento en que hubo casas y hombres, mujeres y niños por la calle, pero no árboles grandes ni la sensación de salud y paz imperecederas de los dibujos de los paneles.

Una tarde de verano cargamos, sin entusiasmo, unas cajas con libros en el coche y nos dirigimos hacia las nuevas urbanizaciones sin hablar apenas. Hacía meses que retrasábamos este viaje a lo definitivo. Ya no se trataba de planes ni probabilidades, sino de adaptación, de ir quedándonos e ir haciéndonos a la idea de ver cada día al levantarnos las hileras de fachadas blancas nunca antes habitadas y sobre las que el sol caía por primera vez. Aquella misma noche nos quedamos a dormir, sobre la moqueta, sin muebles ni cortinas, rodeados de firmamento en medio de nuevos sonidos aislados y de lo desconocido precipitándose al borde de la autopista, balanceándonos entre todo lo que existe suspendido en el universo.

Desde entonces, a pesar de la rutina y de fijar en ella para siempre lo querido, he estado flotando entre cosas y personas que constantemente se alejaban de mí aunque a veces se aproximasen un poco y pudiese tocarlas con la mano.

Tal vez no se piense sólo con la cabeza, sino con las manos y con la boca y con los pies porque están tan acostumbrados a actuar que en medio de mil movimientos reflejos y reiterativos surge a veces una actuación que la inteligencia no hubiera podido sospechar y por eso supe, sin pensarlo, que no se puede poseer nada ni a nadie y ahora creo que, tras el esfuerzo diario de intentar alcanzar, coger y llegar a alguna parte segura, quise concretar en mi actual ubicación geográfica indeterminada y alejada del mundo la gran indeterminación de mi alma, y aflojé la cuerda que ata.

Otra vez la casa paterna, mi madre de cuarenta años cosiendo y mi padre, que regresa de la calle envuelto en olor a tabaco rubio, se sienta frente a ella. Otra vez el aire ligeramente dorado de enero tras las ventanas. Hablan de dinero con voz insegura. Mencionan el piso, el coche, el colegio, la ropa, la comida. Mi padre enciende un cigarrillo y se queda absorto en el humo. Mi madre dice que lo mejor sería disponer todos los meses de un sueldo fijo y seguro y que quiere tener una casa propia. Hace el gesto de estar harta de tanta inseguridad, un gesto que me abarca a mí también y que llega hasta hoy.

Mi padre da otra calada y dice que le preocupa mucho el futuro y que a partir de este momento no haremos ningún gasto superfluo. “¿comprendéis lo que digo?”, dice, y expresamos una ligera afirmación. Es superfluo lo que no es estrictamente necesario. Poseo un gran sentido de lo superfluo porque, a partir de aquella tarde, me acostumbré a contemplarlo desde el mundo de la necesidad.



Casi toda la semana siguiente dediqué el tiempo libre a buscar piso por los alrededores de las oficinas. Me concentré en la tarea de seleccionar anuncios de venta y alquiler en el periódico, de concertar las citas y de ir a verlos después. Cada tarde salía con una dirección en la mano y por tanto con un objetivo fijo. Me internaba en la profundidad de calles estrechas, de portales y de pasillos. Todos los pisos que visitaba habían sido habitados y todos conservaban un olor completamente desconocido. Con frecuencia tuve la impresión de estar entrando en un alma extraña y abandonada. A continuación trataba de imaginar cómo viviríamos allí, si podríamos soportar una atmósfera tan cargada de los otros. En cambio, desde ella se podría vislumbrar un horizonte despejado, se podría aventurar allá la imaginación y adquirirían valor la vaguedad y la concreción.

Ocupada en estas tareas, la cabeza no paraba un momento y no quedaba espacio para la angustia. Si alguien me oyera, me preguntaría: ¿por qué angustia?, y le respondería: porque me rondaba una sombra.

Y no sólo me rondaba, sino que se colaba por mi frecuente agujero en el estómago. El viernes por la mañana, por ejemplo, según caminaba por los pasillos hacia el despacho, se coló. Hice un esfuerzo por que lo eternamente agradable: el aire joven y radiante de los remotos días y mi hija llegando del colegio, se agigantara, pero la sombra pasó por ello, lo oscureció y lo borró, como si todo lo que siempre es grato existiera muy endeblemente y fuera incapaz de mantenerse firme. Ya estaba dentro de mí y me cubría el cerebro en forma de velo. Por tanto, cuando vi a Gamboa aproximarse, frágil en un traje caqui de entretiempo, lo percibí a través del velo. “Creo que estás buscando piso”, me dijo. Tuve que esperar a que las palabras traspasaran la sombra para poder entenderlas. Y por mi insistente forma de mirarle él se turbó ligeramente. No comprendía que cuando se mira así en realidad no se está mirando. “¿Va todo bien?”, preguntó para poder desviar los ojos sin resultar descortés. “No”, respondí. “Mario no puede salir de Argelia. Ha perdido el pasaporte.”

Jamás le había hecho ninguna confidencia y seguramente por eso en lugar de hablar se limitó a meter las manos en los bolsillos y a acompañarme en el recorrido. A mi paso, el suelo y las paredes gris claro se iban oscureciendo. Al llegar al despacho eran ya fríos, completamente hostiles. Nada me era familiar. Tras diecisiete años, a veces me ocurría que entraba en las oficinas y veía los corredores y las dependencias como una recién llegada. ¿Dónde se quedaba el

tiempo que yo vivía en este lugar? Era ajeno porque quedaba retenido en cosas ajenas. Casi tuvo razón Cati cuando me dijo, hace algunos años, que este tiempo, el transcurrido allí, no contaba y no existía.

Gamboa dijo que me vendría bien un coñac y me cogió del brazo para retroceder por los pasillos hasta la calle. El contacto de sus dedos delgados pero fuertes hizo que la sombra, sin llegar a desaparecer, se retirase de momento.

Nos sentamos en el café de la calle Arenal y consentí que me sirvieran un coñac. Sabía que si me lo tomaba explotaría y estuve todo el tiempo dando vueltas a la copa entre las manos. De lo primero que hablamos fue del calor excesivo y a continuación, y muy por encima, del problema de Mario con el pasaporte. Luego él permaneció mirando melancólicamente las cristaleras, y yo me fijé en sus pestañas rubias, que se aclaraban aún más con la transparencia de la mañana. El aire del local se presentaba amigable, incluso humilde, y lo respiré profundamente porque había logrado volver a la superficie que es donde se vive y se respira.

Tenía la piel blanca y con seguridad había sido un niño enfermizo o que no había pasado la infancia al aire libre. Mientras que yo saltaba como una cabra por esporádicos riscos de un campo diáfano, a él le enseñaban a usar bien los cubiertos. Le sacaban por la tarde a dar una vuelta y a que le diera el sol, tenía soldaditos de plomo y muchos libros con ilustraciones. Me pregunté quién habría aprendido más deprisa de los dos, si él habría llegado ya a alguna certeza. También me pregunté por qué habría malgastado parte de su vida en las oficinas y en multiplicar los mismos actos año tras año. Entonces, sorprendentemente, me dijo: “Nunca he entendido cómo has aguantado todo este tiempo en las oficinas”.

Mario, al inicio de nuestra relación, también me había reprochado: “Desaprovechar tu preparación en un sitio así”.

En teoría me correspondía algo mejor, estar en otro sitio, pero ¿dónde estaba ese sitio? Yo tampoco entendía cómo me había conformado con un trabajo mediocre en un lugar mediocre. Pero lo cierto era que el tiempo había sido un diablillo que me había engañado y, mientras me distraía y me engañaba, yo me había habituado a no tener ningún apego espiritual por lo que hacía, aunque sí a la rutina del trayecto, a mirar por la ventana la calle Arenal y a los paseos por las tardes.

Le manifesté a Gamboa que yo pensaba lo mismo respecto a él. Y pareció sorprendido de que alguna vez hubiera sido objeto de mis preocupaciones.

“No es comparable –dijo–. Soy mucho mayor que tú y a estas alturas si rompiese una costumbre sería para adquirir otra”.

“Voy a cumplir cuarenta”, repuse.

“Aún no es tarde”, añadió él.

¿Tarde para qué? ¿Para todo lo que no había hecho en su momento? Si no lo hice entonces por qué iba a hacerlo ahora. ¿Tarde para desear algo nuevo? El tiempo siempre se ríe de uno, y uno insiste en que ha vivido intensamente para burlarlo. Le di un sorbo al coñac sin gana y le expliqué mi teoría de que el tiempo queda retenido en las cosas y que por eso algunas cosas son capaces de activarnos la memoria. Y Gamboa dijo: “Lo único que podemos hacer es jugar un poco con él”.

Su aspecto delicado era como una puerta abierta por donde me veía a mí misma con ese algo que uno mismo odia y que a otras personas les atrae, el lado por donde aflora la sobreabundancia de uno mismo: los dedos excesivamente estilizados de Gamboa, la piel excesivamente pálida, el pelo excesivamente rubio, la excesiva armonía de los miembros al incorporarse para sacar la cartera del pantalón. Todos somos demasiado singulares en cuanto se nos trata un poco. Mario debía de conocer ese lado mío de la sobreabundancia.

Me sacó del ensimismamiento con un gesto que ponía punto final al encuentro y volvió al principio de nuestra conversación en las oficinas: “¿Estás buscando piso?”.

Asentí y añadí: “Aunque no muy en serio”.

Y él repuso: “Nunca se sabe qué es lo serio”.

Me quedé con ganas de decirle que no me parecía tan trágico no haber triunfado profesionalmente, que había sido algo que había dejado de hacer casi sin darme cuenta.

Por la tarde me dirigí paseando a una nueva dirección. El constante tráfico de las calles no permitía que la primavera se asentase en ellas. Así que no era una primavera completa, sino sólo un reflejo en que la piel estaba en contacto con el aire y en general la vida era más ligera. Anduve por este reflejo con una preocupación, la de la sombra acechante, aparecida por la mañana. La temía, que era lo mismo que temerme a mí misma porque había consentido que se formara, puede que incluso la hubiese construido con mis propias manos, y sin embargo no sabía cómo deshacerme de ella.

Subí a un sexto piso, eché un vistazo a su silencioso vacío y lo abandoné a los cinco minutos con prisa porque ya no podía seguir creyendo que buscaba un piso.

Cuando llegué a casa, había oscurecido. Mi hija estaba viendo la televisión y me dirigió una mirada molesta por la tardanza.

Me justifiqué como pude y me dispuse a preparar la cena. Me dije que se pasa más tiempo siendo hija que siendo madre, que estaba siendo más lento para mi hija que para mí. También fue más lento para mí que para mi madre. Mi hija crecía muy deprisa.

Yo crecí despacio, hasta que llegué a un momento en que la vejez ya no estaba a años luz y la edad misteriosa del futuro era real. Esto era algo que intuía a los treinta cuando aún se puede hablar de intuición. En cambio, a los cuarenta sólo cuenta de verdad lo que se sabe, lo que pertenece a un conocimiento que no se puede acelerar porque se basa en acontecimientos naturales y en el asentamiento de las impresiones. Consideré que era una buena edad que me permitía hundir la vida en mi pensamiento. Como contrapartida, el futuro que antes era infinito ahora tenía un límite, aunque fuera impreciso, y me parecía que lo que dejaba para mañana lo dejaba como siempre.

El concepto de futuro de miedo, no debería haber sido concebido y así no sufriríamos su pérdida. Durante la cena me concentré en los ojos de mi hija, más próximos que el presente y más misteriosos que el mañana.

En apariencia, en gran parte de la vida, el futuro es el pasado, o sea, que sucede lo que ya ha sucedido. Las experiencias se repiten una y otra vez. Así recuerdo los cuarenta años de mis padres, los cincuenta y los sesenta. Una repetición tras otra. Aparentemente, los actos se repetían, pero un acto no era exactamente el otro. Y además, entonces no podía darme cuenta de que ellos miraban a sus hijos, nosotros, tratando de vislumbrar nuestro futuro, como yo hago con mi hija.

Creo que fue a esta edad cuando la endeble idea de futuro fue cobrando solidez para mi madre. También para mi padre que tenía cuarenta y siete. Hablaban de él a menudo como “el día de mañana” y lo hacían como si ellos hubieran llegado al largo mañana que se prolonga hasta hoy, y sus hijos no.

Quién iba a saber entonces que el futuro le deparaba a esta madre una trombosis. Cuando la sufrió y los médicos informaron de que su vida dependía de las próximas setenta y dos horas, el futuro tuvo una medida y un tiempo concretos que se dividía en tres unidades: veinticuatro horas, cuarenta y ocho horas y setenta y dos horas. El futuro se veía y se sentía: era amargo y ácido, escarpado, unas veces, y otras arena movediza, y había que arrastrarse por él y tragárselo.

Creo que siempre he tratado de distinguir el mundo sólo visto por mí de aquel visto también por mis padres para así conjurar su

influencia. Es casi imposible anular el poder de unas personas sobre otras. El poder de los padres sobre los hijos, el poder de la persona amada.

Yo, por ejemplo, me expandía a mi alrededor sobre los seres queridos con el agujero en el estómago y con la sombra acechante.





Decidí aplazar la búsqueda de piso y, en los ratos libres, me dediqué, aunque todavía estábamos en primavera, a sacar definitivamente la ropa de verano. Los edredones fueron doblados y guardados y las alfombras enrolladas y llevadas a la tintorería. Y una mañana, mientras veía desde el despacho el tierno verdor de las copas de los árboles, llamé a la consulta de un psiquiatra y pedí una cita. “¿Es la primera vez que viene?”, me preguntaron. “Sí”, contesté. Y colgué con la indescriptible sensación de que había dado un paso que hasta ese instante no se me ocurrió dar y de que, en realidad, ni la sombra acechante ni el agujero en el estómago, o sea, la angustia y la ansiedad, de la que luego me habló el psiquiatra, eran ninguna novedad en mi existencia.

Durante los días transcurridos hasta la cita, tuve con frecuencia tentaciones de ordenar todo lo que debería contarle al médico, que era tanto como tratar de ordenar mi vida. Tendría que elegir qué ocuparía la primera posición del relato y qué la última porque esta disposición, como todo ordenamiento, sería un modo ficticio de acceder a lo inaccesible. Lo más aproximado a la realidad era que en la superficie estaban los problemas, las insatisfacciones, los logros, el recorrido hasta aquí a partir de un lejano día que aparece confusamente en la infancia, y debajo un solo sentimiento: el temor a cualquier clase de pérdida, y para vencerlo siempre había necesitado poner en lugar de la realidad el posible significado de la realidad.

Mi vida era un conjunto invisible que nadie, por perspicaz que fuese, podría hacer visible. Y toqué el timbre del portero automático arrepentida de haber llegado hasta allí y de estar llamando al timbre. Aun así, subí al tercero y me senté unos minutos en la sala de espera, los suficientes para acabar de cerciorarme con calma de que me iba a examinar de una asignatura que permanecía en estado emocional, que no había pasado al reflexivo ni mucho menos al de las palabras y que no podía ser explicada. Me disponía a marcharme cuando una puerta corredera se deslizó hasta la pared y en el centro de su marco apareció, vestido con un traje negro, el psiquiatra. La enfermera me invitó a ir hacia él.

Ya estábamos sentados los dos y sentí cierta paz y ningún deseo de hablar. Empezó rellenando una ficha con mis datos personales. Él preguntaba, y yo contestaba con los cinco sentidos puestos en mis conocidos datos personales. Cuando acabó con la ficha, me miró directamente a los ojos, pero sin pensar en mí, sino en lo que me estaba diciendo. “¿Por qué ha venido a verme?”, preguntó. Y me desconcertó un poco porque yo me esperaba un ¿qué le ocurre? Le

dije: “No me encuentro bien”. Y a partir de aquí, fue él quien habló. Yo me limitaba a contestar y cuando encontraba necesario matizar y ampliar la respuesta él no me prestaba demasiada atención. ¿Se siente angustiada?, ¿con cuánta frecuencia?, ¿duerme bien?, ¿desde cuándo no puede dormir?, ¿deseos de llorar?, ¿es usted nerviosa?, ¿aunque no haya terminado una cosa ya le gustaría estar haciendo otra?, ¿no? ya veo, ¿se preocupa mucho?, ¿tiene palpitaciones? a pesar de que negué, creo que escribió que sí, ¿le ha sucedido algo especial a lo que atribuya lo que le ocurre? Dudé si contarle lo de Mario, y, entre tanto, terminó de escribir, cruzó las manos y de nuevo mirándome dijo que daba igual lo que me hubiese sucedido, la cuestión era que yo no disponía de recursos suficientes para afrontar la realidad porque vivía en un estado de ansiedad que era el mal de nuestra época y de nuestra civilización. Estado de ansiedad y depresión, afortunadamente, no profunda. Mencionó la palabra miedo. Así se llamaban la sensación de sombra que me engullía y el agujero en el estómago, que también me engullía. Me reconfortó que la depresión fuera leve. Además aclaró que yo tenía miedo y que no tenía suficiente confianza en mí misma. Era un hombre maduro. Sus ojos azul marino me miraban con tal profundidad que no sabía si atender a sus ojos o a sus palabras. Hablaba sobre las fases del sueño. Yo debía recuperar el sueño y la confianza. Y, como un ser adulto y maduro, debía recuperar la capacidad de afrontar lo que la realidad me fuera dando. Finalmente me preguntó: “¿Por qué no ha venido a verme antes? No merece la pena pasarlo mal”. Aquella persona daba la impresión de estar tan cerca, parecía conocerme, parecía que yo fuese su única preocupación y al mismo tiempo parecía mentira. Por una vez la mentira era sincera, ninguno de los dos quería engañar con la verdad. Permaneció un segundo inmóvil, tal vez recapacitando, mostrando su gran seriedad, el azul marino de los ojos dirigidos al fondo de la habitación. Le hubiera preguntado por qué se tiene miedo, incluso de qué se tiene miedo. Pero no quería cansarle y, además, ya estaba extendiendo hacia mí unas recetas. “Cuando la ansiedad haya disminuido, iremos rebajando las dosis hasta su eliminación total”, dijo a modo de despedida. Llamé al ascensor pensando que había entrado en el mismo corazón del miedo y que lo iba a atacar desde dentro. Cuando era niña tenía pánico de la oscuridad: ir hasta la puerta por un pasillo oscuro o atravesar un campo oscuro. Ahora esa oscuridad no estaba fuera sino en mi conciencia y en mi sistema nervioso y disponía de algo más que mi propia voluntad para combatirla.



Él, aparte de todo lo anterior, también me había dicho que lo ideal era encontrar las causas que provocaban la ansiedad, que muchas veces residían en algo que no teníamos, que nos faltaba. Mencionó las palabras carencia y ausencia. Sin embargo a mí de inmediato se me ocurrió que se necesitaría toda una vida para rastrear las causas de la angustia de toda una vida. Tampoco él insistió en esa vía.

Entré en una farmacia y entregué las recetas al dependiente, y cuando esa noche me tomé la primera pastilla, me sentí liberada de la responsabilidad hacia mí misma. Por fin unas simples pastillas se encargarían de equilibrarme, centrarme y, sobre todo, controlarían el sentimiento de pena, que era mucho peor que atravesar un campo oscuro sin luna ni estrellas en el cielo.

¿Por qué se necesita en general hablar de las propias enfermedades? Porque se necesita hablar del cuerpo, del contacto con el interior del propio cuerpo. Quien frecuenta al psiquiatra raramente se resiste a hablar de ello porque necesita hablar de la fuerte relación del cuerpo con la mente y, sobre todo, del cuerpo con la vida. Por eso yo, que no pensaba contarle a nadie mi visita al psiquiatra, lo hice a la primera oportunidad hasta que todo el que me conocía estuvo enterado de que los desarreglos de mi cuerpo descansaban en los desarreglos de mi vida.

Mi padre me escuchó y me pidió que no insistiese sobre este asunto ante mi madre.

Comprendía lo que quería decir: yo no debía desasosegar a una persona delicada físicamente como era mi madre en estos momentos ni tampoco debía ser fuente de preocupaciones para él mismo. No soy psiquiatra ni tengo los ojos azul marino, pero juraría que ha huido de las preocupaciones tanto como ha podido. Y que durante su vida ha tenido suerte porque no le han ocurrido desgracias irreparables. Sin embargo, no estoy segura de que él lo sepa, simplemente porque no ha prestado la misma atención a lo desagradable que a lo agradable. Tal vez un mes más tarde, cuando mi madre ingresó en el hospital, ya no pudo evitar saber qué es una pena. La gran preocupación no le dejaba dormir y le dominaba. Por eso empezó a lamentarse de la vejez, de que todo lo malo llega cuando uno ya no puede sobreponerse. Y, a partir de ese momento, he tenido que oírle decir muchas veces: “Si tuviera cuarenta años, viviría de otra forma”.

Mi padre y mi madre han formado una pareja de contrarios. Ella no podía vivir sin preocupaciones, y él no podía vivir con ellas.

Mi madre sabía sufrir. Parecía que se entrenase en el dolor para ser capaz de afrontarlo cuando llegara. Mi padre se escapaba a hablar de política con los amigos. No sé cuál de los dos ha tenido más razón.

A pesar de todo, le conté a mi madre la visita al psiquiatra y mi incipiente dependencia de unos medicamentos que no se venden sin receta médica. La tristeza de sus ojos hundidos pasó a los míos.

“¿Qué puedo hacer yo?”, me preguntó.

“Nada”, le dije. “Además, es algo pasajero.”

Y desvió la mirada hacia otra parte o hacia otro tiempo. Había visto muchas veces este ademán con el que, de súbito, se trasladaba a zonas remotas e invisibles, muy anteriores a la primera luz que recuerdo.

Tenía tres años cuando empezó la guerra civil, y de los tres a los seis no paró de tener miedo. De joven, se le pasó por la cabeza ser enfermera, pero en un baile conoció a mi padre, que casualmente pasaba por allí, y sin pensárselo dos veces se casaron. Cada uno procedía de un lugar diferente y distante y no se habían visto en su vida. La fortuita posibilidad de mi existencia se remonta, por tanto, a aquellas etapas desconocidas en que tuve el cielo a mi favor.

La segunda noche de tranquilidad bajo el ala protectora del tratamiento, llamó Mario. Su voz se fundió con esta casa de la que estaba tan distante, con la sombra del árbol volcada en la cristalera y con las luces de Madrid extendiéndose por el horizonte temblorosas, que él no veía. “¿Cómo estás?”, me preguntó. Y le contesté: “Estoy buscando piso en Madrid”, y nada más decirlo me di cuenta de que el resto de mi vida transcurriría en esta casa, sola y en paz, sin sentir lo que no es necesario, o sea, no permitiendo que ningún sentimiento creciese sobre los demás y los ahogase. Quería llegar a ese punto lo antes posible, que concluyese el proceso en que él se iba convirtiendo sólo en un hombre con un nombre cualquiera.

Cruzamos impresiones sobre mi decisión de cambiar de vivienda y así no tuvimos que hablar de otras cosas. Dijo que sentía no poder ayudarme en esta tarea. Mentíamos y nos dejábamos mentir porque cualquier atisbo de sinceridad hubiera resultado insoportable. Y en este clima, con la voz familiar que yo todavía quería, me informó de que en unos días podría marcharse de Argelia aún no sabía adónde. Me telefonaría o me enviaría un

telegrama. Y nos despedimos vagamente, yo con la sensación de que él iba saliendo poco a poco de mi estómago e incluso de la conciencia, y que así me iba quedando sólo con un estómago vacío y con una conciencia vacía de él, que su lejanía me abandonaba aquí, sobre la tierra que se extendía plagada de sombras hasta las luces del fondo.

Sin duda, Mario era un aspecto de esta realidad para la que me comenzaban a educar las pastillas, como si el contenido de cada una de ellas fuera portador de una reflexión del médico de ojos azul marino. Al concluirse el tratamiento, mi cuerpo poseería una sabiduría interna capaz de abordar cualquier situación, porque mis músculos, venas y corazón serían músculos, venas y corazón instruidos.

Durante quince días me dediqué a esperar este milagro. Esporádicamente y sin ningún convencimiento visitaba algún piso en venta y creo que, sobre todo, rehuí a Gamboa. También creo haber observado en él cierto desconcierto. Nunca me propuse tener un comportamiento determinado con Gamboa, simplemente se estaba volviendo demasiado humano para mí. Ya había empezado a percibir en él una debilidad misteriosa que hacía aflorar la mía como si ambas se reconociesen de inmediato. Si volvíamos a vernos en el café, no podría evitar ponerle al corriente de lo que me ocurría en la superficie, y él, con seguridad, me contaría pormenores de su vida que hasta ahora nada más me había interesado imaginar, no conocer. El montón de imágenes que componían a Gamboa se tornaría un montón de huesos y de carne de verdad. Estábamos a punto de hablar con palabras que no sólo salen del pensamiento, sino del interior de la vida de cada uno. Ellas establecerían una buena relación, incluso una estrecha relación. Así que, cuando me tropezaba con él por los corredores, desviaba los ojos de los ojos amigables, comunicativos, rodeados de ingenuas pestañas rubias y le saludaba de pasada.

En cuanto al tratamiento, podía asegurar que surtía efecto. Me sentía más armada y tranquila. Dormía. Se lo hice saber al médico en mi segunda visita. Sin embargo, me preocupaba la idea de olvidarme de tomar las pastillas, o sea, de volver a ser débil, de no tener redaos suficientes para no bajar la guardia. Me inquietaba mucho que la realidad me fuera a salir con algo de eso a lo que no podía hacer frente. Las pastillas eran parte de mi conciencia, puesto que con ellas podía distinguir todo fuera de mí con mayor claridad.

Por su parte, el médico me dijo que la medicación no me crearía dependencia porque en cuanto desapareciese la ansiedad desaparecería la necesidad de tomarla. Era un hombre maduro, de alrededor de sesenta años, que debía de haber conocido a muchas personas como yo y por eso, aunque no me hubiera visto nunca ni hubiera sido amigo mío, sabía mucho sobre mí. A pesar de esto, me alteraba una leve duda. La duda de que no padeciese ansiedad ni sólo ansiedad. Sospechaba que yo era así. Y entonces ¿cuántas pastillas tendría que tomar para ser de otra forma? Le hubiera preguntado: ¿me garantiza que llegaré a ser como quiero?

[...]



# JAVIER MEMBA

(Madrid, 1959)

*Homenaje a Kid Valencia*, Madrid, Alfaguara, 1989.

*Hijo de kenia y española, se dedica a la fotografía, al cine y al periodismo radiofónico. Vive en Madrid. Dentro de su obra narrativa destacan Hotel Savoy (1987), Homenaje a Kid Valencia (1989) y Disciplina (1991).*

*Homenaje a Kid Valencia es una novela sobre la marginalidad, una novela en torno al lumpen urbano del Madrid de los ochenta. El narrador nos presenta la otra cara de una ciudad que oculta, tras el rostro satisfecho de la movida o del yuppismo, una realidad marcada por la sordidez más cruel. Relato policial, crónica del mundo contemporáneo, historia de amor por encima de cualquier otra cosa, Homenaje a Kid Valencia es una muestra de naturalidad literaria, de directa relación entre la realidad y un narrador que la conoce de primera mano y que, tal vez por eso, trata a sus personajes como lo que son: criaturas de un mundo al mismo tiempo repulsivo y atrayente, en el que el valor y el miedo, el horror y la belleza se confunden en una única, brutal imagen.*

*Kid Valencia, Lorito y otros personajes de la novela de Mamba se desplazan constantemente por la Puerta del Sol, Gran Vía y otras calles transitadas por los héroes y antihéroes de las narraciones de otros autores seleccionados en este libro, como Francisco Umbral, Andrés Trapiello o Juan Madrid. El Metro es*



*uno de los transportes preferidos por el protagonista y cuya funcionalidad en muchas ocasiones no es la de viajar a algún lugar concreto sino simplemente la de matar el tiempo o la de aniquilar el ansia de la droga: «Cogió el metro en la Puerta del Sol para viajar hasta Portazgo y después hasta la Plaza de Castilla, sin pensar en nada y sin hablar, intentando recordar palabras para escribirlas y evitando el ansia de la heroína».*





## *HOMENAJE A KID VALENCIA*

[...]

**Jueves, tres de abril de 1986**

Lo peor fue cuando Rosita empezó a ir a buscarle a las tabernas. Kid, que casi siempre enfriaba el mono, no se podía contener y la pegaba. En aquellos días los dos se querían de veras. Pero aquel jueves Kid no podía pensar en Rosita, aunque la viera atravesar la calle Valverde. Si se detuviera a pensar en ella, las cosas podrían llegar a ser mucho más peligrosas que los problemas con una mujer. Volvió la vista hacia la calle del Desengaño, la controlaba entera, de una esquina a otra. Vigilaba, no quería que los guardias aparecieran. Lorito, antes de empezar la faena, le había contado que el Ángel de la Guarda es un payaso, que no trabaja nunca, y que todos tenemos uno detrás, protegiéndonos la espalda. Kid pensaba en su amigo y vigilaba la calle sin miedo. Se sentía seguro. Sabía que, de ocurrir algo, estaría en condiciones de manejar la situación.

Lorito lo miraba desde la esquina de la calle de la Ballesta. Kid, con un gesto de cabeza, le dijo que todo estaba tranquilo. Lorito sacó el sobre del interior de su anorak rojo, dentro estaba la heroína que la chica buscaba. Lorito cogió el dinero, doce mil pesetas, y tonteó un poco con la Fany antes de darle el pequeño paquete de papel de plata. Lorito bromeaba para que ella se pusiera nerviosa. Así le respetaría, aún más, en la siguiente compra. Porque pasara, lo que pasara la chica volvería a comprarle a Lorito. El era el único que vendía veneno a las busconas de la calle de la Ballesta.

Por lo demás, la chica era joven, maloliente y se caía, como casi todas las que paseaban por la calle. Su rostro conservaba la hermosura. Por fin, consiguió coger el paquetito.

—¡Eres un hijo puta! —dijo la chica.

—Cómemelo todo, guarra —contestó Lorito. Se quedó mirando cómo ella corría hasta entrar en el Gamos, un bar de bocadillos y comidas rápidas.

La chica entró en el lavabo, cerró el pestillo, buscó en su bolso hasta encontrar la jeringuilla. Después sacó el trocito de algodón, la cuchara y el mechero. Finalmente abrió el paquetito de heroína para empezar a hacer lo que más le gustaba en el mundo. Nadie habría podido decir qué era lo que la chica se metió en la sangre. A Lorito, al menos, no le importaba.

La chica volvió a salir a la calle para aguantar lo que fuera. Estaba allí para eso. Se iba con cualquiera por un poco de dinero y no creía en las promesas.

Lorito revendía la heroína que le compraba a un mayorista al que sólo él conocía. Aquel jueves ya lo había vendido todo y empezó a caminar satisfecho. Kid le esperaba en la esquina.

—¿Lo has vendido todo? —preguntó Kid.

—Noventa billetes. Vamos a comer algo —contestó Lorito.

Entraron en el Gamos. Pidieron calamares y cerveza.

—El jaco hay que dejarlo. Vender coca es mejor —dijo Lorito.

—También es más peligroso —dijo Kid.

—Tranquilo. Nos podremos hacer con ello.

—No sé, Lorito. Conozco la calle, no los palacios.

—No pasará nada. Habrá que hacer lo que haya que hacer llegado el momento, pero podremos controlarlo.

Kid no escuchó a Lorito. Volvió a distraerse mirando a Rosita a través de los cristales. Empezaba a anochecer y la calle no estaba demasiado fría. Rosita seguía igual de guapa y en el mismo sitio que cuando trabajaba para él. Le habría gustado poder cruzar la calle, besarla y llevársela como si no hubiera pasado el tiempo. El olor a aceite le devolvió a los calamares. Lorito ya estaba comiendo. Kid sonrió cuando se dobló el tenedor al pinchar el limón. Le extrañaba no haberse sorprendido de volver a ver a Rosita en la calle. Consideró que las cosas dan muchas vueltas y que todos cambiamos de sitio, con lo que justificó su regreso y dejó de extrañarse. Recordó los años que Rosita pasó en la cima mientras él permanecía abajo, casi tocando el fondo. Le fue difícil mantenerse a flote. Hacía de todo por un poco de plata. Eran los tiempos en que robaba los bolsos a las viejas. Aquella horrible mañana, con un frío glacial, a Kid le picaban los ojos de sueño. Tenía tem-

blores por todo el cuerpo. Buscaba heroína y no tenía dinero. La vieja caminaba lentamente por una calle solitaria. Kid, como siempre aguardaba en una esquina. Se preguntó qué haría la vieja en la calle tan temprano, y sin pensarlo más saltó, delante de ella. Ninguno de los dos se enteró de nada hasta que Kid abrió su navaja. La expresión del rostro de la vieja se crispó por el miedo. No gritó, se quedó paralizada mientras Kid hurgaba en su bolso. Estuvo a punto de acuchillarla para quitarle el abrigo, era de astracán, negro y anticuado. Cuando Kid se marchó, la vieja seguía sin moverse, lloraba y decía que la culpa la tenía el gobierno. Nadie la escuchaba, tiritaba de frío. En su huida, Kid se apenó, pero después recordó muchas de las cosas que había visto y se olvidó de la pena. Aquello no acababa de convencerle. Reventar viejas no le gustaba. Tenía la sensación de ser como uno de esos yonquis que asaltan a las miserables vendedoras de castañas. Nunca sabía si reírse o pegarlas. Kid, que entonces vivía en una pensión de Lavapiés, todas las noches, al intentar dormir, imaginaba que la Policía iría a sacarle de la cama. En los peores momentos se metía con algún matón en un vagón del metro y, bayoneta en mano, asaltaban a los viajeros. Se acercaban al primero que encontraban, le pinchaban con la bayoneta en los riñones, sólo para amagarle, y después le quitaban el dinero. Siempre lo hacían por la mañana, cuando los vagones estaban llenos de gente. Hablaban al oído y obligaban a guardar silencio, era un asalto entre susurros. Si el resto de los viajeros se daba cuenta de algo no hacía nada. Era un trabajo fácil pero había poco dinero.

Otra vez en el Limbo, otra vez en Babia, sin darse cuenta se habían terminado los calamares. Kid no recordaba cuántos había comido. Lorito hurgaba en sus dientes con un palillo. Kid se terminó la cerveza.

—A ver Diqui. Ven aquí y cobra a jefatura —ordenó Lorito. El camarero se acercó lentamente a él, orgulloso como un esclavo negro. A Lorito le ponía nervioso que tuviera tantos granos en la cara.

—Tres sesenta —escupió el camarero con la peor de sus sonrisas.

Kid se dio cuenta de todo. Como era un gran tipo le gustaba contemporar. Dejó el dinero en la mesa, cuatro monedas.

—Toma, sangra y quédate con la vuelta, pero no te hagas pajas en el sotanillo.

—No te pases, Valencia. No te pases ni una cala conmigo —respondió envalentonado el camarero. Muchos manguis, y un puñado de amigos, preferían llamar a Kid por su segundo apodo, Valencia.

—Te estás acampanando mucho y un día de estos te voy a dar una llana. Tú aquí estás para fregar mis barbas, camarero —intervino Lorito. El camarero contrajo las mandíbulas y volvió a

fregar vasos como le ordenó Lorito. No pasó nada. Kid y Lorito salieron del bar mirando a su alrededor. Lorito sintió ganas de mear y estuvo a punto de hacerlo delante de los clientes, blasfemando. Se contuvo.

En el espejo del lavabo todavía estaban las manchas de sangre que dejó la chica con un pinchazo. Una vez más, Lorito había vendido veneno.

Kid volvió a mirar a la calle Valverde, pero Rosita ya no estaba allí. Sintió la misma impotencia que en San Remo, cuando aquel policía le sujetaba la cara contra la pared y clavaba las uñas en su carne, mientras su compañero manoseaba a la inolvidable mujer del tren. Aquel sueño imposible, lo que pudo pasar y no pasó. No servía de nada lamentarlo. Una bonita mujer, como Rosita, que ya no estaba allí. A Kid le fue fácil empezar a recordar. No le quedaba otro remedio. Sabía que había algo tras aquellas primeras palabras de Rosita. Quizá el hecho de que fueran ciertas las convertía en especiales, aunque Kid jamás valorase la sinceridad. Detrás de los encantos naturales de Rosita y de todos los hombres que la habían conocido, hasta los que lo hicieron más íntimamente, algo que sería imposible de enumerar, detrás de todo eso había algo en Rosita que era sólo de Kid, ella misma se lo había entregado con aquellas primeras palabras. Después pensó en cómo había cambiado todo y le resultó imposible recordarla como cuando la conoció. Pero su recuerdo seguía siendo indispensable porque las primeras palabras de Rosita fueron ciertas. Luego la memoria se le disparó. Ya estaba cansado de amar a putas embriagadas de heroína que permanecían con los ojos cerrados incluso cuando el semen les caía en el cuerpo. A Kid le gustaba mirar cómo las mujeres se limpiaban su semen. Rosita nunca lo hacía. Decía que así le tenía dentro más tiempo. Puede que Kid siguiera amándola precisamente por eso. Pero una vez disparada la memoria, Kid recordó también a aquella niña italiana. Si Giulietta hubiera sabido que, dieciséis años después, Kid la estaba recordando como cuando la conoció, se habría sentido envejecida. Él la imaginaba igual que aquella vez, para que el jueves pareciera un domingo y pudiera transcurrir sin ser tan cruel. Así habría podido pasar los siete días de la semana, tal como corresponde a un mamarracho cansado de que siempre sea todo igual. Todos aventajaban en virtud a Kid. No servía para nada el recuerdo de aquellas palabras. Las cosas daban muy poco más de sí. En aquel momento ya no recordó nada, hasta olvidó los años de experiencia. Volvió a ser tan sólo un necio. Se dejó llevar por la barbarie antes de que sucediera lo de siempre, antes de que todo volviera

ra a estar en su sitio. Donde el tiempo se olvidaba hasta de Rosita, sin que ella lo imaginara. Kid ya no sabía qué esperaba. Mejor no pensar, porque Rosita estaría debajo de algún hombre, del primero que la hubiera pagado.

Lorito ofreció tabaco. Era un paquete de Lucky Strike sin filtro. Los dos fumaron, ya era de noche. Kid, como siempre que tenía ganas de heroína, se acordó de aquella vieja promesa hecha en el metro de Aluche al salir de su primera estancia en la cárcel de no volver a depender más del caballo. Pero aquello fue imposible de cumplir. Salvo un ligero cargo de conciencia, Kid ya había asumido su dependencia del caballo.

Se verían más tarde, compartían un cuarto en la misma pensión. Kid se marchó por la Gran Vía. Todavía recordaba a Rosita como un sueño que empezaba y también la recordaba cuando acabó. Pensó en escribir sobre eso, se le ocurrieron un par de frases ingeniosas que olvidaría al llegar a la pensión. La ciudad le envolvía sin remedio. Se sintió tan deshecho como Porta o Hermanito. Recordó aquella legión de condenados y renegó de todo cuanto había leído después.

En esa noche no hubo ni paz ni calma para ninguno de los dos. Al bajar por la calle de la Montera, Lorito se detuvo a mirar el pequeño portal con el escaparate lleno de fotografías, donde se encuentra la Federación Castellana de Boxeo. Le hubiera gustado subir y saludar a los antiguos camaradas. Volverían a divertirse juntos limpiando la sangre del único ring que tenían para el combate del sábado. Pero Lorito no llamó a esa puerta. El boxeo ya no era para él. Los camaradas no le habrían recibido sabiendo que Lorito había traicionado los más simples códigos de honor. Se avergonzó de ser así y no subió a saludar a nadie. Quiso volver con Kid y emborracharse, pero Kid se había perdido en la Gran Vía. Y sin él, todo quedó fulminado, hasta el último milímetro del aire. Lorito se quedó sin saber exactamente lo que pasaba. La calle se volvió aún más oscura, taciturna, parecía vacía. Al mirarla se volvía como una cárcel. Cuando él se iba, se le olvidaba todo. Lorito no sabía lo que pasaba.

Vuelta a la realidad. Si llegara el momento, si Lorito se viera con demasiados problemas sería capaz de usar el arma; pero sólo si se viera a punto de caer o acorralado. Hasta entonces no lo había usado nunca alegremente. Procuraba dejarla escondida en la pensión. Caminaba muy despacio. Le dolían los pies, el estómago y la cabeza. Imaginaba que estaba enfermo, por eso miraba desafiante a cuantos pasaban junto a él. Le gustaba que le temieran, si llega-



ban a atacarle no podría defenderse, sería una presa fácil. Transistores, cintas de vídeo, relojes digitales, todo más barato que en Canarias según anunciaban los carteles. Lorito dejó de mirar el escaparate y sin pensar en nada llegó a la esquina de la Puerta del Sol. No era nadie entre tanta gente. Encendió un cigarrillo con soltura, sin dejar de caminar. Como era su costumbre, blasfemó al llegar a la Puerta del Sol, como siempre que la encontraba desmantelada, con andamios, socavones y tablas para que la gente los atravesase. Dos viejas elegantes y lujosas se volvieron hacia él cuando le oyeron blasfemar. Lorito siempre guardaba sus mejores blasfemias para cuando pasaba por delante de una iglesia. La tienda de paraguas “Mañana Lloverá”, el bar de perritos calientes, el portal de la academia, la tienda de mantillas. Lorito se detuvo allí para mirar el escaparate. Se refugió una vez más en sus recuerdos. Todo parecía diferente, pero era igual. Pensó en la ciudad y en que le hubiera sido imposible vivir en otro sitio, aunque siendo un niño soñara con ser navegante. Se detuvo a mirar una antigua calle evocada en el dibujo de uno de los pañuelos que había en el escaparate. Para la memoria de Lorito no importaba que desmantelaran la Puerta del Sol con una orden municipal. Quiso acabar con todos los que le rodeaban en la esquina. Le agobiaban. Pero se tranquilizó pensando que sólo se trataba de gente.

Lorito entró en la primera cervecería que encontró abierta en la calle Preciados. El mostrador era de aluminio y estaba lleno de vitrinas con mariscos. Se sentó en una de las banquetas. Los calamares y las gambas tenían buen aspecto.

—¿Qué va a ser? —preguntó el camarero.

—Cerveza —contestó Lorito. El camarero obedeció, se limitó a servir lo que le habían pedido.

Sentados en una de las mesas había un par de borrachos manoseando a una mujer que no dejaba de comer paella con ansiedad. Lorito los miró y pensó en esperar fuera para asaltarles. Les perdonó porque le hicieron reír. Otra vez era de noche y Lorito se había olvidado de decidir algo para no volver a la cárcel, no habría podido resistirlo. Encendió un cigarrillo recordando el dibujo del pañuelo. Pocas cosas le gustaban tanto como la entrada en la ciudad al volver de Parla. También le gustaba ver la calle de Antonio López desde las curvas de la M-30. En el 78, cuando estaba en la cárcel como tantas veces, se acordaba del paseo de Las Acacias mientras escuchaba por el transistor una canción interpretada por Victoria Abril. Había un preso que juraba conocer a la famosa actriz y todos los reclusos habrían dado la vida por pasar una noche con ella en la

celda. Pensó en el paseo de Las Acacias la misma noche en que la palabra cubalibre perdió la magia para él. Le habían contado una historia acerca de Fidel Castro, y Lorito respetaba al viejo. Lo admiraba desde que, siendo un niño, sus mayores le deseaban la muerte. Lorito miró el paquete de cigarrillos, sólo quedaban siete. No podría pasar la noche con tan poco tabaco.

—¡Jefe! Un Lucky del americano —gritó Lorito. El camarero se acercó con el paquete de tabaco en la mano.

Esa noche la chica de Kid se llamaba Mari. Era bonita y le gustaba que la maltrataran, no podía remediarlo. Kid ya la había desnudado. Ella se arrodilló delante de él y protestó por lo mal que le olían los pies. Kid la agarró por la cabeza y le pidió que fuera suave. Kid ya no jugaba con las mujeres. Era capaz de darles dos cates y arrodillarlas a la fuerza para que le hicieran un buen pilón. Pero con Mari no hacía falta recurrir a la fuerza, por mucho que ella lo deseara. Le gustaba tanto hacer gozar a los hombres que Kid no podía nada más que acariciarle el cabello, mientras ella le daba tanto placer.

De haber sido verano, Lorito se habría marchado al Edificio España y habría subido al último piso, a la terraza, para mirar desde allí la ciudad, porque en la terraza todo estaba bajo sus pies. La única esperanza estaba en esa torre, lo demás eran sólo palabras. Allí había un motor y un rodamiento que eran el cauce y el caudal de una nueva energía. Habría dado las gracias por el color y la luz, y por el holograma, y por la poca fuerza, y por la solidez del edificio. Habría dado las gracias por confraternizar sin saber a quién. Lorito dejó de soñar. Decidió que esa noche no iba a emborracharse porque sabía que, de hacerlo se pondría nervioso y acabaría insultando a las mujeres y ofreciendo pelea a los hombres. No quería que volvieran a pegarle nunca más. Lorito tenía mucho dinero. Podía haber pedido mariscos, pero seguía sin tener hambre. Dejó una moneda encima de una vitrina, junto a su vaso, y se marchó.

Había caminado sólo unos pasos cuando lo decidió definitivamente. Ultimaría un par de asuntos y después, de madrugada, se acercaría hasta la casa de Carioca, una bonita mansión en la calle de Arturo Soria. Un lugar tranquilo siempre lleno de caras bonitas. Lorito cerraría el trato con Carioca, confiaba en él. Siempre jugó limpio. Cuando Lorito no tenía dinero, Carioca le invitaba a beber, le daba cobertura, como decían en la cárcel. Confiaba en que Carioca le dejaría meterse en sus negocios, ahora que todo le marchaba tan bien. No había duda, Lorito estaba decidido a tratar con Carioca. No se habría fiado de nadie que no fuera él para empezar.

## **Viernes, cuatro de abril.**

El día pasó rápido para Kid y Lorito. Los dos lo ocuparon en hacer gestiones y resolver asuntos. No pudieron verse. Kid pasó toda la mañana localizando un coche en un desguace. Si el asunto hubiera salido bien se habría hecho con algo de dinero.

Lorito estuvo ocupado en un insólito asunto relacionado con unos relojes digitales de fantasía. Tampoco consiguió dinero.

Kid tomó un coñac después de la comida. Le supo bien aquella copa de Fundador mientras maldecía a todos los estúpidos que no daban importancia al dinero. Kid nunca pudo soportar a los idiotas. Había pasado tantos años sin suerte, malhumorado o ebrio en las tabernas, gastando el tiempo en recordar a Rosita, imaginándola como fue, o al menos como él la imaginó al mirarla. Siempre con entusiasmo. Kid se quedaba triste cuando la veía tan simple entre los vasos, fregando sin cesar. Delante sólo había un cubalibre caliente y apagado. De lo que fue Kid entonces, ya sólo quedaba lo que no volvería a ser nunca, es decir, nada. No quedaba nada para continuar la batalla contra la mala suerte y contra la torpeza. Pensaba que así Rosita sería como él, y él sería como ella.

Lorito se lo tomó todo con mucha calma. También recordó sus grandes noches, sobre todo las del 77, cuando cobraba por reventar huelgas y apalea huelguistas. En aquellos tiempos las mejores mujeres de Madrid eran para él. Las insultaba cuando salían con él, y a una le arrancó un pezón a mordiscos. Entonces Lorito iba bien vestido y manejaba mucha plata. Siempre tenía dinero para gastar con las mujeres, podía conseguir las cuando le viniera en gana. Entonces sí que tenía clase y verdadero estilo. En los días buenos, cuando no atosigaba su cabeza el terrible pensamiento que le obligaba a destruir cuanto fuera, se agachaba para recogerles los botes de maquillaje y las pinturas que se les caían al suelo. Incluso se callaba cuando veía que el material estaba viejo. Era todo tan hermoso que todavía recordaba cuando besaba a las mujeres en los retretes de los mejores locales. Los camareros, que eran todos amigos suyos y aún le respetaban, le sonreían al verle con alguna mujer.

Kid también recordó cuando copuló con Rosita por segunda vez. Ella sintió vergüenza al quitarse las bragas, porque estaban sucias y las escondió debajo de un cajón de cerveza antes de abrazarse a él. Tuvo gracia, Kid no cabía dentro de Rosita y se hizo daño, además de no poder eyacular. Era difícil hacerlo, se estaban revolcando desnudos entre el suelo de cemento y los cajones de cerveza. Se desgarraban la piel, pero los besos eran agradables y sin-



ceros. Se besaban con verdadero cariño. Aunque, sinceramente, Kid sintió lo mismo con una de las primeras chicas que explotó, cuando un guardia les pidió la documentación porque la chiquita iba medio desnuda por la calle. Kid enseñó con calma su carné de identidad. Cuando parecía que ya estaba todo resuelto, el guardia les quería detener porque la chiquita resultó ser menor. Kid, tras la maldita sorpresa, se supo desenvolver bien, contó una historia bonita y verosímil. Le dijo al guardia que no sabía que su chica era menor, pero que tampoco le preocupaba saberlo, porque cuando estaba con ella sólo sabía que estaba con la mujer de la que se había enamorado, que no pretendía nada más que darla un beso en los labios y dejarla en casa de sus padres hasta que pudieran casarse. El guardia quedó gratamente impresionado por el discurso y, conmovido les dejó marchar. Una hora más tarde, la chica de diecisiete años estaba trabajando la calle para Kid.

Kid apartó a un lado sus recuerdos para volver a pensar en el coche que andaba buscando, un Dodge Dart de 1970.

Después de todo, cuando pasaran los años, Rosita surgiría como un resto del deseo, detrás de los rincones de la muerte, con su piel y su cuerpo por emblema. Kid hasta la habría llamado guapa. Y habría de descubrirla tras el tiempo con la fuerza obstinada aunque involuntaria, donde la ilusión y la miseria se quedan confundidas para siempre. Mujer inolvidable, mujer libre, bajo su forma ya casi de lombriz. Al menos Kid lo esperaba así.

A la última hora de la tarde, Kid perdió el asunto del coche porque no pudo conseguir el dinero que pedían por él.

Por la tarde Lorito no pudo evitar la tentación y se fue a ver un combate entre Fulton Killer y Luque Martí, dos hombres demasiado sonoros para un par de simples pesos medios que no consiguieron llenar el frontón Madrid, en la calle Doctor Cortezo. Aquello fue todo un acontecimiento, pues la Federación Castellana sólo organiza combates las tardes de los sábados. Lorito disfrutó de verdad viendo el juego limpio de los dos contrincantes. Bajo la ferocidad de sus respectivos nombres se escondían dos púgiles que se pegaban bien. El ambiente volvió a cautivarle. Los antiguos compañeros, los antiguos boxeadores, los preparadores, los managers, aquel mundo volvió a atraparle en su cruel belleza, aunque no fue capaz de saludar a nadie. Lorito se marchó decidido a esconderse. No sabía de quién, pero seguro que había alguien buscándole. Lorito tenía asuntos pendientes con muchos. Se sintió mejor al recordar que había quedado con Kid para visitar algún club, aunque desde aquel incidente en la cárcel tenía muy poco que hacer con las mujeres.

El Maikas era un burdel barato, con los sillones rojos tapizados en skay. Tenía farolillos verdes y el suelo era de plástico. Ocasionalmente podía verse alguna pareja bailar en la pequeña pista. Kid y Lorito estaban apoyados en el mostrador. Todas las mujeres eran feas, pero había unas cuantas tonteando a su alrededor. El aspecto de los dos amigos ya impresionaba a muy pocas, por eso sólo revoloteaban para ellos las viejas y las heroinómanas que engañaban en la calle.

Lorito se distrajo por un momento de todo para entretenerse en mirar su mano derecha, rota para siempre tras el último combate. La gloria había acabado para él. Tanto Lorito como Kid eran presas de sus recuerdos.

Margó, que de francesa nunca tuvo ni la cara, entró en el local. Lorito sabía que se le acercaría porque él vendía lo que ella estaba buscando. Ser heroinómana le sentaba bien, estaba más rubia y había perdido peso, pero sus antiguos clientes ya no querían ni tocarla. ¡Maldita rubia! No pasó ni un minuto antes de que estuviera delante de Lorito moviendo los muslos para llevarse gratis lo que quería. Kid lo contempló todo despreocupado y dejó que su amigo cerrara el negocio.

—Aquí tengo lo tuyo, rubia —anunció Lorito mientras ella se acercaba aún más a él—. ¿Tienes el dinero?

—Ven conmigo y te lo doy en la cama— contestó Margó.

—Págame aquí, ya me has dejado de gustar —concluyó Lorito. Margó protestó un poco, pero al final acabó por pagar. Dejó diez mil pesetas sobre el mostrador. Lorito cogió el dinero y dejó en su lugar un pequeño paquete de papel de aluminio. Margó cogió el paquete y abandonó el tugurio.

—¿De qué conoces a esa rubia? —preguntó Kid con cierta sorpresa. Lorito tardó en contestar, no sabía qué decir.

—Bueno, yo también me he dado alguna vuelta por aquí —acabó por decir con torpeza.

—No me lo habías contado nunca.

—Es igual, vamos a beber.

El dinero de aquella venta se les fue en emborracharse. A Kid le preocupaban ese par de horas al día en que Lorito siempre estaba desaparecido. No era su problema, pero como Lorito era un inconsciente, y la policía iba a empezar a presionar en la calle para que la oposición estuviera satisfecha, Kid estaba intranquilo.

Mientras tanto, Lorito estaba contento de poder dejar de venderles papelinas a las putas.

El Maikas era un burdel barato sito en el infierno, donde Lorito y Kid se emborrachaban algunas veces.

Sábado, cinco de abril.

Evitaba pensar, Kid evitaba pensar a toda costa. No le servía de nada su experiencia con el peligro. Sentía el mismo miedo que tenía en la cárcel, o en las sórdidas pensiones de Lavapiés, cuando esperaba sabiendo que le irían a buscar. El miedo de los buzones y el miedo de cuando cayó en el atraco de Algete. El miedo de las noches pasadas en vela en sótanos y garajes recortando cañones de escopetas. Pero entonces sentía miedo dentro de un simple Renault 14 que atravesaba la esquina de la calle de Alberto Aguilera a ciento veinte kilómetros por hora. Le atemorizaba que la Policía estuviera esperando tras los escaparates de El Corte Inglés, un Zeta dispuesto a conectar la sirena y salir detrás de ellos.

Lorito no tenía miedo, aunque llevaba el paquete encima de sus piernas. Se mostraba relajado, incluso silbaba una canción que había escuchado esa misma tarde en la radio.

—Tranquilo, Kid. Tranquilízate y cuéntame por qué te llamaban mellado en la cárcel —dijo Lorito.

—Estoy tranquilo, Lorito. Estoy tranquilo, pero la pasma va a estar esperando y no quiero volver allí —contestó Kid, mientras se daba cuenta de que la noche era amarilla. Lorito no le escuchó, ya hacía mucho tiempo que no le preocupaba que volvieran a encerrarle. Sabía que sólo era carne de cárcel y que la Policía estaba en todas partes, aguardando en todos los sitios. Hacía falta suerte para no encontrarse nunca con ellos. La enfermedad del hígado era mucho peor, le hacía sentirse viejo. Todas las noches le despertaban los dolores y en su insomnio recordaba el invierno pasado en Italia, en el ya lejano 1975, trabajando para su antiguo cabo en el tercio. Conservaba grabada en su memoria la imagen del frío en la cara de esa mujer que pasaba junto a un puesto de carabineros vestidos de gala. Más tarde la conoció y resultó ser como Lorito imaginaba. Todavía recordaba cómo le temblaban los labios.

Kid estaba más asustado que nunca cuando dejaron atrás los escaparates. Aceleró, estiró los brazos sobre el volante y cerró los ojos. No quería mirar, sabía que así podría con todos los que se pusieran por delante. Lorito, al ver a su camarada, empezó a reírse y a darle palmadas en la espalda.

—Abre los ojos, Kid, que ya lo hemos pasado.

Kid respiró aliviado, ya no tenía miedo. Volvió a descuidar el volante para mirar a un lado, a una chica que paseaba un perro. Lorito dio un grito y Kid volvió a mirar al frente...

No pudo evitarlo, el filipino ya estaba delante. Kid quiso frenar, pero no hubo tiempo. El ruido de las ruedas fue lo más desagradable. El filipino salió disparado tras el golpe, pareció volar hacia un lado.

–Mira, Kid, como mueve los bracitos.

Kid no estaba seguro de haber oído esto último, pero las risas de Lorito le aseguraron que había atropellado al filipino. Se escuchó un crujir de huesos contra el suelo, un golpe seco y el filipino cayó seis metros delante del coche. Kid empezó a temblar, hubo un instante indeciso y después se dijo a sí mismo que no había matado a nadie. Había algo que le impedía bajar del coche. Lorito le miró y eso le bastó para comprender que tenía que bajar él solo. Abrió la puerta y salió mientras Kid temblaba.

–No os llevo a la comisaría porque no dan copas.

Lorito no rió la gracia del borracho que se acercaba a él dando tumbos.

–¿Viene contigo el chino, borracho? –preguntó Lorito desafiante.

–No os llevo a la comisaría porque no dan copas– volvió a repetir el borracho.

–Que si viene contigo el chino borracho –escupió Lorito.

En el coche Kid sintió un escalofrío al ver cómo Lorito se guarda el paquete en el anorak, en el bolsillo derecho. Lorito envalentonado, empezó a zarandear al borracho. Entonces Kid dejó de pensar y de temblar para preparar la recortada. Aquella fiel escopeta sin números de serie.

–El chino es mi cuñado –consiguió decir el borracho. Lorito empezó a calmarse mientras palpaba con sus manos el paquete. De pronto, todos permanecieron quietos contemplando cómo el filipino se levantaba con dolor de huesos, torpemente.

–No le ha pasado nada porque hace kárate en un circo –dijo el borracho. Lorito y Kid tuvieron ganas de abrirle la cabeza. El filipino se acercó a ellos cojeando, no podía evitar el dolor aunque sonreía. Se acercó a Lorito y le extendió su mano. Lorito se la estrechó desconcertado.

–Soy de Filipinas y me llamo Fernando.

Lorito no sabía qué hacer, seguía con su desconcierto. Dudaba entre golpearle con el puño en la boca y correr hasta el coche, o escuchar la historia de su vida. El filipino empezó a gritar su nacionalidad y que se llamaba Fernando con lo que Lorito decidió correr hasta el coche.

Kid sabía que cualquier otro compañero le habría amenazado por lo que acababa de hacer, pero Lorito no iba a decirle nada, empezaba a reírse.

–Qué pareja de payasos, ¿no? –dijo Lorito entre carcajadas.

–Yo nunca había visto a un chino tan borracho –repuso Kid, antes de reírse con Lorito. Después Lorito sacó el paquete y volvió a colocárselo entre las piernas. Kid se sintió más tranquilo. Cuando llegaron al Arco de Triunfo ya estaba todo olvidado. Valencia dio la vuelta para retroceder hasta la calle Isaac Peral y subió por ella.

–¿Y éste sería judío?

–No lo sé, fue el inventor del submarino.

Lorito encendió un cigarrillo y después ofreció el paquete a su camarada. Kid no quiso fumar, volvió a descuidar el volante para conectar la radio. La voz del locutor anunció una triste canción. Lorito sacó una petaca de coñac y tras dar un largo trago le ofreció el licor a Kid, que bebió mientras él sujetaba el volante.

Si los periodistas les hubieran visto así, al día siguiente, les habrían sacado en las páginas de huecograbado como auténticos tipos duros de Lavapiés.

En la plaza de Cristo Rey aguardaba una Zeta de la Policía. Kid se asustó, pero no hizo nada.

–Tranquilo, Kid, no pasa nada. Irán al hospital... El coche... ¿dónde lo has levantado?

–En la puerta de un cine, no creo que les haya dado tiempo a denunciarlo.

El Renault 14 se detuvo delante de un semáforo pero la Policía no le prestó ninguna atención. Kid miró su mano en el volante. Sonrió al verse en ella el tatuaje que simbolizaba odio a la Policía, un punto en la piel por cada ingreso en prisión. El coche volvió a avanzar cuando el semáforo se abrió. Kid no sentía miedo, lo que sentía era un inmenso orgullo de seguir siendo un insurrecto, un rebelde según constaba en los horribles papeles de varios juzgados. Los buenos años ya habían acabado para los dos, pero de vez en cuando seguían teniendo suerte. El coche volvió a detenerse en la puerta de una discoteca llamada Old Daddy.

–¿Llevo la escopeta?

–No hace falta. Vamos.

Se bajaron del coche y caminaron hasta la entrada, mirando a su alrededor inquietos. Kid golpeó la puerta con los nudillos mientras escuchaban la música que les llegaba desde dentro. El portero abrió la puerta y les miró con un inequívoco desprecio.

–Es una fiesta privada.

–Nos espera el Duque –dijo Lorito sin mirar al portero, que volvió a cerrar. Kid y Lorito se miraron preocupados, pero la puerta volvió a abrirse.

–Adelante –dijo el portero.



Por ésta y otras calles vecinas discurre la acción  
de algunas novelas de las últimas décadas



Dentro el ambiente resultó ser muy suave aunque animado, ligero, como todo ahora. Era verdad que se trataba de una fiesta privada. Mujeres lujosas luciendo vestidos escotados, incluso transparentes. Hombres bien parecidos hablaban con ellas. Kid y Lorito esperaban al Duque en la puerta imaginando cosas con las mujeres.

—¿Qué tal estáis? Sois los amigos de Carioca, ¿no es eso? —dijo el Duque amigablemente, a modo de saludo.

—Exactamente y hemos venido a traerte lo que estás esperando.

—Pasad por aquí, seguidme. Vamos al fondo a tomar algo.

Kid y Lorito comenzaron a caminar detrás del Duque. Era un tipo elegante, hacía honor a su apodo, incluso puede que fuera duque realmente. En aquella fiesta había mujeres y bebidas para abastecer a todo un regimiento. Lorito y Kid pensaron que podrían beber hasta caerse al suelo. Una rubia, igual que las que imaginaba Lorito en la cárcel, se acercó al Duque y se agarró a su cuello. Por su parte, Lorito no podía esperar, quería deshacerse del paquete y empezar con las mujeres, aunque no pudiera llegar con ellas hasta el final.

—¿Son estos tus amigos los de la coca? —preguntó la rubia coquetona.

—Los mismos, reina —contestó el Duque con la mejor de sus sonrisas.

—¿Y la han traído?

—Eso parece.

El Duque agarró a la rubia por la cintura para besarla en los labios.

—Preséntamelos —dijo la rubia cuando acabó el beso.

—No sé cómo se llaman.

A aquella rubia le gustaba de verdad la cocaína, por eso se separó del Duque para besar a Kid tiernamente en las mejillas. Kid pudo oler su perfume mientras echaba una mirada rápida a su escote, una mirada tan rápida que pareció que quisiera descubrir a un policía. No era ese perfume barato de las mujeres a las que Kid estaba acostumbrado, era un olor exquisito, como todo en aquella fiesta.

—Yo me llamo Aurora, ¿y vosotros?

—Todos me conocen por Lorito, reina.

El Duque se volvió receloso al escuchar a Lorito llamando reina a Aurora. La verdad es que no era para menos. Aurora era una rubia que te hacía sentir mal cuando los hombres se acercaban a ella. Como aquella mujer del Terraplén amancebada con

un enano. Aquella que se desnudaba en un teatro de variedades y de la que Kid me habló en nuestro primer y único encuentro, allá por 1974. Kid no dijo nada, sólo quería cerrar el negocio. Luego ya tendría tiempo de saludar con calma a la rubia. ¡Vaya rubia! ¡Maldita mujer! Tenía enloquecidos a Kid y a Lorito. Como si hubiera sido la primera visión de una mujer. Parecían dos payasos, aunque ambos sabían que no podrían llegar a nada con ella. Sin embargo, la pasión de Kid era menos sincera. Todas aquellas mujeres tan lujosas le hacían pensar en una más miserable, que olía a colonia barata, a colonia de puta.

—Aquí tenemos lo que estabas esperando, vamos a sentarnos y te lo enseño.

La rubia, el Duque, Kid y Lorito; todos caminaron entre la gente hasta sentarse en una mesa discreta. Kid se sentía incómodo porque sabía que la gente le miraba. Lorito, por el contrario, intentaba abrazarse a Aurora. Un camarero se acercó a la mesa esquivando a los que bailaban. Todos pidieron combinaciones. Kid y Lorito tuvieron que conformarse con coñac Napoleón, porque el camarero dijo que no había Fundador.

—¿Me dejas que te haga una pregunta indiscreta?

Y la rubia se rió como en una fotografía para que Lorito no dejara de mirarla. Nadie habría dicho que estaba medio castrado, medio autocastrado para ser exacto.

—Sólo si es muy indiscreta.

—¿De qué color llevas las bragas?

—Vente conmigo al baño y te las enseño.

Kid, que seguía estando incómodo, abrió el paquete y lo dejó sobre la mesa. El Duque sacó un poco de cocaína con el borde de su carné de identidad, después sacó de uno de sus bolsillos un billete de cinco mil y lo enrolló.

—A ver qué tal está este polvo —dijo el camarero, mientras dejaba las combinaciones sobre la mesa.

—Tranquilo, Fermín. Si es bueno también habrá para ti —contestó el Duque. El camarero se marchó con una sonrisa tan agradable de ver como si vendiera bronceador. El Duque fue el primero en dar cuenta de las delicias de la droga. Movía sus narices como si estuviera acatarrado. Kid y Lorito no decían nada. Kid quería coger el dinero y marcharse. Había algo que le decía que eso era lo que tenía que hacer. Lorito empezaba a manosear a la rubia que no dejaba de reírse y de pensar en toda la cocaína que esperaba.

—Sí, señor, me gusta. Tomaos otra copa —dijo el Duque.



Kid intentó rechazar la invitación, pero Lorito gritó para que el camarero se acercara. Mientras la rubia se lo permitiera, Lorito estaba dispuesto a olvidarse de que no podía llegar al final con las mujeres. Kid volvía a ponerse nervioso mientras el Duque preparaba nuevas líneas. Rompía los grumos con el filo del carné y después alineaba el polvo. Otra hermosa mujer se acercó a la mesa ante tan singular reclamo. Todo eran risas, dio un beso al Duque y fue la primera en probarlo. La mala suerte fue que apareció un camarero en el preciso instante en que Lorito levantaba sus torpes manos. La bandeja, y todo lo que había en ella, cayó. Al principio pareció hasta gracioso, Lorito hasta se habría reído, de no ver cómo los cristales rotos caían sobre el polvo mágico, y los refrescos y el licor lo empapaban. Todos se dieron cuenta del incidente porque de pronto la fiesta quedó paralizada. Todos miraban a Kid y a Lorito en silencio, estupefactos. Lorito lo estaba pasando peor que nadie porque se sentía viejo y acabado, ridículo ante la rubia. Esperaba que Kid aguantara el tirón y, efectivamente, Kid ya estaba en guardia. El instante que tardó en levantarse, a Lorito le pareció inmenso. Una vez de pie, Kid cogió la única botella que no estaba rota y agarrándola por el cuello la rompió contra el borde de la mesa para acercar el cristal cortante al rostro de la rubia, a la que sujetaba retorciéndola un brazo.

—¡Que no se mueva nadie o la mato!

Todos se asustaron con los gritos de Kid. Lorito ya estaba de pie, cubriendo la espalda de su camarada.

—El dinero, Duque. Suelta la plata —advirtió Kid.

—No te pago, payaso, esto no vale para nada.

Kid no lo volvió a repetir, soltó a la rubia y estrelló la botella contra la cara del Duque, que cayó al suelo sujetándose el rostro ensangrentado entre horribles gritos. Lorito se agachó para quitarle el dinero. Tardó un poco en encontrarlo, pero lo encontró. El Duque tenía el rostro destrozado. El verano siguiente ya no gustaría tanto a las señoritas de Cea Bermúdez. Kid y Lorito empezaron a caminar con precaución hacia la puerta.

—Tranquilo, Kid, tranquilo. Están todos acojonados.

Kid sabía que Lorito no mentía. El Duque se levantó y corrió hacia ellos, pero Lorito lo derribó de una patada en el estómago sin dejar de caminar hacia la puerta.

—Pagaréis por esto, hijos de puta —gritaba el Duque, mientras se revolvía en el suelo. Lorito y Kid no perdían la calma. Sabían que controlaban la situación, aunque preferían no darles la espalda.

—Tranquilo, Kid, tranquilo. Son elegantes, pero están acojonados —susurraba Lorito y era cierto. Todos estaban asustados como si quisieran esconderse en sus trajes. Ante la energía y el coraje no les servía de nada el lujo y la elegancia.

Kid pensaba en la cárcel, cuando se pasaban una consigna de una celda a otra.

—Me cago en todos vuestros muertos, ¡malditos acojonados!

Las mujeres se ruborizaron y los hombres se indignaron intentando defenderlas. Pero no fue así, tras los gritos de Kid, Lorito empezó a reír con su habitual entusiasmo. Llegaron a la puerta, Kid la abrió y esperó a que Lorito saliera. No tenía miedo. Les miró a todos desafiante, esgrimiendo la botella que todavía sujetaba en una mano. Después pensó que pasaría lo que tuviera que pasar y corrió hasta llegar al coche que Lorito ya había puesto en marcha.

Dentro del coche los dos se rieron mientras compartían una petaca de Fundador que Lorito guardaba siempre dentro de su anorak. Ya habían olvidado que dentro de la fiesta se sentían como dos piratas con sus ropas miserables.

—Haber visto tanta mujer lujosa nos va a traer mala suerte —dijo Kid, mientras Lorito terminaba la petaca, antes de buscar un buen lugar para deshacerse del coche. Todavía había tiempo aunque la noche estaba acabando. Después de varias miradas rápidas aparcaron en el paseo de Rosales. Lorito dijo que iría a la pensión más tarde.

Cuando Kid volvió a la pensión no pudo dormir e intentó escribir algo a la manera de Sven Hassel, después de inyectarse la inevitable dosis la heroína para poder seguir viviendo. Pero no pudo imprimir a ninguno de los personajes la vitalidad que tenía Porta en pleno infierno. Se puso a pensar largo y profundo en esa nueva ley contra el tráfico de drogas con las mismas penas que un asesinato. Pensaba que la Policía presionaría a los consumidores para que delataran a los vendedores, y una vez más varios miserables darían con sus huesos en la cárcel. La Policía ya había perdido el interés por esa basura que vendían los moros y los guineanos. Les interesaba el polvo, la coca y el caballo. Después volvió el recuerdo de Rosita, de como quedó todo fulminado cuando ella le dejó, hasta el último milímetro del aire. Se quedó sin saber qué era lo que de verdad pasaba. La habitación en la penumbra, taciturna y mucho más vacía, al mirarla parecía una cárcel. Quería encontrar a Rosita detrás de las paredes y las manchas. Como cuando ella se fue, a Kid se le olvidaba todo y no conseguía enterarse de lo que pasaba. Y lo que pasaba era que todo acababa de empezar aquella noche para Kid. Había empezando

cuando se sintió incómodo y temeroso porque no estaba en la calle Olivar ni en ninguna otra de sus calles. Pero ni aun así se arrepintió de todo lo que había hecho en los últimos años, desde que se sintió diferente a todos esos bastardos que desertaron del fútbolín.

### **Domingo, seis de abril.**

Carioca tenía una oficina en la Gran Vía, un buen lugar: pero el despacho era pequeño y destartalado. Estaba lleno de papeles en el más hermoso desorden. La empresa, aparentemente, estaba dedicada al alquiler de máquinas tragaperras. Puede que fuera cierto, tan cierto como que estaba encima de un local vacío. En cualquier caso, los domingos no había nadie, y Kid y Lorito fueron a visitarle a su mansión. El taxista se quedó impresionado al escuchar la dirección. No podía creer que dos sujetos de la catadura de Lorito y Kid quisieran ir a uno de los lugares más lujosos de Madrid.

Cuando llegaron a los jardines de la mansión, Lorito se dejó deslumbrar y comentó que el mármol blanco demostraba que Carioca tenía clase de verdad, pero a Kid el lujo no le interesaba le extrañaba que un tipo como Carioca no tuviera protección, que nadie vigilara por su seguridad. Kid volvía a tener miedo y, además, sentía ese dolor terrible, ese malestar insoportable que sólo conoce el heroinómano, cuando le falta la heroína y que, mezclado con el miedo, le procuraba una situación tan desesperada como en la cárcel. Siempre como en la cárcel.

Cuando Lorito llamó sonriente al timbre, Kid sintió que los días de la playa habían quedado atrás. Tardaron poco en abrir la puerta, pero Lorito tuvo tiempo de hacer un par de chistes y de frotarse las manos. Carioca resultó ser un tipo bien parecido, bronceado y bien fardao, como los polícastros. Él mismo abrió la puerta y Kid le reconoció enseguida por esa cordialidad abrumadora que sólo podía dar la cocaína.

—Pasad —dijo Carioca retirándose de la puerta—. A ti no te conozco— continuó, extendiendo su mano a Kid que se la estrechó indiferente antes de comenzar a caminar por la casa. Kid cerró los ojos, no quería ver tanto lujo. Atravesaron las dos alturas de la gran estancia y llegaron a una puerta de cristal por la que volvieron a salir a un espectacular jardín. Caminaron por la hierba hasta llegar a una mesa de mimbre que había junto a la piscina en la que, por supuesto, una hermosa mujer vestida de jugadora de squash bebía un vistoso combinado. Kid y Lorito prefirieron no mirarla.

–¿Qué queréis tomar? –preguntó Carioca despreocupado.

–Algo fresco y suave –contestó alegremente Lorito, mientras se decidía a mirar a la mujer. Carioca se dio cuenta, pero no era celoso.

–¿Te gusta mi amiga?

Lorito dudó antes de contestar, mientras la mujer le miraba, sonriendo como sólo saben hacerlo las mujeres hermosas.

–Habla sin miedo. ¿Te gusta?

–Sí, es muy guapa. Se ve que te sabes cuidar.

Carioca llenó dos vasos de zumo de limón y se los ofreció a Kid y Lorito, que enseguida volvió a mirar a la mujer con calma y decisión aunque ella se alejara.

–Susi, ven aquí –ordenó Carioca, y la mujer se acercó.

–Te voy a presentar a dos amigos míos.

Susi besó a Kid y Lorito en las mejillas antes de que Carioca dijera sus nombres.

–Este es Lorito y el otro no sé como se llama.

Kid se apresuró a decir su nombre y repitió el beso. Siempre está bien arrimarse a una cara bonita. Susi mostraba unos hermosos dientes entre tanta sonrisa.

–¿Me quedo aquí o me marchó? –preguntó Susi.

–Sigue bebiendo martinis, princesa –contestó Carioca sin mirarla. Susi obedeció, se sentó y cruzó las piernas para que Kid y Lorito pudieran contemplarlas.

–¿Habéis terminado? –preguntó Carioca.

–¿Qué? –contestó Lorito aún distraído.

–Que si habéis terminado de mirarla.

–No sabía que te molestara.

–Y no me molesta, pero tenemos que hablar de dinero.

Lorito sacó la plata y la dejó sobre la mesa de los refrescos. Era un abultado fajo de billetes de cinco mil pesetas. Carioca los contó con agilidad, le bastaba con mover los dedos. Kid se estremeció al comprobar que Lorito le había dado todo el dinero que el Duque llevaba en los bolsillos.

–Está bien, muy bien... ¿a cuánto habéis vendido el gramo?

–A quince mil –contestó Lorito, decidido, ante la sorpresa de Kid.

–Interesante, muy interesante. Me empieza a gustar vuestro estilo. Os seguiré proporcionando negocios. Aquí tenéis vuestra parte. Su parte fueron veinte mil pesetas.

–Me habéis emocionado, os lo prometo, y en prueba de mi gratitud os voy a hacer un regalo.

Carioca volvió a mirar a Susi.

–Susi, ven aquí.

Susi volvió a obedecer.

–¿Quién sube primero? –preguntó Carioca.

–Iré yo –dijo Kid rápidamente.

–Como queráis. Susi, enséñale algo bonito a mi amigo, pero no le metas en mi cama, ¿quieres?

Cuando Susi y Valencia entraron en la mansión ella iba jugando con su bragueta.

Lorito esperó en el jardín esnifando cocaína de la buena mientras su camarada se divertía con la chica. Carioca le preguntaba cosas demasiado concretas, lo que le hizo pensar que quería sonsacarle algo, y Lorito evitó casi todas las preguntas con inteligencia. Cuando llegó el momento de subir a la cama de Susi, dijo que ya no tenía ganas. Siempre hacía lo mismo desde que ocurrió aquello en la cárcel. Como una maldición, porque fue a partir de entonces cuando empezó a seducir a más mujeres. Pero no podía llegar a nada con ellas. Carioca se rió de él, pero a Lorito no le preocupaba. Después de todo, sabía que no tenía suerte.

Cuando abandonaron la mansión, y estuvieron en las calles que les eran habituales, Kid le preguntó a Lorito por qué le había dado a Carioca el dinero que le habían robado al Duque. Este contestó que lo había hecho para ganar reputación. Kid, una vez más, intentó convencer a Lorito de que no merecía la pena correr tanto riesgo tratando con coca para ganar sólo mil duros en cada venta.

## **Martes, ocho de abril.**

A las doce de la mañana el bar del Buitre era el establecimiento más agradable de la calle del Príncipe, aunque el edificio estuviera apuntalado y junto a un banco. La palabra “Buitre” estaba impresa en un cartel de cervezas El Águila. Dentro apenas había luz, todo estaba sucio, olía a serrín y a guarida, y desde las nueve de la mañana, cuando el Buitre abría sus puertas, se cobijaban allí borrachos que no hacían nada más que hablar y apoyarse unos contra otros en el mostrador de aluminio, lleno de agua y espuma rancia de cerveza. Al Buitre no le importaba la catadura de sus clientes, si tenían dinero para pagar, les servía y les regalaba un puñado de aceitunas con la cerveza. A Kid le gustaba emborracharse allí cuando tenía miedo.

Aquella mañana Kid estaba tranquilo. Al despertarse se había picado un cuarto de gramo bajo la lengua, donde nunca mira la Po-

licía. Con él estaban tres más: el Agus, el Urón y el Panadero. Entre todos se habían bebido veinte solisombras y cada uno contaba su historia mientras los demás no le dejaban hablar. Kid, sin embargo, escuchaba mientras sentía por su sangre el cosquilleo que le proporcionaba la heroína.

—Pues yo me cago en todo y brindo por la puta mierda que soy y por todos los hijos de puta —gritaba el Panadero sin que nadie le escuchara. El Agus, por su parte, recordaba los tiempos del Paraíso, cuando era el más listo del local, pero los años habían pasado en serio y el Agus ya no era más que el sirlero más viejo, más borracho y más sucio de todo Madrid.

—Madrid no es lo mismo sin el Paraíso —acertó a decir. La voz le temblaba, pero a ninguno de los que estaban allí les importaba que el Agus hablara bien.

—Tomad tabaco, cabrones. Fumad, tomad tabaco —intervino el Urón y todos dejaron de hablar para coger un cigarrillo.

—Yo te digo a ti que los manguis no se meten con los negros porque saben que no tienen nada que quitarles. Es un código de honor, que las ratas no se metan con las ratas. Por eso mismo se tiran al cuello de las viejas brujas que caminan asustadas por la calle y les quitan sus ridículos collares tirando de pinchosa. Los negros aquí no son nadie.

Kid dijo que era cierto, aunque nunca llegó a saber quién había soltado el discurso sobre los negros, las viejas y los manguis. Después dijo que el tabaco era malo y que le gustaba fumarlo porque le resultaba entrañable.

—Ni un momento dejo de buscar trabajo.

A Kid le resultaron conocidas las palabras del Panadero, eran parecidas a las que le repetía su madre antes de morir cuando la Policía fue a buscarle a su casa.

—A mí lo que me gusta es lo extranjero. Será por el dinero que meten en las cosas, pero hasta las canciones son más bonitas.

Nadie se enteraba de nada y el Buitre seguía poniendo solisombras. Por la radio anunciaban a uno entre aplausos. Kid no sabía de qué se trataba, pero la voz era tan estúpida que imaginaba que sólo era un homenaje a uno de esos políticos que no trabajaban nunca. ¡Mentecatos!, escupió su mente.

Los cuatro siguieron bebiendo hasta las seis de la tarde. Kid se sentía a gusto porque el licor le hacía olvidar momentáneamente la heroína. A las seis todos se marcharon a buscar dinero donde fuera, cada uno a su manera. Kid paseó sin saber a dónde iba por la Red de San Luis, se cagaba en el frío que ese año duró hasta el mes

de abril. Después se dedicó a buscar a su amigo Lorito por los bares más pintorescos de la calle Victoria. Pero Lorito no estaba allí. Kid preguntó por él a un tuerto que dormitaba junto a una máquina de tabaco, un tipo que conocía a Lorito del Tercio. Nadie sabía nada de él. Todos decían que no le habían visto en un par de días y Kid se sentía demasiado solo. Cogió el metro en la Puerta del Sol para viajar hasta Portazgo y después hasta la Plaza de Castilla, sin pensar en nada y sin hablar, intentando recordar palabras para escribirlas y evitando el ansia de heroína. Sólo se distraía mirando a alguna mujer. Al día siguiente volvió a emborracharse. Ni él ni nadie recordó nunca una hermosa historia que Kid contó aquel martes, ocho de abril, mientras se emborrachaba en el Buitre. Es una historia interesante, aunque fuera toda mentira, para conocer mejor a Valencia. La historia era esta:

*Tengo treinta años, mis amigos me llaman Ticist porque hace tiempo bailaba mejor que nadie. Amigos tengo pocos, pero sí algunos. También tengo problemas y la historia de mis problemas es tan fascinante que si la contara todos creerían que era otra de mis mentiras. Lo que ya no tengo es suerte, hace un año que se escapó: desde entonces todos mis recuerdos son demasiado miserables, mejor no hablar de ellos. Me faltan dos dedos en la mano derecha, lo que queda de una mala pasada. De pronto todo acabó, perdí cuanto tenía; y yo he conocido lo mejor. Quise ser cantante y después artista, jamás lo conseguí. No tuve ningún respaldo. He conseguido no beber durante dos días –sólo un vaso de vino en las comidas–. Esa es toda mi historia y lo que se cuenta es mentira.*

*Los problemas son muy simples, hasta el que más me preocupa es fácil de entender; debo dinero en un burdel. De no conseguir pagar en el plazo de dos días los chulos me buscarán y sabrán encontrarme. No serviría de nada intentar esconderme en el último rincón del mundo, me encontrarían. Esta noche he tenido sueños extraños para cualquiera, aunque no para mí. He soñado que me perseguían. Podría pedirle el dinero a Aurora, pero a ella no quiero mezclarla en esto. Prefiero que acaben conmigo a molestarla a ella.*

*Esta noche junto al Free, el viejo veterano del Parador de la Moncloa, todo me parece un poco más lento, como si todos estuvieran tan cansados como yo, comidos por el asma y la lesión de los riñones. El Free, además de un veterano, es el hombre de mi mejor amiga, parece el título de algo pero es cierto. Sé que a estas horas debería irme a casa, ya es tarde; aunque es ahora cuando todo empieza, de quedarme habrá complicaciones...*

*Prefiero quedarme aquí, que se encienden las luces de la máquina (casi igual que la Dakota con todas sus herraduras). Quinientos mil puntos más y una partida gratis, tengo que conseguirlo porque todos me miran. La gente deja de beber para mirarme y no puedo defraudarles, tengo que ser el mejor como ellos esperan...*

*Debería haberme ido antes a casa, pero decidí quedarme porque el Free había comprado algo de hachís y tarde o temprano acabaría por invitarme. Los polvos no me acaban de gustar, pero el hachís me sigue dando mucha risa. También hay varios vasos de licor, lo que agradezco porque ya no me queda dinero para cerveza. El licor tampoco me gusta mucho, pero me gustará cada vez más a medida que la noche avance, el mismo licor hará la noche más completa. Todos me dejarán que beba de sus vasos. Me quedo en este bar, sólo un minuto más; sólo un minuto.*

*Pase lo que pase, soy un buen chico, aunque luego las cosas se compliquen y sea lo que sea. Por eso me arrepiento de haber tenido que engañar a Aurora para salir de casa. Es importante saberlo: a Aurora la quiero más que a mi vida, eso es lo único que puedo decir después de llevar veintisiete años junto a ella. Seis meses han sido suficientes para que todo se destruya, y hasta para volvernos viejos. No quisiera haberla tenido que engañar para salir, por más que ya no pueda seguir viviendo en su casa. Todavía recuerdo cómo me defendió la primera vez que vinieron a buscarme. Ella era la única que estaba convencida de mi inocencia. Realmente siempre la he querido más que a mi vida, aunque a mi manera, como ella dice.*

*Lo más difícil fue darme cuenta de que todo era cierto, hasta lo que nunca imaginé que pasaría. Algo así como perder a los amigos, desear lo que siempre detesté y hasta olvidar a aquellas primeras chicas. Leo Ferré aseguraba que con el tiempo todo se olvida... yo lo iba apuntando todo en esta misma cuenta, algo que ya quedaba pendiente para siempre. No quiero que nadie crea que soy un sentimental. Lo que yo soy es otra cosa.*

*Los marcadores ya empiezan a volar y soy el único que no salta cuando se escucha ese fantástico golpe seco que anuncia la partida. Me siento bien ahora que todos me miran. Dejo que juegue esta bola el Free, me vuelvo y cojo el primer vaso que veo; lo acabo de un trago. Lily se acerca.*

*—Yo a ti te conocí en el metro, en la salida del metro de Tribunal. Nos presentó Espartaco Heredia —y le enciende el cigarrillo que se coloca en los labios.*

*—Ya me acuerdo, nosotras nos fuimos porque teníamos prisa. Vosotros queríais que nos fuéramos a bailar.*



Sonríó como ella espera que lo haga y enciendo mi cigarrillo. El Free me llama, pero no quiero jugar.

–Aquí huele a gas.

–Es la cerveza que se pudre.

Lily se agacha para coger una botella y yo aprovecho para mirarla detenidamente, ella lo sabe y lo acepta.

–Te he reconocido por el nombre –y me siento contento porque, sinceramente, esperaba que Lily se acercara a hablarme.

–El whisky está bien, aunque no es americano.

Yo me vuelvo hacia el extraño personaje al que acabo de oír hablar y me resulta simpático con su aspecto de asesino y su mala catadura. Lily se aleja para atender a unos clientes y yo me entretengo en mirar cómo se entusiasma el personaje con un mechero de gasolina. Es uno de esos austriacos como el que compré en Covadonga hace ya muchos años cuando empezaba a fumar. Creo que lo perdí en una carrera por la calle el invierno pasado.

–No es un Zippo, pero es de gasolina –le comenta a la novia mientras cabecea ante el vaso de whisky. La novia, seguro que, además de guapa, es una gran chica, pero ¡maldito sea el diablo, si no es cierto que le quiere! Eso lo noto en sus ojos y en su forma de mirar.

Volviendo a mí, he de decir que jamás tuve interés por el trabajo. He de confesar que soy un vago. Cuando se acabó la suerte no pude hacer nada, todo fue un desastre. De no marcharme ahora a casa, sé que las cosas acabarán por complicarse. Es triste, pero ya no puedo vivir en casa de Aurora ni un día más.

El Free sigue golpeando enloquecido las patas de la máquina. No le sirve de nada, la máquina se paraliza y se enciende el letrero de la falta.

Me conozco, cuando empiezo con el licor no hay quien me pare, por eso tengo ganas de que el Free empiece a quemar el hachís, por lo menos es mejor que las resacas. Para que no se note todo mucho vuelvo a mirar a Lily, me gusta mirarla hasta que ella también me mira. Me distraigo.

Viejas canciones y viejas palabras. Nunca más he vuelto a ser un pedante cuando hablo de discos. Hay caras B, como dice el hombre del mechero, maravillosas; pero las A son siempre más entrañables porque suelen ser las que se han escuchado más veces. Ya no presumo cuando hablo de discos, no repito las formaciones que aprendí en las contraportadas. Mejor así. Resulta que a los dos nos gusta Johnny Cash. La canción de Chuck Berry que ahora empieza consigue animarnos a todos, incluso a Lily y

*a la novia del hombre del mechero. El Free empieza a pasar el cigarrillo de hachís.*

*–Lily, darling, acércate –grita el del mechero.*

*Ella se acerca sonriéndome. No me voy a marchar. Esperaré a que ella acabe y después la acompañaré.*

*Mañana la suerte volverá, quiero empezar de nuevo; eso es todo. Quiero volver a empezar.*

### **Miércoles, nueve de abril.**

Aquella mañana Kid volvió a estar en plena forma. Se hizo un pico porque no le quedaba otro remedio, por eso era precisamente un yonqui. Cuando la heroína hizo efecto, se empezó a vestir. Le molestó que su camiseta oliera a sudor mientras se ponía la chaqueta mirándose al espejo que había encima del lavabo. Cuando acabó, se puso las gafas negras y volvió a mirarse al espejo una vez más, antes de salir de la habitación. Estaba tranquilo, sobre todo estaba tranquilo.

El Rincón era un tugurio antiguo y agradable, decorado como cuando se abrió, allá por los años cincuenta. En las paredes aún había carteles anunciando batidos de tres sabores y la degustación de exquisito café. La entrada era de cristal, una gran pieza de cristal, una luna en la que estaban escritos los precios de los bocadillos. La puerta estaba en medio. Los miércoles a las dos de la tarde siempre estaba lleno de gente, casi todos se conocían, eran clientes desde hacía muchos años. Eran los habituales de la Gran Vía: putas, vendedores de lo que fuera, maricas, travestis sin maquillaje a esas horas, sirleros, toperos, chulos, matones, buscavidas y hasta algún muerto de hambre. La Policía les dejaba estar allí bebiendo anís, cerrando tratos y ultimando asuntos. Los que salían de la iglesia que había al lado jamás entraban en El Rincón, veían la vida de forma diferente.

Hacía ya un par de años que Kid no se detenía en un callejón para mirar las nubes, y aquella mañana lo hizo, tal como le enseñara Pepito Grillo, desde la dulce caja de cerillas, con aquella entrañable canción de las estrellas. Aquel pequeño éxtasis le dio fuerzas para afrontar la verdad, y Kid Valencia fue un hombre que siempre anó el peligro. Sabía que en El Rincón se encontraría con Rosita, pero, aun sabiéndolo, fue capaz de abrir la puerta. Miró a su alrededor y vio varias caras conocidas, gente sin importancia con la que se podía dejar ver y al fondo descubrió lo



que esperaba y temía. La sangre se heló en sus venas, su mente quedó en blanco, el sudor asomó a su frente y manchó los calzoncillos pensando en ella, porque sólo ella sonreía cuando eso pasaba. Allí estaba, hermosa como siempre, aunque bastante más vieja, junto al grifo de cerveza. Miraba a Kid sin dejar de escuchar a Margó y a Chelo, mientras se dejaba manosear por un tipo que también le contaba una historia. Kid dejó de mirarla porque sabía que Rosa seguía siendo la misma de siempre, sus muslos seguían siendo suaves y seguro que sus pezones también eran iguales. Kid prefería contenerse porque sabía que no hay nada tan bonito que volver a ver a una mujer, ni nada mejor que provocar un desastre. El camarero se acercó a Kid, le saludó con un gesto de cabeza.

—Cerveza.

Kid encendió un cigarrillo, estaba intranquilo y torpe. Rosita estaba cerca. Kid podía sentir como ella le miraba. El camarero dejó delante de él un vaso de cerveza, Kid pagó y se volvió hacia la máquina del tabaco, pero Rosita, que continuaba andando despacio y moviendo las caderas con clase, ya se había acercado a él. Sus labios continuaban carnosos, estaba igual de guapa y de morena, y seguía haciéndolo todo bien, como a Kid le gustaba.

—Hola, Kid, ya no te acuerdas de mí.

Por supuesto que Kid recordaba cada uno de los momentos pasados junto a ella, pero abril era un mal mes para pensar en Rosa porque hasta el aire rezumaba esperanza y él ya se sentía ajeno a esa alegría colectiva que daba la primavera. El día era azul como un regalo, la calle estaba bonita y jugaban niños. Una tristeza atroz había invadido a Kid. La tristeza de las cosas que siempre son terribles y que nunca van a ser de otra manera. Todo muy rápido y vuelta a la calma para que pudiera surgir otra tristeza distinta, con forma de brillo coagulado en los ojos, porque Rosita volvía a estar presente. Su recuerdo suscitaba ese brillo. Algo dentro de Kid repetía: “Sé que así podré estar contigo”.

Pero eso ocurría en su cabeza. En realidad, lo que pasaba era que Rosita sonreía frente a él, coqueta. Los años que habían transcurrido desde la última vez que la vio ya no contaban. Parecía que había sido ayer, como se dice siempre. Era imposible que el tiempo hubiera pasado tan rápido. No era capaz de ver que ella había envejecido. Kid empezó a sosegar, tenía que pensar el doble de rápido que Rosita.

—Quedamos igual, una a una. ¿Qué es lo que quieres ahora? Sé que has vuelto a volar bajo, ya no te veo en la prensa amarilla.

Rosita esperaba que Kid la hablara así, por eso mantenía su sonrisa:

–Cuando me dejaste subí como la espuma. Conocí lo mejor de lo mejor y al volver a la basura te he visto.

–Háblame claro, Rosita, y háblame de dinero, de mucho dinero, ya está todo demasiado apaleado.

–Voy a ser sincera contigo: lo que pasó hace años no me importa. Tengo una mala racha y he vuelto a la calle. Y la calle sigue llena de moscones, no puedo estar sola, te conozco y me hace falta alguien que me proteja. Además, sé que tú quieres volver a vivir conmigo.

–Sigues mintiendo mejor que nadie. ¿Por qué estás tan segura de que quiero volver a vivir contigo?

–Porque te sigo gustando igual.

No había duda de que Rosita seguía siendo la misma. Kid volvía a estar ágil y con facilidad de palabra.

–Sigues sin hablarme de dinero... ¿A cuánto estás trabajando?

–Mil quinientas y la cama. Lo que quiero. Tú te llevarías un cincuenta por ciento. Además te mantendré porque vivirás conmigo, y cuando no haya clientes delante podrás tocarme como lo hacías antes.

Rosita acercó su vientre a la bragueta de Kid, por si había algo que aún no había quedado claro. Fue una forma original de cerrar un trato. Los buscavidas, los vendedores, los sirleros, los toperos, los chulos, toda la gualtrapía que llenaba El Rincón seguía con sus turbios asuntos. A nadie le importaban los de los demás. En el hampa nunca se hacen preguntas indiscretas.

–A las cuatro putas que tienes a tu alrededor las darás salida esta misma tarde –ordenó Kid, mientras Chelo y Margó se largaban sin decir adiós. Sin embargo, la que verdaderamente ordenaba las cosas era Rosita, como si fuera su mujer, pero eso no quería decir nada. Quien mandaba era Kid.

Esta misma tarde Kid le dio una paliza. Los golpes no fueron fuertes porque no había ningún motivo, salvo dejar claro quien era el jefe. A Kid le preocupaba tener que decirle a Lorito que se buscara otro sitio para dormir.

Por la noche, Rosita se visitó con cierta elegancia, como si no fuera una puta, y se fue con Kid a un local de la calle Orense. Estaba muy guapa. A su lado, Kid parecía un patán y no lo era. Al besarla y abrazarla hacía notar su clase. Cuando volvieron a la habitación de la pensión Coimbra, Rosita tenía su cuerpo dispuesto como Kid lo deseaba, y Kid se olvidó de que tenía que decirle a Lorito que se fuera [...]

# ISMAEL GRASA

(Huesca, 1968)

*De Madrid al cielo*, Barcelona, Anagrama, 1993.

*Es licenciado en Filosofía y Letras por la Universidad Complutense. En 1991 obtiene el Premio de Ensayo del Certamen de Literatura de Nuevos Creadores del Ayuntamiento de Madrid y en 1994 el Premio Félix Urabayan con La esforzada disciplina del aristócrata.*

*Ha estudiado escritura del guión cinematográfico en la Fundación Viridiana, ha trabajado como camarero nocturno y ha sido profesor de español en Xi'an, China.*

*Ismael Grasa, al igual que otros autores de su generación como Mañas o Ray Loriga, intenta trasplantar a la nueva narrativa española algunos de los procedimientos expresivos del «realismo suizo» norteamericano.*

*De Madrid al cielo fue finalista, ex-aequo con El copista de Teresa Ruiz Rosas, del XII Premio Herralde de novela.*

*Zenón, el protagonista de la novela, raro es el día que no encuentra, en su bolsillo, calderilla para un café o que le falta el aliento para emprender la rampa de la calle del Calvario. Zenón es un autodidacta; no se olvida de las letrillas de las canciones comprometidas que en otro tiempo cantó, pero está advertido, no tomará su propio declive por el declive de los tiempos.*

*Zenón ha corrido delante de los «grises» en el campus de la Complutense y ahora deambula por la cuesta de Moyano, por la glorieta de Atocha, por la calle de las Huertas, por la plaza de Tirso de Molina, y mira al cielo de Madrid, al que apuntan la torre de la Telefónica y la del Pirulí.*



# DE MADRID AL CIELO

## Cuaderno I

### I

[...] La vida es una cima que se alcanza muy pronto, y tras una breve plenitud te despiertas una mañana y descubres que vas para abajo, y que siempre irás para abajo hasta que te mueras. La gente confunde su propio declive con el declive de los tiempos, y te dicen aquello de que cualquier tiempo pasado fue mejor, y te dicen “antes organizábamos bailes en Cabestreros, ¿te acuerdas?”. “antes íbamos a las manifestaciones a darnos de hostias con los grises en la Complutense”, nosotros, los que no fuimos a la universidad, “antes tocabas la guitarra, Zenón. ¡Qué canciones más bonitas y más comprometidas cantabas, Zenón!” “antes sí que fumábamos buen hachís, Zenón, y no esta mierda que parece regaliz”, etc. Hay edades engañosas; cuando alcanzas la madurez has de sacudir de tu ropa el polvo de la juventud, de la arrogancia y de la ingenuidad. Lo que hiciste lo hiciste, y si se torcieron las cosas de nada sirve lamentarse. Los que dicen que se arrepienten deberían perder su nombre. Mi nombre es Zenón, Cayetano Zenón, como Zenón de Alejandría, y lo que a continuación se narra son los hechos acontecidos desde que me vi en la obligación de pedir dinero prestado para pagar el alquiler, hasta la tarde en que entré en la comisaría de la calle de las Huertas. Quizá el comienzo sea la adolescente Paula tomando de su Marie Brizard, pero esto es algo que no se puede saber porque lo uno va atado a lo otro, y si tiras de un cabo te llevas la ristra entera. La vida es un continuo que no conoce etapas; luego, el carnicero de la memoria corta por allí, corta por allá, tritura o adoba a su propio capricho.

Me había despertado por la mañana sin resaca y dispuesto a trabajar. Me había dicho la vida es algo posible y en mañanas como ésta el trabajo no sólo es castigo sino también entretenimiento: no



bendición pero sí entretenimiento para quien antes se ganaba la vida cantando corridos y ahora arrastra por las aceras muebles viejos y libros de segunda mano. Me había dicho arranca tu furgoneta y vete a la plaza de la Cebada, donde están vaciando un piso antiguo para alquilarlo. La plaza de la Cebada es un rincón muy acogedor en donde el siglo pasado se ajusticiaba en público con garrote vil. La gente compraba ensaimadas los días de fiesta y se pasaban por la plaza a verle la mueca al muerto. Cuando llegué a la plaza me dirigí a la dirección que tenía apuntada y dije: “Mi nombre es Zenón y me han dicho que tienen libros en venta.” Cargué varias docenas de libros y los revendí en la cuesta de Moyano por tres mil pesetas. Estaba contento como unas castañuelas en medio de un Madrid soleado y rugiente. Subí por la calle de Atocha y me desvié hacia Tirso de Molina.

—¿Adónde vas, Zenón?

—A casa a comer.

—¡Qué alegre se te ve, Zenón!

La estatua de Tirso parecía recitar a las palomas sus Cigarrales de Toledo, mientras los heroinómanos de la plaza se agarraban a los árboles para no estamparse contra el suelo. Cogí la calle de Mesón de Paredes para abajo. Éste es mi barrio y todo el mundo me conoce; desde mi furgoneta iba saludando a uno y otro lado.

—Guardo revistas para ti, Zenón.

—¿Ya no tocas la guitarra, Zenón?

Mi casa está en la calle de Cabestreros y tiene tres plantas. En la primera vive un matrimonio cincuentón, él es representante de una marca comercial de cosméticos, y ella cuida de la casa, como suele decirse. Cuando me cruzo en la escalera con él yo digo “hola” y él sonríe y dice “hola”; cuando me cruzo en la escalera con ella yo digo “hola” y ella entonces murmura algo por lo bajo con muy mala uva. Cuando suben juntos la escalera y me cruzo con ellos yo digo “hola” y él no se atreve a decir ni mu porque es un hombre muy sumiso a las determinaciones de su parienta. En la segunda planta vivo yo y en la tercera hay una buhardilla semiderruida en la que no vive nadie. Tanto la primera planta, como la segunda, como la buhardilla pertenecen a una misma dueña que vive en la calle de Santa Inés. Pago todos los meses cincuenta mil pesetas de alquiler. Ese mes era cinco de octubre y todavía no había pagado la mensualidad de agosto. Y ese día cinco en que me había levantado y me había dicho la vida es algo posible, así que pon en marcha tu furgoneta, de vuelta de la cuesta de Moyano me encontré con que la dueña y su hermano barbitas estaban dentro de mi piso, no fuera espe-



rando a que yo regresara, sino dentro para exigirme que abandonase ese mismo día la casa por impago. “¡Pero si ya casi tengo el dinero!”, mentí. Lo que sigue a esto es tedioso porque de entre todas las especies la más tediosa y agotadora es la que corresponde a los propietarios de pisos en alquiler. Forman una raza aparte por lo que no vale la pena detenerse en ellos. El caso es que logré que me diesen dos días de plazo para conseguir las cincuenta mil pesetas. Era lunes y el afilador hacia sonar su guaira por Mesón de Paredes.

Si fue esta circunstancia o fue el día que conocí a Paula el inicio de la historia que habría que acabar en la comisaría de la calle de las Huertas, es algo que no lo sé fijo. En aquel momento mis muebles, mis libros, todas aquellas cosas que son nuestras y que si bien no mueren con nosotros sí que forman parte de nuestra vida, la colección de revistas, las cintas de casete, el techo, la ducha, gritaban al unísono un único tema: ¡cincuenta mil pesetas! Así que entre libros y revistas busqué mi antigua agenda con la esperanza de que algún amigo me ayudara. El primer teléfono con el que di fue el de Luis Llorente. Marqué el número y oí la voz de su mujer. Me presenté y le dije que quería hablar con su marido. Dijo que su marido estaba en el trabajo. Le pregunté a qué hora volvería a casa y ella contestó que bastante tarde. Le pedí el número de trabajo de su marido, pero ella, con un tono manifiestamente molesto, dijo que era muy difícil localizarle mientras trabajaba. Entonces le dije que iría esa noche a visitarle a su casa. Me repitió que su marido volvía muy tarde. “¿A qué hora, más o menos?”, pregunté. Ella colgó el aparato sin despedirse. Luis Llorente perteneció conmigo al Partido Comunista y hoy trabaja en una empresa de no sé qué. Hacía por lo menos tres años que no hablaba con él. Justo cuando se casó. Su mujer me desprecia desde que eran novios. El varón es un cometa y la hembra es una jirafa que te atrapa al vuelo. Las cosas son así. Al comienzo avergüenza un poco reconocerlo, lo malo es cuando a uno le da por imponer al prójimo los motivos de su resignación. Si te mantienes a salvo andas por el solidario páramo de la decrepitud, y si te aúnas con la hembra has de caer en la espiral de ruindades y en el prematuro reconocimiento de la propia derrota. Hay chavalas cañón como Marilyn Monroe que hacen tambalear tus convicciones. Lo que pasa es que te enteras de cosas que tienen que acabar mal a la fuerza; la tía tomaba estimulantes antes de salir de casa y cuando llegaba al estudio se encerraba en el retrete a tomar tranquilizantes, y más tarde otra vez estimulantes, y, claro, no se puede ir en este plan. Esto de seguir remedios opuestos es muy típico en algunas mujeres. La mujer es una jirafa pero también al-



gunas noches es una salamandra; entonces los chicos nos ponemos pantalones cortos y le disparamos perdigón de copa.

—¡Aplástale la cabeza a esa puta, Zenón!

—Mira cómo trata de confundirse con la pared. ¡Va lista!

A eso de las nueve de la noche cogí la línea uno del metro en Tirso de Molina hasta la plaza de Castilla, donde tomé el autobús ciento veintinueve que deja muy cerca de la casa de Luis Llorente. Subí por Condado de Treviño y después giré a la izquierda. ¡A qué barrio más aparente te has ido a vivir, Luis! ¡Cuánto lujo! El portero me detuvo en la entrada; la portería de la casa de Luis parecía la recepción de un hotel.

—¿Adónde va usted?

—Voy al piso del señor Llorente.

El portero descolgó un telefonillo de línea interna para dar el aviso. Entonces yo desabroché un botón de mi chaqueta y fingí sentirme molesto:

—Me está esperando —dije.

El portero colgó el aparato y me dejó pasar. El ascensor era tan profundo que cabía un ataúd de largo. Era un ascensor fabricado en Zaragoza. Llamé al timbre de la casa de Luis por lo menos cinco veces hasta que abrió su mujer. “Mi marido no está”, dijo nada más verme. En el recibidor había una espejo como en casi todos los hogares, y del interior llegaba el sonido de la televisión. “Ya te avisé que volvería tarde. Si quieres dejar algún aviso...”, dijo haciendo ademán de cerrar la puerta. El televisor sonaba muy cerca: retransmitían un partido de fútbol. “No es necesario, gracias”, dije, y me fui. Era evidente que Luis estaba en casa viendo el partido, su mujer nunca fue futbolera. En estos casos de nada sirve montar un escándalo. Bajé por el ascensor que tenía unos once pies de largo. Cabía en él una cama, un ataúd, lo que fuese. En las casas de mi barrio no suele haber ascensores. Cuando un viejo se muere hay que bajarlo desde el tercer o cuarto piso. El viejo, que se ha dejado la salud subiendo esas escaleras seis veces, siete veces al día, hasta el tercer piso, hasta el quinto piso, uno se lo imagina asomado al ataúd con la babilia: “Ahora os jodéis y me bajáis en volandas con caja y todo. ¡Vaya coñazo esto de las escaleritas!” Las cosas son así, un día militas en un mismo partido con un amigo, y otro día se queda viendo el fútbol sin recibirte. Un día de juventud proclamas que los deportes no sólo son triviales sino también embrutecedores, y otro día le dices a tu mujer “abre tú la puerta y di que no estoy, que va a empezar el segundo tiempo”. Una cosa es la amistad y otra son cincuenta mil pesetas, ¡pero es que ni me dio opción a pedírselas! Pasé por delante del por-

tero sin mirarle siquiera. La puerta de salida estaba cerrada. Hice varios intentos por abrirla. Entonces me di la vuelta y vi la sonrisa irónica del portero. Pulsó un botón desde su tarima y el resorte de la puerta saltó automáticamente. De nuevo en la calle sentí ganas de gritar. Un perro lanudo me ladraba tras la malla metálica de un jardín privado. Me detuve ante el animal que seguía ladrando y revolviéndose como un endemoniado. De interior de la casa se encendió una luz duplicada por el limpio reflejo del agua de la piscina.

—¿Quién anda allí? —se oyó.

—¡Tu puta madre! —grité, y seguí andando calle abajo hasta la parada de autobuses.

Si fue entonces o fue el día que conocí a Paula el inicio de la historia que habría de acabar en la comisaría de la calle de las Huertas es algo que no vale la pena preguntarse. La vida es un continuo de días y de noches que de repente se acaba sin que te haya dado tiempo de pararte a pensar. De nada sirve engañarse. Se mire por donde se mire Madrid es una ciudad horrorosa. En Norteamérica tienen el Empire State Building y a Marilyn Monroe. A ti te tira esto y a mí lo otro. Por mi parte, me considero una persona conformada. Sólo quería las cincuenta mil pesetas para salir del apuro, de modo que a la mañana siguiente volví a abrir mi antigua agenda y di con el nombre de Ramón Quintana, que vive en Brunete, donde la batalla de Brunete. Por entonces las batallas de la facción rebelde se contaban por victorias. Atravesaron Brunete y dijeron: “¡Hala, línea recta hasta Puerta del Sol a comer olivas!” Subí al autobús de la estación Sur que pasa por Brunete. Cuando vi el rótulo en la carretera me apeé, miré hacia un lado y otro y pregunté.

—Sí, sí. Se casó con una maestra. Los dos son maestros. No será usted de la policía, ¿verdad?

—¡No, qué va!

Según se sube al pueblo desde donde para el autobús, a la derecha queda un parque muy bien cuidado y a la izquierda un cuartel de la Guardia Civil. El jubilado dijo “¡adiós!” a los guardias que vigilaban la entrada. Los guardiaciviles respondieron al saludo levantando la mano, y yo también dije “¡adiós!”.

Al llegar a la casa de Luis, el jubilado se pegó a mi como una lapa. “Ha sido usted muy amable”, dije al tiempo que llamaba al timbre de la puerta. Pensé que quizá esperase de mí una propina. Era un hombre vestido con un traje elegante; nadie diría de él que hace favores a cambio de unas monedas. Volví a llamar al timbre.

—Parece que no hay nadie.

—Eso perece.

Al final de un camino vi acercarse a Ramón de la mano de una chiquita joven y baja.

—¿No tendrá usted un cigarrillo por causalidad? —preguntó el viejo.

—¡Claro, hombre!

Como quería que el jubilado se marchase cuanto antes, le ofrecí junto con el pitillo dos monedas de cien.

—¿Por quién me toma? ¡Caray con los señoritos de Madrid! —gritó, y se fue voceando y sin coger ni siquiera el cigarrillo.

Ramón llevaba la misma barba que cuando le conocí; por entonces se emborrachaba a diario y escribía poemas de verso libre.

—¡Qué sorpresa! —exclamó al reconocermé.

Me hizo pasar a una sala muy acogedora donde nos sentamos mientras su mujer preparaba café. El suelo estaba muy limpio, la decoración era sencilla y eficaz, las plantas rebosaban salud, mostraban afecto y hasta daba ganas de morderlas. “Soy feliz”, dijo Ramón con una emoción serena que me impresionó. Su mujer trajo el café y volvió a dejarnos a solas. Hablamos de su trabajo, de su mujer, que se llama Cristina, y recordamos algunas de nuestras hazañas políticas de veinteañeros insolentes y bocazas. Después, refiriéndose a su hogar, dijo “es todo demasiado intenso”. No supe qué decir, me quedé mudo, tanto que cuando nos despedimos en el recibidor y él me preguntó si necesitaba algo, “no dudes en pedirme lo que sea”, respondí que había ido a visitarle porque me venía de paso hacia Madrid.

—Te agradezco que te hayas parado a vernos.

—No hay de qué.

De nada sirve detenerse a considerar si hice bien o mal en no desvelar la verdadera causa de mi visita e irme como llegué, con las manos en los bolsillos vacíos y la mente aturdida y un poco angustiada. Las mujeres entradas en años vuelven la cabeza hacia atrás cuando son víctimas de la desgracia y echan culpas a todo quisque; dicen “a ése le vi yo las intenciones pero le dejé pasar, tonta de mí”, “ya le había advertido pero ni caso”, “ya le dije que anduviese con cuidado pero parece que basta que se lo avises para que lo haga adrede”, “ya sabía yo lo que iba a pasar”. ¡Usted no sabía nada, señora!, ¡no se las dé de lista porque nanay! Al fin y al cabo Ramón es un funcionario, y ya se sabe que a los funcionarios son a los que menos les afectan las crisis, a los funcionarios y a los que no tenemos nada. La gente por esas fechas no hablaban más que de la involución económica de España. No tomé demasiado en serio el asunto hasta que al pasar frente al hotel Palace vi que lo habían rebajado

a cuatro estrellas. “¡Ya no hay huéspedes!”, exclamaba el portero de la entrada cuando me dirigí a él. Parecía muy afectado, con su librea azul marino y su sombrero de media copa inclinado y como a la deriva, igual que el hotel. No habría causado ninguna extorsión en la economía de mi amigo si le hubiese pedido las cincuenta mil pesetas, evitando tener que acudir a Chule, conocer a Paula y terminar en la comisaría de la calle de las Huertas. Pero el tiempo sólo tiene una dirección, que es hacia adelante. Por eso de nada sirve lamentarse. En crisis o en auge la gente madruga de igual manera. Te levantas medio dormido y no andas pensando cómo le va a España.

El sol se levantaba sobre Brunete implacable, como suele decirse. Junto a la parada del autobús no había ninguna sombra. Unos metros atrás quedaban los guardiaciviles. Les pregunté a voces a qué hora pasaba el autobús. “Por lo menos tardará veinte minutos –contestó uno–. Lo mejor es que se vaya usted a tomar una cervecita por ahí.” Como tenía el dinero justo para el billete me tuve que conformar con una sombra del parque. Cuando por fin pasó el autobús hube de correr y no lo perdí de milagro.

–¡Adiós! –exclamó un guardiacivil.

Subí al autobús. Las ventanillas estaban abiertas por el calor. Me asomé a una de ellas y grité: “¡Adiós!”

## 2

A la mañana siguiente seguía haciendo un calor sofocante, como se suele decir. Cuando no puedes dormir es una buena ocasión para quitar el polvo a la memoria. La memoria es un barco que se hunde y que exige una continua disciplina de rescate. Según se baja por Embajadores desde Cascorro a mano derecha quedan, por orden, la calle de San Cayetano, que tiene una iglesia justo al lado con su nombre y el de San Millán, la calle de Fray Ceferino González, de Rodas, de la Huerta del Bayo, de Mira el Sol y del Casino. Creo que no me dejo ninguna. La memoria es una metrallera canalla que a veces se encasquilla y no hay manera. Conozco el nombre de más de cien actores norteamericanos. La niña Elsie Leslie Lyde representó el papel del pequeño Lord Fauntleroy. Es una niña rubia, delgada y pálida cuyo retrato cuelga de una de las paredes del museo Thyssen Bornemisza de Madrid. La niña se sabía el papel al dedillo, pero la novela no la había leído nunca.

“¡Vaya tostón de novela!”, decía, y no le faltaba razón. Hay niños que juegan con muñecas y niñas que hacen de varones para el cine y el teatro, lo que no quiere decir que necesariamente luego

vayan a salir machorras o maricones. Los maestros progresistas hacen que alumnos y alumnas intercambien en clase sus papeles. Ellas vestidas de chicos quedan tan deseables que el profesor se ve en la necesidad de contenerse, mientras que los chicos, con las faldas y los labios pintados, quedan un poco ridículos; a algunos le da por hacer el payaso y poner voz de falsete, y a otros les entra la vergüenza y se vuelven hacia la pared, según la edad, porque se les atiesa la cola con el cambio. La gente llama anormal y corrido a lo que es regla común. Nadie duda de que los niños y algunos adolescentes gozan de los dos sexos, y cuando el sexo se decanta en ellos hacia un lado o hacia el otro, la vida se convierte en una cuesta que va para abajo sin remedio.

Estaba en éstas cuando llamaron al timbre de la puerta. No abrí porque supuse que sería la dueña del piso y su hermano barbitas dispuestos a hacer cumplir su ultimátum. Un cerrojo de cadenilla aseguraba la puerta. La dueña y su hermano abrieron con llave desde fuera, y la cadenilla hizo tope.

—¿Está usted ahí? ¡Haga el favor de abrir!

La vida es una plenitud que sólo se alcanza una vez, y el resto de la vida consiste en aferrarse más o menos a las costumbres. La vida es la niña Elsie Leslie Lyde o Paula en el Veleto con su Marie Brizard, y el resto es cepillarse los dientes y afeitarse.

—¡Abra o llamamos a la policía! —exclamó él.

—¡No nos haga tirar la puerta abajo porque irá a cuenta suya! —exclamó ella.

Justo enfrente de mi casa se encuentra el bar el Veleto. Lleva por nombre el Veleto porque así era de cornamenta el toro bravo que por poco arranca la vida de Camachín, el hijo del dueño del bar, que se llama Camacho. Cuando Camachín decidió hacerse torero se puso el sobrenombre de Machete, de Camachete. Ésta es una historia un poco triste que no vale la pena recordar. Machete perdió la afición el día mismo de su alternativa, cuando un toro pastueño y veleto a punto estuvo de mandarle al otro barrio. Ahora, cuando a Camacho le preguntan por su hijo, se encoge de hombros y dice: “Por ahí va repartiendo prensa. Madrugar, madruga, pero a mediodía ya está libre, y gana más que yo, ¡hay que joderse!”

La dueña y su hermano barbitas patearon la puerta en balde porque no cedió. Cuando se fueron me levanté de la cama con intención de tomar un licor en el Veleto. En la escalera coincidí con el vecino. Yo dije “hola” y él resopló, se estrujó las manos y dijo “hola”. El vecino se mostraba nervioso y no dejaba de sonreír.

—¿Qué, no se viene a tomar una copita al Veleto?

—No —contestó desolado—, lo siento. No puedo ayudarle en lo del piso. Mi mujer y yo hemos oído el escándalo. No me pida dinero. Ya sabe, la crisis nos afecta igual a unos y a otros.

Ya en la calle se alejó en dirección contraria a la mía. ¡Y dale con la crisis, copón! Ésta fue la última idea que recorrió mi cabeza antes de que entrase en el Veletto, viese a Chule y conociese a Paula. Este relato bien podía haber empezado aquí, pero las cosas conviene tomarlas con carrerilla por si las moscas. Aunque tampoco hay que excederse en esto; hay quien toma tanta carrerilla que llega a la línea de salto rendido y con la lengua fuera, o quien pierde la gana con el aperitivo y come luego a disgusto, o quien se amodorra en el Nodo y pasa en duermevela el resto de la película. Las cosas son así y no vas a ser tú quien las cambie.

En el Veletto, Camacho despachaba bebidas a mi amigo Chule y a una gachí muy guapa y muy joven. “Te presento a Paula”, dijo Chule, y yo dije: “Me llamo Cayetano Zenón, como Zenón de Alejandría; aquí todos me conocen por Zenón.” Ella dijo: “Claro, yo a ti te conozco, tú eres el de la guitarra.” La gente del barrio me sigue conociendo como “el de la guitarra” porque antes me ganaba la vida cantando corridos por las calles, cantando boleros, tangos, garrotos, milongas y lo que pidiese el personal. La gente lo agradecía porque yo cantaba al natural y procurando no cansar; hay tíos que apenas saben tocar de memoria y se plantan en una esquina con el órgano eléctrico y los amplificadores a dar la matraca toda la santa mañana con el mismo pasodoble dale que dale, y parece que dice: “Hasta que no me saque el jornal estoy dispuesto a no dar tregua. así que ya podéis ir largando guita porque yo no me canso. Ya podéis ir largando guita porque yo traigo pasodoble para rato. Niña, pasa el platillo y no te canses de insistir.” Todos me conocen como “el de la guitarra” aunque hace tiempo que ya no la toco. Compré una furgoneta de segunda mano con la que me gano la vida recogiendo muebles y libros en las aceras, en los contenedores de basura, en las casas viejas o semiderruidas; entro en ellas con permiso o sin permiso, por la puerta o por la ventana, y las dejo desnuditas de libros, desnuditas de cuadros, de armarios, de sillerías, de arcones, de molduras, lo que se dice desnuditas con estas manos y mi furgoneta, en dos o tres viajes, en diez viajes, en quince viajes, a la vista de todos, y he vendido los libros en Arniches, o en León, o en la cuesta de Moyano, y he vendido los muebles en Curtidores, o en Ventorrillo, y todo por su precio, tú me das esto y yo te doy esto, o lo tomas o lo dejas. En cambio, nadie me reconoce ahora por mi

trabajo; antes me decían toca esto, canta lo otro, pero ahora nadie me dice “anda, Zenón, date otra vueltecita por el barrio con el furgón metiendo ruido”. Las cosas son así, cuesta abajo.

Paula tenía dieciséis años y demasiada prisa. Esto de la prisa es común en las mujeres, pero una cosa es la prisa, otra la precocidad y otra el vicio. No quiero decir con esto que Paula fuese una salida, eso sería injusto además de demasiado aventurado a estas alturas del relato. Paula era una mujer capaz de confundir a los hombres, eso es lo que era. El macho por la mañana se ciñe el pantalón y sin vacilar orienta su picha como los toreros hacia uno u otro lado de la pernera; anda muy seguro entre las hembras hasta que da con una que le dice “por ahí”, y va el macho y cuando llega ve que ella está en otro lado diciendo “por allá”, y vuelve el macho a embestir humillando y barriendo el suelo con el morro. Paula bebía Marie Brizard con hielo y cada vez que daba un trago al anisete sonreía con la misma dulzura de su sabor; sonreía mientras que con una mano apartaba la pelambre que le tapaba la cara, y con la otra se alisaba de un golpe la falda, un golpe seco como si quisiera sacudirse de todas nuestras miradas. Hay tías que con un beso te clavan un veneno que te ha de llevar al cajón. “Mira ese alacrán, ten cuidado, no acerques tanto la mano aunque parezca un diamante...” y ¡zas! Paula mojaba sus labios en anisete y apoyaba en la barra el vaso, en el que había quedado una breve mancha roja de carmín, como si hubiese bebido de él un herido.

–Ponme un MG a cuenta, con tónica –dije a Camacho.

–Pronto empiezas.

–Ya ves.

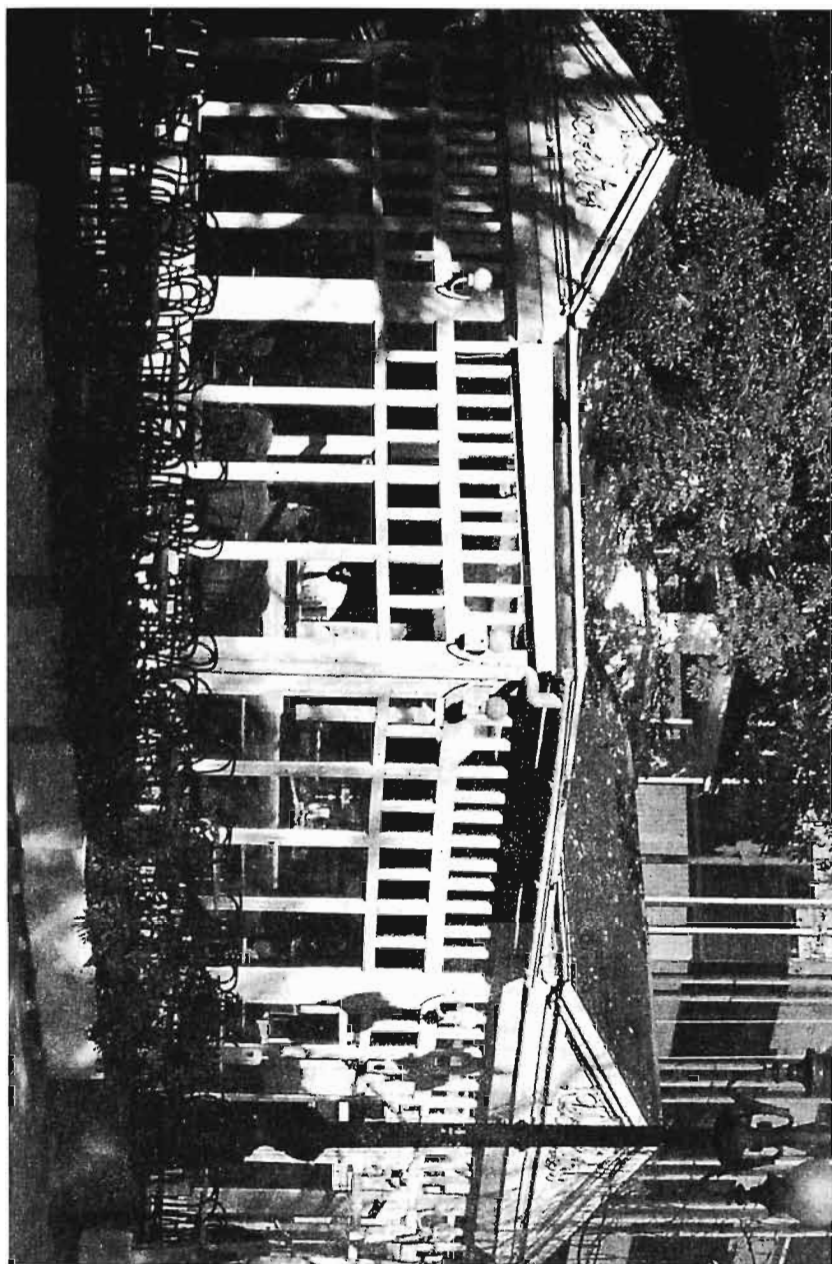
La ginebra hizo que la realidad comenzase a perder sus aristas ante mis ojos, a hacerse posible y, cuando me apoyaba en la barra, hasta prometedora. Una pareja de policías pasó ante la puerta del Veleto. Chule les dirigió un corte de mangas y se ajustó la pierna de plástico.

–Chule, a ver cuando te compras la pierna de fibra.

–A la fibra que le vayan dando. Con el plastiqué voy listo.

El sobrenombre de Chule procede de Patachula, que es como le llamábamos cuando perdió la pierna izquierda. Chule andaba metido en líos hasta que la policía fue a por él. Le dieron el alto por los solares abandonados de Méndez Alvaro, y él dijo eso de “piernas para qué os quiero”. El disparo de un secreta le voló la rodilla. Cuando Chule salió de la cárcel no se detuvo hasta dar con el secreta que le malogró la pierna. Le dijo: “Me has hecho perder la





Los bulevares han vuelto a adquirir protagonismo  
en las novelas de estos años



pierna pero a ti te voy a dejar la cara que no te van a reconocer en tu casa.” Le dio más hostias que a un hijo tonto. Tuvo que regresar por ello una temporada a la cárcel, “¡pero qué a gusto!”, repetía. Follar y dar de hostias a un policía son placeres muy intensos que a menudo se cobran precios muy altos. La vida es como las damas: tú te comes una y a ti te comen seis.

–Volverías a hacerlo, ¿verdad, Chule?

–¿El qué?

–Lo del secreta.

Chule se ríe por lo bajo mientras vuelve a ajustarse la pierna. Con el sudor se le despega la cinta aislante y le asoma por el dobladillo del pantalón.

Conozco a Chule desde que éramos críos, cuando comíamos tiza y robábamos cascots de botellas. A veces parece que no ha cambiado nada, que sigue siendo el niño rebelde de siempre, un niño cojo y medio alcoholizado, pero no es así. La noche de San Lorenzo nos colábamos en el parque del Retiro para ver tendidos las estrellas fugaces que son las lágrimas de San Lorenzo. Chule siempre se quedaba dormido y yo entonces pensaba en todo eso de lo grande que es el universo y que nosotros somos menos que hormigas insignificantes, y mi alma se estremecía un poco. Luego me levantaba y ponía en remojo los pies en el estanque, o me masturbaba con cualquier foto arrugada de alguna chica extranjera. A la mañana siguiente matábamos una o dos palomas desde el tejado de su casa. Teníamos unos tirachinas de metal con goma de neumático y metralla de hierro, capaces de matar a una persona. Cargarse a una persona es algo sencillísimo, o al menos eso pensábamos. El caso es que a veces uno tiene la impresión de que Chule sigue siendo el mismo joven malvado, pero no es así. Ahora no mata a las palomas de Lavapiés, sino que les da de comer pan seco y arroz cocido. Las palomas le reconocen, y cuando le ven llegar con la bolsa de arroz levantan vuelo a un mismo tiempo y trazan un peculiar dibujo sobre la plaza. Después descienden y rodean a Chule y la comida; fuera de sí, las palomas zurean y le hacen arrumacos. Entonces Chule vacía las migas y el arroz y se pone muy contento.

–¡Cómo te gusta dar de comer a las palomas, Chule!

–¡Y que lo digas!

–¡Qué buen corazón tiene! Conozco a Chule desde la infancia y nunca me negaría un favor, como yo no se lo negaría a él. Por eso no le pedí las cincuenta mil pesetas; sé que él hubiese sido capaz de volver a la cárcel con tal de conseguirlas. Hay entre nosotros un pacto implícito, que es de no pedirnos dinero. Y no se lo

pedí. Pero cuando Paula dijo “Tengo que irme”, después de haber terminado su tanda de sonrisas y balanceos, después de haber dicho que se alegraba de conocerme y que esperaba volverme a ver pronto, “yo también soy casi del barrio”, después de haber dejado su vaso vacío de Marie Brizard sobre la barra y haber metido un hielo en su boca roja, y de triturarlo con sus dientes como si fuera una roca y ella una niña dragón, entonces, cuando ella ya se había ido, le conté a Chule mi problema con el piso y él me propuso un trato que a mí me pareció ventajoso. ¡ay!, y salvador. Él me prestaba el dinero, sin plazos ese mismo día; a cambio yo le dejaba mi piso para esa tarde y alguna que otra tarde durante las semanas siguientes. Yo no debía hacer preguntas al respecto. “Trato hecho”, dije, y nos pedimos otra ronda de MG con tónica y Ricard con refresco de cola. Sentí mi alma tan aliviada que el MG llegaba sin raspar hasta el estómago y me quitaba el hambre sin provocar náuseas. Camacho, por su parte, se sentía feliz de que una tía como Paula hubiese visitado su local. Camacho es un hombre cansado que ya no espera nada de la vida pero que sabe agradecer lo bueno que todavía recibe de ella.

Cuando pusimos fin a las rondas de MG y Ricard, el reloj marcaba casi las cuatro de la tarde. La realidad no sólo había perdido sus aristas sino que se mostraba cóncava ahí donde era convexa, y curva donde era plana. Subimos sin demasiado esfuerzo hasta la casa de Chule, en Santa Isabel. Su mujer nos abrió la puerta.

—Te presento a Carmen, mi equivocación —dijo Chule.

Carmen dio un portazo pero Chule ya había metido media pierna en el interior de la casa. Carmen empujaba la puerta impidiéndonos la entrada, mientras que Chule hacía lo posible para no ahogarse de la risa.

—Ayúdame, amigo —dijo—. Es una mujer muy brava.

La casa de Chule se encuentra enfrente del cine Doré, uno de los más antiguos de Madrid, si no el que más. Ahora lo han reconvertido en Filmoteca y en la puerta se agolpa gente joven que habla en inglés y en otros idiomas del extranjero. El bar no es muy caro y los aseos están limpios. A veces se puede ver a famosos como Luis García Berlanga, que es un director de cine de prestigio, saludando a los que se les acercan. Todos le llaman Luis y le preguntan: “Cómo va eso, Luis”; él responde que bien, aunque no se acuerda del nombre de casi ninguno, como es natural.

Por fin pudimos abrir la puerta y dirigirnos al dormitorio, donde Chule guardaba el dinero. Junto a la cama había un niño en una

cuna. Carmen se encerró en el cuarto de baño diciendo que se iba a quitar la vida. Con el dinero en la mano me sentí de perlas. El niño se puso de pie sobre el delgado colchón.

—Ajo, ajito, cinco lobitos —cantaba Chule mostrando ahora una, ahora otra cara de la mano al niño.

Agarrado a los barrotes de la cuna el niño era feliz, pero cuando soltó sus manitas para dar una palmada, cayó hacia atrás golpeándose con los barrotes del otro lado. Desconcertado, rompió en sollozos.

—Ea, ea, sana sanita, sanita sea.

Al oír llorar al niño, la presunta suicida salió del cuarto de baño y le cogió en brazos.

—¡Fuera, fuera! —nos gritaba encolerizada.

Chule extendió su brazo cordial sobre mis hombros y me acompañó hasta la puerta.

—Ya sabes —dijo—, esta tarde no pases por tu casa.

Le di las llaves y bajé por la calle de Santa Isabel hasta Santa Inés. Llamé al timbre de la casa en la que vive la dueña de mi piso. Abrió la puerta su hermano barbitas. “Aquí tienes el dinero”, dije, y seguí Santa Isabel abajo hasta la glorieta de Carlos V. Allí emprendí la cuesta de Claudio Moyano hacia el parque del Buen Retiro. A mi izquierda quedaba el Jardín Botánico. Por ese lado la verja tiene muy poca altura y es muy fácil de saltar. En verano abundan las parejas de amantes audaces que se cuelan en busca de un lugar íntimo y también romántico. Por eso no es extraño encontrar por la mañana condones en los parterres que lindan con la reja. El asunto se consiente mientras no vaya a más. Arriba, los libreros comenzaban a abrir sus puestos de compraventa.

—¿Qué tal, Zenón? ¿Dando un paseíto?

—¡Zenón sin guitarra! ¿Ya no cantas en el Retiro?

—¿Vas a echar la siesta al Retiro, Zenón, o qué?

En la entrada suroeste del parque se levanta una estatua de Pío Baroja. Viste boina y abrigo largo. Hay mucha gente que lo confunde con Galdós. Ven la estatua y dicen “mira, el de los *Episodios Nacionales*”, y entran en el parque tan anchos. Aunque peor es el caso de los extranjeros, que al verlo con boina creen que es un pintor. De nada hay que sorprenderse. Todas estas cosas me las cuenta Pirulo, que lleva cuarenta y cinco años vendiendo pipas en el Retiro, y ha visto de todo. Pirulo nació en la calle de Ibiza hace setenta años, y desde entonces su foto ha salido a menudo en la prensa local de Madrid con motivo de las fiestas de agosto. Madrid es una ciudad cosmopolita que en agosto se vuelve un poco provinciana, to-

do hay que decirlo. Le hacen siempre las mismas preguntas: “¿Qué se siente después de medio siglo vendiendo pipas?”. “¿A qué personajes famosos ha visto pasar por esta puerta?”. Pirulo se encoge de hombros y pregunta cuándo le van a hacer la foto. “Ya va, hombre, la foto.” La verdad es que desde hace años Pirulo lo que menos vende son pipas; vende chicles con azúcar y sin azúcar, chocolatinas, gominolas, gusanitos, y así.

Anduve hasta las mesitas de la Asociación de Amigos del Retiro, justo al lado del palacio de Cristal. Desde ahí es fácil ver ardillas, mirlos, mosquiteros, carboneros, verderones y otras aves. Lo que más abunda son gorriones, palomas y urracas. La gente, después de pasar por la estatua de Baroja, ven a un mirlo y dicen: “Mira, una urraca”, ven a cualquier pájaro amarillo y dicen: “Mira, un canario.” La gente es la repera.

En las mesitas de la Asociación se encontraba Mister jugando al ajedrez con otro de los de costumbre. A Mister le llaman así no porque sea inglés, ¡ya le gustaría a él!, sino porque es muy señorial y pinturero. En invierno se pone guantes blancos para jugar, y en verano no se desprende de la americana ni aunque se ase de calor.

–¡Hola, Zenón! ¡Tú por aquí!

–En algún sitio hay que pasar la tarde.

En las mesitas de la Asociación no sólo se juega al ajedrez, sino también al dominó, al mus, al subastao, al siete y medio, a la escalera y a muchas cosas más. También está el juego de la ranita, en el que tienes que atinar el tejo en la boca de una rana de plástico. La mayoría de los que vienen por aquí son jubilados. Pagan mil pesetas al año. Pagan y dicen “A ver si llegamos vivos para la próxima cuota; a ver si gastamos bien las fichas y ennegrecemos la baraja aquí dándole toda la santa tarde”. En el tablón de anuncios cuelga una fotografía de Pirulo recortada del periódico. También hay una foto de Chulín, que es otro de los socios. Debajo de la foto se lee: “Desaparecido el dos de octubre. Rogamos pónganse en contacto con la familia. Teléfono... etc.” A Chulín le llaman así no porque sea un poco chulo, qué va, sino porque tiene los ojos achinados.

–Chulín anda por aquí –me dice Mister–. Todas las tardes viene su hijo el médico a preguntar, pero tú no digas ni mu.

Un poco más arriba, junto al palacio de Cristal, veo pasear cabizbajo a Chulín. Le saludo y apoyo mi brazo sobre sus hombros. Andamos un rato sin decir nada. Respira con dificultad y se diría que está a punto de llorar. “Mira, Chulín –le digo–, yo

también tengo problemas. Hoy casi me echan del piso y ahora no puedo ni entrar en él porque se lo he prestado a un amigo. Seguro que se está divirtiendo de lo lindo con una chavala, y yo aquí paseando el hambre.” Chulín se suena los mocos y rompe a llorar. “Vete, vete”, dice. Y le dejo a solas sollozando en las puertas del palacio como una princesa fea.

A eso de las diez de la noche consideré que Chule habría terminado con su asunto, así que orienté mis pasos hacia la casa. Era una noche romántica de luna llena, una de esas noches cálidas de las que en París se dice que media ciudad hace el amor a la otra media. Bien es verdad que aquí en Madrid no es para tanto. Qué complaceme más a la mujer es algo que ni ella misma sabe. A la mujer hay que contrariarla para que le dé gusto, si no, no hay manera. La gente tiende a valorar las cosas antes de reconocerlas.

Las treinta casetas de Moyano, todas iguales, dormían con la reja bajada. Al otro lado de la tapia se asomaban los árboles oscuros del Botánico, se inclinaban por el viento como si quisieran susurrar algo al peatón. Pero el hombre es sordo para la mayoría de las cosas, y además se obceca. Pasé ante el museo Reina Sofía y no paré hasta mi casa. Pegué la oreja a la puerta. Ni un ruido. Encontré la llave bajo el felpudo. Todo parecía ocupar el mismo sitio, excepto la cama, que ahora estaba deshecha y olía a hembra. Me acosté sin cambiar las sábanas. El hombre no sólo es sordo sino también mudo para decir lo que piensa y parece que tiene la boca para echarse a perder. Pensé en que tal vez ese olor perfumado que recorría la almohada fuese el de Paula. Era una aroma de limón.

### 3

El sábado siete de octubre me levanté tarde. La realidad se mostraba grave y pesada pero me había dicho: “La vida es algo posible, así que vístete y sal a la calle; levántate, orina y sal a la calle, ¡qué es eso de cebarse en la rareza!” Por Cabestreros y por Embajadores la gente me llamaba por mi nombre; me desvié en la calle de Miguel Servet y al pasar ante el bar La Mancha vi que Chule estaba dentro con Paula. Formaban un grupo con Groucho y unos cuantos más. Paula me reconoció y me hizo señas para que entrase.

—¿Qué vas a tomar, Zenón?

—Un combinado de MG con tónica.

Paula dio un sorbo a mi bebida antes de pasármela. En el vaso había dejado el contorno de sus labios pintados. Giré el vaso y bebí por donde estaba limpio.

–Chule me habla mucho de ti –dijo.

Un heroinómano entró en el local. Tenía las manos hinchadas y cubiertas de heridas. Pidió cambio al camarero. Paula quiso ocultarse detrás de mí, pero el heroinómano la reconoció al salir:

–¡Adiós, hermanita! –exclamó.

–¡Adiós, hijo de puta!

Los que estábamos allí nos quedamos unos instantes en silencio. Paula apartó el pelo de su cara y cambió su expresión severa por una sonrisa. Todo recuperó su normalidad. Apuró su bebida y volviéndose hacia mí dijo:

–Bueno, ya vas conociendo a mi familia.

Chule se urgaba la boca con un palillo muy asquerosamente.

–¡Qué cerdo eres, Chule!

–¡Huy, ya salió el finolis!

Paula se apartó de nosotros para pedir en la barra otra ronda de Marie Brizard y MG. Chule aprovechó para ponerse a mi lado.

–Me alegro de que estés aquí porque tengo que pedirte algo –dijo–. Para esta tarde, sin falta, tienes que dejarme otra vez el piso.

Guardé silencio. Paula regresaba con las bebidas. Chule, expresivo, se agarró los cojones para enfatizar la súplica: “Por favor.” Le di las llaves. El rumor barullero del local crecía: había que gritar para entenderse. Con la misma mano con que Chule había hecho su gesto procaz, ahora rozaba discretamente el culo de Paula. Ella bailaba ondulante como un pez en una atmósfera de humo. La otra mano de Chule la guardaba en el bolsillo de manera que no se sabía si estaba acariciando mis llaves o sus huevos. El ambiente se animaba tanto que era difícil sostener el vaso sin verterlo. Decidí marcharme. Chule me siguió.

–No vuelvas antes de las nueve –dijo.

–Es con Paula, ¿no? –pregunté.

Los que entraban en el bar arrastraban a Chule al interior. Se quitó el palillo de la boca y, fuera ya de mi vista, exclamó: “¡Claro!”

Subí por la calle de Miguel Servet hacia arriba, o, mejor, hacia arriba y también hacia los lados a causa del MG. La calle de Miguel Servet tiene un nombre muy aleccionador para todo el mundo. Para unos porque recibió el justo castigo a su soberbia: “Ese que ha pasado la vida escribiendo libros. ¡que muera abrasado por ellos!” Se levantaba fresco por la mañana y decía en latín “Eso de la Santísima Trinidad es imposible”, el tío. Ésta es una vía. La otra es la de los que ven en su biografía un ejemplo de la intolerancia eclesiástica y la sinrazón. Luego, claro, están los patriotas incondicionales como los de Huesca. Apenas oyen el nombre de Miguel Servet, se les

hincha el pecho y dicen: “¡Hombre, pero si era de mi provincia, como Ramón y Cajal!” Así es la vida.

Llegué hasta la plaza de Tirso de Molina agotado por la cuesta y la falta de alimento. Dicen que las de Huesca son poco folladoras, en cambio las de Albacete... Ya se sabe, “el que va a Albacete, mete”. La estatua de Tirso parecía recitar a las Palomas, mientras los heroinómanos permanecían semidormidos y algunos entrecruzaban frases de amor. Las palomas andan un poco confundidas porque no distinguen a los poetas pobres de los heroinómanos. Se acercan confiadas a éstos, creyendo que son los otros, y en el momento menos pensado se llevan un zapatillazo que las deja alichulas. “¿Has visto cómo ha salido aventada de lado? Un poco más y la encesto en el cubo de la basura.” Hay dichos que no obedecen a la realidad. De eso de que “la de Plasencia no se lo piensa”, vete tú a saber. Uno de los heroinómanos que había sentados en los bancos se acercó a mí. Era el hermano de Paula. Puso su mano llagada sobre mi hombro y dijo: “He visto que andas con mi hermanita. Te gusta la tía, ¿eh?” Me desprendí de su brazo pero él me seguía: “Es una mentirosilla. ¿Cuántos años te ha dicho que tiene? Miente más que habla.” De nuevo apoyó su brazo en mi espalda. “¿Te ha pedido dinero? –preguntó—. Dime la verdad.” Aparté su brazo de un manotazo y giré por la calle de Atocha hacia abajo con paso rápido hasta que lo dejé atrás. Al igual que el día anterior, subí por la cuesta de Moyano ante las treinta casetas.

–¿Es que vas borrachín, Zenón, que ni saludas?

–¿Qué te preocupa, Zenón?

Pasé frente a la estatua de Baroja. Es una escultura mediocre que no dice ni fu ni fa. Yo prefiero volar con las palomas hasta la estatua amable de Tirso, o la espectral de Valle Inclán en Recoletos, o la piedra retadora de Calderón, en la plaza de Santa Ana. Pero eso es sólo con la imaginación. Lo cierto es que estaba otra vez a las puertas del Retiro con la necesidad de pasar la tarde hasta las nueve. No terminaba de explicarme qué podía ver Paula en un lisiado cabrón como Chule. La mujer es una jirafa tarada. Tú dices “esto es así, eso es asá”, pero nunca aciertas.

En las mesitas de la asociación, Mister jugaba al ajedrez abriendo de blancas. Al ajedrez se juega sobre una tabla cuadrada con sesenta y cuatro escaques alternativamente blancos y negros. Esto lo sabe casi todo el mundo. Lo que no saben es que el alfil representa a los elefantes. La gente cree que los alfiles son los pajes por ser esbeltos y acompañar a los reyes, pero no es así. La gente desconoce la mayor parte de las cosas y le trae al fresco. A los hombres



cultos esta circunstancia les produce lástima, pero no hay que olvidar que un hombre culto es alguien que se pasea por la playa con apenas dos puñados escasos de arena en los bolsillos.

—¡A ver si se entera de que no se puede enrocar al rey si éste se ha movido antes! —gritó Mister a su oponente.

—¡Vamos, hombre, no se ponga así por un juego de niños!

—¡Usted es un anormal! ¡Váyase usted a jugar a la ranita!

La consciencia nace de la cultura y de la repetición de los actos que son las costumbres, aunque el hombre culto no es más consciente que los demás. El hombre culto es un bichito que se ha empachado y casi no puede arrastrarse. Tú te acercas y le dices: “¡Pero, válgame Dios, cómo está usted así!”, y él se encoge de hombros y a veces vuelve la cara de pura vergüenza. También hay ocasiones en que se engalla: “Miradme, miradme”, dice. En Madrid se ve lo que se dice de todo.

Cerca del Teatro de Títeres me encontré con Chulín. Llevaba cuatro días sin volver a casa. Me pidió prestadas dos mil pesetas para pagar la pensión. “Lo siento, Chulín. Sólo llevo veinte duros encima.”

—Entonces préstame mil. Hay pensiones que por mil pesetas duermes.

—Lo siento, ya te he dicho que sólo llevo veinte duros.

—Entonces vete —dijo, dándome la espalda.

—¡Chulín! —grité—. Si te puedo ayudar en alguna otra cosa...

—¡Vete, vete ya!

—Pues vete tú también y que te den por el culo!

Miré el reloj. Eran casi las nueve. Tomé el camino de regreso por la puerta de Felipe IV, donde hay unos jardines tan bien recordados que parece que estás en Versalles. Dirán lo que quieran, pero el mejor rey que hemos tenido es Felipe II. Los demás o han sido unos simples o han salido afrancesados. Este Juan Carlos que ahora tenemos es muy saludador, y en cuanto puede se va a esquiar a Candanchú.

De vuelta, sin saber lo que me esperaba, la debilidad y el ayuno forzado elevaron mi espíritu a tan nobles materias, que me vi en la necesidad de sentarme en un banco de la glorieta de Carlos V para tomar aliento. En éstas, una pareja de jóvenes turistas me preguntó en qué dirección estaba el museo del Prado, y era tal mi mareo que los envié a Vallecas. Repuesto, llegué hasta el portal de mi casa, y al subir me encontré con que pegado a mi puerta estaba el vecino del primero. De interior se escuchaban unos profundos y trastornadores jadeos de mujer. El vecino, creyendo que era yo, como es

de lógica, el que hacía gozar a la hembra, se había arrimado confiado a la puerta, de modo que al verme a sus espaldas no era tanta su vergüenza como su desconcierto. “Usted disculpe...”, dijo marchándose. Llevaba la bragueta desabrochada. “Hostias con el Chule”, pensé. Desde el Veletto se divisa con claridad mi casa, así que decidí esperar allí a que terminasen. Tomé un tinto porque no llevaba dinero para más. A los diez minutos se abrió la puerta del portal. La mente funciona a su aire, y lo que creemos que nos va a perturbar, a menudo nos deja tan panchos, de igual manera que algo que creemos indiferente, nos altera tanto cuando sucede que no llegamos a reconocernos a nosotros mismos.

Salió Paula del portal y tras ella, para mi sorpresa, no iba Chule sino un hombre de unos cuarenta años, grueso y con bigotillo. Pensé que quizá fuese una casualidad su encuentro en las escaleras, de modo que subí hasta mi casa para ver si encontraba ahí a Chule, pero en mi casa no había nadie, salvo una cama deshecha y un intenso olor a pescadilla, como suele decirse.

Bajé de nuevo al Veletto y le dije a Camacho: “No llevo un chavo pero ya puedes ir despachando a cuenta.” Cuando bebes en ayunas las musas te acompañan: “Te llevaremos por los aires de plaza de Castilla a Portazgo, de Aluche a Canillejas. Aunque no conozcas otra cosa es suficiente. Basta vivir en Madrid para subir al cielo.” Salí del Veletto y bajé por Embajadores hasta La Bodeguita. “Perderte una copa de gratis no es caridad sino justicia –dije al dueño–. Sabes de sobra que en más de una ocasión he dejado el jornal en esta barra.” Me invitó sin vacilar. Entonces entró un viejo borrachín del barrio que cuando está muy beodo le sale el mariquita. “¡Huy, huy!” chillaba, ruborizándose por cualquier menudencia.

–¡Venga, venga! –decía el dueño del pequeño bar–. ¡Lo más selecto de Embajadores a beber gratis a La Bodeguita! ¡Así nos va a todos! ¡Alegría!

El viejo levantaba el faldón de su camisa como si enseñase el trasero de verdad. Le entraba la risa, se atragantaba y le salía la cerveza por la nariz.

–Amarillo en inglés es “yellow”; uno es “one”, dos es “two”, tres es “three”.

El sol del domingo daba en mi cara cuando desperté. La almohada estaba mojada de un extremo a otro a causa del sudor. Una pesada carga espiritual oprimía mi pecho. Los hombres no



lloran, me dije, y giré mi cuerpo a la par que mi cabeza hacia la parte de la cama que permanecía en sombra. Los hombres se creen en la adversidad o se hunden en ella para siempre. El hombre frívolo dice: “A mí plin, que son tres días; ahí va la corriente, ahí me dejo arrastrar.” El hombre superior resiste y embiste; razona cuando hay que razonar y blasfema cuando es preciso. Dice: “Con este par de cojones...” La gente borreguil confunde la cojonera con un cencerro. Se echan atrás a la primera y buscan refugio en las tareas maritales. Existen tantos hombres como clases de hombres. Cada cantador y cada torero tiene su estilo propio. Jesulín de Ubrique lidia de cerca y dice que no traicionará su toreo por estar en Las Ventas. La cantaora flamenca Maite Martín no quiere grabar; si quieres oírla arrímate a ella y aprende. Así van sucediéndose las generaciones y las ciudades. El cielo de Madrid no se orienta por las iglesias como en otras urbes. Sabe dónde están los Jerónimos pero pasa de largo; se congrega en el norte de Madrid y va descendiendo por la Castellana indiferente a todo hasta llegar a Atocha, a La Latina, y ahí se dispersa hacia abajo sembrando la desgracia. Es un cielo caprichoso donde los haya. Errol Flynn se saca la picha en una fiesta norteamericana y con ella toca el piano “You’re my sunshine”. A Marilyn le entra la risa. ¡Vuelve a reír y sálvanos, Marilyn! ¡Levántate, Zenón, de la cama y aparta de ti el derribo! Cuál ha sido el error es algo que no vale la pena preguntarse. Tú andas de un sitio a otro y respondes siempre a un mismo nombre. Un día morirás y entonces te llamarán por tu nombre: “Levántate, Zenón, y dinos qué has hecho, si has ennoblecido a los de tu especie o has buscado la aprobación, si ha vencido en ti la naturaleza o el ángel!” Y tú en vano buscarás una piedra o una mujer tras la que esconderte. Tendrás que decir: “Yo, Zenón...” Y en ese instante sabrás que o se te llena la boca al pronunciar tu nombre, o en vano has vivido.

Una vez puesto en pie tracé el siguiente plan: reunir los libros que quedaban en el apartamento, cargarlos en la furgoneta y llevarlos a casa de la señora Dessy, quien bien seguro pagaría no menos de diez mil pesetas por ellos. Cupieron en dos cajas no muy grandes. Había en ellas un ejemplar censurado del *Quijote* con ilustraciones de Doré, varias guías de viajes, las obras completas de Poe y Dostoievski, *Moby Dick*, una colección de artículos de Eugenio d’Ors y diversas biografías. Pero de aquello que más me dolió desprenderme fue de un libro ilustrado de actrices norteamericanas. Había en él doce fotografías de Marilyn. En

una se asoma a una terraza de apartamentos de Nueva York, en otra bebe de un vaso mientras escucha a un hombre que está de espaldas, en otra viaja en autobús, en otra lee un libro. También hay fotografías de Katharine Hepburn y de Audrey Hepburn que está anoréxica perdida y que aquí ha encontrado mucha simpatía entre la derecha española; “una actriz muy decente”, se oye a menudo, ¡como si Marilyn no lo fuera! ¿Y Errol Flynn? Estaba muy orgulloso de su picha, qué duda cabe. ¡Qué se lo pregunten a Truman Capote! “Francamente, si no hubiese sido Errol Flynn, no creo que lo hubiese recordado”, dice. ¡Vamos, Truman, no frolees tanto! ¿Y tú, Marilyn? ¿Es cierto lo de la fiesta y lo de “You’re muy sunshine”? “¡Oh, no! ¿Es que vais a empezar otra vez con las preguntitas?”

La señora Dessy vive en un piso junto al puente de Segovia. Ojea el estado de los libros y de tanto en tanto resopla y mueve la cabeza de un lado a otro. La señora Dessy no es extranjera, ni mucho menos, aunque tiene aspecto de haber sido muy guapa de joven.

—¿De dónde has sacado todo esto, Zenón?

—¡Uf...! Un poco de por allí, un poco de por allá. ¿Has visto las fotos de Marilyn?

Una de las estampas tiene como fondo las cataratas del Niágara. Marilyn viste un chubasquero amarillo chillón.

—Te doy doce mil por todo.

—Es poco. ¿Y si me quedo con las fotos de Marilyn?

—He dicho que por todo.

Coge el dinero y sal a la calle, Zenón, pensé. Acepté las doce mil y en la puerta me despedí de la señora Dessy. “No me gusta regatear, ya sabe”, dije. “Claro, claro, todavía hay clases —dijo ella—. Ven a tomar el café cuando quieras. ¿Te van bien las cosas?” Me encogí de hombros. “¡Adiós!” El ascensor tenía un espejo de cuerpo entero. “¡Adiós!”, dijo el portero a mis espaldas. “Adiós. Marilyn.”

Lo primero que hice con el dinero fue comprar gasolina para la furgoneta. Después fui a comer al restaurante chino de la calle de la Cruz. Como eran ya las cinco de la tarde, el local estaba cerrado al público, pero me dejaron pasar. Todas las mesas estaban recogidas excepto una en la que comía la familia que dirige el restaurante. El hijo menor, de unos quince años, montó una mesa para mí. Pido tallarines fritos y chop-suey de gambas. El padre se levanta para prepararlo. “Siento molestarles”, digo. Entonces todos rechazan la disculpa medio en chino medio en español y siguen comiendo. Mastican con la boca abierta y hacen mucho ruido al absorber los alimentos. Esto es normal entre los chinos y no es señal de mala

educación, aunque dé mucho asco. Pensé en si dispondría de mi piso o no para esa tarde. Chule se estaba excediendo; un pequeño préstamo no obliga a tanto. Qué turbio asunto se traía entre manos era algo que yo no iba a convertir en mi problema. Al menos eso creía, aunque ya sabes, crees una cosa y ¡zas! Debía recuperar el dinero cuanto antes, pero ¡ay!, el dinero no crece en los árboles, ¡y uno no siempre está en condiciones!

–Sus tallarines.

–Muy amable.

Sobre mi cabeza colgaba de la pared un cuadro con las veinticuatro posturas del Tai-chi simplificado: el caballo que agita la crin, la doncella que teje con la lanzadera, el gallo dorado que se sostiene a la pata coja, y así. Cuando he terminado el hijo más joven me invita a un poco de sake. En la botella dice Gu-Yin. Por efecto óptico, el líquido transparente hace que en el fondo del vaso, menudo como un dedal aparezca la figura semidesnuda de una señorita china. Vaciado el vaso, el dibujo desaparece, apenas queda de él un borrón. El joven ha permanecido a mi lado observándome.

–Ya no está la chica –dice.

Miro por debajo del vaso y digo: “Se ha ido.” El joven se vuelve hacia su familia y exclama algo en chino que hace reír a todos. El padre me mira a la vez que asiente con la cabeza. Pido la cuenta y me voy.

Y fue entonces, de regreso a casa, en el bar Los Lusitanos, donde había entrado a tomar un café, en Mesón de Paredes, justo un poco más arriba de la estatua de Agustín Lara, mexicano, “que cantó a España antes de conocerla”, según la inscripción, autor del chotis “Madrid”, cuando, sentado en una de las mesas del fondo vi entrar a Paula acompañada de un hombre treintañero que vestía traje deportivo. Él tomó un carajillo y ella no tomó nada. Hablaron muy poco y salieron cada uno por un lado, ella hacía arriba y él hacia abajo. Puse el importe del café sobre la mesa y salí detrás de Paula. Subió por Mesón de Paredes hasta Tirso de Molina, giró a la derecha por Duque de Alba y siguió por San Millán hasta la plaza del Humilladero, donde se introdujo en un portal. Entré en un café situado enfrente. La casa de Paula tenía cuatro pisos. Era una casa que yo conocía de sobra porque Chule había vivido en ella durante su primer año de matrimonio. Pedí otro café. Sobre la barra se sostenía un expositor de cintas de casete. Había cintas de Farina, de Carlos Cano, de Georgi Dann, del Fary, colombianas de Ana Reverte, rumbas de Peret; también había cintas más modernas, como la de Rock Radical, con canciones del conjunto Cicatriz, Extremadura, Capitán Caernícola, etc. El dueño del local se acercó:

—¿Qué, no se anima a comprar una cintita para el coche? ¡Hay variedad!

—No, gracias. La cuenta.

Salí del local hacia el edificio en que había entrado Paula. Chule vivió en el tercer piso, puerta izquierda, de recién casado, antes de que le desgraciasen la pierna. Yo subía a visitarle y él me invitaba a cerveza del tiempo. Junto a la puerta se levantaba una fila de cajas de cerveza. Abría las botellas con el cerrojo de la puerta; las chapas iban al suelo y había que apartarlas a puntapiés. También había en el suelo serrín y peladuras de gamba y de cacahuets, como en los bares. Presidía el salón un cartel de la Pasionaria, y su mujer andaba por la casa descalza y medio desnuda. Claro está que entonces eran otros tiempos. Luego, con el niño y las estancias de Chule en la cárcel su mujer entró en razón. A su mujer le entró la fiebre de la escoba, y desde ese momento todo iba de mal en peor. Por entonces las cosas eran diferentes; entiéndase, la suciedad es sinónimo de dejadez, pero también puede llegar a serlo de resistencia. Chule daba un trago a su cerveza y decía: “Aquí seguimos, aguantando contra todo.”

No es necesario darle vueltas a la idea de que en cada momento uno se suma a lo que hay. Utilizas la engañosa palabra “todo”, la sospechosa palabra “sistema”, “resistir”, “estado de cosas”, ¿pero luego, qué? Madrid no se divide entre norte y sur, derecha política e izquierda, sino entre cielo y suelo. El cielo de Madrid es caprichoso donde los haya. Hoy sales adelante, ¿y mañana, qué?

—¿A qué piso va usted? —me preguntó una señora que bajaba por las escaleras del edificio.

—Al tercero izquierda —contesté al tiempo que me abría paso hacia arriba. Presentí que Paula vivía en la misma puerta que había vivido Chule. Recordé el mismo olor a humedad de años antes. En el rellano del tercero esperé a recobrar el ritmo de la respiración antes de llamar al timbre. Abrió la puerta una mujer de unos cincuenta años.

—¿Vive aquí Paula? —pregunté.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Zenón.

—Paula no está. Ha salido.

—La he visto entrar hace un instante.

—¿Qué quieren ustedes de mi hija? —gritó, y cerró de un portazo.

Mis sospechas se habían confirmado. Abajo, la mujer con quien antes me había cruzado se apoyaba en el dintel del portal.

—¿Es usted la portera?

La mujer ni me miró.

—¿Conocía usted a los antiguos inquilinos del tercero izquierda?  
—insistí.

—¿Se refiere usted al cojo?

—El mismo.

—Es el dueño del piso. Lo tiene en alquiler.

—Pero el piso no era suyo... —objeté.

—Sí era suyo. Es el dueño y lo tiene en alquiler.

—¿Está usted segura?

—¿Es que es usted de la policía?

—Es usted la portera o no?

De nuevo cayó en el mutismo. Mis nuevas preguntas parecían reforzar su indiferencia hacia mí.

Miraba a un lado y a otro como si yo fuese transparente. “¡Está bien, señora, ya me voy! ¡Y afeítese el bigote de una vez, señora!”

Según me alejaba de la casa, todo lo sucedido se despejaba en mi cabeza; ahí donde había una sombra ahora resplandecía la luz, que a su vez proyectaba otra nueva sombra más prolongada y más oscura que la primera. La luz es el saber y las tinieblas son el saber. Haces una cosa y después otra, pero nunca progresas. “¡Ay cómo echa ese toro las manitas! ¡Es un toro pastueño que se llama Bribón!” Tú dices “éste es el saber”, ¿pero hacia dónde señalas? Jesulín de Ubrique dice “éste es el saber”, ¿pero hacia dónde señalas? ¡Señalarás a la mujer! Marilyn dice “éste es el saber”, ¿pero dónde está Marilyn? El cielo de Madrid es así de caprichoso. Parece un cielo despejado y transparente como una bandera de gasa, cuando lo cierto es que se extiende como una tela dura de Cilicia, tela de hacer sacos ásperos y toldos recios y escapularios de mortificación. Señalar hacia arriba es un gesto baldío.

De vuelta a Cabestreros me envolvía un ánimo alegre y saltarín. Quiérase o no, llevar nueve mil pesetas en el bolsillo da brío, tanto que parece que las piernas saben distinguir el roce de los billetes. El sol comenzaba su retirada alargando los perfiles del domingo; las sombras de las personas semejaban gigantes y las casas bajitas daban sombra a toda una plaza. Bajé desde Tirso de Molina por la calle de Embajadores, giré en Cabestreros y subí las escaleras de mi casa de dos en dos. Descansé sobre mi cama a la vista del desordenado panorama de periódicos y revistas que cubrían la casi totalidad del suelo. Conservaba ejemplares de *El Pápus*, cuya sede recibió un bombarzo fascista de mierda, de *América Libre* y otras curiosidades que hoy se pueden vender a un precio razonable. También guardaba decenas de números del *Blanco y Negro*. Merece la

pena hojear la sección de esquelas y generales que publica los domingos el *ABC* junto a la cartelera y los premios al décimo de la lotería nacional. Las tarifas oficiales de las esquelas van del uno al seis, costando la uno veintiocho mil pesetas, y setecientas mil y pico la seis. La número dos es la más socorrida y cuesta cincuenta mil y pico. A pie de página no falta la foto del negrito hambriento que muere cada dos segundos: “¡Con tan sólo setenta pesetas al día usted puede solucionarlo!”

Me encontraba reagrupando los periódicos y revistas cuando llamaron al timbre. Sin hacer ruido me acerqué a la mirilla y vi que al otro lado se encontraba el hermano heroinómano de Paula. Permanecí inmóvil como un lagarto hasta que volvió a llamar. Después oí cómo se alejaba escaleras abajo.

Haces unas cosas y después otras, y por más que apliques la linterna del entendimiento, más se emponzoña todo y más asco da. Sabes, al menos, que las respuestas no se obtienen preguntando sino dejando mentir. Tú eres un camaleón que juega con las negras y que ni siquiera tiene vela en este entierro.

5

No todos los escualos tienen por qué ser tiburones blancos, ¡pero que le pregunten al bañista de Málaga qué sintió al quedarse sin los cinco dedos del pie! Los escualos, como los tiburones, son cortos de vista, y ya se sabe, un pie se parece a tantas cosas que no es de extrañar. Que un escualo navegue por las costas de España no significa que sea un escualo español, ni que tenga sentimientos españoles, porque el mar no es de ninguna nacionalidad. Cuando ya habían pasado dos horas desde la visita del hermano heroinómano, volvió a sonar el timbre. Era Chule. Le dije que no quería volver a prestarle el piso. Le ofrecí las nueve mil pesetas; el resto se lo devolvería en dos semanas a lo más. Chule se sonreía mientras ojeaba las tías en pelotas del *Interviú*. “De acuerdo –dijo–. Sólo te pediré el piso una vez más, y será mañana.” Hay tías que aparecen en las revistas sin gracia como Dios las trajo al mundo, tiradas sobre un sofá o en un jardín con cara de frío. Otras, en cambio, van enfundadas y aún no se han desabrochado dos botones que ya te ponen la picha brava. Cedí en lo de dejar el piso a Chule por un día más, ¡qué remedio!, y entonces abrimos unas cervezas y nos entregamos a la alegría. Los escualos, como los tiburones, además de cegatos son tontos perdidos. No son como los delfines, las ardillas o los chimpancés. Decir “voy a vengarme de un escualo” es como el niño que da una



patada a la silla con que ha tropezado. La alegría no es única de nuestra especie; aprovecha, Zenón, me dije, porque la alegría dura el tiempo de la cópula de los conejos. El resto de la vida es carrerilla tonta y lo que queda de algún raro y remoto impulso de juventud. Bajamos al Veletó a tomar ron Negrita hasta que cerraron a la una de la noche. Entonces Chule se fue a su casa y yo dije que me iba a la mía, pero cambié de opinión y emprendí camino cuesta arriba hasta la plaza del Humilladero, donde entré en el bar en el que había estado esa misma tarde, frente a la casa de Paula. Las luces del edificio estaba apagadas. Durante los dos siguientes negritas mantuve mi vista vigilante en el portal, pero llegado al tercero mis sentidos habían adquirido tal grado de autonomía y destreza que ya no necesitaba mirar a la casa para saber quien entraba y quién salía de ella. Una hora más tarde apareció en el bar Chulín. Se dirigió directo hacia mí: “Perdóname por lo del otro día –dijo–. Sabes que en mí tienes un amigo.” “Descuida –dije–. Sé que pasas por momentos difíciles. ¿Has vuelto a tu hogar?” Chulín bajó la vista y murmuró: “He vuelto”, aunque cualquiera habría afirmado que seguía en la calle, a juzgar por su mal olor. “¡Arriba los corazones!”, exclamé, pero Chulín, que acababa de pedir una copa de coñac Veterano, no parecía capaz de remontar su bajo ánimo. “Me encontraron junto al estanque y me hicieron volver a la fuerza –comenzó a decir–. En casa de mi hijo no me dirigían la palabra. Esta mañana fingí sentirme mal. Llamaron a mi hijo a su consulta diciéndole que me estaba muriendo. Vino a casa con lágrimas en los ojos y pidiéndome perdón. Pero ya había llegado el médico de guardia para entonces, quien después de auscultarme diagnosticó que no se trataba más que de una simple chiquillada de viejo. Cuando el médico se despidió, mi hijo me obligó a vestirme y me echó a la calle. Y aquí estoy, otra vez sin dinero.” “No te preocupes, yo te invito”, dije. “Entonces, ¿puedo quedarme a dormir en tu casa?”, preguntó asido a mi muñeca con sus dos manos; apretaba tanto que me hacía daño. “¡Claro que puedes, Chulín, pero no pienses que vivo en una mansión!” Salimos del establecimiento cogidos de la cintura de manera que parecíamos un par de maricones. Daba igual aparentar una cosa que otra. El macho se crece con el alcohol, pero apenas esconde un poquito de pluma, el beber se la termina por sacar y anda toqueteando aquí y allá, con la mirada fija en el bulto de los varones.

A la mañana siguiente, cuando desperté, el sillón en el que había dormido Chulín estaba vacío. Se había ido mientras yo dormía. Las *Interviú* estaban dispersas y fuera de su sitio. Cuando quise saber



la hora, me di cuenta de que me había robado el reloj y el dinero. También había cortado con el cuchillo de la cocina las cuerdas de mi guitarra. ¡Hace falta tener mala hostia para hacer el mal sin sacar provecho! Lo maldije una y otra vez hasta que se me cansó la lengua.

El cielo estaba nublado y tristón. Supuse que sería ya medio día, por lo que salí a la calle dejando, según lo convenido, la llave bajo el felpudo. Con las ciento y pico pesetas en calderilla que Chulín había dejado, compré en el supermercado cuatro tomates. Me los comí en la calle, camino del Retiro, como si fuesen manzanas. No eran tomates de huerta pero quitaban la sed. Los libreros de Moyano cerraban sus puestos y los árboles del Botánico, recortados sobre el fondo gris oscuro del cielo, ya no eran vegetales afrancesados sino sombras encapuchadas en lúgubre procesión. “¿Adónde vas, Zenón, con el día que hace?”, exclamó un librero. No me volví, y al pasar junto a la estatua de Baroja, con el corazón acongojado e indignado por los de mi misma especie, con los ojos cerrados, recobrando el estribillo de la primera hora maldije a Chulín. Nadie me oyó porque apenas había nadie en el parque. Las aves, ajenas a la meteorología, cumplían con su vida ordinaria y más adelante, sólo y digno, el sabio Mister, sentado en uno de los bancos de la Asociación, ya izaba su mano enguantada al reconocerme en la distancia. “A los hombres superiores se les distingue en la manera de andar”, dijo. Permanecimos un rato en silencio hombro con hombro. Podría haber empezado hablándole de mi ruina económica, de Paula, de quien en verdad no sabía nada, o de mi triste episodio con Chulín, pero hablamos de los pájaros que anidan en el Retiro. Si dices “en el parque del Retiro hay mirlos, petirrojos, estorninos”, la gente te mira incrédula. Dices “también hay ardillas que saltan de árbol en árbol con el timón de su cola”. Sabes de memoria el nombre de más de setenta especies de aves, el nombre de más de cien actores de Hollywood, más de quince sonetos de Garcilaso, y cuando llegas al Retiro todo te pesa; te gustaría entonces arrancarte la cabeza y jugar al balón con ella, o asustar con tu cabeza debajo del brazo a las chicas que pasean. Nos dirigimos hacia el estanque, no el grande de las barcas, sino el pequeño estanque que sirve de espejo al palacio de Cristal. Mister es un hombre de conversación agradable y de gusto cultivado que a veces se pone un poco pesado cuando habla de Zubiri o de Ortega y Gasset. Junto al estanque había un padre de familia con un niño de unos seis años. “¡Mira que lago!”, dijo el padre refiriéndose al estanque.

En la orilla se erguía un cisne negro sostenido por una sola pata. El hijo, al verlo, dando muestra del instinto poético de los niños, exclamó: “¡Qué paloma más grande!” El padre, vuelto hacia el cisne, dijo: “Vaya pato!”, volviendo a manifestar su zafiedad. Mister se acercó al animal y le tiró un pedazo de pan que guardaba en el bolsillo. El cisne dedicó al mendrugo un leve giro de cabeza que no le apartó de su hieratismo. Las palomas ávidas y los gorriones bochincheros se convocaron sobre el migacho rechazado. El aleteo hizo retroceder unos pasos al niño, mientras que Mister permanecía inmóvil con la mirada fija en el cisne y las manos hurgando en los bolsillos. Volvió a arrojar otra miga a los pies de la bestia, que persistía en su actitud de desprecio. El niño palmeaba ante los ojos orgullosos del padre. “Vámonos de aquí”, dije. Y conforme nos alejábamos del estanque, Mister volvía su mirada de asombro cada dos pasos hacia el cisne negro. Atrás quedaba el palacio de Cristal, y sobre él las ardillas. Porque en el parque del Retiro hay ardillas, y mirlos, y estorninos. La gente piensa que en el Retiro sólo hay tías piernonas. Cuando ven a un mirlo negro dicen “mira, una urraca”. Cuando pasan ante la estatua del ángel caído dicen “pobre ángel, lo atrapa una serpiente”. ¡Ignoran que él es la serpiente porque él es Satanás! ¡No saben que el hedor de Satanás se presenta en frasco de perfume! La estatua del ángel caído no tiene inscripción porque no conviene eso de escribir por ahí el nombre del diablo. ¡La superstición! Me despedí de Mister en la puerta de Felipe IV que da salida al parque. Había un chino que vendía latas de refrescos pero no le compré ninguna porque de nuevo estaba sin dinero. A las nueve y media me puse en camino hacia mi casa. Recorría la calle de Alfonso XII cuando la lluvia, que venía amenazando durante todo el día, empezó a caer indecisa primero, con entusiasmo después, desde el cercano cielo de Madrid. No busqué refugio sino que seguí andando con la cabeza más alta si cabe, hasta llegar a la esquina alta de Claudio Moyano y desfilar de nuevo ante las treinta casetas cerradas y uniformes. Subí las escaleras de mi casa corriendo porque me meaba encima. No encontré las llaves bajo el felpudo. Pulsé el timbre hasta casi fundirlo. Volví a llamar a la puerta, esta vez con los nudillos. No se oía el menor ruido del interior. Como no disponía de ninguna copia de la llave, me dirigí, otra vez bajo la lluvia, hacia la casa de Chule en la calle de Santa Isabel. Bien me podía haber meado en los pantalones, pues tan empapado estaba que no se habría notado. Frente a la casa de Chule se encuentra la Filmoteca Española, donde se puede entrar

a mear sin dar explicaciones a nadie. En cuanto me puse a hacer pis se colocó en el meadero de al lado un gachó que ni meaba ni nada y que no hacía más de mirarme la cola. “¡Ya puedes mirar, ya! ¡Me cago en Dios!”, grité. El tío se abrochó la bragueta y se largó pitando sin lavarse siquiera las manos. A la Filmoteca Española vienen muchos maricones. Te sientas a ver una película y, si vas sin compañía, a los cinco minutos ya tienes al mariquita de turno que se te sienta al lado y te arrima la rodillita. Si tu picha entonces se pone dura no quiere decir que tú también seas maricón. A veces dejarse hacer una paja por un tío despeja la mente y elimina prejuicios. Uno dice “es como tener una tercera mano”. La vida es así. Basta que digas “jamás beberé de este agua”, para que bebas a tragos. Crucé Santa Isabel para subir al piso de Chule. Su mujer abrió la puerta. La casa olía a detergente y a tabaco. “¡Tienes visita!”, exclamó hacia el interior. Apareció Chule sobre sus muletas con una sola pierna y el cabello mojado. Chule se quita la pierna para andar por casa igual que otros se ponen las pantuflas. Le dije que mis llaves no estaban bajo el felpudo, y que dentro no contestaba nadie. Torció el gesto y dijo: “Espera.” Al rato volvió con su otra pierna, escupió por el hueco de la escalera y cuando la baba estalló en la planta baja dijo ¡Plas!” Bajamos por la calle del Calvario y del Olmo. El día estaba tan triste que daban ganas de echarse a llorar en cualquier portal. Chule, en cambio, pisaba alegre por el medio de los charcos. Antes de emprender las escaleras de mi casa me detuvo para decirme: “Has de saber que Paula, además de heroinómana, es una putilla. Yo le consigo tíos por teléfono y vamos a porcentaje. Es una mina, macho. Les digo a los tíos que ella tiene quince años y ella les hace creer que tu casa es la suya, y que su madre regresará de un momento a otro. A la gente eso le excita una enormidad. Se corren en un santiamén y se largan como las balas. Supongo que se habrá quedado dormida. Ya lo sabes todo.”

Si hay algo que aplanan más que un domingo soleado es un lunes tormentoso. Tiritaba de frío. En el aire sonó un trueno y Chule estalló en carcajadas que el eco del patio devolvió rotas y aceradas. Grité: “¡Chule!, ¡Chule!, ¡por favor, Chule!”, pero él no me oía, afanado en hacer sonar el timbre de la puerta, que ya había alcanzado, una y otra vez hasta que el timbre perdió el aliento como si se ahogase. Entonces golpeaba con el puño con más y más fuerza. Sin tomar carrerilla dio un empujón y la puerta cedió delicadamente para ofrecernos la imagen lívida de Paula desnuda y muerta sobre la cama. Se había desangrado por el se-

xo. El colchón, que era de espuma, había absorbido la sangre como una esponja de esquina a esquina. Tenía las manos atadas con la cinta de la persiana, enredadas de tal forma que me hicieron pensar en esa diosa convertida en árbol en brazos del amado. Pero no era a verde ramaje de laurel a lo que olía la estancia sino a rezumadero. Asomé la cabeza por la ventana. Las gotitas repiqueteaban sobre mi frente de dos en dos; decían: “Non-Ze-non-Ze...” Chule marcó el número de la policía, que es el cero noventa y uno o noventa y dos: “Ha habido un asesinato –dijo–. Vengan lo antes posible.”

[...]



# JUAN MANUEL DE PRADA

(Baracaldo, Vizcaya, 1970)

*Las máscaras del héroe.* Valdemar. Madrid. 1996

Desde el título de su primera obra ya pregonada, *Juan Manuel de Prada la estirpe de sus maestros: Coños* (1995), colección de glosas dedicadas a la celebración lúdica de la mujer, era un homenaje explícito a los *Senos de Ramón Gómez de la Serna*. Ese mismo año, publicaría *El silencio del patinador*, un volumen de relatos donde se congregan algunas de las obsesiones más recurrentes del autor: la pérdida de la inocencia, el miedo como acicate sexual, la devoción por la noche, cierta visión alucinada de la realidad. En el último cuento de este libro, “Gálvez”, ya se hacía un retrato fulgurante y amargo de la bohemia madrileña de principios de siglo, en torno a la figura del poeta hampón Pedro Luis de Gálvez.

Si sus dos primeras obras habían convertido a Juan Manuel de Prada en “la gran promesa blanca” de nuestra literatura (en palabras de Rafael Conte), con la aparición de *Las máscaras del héroe* la promesa se hizo deslumbrante realidad. A lo largo de seiscientas páginas, desfilan casi treinta años de vida literaria en Madrid, desde 1908 hasta 1936: un magma de tinta y de sangre que Prada moldea con un estilo barroco y sin concesiones, y en el que tendrá cubida los ambientes más sórdidos de la bohemia, las algaradas proletarias, el nacimiento y ocaso de las vanguardias, los atentados anarquistas y las tertulias comandadas por Gómez de la Serna, Cansinos-Asséns o José Antonio Primo de Rivera, con el telón de fondo de una Historia que se va enturbiando hasta degenerar en la Guerra Civil.



*Las noches suicidas del Viaducto, los tumultos de Ateneo, los estrenos y mitines políticos del Teatro de la Comedia, los cafés donde se disparan versos y balas (desde el Pombo de la calle Carretas al Lyon D'Or de Alcalá), las huelgas de Cuatro Caminos o el pavoroso colegio de San Antón, convertido en cárcel durante nuestra contienda, componen un carrusel de crueldad y belleza, presidido siempre por la sombra apocalíptica y casi legendaria de Pedro Luis de Gálvez.*





## *Las máscaras del héroe*

[...] A eso de la medianoche, cuando el último tranvía discurría por Serrano, aparatoso como un rinoceronte sonámbulo, se disolvían las veladas, en un clima de bostezos y ojos escocidos de legañas. Al cuarto de hora escaso, llegaba Ramón, como un príncipe que disfruta de sus dominios en la clandestinidad; después de disparar algunas greguerías, mandaba a Colombine que se recostara sobre un diván y le exigía:

–Desabotónate la blusa.

Colombine obedecía, con resignación vacuna y dejaba que Ramón le aflojara el sostén y liberara sus senos, que enseguida empezaba a magrear, como un xilofonista de anatomías invertidas. Sarita y yo asistíamos al espectáculo táctil desde el vestíbulo, apostados detrás de la puerta, y comprobábamos que Ramón, por razones de escrúpulo estético, no incurría en el coito: entendía el sexo, igual que la literatura, como un ejercicio de malabarismo y cosificación, de ahí su preferencia por los preliminares.

–¿Ves cómo para ponerse cachondo no hace falta meterla en el agujero? –me decía Sarita.

Y allí mismo, en el vestíbulo, perpetrábamos un simulacro sexual que ya se iba haciendo aburrido y nos besábamos someramente, pues la saliva de Sarita, mezclada de mocos, me producía cierta repugnancia, como ya consigné. Sarita me masturbaba con una codicia sedienta, como si quisiera extraer agua de un pozo; a fuerza de repetirse, fue aminorando mi pasión y agotando mis reservas seminales, todavía exiguas, pues acababa de inaugurar la pubertad. Ramón, después de su ración de xilofonía carnal, se quedaba dormido, acurrucadito sobre el regazo de Colombine.

–Este muchacho no tiene remedio –se lamentaba ella.

El sexo sin penetración, que como rareza o capricho puede resaltar entretenido, llega a convertirse en una condena sin alicientes que ni siquiera obedece a la satisfacción previa del pecado. Me despedía de Sarita y bajaba por las escaleras crujientes de sigilo y carcoma hasta la planta del caserón que mi padre se había reservado como vivienda, una planta desdoblada en habitaciones como nichos que ya iba cobrando cierto aspecto de bodega sin ventilación o catacumbas donde se almacenan cadáveres putrefactos de olvido. El cáncer óseo o los remordimientos de conciencia habían postrado a mi padre en la cama; en su habitación, se respiraba un aire contaminado de bacterias y de fantasmas. Reclinado sobre la almohada, asomaba su rostro de facciones como de pergamino; en las sienes le palpitaban unas venas obturadas de sangre reseca o medicamentos adulterados.

—¿Has visto a tu madre? —me preguntaba, con una voz pródiga en los laberintos de la locura.

—Madre murió hace muchos años. Descanse y no diga bobadas.

Su cuerpo se iba descomponiendo desde dentro, en una gangrena inversa a la que sufrían los soldados destacados en el monte Gurugú y en el Barranco del Lobo. Colombine viajó a Melilla, decidida a cambiar el curso de la guerra, y empezó a mandar unas crónicas indignadas, dirigidas sobre todo a esas madres proletarias que se quedaban huérfanas de hijos, exhortándolas a la esterilidad, unas crónicas de un feminismo rudimentario (frente al feminismo científico que vendría después) que fueron recibidas con entusiasmo en Madrid, al revés que los artículos añejos que enviaba Gálvez. Aunque frecuentaban ambientes más bien dispares y casi refractarios, Colombine coincidió en un par de ocasiones con Pedro Luis de Gálvez en la oficina de telégrafos: iba vestido —según nos contaría a su regreso— al estilo bereber, con chilaba y turbante y babuchas de un color pardusco, como de arena sucia; lo acompañaban un par de muchachas indígenas (probablemente putas, pues no se cubrían el rostro con un velo) con las que se entendía en un dialecto entre español y beduino, una especie de aljamía que restaba sordidez al cortejo. Seguramente, a Pedro Luis de Gálvez le gustaban las moras porque le recordaban a las gitanas del barrio de Trinidad, en Málaga, pero con más roña intrauterina. A Colombine le había costado reconocer a Gálvez, no sólo porque su indumentaria dificultase sus facciones:

—Tenía un aspecto feroz y renegrado, como esos hombres del desierto. Su salario de corresponsal se lo gastaba en tabernas. ¡Cómo le apestaba el aliento!

Me imaginé a Gálvez hablando con una voz pastosa, por culpa de aquel vino africano que se coagula en la garganta, como la sangre con excedente de plaquetas. Acababa de recibir un telegrama de don Miguel Moya, en el que se le comunicaba su despido, y sus ojos refulgían con un brillo anticipatorio del delito.

—Me aseguró que se vengaría —dijo Colombine, con un escalofrío. Y vaya si se vengó.

Sin escrúpulos patrióticos ni de ningún tipo, Gálvez decidió colaborar con los moros que asediaban el monte Gurugú. Empezó a traficar con mulas, un negocio que, años más tarde, en el curso de la Gran Guerra, haría ricos a muchos ganaderos españoles que, con el beneplácito de Romanones, comerciarían con sus recuas a través de los Pirineos: la mula española es un animal obstinado, sordo y estéril como el argumento de un político, una bestia que no se arredra en el fragor del combate. Gálvez, perdidas ya esas reticencias iniciales que dificultan el desarrollo de los bajos instintos, planeó los pormenores de aquella operación: compró media docena de mulas al ejército español, presentándose como periodista y poniendo a don Miguel Moya como garantía de pago; luego, inició tratos con las cabilas atrincheradas en el Barranco del Lobo. La transacción se llevó a cabo en el interior, junto a los oasis de Tafilalet; Pedro Luis de Gálvez consiguió revender las mulas por una suma que triplicaba su precio originario (un precio que ni siquiera había tenido que desembolsar, pues el ejército español había aceptado el aval ficticio de don Miguel Moya). Con los beneficios de la reventa, pudo comprar mil y una noches de amor mercenario.

A su regreso de África, Colombine narraba las trapisondas de Gálvez con mucho aspaviento e indignación, que lograba transmitir a sus oyentes. Sólo yo la escuchaba con un fascinación trémula y admirativa: la figura de Gálvez se agigantaba a mis ojos, envuelta en una aureola de prestigio delincuente. Yo, de mayor, quería ser como Gálvez; quería, incluso, excederlo en sus hazañas.

El principal perjudicado por esta bellaquería, don Miguel Moya, tuvo que satisfacer su deuda con el ejército sin atreverse a formular preguntas sobre el destino de aquellas mulas, por no verse envuelto en un escándalo de alta traición, justo entonces, cuando su periódico suplía la escasez de noticias sobre la guerra del Rif hurgando en las alcantarillas del poder, exhumando fondos de reptiles y comisiones poco ortodoxas y acusando a varios inspectores de prisiones de haber formado una trama que desviaba a sus bolsillos parte del presupuesto destinado a la manutención de los reclusos. El contubernio, que salpicó a varios funcionarios del Ministerio de



Gobernación, se habría dirimido ante el Tribunal Supremo, después de muchos recursos y meandros judiciales, si los fiscales de este tribunal, entre quienes se encontraba el padre de Ramón Gómez de la Serna, hubieran hallado motivos para fundamentar una acusación (pero quizá ellos también participaban en el reparto de beneficios); las organizaciones anarquistas, que por entonces abastecían las prisiones del país, anunciaron represalias contra el estamento judicial. En ausencia de Colombine, que seguía atendiendo su corresponsalía en Melilla, Ramón buscaba consuelo en su hermana Ketty; entraba en el caserón de la calle Serrano y anunciaba, con una voz de plañidera:

—Los anarquistas le mandan anónimos a mi padre, y lo amenazan con secuestrar a sus hijos.

A Ramón, nacido con vocación feliz y despreocupada, se le venían encima unos acontecimientos tan caudalosos como su propia literatura, y lloraba sin pudor (nunca lo tuvo: era un exhibicionista) sobre el regazo de Ketty, siempre húmedo a causa de los tocamientos y manipulaciones deshonestas. Su novio, Cansinos-Asséns, la malquistaba contra Ramón, a quien ya profesaba una rivalidad sorda y asimétrica: sorda, porque nunca se atrevió a expresarla; asimétrica, por esa ausencia de reciprocidad que Cansinos encontró siempre en su antagonista: mientras él cultivaba un odio minucioso, Ramón se limitaba a ningunearlo.

—¡Mira que si me secuestran los anarquistas y piden rescate por mí! ¡Imagínate el disgusto de mis padres!

Ramón había olvidado el monóculo sin cristal y la pipa sin tabaco y los demás adminículos que utilizaba para confundir a sus interlocutores; su llanto resonaba en el salón, hueco y definitivo como la digestión de una ballena muerta. Cansinos le propinaba puñetazos en el pecho, exigiéndole entereza, aunque, a juzgar por la saña que empleaba, más bien parecía querer hundirle el esternón. A Ramón, con el berrinche, se le subía a los mofletes toda la sangre de repuesto.

—Lo que debe hacer es independizarse, como hemos hecho los demás —le aconsejaba Cansinos, con una malicia que no se conciliaba demasiado bien con su cara de percherón bondadoso—. Hágame caso: alquilese un estudio por ahí, usted tiene medios.

De modo que Ramón alquiló un estudio en la calle Velázquez, esquina con Villanueva, con vistas al bosque clausurado del Retiro. El estudio, que él, pomposamente, llamaba Torreón, lo decoró (o mejor, lo atestó) con figuritas, retratos y armatostes más o menos desvencijados que iba rescatando de sus peregrinaciones por el Ras-

tro. Forró el techo con un papel azul cobalto y lo tachonó con estrellas de hojalata y bolas de colores, como un árbol de Navidad. El Torreón era en realidad un cuchitril bajo y estrecho, con pretensiones de nicho y temperatura de placenta: justo lo que su inquilino necesitaba para sustituir la maternidad de Colombine. Ramón nos invitaba, a Sarita y a mí, a pasar las tardes en el Torreón; nos recibía en zapatillas, con una bata muy apretada que estrangulaba su barriga y dificultaba su respiración. Sarita, yo creo que por fastidiar, aprovechaba que Ramón no la miraba para hurgarse las narices y rebozar sus mocos en las figuritas de porcelana.

—¿Y de dónde has sacado este pájaro tan raro?

Ramón compraba canarios de trapo que encerraba en jaulas de barrotes sobredorados, con forma de pagoda china; si se les apretaba un resorte, los canarios lanzaban unos trinos de resonancias metálicas. Además del pájaro de trapo, había cajas de música que tocaban himnos patrióticos y relojes de bronce unánimes, quiero decir sincronizados. Entrar en aquel recinto era como hacerlo en el despacho de un aduanero que, por perversidad o mero afán acaparador, confiscase a los turistas todos los objetos de adorno o *souvenirs* que hubieran adquirido en sus visitas al extranjero. Ramón tenía el vicio del chamarilero, y aspiraba a rodearse de un Rastro en miniatura.

—¿Y para qué te sirve este catalejo, Ramón?

—Es para ver las ardillas del Retiro.

Mentía: por las noches (que él pasaba en vela, escribiendo con una tinta insomne), espiaba a las parejas de enamorados que intercambiaban flujos en la fronda, y analizaba sus besos con técnicas de laboratorio, pues sólo a través de este recurso distanciador (y no a través de su mero disfrute) llegaba a comprender el fenómeno del amor entre adultos. Con el alba, después de una noche ajetreada de literatura y *voyeurismo*, Ramón caía en la cama como quien entra en un sueño de cloroformo. Ya no se le podía molestar hasta las tres de la tarde.

—Ya sabéis, chicos: no me despertéis, a no ser que veáis venir a un facineroso con pinta de anarquista.

Sarita y yo madrugábamos para ver amanecer sobre Madrid desde el Torreón, cuando Ramón ya se disponía a encamarse, legañoso de metáforas que se le habían coagulado en las comisuras de los párpados, torpe como un sereno que ha extraviado su chuzo y su farol. Había trabajado durante ocho horas ininterrumpidas sobre un escritorio de madera taraceada, en cuyos cajones almacenaba objetos que, dependiendo de su humor o del asunto que versara su escritura.

propiciaban su inspiración: cuando escribía sobre mujeres difuntas (uno de sus temas predilectos), abría otro cajón en el que guardaba un pollo desplumado y le acariciaba la piel granulosa y fría; cuando escribía sobre mujeres vivas, abría otro cajón lleno de una masa con levadura en la que clavaba las uñas y hundía los dedos. Así, mediante el tacto de objetos más o menos limítrofes con el asunto de su literatura, lograba comunicar a sus palabras un chispazo de genialidad. Muchas veces, Sarita y yo preferíamos cerrar los ojos para no ver los objetos que Ramón escondía en los cajones: patas de conejo, renacuajos desecados, testículos de algún animal cuadrúpedo y otras asquerosidades y desechos. El sol crecía sobre Madrid, que más que una ciudad parecía un paisaje ártico, sin fronteras ni horizontes, cuyas calles, a través del catalejo, se mostraban cóncavas y remotísimas, como replegadas en un sueño de siglos. Los mendigos del Retiro defecaban sobre la hierba, para delimitar su territorio con el olor de los excrementos, un olor que llegaba hasta el Torreón, caliente y circular como una hogaza recién sacada del horno.

—Fijaos qué montón de cuartillas he escrito hoy, chicos.

Del mismo modo que otros escriben por disciplina o por sublimación de su pereza, Ramón lo hacía compulsivamente, atiborrándose de palabras, igual que un enfermo de bulimia sacia su hambre comiendo hasta el hartazgo. Esta voracidad le producía cólicos y digestiones lentas, y le impedía escribir novelas de trama fluida; además, no había bicarbonato que la solucionase. Sarita se apartaba por un segundo del catalejo:

—¿Y cómo se distingue a un anarquista de una persona normal y corriente?

Ramón chupeteaba su pipa sin tabaco. Tenía una cara ancha, rolliza, que se le amontonaba sobre los cuellos de la camisa:

—Van mirando de reojo a todas partes. Son flacos y pálidos, como si se alimentaran con vinagre. Llevan las manos en los bolsillos de la chaqueta, para disimular el temblor que les acomete antes del asesinato.

En su adolescencia, Ramón se había juntado, por veleidad o esnobismo, con un grupo de anarquistas desnutridos, pero una bronca del padre y un par de sopapos bien dados le habían hecho distanciarse de sus doctrinas. Desde entonces, Ramón cultivaba en su vida cotidiana un anarquismo sin bombas (sus horarios, opuestos a los del común de los mortales, lo demostraban), una forma de *acracia pacífica* que a veces *asomaba* en su literatura. El otro anarquismo, desgañitado y traumático, no le interesaba lo más mínimo, por estar sometido a directrices políticas.

—¿Y por qué te persiguen los anarquistas. Ramón?

—Yo qué sé. Será porque mi padre los mete en la cárcel. Son así de burros.

—Y no será porque se lleva dinero del fondo de reptiles?

—Pues a lo mejor; vete tú a saber.

Los anarquistas aún poseían cierta capacidad, inédita en las sociedades modernas, para indignarse ante la injusticia. Formaban una religión de hombres hirsutos que aspiraban a instaurar un reino de buena voluntad en la tierra: en cierto modo, se asemejaban a esos cristianos primitivos que se reunían en las catacumbas, aunque careciesen de la organización y la liturgia que hicieron del cristianismo una religión perdurable. Por lo demás, los apóstoles anarquistas, lejos de imitar el boato eclesiástico, eran unos señores muy desgreñados que no imponían respeto (sí acaso, inspiraban compasión); disponían, eso sí, de un martirologio profuso (quienes atentaban contra el Rey o contra sus ministros terminaban suicidándose, para que la policía no los capturase) y de una legión de vírgenes voluntariosas, disponibles para un desahogo, siempre que redundase en provecho de la causa.

—No te preocupes. Ramón. Nosotros te avisamos en cuanto veamos a un tipo con mala catadura. Descansa tranquilo.

Ramón dormía en un extremo de la buhardilla, con el techo a un palmo de distancia de su cabeza; así, cuando la lluvia reavivaba las goteras, podía amamantarse desde la cama con aquella agua filtrada del tejado, blanquecina de yeso, que él, en su disparatada imaginación, convertía en leche de la cabra Amaltea. Sarita abandonaba su puesto de vigilancia a los pocos minutos, una vez que la respiración de Ramón adquiría una cadencia rugosa, y orinaba con mala fe, como una criatura de Georges Bataille, sobre las cajas de música que ya nunca más volverían a tocar himnos patrióticos, y sobre los cajones del escritorio, donde Ramón guardaba las panaceas de su inspiración. El chorro rubio golpeaba contra la madera, corrosivo como un ácido de confección casera, oxidaba los amuletos de Ramón y embrutecía la atmósfera del Torreón tornándola irrespirable.

—¿Tú crees que el pis es potable. Fernando?

—El tuyo seguro que sí —decía yo, y le depositaba un beso sobre su hendidura rosa, que aún permanecía intacta.

Ramón suplía la ausencia de Colombine con una muñeca que le habían traído de París, articulada y de tamaño natural. La había vestido con un traje de raso azul, y la iba ensortijando poco a poco con joyas de oro o bisutería. La muñeca tenía un cutis de esmalte

que resaltaba en la sombra, y unos párpados como persianas que se abrían o cerraban según estuviese de pie o tumbada; por debajo de los párpados y las pestañas postizas, la muñeca miraba con unos ojos de insobornable fijeza, con pupilas de un azul insolente, ojos de muerta o meretriz que hipnotizaban a quien los contemplase desprevenidamente. Ramón se acostaba con la muñeca, pero antes le colocaba debajo de la espalda una bolsa de agua caliente, para que se le ablandara un poco la cera y su cuerpo se hiciese más maleable. Nos aseguraba que su noviazgo con el maniquí era un noviazgo casto, pero yo mismo había comprobado que el fabricante, en un exceso naturalista, le había abierto a la muñeca, por debajo de las braguitas de encaje, dos orificios forrados de hule, cada uno en su sitio correspondiente, que admitían la espeleología genital. Ramón se defendía:

—Os juro que no hago cochinas. Me acuesto con ella porque es la única que me comprende. Y, además, no le salen granos, a diferencia de lo que ocurre con las demás mujeres.

En su predilección por las muñecas, Ramón demostraba un temor encubierto a la carne, que no se está quieta y además padece sarpullidos y forúnculos y urticarias, formas de ebullición cutánea muy difíciles de asimilar para un hombre que adoraba el reposo de los objetos inertes, un reposo que luego él animaba mediante su prosa, como un demiurgo doméstico. Ramón se despertaba a las tres, abrazadito a su muñeca, con esa puntualidad inútil de los oficinistas jubilados que ya no tienen que ir a la oficina. Se frotaba las telarañas de los ojos y nos decía:

—Niños, os invito a tomar un helado de arroz.

Aunque la alusión a la niñez nos soliviantaba un poco, aceptábamos. En la calle de Carretas, había un café cuya especialidad eran los helados de arroz, incluso en invierno; el café se llamaba Pombo, y estaba enfrente de una tienda de ortopedia cuyo escaparate —tan turbador— mostraba prótesis y bragueros para hernias y también suspensorios. Ramón, a cambio del convite, nos hacía entrar en la ortopedia y preguntarle al dependiente los precios de todos aquellos artilugios. Exagerábamos las cifras, para que Ramón no se gastase el dinero de los helados en una pierna artificial o algo por el estilo.

—¡Quince pesetas por una prótesis! ¡Pero eso es carísimo! Así me explico yo que nadie quiera ser cojo.

El antiguo café y botillería de Pombo estaba en los bajos de una casona vetusta y maciza; se respiraba allí una humedad poco higiénica, como de cementerio o quirófano en el que se deja morir a los



enfermos. A Ramón le gustaba respirar aquel aire subterráneo, apestoso de fantasmas hogareños.

—Algún día organizaré aquí una tetulia que será la más famosa de todo Madrid.

Los helados de arroz tenían un sabor añejo, como de leche fósil, que pronto aborrecí. Sarita, en cambio, los degustaba con fruición, como si fuesen mocos, dejando que se derritiesen sobre el velo del paladar. Por las tardes, el café Pombo se ponía imposible de señoras con mantilla que, antes de ir a misa, se comían su heladito de arroz con toda la glotonería del mundo, para después comulgar en pecado, que es como más provechosa y gratificante resulta la comunión (la gula es uno de los siete pecados capitales, aunque goce de menos predicamento que los otros seis). En la calle de Carretas, recorrida por tranvías que a duras penas lograban avanzar entre la multitud, nos encontrábamos casi todas las tardes con don José Canalejas, jefe del Gobierno, que venía de despachar con el Rey; Canalejas era un hombre afable, feo y voluminoso, con una cabezota rectangular, que me recordaba a esos villanos que salían en las películas mudas (pero entonces todas las películas eran mudas), pegándole mamporros a lo Charlot. Paseaba sin escolta, con esa falta de prevención que acomete a quienes viven ebrios de su popularidad, estrechando la mano de los transeúntes que lo paraban en la calle. Era un liberal muy religioso que, sin embargo, había emprendido una modernización del Estado, confinando a los obispos en sus respectivas diócesis. Las católicas de mantilla que venían de comerse su heladito de arroz se lo reprochaban:

—Canalejas, mamón, ateo, vete con los socialistas, que son los únicos que te comprenden.

Pero ni siquiera los socialistas, encabezados por un tipógrafo senil, lo comprendían. Canalejas se había propuesto abrir las ventanas al huracán de la modernidad, pero la gente se resistía, temerosa de que se le volasen las boinas con la corriente. Las católicas de mantilla, tras comprobar que Canalejas no les hacía demasiado caso, lo seguían en comitiva y lo iban increpando con una letanía de insultos groseros, alusivos a su virilidad. Canalejas, tocado en su orgullo, se volvía y enseñaba los dientes:

—Una palabra más, señoras, y me las beneficio aquí mismo a todas.

Esto lo decía exagerando sus facciones de villano de cinematógrafo, atusándose las guías de su bigotón y enarcando las cejas. Las católicas disolvían la comitiva y escapaban, tropezándose con los adoquines y cayendo aparatosamente al suelo, con mucho revuelo

de mantillas. Canalejas recobraba su aspecto de bestia inofensiva y pedía disculpas a los transeúntes congregados en su derredor, que le aplaudían y jaleaban; luego, volvía a su casa, a proseguir con sus reformas laicas, dejando a su paso una estela de abrótnano macho.

—A este Canalejas no lo dejarán gobernar a gusto, ya lo veréis —pronosticaba Ramón—. Es un político demasiado civilizado. Aquí es que somos más papistas que el Papa.

En la calle de Carretas se respiraba un aire alborotado, de una promiscuidad plebeya. De los balcones brotaban músicas de gramola, y en los tranvías viajaba un público mestizo, confluyente de razas y conversaciones, que se dirigía a la calle de Atocha o a los barrios bajos, a proseguir sus tareas delictivas o meramente atávicas. Había vendedores de crecepelos y elixires que voceaban su mercancía, y rateros que te birlaban la cartera al más ligero despiste. Hasta desembocar en la Puerta del Sol sufríamos empujones y vai-venes, y a Sarita le tocaban mucho el culo, más por picardía que por concupiscencia, pues había poco que tocar: demasiado suplicio por un helado de arroz que sabía a leche fósil.

—Mira, Ramón, mejor es que la próxima vez vayas tú solo con Sarita, mientras yo me quedo vigilando en el Torreón, por si a los anarquistas se les ocurre hacer una visita.

—¿Y qué vas a hacer tú solo contra esos asesinos?

—No te preocupes, que ya sabré defenderme.

A solas en el Torreón de Velázquez, con aquel sol higiénico que entraba por los ventanales, divisaba la ciudad a través del catalejo, y espía a esas parejas que, después de dar un paseo por el Palacio de Cristal, se amaban sin demasiada clandestinidad, como ofuscadas de transparencia. También la muñeca de Ramón tenía una transparencia que la hacía deseable, a pesar de su parálisis y de la fijeza de su mirada. El sol de la tarde le había ablandado la cera y las articulaciones, le había dulcificado el esmalte de la cara, hasta otorgarle una belleza esquiva, como de mujer adúltera que seduce a los donceles. Yo era un doncel de trece años que lo desconocía casi todo sobre el sexo, salvo la necesidad de encajar un apéndice en un orificio: esta mecánica, que se antoja sencilla y rudimentaria incluso para quienes nunca la han practicado, me afianzaba en mi determinación. El maniquí de cera, con su cara de burguesita amable y consentidora, halagaba la parte más corrompida de mi espíritu. Le levanté la falda, le acaricié los muslos y le bajé las bragas, muy festoneadas de encajes, de un fetichismo cabaretero y francés (seguro que Ramón se las había robado a una bailarina de cancan). El vientre de la muñeca me asustaba de tan liso (ni siquiera lo per-

turbaba un ombligo), pero a la vez me incitaba con esa tersura de los vientres incólumes, que han preferido la esterilidad al embarazo. Tumbé a la muñeca bocabajo sobre la cama, para evitar la mirada atroz de sus ojos, abultados como los de un pez que agoniza, y me tendí sobre ella con más lujuria que oficio para consumarla. Vista de espaldas, la muñeca conservaba una pureza de instrumento musical, una limpieza obscena, dócil y ligeramente triste. La penetré por los dos orificios de hule que su fabricante le había incorporado (el orificio que había entre las nalgas era más practicable que el otro, por oposición a la naturaleza), sintiendo cómo se extendía sobre mí el calor sintético de la muñeca la humedad grata de sus entrañas o engranajes, que Ramón había lubricado antes que yo. La muñeca se dejaba poseer y desgarrar (el hule de sus orificios era membranoso como un himen), sin proferir una sola queja, en un silencio de párpados cerrados, con esa paciencia mitológica de las estatuas que por la noche se bajan de su pedestal y dejan que los mendigos de los parques se froten contra su culo. Por los ventanales del Torreón se veía a esos mendigos, que perseguían a los cisnes del estanque del Retiro y los sacrificaban, retorciéndoles con alevosía el cuello. También yo, después de haberlo intentado infructuosamente por ambos orificios (la fornicación exige otro ritmo más sosegado que el masturbatorio), después de haber probado posturas poco ortodoxas, le retorcí el cuello a la muñeca, y tiré de él, hasta desgajarlo del tronco. La cabeza de la muñeca, separada de su cuerpo, ni siquiera tenía el prestigio de las cabezas decapitadas que miran la muerte con ojos impertérritos: sus párpados habían caído como persianas, el esmalte se había resquebrajado, y su pelo, posito y ensartado de horquillas, parecía de estropajo.

Me masturbé sobre el cadáver mutilado de la muñeca, ahora que al fin había perdido su dignidad de estatua. Al acabar, arrojé su cabeza desde los ventanales del Torreón, y contemplé cómo, al chocar contra los adoquines y hacerse añicos, lanzaba al aire, como lágrimas de un cristal coagulado, sus dos ojos redondos y nítidos, que parecían acusarme de algún delito. A lo lejos, la ciudad, ese gran arrabal lívido de crepúsculos, se iba poblando de legionarios borrachos y de anarquistas que fabricaban bombas en los sótanos. Un vencejo suicida que chocó contra los ventanales interrumpió mi coteplación.

Los soldados llegaban a Madrid, victoriosos tras la campaña de África (pero era la suya una victoria sostenida sobre muletas), en trenes casi parturientos, dramáticos de vapor y resoplidos, que a duras penas lograban abrirse paso entre el gentío que abarrotaba

los andenes. Madrid (sobre todo su población femenina) se incorporaba con alborozo a la romería de los homenajes y los recibimientos, para saludar a los héroes que habían sobrevivido a la morisma, esos héroes maltrechos que venían de salvar el último jirón del Imperio. Los soldados se asomaban a las ventanillas del tren, tostados de pólvora, condecorados de vendajes (casi todos se habían descalabrado en el Barranco del Lobo, y, los que no, se habían descalabrado pegándose golpes con la culata del fusil, para no ser menos), y mostraban a la muchedumbre de viudas y solteras y malcasadas sus heridas de guerra, sus mutilaciones diversas, sabedores de que una llaga seduce más que una medalla. Las mujeres de Madrid formaban, en aquel momento, un harén inmensamente más numeroso y solícito que el de cualquier moro, y practicaban un fetichismo a la inversa que las hacía enamorarse de aquellos soldados a quienes les faltaba un dedo, un ojo o un testículo. La guerra de África, que aquellas mujeres sólo conocían de oídas, como narración más o menos prolija (desde luego, nada épica) de emboscadas y asedios, o por las fotografías idealizadas que aparecían en las revistas de papel cuché, se hacía carne y sangre en los hombres que regresaban, después de haber exterminado a los infieles, más piojosos y lujuriosos que nunca, quizá porque la proximidad de la muerte cría piojos y lujuria.

Aquél fue el primer triunfo del proletariado, después de tantas huelgas frustradas y tantos sindicatos inoperantes. En las campañas del Rif no participaban los jóvenes de postín (tampoco cumplían el servicio militar: a cambio de una cuota, la patria los dejaba exentos o los declaraba inútiles); quienes, a la postre, resultaban reclutados eran los obreros, los campesinos, los artesanos sin oficio, los parados, los pobres de solemnidad, toda esa marea de hombres aplastados de miseria que cogían el fusil sin oponer demasiada resistencia y se liaban a tiros por una limosna o un rancho de poca sustancia. A su regreso, estos hombres lograron, gracias a ese barniz efímero que conceden las guerras, seducir a las mujeres más bellas e inasequibles de Madrid, marquesas, viudas de coroneles o mantenidas de banqueros, que por primera vez en su vida se saltaron los prejuicios clasistas para copular con unos parias que, en circunstancias menos heroicas, sólo les habrían suscitado asco. De aquellas copulaciones nació una generación de niños bastardos, una nueva raza irrespetuosa de los estamentos que, al introducir sangre espuria entre la aristocracia del dinero, iba a promover el fin de una época. El mestizaje desdibujó las fronteras entre clases sociales: a los ricos los destruye la fascinación por el barro, esa sexualidad urgente de las

criadas y los chóferes, a la que no se saben resistir. La lucha de clases no la ganan los proletarios en la fábrica, sino en la cama, que es donde se saben irresistibles y casi divinos.

Pedro Luis de Gálvez llegó a la estación de Atocha en un convoy que transportaba mulas y heridos (a él le habían clavado una navaja en el vientre, en el curso de una reyerta tabernaria, pero la herida de navaja apenas se distingue de la herida de alfanje), convaleciente de una cicatriz que se le había infectado, y en pugna con una septicemia que quería envenenar su sangre, ya envenenada previamente de latrocinios. A Sarita le habían anunciado que su madre viajaba en aquel convoy, de modo que la acompañé hasta la estación de Atocha, para preservarla de achuchones y quién sabe si de raptos por parte de la soldadesca.

—¡Hombre, pero si es la hija de Colombine! —saludó Gálvez, mientras bajaba de su vagón—. ¡Y el señorito que nos acompañó al velatorio de Alejandro Sawa! Vaya, estáis hechos unos mozos.

Se había acentuado su aspecto de animal de presa: la barba crecida, la melena descuidada y grasienta, la mirada oscurecida por noches que se habían sedimentado sobre su piel, como una pátina de asfalto, le otorgaba un aspecto de poeta romántico en pleno proceso degenerativo. Iba vestido a la moruna, con babuchas, cananas, bragas de fieltro hasta las rodillas y un fez comprado en algún zoco de Tánger. Descendió del tren agarrándose la tripa y haciendo visajes, para llamar la atención de unas enfermeras voluntarias que correteaban por el andén, reclutadas entre señoritas de buena familia.

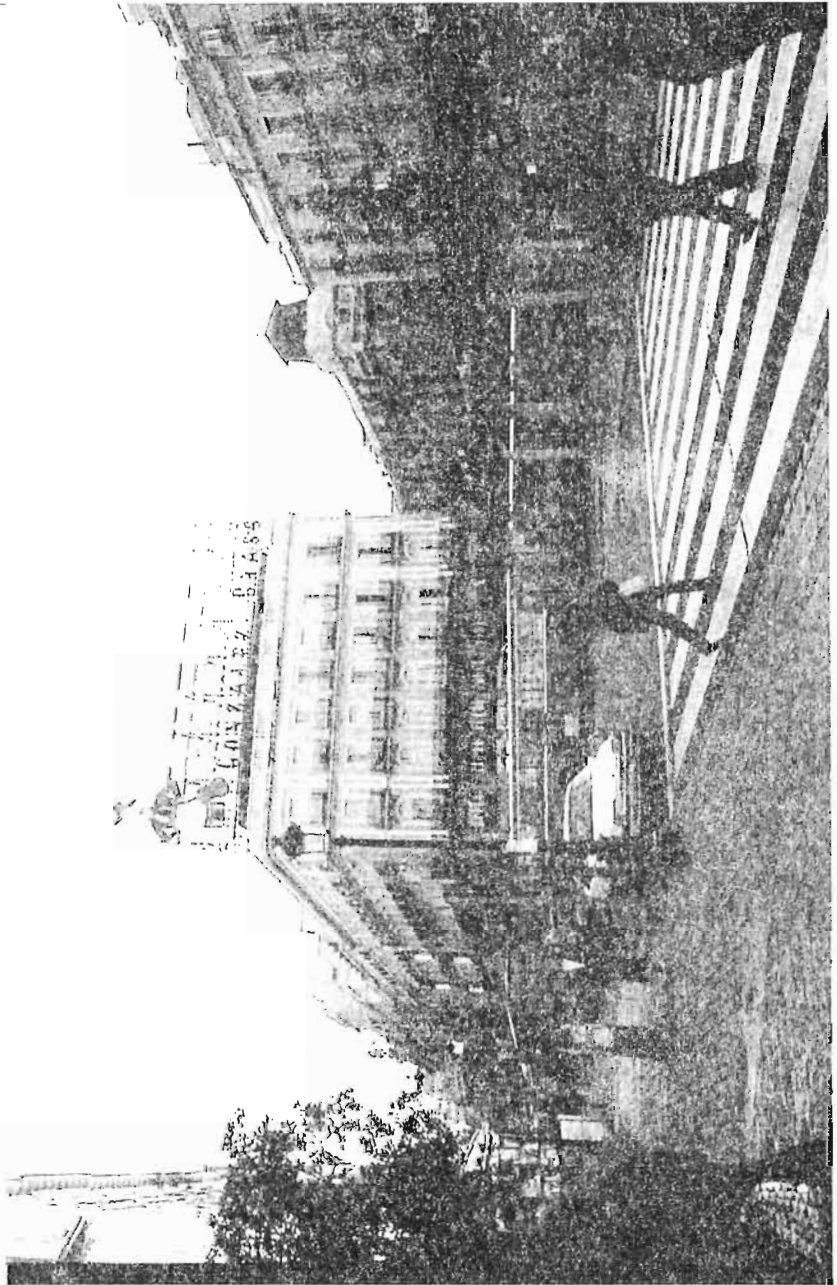
—¿No viaja mi madre con usted, señor Gálvez? —preguntó Sarita.

—Vendrá en otro tren más civilizado, seguramente esta tarde.

Detrás de Gálvez, bajó un hombrecito canijo y aceitunado de piel, vestido con un uniforme legionario del que colgaban, como desgarraduras de carne o cerezas maduras, unas borlas que excedían el número reglamentario, según las ordenanzas castrenses. Reviraba los ojos, como un ogro que carece de otros recursos para asustar a los niños, y exhalaba un olor caliente y solidario, un olor de letrina en la que cagan todos los soldados del regimiento.

—Os presento a un amigo —dijo Gálvez—: Alfonso Vidal y Planas, escritor gerundense.

Vidal y Planas nos sonreía a Sarita y a mí con una sonrisa de hampón desangelado, mayoritaria de encías. Al igual que Gálvez, había sido seminarista en su juventud (los arrabales de la literatura se abastecían de curas renegados y curas en ciernes) y, como él,



La Puerta del Sol en una imagen en 1997

había frecuentado la cárcel a causa de unos pasquines poco comprensivos de las debilidades monárquicas. Vidal y Planas había participado en los sucesos de la Semana Trágica de Barcelona antes de intervenir en la campaña del Rif: en el pellejo se le notaban las señales actualísimas del sufrimiento. Miraba a Sarita con ojos de visionario, fermentados de locura y evangelio.

—Mi amigo Alfonso es un anarquista cristiano —nos aclaró Gálvez, mientras una pareja de enfermeras le hurgaban en su cicatriz mal curada con un algodón. Se quejó —: ¡Señoras, por favor, vayan con cuidadito!

Las enfermeras lo habían reclinado en una camilla de sábanas arrugadas de fiebre y almidón. Además de las cananas y las babuchas y el fez encarnado y las bragas de fieltro, Gálvez llevaba sobre los hombros una casaca con charreteras y remates de astracán en el cuello y las bocamangas que había expoliado —según manifestó— a un brigadier del regimiento de húsares caído en combate, aunque dudo mucho que los húsares tuviesen veleidades africanas. Gálvez se habría creado su propio uniforme, juntando prendas incongruentes, al estilo de lord Byron; no sé quién dijo que los españoles somos muy amantes del uniforme, con tal de que sea multiforme.

—Por favor, Pedro Luis —suplicó Vidal y Planas—: te pido un poquito de discreción. Los compañeros de la CNT me han mandado aquí en misión secreta, así que no te vayas de la lengua.

—¿Acaso me he ido yo de la lengua, Alfonso? Yo lo único que he dicho es que eres un anarquista de la rama cristiana. Hay muchas ramas dentro del anarquismo.

Incluso en el terreno más puramente literario, cabía distinguir el anarquismo pusilánime de Azorín, el anarquismo bronco y sedentario de Baroja, el anarquismo estético de Valle-Inclán y ya, por último, el anarquismo de los bohemios, al que seguramente se adscribía aquel escritor gerundense, un anarquismo disparatado, inoperante y caritativo que se conformaba con dinamitar el edificio de la Real Academia de la Lengua. Gálvez, escéptico de todas las ideologías, se dejaba curar por las enfermeras, y las hacía agacharse, para depositar su mirada en los escotes maduros y blancos. Las enfermeras que atendían a Gálvez, como casi todas las voluntarias reclutadas para la ocasión, desconocían concienzudamente su oficio, pero se redimían de la ignorancia a través de su entrega y docilidad. Eran samaritanas embellecidas por la euforia de los heridos, que donde sólo había una muchacha más bien feúcha veían una diosa pagana, quizá porque las nubes de pólvora les habían enturbiado la mirada. Gálvez dejaba que las voluntarias le desinfectasen la

herida con yodo, y apenas protestó cuando le inyectaron una solución antitetánica, pero a cambio les levantaba el vuelo de la falda y les tocaba los muslos por encima de las medias. Los muslos de las enfermeras tenían un color de cera manoseada, como la muñeca de Ramón, pero temblaban al contacto de una mano masculina a diferencia de las muñecas y se endurecían como murallas a medida que la prospección iba adquiriendo altitud.

–Estése quieto, coronel, que esta herida requiere cuidados –decían las enfermeras.

La estación de Atocha retemblaba con la llegada de otro tren africano. Aquel ascenso brusco en el escalafón militar desconcertó a Gálvez, pero a la vez le proporcionó una mayor impunidad en sus tanteos. Las enfermeras completaron un vendaje de poco fundamento y se marcharon a otra parte con el viático de sus atenciones. Gálvez las miró alejarse con un rencor de tullido:

–Habrás visto, qué maleducadas. Si de verdad fuera coronel, les habría convocado de inmediato un consejo de guerra.

Vidal y Planas se reía como un perrillo sarnoso:

–Seguro que te dejaron por otro más guapo, Pedro Luis.

Gálvez recompuso su casaca de húsar y echó a andar con muchas ínfulas, afianzando los dedos pulgares en la canana. Vidal lo seguía a duras penas, arrastrando un pie cojo: al parecer, un moro le había mordido el tobillo y le había arrancado un pedazo de carne.

–¡Espera, Pedro Luis, que yo no puedo ir a tu paso!

–El que no pueda seguirme, que abandone mi séquito. Yo soy el príncipe de mí mismo –dijo Gálvez, al salir de la estación, mientras respiraba el aire sin carbonilla del exterior, el aire huérfano de aquel invierno (su primer invierno en Madrid), que habría de ser largo y difícil.

–Anda, Alfonso, ya que no quieres hablar de tu misión secreta, cuéntales a los niños cómo conciliaste anarquismo y religión.

Caminábamos por el barrio de Embajadores, a través de un Madrid aldeano y babilónico, entre un enjambre de soldados borrachos de gloria y semen retenido, forasteros en aquella ciudad que salía a los balcones, para homenajearlos con banderas y pétalos ressecos, como en una nueva consagración de la primavera. Vidal y Planas hablaba sin parar, exagerando su estrabismo:

–Libertad, Felicidad y Amor –utilizaba mayúsculas en su conversación, eso se notaba a la legua–: en estas tres palabras se resume el catecismo ácrata. ¿Acaso el Evangelio no predica lo mismo?



A los balcones se asomaban mujeres en bata, con los senos colgando del balaústre y la mirada extraviada por una especie de misticismo sexual. Aclamaban a la tropa:

—¡Vivan los soldados del Tercio! ¡Vivan los salvadores de la patria!

Gálvez saludaba a todas las solteras y viudas y malcasadas que se acercaban a él, para tocarle la cicatriz de la tripa, supuestamente heroica. De vez en cuando, se palpaba su pelliza de húsar, en cuyo forro llevaba escondido el dinero que había obtenido en sus trapicheos con las mulas, y sonreía, al comprobar que aún permanecía allí [...]

Por la calle de la Aduana bajaba un regato de aguas fecales, como una culebra de mierda que serpentease entre las junturas de los adoquines. Gálvez se bajó del pescante con el simón todavía en marcha, y corrió hacia el portal de su casa, para enfado del cochero, que comenzó a reclamar su tarifa a voces, sobresaltando al vecindario.

—No se altere, hombre, que ya le pago yo —dije, arrojándole un duro de plata que capturó al vuelo—. Quedese con el cambio.

—El señorito es muy generoso, no como ese tío gorrón.

Estaba claro que el comunismo jamás triunfaría en un país de proletarios proclives a la sumisión.

—No me llame señorito. Eso se queda para los mocosos.

El Conde de San Diego, médico de cámara de la Reina, bajó con dificultades del simón, enratándose con el rabo de su disfraz de sátiro; las noches pasadas en vela le agarrotaban las piernas y le ponían un rumor oxidado en el pecho. La voz de Gálvez se oyó urgente y enojada, desde lo alto de la escalera:

—¿Suben o es que piensan dejarlo para mañana?

Mientras ascendíamos a la buhardilla, recordé con una mezcla de regocijo y nostalgia mis labores de alcahuetería, dos o tres años atrás, cuando preparaba las visitas de don Narciso Caballero y espiaba los amores adulterinos de Carmen por el agujero de la cerradura, como el protagonista de una mala novela sicalíptica: por entonces, Carmen se cuidaba mucho para no quedar embarazada; quizá la relajación de una vida repartida entre muchos hombres le había hecho descuidar el cómputo de sus días fecundos.

—Vamos, rápido, está a punto de romper aguas.

Me pregunté si aquel hijo inminente lo habría engendrado Gálvez, o si arrastraría ya para siempre el estigma de una bastardía confusa de paternidades. Durante su matrimonio, Carmen se había amancebado sin tregua, pero sin excesivo entusiasmo, con empre-

sarios y críticos teatrales, con viejos actores ya consolidados y con debutantes que prometían, con ganaderos venidos de Extremadura que se encaprichaban de sus pantorrillas y con indianos de dentadura chapada en oro. Con los beneficios que le producía este infinito trasiego de hombres, Carmen había abierto una cuenta bancaria a la que ya pronto recurriría para separarse de Gálvez y llevar una vida alejada de miserias pero hasta que esa cuenta se nutriese adecuadamente, seguía preparando sus encuentros (consentidos, quizá, por el propio Gálvez, que actuaría de marido ciego o comisionista) a la luz cruda de la buhardilla, por añadir a la entrega mercenaria de su cuerpo un fondo de sordidez que ponía nerviosos a sus amantes. Carmen actuaba con estrategias de cortesana zafia, mientras las ratas se apareaban en el patio de vecindad.

—Mírela, doctor, ya casi no puede aguantar los dolores.

Carmen se removía en la cama, presa de una desazón no exenta de voluptuosidad (para quien la miraba, no para ella, que la estaba padeciendo, por supuesto). La curvatura grávida de su vientre, bajo las sábanas, me llenó de impaciencia y desasosiego, no sé por qué. En la buhardilla olía a gallinejas y a menstruación retenida.

—Tráigame unos paños húmedos. Y un barreño de agua hervida, por favor —dijo el Conde de San Diego, despojándose de los guantes rojos que formaban parte de su disfraz.

Carmen nos miraba desde el subsuelo de la inconsciencia, como entontecida por el dolor. El Conde de San Diego apartó las sábanas y acercó el oído al vientre, para escuchar el código cifrado de una vida que se incubaba allá adentro. Gálvez hacía girar las llaves de los grifos a derecha e izquierda, con desesperación creciente; un goteo mínimo golpeaba sobre el latón del barreño.

—Han vuelto a cortarnos el agua —dijo, como disculpándose.

El Conde de San Diego apartó el oído del vientre y parpadeó:

—¿Cómo ha dicho?

Carmen se debatía entre paroxismos; tenía una belleza túrgida, de una obscenidad agravada por la opulencia de los senos, más reconciliados que nunca con su condición mamífera. Se había agarrado al catre, con esa intuición que sobreviene a las madres en el momento de parir, para hacer frente a las acometidas de ese nuevo ser, interior y sin embargo extraño, que ya reclama su derecho a respirar.

—No hay agua, amigo —repitió Gálvez, ahora con más aplomo—. Tendrá que operar en seco.

—Usted está loco. Así no hay quien trabaje.

Un sol miserable, apenas amanecido, entraba por el ventanuco. Carmen se iba quedando lívida, a medida que aumentaba la dilatación de su matriz. Una sangre brusca invadió las sábanas, extendiéndose hasta formar un charco invasor. El Conde de San Diego se había remangado y hurgaba con una mano dentro de Carmen, en el laberinto de sus vísceras, en esa guarida hostil y hospitalaria que toda mujer lleva consigo, mientras con la otra amortiguaba las contracciones de un vientre que parecía a punto de rasgarse. Gálvez asistía al alumbramiento con los ojos desorbitados, apremiando al doctor:

—¿Saldrá bien? ¿Usted cree que saldrá bien?

Pero la sangre fluía y lo ensuciaba todo, desbordaba el cauce de las sábanas y goteaba sobre el suelo, como un grifo que alguien hubiese dejado mal cerrado. Carmen se iba quedando sin resuello, transportada a esa región de fronteras dudosas que precede a la muerte; se abrió un silencio de infinito asco o infinita misericordia cuando la mano del conde, después de un forcejeo que ya duraba más de diez minutos, logró atrapar un pie mínimo, casi invertebrado.

—Viene mal colocado. Una señal poco halagüeña.

El niño asomó al fin, en un chapoteo de sangre, ahorcado por el cordón umbilical, con ese gesto de seriedad suprema de quien decide suicidarse antes de haber nacido, por evitarse penurias y contratiempos. El Conde de San Diego cortó el cordón umbilical de un mordisco y pegó las palmas de rigor sobre el cuerpo difunto.

—No arranca a llorar. ¿Pasa algo malo, doctor? —preguntaba Gálvez, resistiéndose a la verdad.

El niño era una masa tumefacta, casi podrida, húmeda de viscosidades y placentas. Me tuve que sujetar el estómago, para reprimir una arcada.

—No estará muerto, ¿verdad?

El vientre de Carmen recuperaba su esbeltez originaria, después de nueve meses de hinchazón; la hemorragia remitió con la misma brusquedad con que había comenzado. El Conde de San Diego se restregó los ojos con una mano enguantada de sangre.

—Me temo que sí, Gálvez. Quizá llevase muerto un par de días.

Al niño le brotaba un coágulo purulento por los orificios de las narices; tenía la piel afeada de pústulas, como un sarampión maligno, y la cabeza grande los hidrocefalos.

—Murió asfixiado, Gálvez. Pero no se preocupe: su mujer está sana, aún podrá concebir muchos hijos.

Gálvez lloraba con un llanto sordo, mordiéndose los labios. Le había arrebatado al Conde de San Diego el cadáver de su hijo, y le enjugaba la sangre con los faldones de su camisa.

—¿Mi mujer? ¿A mí qué me importa esa tipeja? Este hijo era ya lo único que me mantenía unido a ella.

Lo dijo con una acritud que nacía del despecho. Carmen se había desmayado pacíficamente, debilitada tras el parto.

—Perdone que lo haya molestado por nada —se disculpó a continuación, aplacado por una modestia súbita—. Márchese a descansar, ya es de día.

Ya era de día, en efecto, y en la calle chirriaban los tranvías, repletos de un gentío que viajaba hasta la plaza de toros, donde las izquierdas daban un mitin, en réplica a Maura, que en sus últimos discursos se había reafirmado en su neutralidad frente a la Guerra Europea. El Conde de San Diego tomó un coche de punto y marchó a casa, abatido y asaltado por oscuros remordimientos. Gálvez improvisó un pequeño ataúd con una caja de zapatos y metió allí al hijo muerto.

—¿No pensará salir con eso a la calle? —le pregunté.

Pero Gálvez no parecía escucharme. Tomó su carga fúnebre y bajó las escaleras como un autómatas que no ve más allá de sus narices, enloquecido para siempre; atrás quedaba Carmen, escorada sobre la cama, como un barco a punto de zozobrar. La calle hervía de gentes que iban o venían del mitin, transfiguradas por el verbo vibrante de Miguel de Unamuno, que había venido de Salamanca para enfervorizar a las multitudes con su retórica de contradicciones y citas mal tomadas de la Biblia, fundamentando con razones históricas el advenimiento de una república que exterminase esta España caduca y oficial, la de los privilegios, la de los ministros y caciques electoreros, la de los profesionales de la arbitrariedad, la de los latifundios, la de los doctores analfabetos, la de los militarotes que practican el nepotismo. Gálvez caminaba, a contracorriente de una multitud que difundía proclamas y llamamientos a la huelga, con el cadáver corrompido de su hijo, y yo lo seguía, como un monaguillo con el viático, intentando que recapacitara:

—Si te ven los guardias con el fiambre, te meterán en la cárcel. Un bando de la Dirección General de Seguridad había mandado cubrir de arena las calles, para facilitar la represión de cualquier conato de desorden. Guardias civiles a caballo, armados de carabinas y sables que relumbraban en el aire como llamas de un fuego afilado, patrullaban junto al Parque del Retiro, donde también se habían emplazado algunas ametralladoras.

—Una limosna, por favor. Una limosna para sufragar el entierro de mi pobre hijo —suplicaba Gálvez.

Aquella mañana, entre el jaleo de una huelga abortada por las cargas de la Benemérita, Gálvez empezó a labrarse una leyenda macabra de la que nunca llegaría a desprenderse. Entraba en las redacciones de los periódicos, en los cafés más concurridos, Regina, Colonial, Suizo, Varela, Platerías y El Gato Negro, y depositaba sobre el mármol de los veladores la caja de cartón con el niño dentro. Los parroquianos, que se habían refugiado allí huyendo de las fuerzas del orden, al sentir la tufarada de la carne podrida, vomitaban en un rincón, y, echándose mano al bolsillo, le daban unas monedas a Gálvez, a cambio de que apartase de su vista el catafalco portátil. A quienes se resistían, o se tomaban a broma el sufragio, les acercaba el niño a las narices y los increpaba:

—¡Alma de Satanás! ¿Aún crees que miento?

Con el dinero que recaudó en los cafés de la calle de Alcalá se emborrachó en las tabernas de Cuatro Caminos, donde el enfrentamiento entre sindicalistas de blusón azul y policías a caballo se hacía más encarnizado de insultos y bayonetas. Se acababa de declarar el estado de guerra, y la mañana ardía en una beligerancia de sables mellados: los tranvías eran obligados a detenerse a mitad de trayecto por lavanderas que colocaban a sus niños de pecho sobre los rieles: una vez detenidos, los tranvías eran volcados, sin evacuar a los pasajeros, con el consiguiente estropicio de torceduras y descalabros. Había un sol en lo alto, grande y redondo como una medalla incandescente, que derretía los sesos y agravaba la violencia de las escaramuzas. Los guardias civiles disparaban sus carabinas, con alevosía unánime, y de entre la masa compacta de los huelguistas iban cayendo cuerpos, taladrados por una estrella de sangre. Gálvez entraba en las tabernas y se bebía el vino adulterado de las garrafas; los taberneros, al reparar en el contenido de la caja de zapatos, se apiadaban:

—¿Y ese niño? ¿Se lo mató la Guardia Civil? [...]

## XI

A Eduardo Dato, jefe del Gobierno y artífice de una ley de fugas que propiciaba el empleo del gatillo, lo habían acribillado con una ráfaga de ametralladora, junto a la Puerta de Alcalá, tres anarquistas desmelenados, Mateu, Casanellas y Nicolau, que pasaban por allí, tripulando una moto con sidecar. Nadie acudió a socorrer a Eduardo Dato, que murió desangrado, pero a la mañana siguiente (la necrofilia es un vicio solidario), las calles por

las que transitó la comitiva fúnebre se abarrotaron de un público castizo, luctuoso de mentirijillas, que arrojaba flores al paso del féretro y lanzaba vivas al Rey, que encabezaba el desfile, montado sobre un caballo, como una estatua ecuestre que, de repente, hubiese echado a andar. El entierro de un gobernante constituye un desahogo democrático (incluso en regímenes contrarios a la democracia) porque el pueblo, al fin, participa de esa espectacularidad de la política que, por lo común, se le veda. El traslado del cadáver de Eduardo Dato hasta el panteón de Atocha, encaramado en un catafalco, reunió a una multitud endomingada, vestida como para asistir a un concierto o a un banquete. La música, desafinada y mortuoria, la puso la banda municipal, y el banquete, el propio muerto, pues todo entierro tiene algo de ceremonia caníbal. El rey encabezaba el cortejo, disfrazado de húsar, a pecho descubierto, desafiando a los pistoleros anarquistas, pero los pistoleros anarquistas se habían tomado el día libre, para sumarse a las celebraciones.

Las calles, después del desfile, quedaban silenciosas, como las de una ciudad soñada. Los ociosos se disgregaban, con esa conciencia culpable de quien desatiende sus asuntos por satisfacer la curiosidad, dejando en el aire un rastro de palabras calientes. Los caballos que conducían el féretro relinchaban a lo lejos, aceptando los pésames de la multitud, santiguando de mierda los adoquines de la calle, con esa pesadumbre concienzuda, demasiado lacónica quizá, que embarga a los animales, cuando su dueño muere. Don Narciso Caballero, mi jefe, que había contemplado el paso de la comitiva sin moverse de su despacho, se quejaba de la competencia que aquel tipo de espectáculos gratuitos le hacían a su negocio:

—Luego, a la gente le cuesta rascarse el bolsillo. «¿Para qué —dicen— si puedo asistir de balde al entierro de los políticos?». Se le notaba algo más viejo, algo más fofo y cansado, como si mi ausencia hubiese desbaratado la marcha de la empresa, echando sobre sus hombros una carga excesiva. El chubesqui del despacho irradiaba un calor de fragua, innecesario en aquella época del año (creo que estábamos en primavera). Don Narciso me trataba con paternalismo, como a una oveja descarriada que retorna al redil:

—Conque has estado liando la madeja con esos ultraístas, ¿eh?

Supuse que don Narciso no distinguiría el ultraísmo de las tiendas de ultramarinos. Abajo, junto a la puerta de servicio, en la calle Núñez de Arce, se agolpaba una remesa de postulantes, esperando que don Narciso se dignase recibirlas y calibrar sus dotes artísticas.

—En Sevilla, pero sólo como pasatiempo.

Los ojillos de don Narciso me miraban, entre divertidos y censores, añadiendo a su rostro una expresividad de la que, en realidad, carecía:

—Aquí también han dado la murga todo lo que han querido. Se reunían en Parisiana, a dar recitales. Y venían a los teatros, a patear las obras de Benavente: lo llamaban “eunuco novecentista”, y otras cosas todavía más soeces.

—Bueno, ya sabe, el afán de novedad —traté de excusarlos (o de excusarme), sin demasiada convicción.

—No, si a mí lo que me jode de esa juventud es que mucho de pico, pero a la hora de la verdad nada de nada. ¿Por qué, en lugar de desprestigiar a los clásicos, no escriben ellos unas cuantas obras que los hagan olvidar?

«Pero la misión de las vanguardias es eminentemente destructiva y desinfectante», pensé. Sobre mi mesa, junto a la máquina de escribir, se amontonaba una escombrera de papel, como una pirámide derruida.

—Son los originales que llegan —me indicó don Narciso—. Hasta dos y tres por día. Todo el mundo quiere estrenar en el Teatro de la Comedia: autores consagrados, noveles, funcionarios de Correos, inspectores de abastos, todo el mundo. Tendrás que echarle una ojeada a lo que vayamos recibiendo, aunque no creo que haya nada que merezca la pena.

El chubesqui asomaba unas llamas prisioneras, como de infierno en miniatura, que parecían retorcerse, intentando alcanzar toda aquella hojarasca de viejas dramaturgias. Espigando entre los manuscritos, encontré obras firmadas por viejos conocidos, como aquella Santa Isabel de Ceres, tragedia popular de la que Alfonso Vidal y Planas ya me había hablado, mientras la redactaba en el café de Platerías. El despacho de don Narciso iba adquiriendo ese clima torrefacto que precedía a sus conquistas y escarceos eróticos.

—Tengo una sorpresa para ti —me dijo—. Hemos incorporado una nueva actriz a la compañía.

Sonreía melifluamente, camuflando sus labios de sátiro en aquella barbita blanca, tan similar a la de un rabino. Abrió la puerta del despacho y mandó pasar a Sara, vestida con un vestido de un azul mustio, maquillada de rímeles y colirios y sombras de párpados que no lograban encubrir su servidumbre, ese derrumbamiento moral que late al fondo de las pupilas, cuando las personas se convierten en animales domésticos.

–Eres una puta –dije, haciendo de la concisión una virtud.

Los cuernos me crecían, como excrecencias morales, lentos y dolorosos, pero don Narciso se apresuró a dar explicaciones:

–¡Por favor, Fernandito, cómo puedes pensar eso! –hablaba esquinadamente, asomando los colmillos por las comisuras de los labios, uno de ellos estaba forrado de oro, y relumbraba como una joya carnívora–. Sara vino pidiéndome la alternativa, nada más. No creas que tuvo que pasar las pruebas convencionales. La chica tiene madera de actriz, eso se nota a la legua.

En el chubesqui crepitaba la leña, como un eco o constatación de sus palabras. Sara permanecía con la vista clavada en el suelo, llorosa de rímel, inmóvil como una mujer de carne y hueso pasada por el taller de un taxiderminsta. Don Narciso me dio unas palmaditas en la espalda, apaciguándome:

–Ahora tienes que emplearte a fondo, para encontrarle a tu novia un papel ajustado a su talento. Le he prometido que hará de protagonista en la próxima función.

Sara alzó la cabeza, en un gesto de dignidad ofendida que el cinematógrafo se había encargado de vulgarizar. No pude emplearme a fondo, porque, a mi regreso a Madrid, me topé con algunos asuntos pendientes que reclamaban una resolución más imperiosa que el mero capricho de una jovencita con pujos de actriz. Tía Remedios me mostró una carta recibida en mi ausencia, con membrete del Ministerio de Guerra, convocándome a filas; la notificación, escrita en una prosa castrense y bastante burda, sugería procedimientos al margen de la ley que me exonerarían del reclutamiento. Tía Remedios aprovechaba cualquier circunstancia para incurrir en el sentimentalismo:

–Mira que si te toca ir a pelearte con los moros...

Las veleidades expansionistas del Gobierno, empecinado en constituir un Protectorado en tierras marruecas, para poder igualarse a Francia, se enfrentaban a la hostilidad de Abd-el-Krim, un caudillo rifeño al que ya se dedicaban romances, conmemorando su ferocidad y los estragos que realizaba entre las filas cristianas. Las tropas españolas destacadas en Annual se abastecían de soldados indígenas (los llamados “regulares”) y de levadas realizadas entre la juventud más estrictamente proletaria. Cualquier hijo de buena familia, pagando una cuota de doscientos o trescientos duros, se libraba de cruzar el Estrecho de Gibraltar, travesía que suele suscitar náuseas y retortijones entre los estómagos acostumbrados a la buena cocina. Tía Remedios aguardaba mi respuesta, con esa expectación ingenua que practican las clases populares:



—¿Y qué piensas hacer?

—Pedirle un préstamo a don Narciso. A África sólo van los tontos y los pobres.

En la bahía de Alhucemas, Abd-el-Krim había congregado a las tribus del desierto, y las soliviantaba con un idioma caliente, rememorando los ultrajes sufridos a causa de la prepotencia española. Muchos tontos y muchos pobres iban a morir, defendiendo vigorosos patriotismos, obedeciendo órdenes de generales tarados, a manos de aquel caudillo que entendía la crueldad como una ceremonia voluptuosa y aborigen. Don Narciso me prestó mil quinientas pesetas, que era el precio que el Ministerio de Guerra imponía a quienes aborrecían las transfusiones de sangre, y otras mil de propina, para patrocinar me el alquiler de un pisito de soltero. Acepté sus prodigalidades, sabedor de que, en realidad, estaban indemnizando mis cuernos, esas excrecencias morales que, una vez perdida cierta escrupulosidad, se padecen sin sobresalto, con cierta rutinaria resignación, incluso, máxime si a cambio obtenemos ventajas y privilegios.

—Te vendrás a vivir conmigo, Sara. No importa que no estemos casados.

Alquilé un pisito en Ferraz, con ascensor y portero de librea que me llamaba “señorito” y corría a abrirme el portal, cada vez que yo entraba o salía. Fue un alivio independizarme, escapar de la influencia benigna (y tan tiránica, sin embargo) de tía Remedios, abandonar aquella casa de la calle de Segovia, frecuentada por los cadáveres de los suicidas y los espectros de una literatura más bien harapienta. El piso de Ferraz, que Sara y yo utilizábamos como picadero, más que como vivienda, tenía unos ventanales amplísimos (las modas foráneas se extendían a la decoración urbana) que me comunicaban la impresión de habitar una azotea de vidrio. Sara se dejaba poscer con ojos duros e irónicos, estragados de silencio, en un ejercicio de acrobacia que ya se iba haciendo tópico.

—Lo que hagas por tu cuenta, cuando yo no esté en casa, es cosa tuya, Sara —le decía al despedirme, con ese cinismo de quien otorga permiso para delinquir.

Pero Sara no cultivaba otro delito que el de la cocaína, cuya adicción (lo diré sin sarcasmo) la mejoraba físicamente, si no fuera por cierta bisojez y cierta inflamación de la mucosa que, a veces, transmitían a su semblante un aura de imbecilidad que no favorecía, precisamente, su carrera como actriz, del mismo modo que no favorecía mi carrera literaria el escaso volumen de mi obra, reducida a un puñado de excentricidades ultraístas, escritas en estado

de alucinación o ebriedad, que, como entretenimiento, pudieran reunir ciertas cualidades, pero que ningún editor se arriesgaba a publicar. El ultraísmo, efímero como todas las vanguardias, se hallaba en fase de liquidación: los patriarcas del movimiento habían renegado de él, y sus cultivadores, más o menos desquiciados, se iban decantando hacia el olvido, hacia el abismo de la bohemia o la mera extinción física. Ruanito, más intuitivo que yo, había retocado sus versos ultraístas, tiñiéndolos de perversidades muy alambicadas, infiernos de pacotilla y torturas venéreas. También había comenzado a escribir artículos que de vez en cuando logaba colocar en algún periodicucho a cambio de nada.



## Índice de Ilustraciones

<i>Carteles y Graffiti</i> .....	44
<i>Calle Fuencarral</i> .....	74
<i>Discoteca Pachá</i> .....	104
<i>Plaza del 2 de mayo</i> .....	104
<i>Tienda de Madrid</i> .....	136
<i>Terraza de Recoletos</i> .....	170
<i>Café y hostales madrileños</i> .....	204
<i>Café de Madrid</i> .....	230
<i>Calles del Casco antiguo de Madrid</i> .....	267
<i>Construcción en Plaza Castilla</i> .....	303
<i>Calle Ruiz</i> .....	334
<i>Bulevar</i> .....	361
<i>Puerta del Sol</i> .....	398



# Índice

<b>Presentación</b> .....	7
<b>Prólogo: <i>El Madrid de la Transición y la Democracia en la novela española</i></b> .....	9
Francisco Umbral .....	27
<i>Madrid 650</i> .....	29
Juan José Millás .....	55
<i>Visión del ahogado</i> .....	57
Fernando Savater .....	87
<i>Caronte aguarda</i> .....	89
Juan Madrid .....	125
<i>Días contados</i> .....	127
Soledad Puértolas .....	157
<i>Todos mienten</i> .....	159
Jorge Martínez Reverte .....	185
<i>Demasiado para Gálvez</i> .....	187
Javier Marías .....	219
<i>Corazón tan blanco</i> .....	221
Andrés Trapiello .....	251
<i>La Malandanza</i> .....	253



Clara Sánchez .....	289
<i>Desde el Mirador</i> .....	291
Javier Momba .....	319
<i>Homenaje a Kid Valencia</i> .....	321
Ismael Grasa .....	349
<i>De Madrid al cielo</i> .....	351
Juan Manuel de Prada .....	383
<i>Las máscaras del héroe</i> .....	385
<i>Índice de ilustraciones</i> .....	411







Este libro, *Madrid en la novela*, Tomo VI  
se acabó de imprimir en el mes de noviembre  
de 1997 en la imprenta de la  
Comunidad de Madrid













